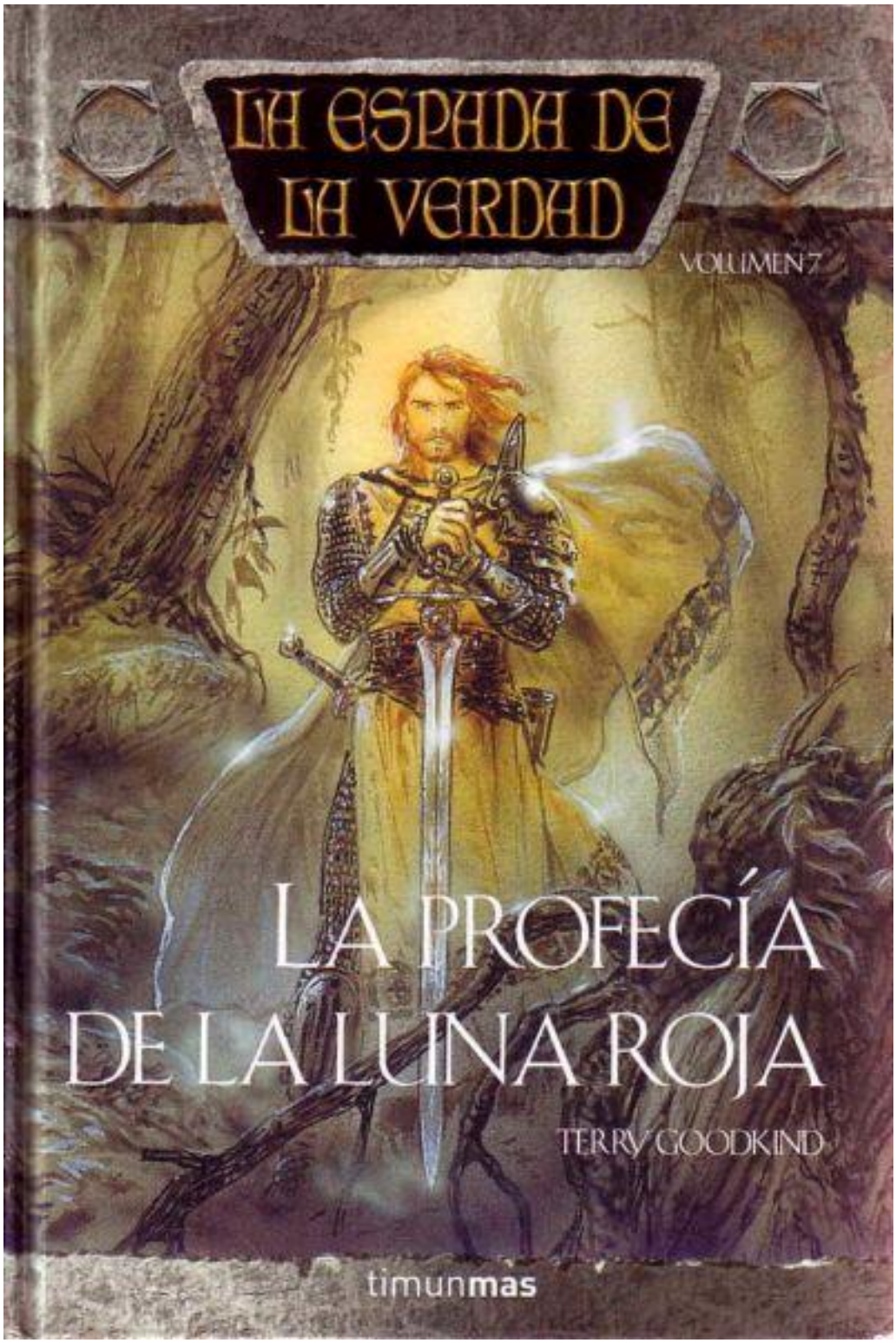
LA ESPADA DE LA VERDAD
VOLUMEN 7
LA PROFECÍA DE LA LUNA ROJA
TERRY GOODKIND
timunmas

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 7

La Profecía de la Luna Roja

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano
Ilustración de cubierta: Royo
Mapa: Terry Goodkind

Título original: *Temple of the Winds*
Traducción: Joana Claverol

©1997, Terry Goodkind
Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA

© Grupo Editorial Ceac, S.A., 2004
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.
www.scyla.com

ISBN: 84-480-3223-3 (Obra completa)
ISBN: 84-480-3230-6 (Volumen 7)
Depósito legal: B. 1566-2004
Impreso en España por A&M Gràfic. S.L.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 5
1 6
2 15
3 26
4 35
5 44
6 53
7 60
8 70
9 78
10 86
11 92
12 98
13 103
14 111
15 118
16 125
17 131
18 137
19 145
20 152
21 159
22 164
23 172
24 182
25 189
26 198
27 206
28 215
29 221
30 228
31 237
32 243
33 249
34 254
35 260
36 263
37 270

A mi amiga Rachel Kahlandt, que comprende

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a mi editor, James Frenkel, por su ayuda y su paciencia, así como también a todas las personas que trabajan tan duramente en Tor. Gracias también a mi editora británica, Caroline Oakley por su perspicacia; a mi agente, Russell Galen, por su guía y apoyo; a mi amigo, el doctor Donald L. Schassberger por sus consejos expertos, y a Keith Parkinson por su inspirado diseño de cubierta.

1

—Permitid que lo mate —pidió Cara. Sus botas repicaban como dos mazos de piel sin curtir contra el suelo de mármol pulido.

Las flexibles botas de piel que calzaba Kahlan por debajo del elegante vestido largo y blanco de Confesora resonaban suavemente contra la fría piedra, mientras trataba de mantener el paso sin echar a correr.

—No.

Cara continuó impasible, con los ojos azules clavados en el ancho corredor que se abría ante ellas y que se perdía en la distancia. En el siguiente cruce se encontraron con una docena de soldados d'haranianos con uniforme de cota de malla y cuero, armados con sencillas espadas o hachas de guerra en forma de media luna colgadas del cinto. Pese a llevar las armas envainadas, mantenían las manos sobre las empuñaduras de madera en actitud vigilante y escrutaban las sombras que se creaban en los huecos de las puertas y entre las columnas situadas a ambos lados. Solamente interrumpieron la vigilancia para saludar con una rápida inclinación de cabeza a Kahlan.

—No podemos matarlo —explicó Kahlan—. Necesitamos respuestas.

La mord-sith alzó una ceja. Su mirada era de un gélido azul.

—Oh, yo no he dicho que no nos daría las respuestas antes de morir. Cuando termine con él, responderá a cualquier cosa. —Por el armonioso rostro de Cara aleteó una sonrisa amarga—. En eso consiste el trabajo de una mord-sith: obtener respuestas... —hizo una pausa sonriendo de nuevo, esta vez con satisfacción profesional— antes de que los interrogados mueran.

Kahlan exhaló un suspiro.

—Cara, ése ya no es tu trabajo, ni tampoco tu vida. Ahora tu tarea consiste en proteger a Richard.

—Justamente por eso deberíais dejar que lo matara. No podemos arriesgarnos a que siga con vida.

—No. Antes debemos averiguar qué está pasando, y no lo lograremos si actuamos como tú dices.

La sonrisa de Cara, pese a ser forzada, volvió a desaparecer.

—Como vos digáis, Madre Confesora.

Kahlan se preguntó cómo habría conseguido Cara embutirse en el ceñido traje de cuero rojo tan de prisa. Al menor signo de problemas, al menos una de las tres mord-sith aparecía como salida de la nada vestida de cuero rojo. Como no se cansaban de explicar, era rojo para que no se viera la sangre.

—¿Estás segura de que ese hombre ha dicho eso? ¿Han sido ésas sus palabras?

—Sí, Madre Confesora, son sus palabras exactas. Deberíais dejarme que lo matara para evitar la menor posibilidad de que llegue a cumplirlas.

De nuevo, Kahlan no hizo caso de la petición y continuó recorriendo apresuradamente el pasillo.

—¿Dónde está Richard?

—¿Queréis que vaya a buscar a lord Rahl?

—¡No! Sólo quiero saber dónde está por si acaso surgen problemas.

—Yo diría que ya han surgido.

—Has dicho que unos doscientos soldados d'haranianos lo apuntan con sus armas. ¿Qué problemas puede crear un hombre con tantas espadas, hachas y flechas dirigidas contra él?

—Mi anterior amo, Rahl el Oscuro, sabía que el acero solo no siempre conjura el peligro. Por eso siempre tenía cerca una mord-sith lista para entrar en acción.

—Rahl el Oscuro era un ser malvado que asesinaba a personas sin molestarse en comprobar antes si realmente representaban un peligro para él. Richard no es así, y yo tampoco. Sabes perfectamente que si la amenaza es real, no dudo en eliminarla. Pero si ese hombre es más de lo que parece, ¿por qué se encoge tímidamente delante de todo ese acero? Además, como Confesora que soy, no estoy indefensa, ni mucho menos ante amenazas que las armas convencionales no puedan detener.

»No perdamos la calma ni nos precipitemos, pues podríamos equivocarnos en nuestro juicio.

—Si no creéis que ese hombre sea peligroso, ¿por qué os apresuráis tanto?

Kahlan se dio cuenta de que iba medio paso por delante de Cara; aflojó la marcha y adoptó un paso enérgico.

—Porque estamos hablando de Richard —dijo casi en un susurro.

Cara sonrió.

—Estáis tan preocupada como yo.

—Claro que sí. Pero, por lo que sabemos, si ese hombre resulta ser más de lo que aparenta y lo matamos, podríamos caer en una trampa.

—Es posible. Sin embargo, ése es el propósito de una mord-sith.

—Bueno, ¿dónde está Richard?

Cara cogió el cuero rojo a la altura de la muñeca y tiró hacia ella para enfundarse mejor el guantelete, al mismo tiempo que doblaba la muñeca. De una fina cadena de oro que llevaba en la muñeca derecha le colgaba el agiel. Aunque no parecía ser más que una inocente barra de cuero rojo apenas más ancha que un dedo, en realidad se trataba de una temible arma que la mord-sith tenía siempre a mano. Kahlan llevaba una similar colgada del cuello, aunque en sus manos no era un arma. Se lo había regalado Richard como símbolo de todo el dolor y el sacrificio que ambos habían soportado.

—Está fuera, en uno de los jardines privados de detrás de palacio. Ese que está por ahí. —Cara señaló por encima del hombro—. Raina y Berdine están con él.

Kahlan se sintió aliviada al oír que las otras dos mord-sith lo vigilaban.

—¿Tiene algo que ver con la sorpresa que me prepara? —preguntó.

—¿Qué sorpresa?

—Vamos, Cara. Estoy segura de que te lo ha contado —repuso Kahlan, risueña.

—Pues claro que me lo ha contado —replicó a su vez Cara, echándole una mirada de refilón.

—Entonces dime qué es.

—Me advirtió que no contara nada.

Kahlan se encogió de hombros.

—No le diré que me lo has dicho.

Cara lanzó una carcajada que, al igual que su sonrisa anterior, no era de alegría.

—Lord Rahl tiene un talento especial para descubrir cosas, sobre todo aquellas que una intenta ocultarle.

Tenía razón, y Kahlan lo sabía.

—Bueno, ¿y qué está haciendo en el jardín?

—Actividades al aire libre —respondió Cara, algo tensa—. Ya conocéis a lord Rahl: le gusta hacer cosas al aire libre.

Kahlan echó un vistazo hacia atrás y vio que la mord-sith tenía la cara casi tan roja como el traje que llevaba.

—¿Qué clase de cosas?

Cara carraspeó acercándose la mano a la boca.

—Está domesticando ardillas listadas.

—¿Que qué? No te he oído bien.

Cara hizo un ademán de impaciencia.

—Lord Rahl ha dicho que las ardillas han salido a comprobar si ya ha llegado el buen tiempo, y las está domesticando. Les está dando semillas —explicó, soltando un resoplido.

Kahlan sonrió al pensar que Richard, el hombre al que amaba, el hombre que había tomado el mando de D'Hara y que tenía a la mayor parte de la Tierra Central comiendo de su mano, pasaba la tarde enseñando a comer de su mano a ardillas listadas.

—Bueno, dar semillas a las ardillas me parece una diversión inofensiva.

Cara volvió a flexionar el puño armado mientras pasaban rápidamente entre dos guardias d'haranianos.

—Lord Rahl les está enseñando a comer en la mano de Raina y Berdine —dijo hablando entre dientes—. ¡Y las dos se reían! —Cara lanzó una expresión de mortificación hacia el techo y alzó ambas manos. El agiel le pendía de la cadena de oro que llevaba en la muñeca—. ¡Dos mord-sith... riendo!

Kahlan tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Cara se echó hacia adelante la larga trenza rubia, que le cayó sobre el hombro, y empezó a acariciarla de un modo que despertó en Kahlan el inquietante recuerdo de Shota, la bruja, acariciando a sus serpientes.

—Bueno —dijo Kahlan, tratando de calmar la indignación de Cara—, es posible que no lo hagan por voluntad propia. Ambas le deben obediencia. Quizá Richard se lo ordenó, y ellas simplemente obedecen.

Cara la miró incrédulamente. Kahlan sabía que cualquiera de las tres mord-sith defendería a Richard hasta la muerte; ya habían demostrado que estaban dispuestas a dar la vida por él sin dudarlo. No obstante, pese al vínculo mágico que las unía a él, tampoco dudaban en desobedecer sus órdenes si consideraban que eran triviales, imprudentes o sin importancia. Kahlan suponía que era así porque el mismo Richard las había liberado de los rígidos principios de su oficio, y a ellas les encantaba ejercer esa libertad. Rahl el Oscuro, su anterior amo y padre de Richard, las habría matado sólo por sospechar que pensaban en desobedecer sus órdenes por triviales que fuesen.

—Cuando antes os caséis con lord Rahl, mejor. Entonces, en vez de enseñar a las ardillas a comer de la mano de unas mord-sith, será él quien coma de la vuestra.

Kahlan emitió una risa cadenciosa y suave al imaginarse como esposa de Richard. Pronto, muy pronto.

—Richard será mi esposo, pero ya puedes irte haciendo a la idea de que no comerá de mi mano. No es eso lo que quiero.

—Si recuperáis la sensatez, acudid a mí y os enseñaré. —Cara centró su atención en los soldados d'haranianos, que permanecían en actitud alerta. Por todas partes corrían hombres armados que no dejaban pasillo sin registrar ni puerta sin abrir. Sin duda, eso se debía a la insistencia de Cara.

—Egan también está con lord Rahl. No creo que le ocurra nada mientras nosotras nos ocupamos de ese hombre.

El regocijo de Kahlan se desvaneció.

—¿Cómo es posible que haya entrado? ¿Entró con los peticionarios?

—No —negó Cara, adoptando de nuevo el gélido tono de una mord-sith—. Pero pienso averiguarlo. Por lo que he podido saber, simplemente se acercó a una patrulla de guardias cerca de las cámaras del consejo y pidió ver al amo de D'Hara, como si lord Rahl fuese un simple carnicero al que cualquiera puede ver para comprarle un trozo de cordero.

—Fue entonces cuando los guardias le preguntaron para qué quería verlo, ¿no es eso?

Cara asintió.

—Creo que deberíamos matarlo.

Kahlan sintió un escalofrío que le subió serpenteando por la espalda cuando se dio cuenta de que Cara no era solamente una guardaespaldas agresiva que no tenía ningún escrúpulo en derramar sangre ajena, sino que tenía miedo. Tenía miedo por Richard.

—Quiero saber cómo ha entrado. Apareció frente a una patrulla dentro del palacio. No debería haber podido entrar ni andar por palacio libremente. ¿Y si hay un fallo en la seguridad de palacio que hasta ahora no hemos detectado? ¿No crees que deberíamos averiguarlo para impedir que otro entre y no tenga la cortesía de presentarse?

—Lo averiguaremos si me dejáis hacer a mí.

—Aún no sabemos lo suficiente. Ese hombre podría morir antes de que averiguásemos algo y, en ese caso, Richard correría mayor peligro.

—De acuerdo —accedió Cara con un suspiro—, lo haremos a vuestro modo, siempre y cuando esté claro que yo tengo unas órdenes que debo cumplir.

—¿Qué órdenes?

—Lord Rahl nos ha ordenado que os protejamos con tanto celo como lo protegemos a él. —Cara se retiró la rubia trenza hacia la espalda—. Si no vais con cuidado, Madre Confesora, y ponéis innecesariamente en peligro a lord Rahl con vuestra actitud excesivamente prudente, retiraré a Richard el permiso que le di para que os conservara a su lado.

Kahlan se echó a reír, pero la risa se apagó al darse cuenta de que Cara ni siquiera sonreía. Nunca estaba del todo segura de cuándo las mord-sith bromeaban o hablaban en serio.

—Por aquí —indicó Kahlan—. Este camino es más corto y, además, después de recibir a tan insólito visitante, quiero echar un vistazo a los peticionarios. Podría ser una maniobra para desviar nuestra atención de otra persona, de la verdadera amenaza.

La frente de Cara se arrugó como si acabara de recibir una ofensa.

—¿Y por qué imagináis que he ordenado cerrar a cal y canto el Salón de los Peticionarios y dispuesto un anillo de guardias alrededor?

Kahlan hizo un gesto de asentimiento. Había sido lo correcto.

Dos guardias muy musculosos la saludaron con una inclinación de cabeza, imitados por otros veinte que estaban cerca, antes de abrir de par en par las altas puertas reforzadas con latón que permitían el acceso a un corredor con arcos. A lo largo de los pilares de mármol blanco discurría una baranda de piedra soportada por recios balaustres en forma de jarrón. La barrera que separaba a los peticionarios, agrupados en el salón de algo más de treinta metros de largo, de los funcionarios situados en el corredor era más simbólica que real. Las claraboyas colocadas a casi diez metros de altura iluminaban la sala de espera, mientras que en el corredor reinaba la apagada luz dorada que emitían las lámparas que colgaban del techo, en el punto más alto de cada una de las pequeñas bóvedas.

Era una antigua costumbre que la gente acudiera al Palacio de las Confesoras para solicitar todo tipo de cosas. Los peticionarios eran desde vendedores ambulantes que pedían mediación para solucionar los conflictos sobre quién tenía derecho a ocupar las esquinas más codiciadas, a funcionarios de diversos países que solicitaban una intervención armada para zanjar conflictos fronterizos. Los asuntos que podían resolver los funcionarios municipales se desviaban a las oficinas oportunas. Los problemas que presentaban los dignatarios de los diferentes países se presentaban ante el consejo siempre y cuando se consideraran suficientemente importantes o no pudieran resolverse de otro modo. El Salón de los Peticionarios era el lugar donde los encargados de protocolo decidían qué hacer con las solicitudes.

Cuando Rahl el Oscuro, el padre de Richard, atacó la Tierra Central muchos de los funcionarios de Aydindril perdieron la vida, entre ellos Saul Witherrin, jefe de protocolo, junto a la mayoría de sus subordinados. Richard derrotó a Rahl el Oscuro y, por ser su hijo y poseer el don, se convirtió en el amo de D'Hara. Luego acabó con las peleas y batallas entre los países que componían la Tierra Central, exigiendo que se rindieran y creando así una fuerza capaz de plantar cara a la amenaza común que representaba la Orden Imperial del Viejo Mundo.

Para Kahlan era motivo de angustia ser la Madre Confesora cuando se rompió la alianza de la Tierra Central, la entidad que agrupaba países soberanos, pero era consciente de que su primera responsabilidad no era preservar tradiciones, sino salvaguardar la vida de su pueblo. Si no la detenían, la Orden Imperial impondría su yugo a todo el mundo y convertiría en esclavos a los habitantes de la Tierra Central. Richard triunfó allí donde su padre fracasó, pero actuó movido por razones totalmente distintas. Kahlan amaba a Richard y sabía que había accedido al poder con buenas intenciones.

Muy pronto se casarían, y su matrimonio crearía una unidad pacífica entre la Tierra Central y D'Hara para siempre jamás. Y, sobre todo, sería la realización personal de su amor mutuo y del más profundo deseo de ambos: ser uno.

Kahlan echaba en falta a Saul Witherrin, pues había sido un ayudante muy capaz. Tras la desaparición del consejo, y con la Tierra Central como parte de D'Hara, los asuntos protocolarios eran muy confusos. Unos cuantos oficiales d'haranianos, frustrados, trataban de atender desde la baranda a los peticionarios.

Al entrar, la Confesora barrió con la mirada la multitud que aguardaba, intentando imaginar la naturaleza de los problemas que se planteaban en palacio ese día. A juzgar por su indumentaria, la mayoría de los peticionarios procedían de la vecina ciudad de Aydindril: trabajadores, tenderos y mercaderes.

También vio a un grupo de niños que conocía del día anterior, cuando Richard la había llevado a que los viera jugar a ja'la. Fue la primera vez que Kahlan asistía a un partido de ese vertiginoso juego y, durante un par de horas, se entretuvo mirando cómo los niños jugaban y reían. Probablemente iban a pedir a Richard que asistiera a otro partido. El joven había animado ardientemente a ambos equipos. Kahlan suponía que incluso si se hubiera decantado claramente por uno de ellos no habría importado; los niños se sentían atraídos hacia Richard. Era como si instintivamente notaran su buen corazón.

Kahlan reconoció a varios diplomáticos procedentes de un puñado de los países menos importantes. Ojalá que estuvieran allí para aceptar la oferta de Richard de capitular pacíficamente y someterse al poder de D'Hara. Ella conocía a los gobernantes de esos países, les había exhortado a que se unieran a ellos en la causa de la libertad y esperaba que la escucharan.

Asimismo reconoció a un grupo de diplomáticos de algunos de los países más importantes, que poseían un ejército permanente. Ese mismo día estaba previsto que Richard y Kahlan los recibieran, junto a otros representantes recién llegados, para escuchar la decisión que habían tomado.

Ojalá que Richard se vistiera con algo más adecuado a su rango. La ropa para el bosque le había sido muy útil, pero como amo de D'Hara debía ofrecer una imagen más acorde con su nueva posición. Richard era mucho más que un guía de bosque.

Tras haber servido casi toda su vida en un puesto de autoridad, Kahlan sabía perfectamente que, en cuestiones de liderazgo, cumplir las expectativas de la gente solía allanar el camino. Seguramente, las personas que necesitaban un guía en el bosque no habrían contratado a Richard de no haber ido vestido con ropas adecuadas para el bosque. En cierto modo, Richard era el guía de todos en ese traicionero mundo lleno de alianzas que aún no se habían puesto a prueba y nuevos enemigos. Richard solía pedirle consejo; Kahlan tendría que hablar con él acerca de su modo de vestir.

Cuando los congregados vieron a la Madre Confesora entrar con aire resuelto en el corredor, las conversaciones enmudecieron, y todos hincaron una rodilla y bajaron la cabeza ante ella. Pese al hecho sin precedentes de que una persona tan joven ocupara ese puesto, la Madre Confesora era la máxima autoridad en la Tierra Central. La Madre Confesora era la Madre Confesora, sin importar el aspecto de la mujer que ocupara el puesto. Así pues, la gente no se inclinaba ante Kahlan, sino ante una autoridad ancestral.

Para la mayoría de los habitantes de la Tierra Central, los asuntos de las Confesoras eran un misterio. La edad de una Confesora no tenía importancia.

Aunque Kahlan había sido elegida para preservar las libertades y los derechos del pueblo de la Tierra Central, por lo general el pueblo no lo veía del mismo modo. Para la mayoría de ellos, un

gobernante era un gobernante. Algunos eran buenos y otros malos. Y, como gobernante de gobernantes, la Madre Confesora apoyaba a los buenos y eliminaba a los malos. Una de sus atribuciones consistía en prescindir de los gobernantes que demostraban ser realmente malos. Ése era el cometido último de una Madre Confesora. No obstante, para el pueblo llano tales asuntos de gobierno no eran más que peleas entre los poderosos.

En el súbito silencio que sobrevino en el Salón de los Peticionarios, Kahlan se detuvo para recibir el homenaje de los visitantes.

Una mujer joven situada de pie contra la pared del fondo contempló cómo todos los que la rodeaban hincaban una rodilla. Su mirada fue de Kahlan a los arrodillados antes de imitarlos.

Kahlan arrugó la frente.

En la Tierra Central, la longitud del pelo de las mujeres denotaba su poder y su posición social. Y los asuntos de poder, por triviales que pudieran parecer en apariencia, se tomaban muy en serio. Ni siquiera se permitía que una reina tuviera una melena más larga que la de una Confesora, y la de ninguna Confesora era tan larga como la de la Madre Confesora.

Esa mujer exhibía una espesa melena castaña casi tan larga como la de Kahlan.

Kahlan conocía a casi todas las personas de alto rango de la Tierra Central; era su deber y se lo tomaba muy en serio. Estaba claro que una mujer con el pelo tan largo tenía que ocupar una posición preeminente, pero Kahlan no la conocía. Probablemente, nadie en toda la ciudad, fuese hombre o mujer, excepto Kahlan, estaría por encima de la desconocida, si es que era oriunda de la Tierra Central.

—Alzaos, hijos míos. —Era la frase formal que esperaban las personas con la cabeza inclinada.

Vestidos y capas hicieron frufrú cuando todos se levantaron. No obstante, la mayoría de los presentes mantuvieron la vista baja por respeto o por miedo innecesario. La mujer se levantó retorciendo entre los dedos un pañuelo muy sencillo mientras miraba a su alrededor. Ella también clavó en el suelo, imitándolos, la mirada de sus ojos castaños.

—Cara —susurró Kahlan—, esa mujer de ahí, la del cabello largo, ¿puede ser de D'Hara?

También a Cara le había llamado la atención, pues había aprendido algunas de las costumbres de la Tierra Central. Aunque la melena rubia de la mord-sith era casi tan larga como la de Kahlan, ella era d'haraniana y no se regía por las mismas costumbres.

—Tiene una nariz demasiado «mona» para ser de D'Hara.

—Hablo en serio. ¿Crees que podría ser d'haraniana?

Cara la observó unos segundos.

—Lo dudo. Las mujeres de D'Hara no suelen llevar vestidos estampados de flores ni de ese corte. Claro que la ropa puede cambiarse según la ocasión o la moda local.

Ese vestido no seguía la moda local de Aydindril, aunque tal vez no sería tan inusual en zonas más remotas de la Tierra Central. Kahlan hizo un gesto de asentimiento e indicó a un capitán que estaba esperando órdenes que se acercara.

El hombre tuvo que aproximar la cabeza para oír el susurro de Kahlan.

—Mirad por encima de mi hombro y veréis a una mujer de pelo castaño largo de pie contra la pared del fondo. ¿Veis a quién me refiero?

—¿Una joven bonita vestida de azul?

—Ésa. ¿Sabéis por qué está aquí?

—Ha dicho que deseaba hablar con lord Rahl.

Kahlan frunció el entrecejo y se dio cuenta de que Cara hacía otro tanto.

—¿Sobre qué? —inquirió.

—Al parecer está buscando a un hombre llamado Cy... algo. No reconocí el nombre. Según la joven, desapareció el otoño pasado y alguien le dijo que lord Rahl podría ayudarla.

—Ya entiendo. ¿Y ha dicho por qué busca a ese hombre?

El capitán lanzó una rápida mirada a la mujer y se apartó de la frente el pelo rubio rojizo.

—Para casarse con él.

Kahlan asintió con la cabeza.

—Es posible que sea una dignataria, pero en ese caso me avergüenza decir que no sé cómo se llama.

El capitán echó una ojeada a una lista medio destrozada llena de garabatos. Le dio la vuelta y examinó el otro lado hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Ha dicho que se llama Nadine. No ha dado ningún título.

—Capitán, os ruego que os ocupéis de conducir a lady Nadine a una sala de espera privada donde estará más cómoda. Decidle que iré a hablar con ella para ver si puedo ayudarla. Que le sirvan la cena y cualquier otra cosa que desee. Presentadle mis disculpas y decidle que ahora mismo debo ocuparme de un asunto de vital importancia, pero que iré a verla tan pronto como me sea posible y que haré lo que esté en mi mano para ayudarla.

Si realmente esa mujer había sido separada de su amado y lo buscaba, Kahlan comprendía perfectamente su aflicción. Ella misma había estado en esa situación y recordaba la angustia que sintió.

—Me ocuparé de ello de inmediato, Madre Confesora.

—Una cosa más, capitán. —Kahlan contemplaba cómo la mujer retorcía el pañuelo—. Decid a lady Nadine que, debido a la guerra con el Viejo Mundo, han surgido problemas y que por su propia seguridad debe permanecer en la habitación hasta que yo pueda ir a hablar con ella. Apostad guardias armados fuera de la habitación, así como arqueros en el pasillo, a una distancia prudencial a ambos lados de la puerta.

»Si sale, insistid en que regrese en seguida a la habitación y espere. En caso necesario decidle que yo lo he ordenado. Si pese a ello intenta irse —dijo Kahlan mirando fijamente los azules ojos del capitán—, matadla.

El capitán acató las órdenes con una inclinación de cabeza. Kahlan continuó recorriendo el pasillo rápidamente seguida de cerca por Cara.

—Bueno, bueno —comentó la mord-sith una vez que hubieron abandonado el Salón de los Peticionarios—, por fin la Madre Confesora ha recuperado el sentido común. Sabía que tenía una buena razón para permitir que lord Rahl os conservara a su lado. Seréis una digna esposa.

Kahlan giró por el pasillo que conducía a la habitación en la que los guardias custodiaban al hombre.

—No he cambiado de opinión respecto a nada, Cara. Teniendo en cuenta el extraño visitante de hoy, estoy dando a lady Nadine todas las oportunidades para seguir viva, todas las oportunidades que me puedo permitir. Pero te equivocas si piensas que eludiría hacer lo que fuese para proteger a Richard. Además de ser el hombre a quien amo más que a mi vida, Richard es de vital importancia para la libertad del pueblo, tanto de D'Hara como de la Tierra Central. Quién sabe de qué es capaz la Orden Imperial para eliminarlo.

Cara esbozó una sonrisa, que en ese caso fue sincera.

—Sé que él os ama también. Por eso no me gusta que vayáis a ver a ese hombre. Lord Rahl me despellejará viva si cree que he permitido que os pongáis en peligro.

—Richard nació con el don, y yo también nací con magia. Rahl el Oscuro enviaba escuadras a matar a las Confesoras porque un solo hombre no representa ningún peligro para una Confesora.

Kahlan sintió la angustia familiar y a la vez lejana de las muertes de todas sus hermanas Confesoras. Era una pena lejana porque era como si hubiera sucedido mucho tiempo atrás, aunque apenas había transcurrido un año. Durante los primeros meses se había sentido culpable por seguir viva mientras que todas ellas estaban muertas, como si de algún modo las hubiera traicionado por haber escapado de todas las trampas que le tendieron. Sólo quedaba ella.

Con un giro de muñeca, Cara asió con fuerza el agiel.

—¿Incluso un hombre como lord Rahl, nacido con el don?, ¿incluso un mago?

—Incluso un mago e incluso si, a diferencia de Richard, sabe cómo usar su poder. Por mi parte, no sólo sé cómo usar mi poder, sino que tengo una amplia experiencia. He perdido la cuenta del número de...

Mientras las palabras de Kahlan se apagaban, Cara hacía girar el agiel entre los dedos, examinándolo.

—Supongo que el peligro será aún menor estando yo presente.

Llegaron al corredor que buscaban, suntuosamente decorado con alfombras y revestido con paneles. El pasillo era un hervidero de soldados armados hasta los dientes con espadas, hachas y lanzas. El prisionero era retenido en una elegante sala de lectura de pequeñas dimensiones, situada muy cerca de la sencilla sala que Richard gustaba de usar para reunirse con sus oficiales y estudiar el diario que había encontrado en el Alcázar del Hechicero. Para evitar un posible intento de fuga, los soldados se habían limitado a meter al hombre en la estancia más próxima al lugar en el que lo habían detenido, y allí lo mantenían prisionero hasta que se decidiera qué hacer con él.

Kahlan tocó suavemente el codo de un soldado para que se apartara y dejara paso. Los músculos de ese brazo desnudo eran tan duros como el hierro, así que la lanza que empuñaba y apuntaba hacia la puerta cerrada no habría estado más firme que si hubiera estado incrustada en granito. Hasta cincuenta lanzas semejantes apuntaban hacia la puerta, tras la cual no se oía nada. Agachados por debajo de las lanzas, más soldados empuñando espadas o hachas vigilaban la puerta.

El soldado se volvió al notar los suaves tirones que daba Kahlan.

—Déjame pasar, soldado.

El hombre obedeció. Otros desviaron la mirada y también se apartaron. Cara se fue abriendo paso por delante de Kahlan a empujones. Los soldados se apartaban de su camino de mala gana, no por falta de respeto, sino porque les inquietaba el peligro que aguardaba detrás de la puerta. Aunque se apartaban, mantenían las armas apuntando hacia la recia puerta de madera de roble.

En el interior, la habitación sin ventanas y tenuemente iluminada olía a cuero y sudor. Un hombre desgarbado estaba sentado en cuclillas en el borde de un escabel labrado. Era tan flaco que, en caso de que hiciera un movimiento en falso, los soldados tendrían dificultades para hallar carne en la que hundir tanto acero. La mirada del joven vacilaba entre las armas y las adustas expresiones hasta que se fijó en el vestido blanco de Kahlan, que se acercaba a él. Entonces alzó la vista, expectante, y sacó la lengua para humedecerse los labios.

Cuando los fornidos soldados con uniforme de cuero y cota de malla vieron cómo Kahlan y Cara se abrían paso hacia la estancia, uno de ellos descargó el costado de su bota en la parte baja de la espalda del prisionero y lo arrojó hacia adelante.

—De rodillas, perro sarnoso.

El joven, vestido con un uniforme militar excesivamente grande para él, compuesto por prendas de muy diverso origen, alzó la vista hacia Kahlan y luego miró por encima del hombro al soldado que le había propinado el puntapié. Entonces agachó la cabeza cubierta por una revuelta mata de pelo oscuro y se protegió con un brazo larguirucho, esperando un golpe.

—Ya basta —dijo Kahlan en tono autoritario—. Cara y yo queremos hablar con él. Todo el mundo fuera, por favor.

Los soldados vacilaron. No les gustaba dejar de apuntar con sus armas al joven, que estaba encogido en el suelo.

—Ya habéis oído —intervino Cara—. Fuera.

—Pero... —empezó a protestar un oficial.

—¿De veras crees que una mord-sith no puede con ese tipo tan canijo? Vamos, esperad fuera.

A Kahlan le sorprendió que Cara no alzara la voz. Aunque las mord-sith no tenían necesidad de gritar para imponerse, era insólito que se reprimiera teniendo en cuenta lo nerviosa que estaba. Los soldados comenzaron a retirarse. A medida que desfilaban por la puerta lanzaban miradas de soslayo al prisionero, en el suelo. El último en salir fue el oficial, que asía la espada con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Él mismo cerró suavemente la puerta con la otra mano.

El joven prisionero levantó la mirada por debajo del brazo hacia las dos mujeres, situadas a tres pasos de él.

—¿Vais a matarme? —preguntó.

Kahlan eludió una respuesta directa.

—Hemos venido a hablar contigo. Soy Kahlan Amnell, la Madre Confesora de...

—¡La Madre Confesora! —El prisionero se puso de rodillas y en su rostro apareció una sonrisa juvenil—. ¡Qué hermosa eres! No esperaba que fueses tan hermosa.

Dichas estas palabras, apoyó una mano en una rodilla e hizo ademán de levantarse. Instantáneamente, Cara lo amenazó con el agiel.

—Quédate quieto donde estás.

El joven se quedó paralizado, mirando con fijeza el agiel rojo que tenía delante del rostro. Entonces volvió a hincar la rodilla sobre la alfombra carmesí. Las lámparas colocadas encima de las columnas acanaladas de caoba, que sostenían hornacinas por encima de unas estanterías a ambos lados de la sala, bañaban con luz titilante la cara huesuda del hombre. Apenas era un muchacho.

—¿Puedo recuperar mis armas? Por favor. Necesito mi espada. Y si no, al menos me gustaría recuperar el cuchillo.

Cara suspiró irritada, pero Kahlan fue la primera en hablar.

—Estás en una situación muy precaria, muchacho. Si se trata de una especie de broma, te advierto que ninguno de nosotros está de humor para aguantarla.

El joven asintió con la cabeza, muy serio.

—Entiendo. No se trata de una broma, lo juro.

—En ese caso, dime lo que dijiste a los soldados.

Nuevamente, el prisionero sonrió mientras alzaba una mano y señalaba con desenfado hacia la puerta.

—Bueno, tal como estaba diciendo a esos hombres cuando...

Kahlan avanzó hacia él apretando los puños a los costados.

—¡Ya te he dicho que esto no es un juego! ¡Sigues vivo sólo gracias a mí! ¡Quiero saber qué estás haciendo aquí y quiero saberlo ahora mismo! ¡Repite lo que les has dicho!

El joven parpadeó.

—Soy un asesino enviado por el emperador Jagang. He venido para matar a Richard Rahl. ¿Puedes decirme dónde encontrarlo, por favor?

2

—¿Puedo matarlo ya? —preguntó Cara en un tono peligroso.

Era una situación incongruente: ese joven flacucho y de aspecto inofensivo, arrodillado y en apariencia desvalido, en medio de territorio enemigo, rodeado por miles de brutales soldados d'haranianos proclamaba con total seguridad y abiertamente que pretendía asesinar a Richard. Kahlan notaba cómo el corazón le latía con fuerza contra las costillas.

Nadie podía ser tan estúpido.

Sin darse cuenta retrocedió un paso. Sin hacer caso de la pregunta de Cara, siguió concentrada totalmente en el joven.

—¿Y cómo crees que puedes cumplir tu objetivo?

—Bueno —repuso el joven con brusquedad—, tenía intención de usar la espada o, en caso necesario, el cuchillo. —Nuevamente sonrió, pero la sonrisa ya no era juvenil. También su mirada adoptó una expresión acerada que desmentía la juventud de su rostro—. Por eso necesito recuperar mis armas, ¿comprendes?

—No vamos a dártelas.

El prisionero se encogió de hombros con desdén.

—No importa. Tengo otros modos de matarlo.

—Te doy mi palabra de que no vas a matar a Richard. Ahora tu única esperanza es cooperar y confesar tu plan con todo detalle. ¿Cómo has entrado?

El joven esbozó una sonrisa burlona.

—Andando. Andando tranquilamente sin que nadie me prestara la más mínima atención. No son muy listos vuestros hombres.

—Son lo suficientemente listos para haberte detenido —apuntó Cara.

El prisionero no le prestaba atención; tenía la mirada prendida en los ojos de Kahlan.

—Y si no te devolvemos la espada y el cuchillo, ¿entonces qué? —le preguntó Kahlan.

—Pues que las cosas se complicarán. Lo único que conseguiréis es que Richard Rahl sufra mucho más. Justamente a eso me ha enviado el emperador Jagang: a ofrecerle la clemencia de una muerte rápida. Es un hombre misericordioso y desea evitar sufrimientos inútiles. El Caminante de los Sueños es, en esencia, un hombre de paz, aunque también posee una determinación férrea.

»Me temo que también tendré que matarte a ti, Madre Confesora, para ahorrarte el sufrimiento de lo que sucederá si te resistes. No obstante, debo admitir que me desagrada tener que matar a una mujer tan hermosa. —La sonrisa se hizo más ancha para añadir—: Es una verdadera lástima.

Tanta confianza en sí mismo irritaba a Kahlan, y el estómago se le revolvía al oírle proclamar que el Caminante de los Sueños era misericordioso. Ella conocía la verdad.

—¿De qué sufrimiento hablas?

El joven extendió las manos.

—Yo no soy más que un grano de arena. El emperador no me comunica sus planes. Yo me limito a obedecer su voluntad. Y su voluntad dicta que os elimine a ambos: a ti y a Richard. Si no permites que lo mate con clemencia, Richard será destruido, lo cual no resultaría en absoluto agradable. Así pues, ¿por qué no me dejas que acabe con esto rápidamente?

—Debes de estar soñando —dijo Cara.

—¿Soñando? —La mirada del prisionero se posó en la mord-sith—. Tal vez eres tú la que sueñas. Tal vez yo soy tu peor pesadilla.

—Yo no tengo pesadillas. Yo las provoco.

—¿De veras? —se mofó el prisionero—. ¿Con ese ridículo atavío? Pero ¿quién te crees que eres? ¿Te has vestido de ese modo para espantar a los pájaros?

Era evidente que el hombre no sabía qué era una mord-sith. Kahlan se preguntó cómo había podido llegar a pensar que parecía apenas un muchacho, pues se comportaba como un hombre de edad avanzada y mucha experiencia. No era un muchacho. El peligro crepitaba en el aire. Cara, extrañamente, se limitaba a sonreír.

Kahlan se quedó sin respiración al darse cuenta de que el prisionero estaba de pie, pero ella no recordaba haberlo visto levantarse.

El hombre miró una lámpara, que inmediatamente se apagó. La otra lámpara le iluminaba con violenta luz parpadeante un lado del rostro y dejaba el otro en sombra. Pero, para Kahlan, esa acción había arrojado luz sobre la verdadera naturaleza del prisionero, sobre la auténtica amenaza que representaba.

El prisionero poseía el don.

La imperiosa necesidad de proteger a Richard barrió de un plumazo su determinación anterior de no causar daño alguno a un presunto inocente. Ese hombre había tenido su oportunidad; tendría que confesar todo lo que sabía. Iba a decírselo todo a una Confesora.

No tenía más que tocarlo y todo acabaría.

Kahlan había caminado entre los miles de cuerpos sin vida de inocentes asesinados por la Orden. Después de ver a las mujeres y los niños de Ebinissia masacrados por orden de Jagang, había jurado venganza eterna a la Orden Imperial. Ese hombre había demostrado ser parte de la Orden y, por tanto, enemigo de las personas libres. Obedecía las órdenes del Caminante de los Sueños.

Buscó en lo más profundo de su ser el familiar manantial de la magia de Confesora que siempre estaba ahí, a punto para ser utilizado. Era un tipo de magia que no se descargaba, sino que actuaba simplemente cuando la Confesora dejaba de retenerla. Por eso, era más rápida incluso que los pensamientos. Era como un relámpago de instinto.

A ninguna Confesora le gustaba usar su poder para destruir la mente de otra persona pero, a diferencia de algunas de sus congéneres, Kahlan no odiaba lo que hacía ni aquello para lo que había nacido; simplemente era parte de sí misma. No usaba la magia que le había sido conferida con fines perversos, sino para proteger a otros. Kahlan estaba en paz consigo misma, con lo que era y con lo que podía hacer.

Richard fue el primero que la vio como persona y la amó a pesar de su poder de Confesora. En su interior no albergaba un temor irracional a lo desconocido, ni temía lo que ella era. Richard la había llegado a conocer y luego la había amado, incluyendo su poder de Confesora. Sólo por esa razón, Richard podía estar con ella sin que la magia de Confesora lo destruyera cuando compartían su amor.

Kahlan se disponía a usar ese poder para protegerlo y, por ese motivo, nunca había estado tan cerca como en esos momentos de valorar su capacidad. No tenía más que tocar al prisionero, y la amenaza desaparecería. Tenía al alcance de la mano castigar a un complaciente esbirro del emperador Jagang.

Sin apartar ni por un instante la vista del prisionero, levantó un dedo en gesto de advertencia, dirigido a Cara.

—Es mío —le dijo—. Yo me ocupo.

Pero cuando el hombre miró con ojos entornados a la única lámpara que quedaba, Cara se interpuso rápidamente entre ambos. El aire crepitó al propinar al prisionero un revés con la mano cubierta por el guantelete. Kahlan tuvo que reprimirse para no gritar de rabia por la intromisión.

El prisionero quedó despatarrado sobre la alfombra y se incorporó con expresión de genuina sorpresa. Por el mentón, le manaba un hilillo de sangre de un corte en el labio inferior. Su expresión mudó a una de sincero disgusto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Cara, de pie ante él. Kahlan no podía creer que alguien que siempre había confesado temer a la magia de repente provocara deliberadamente a un hombre que acababa de demostrar que poseía el don.

El prisionero rodó sobre sí mismo para alejarse de la mord-sith y se agachó. Tenía la vista fija en Kahlan aunque le habló a Cara.

—No tengo tiempo para bufones de la corte.

Con una sonrisa, su mirada saltó a la lámpara. Súbitamente se hizo la oscuridad.

Kahlan se lanzó hacia donde el hombre permanecía agachado. Sólo tenía que tocarlo y todo acabaría.

Pero no encontró más que aire antes de aterrizar sobre el suelo vacío. Estaba tan oscuro que no sabía hacia dónde había corrido el prisionero. Kahlan buscaba a su alrededor frenéticamente para tratar de cogerlo por donde fuera. Si lo tocaba, ni siquiera las gruesas prendas que llevaba lo protegerían. Agarró un brazo y se disponía ya a liberar su poder cuando se dio cuenta de que lo que tocaba era el cuero que llevaba Cara.

—¿Dónde te has metido? —gruñó la mord-sith—. No puedes escapar. Ríndete.

Kahlan avanzó a gatas por la alfombra. Con o sin poder, necesitaban luz o iban a tener dificultades. Encontró la estantería situada contra la pared y fue palpando el borde inferior hasta distinguir una débil rendija de luz que pasaba por debajo de la puerta. Los soldados la aporreaban desde el otro lado y preguntaban a gritos si todo iba bien.

Con los dedos fue recorriendo la moldura de la puerta hacia el picaporte mientras se levantaba, tambaleándose. Al hacerlo se pisó el dobladillo del vestido, tropezó y cayó. Fue a aterrizar sobre los codos con un chirriante ruido de huesos.

Algo pesado se estrelló contra la puerta justo donde Kahlan había tratado de ponerse de pie un momento antes y luego le cayó encima de la espalda. El hombre se rió en la oscuridad. Al debatirse para quitarse de encima el objeto, se golpeó dolorosamente los brazos contra los bordes afilados de los travesaños de la pata de una silla. Kahlan forcejeó con un reposabrazos tapizado y apartó la silla a un lado.

Inmediatamente oyó un gruñido de dolor de Cara, que se había estrellado contra una estantería al otro lado de la estancia. Los soldados no dejaban de aporrear la puerta para tratar de entrar por la fuerza. No obstante, la puerta no cedía.

Mientras que en el otro lado de la habitación los libros seguían cayendo al suelo con un ruido sordo, Kahlan se levantó de un salto y buscó a tientas el picaporte. Con los nudillos topó contra el frío metal de la palanca e, inmediatamente, posó la palma encima.

Lanzó un chillido cuando, súbitamente, un estallido de luz la arrojó hacia atrás de modo que aterrizó sobre el trasero. Del picaporte manó una abundante lluvia de destellos semejantes a las chispas que se desprenden de un tronco en llamas cuando se golpea con el atizador. Kahlan sentía pinchazos en los dedos y un hormigueo por haber tocado el escudo. No era de extrañar que los soldados no pudieran abrir la puerta. Mientras se ponía en pie y se recuperaba de la conmoción sufrida, los titilantes destellos de luz que seguían su lento descenso hacia el suelo le permitieron ver algo.

También Cara pudo ver; agarró un libro y se lo arrojó al hombre, que estaba de pie en el centro de la habitación. El prisionero se agachó para esquivarlo.

Rápida como el rayo, Cara giró sobre sí misma y lo pilló desprevenido. En el aire resonó un fuerte golpe cuando la bota de la mord-sith golpeó contra la mandíbula del hombre. El impacto lo hizo tambalearse hacia atrás. Kahlan fijó la posición del rival para lanzarse sobre él antes de que todas las chispas se apagaran y reinara de nuevo una oscuridad total.

—¡Serás la primera en morir! —le chilló el hombre a Cara, furioso—. ¡Ya estoy harto de que alguien insignificante como tú se entrometa! ¡Te daré a probar mi poder!

Relucientes destellos iluminaron el aire en contacto con las yemas de sus dedos al tiempo que concentraba toda su atención en Cara. Kahlan pensó que debía eliminar esa amenaza de inmediato, antes de que las cosas se complicaran aún más.

Pero antes de que pudiera abalanzarse sobre él, el prisionero agitó ligeramente hacia arriba los dedos curvados. Entonces, esbozando una despectiva sonrisa, extendió una mano hacia Cara.

Lo siguiente que Kahlan esperaba ver era a Cara en el suelo, pero en vez de eso fue el prisionero el que se derrumbó lanzando un grito. Trató de ponerse en pie y cayó de nuevo, chillando y abrazándose el torso como si acabara de recibir una puñalada en el abdomen. La estancia quedó de nuevo a oscuras.

Kahlan buscó el picaporte. Esperaba que lo que fuera que Cara le había hecho al hombre hubiera roto el escudo. Así pues, asió el pomo con prevención, temiendo volver a experimentar una descarga de dolor. El escudo había desaparecido. Aliviada, la mujer accionó la palanca y abrió la puerta de golpe. La luz de las lámparas que tapaban los soldados con sus cuerpos penetró en la oscura estancia. Rostros con expresión confusa miraron adentro.

Era preciso evitar que todos esos soldados perdieran la vida tratando de protegerla de cosas que no comprendían. Así pues empujó hacia atrás al soldado que tenía más cerca.

—¡Tiene el don! ¡No os acerquéis! —Kahlan sabía que los d'haranianos temían la magia. Dependían de lord Rahl para combatir la magia. Tal como solían decir, ellos representaban el acero contra el acero, y se suponía que lord Rahl era la magia contra la magia—. ¡Dadme una lámpara!

Simultáneamente, los guardias de ambos lados descolgaron lámparas situadas en soportes junto a la puerta y se las tendieron. Kahlan cogió una, cerró la puerta de un puntapié e inmediatamente dio media vuelta. No quería que un pelotón de musculosos soldados con las armas prestas se interpusieran en su camino.

A la trémula luz de la lámpara vio a Cara agachada sobre la alfombra carmesí junto al prisionero. El hombre se apretaba el estómago con los brazos y vomitaba sangre. El uniforme de cuero rojo de la mord-sith crujió cuando apoyó los antebrazos en las rodillas. Cara esperaba haciendo girar el agiel en los dedos.

Una vez que el vómito cesó, Cara lo agarró por el pelo. Al inclinarse hacia él, la larga trenza rubia se le deslizó por delante de sus anchos hombros.

—Has cometido un error, un error muy, muy grave —le dijo con ligera satisfacción—. Nunca trates de usar tu magia contra una mord-sith. Lo hiciste bien al principio, pero luego permitiste que te enfureciera tanto que quisiste usar tu magia conmigo. ¿Quién es ahora el estúpido?

—¿Qué... qué es una... mord-sith? —logró preguntar el prisionero entre jadeos.

Cara le retorció la cabeza hacia arriba hasta hacerlo gritar.

—Tu peor pesadilla. El propósito de una mord-sith es eliminar amenazas como tú. Ahora yo controlo tu magia y tú eres mi mascota. Muy pronto aprenderás que no puedes hacer nada para impedirlo. Deberías haber tratado de estrangularme, de matarme a golpes o de huir, pero nunca, nunca jamás deberías haber tratado de usar tu magia conmigo. Si usas la magia contra una mord-sith, ésta te la arrebata.

Kahlan contemplaba la escena petrificada. Eso era lo que una mord-sith le había hecho a Richard. De ese modo lo había capturado.

Cara presionó el agiel contra las costillas del prisionero. El hombre tembló mientras chillaba. Una mancha de sangre cada vez más grande le empapaba la túnica.

—Ahora, cuando te pregunte algo exijo una respuesta —le dijo Cara en tono quedo y autoritario—. ¿Entendido?

El hombre guardó silencio. Cara giró el agiel. Kahlan dio un respingo al oír el chasquido de una costilla al romperse. El prisionero se estremeció y lanzó una exclamación ahogada. Contenía el aliento, incapaz incluso de gritar.

Kahlan se sentía como si se hubiera quedado paralizada y sin poder mover ni un solo músculo. Richard le había contado que a Denna, la mord-sith que lo capturó, le gustaba romperle las costillas. Eso convertía en una tortura el respirar, por no hablar de lo que sentía cuando Denna le obligaba a gritar. Además, la víctima se quedaba mucho más indefensa.

Cara se levantó.

—De pie —ordenó.

El hombre se levantó tambaleándose.

—Estás a punto de averiguar por qué llevo prendas de cuero rojo sangre. —Con estas palabras le propinó un tremendo golpe en la cara con el guantelete al tiempo que lanzaba un grito de furia. Mientras se derrumbaba, un chorro de sangre salpicó la estantería. Apenas el hombre tocó el suelo, Cara se situó de pie sobre él con las piernas separadas y las botas tocándole las caderas.

»Sé qué estás elucubrando. He visto lo que pensabas hacerme. Eres un chico malo. —La mord-sith descargó la bota sobre el esternón del prisionero—. Esto no es nada comparado con lo que te haré por imaginar eso. Será mejor que aprendas de prisa a no pensar en resistirte. ¿Ha quedado claro? —Cara se inclinó y le hundió el agiel en el vientre—. ¿Ha quedado claro?

El chillido del hombre hizo que Kahlan sintiera un escalofrío que le recorrió la espalda. En una ocasión había experimentado el dolor que producía un agiel y lo que veía le asqueaba, aunque lo peor era saber que Richard había pasado por eso mismo. No obstante, no intentó pararlo.

Había ofrecido clemencia al prisionero. De no haberlo detenido, ese hombre habría intentado asesinar a Richard. También había prometido que la mataría a ella, aunque si guardaba silencio sin tratar de detener a Cara, era por la amenaza que representaba hacia Richard.

—A ver qué haces —dijo Cara con una sonrisa burlona y le pinchó con el agiel en la costilla rota—. ¿Cómo te llamas?

—¡Marlin Pickard! —Trataba de alejar las lágrimas parpadeando. Tenía el rostro cubierto por una pátina de sudor y, al jadear, expulsaba una espuma sanguinolenta por la boca.

Cara le clavó el agiel en la ingle. Marlin agitó los pies con impotencia mientras gemía.

—La próxima vez que te pregunte algo, no vaciles en responder. Y te dirigirás a mí llamándome ama Cara.

—Cara —dijo Kahlan en voz baja. Seguía imaginándose a Richard en el lugar de ese hombre—, no hay necesidad de...

Cara le lanzó una mirada iracunda por encima del hombro con sus fríos ojos azules. Kahlan desvió la mirada y con dedos trémulos se secó la lágrima que le caía por la mejilla. Levantó el tubo de cristal de la lámpara colgada en la pared y la encendió con la que sostenía en la mano. Cuando la mecha prendió, dejó la lámpara en una mesita auxiliar y colocó de nuevo el tubo. La gélida mirada de los ojos de la mord-sith resultaba aterradora. Kahlan sintió cómo el corazón le latía contra el pecho mientras se preguntaba durante cuántas semanas Richard habría visto únicamente una mirada fría que lo contemplaba mientras él suplicaba clemencia.

—Necesitamos respuestas, nada más —le dijo a Cara.

—Estoy consiguiendo respuestas.

—Lo sé y lo entiendo, pero no es preciso arrancarle también gritos. Nosotros no torturamos a nadie.

—¿Torturar? Si todavía no he empezado a torturarlo. —Cara se puso derecha y echó una mirada al hombre que temblaba a sus pies—. ¿Y si hubiera conseguido matar a lord Rahl primero?, ¿también en ese caso hubieseis deseado que lo dejara en paz?

—Sí. —Kahlan miró a la mord-sith a los ojos—. Para hacerle yo misma algo peor, algo mucho peor que cualquier cosa que puedas imaginar. Pero la realidad es que no ha hecho ningún daño a Richard.

Una astuta sonrisa asomó en los labios de Cara.

—Pretendía hacerlo. El canon de los espíritus dicta que el propósito equivale a culpa. El hecho de no conseguir llevarlo a término no exime de culpabilidad.

—Pero los espíritus también distinguen entre simple propósito y hecho. Mi propósito era ocuparme yo misma de él, a mi manera. ¿Era tu propósito desobedecer una orden directa mía?

Cara volvió a echarse la trenza rubia sobre el hombro.

—Mi propósito era protegeros a vos y a lord Rahl. Lo he conseguido.

—Te dije que me dejaras a mí.

—Las vacilaciones pueden ser vuestra perdición... así como la de vuestros seres queridos. —Por un momento, la faz de la mord-sith reflejó una profunda angustia, aunque rápidamente recuperó su férrea compostura—. Yo he aprendido a no vacilar nunca.

—¿Por eso lo provocabas?, ¿para que te atacara con su magia?

Con la base de la mano, Cara se limpió la sangre que le manaba de un profundo tajo en el rostro que le había hecho Marlin al golpearla y arrojarla contra la estantería. Dio un paso adelante.

—Exactamente. —Sin apartar la mirada de los ojos de Kahlan se lamió la sangre de la mano—. Una mord-sith no puede arrebatar la magia de otra persona a no ser que la ataque.

—Creía que temías la magia.

Cara tiró de la manga de cuero, alisándola hacia la mano.

—Y así es. A no ser que alguien con magia la utilice contra nosotras. En ese caso, se la arrebatamos.

—Siempre proclamas que no sabes nada sobre magia, y, ahora, ¿eres capaz de controlar la de él?, ¿puedes utilizar su magia?

Cara lanzó un rápido vistazo al hombre que gemía en el suelo.

—No. No puedo utilizarla del mismo modo que él, pero puedo volverla en su contra, o sea, hacerle daño con su propia magia. —La frente le tembló al confesar—: A veces sentimos un poco de esa magia, pero no la comprendemos del mismo modo que lord Rahl la entiende y por eso no podemos utilizarla. Excepto para causar dolor.

—¿Cómo? —preguntó, tratando de conciliar esas contradicciones.

Se sentía impresionada por cuanto se asemejaba la impasible expresión de la mord-sith a una cara de Confesora, la cara que la madre de Kahlan le había enseñado a adoptar para no traicionar los sentimientos que experimentaba ante lo que debía hacer.

—Nuestras mentes están conectadas a través de la magia —explicó Cara—, por lo que puedo ver si está pensando en hacerme daño, en volverse contra mí o en desobedecerme, porque contradice mis deseos. No conectamos con la mente de nuestra víctima a través de su propia magia, así que nos basta con desear hacerles daño para que así sea. —Bajó la mirada hacia Marlin, que de pronto lanzó otro grito de desesperación—. ¿Lo veis?

—Lo veo. Pero ahora detente. Si se niega a darnos respuestas, puedes... hacer lo que debes, pero no voy a permitir que hagas nada que no sea estrictamente necesario para proteger a Richard.

Kahlan apartó la mirada del atormentado Marlin para fijarla en los gélidos ojos azules de Cara.

—¿Conocías a Denna? —preguntó sin pensar.

—Todo el mundo conocía a Denna.

—¿Era tan buena como tú... torturando gente?

—¿Tan buena como yo? —Cara se echó a reír—. Nadie podía comparársele. Por esa razón Denna era la favorita de Rahl el Oscuro. Era increíble las cosas que podía llegar a hacerle a un hombre. Llegó incluso a...

Al reparar en el agiel que Kahlan llevaba al cuello —el agiel de Denna—, Cara de pronto comprendió qué había impulsado a la Confesora a preguntarle eso.

—Eso fue en el pasado. Entonces estábamos vinculadas a Rahl el Oscuro y obedecíamos sus órdenes. Pero ahora estamos unidas a Richard y jamás le haríamos daño. Daríamos nuestra vida antes que permitir que nadie le hiciera daño a lord Rahl. —Bajó la voz para añadir en un susurro—. Lord Rahl no sólo mató a Denna, sino que también la perdonó por lo que le hizo.

—Lo sé. Pero yo no la he perdonado. Comprendo que ella hacía aquello para lo que había sido entrenada y lo que le habían ordenado. El espíritu de Denna ha sido un consuelo y una ayuda para ambos, y aprecio los sacrificios que desde entonces ha hecho por nosotros. No obstante, en mi corazón no puedo perdonarla por las cosas horribles que hizo al hombre que amo.

Cara se quedó mirándola a los ojos durante unos minutos.

—Lo entiendo. Si algún día le hicierais daño a lord Rahl, tampoco yo os podría perdonar nunca. Y tampoco tendría clemencia con vos.

Kahlan le sostuvo la mirada.

—Lo mismo digo. Se dice que no hay peor muerte para una mord-sith que ser tocada por una Confesora.

Cara esbozó lentamente una sonrisa.

—Sí, eso tengo entendido.

—Es una suerte que estemos del mismo lado. Como ya he dicho, hay cosas que ni puedo ni estoy dispuesta a perdonar. Quiero a Richard más que a la vida misma.

—Todas las mord-sith sabemos que el sufrimiento más intenso siempre proviene de la persona amada.

—Richard nunca tendrá por qué temer ese dolor.

Cara pensó detenidamente en estas palabras.

—Rahl el Oscuro nunca tuvo que temer ese tipo de sufrimiento, pues nunca amó a ninguna mujer. Pero lord Rahl os ama. He observado que, en cuestiones de amor, a veces las cosas cambian.

Así pues, ése era el quid de la cuestión.

—Cara, yo soy tan incapaz como tú de hacer ningún daño a Richard. Antes preferiría morir. Lo amo.

—Yo también. De un modo distinto, pero con igual intensidad. Lord Rahl nos liberó. En su lugar, cualquier otro hubiera hecho ejecutar a todas las mord-sith. En vez de eso, nos ha dado una oportunidad para que cumplamos sus esperanzas.

Cara desplazó el peso del cuerpo a la otra pierna mientras apartaba su fría mirada escrutadora.

—Quizá Richard es el único de nosotros que comprende los principios de los buenos espíritus: que no podemos amar de verdad hasta que nos sentimos capaces de perdonar a otro los peores crímenes cometidos en contra nuestra.

Kahlan notó que se sonrojaba. Jamás hubiera imaginado que una mord-sith pudiera demostrar una comprensión tan profunda en asuntos de compasión.

—¿Denna era amiga tuya? —le preguntó. Cara hizo un gesto de asentimiento—. ¿Y has perdonado a Richard de corazón por haberla matado?

—Sí, pero eso es distinto —admitió Cara—. Entiendo lo que sentís vos hacia ella y no os culpo. En vuestro lugar, yo sentiría lo mismo.

Kahlan fijó la mirada en la nada.

—Cuando le dije a Denna, a su espíritu, que no podía perdonarla, ella me respondió que lo entendía y que ya le había sido concedido el único perdón que necesitaba. Me dijo que amaba a Richard, que lo amaba incluso en la muerte. —Del mismo modo que Richard había visto en Kahlan a la mujer que se ocultaba detrás de la magia, también había visto en Denna al ser humano que se ocultaba detrás del aterrador personaje de mord-sith. Kahlan comprendía cómo debió de sentirse Denna al encontrar por fin a

alguien que podía verla como lo que era—. Tal vez el perdón de la persona amada es lo único que realmente importa en la vida, la única cosa que realmente puede sanar tu corazón y tu alma.

Kahlan contempló sus propios dedos, que seguían la figura de una hoja rizada grabada en el borde del tablero de la mesa.

—No obstante, jamás podría perdonar a nadie que le hiciera daño.

—¿Me habéis perdonado a mí?

Kahlan alzó la mirada.

—¿Por qué?

Cara aferró con más fuerza el agiel. Kahlan sabía que las mord-sith sentían dolor al asir el agiel, lo cual era parte de la paradoja de alguien entrenado para causar dolor.

—Por ser una mord-sith.

—¿Por qué tendría que perdonarte por eso?

Cara desvió la mirada.

—Porque si Rahl el Oscuro me hubiese ordenado a mí en lugar de a Denna que me hiciera cargo de Richard, habría sido tan implacable como ella. Lo mismo podría decirse de Berdine, de Raina o de cualquier otra.

—Ya te he dicho que los espíritus distinguen entre lo que podría haber sido y lo que realmente ha sucedido. No eres responsable de lo que otros te han hecho, del mismo modo que tampoco yo tengo que rendir cuentas por haber nacido Confesora, y Richard no puede considerarse culpable de haber sido engendrado por un asesino.

Cara seguía con la vista baja.

—Pero ¿podréis llegar a confiar realmente en nosotras?

—A los ojos de Richard y de los míos ya habéis demostrado vuestra lealtad. Tú no eres Denna ni eres responsable de sus decisiones. —Con el pulgar, Kahlan limpió la sangre que manaba de la mejilla de Cara—. Cara, si no confiara en todas vosotras, ¿crees que permitiría que Berdine y Raina, dos mord-sith, estuvieran solas con Richard en estos mismos instantes?

La mirada de Cara se posó en el agiel de Denna.

—En la batalla contra la Sangre de la Virtud vi cómo luchasteis para proteger a lord Rahl, igual que los habitantes de esta ciudad. Ser una mord-sith supone entender que a veces una tiene que ser despiadada. Aunque vos no sois una mord-sith, he comprobado que lo entendéis. Sois una digna guardiana de lord Rahl. Sois la única mujer que conozco digna de llevar un agiel.

»Aunque a vos os parezca algo censurable, para mí es un honor que llevéis un agiel. Su propósito último es proteger a nuestro amo.

Kahlan le dirigió una sonrisa sincera; entendía a Cara un poco mejor que antes. Se preguntó cómo habría sido antes de ser capturada y entrenada para convertirse en mord-sith. Richard le había explicado que era mucho más horrible que cualquier cosa que le hubiesen hecho a él.

—Para mí también lo es, porque Richard me lo dio. Soy su protectora, como tú. En ese aspecto somos hermanas del agiel.

Cara sonrió con aprobación.

—¿Significa eso que obedeceréis las órdenes, para variar? —inquirió Kahlan.

—Nosotras siempre obedecemos las órdenes.

Kahlan esbozó una irónica sonrisa y sacudió la cabeza. Cara señaló con un gesto al hombre en el suelo.

—Tal como os prometí, responderá a vuestras preguntas, Madre Confesora. No practicaré mis artes con él más allá de lo necesario.

Con un apretón en el brazo, Kahlan expresó su pesar y su simpatía por el complicado papel que le había tocado desempeñar en la vida a Cara, debido a otras personas.

—Gracias, Cara.

Inmediatamente centró su atención en Marlin y en el problema que tenían entre manos.

—Intentémoslo de nuevo. ¿Qué planes tenías?

El hombre la miró desde el suelo con aire de desafío. Cara lo empujó con un pie.

—Di la verdad o empezaré a buscar puntos especialmente tiernos y sensibles para aplicarte el agiel. ¿Entendido?

—Sí.

La mord-sith se agachó y le pasó el agiel por delante del rostro.

—Sí, ama Cara. —La repentina amenaza en su voz pareció anular todo lo que Cara acababa de decir. Incluso Kahlan se asustó.

El prisionero abrió mucho los ojos y tragó saliva.

—Sí, ama Cara.

—Mejor así. Ahora contesta a la Madre Confesora.

—Ya os he dicho cuáles eran mis planes: matar a Richard Rahl y a vos.

—¿Cuánto tiempo hace que Jagang te lo ordenó?

—Casi dos semanas.

Eso lo explicaba. Era posible que Jagang hubiese muerto en el Palacio de los Profetas, cuando Richard lo destruyó. Al menos eso esperaban ambos. Quizás había impartido las órdenes antes de morir.

—¿Qué más? —le instó Kahlan.

—Nada más. Tenía que entrar aquí usando mi talento y mataros a ambos. Eso es todo.

Cara le propinó un puntapié en la costilla rota.

—¡No nos mientas!

Kahlan apartó a Cara suavemente y fue a arrodillarse junto al hombre, que jadeaba y apenas podía respirar.

—Marlin —susurró—, no confundas mi desagrado hacia la tortura con falta de determinación. Si no comienzas a decirme lo que quiero saber, daré un largo paseo y luego iré a cenar, y te dejaré aquí solo con Cara. Pese a que está loca, te dejaré a solas con ella. Cuando regrese, si sigues negándote a hablar, usaré mi poder contigo, y ni te imaginas cuánto peor será eso. Cara ni siquiera se acerca a lo que yo puedo hacer; ella puede utilizar tu magia y tu mente. Yo puedo destruirla. ¿Es eso lo que quieres?

Él negó con la cabeza mientras se presionaba las costillas.

—Por favor, no —imploró. Los ojos se le volvían a llenar de lágrimas—. Responderé a vuestras preguntas... aunque de veras que no sé nada. El emperador Jagang viene a mí en sueños y me dice qué debo hacer. Sé cuál es el precio del fracaso. Yo obedezco. —Un sollozo ahogado lo obligó a interrumpirse—. Me ordenó que... que viniera aquí y os matara a ambos. Jagang usa a magos y hechiceras para satisfacer sus deseos.

Mientras se ponía en pie, Kahlan daba vueltas a las palabras de Marlin. De pronto volvía a comportarse como un muchacho. Algo no encajaba, pero no se le ocurría qué podía ser. A primera vista tenía sentido que Jagang hubiese enviado a un asesino, pero había algo raro. Se aproximó a la mesa auxiliar en la que había dejado la lámpara y apoyó una cadera en ella. Se masajeó las sienes, que le palpitaban, dando la espalda a Marlin.

—¿Estáis bien? —preguntó Cara, aproximándose un poco.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy tan preocupada por este asunto que me está dando dolor de cabeza, eso es todo.

—Podríais dejar que lord Rahl os besara y en seguida os sentiríais mejor.

Kahlan se rió por lo bajo ante la expresión de inquietud de la mord-sith.

—Sí, apuesto a que sí. —Agitó las manos en el aire para disipar las dudas, como si quisiera ahuyentar un bicho imaginario—. Todo esto es ridículo.

—¿Os parece ridículo que el Caminante de los Sueños trate de asesinar a su enemigo?

—Piensa en ello. —Kahlan miró por encima del hombro hacia Marlin, que se abrazaba las costillas y se balanceaba en el suelo. Por alguna razón los ojos del joven, incluso cuando expresaban terror o cuando no la miraban, como en esos momentos, le ponían la carne de gallina. Se volvió hacia Cara y bajó la voz—. Es imposible que Jagang no supiera que un solo hombre, incluso siendo mago, fracasaría. Sabe que Richard es capaz de reconocer a los poseedores del don y, además, aquí hay demasiadas personas preparadas para matar a un intruso.

—No obstante, gracias al don podría tener una oportunidad. A Jagang no debía de importarle que lo mataran. Tiene esbirros de sobra para que lo sirvan.

La mente de Kahlan volaba de un pensamiento a otro, tratando de distinguir un ápice de sentido detrás de las dudas que la corroían.

—Incluso si lograba matar a unos cuantos con su magia, siguen siendo demasiados. Todo un ejército de mriswith no pudo matar a Richard. Él reconoce a los poseedores del don y de la magia como una amenaza. No sabe cómo controlar su magia, del mismo modo que tú no sabes cómo controlar la de Marlin más allá de infligirle dolor, pero al menos está la guardia para protegerlo.

»No tiene ningún sentido. Jagang no es estúpido ni mucho menos; aquí hay algo raro. Seguro que responde a un plan. Hay algo que no vemos.

Cara enlazó las manos a la espalda mientras inspiraba profundamente.

—Marlin —dijo, volviéndose hacia el prisionero. El joven alzó la cabeza y la miró con atención—. ¿Cuál era el plan de Jagang?

—Que matara a Richard Rahl y a la Madre Confesora.

—¿Qué más? —preguntó Kahlan—. ¿Qué más planeaba?

Los ojos de Marlin se inundaron de lágrimas.

—No lo sé. Lo juro. Os he dicho lo que me ordenó. Tenía que conseguir un uniforme de soldado y armas para que pareciese que formaba parte del ejército y así poder acercarme. Luego tenía que mataros.

—No estamos formulando las preguntas adecuadas —comentó Kahlan, acusando el cansancio.

—Pues no sé qué más puede haber. Ya ha confesado lo peor. Nos ha dicho qué se proponía. ¿Qué más podemos preguntar?

—No sé, pero hay algo que me da mala espina. —Kahlan soltó un suspiro de resignación—. Tal vez Richard consiga sacar algo en claro. Después de todo, es el Buscador de la Verdad. Sabrá qué significa esto y también qué preguntas formular para...

De repente, Kahlan alzó la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos. Dio una zancada hacia el hombre derrumbado en el suelo.

—Marlin, ¿te dijo Jagang que anunciaras tu propósito al llegar?

—Sí. Una vez dentro de palacio tenía que anunciar qué propósito me traía.

Kahlan se puso tensa, agarró a Cara por el brazo y la acercó a sí sin apartar los ojos de Marlin.

—Tal vez no deberíamos decir nada de esto a Richard. Es demasiado peligroso.

—El poder de Marlin es mío. Está indefenso.

Los ojos de Kahlan recorrían frenéticamente la estancia. Apenas había oído lo que Cara había dicho.

—Tenemos que llevarlo a un lugar seguro. No podemos permitir que se quede aquí —dijo, mordiéndose la uña del pulgar.

Cara se puso ceñuda.

—Este lugar es tan seguro como cualquier otro. No puede escapar. Aquí está seguro.

Kahlan se sacó el pulgar de la boca y miró fijamente al hombre que se balanceaba en el suelo.

—No. Tenemos que llevarlo a un lugar más seguro. Creo que hemos cometido un grave error y que tenemos un problema.

3

—Dejad que lo mate —pidió Cara—. Sólo tengo que aplicarle el agiel en el lugar correcto, y su corazón dejará de latir. No sufrirá.

Por primera vez Kahlan consideró seriamente la repetida demanda de la mord-sith. Pero, aunque también ella se había visto obligada a matar en el pasado y había ordenado ejecuciones, rechazó el impulso. Tenía que pensarlo muy detenidamente. Por lo que sabía, podría tratarse del verdadero plan de Jagang, si bien no comprendía qué podía ganar con ello. Todo eso tenía que obedecer a un propósito. Jagang no era estúpido; tenía que saber que Marlin sería capturado, interrogado y seguramente ajusticiado.

—No —respondió—. Aún no sabemos lo suficiente y, en estas circunstancias, tal vez fuese la peor decisión. No podemos hacer nada más hasta que reflexionemos detenidamente. Ya nos hemos metido en un cenagal sin detenernos a pensar adónde queríamos ir.

Cara aceptó con un suspiro la enésima negativa a su petición.

—En ese caso, ¿qué queréis que hagamos?

—No lo sé todavía. Jagang tenía que saber que capturaríamos a Marlin, como mínimo, y no obstante le ordenó lo que ya sabemos. ¿Por qué? Tenemos que averiguarlo. Hasta entonces, tenemos que retenerlo en un lugar seguro de donde no pueda escapar ni hacer daño a nadie.

—Madre Confesora —repuso Cara con paciencia exagerada—, no puede escapar. Yo controlo su poder. Creedme. Una vez que he logrado dominar la magia de una persona, la controlo perfectamente. Tengo mucha experiencia. El prisionero no puede hacer nada en contra de mis deseos. Dejad que os lo demuestre.

La mord-sith abrió la puerta de par en par. Sorprendidos, los soldados echaron mano a sus armas mientras examinaban la estancia con una mirada silenciosa y profesional. Con la luz adicional que entraba por la puerta, Kahlan distinguió en todo su alcance el caos que reinaba en la habitación. Un chorro de sangre cruzaba la estantería en uno de sus ángulos. La alfombra carmesí estaba empapada de sangre, y la mancha mullida y rojiza se extendía más allá del borde dorado de la mesa. Marlin tenía el rostro ensangrentado, y una mancha húmeda oscurecía un lado de su túnica beige.

—Tú —ordenó Cara a uno de los hombres—, dame tu espada. —El soldado de pelo rubio desenvainó el arma y se la entregó sin vacilar—. Ahora —anunció la mord-sith—, escuchadme todos. Voy a ofrecer a la Madre Confesora una demostración del poder de una mord-sith. Aquel que contravenga mis órdenes se las verá conmigo, igual que él. —Con un gesto señaló a Marlin.

Algunos soldados asintieron con la cabeza y otros expresaron con palabras su conformidad después de mirar otra vez el lamentable estado en el que se encontraba el hombre tirado en el suelo.

—Si él logra llegar a la puerta —continuó Cara, señalando con la espada a Marlin—, quiero que lo dejéis pasar. Se habrá ganado la libertad. —Hubo murmullos de protesta—. ¡No discutáis!

Los soldados d'haranianos enmudecieron. Una mord-sith siempre era peligrosa, pero cuando había arrebatado la magia a una de sus víctimas, decir peligrosa era quedarse corto: estaba tratando con magia, y los soldados no tenían la menor intención de meter los dedos en un caldero de magia negra removido por una mord-sith furiosa.

Cara se aproximó a Marlin y le tendió la empuñadura de la espada.

—Tómala. —Marlin vaciló, pero bastó con que Cara frunciera el entrecejo en gesto de advertencia para que se apresurara a obedecer.

»Siempre dejamos que nuestros cautivos conserven sus armas. Son un recordatorio constante de que están indefensos, de que ni siquiera con sus armas pueden resistirse a nosotras.

—Lo sé —replicó Kahlan en voz baja—. Richard me lo dijo.

Cara ordenó con un gesto a Marlin que se levantara. En vista de que no obedecía con la prontitud deseada, le propinó un puñetazo en la costilla rota.

—¿A qué estás esperando? —vociferó—. ¡Levántate! Ahora ve y quédate ahí.

Una vez que el prisionero se levantó de la alfombra, Cara la cogió por una esquina y la apartó violentamente a un lado. Acto seguido señaló el suelo de madera pulida e hizo chasquear los dedos. Marlin corrió hacia donde señalaba. Lanzaba gruñidos de dolor a cada paso que daba.

Cara lo agarró por el cuello de la túnica y lo forzó a inclinarse.

—Escupe.

Marlin tosió sangre y escupió sobre sus pies. Cara lo obligó a ponerse derecho, lo cogió por el cuello de la túnica y, de un violento tirón, acercó su rostro al suyo.

—Ahora, escúchame bien —dijo hablando entre dientes—. Ya sabes el dolor que te puedo causar si me llevas la contraria. ¿Necesitas otra demostración?

—No, ama Cara. —Marlin negó vigorosamente con la cabeza.

—Buen chico. Bien, si te digo que hagas algo, eso es lo que deseo que hagas. Si no obedeces, si vas contra mis órdenes, tu magia te retorcerá las entrañas como si fueran una esponja. A medida que sigas yendo contra mis deseos, el dolor será cada vez peor. Desearás que la magia te mate, aunque yo no pienso permitirlo. Me suplicarás que te mate para librarte del dolor. Pero te advierto que nunca hago caso a mis mascotas cuando me suplican que las mate.

Marlin estaba lívido.

—Ahora quédate de pie donde has escupido. —Marlin posó ambos pies encima del escupitajo rojo. Cara le sujetó fuertemente la mandíbula con una mano y apuntó el agiel hacia el rostro del hombre.

—Deseo que te quedes de pie justo donde estás, encima de tu escupitajo hasta que yo te lo diga. Nunca más te atrevas a levantar un solo dedo contra mí o contra cualquier otra persona. Ése es mi deseo. ¿Lo has entendido? ¿Has entendido cuál es mi deseo?

Marlin asintió lo mejor que pudo teniendo en cuenta que la mord-sith le inmovilizaba la mandíbula.

—Sí, ama Cara. Juro que jamás trataré de haceros daño. Deseáis que me quede de pie encima de mi escupitajo hasta que me deis permiso para que me mueva. —Las lágrimas afluyeron de nuevo a sus ojos—. No me moveré, lo juro. Por favor, no me hagáis daño.

Cara le apartó el rostro con brusquedad.

—Me das asco. Los hombres que se quiebran tan fácilmente como tú me dan asco. He tratado a chicas con el agiel que han durado más —masculló—. Esos hombres —añadió señalando a su espalda— no te harán nada, ni tampoco tratarán de detenerte. Si llegas hasta la puerta, en contra de mis deseos, serás libre y el dolor desaparecerá. Todos me habéis oído bien, ¿verdad? —preguntó a los soldados con aire amenazador—. Si el prisionero llega a la puerta, es libre. —Los soldados asintieron—. Y si me mata, también es libre.

En esa ocasión no asintieron hasta que Cara repitió la orden a gritos. Lanzó a Kahlan una iracunda mirada y añadió:

—Eso os incluye a vos. Si me mata o llega a la puerta, es libre.

Por improbable que fuese que el prisionero lo consiguiera, Kahlan no podía acceder. Marlin quería matar a Richard.

—¿Por qué haces esto? —quiso saber.

—Porque tenéis que entender. Tenéis que confiar en lo que os digo.

Kahlan soltó un suspiro.

—Continúa —dijo sin acceder explícitamente a las palabras de la mord-sith.

Cara dio la espalda a Marlin y se cruzó de brazos.

—Ya conoces mis deseos, cielito. Si quieres escapar, ésta es tu oportunidad. Llega a la puerta y serás libre. Si quieres matarme por lo que te he hecho, ésta es tu oportunidad para hacerlo.

»Me parece que aún no te he hecho sangrar lo suficiente, ni mucho menos. Cuando acabemos con esta tontería te llevaré a un sitio privado, donde la Madre Confesora no esté para interceder en tu favor. Pienso pasarme el resto de la tarde y de la noche castigándote con el agiel, simplemente porque me apetece. Vas a lamentar el día que naciste. A no ser, claro está —añadió encogiéndose de hombros—, que me mates o escapes.

Los soldados permanecían mudos. En la estancia se respiraba un pesado silencio mientras Cara esperaba de brazos cruzados. Marlin miró cuidadosamente a su alrededor escrutando a los soldados, a Kahlan y a la espalda de Cara. Sus dedos se cerraron sobre la empuñadura de la espada, asiéndola con más fuerza. Reflexionó con los ojos entornados.

Finalmente, sin perder de vista la espalda de Cara, dio un paso pequeño y cauteloso a un lado.

A ojos de Kahlan fue como si de pronto un bastón invisible lo golpeara en el abdomen. El prisionero se dobló por la cintura lanzando un gruñido y, sin aliento, soltó un gemido quedo. Se dirigió hacia la puerta, gritando por el esfuerzo.

Aterrizó en el suelo chillando. Se aferraba el abdomen con ambos brazos, retorciéndose. Se estiró en el suelo todo lo largo que era, curvando los dedos desesperadamente, y trató de avanzar hacia la puerta arrastrándose. Pero le quedaba bastante lejos. Pagaba cada centímetro que avanzaba con convulsiones de dolor cada vez más violentas. Kahlan se estremecía con sus entrecortados gritos atormentados.

En un último esfuerzo desesperado, Marlin volvió a aferrar la espada y se levantó a duras penas. Alzó la espada por encima de su cabeza, sin poder erguirse completamente. Kahlan se puso tensa. Incluso si no lograba que los brazos le obedecieran, la espada podía caer y partir a Cara.

Cara corría un riesgo demasiado grande. Rápidamente, Kahlan dio un paso adelante al mismo tiempo que Marlin bramaba y trataba de descargar la espada sobre Cara. Al ver el movimiento de Kahlan, la mord-sith levantó un dedo para que se quedara quieta.

Tras ella, la espada de Marlin repiqueteó contra el suelo mientras se derrumbaba, chillando y apretándose el estómago. Se estrelló contra la madera pulida y comenzó a retorcerse como un pez fuera del agua. Era evidente que su sufrimiento iba a más.

—¿Cuáles fueron mis palabras, Marlin? —preguntó Cara en voz baja—. ¿Cuáles son mis deseos?

Marlin se aferró al significado de las palabras de la mord-sith como si se tratara de los gritos de alguien que arroja un salvavidas a alguien que se ahoga. Recorrió el suelo con la mirada. Finalmente lo vio. Tan rápido como se lo permitían las convulsiones se desplazó hacia donde había escupido, aferrándose al suelo con los dedos. Por fin logró ponerse de pie tambaleándose. Apretando los puños a los costados, seguía agitándose y gritando.

—Ambos pies, Marlin —dijo Cara con indiferencia.

El joven bajó la vista y se dio cuenta de que pisaba el escupitajo con un solo pie. Rápidamente colocó también el otro encima.

Entonces hundió los hombros y enmudeció. Kahlan sintió que se derrumbaba con él. El prisionero tenía los ojos cerrados, jadeaba, sudaba profusamente y continuaba temblando por los efectos de la terrible experiencia por la que acababa de pasar.

—¿Lo entendéis ahora? —preguntó Cara a Kahlan.

Kahlan frunció el entrecejo. La mord-sith recogió la espada y caminó con ella hacia la puerta. Todos los soldados retrocedieron un paso a la vez. Cara tendió la espada ofreciéndola por la empuñadura. Su dueño la cogió de mala gana.

—¿Alguna pregunta, caballeros? —preguntó Cara con voz gélida—. Bien. Ahora dejad de aporrear la puerta mientras estoy ocupada. —Dicho eso les cerró la puerta en las narices.

Marlin jadeaba y, al hacerlo, el labio inferior aparecía y desaparecía por encima de los dientes. Cara acercó su rostro al del joven.

—No me acuerdo de haberte dado permiso para que cerraras los ojos. ¿Me has oído decir que los cerraras?

Marlin abrió los ojos desmesuradamente.

—No, ama Cara.

—En ese caso, ¿por qué los tenías cerrados?

—Lo lamento, ama Cara —se disculpó Marlin con voz trémula por el terror—. Por favor, perdonadme. No volveré a hacerlo.

—Cara.

La mord-sith se dio media vuelta como si hubiera olvidado incluso que Kahlan estaba en la misma habitación.

—¿Qué?

Kahlan ladeó la cabeza significativamente.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué os dije? —comentó Cara tras reunirse con Kahlan junto a la mesa con la lámpara—. ¿Veis ahora a qué me refería? No puede hacer daño a nadie. No puede escapar. Nadie se ha escapado nunca de una mord-sith.

—Richard sí —la contradijo Kahlan.

Cara se enderezó y soltó un sonoro suspiro.

—Lord Rahl es diferente. Este hombre no es lord Rahl. Las mord-sith han demostrado ser infalibles en miles de ocasiones. Lord Rahl fue el único capaz de matar a su ama para recuperar su magia y escapar.

—Por poco probable que pueda ser, Richard ha demostrado que las mord-sith no sois infalibles. No importa que hayáis dominado a miles de personas; el hecho de que una lograra escapar demuestra que es posible. Cara, no creas que dudo de ti, pero no podemos correr ningún riesgo. Algo me huele mal. ¿Qué motivo tiene Jagang para meter a su cordero en la guarida del lobo y ordenarle expresamente que anuncie qué se propone?

—Pero...

—Es posible que Jagang muriera y que, por tanto, ya no tengamos nada que temer, pero si sigue vivo y algo sale mal con Marlin, Richard pagará el precio. Jagang quiere ver a Richard muerto. ¿Tan tozuda eres que estás dispuesta a poner en riesgo a Richard por orgullo?

Cara se rascó el cuello, pensativa, y echó un rápido vistazo por encima del hombro a Marlin, que permanecía de pie justo donde había escupido. El hombre tenía los ojos muy abiertos y el sudor le goteaba de la punta de la nariz.

—¿Qué proponéis? Esta habitación no tiene ventanas. Podemos cerrar la puerta con llave y asegurarla. ¿Dónde estará más seguro que aquí?

Kahlan presionó con los dedos el punto de dolor ardiente bajo el esternón.

—En el pozo.

Kahlan cruzó los dedos al detenerse delante de la puerta de hierro. Marlin, que mostraba el mismo aspecto que un cachorro asustado, se mantenía en silencio rodeado por un puñado de soldados d'haranianos, un poco retrasados, en el corredor iluminado por antorchas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Cara.

Kahlan dio un respingo.

—¿Qué?

—He preguntado qué ocurre. Parece que tenéis miedo de que la puerta vaya a morderos.

Kahlan separó las manos y se obligó a colocarlas a ambos lados.

—Nada —contestó. Se volvió y cogió el juego de llaves que colgaba del gancho de hierro de la pared de piedra tosca, junto a la puerta.

—No mintáis a una hermana del agiel —dijo Cara bajando la voz.

Kahlan esbozó una rápida sonrisa de disculpa.

—El pozo es donde los condenados aguardan la ejecución. Tengo una hermanastra, Cyrilla, que era la reina de Galea. Cuando estaba aquí, cuando Aydindril cayó en manos de la Orden, antes de que Richard liberara la ciudad, la encerraron en el pozo junto con una docena de asesinos.

—¿Habéis dicho «tengo» una hermanastra? ¿Es que sigue viva?

Kahlan hizo un gesto de asentimiento. En su mente se arremolinaba la bruma de los recuerdos.

—Pero la tuvieron ahí abajo cuatro días. El príncipe Harold, su hermano y hermanastro mío, la rescató cuando la conducían al tajo para decapitarla. Desde entonces ya no ha vuelto a ser la que era. Se ha encerrado en sí misma. En muy raras ocasiones sale de su estupor e insiste en que el pueblo necesita una reina capaz de dirigirlo. Me suplicó que yo ocupase el trono de Galea en su lugar, y accedí. —Tras una pausa añadió—: Llora inconsolablemente si se despierta y ve un hombre.

Cara, con las manos enlazadas en la espalda, esperó sin hacer ningún comentario.

—A mí también me encerraron ahí abajo —prosiguió Kahlan señalando la puerta. Tenía la boca tan seca que solamente logró tragar al segundo intento—. Con los mismos hombres que la habían violado a ella. —Kahlan abandonó momentáneamente sus recuerdos para lanzar una mirada a hurtadillas a la mord-sith—. Pero a mí no me hicieron lo mismo. —No dijo que habían estado muy, muy cerca.

—¿A cuántos matasteis? —preguntó Cara con una astuta sonrisa.

—No me paré a contarlos mientras huía. —Kahlan forzó una sonrisa que no tardó en borrarse de sus labios—. Pero te aseguro que jamás he pasado tanto miedo como ahí abajo, sola con todas esas bestias. —El corazón le latía con tanta fuerza al recordarlo que se tambaleó.

—Bien, ¿preferís encerrar a Marlin en otro lugar?

—No. —Kahlan inspiró profundamente para limpiar los recuerdos—. Oye, Cara, lamento estar actuando así. —Miró brevemente a Marlin—. Pero es que hay algo en sus ojos, algo extraño que...

»Lo siento —se disculpó, con la mirada de nuevo posada en Cara—. Normalmente no soy tan nerviosa. Hace poco que me conoces, pero te aseguro que yo no soy tan aprensiva. Es sólo que... Bueno, es que en estos últimos días todo ha estado tan tranquilo. Richard y yo llevábamos mucho tiempo separados, y volver a estar juntos es una bendición. Los dos confiábamos en que Jagang hubiese muerto y que la guerra hubiera acabado. Quisimos creer que estaba en el Palacio de los Profetas cuando Richard lo destruyó...

—Tal vez sí estaba. Marlin ha dicho que hace dos semanas que Jagang le dictó las órdenes. Lord Rahl sabía que Jagang quería ese palacio y, probablemente, acompañaba a las tropas que lo tomaron por asalto. No hay duda de que está muerto.

—Ojalá. Estoy tan asustada por Richard... Supongo que eso me afecta. Ahora que por fin estamos juntos, temo que las circunstancias vuelvan a separarnos.

Cara se encogió de hombros para decir que sobraban las disculpas.

—Sé cómo os sentís. Ahora que lord Rahl nos ha dado la libertad, también nosotras poseemos algo que tememos perder. Quizá por eso también yo estoy muy nerviosa. Podríamos buscar otro sitio. —Con un rápido gesto señaló la puerta—. Tiene que haber otro sitio que no os despierte recuerdos tan dolorosos.

—No. Lo principal es proteger a Richard, y el pozo es el lugar más seguro de todo el palacio para encerrar a un prisionero. Ahora mismo no hay nadie más. Está construido a prueba de huidas. Estoy bien.

Cara enarcó una ceja.

—¿A prueba de huidas? Vos os escapasteis.

Kahlan pudo sonreír con los recuerdos a raya y, con el dorso de la mano, propinó a Cara una palmada en el estómago para quitarle hierro al asunto.

—Marlin no es una Madre Confesora. No obstante —dijo volviendo la mirada de nuevo hacia el prisionero—, hay algo en él que me da mala espina. Tiene algo raro que me asusta, aunque no debería ser así, pues sé que tú controlas su magia.

—Estáis en lo cierto: no deberíais preocuparos. Lo tengo totalmente bajo control. Ninguna mascota se me ha escabullido nunca jamás.

La mord-sith tomó el manojo de llaves de manos de Kahlan y abrió la cerradura. Luego, de un tirón, acabó de abrir la puerta. Tenía los goznes oxidados y chirrió. De la oscuridad del pozo emanaba un pesado hedor. Llevaba consigo tantos recuerdos que Kahlan notó cómo el estómago se le revolvía. Cara reculó un paso, nerviosa.

—Supongo que no hay... ratas ahí abajo, ¿verdad?

—¿Ratas? —Kahlan echó una mirada a las oscuras fauces—. No. No tienen modo de entrar. No hay ninguna rata. Ya lo verás.

Kahlan centró su atención en los soldados que, algo retrasados, esperaban custodiando a Marlin, y con señas indicó la larga y pesada escalera de mano que descansaba sobre un lado apoyada en la pared frontera a la puerta. Una vez que la hubieron entrado y colocado en su lugar, Cara ordenó a Marlin que se acercara, chasqueando los dedos. El prisionero corrió hacia ella sin vacilar, deseoso de no hacer nada que la contrariara.

—Coge esa antorcha y baja —ordenó.

Marlin sacó la antorcha del tedero cubierto de óxido y comenzó a bajar. Kahlan le indicó que también ella bajara, y Cara obedeció con expresión de extrañeza.

—Sargento Collins, esperad aquí con vuestros hombres, por favor —dijo a los guardias.

—¿Estáis segura, Madre Confesora?

—Sargento, ¿tantas ganas tenéis de estar ahí abajo, en un espacio confinado junto con una mord-sith enfadada?

El sargento metió el pulgar en el cinto mientras lanzaba un vistazo hacia el negro agujero del pozo.

—Esperaremos aquí arriba como habéis ordenado.

Kahlan comenzó a descender.

—No nos pasará nada —le aseguró.

Las paredes del pozo estaban construidas con bloques de piedra tan perfectamente encajados entre sí, que apenas había asidero para meter una uña. Al mirar por encima del hombro vio, a unos seis metros por debajo de ella, a Marlin sosteniendo la antorcha y a Cara esperando. Bajó apoyando un pie en cada travesaño, con mucho cuidado de no pisarse el dobladillo del vestido.

—¿Por qué hemos bajado con él? —le preguntó Cara cuando llegó abajo.

Kahlan se frotó una mano contra la otra para limpiarse el polvo de los travesaños, tomó la antorcha que sostenía Marlin y se dirigió a la pared, frente a ellos. Allí se puso de puntillas y encajó la antorcha en uno de los soportes de la pared.

—Porque de camino hacia aquí se me han ocurrido más preguntas que hacerle antes de dejarlo solo.

Cara fulminó con la mirada al prisionero y señaló el suelo.

—Escupe —le ordenó, y esperó—. Ahora ponte encima.

Marlin obedeció procurando colocarse con ambos pies encima. Cara escrutó el pozo vacío, especialmente las sombras de los rincones. Kahlan se preguntó si estaba asegurándose de que realmente no había ratas.

—Marlin —dijo Kahlan. El aludido se humedeció los labios mientras esperaba la pregunta—. ¿Cuándo fue la última vez que recibiste órdenes de Jagang?

—Como os dije, fue hace unas dos semanas.

—¿Y desde entonces no te ha convocado?

—No, Madre Confesora.

—Si estuviera muerto, ¿tú lo sabrías?

Marlin no vaciló.

—No lo sé. Viene a mí o no lo hace. No tengo manera de saber de él entre una llamada y otra.

—¿Cómo se comunica contigo?

—En sueños.

—¿Y no has soñado con él desde que se te apareció hace aproximadamente quince días?

—No, Madre Confesora.

Kahlan anduvo hasta la pared en la que la antorcha siseaba y volvió, pensativa.

—No me reconociste al verme, ¿verdad? —declaró al fin. Marlin negó con la cabeza—. ¿Reconocerías a Richard?

—Sí, Madre Confesora.

—¿Cómo? —preguntó Kahlan con extrañeza—, ¿de qué lo conoces?

—Del Palacio de los Profetas. Yo era uno de los estudiantes, y la hermana Verna lo llevó allí. Lo conocía de haberlo visto.

—¿Un estudiante en el Palacio de los Profetas? Entonces... ¿cuántos años tienes?

—Noventa y tres, Madre Confesora.

No era de extrañar que le diera una impresión rara; a veces parecía un muchacho y otras se comportaba como alguien de mucha más edad. Eso explicaba la mirada de experiencia en unos ojos tan juveniles. El espíritu que reflejaban esos ojos no encajaba con la edad que aparentaba tener. Desde luego, eso lo explicaba.

En el Palacio de los Profetas, las Hermanas de la Luz se encargaban de enseñar a chicos con el don. Una antigua magia las ayudaba alterando el paso del tiempo, de modo que, a falta de un mago con experiencia, las Hermanas dispusieran del tiempo necesario para enseñar a los muchachos a controlar su magia.

Pero todo eso había acabado. Richard había destruido el palacio y las profecías que en él se guardaban para evitar que cayeran en manos de Jagang. Las profecías lo hubieran ayudado a conquistar todo el mundo y, viviendo en palacio, hubiera dispuesto de cientos de años para gobernar a los vencidos.

Kahlan notó cómo su mente se liberaba del peso de la preocupación.

—Ahora comprendo por qué notaba algo raro en él —dijo con un suspiro de alivio.

Cara no compartió su alivio.

—¿Por qué anunciaste tu propósito a los soldados cuando estuviste dentro del Palacio de las Confesoras?

—El emperador Jagang no me explicó el porqué de sus órdenes, ama Cara.

—Jagang pertenece al Viejo Mundo, por lo que sin duda no tenía idea de la existencia de las mord-sith —dijo Cara a Kahlan—. Probablemente creyó que un mago como Marlin podría darse a conocer, provocar el pánico y causar estragos.

Kahlan reflexionó sobre esa suposición.

—Es posible. Jagang ha convertido a las Hermanas de la Oscuridad en sus marionetas, lo cual le permite obtener información sobre Richard. Richard pasó tan poco tiempo en el Palacio de los Profetas que apenas aprendió nada sobre su don. Seguramente las Hermanas de la Oscuridad han revelado a Jagang que Richard no sabe cómo usar la magia que posee. Richard es el Buscador y sabe cómo usar la Espada de la Verdad, pero no sabe cómo utilizar su don. Quizá Jagang pensó que un mago tendría alguna oportunidad y, si fracasaba... pues no pasaba nada. Después de todo, tiene a otros.

—¿Qué opinas tú, cielito?

—No lo sé, ama Cara —respondió Marlin con ojos anegados en lágrimas—. No lo sé. No me lo dijo. Lo juro. —El tembleque de la mandíbula se le pasó a la voz—. Podría ser. Lo que dice la Madre Confesora es cierto: No le importa que nos maten mientras cumplimos sus órdenes. Él no da ninguna importancia a nuestras vidas.

—¿Algo más? —preguntó Cara a Kahlan.

Kahlan sacudió la cabeza.

—Ahora no se me ocurre nada más. Supongo que lo que dice tiene sentido. Volveremos cuando haya tenido tiempo para pensar en esto. Tal vez se me ocurra preguntarle alguna otra cosa que lo aclare definitivamente.

Cara acercó el agiel al rostro del prisionero.

—Quédate de pie aquí mismo, encima de tu escupitajo, hasta que volvamos, ya sea dentro de dos horas o de dos días. Si te sientas o cualquier parte de tu cuerpo que no sean las plantas de los pies tocan el suelo, te verás aquí abajo, completamente solo, torturado por el dolor de ir contra mis deseos. ¿Entendido?

Marlin parpadeó cuando una gota de sudor se le metió en un ojo.

—Sí, ama Cara.

—Cara, ¿realmente crees necesario que...?

—Sí. Conozco mi trabajo. No me digáis cómo hacerlo. Vos misma me habéis recordado lo que está en juego y que no debemos correr ningún riesgo.

—De acuerdo —transigió Kahlan. Asió un travesaño por encima de su cabeza y comenzó a subir. Estaba ya en el segundo travesaño cuando se detuvo y miró hacia atrás. Con el entrecejo fruncido bajó de la escalera—. Marlin, ¿viniste solo a Aydindril?

—No, Madre Confesora.

Cara lo agarró violentamente por el cuello de la túnica.

—¡Qué! ¿Has venido acompañado?

—Sí, ama Cara.

—¿Cuántas personas más?

—Sólo una, ama Cara. Una Hermana de la Oscuridad.

También Kahlan aferró la túnica del prisionero.

—¿Cómo se llama? —preguntó perentoriamente.

Asustado por ambas mujeres, Marlin trató de retroceder pero lo tenían cogido por la túnica y no pudo.

—No sé cómo se llama —gimoteó—. Lo juro.

—¿Una Hermana de la Oscuridad procedente del palacio en el que viviste casi un siglo y no sabes cómo se llama? —le espetó Kahlan.

Marlin se humedeció los labios. Miraba alternativamente a una y otra.

—En el Palacio de los Profetas vivían centenares de Hermanas. Nos regíamos por unas normas: los estudiantes no podíamos acceder a algunos lugares y se nos asignaban maestras, pero a otras no las conocíamos, por ejemplo las encargadas de la administración. No las conocía a todas, lo juro. A esa Hermana la había visto antes en palacio, pero no sabía cómo se llamaba, y ella tampoco me lo dijo.

—¿Dónde está ahora? —gritó.

Marlin temblaba, aterrorizado.

—¡No lo sé! Hace días que no la he visto, desde que llegué a la ciudad.

—¿Cómo era? —preguntó Kahlan, apretando los dientes.

Nuevamente Marlin se humedeció los labios, mientras que su mirada cambiaba rápidamente de Kahlan a Cara y viceversa.

—No sé. No sé cómo describirla. Es joven. Diría que no hace mucho que dejó de ser novicia. Tiene un aspecto juvenil como vos, Madre Confesora. Guapa. Al menos a mí me lo pareció. Con el pelo largo, muy largo y castaño.

Kahlan y Cara se miraron.

—Nadine —dijeron ambas simultáneamente.

4

—¿Ama Cara? —llamó Marlin desde abajo.

La mord-sith se volvió. Suspendida por una mano del travesaño inmediatamente por debajo de Kahlan extendió la antorcha que sostenía con la otra mano.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo voy a dormir, ama Cara? Si no regresáis esta noche y tengo que estar de pie, ¿cómo dormiré?

—¿Dormir? Eso no es asunto mío. Ya te lo he dicho: quédate de pie justo donde estás ahora. Si te mueves, te sientas o te tumbas, lo lamentarás muchísimo. Estarás solo con el dolor. ¿Entendido?

—Sí, ama Cara —repuso débilmente una voz desde el fondo del pozo.

Cuando llegó arriba, Kahlan tomó la antorcha que llevaba Cara para permitirle acabar de trepar con ambas manos. Entonces se la entregó a un aliviado sargento Collins.

—Collins, quiero que todos permanezcan aquí. Mantengan la puerta cerrada con llave y no bajen para nada, ni siquiera para echar un simple vistazo.

—Sí, Madre Confesora. —El sargento Collins vaciló—: Entonces, ¿es peligroso?

Kahlan comprendió la razón de su inquietud.

—No. Cara controla su poder. El prisionero es incapaz de hacer magia.

La Confesora evaluó a las tropas que atestaban el lúgubre corredor de piedra. Calculó que serían casi un centenar.

—No sé si esta noche regresaremos —le dijo al sargento—. Ordenad al resto de los hombres que bajen aquí. Divididlos en cuadrillas y organizad turnos, de modo que en cualquier momento al menos un número igual de soldados de los que hay ahora custodien el pozo. Cerrad con llave todas las puertas reforzadas y situad a arqueros en las puertas y a ambos extremos de este corredor.

—Creía que habíais dicho que no había motivos para preocuparse porque ya no podía usar su magia.

Kahlan sonrió.

—¿Qué le diréis a Cara si alguien logra entrar a hurtadillas y rescata a su prisionero bajo vuestras mismas narices en su ausencia?

El sargento se rascó la barba de tres días y luego lanzó una mirada a la mord-sith.

—Comprendo, Madre Confesora. No permitiremos que nadie se acerque a esta puerta.

—¿Aún no confiáis en mí? —preguntó Cara cuando los soldados ya no podían oírlas.

Kahlan esbozó una afable sonrisa.

—Mi padre era el rey Wyborn. Primero engendró a Cyrilla y luego a mí. Era un gran guerrero. Él me enseñó que toda cautela es poca con los prisioneros.

Cara se encogió de hombros mientras dejaban atrás una chisporroteante antorcha.

—Por mí, vale. No me habéis ofendido. Pero que conste que tengo su magia. El prisionero está indefenso.

—Sigo sin entender cómo es posible que te asuste la magia y al mismo tiempo puedas controlarla.

—Ya os lo he dicho: sólo la controlo si alguien me ataca con ella.

—¿Y cómo la controlas? ¿Cómo logras que haga lo que tú quieres?

Mientras caminaba Cara hizo girar el agiel, que pendía del extremo de la cadena que llevaba a la muñeca.

—No lo sé ni yo misma. Es algo que las mord-sith hacemos. El amo Rahl en persona participa en parte del entrenamiento de una mord-sith. Durante esa fase adquirimos esa capacidad. Supongo que no es una magia innata, sino que se nos transfiere.

Kahlan seguía sin comprender.

—Pero, aunque en el fondo no sabes lo que estás haciendo, la cosa funciona.

Con las yemas de los dedos asió la barandilla de hierro en una esquina, giró a su lado y comenzó a subir tras Kahlan los escalones de piedra.

—No es preciso saber lo que se está haciendo para conseguir que la magia funcione.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, lord Rahl nos dijo que un niño es magia: la magia de la Creación. No es preciso saber lo que se está haciendo para engendrar un niño.

»En el Palacio del Pueblo, en D'Hara, vivía una niña de aproximadamente catorce veranos, muy ingenua, hija de dos miembros del personal. Pues bien, un día me dijo que Rahl el Oscuro o Padre Rahl, que es como le gustaba que lo llamaran, le regaló un capullo de rosa, que floreció en sus dedos mientras el amo le sonreía. Me dijo que de ese modo se había quedado embarazada: por la magia.

Cara se rió con ganas.

—Realmente estaba convencida. Nunca se le ocurrió que había sucedido porque se había abierto de piernas con él. ¿Veis? La niña hizo magia, engendró un hijo sin ni siquiera saber lo que había hecho.

Kahlan se detuvo en el descansillo sumido en la oscuridad y cogió a Cara por la parte interior del codo a fin de que hiciera un alto.

—Toda la familia de Richard está muerta: Rahl el Oscuro mató a su padre adoptivo, su madre murió cuando él era muy niño, y su medio hermano, Michael, lo traicionó. Fue él quien permitió que Denna lo capturara. Tras derrotar a Rahl el Oscuro, Richard perdonó a Michael por lo que le había hecho a él pero ordenó que lo ejecutaran, porque debido a su traición había causado a sabiendas la tortura y muerte de infinidad de personas a manos de Rahl el Oscuro.

»Sé cuánto significa para Richard la familia. Le emocionaría descubrir a un hermanastro. ¿Podríamos enviar un mensajero al Palacio del Pueblo y traerlo aquí? A Richard le...

Cara negó con la cabeza y evitó la mirada.

—Rahl el Oscuro examinó al niño y descubrió que no había nacido con el don. Una de sus máximas ambiciones era tener un heredero con el don. A los otros los consideraba deformes y sin valor.

—Ya entiendo. —Se hizo el silencio entre ellas—. ¿Y la muchacha... la madre...?

Cara suspiró al darse cuenta de que Kahlan quería escuchar la historia completa.

—Rahl el Oscuro tenía muy mal carácter. Estaba desquiciado. Estranguló a la joven con sus propias manos después de obligarla a contemplar cómo él... bueno, cómo mataba a su hijo. Cuando Rahl el Oscuro se fijaba en los vástagos que no poseían el don, se enfurecía y los mataba.

Kahlan soltó el brazo de Cara. La mord-sith alzó la vista; sus ojos reflejaban de nuevo una expresión de calma.

—Algunas mord-sith tuvieron el mismo fin. Por suerte, yo nunca me quedé embarazada las veces que me eligió para pasar un buen rato.

—Me alegro de que, gracias a Richard, ya no estés sometida a esa bestia. Ni tú ni nadie.

Cara hizo un gesto de asentimiento. Kahlan jamás había visto en esos ojos una mirada más gélida.

—Para nosotras es más que lord Rahl. Cualquiera que le haga daño tendrá que responder ante las mord-sith, y ante mí.

De pronto, Kahlan vio bajo una nueva luz lo que había dicho Cara sobre que Richard podía «quedarse» con ella. Era lo más amable que podía hacer por él: permitirle estar al lado de su amada, pese al temor de que el amor lo hiciera sufrir.

—Tendrás que ponerte a la cola —dijo Kahlan, y por fin logró arrancarle una sonrisa a la mord-sith.

—Ojalá que los buenos espíritus quieran que nunca tengamos que pelearnos para saber quién va antes.

—Tengo una idea mejor: vamos a evitar que nadie pueda hacerle ningún daño. Cuando estemos arriba recuerda que no sabemos con certeza quién es esa Nadine. Si es una Hermana de la Oscuridad, es muy peligrosa. Pero no estamos seguras de que lo sea. Podría tratarse de una dignataria, de una mujer importante y de alto rango. Es posible incluso que no sea nada más que la hija de un rico aristócrata. Tal vez el padre expulsó a su amante, un granjero pobre, y ella simplemente lo está buscando. No quiero que hagas daño a inocentes. Tenemos que conservar la cabeza fría.

—No soy ningún monstruo, Madre Confesora.

—Lo sé. No pretendía decir eso. Pero no podemos permitir que el deseo de proteger a Richard nos haga perder la cabeza. Y eso me incluye a mí. Vamos, subamos al Salón de los Peticionarios.

Cara torció el gesto.

—¿Por qué al salón? ¿Por qué no vamos directamente donde está Nadine?

Kahlan comenzó a subir de dos en dos el segundo tramo de escalera.

—En el Palacio de las Confesoras hay doscientas ochenta y ocho estancias repartidas en seis alas bastante alejadas unas de otras. Antes estaba distraída y no indiqué a los guardias dónde debían conducirla, así que tenemos que preguntar.

Al llegar a lo alto de la escalera, Cara empujó con el hombro la puerta y, girando la cabeza, entró en el salón por delante de Kahlan, como si se adelantara para comprobar que no había ningún peligro.

—La verdad, no me parece una distribución muy acertada. ¿Por qué separar tanto las habitaciones de invitados?

Kahlan señaló con la mano un pasillo que partía a la izquierda.

—Por ahí es más corto. —Aflojó el paso cuando dos guardias se apartaron para dejarlas pasar y luego volvió a acelerar. El pasillo estaba enmoquetado con una alfombra de un azul intenso—. Las habitaciones para invitados están separadas porque eran muchos los diplomáticos que solían acudir a palacio para entrevistarse con el consejo de la Tierra Central. Si se hubiesen instalado demasiado cerca entre ellos, te aseguro que toda su diplomacia se habría esfumado. En ocasiones, para mantener la paz entre los aliados había que hacer equilibrios en la cuerda floja.

—¿Y qué me decís de todos esos palacios para los representantes de los países en el Bulevar de los Reyes?

—Parte del juego —replicó Kahlan con un gruñido.

Cuando entraron en el Salón de los Peticionarios, todos volvieron a arrodillarse. Antes de poder hablar con el capitán, Kahlan tuvo que dirigirles el saludo formal. El soldado le dijo adónde había conducido a Nadine. Kahlan se disponía a marcharse cuando uno de los chicos del grupo de jugadores de ja'la que esperaban pacientemente en el salón agarró el sombrero flexible de lana con el que se cubría la cabeza y corrió hacia ellas.

El capitán se fijó en él y les informó:

—Está esperando para ver a lord Rahl. Probablemente ha venido a pedirle que asista como espectador a otro partido. —El capitán sonrió para sí—. Le dije que podía esperar, sí quería, pero que no podía prometerle que lord Rahl lo recibiera. Es lo menos que podía hacer. —Se encogió de hombros tímidamente—. Ayer estuve en el partido con muchísimos soldados; ese chico y su equipo me hicieron ganar tres marcos de plata.

Arrugando el sombrero entre sus pequeños puños, el muchacho se arrodilló ante Kahlan al otro lado de la baranda de mármol.

—Madre Confesora, quisiéramos... bueno... si no es mucha molestia nos gustaría... —El chico se interrumpió para inspirar profundamente.

Kahlan trató de animarlo con una sonrisa.

—No temas. ¿Cómo te llamas?

—Yonick, Madre Confesora.

—Lo lamento, Yonick, pero Richard no puede ir a ver otro partido. Ahora estamos ocupados. Tal vez mañana. Ambos nos lo pasamos muy bien y nos gustaría repetir la experiencia, pero mejor otro día.

El muchacho negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Es mi hermano, Kip. —El chico retorcía el sombrero—. Está enfermo, y yo me preguntaba si... bueno, si lord Rahl podría venir para hacer magia y curarlo.

—Bueno —repuso Kahlan, apretándole cariñosamente un hombro—, en realidad Richard no es ese tipo de mago. ¿Por qué no acudes a uno de los sanadores de la calle Stentor? Diles que tu hermano está enfermo y pídeles que te den algunas hierbas medicinales para que se cure.

Yonick inclinó la cabeza.

—No tenemos dinero para hierbas medicinales. Por eso esperaba que... Kip está muy enfermo.

Kahlan se puso derecha y clavó la mirada en el capitán. Los ojos del soldado se posaron alternativamente de la Madre Confesora al muchacho. Finalmente carraspeó.

—Bueno, Yonick, ayer te vi jugar —farfulló el capitán—. Eres bueno, y tu equipo también. —Tras mirar de nuevo a Kahlan a los ojos, se metió una mano en el bolsillo y sacó una moneda. Acto seguido se inclinó sobre la baranda y entregó la moneda a Yonick—. Sé quién es tu hermano. Él... ese gol que metió fue realmente una buena jugada. Toma esto y cómprale hierbas, como la Madre Confesora te ha dicho.

Yonick contemplaba, atónito, la moneda de plata que tenía en la mano.

—Por lo que he oído decir, las hierbas medicinales no cuestan tanto.

El capitán le quitó importancia al asunto con un ademán.

—Bah, no tengo nada más pequeño. Con lo que sobre invita a algo al resto del equipo. Vamos, vete ya. Debemos atender asuntos de palacio.

Yonick se irguió todo lo alto que era y saludó golpeándose el pecho con el puño.

—Sí, señor.

—Eh —gritó el capitán al muchacho, que ya corría atravesando el salón hacia sus compañeros—, practica ese chute. Le falta fuerza.

—Lo haré —gritó Yonick por encima del hombro—. Gracias.

Kahlan observó cómo reunía a sus amigos, y juntos corrían hacia la salida.

—Habéis sido muy amable, capitán...

—Harris. —El soldado se estremeció—. Gracias, Madre Confesora.

—Cara, vayamos a visitar a esa tal lady Nadine.

Kahlan deseó que el capitán apostado en el extremo del pasillo y que se puso firme al verlas hubiera tenido una guardia sin incidentes.

—Capitán Nance, ¿Nadine ha intentado irse?

—No, Madre Confesora —dijo después de saludar con una inclinación—. Parecía agradecida por que alguien se tomara interés en su petición. Cuando le expliqué que podría haber dificultades y que debía permanecer en su habitación, me prometió que así lo haría. —Lanzó un vistazo a la puerta y añadió—. Me dijo que no deseaba «que yo me las cargara» y que obedecería.

—Gracias, capitán. —Antes de abrir la puerta se detuvo—. Si sale de esta habitación sin nosotras, matadla. Sin preguntas ni advertencias. Ordenad a los arqueros que disparen. —Al fijarse en que la frente del hombre temblaba, añadió—: Si es la primera en salir será señal de que posee poderes mágicos y que nos ha matado.

Pálido como la paja añeja, el capitán Nance saludó llevándose el puño al corazón.

La recámara estaba decorada en rojo. Las paredes eran carmesís, adornadas con una moldura superior blanca, zócalo de mármol y los marcos de las puertas de color rosa. El suelo de madera noble estaba casi enteramente cubierto por una enorme alfombra con fleco dorado, que exhibía un recargado motivo de hojas y flores. Las patas doradas de la mesa con el tablero de mármol y de las sillas tapizadas en terciopelo rojo habían sido talladas con un dibujo de hojas y flores a juego. Era una habitación interior y no tenía ventanas. Una docena de lámparas de cristal tallado distribuidas por la estancia emitían alegres chispas de luz que danzaban sobre las paredes.

Para Kahlan era una de las combinaciones de color menos conseguidas de todo palacio, pero algunos diplomáticos que solicitaban acomodo en palacio pedían específicamente ese color. Decían que les ponía en un estado de ánimo propicio a las negociaciones. Kahlan siempre recelaba cuando escuchaba las razones de los representantes que habían solicitado una de las habitaciones rojas.

Nadine no se encontraba en la extravagante recámara. La puerta de la alcoba permanecía entornada.

—Una habitación deliciosa —susurró Cara—. ¿Me la puedo quedar?

Kahlan la hizo callar. Sabía por qué la mord-sith deseaba una habitación roja. Abrió cautelosamente la puerta del dormitorio mientras Cara miraba por encima de su hombro. El aliento de la mord-sith le cosquilleaba en la oreja izquierda.

El dormitorio resultaba aún más perturbador para los sentidos, si cabe, que la recámara. El rojo se repetía en las alfombras, la colcha bordada, la desmesurada colección de cojines adornados con fleco dorado, incluso en el faldón de la chimenea de mármol rosa veteado. Si alguna vez Cara quisiera esconderse y llevara la ropa de cuero rojo, le bastaría con sentarse en esa habitación y nadie la encontraría.

Solamente ardían la mitad de las lámparas del dormitorio. Sobre las mesas y el escritorio se veían varios cuencos de vidrio soplado llenos de pétalos de rosa secos. Su fragancia, que se mezclaba con la del aceite de las lámparas, impregnaba el aire con un aroma denso y en exceso dulzón.

Cuando los goznes chirriaron, la mujer que descansaba en la cama abrió los ojos, vio a Kahlan y se puso en pie de un salto. Inconscientemente, Kahlan extendió un brazo a un lado para evitar que Cara se interpusiera en su camino. Con los músculos tensos como acero, lista para prender con su poder de Confesora a Nadine al menor gesto de agresión, casi ni respiraba. Si esa tal Nadine conjuraba la magia, Kahlan tendría que actuar muy rápidamente.

Nadine se frotó a toda prisa los ojos con los nudillos. Por la torpe reverencia que ejecutó —ni siquiera sabía qué pie debía adelantar—, Kahlan supo que no tenía delante a una aristócrata. Pero eso no descartaba que fuese una Hermana de la Oscuridad.

La desconocida miró a Cara un instante, embobada, se alisó el vestido a la altura de sus torneadas caderas y se dirigió a Kahlan.

—Disculpadme, majestad, pero he hecho un largo viaje y quería descansar un poco. Supongo que debo de haberme quedado dormida; no oí vuestra llamada. Me llamo Nadine Brighton, majestad.

Aprovechando que Nadine hacía otra reverencia de lo más torpe, Kahlan inspeccionó rápidamente la alcoba con la mirada. La jofaina y el aguamanil no se habían usado. Las toallas que colgaban a su lado, en el palanganero, se veían limpias y todavía dobladas. A los pies de la cama vio una simple bolsa de viaje de lana, muy gastada. Un cepillo para la ropa y una taza de latón eran los únicos objetos extraños colocados encima de la recargada mesilla dorada, junto a una silla de terciopelo rojo, al lado del lecho con dosel adornado con orlas. Nadine no se había cubierto con la colcha para echarse una siesta, pese al frescor de principios de primavera y el hogar sin encender. Tal vez, conjeturó Kahlan, para no enredarse con la ropa de cama si tenía que moverse rápidamente.

Kahlan no se disculpó por haber entrado sin llamar.

—Madre Confesora —dijo en tono cauto. Sentía la necesidad de dejar bien clara la amenaza tácita del poder que poseía—. Reina es uno de mis títulos menos... corrientes. Por lo general se me conoce como Madre Confesora.

El rubor casi hizo desaparecer las pecas que salpicaban los pómulos y la delicada nariz de Nadine. Sus grandes ojos castaños clavaron la mirada en el suelo con incomodidad y, aunque no era necesario, rápidamente se pasó los dedos por la espesa mata de pelo castaño.

No era tan alta como Kahlan, pero parecía tener la misma edad o tal vez un año menos. Era una joven realmente hermosa, que no aparentaba ninguna señal de peligro ni amenaza. No obstante, no bastaba una cara y un comportamiento inocentes para tranquilizar a Kahlan.

La experiencia le había enseñado lecciones muy duras. Marlin había sido la última; por su aspecto nadie hubiese dicho que era algo más que un joven torpe. Sin embargo, los bellos ojos de la desconocida no exhibían la misma mirada atemporal que tan nerviosa había puesto a Kahlan. Pese a ello, seguía mostrándose cautelosa.

Nadine dio media vuelta y alisó apresuradamente las arrugas del cobertor con rápidas pasadas.

—Disculpadme, Madre Confesora. No pretendía desarreglar vuestra hermosa cama. Antes me cepillé el vestido para no mancharla con el polvo del camino. Quería dormir en el suelo, pero la cama parecía tan cómoda que no pude resistirme a probarla. Espero no haberos ofendido.

—Pues claro que no. Te dije que quería que te sintieras como en tu propia casa.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando Cara se puso rápidamente al frente. Aunque entre las mord-sith no se percibía ninguna jerarquía, Berdine y Raina respetaban siempre la palabra de Cara. Asimismo, entre los d'haranianos, el rango de las mord-sith, particularmente de Cara, era indiscutible, aunque Kahlan jamás había oído a ninguno de ellos definirlo. Si Cara ordenaba «escupe», todos escupían.

Nadine lanzó un débil chillido mientras contemplaba con ojos muy abiertos cómo la mord-sith vestida de rojo avanzaba hacia ella.

—¡Cara! —le gritó Kahlan.

Cara no hizo caso de la advertencia.

—Tenemos a tu amigo, Marlin, abajo en el pozo. No tardarás en reunirte con él —le dijo a Nadine, y la empujó clavándole un dedo en el hueco de la base del cuello. Nadine cayó sobre la silla colocada junto a la cama.

—¡Ay! —se quejó la mujer, alzando la vista hacia la mord-sith, muy enfadada—. ¡Me has hecho daño!

Inmediatamente trató de levantarse de un salto, pero Cara le aferró la garganta con la mano cubierta por un guantelete, levantó el agiel y apuntó entre los ojos castaños abiertos de par en par.

—Eso no ha sido nada.

Kahlan agarró la trenza de la mord-sith y le dio un violento tirón.

—¡Aprenderás a obedecer las órdenes por las buenas o por las malas!

Cara, sin soltar la garganta de la desconocida, se volvió con sorpresa.

—¡Suéltala! —ordenó Kahlan—. Te dije que yo me encargaba de esto. Hasta que no haga un gesto amenazador, harás lo que te digo o tendrás que esperar fuera.

Cara soltó a Nadine propinándole un empellón que la hizo caer de nuevo en la silla.

—Nos va a traer problemas. Lo presiento. Deberíais dejar que la mate.

Kahlan mantuvo los labios apretados hasta que Cara puso los ojos en blanco y, de mala gana, se apartó. Nadine se levantó, más despacio esta vez. Se frotó los ojos llenos de lágrimas y tosió.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Yo no te he hecho nada! No he estropeado nada. Jamás había conocido a personas tan mal educadas. No hay necesidad de amenazar a nadie de ese modo —concluyó, agitando un dedo hacia Kahlan.

—Al contrario —la corrigió Kahlan—. Hoy mismo un joven de aspecto bastante inocente se presentó en palacio y pidió ser recibido por lord Rahl, como tú. Resultó ser un asesino. Gracias a Cara pudimos detenerlo.

—Oh. —Nadine ya no se mostraba tan indignada.

—Y eso no es lo peor. Confesó que tenía un cómplice: una atractiva mujer joven de cabello castaño largo.

Nadine dejó de frotarse la garganta para mirar primero a Cara y luego a Kahlan.

—Oh. Bueno, supongo que ha sido un error comprensible que...

—Tú también solicitaste audiencia con lord Rahl, y eso nos ha puesto a todos un poco nerviosos. Tenemos una actitud muy protectora hacia lord Rahl.

—Comprendo la razón de la confusión. No me siento ofendida.

—Ésta es Cara, una de las guardias personales de lord Rahl —continuó Kahlan—. Estoy segura de que puedes entender que se comporte de manera tan beligerante.

Nadine apartó la mano de la garganta para posarla sobre una cadera.

—Pues claro. Me temo que he aterrizado en medio de un avispero alborotado.

—El problema es que todavía no nos has convencido de que no eres la segunda asesina —dijo Kahlan—. Por tu bien, sería mejor que lo hicieras cuanto antes.

Nadine miraba alternativamente a una y otra, que la observaban. Su alivio se tornó alarma.

—¿Yo una asesina? Pero si soy una mujer.

—Yo también —replicó Cara—. Y si no confiesas, voy a derramar toda tu sangre en esta habitación.

Nadine se dio bruscamente media vuelta, cogió la silla y blandió las patas hacia Cara y Kahlan.

—¡Alejaos de mí! Os lo advierto. Una vez, Tommy Lancaster y su amigo Lester quisieron aprovecharse de mí y ahora tienen que comer sin los dientes delanteros.

—Deja la silla en el suelo —le advirtió Cara con su funesto siseo— o tu próxima comida será en el mundo de los espíritus.

Nadine dejó caer la silla como si quemara. Retrocedió hasta quedar con la espalda pegada a la pared.

—¡Dejadme en paz! ¡Yo no he hecho nada!

Kahlan asió suavemente a Cara por un brazo para que retrocediera.

—¿No vas a permitir que una hermana del agiel se ocupe de esto? —susurró—. Sé que dije «hasta que no haga un gesto amenazador», pero no pensaba en una silla.

La mord-sith torció el gesto.

—De acuerdo... por ahora.

—Necesito respuestas —dijo Kahlan dirigiéndose a Nadine—. Di la verdad y si realmente no tienes nada que ver con ese asesino, te presentaré mis más sinceras disculpas y trataré de compensarte por nuestra falta de hospitalidad. Pero si me mientes y tienes intención de atacar a lord Rahl, los guardias que esperan fuera tienen órdenes de no dejarte salir con vida de estas estancias. ¿Entendido?

Nadine, todavía pegada a la pared, asintió.

—Pediste ser recibida por lord Rahl. —Nadine asintió de nuevo—. ¿Por qué?

—Estoy buscando a mi prometido. Desapareció el pasado otoño. Íbamos a casarnos y quiero reunirme con él. —La joven se apartó de los ojos un mechón de pelo—. Pero no sé dónde se encuentra

exactamente. Me dijeron que si quería encontrarlo, fuese a ver a lord Rahl. Por eso deseaba hablar con el tal lord Rahl —añadió con ojos anegados en lágrimas—, para pedirle ayuda.

—Ya veo. Comprendo que estés angustiada por la desaparición de tu prometido. ¿Cómo se llama el joven?

—Richard —respondió Nadine sacándose un pañuelo de la manga y enjugándose delicadamente los ojos.

—Richard. ¿Y tiene apellido?

Nadine hizo un gesto de asentimiento.

—Richard Cypher.

Kahlan inspiró aire por la boca abierta con un esfuerzo muy consciente, pero tenía la lengua paralizada.

—¿Quién? —preguntó Cara.

—Richard Cypher. Es guía de bosque donde yo vivo, el valle del Corzo, en la Tierra Occidental.

—¿Qué significa que ibas a casarte con él? —logró susurrar por fin Kahlan. Sentía como si el mundo que la rodeaba amenazara con derrumbarse, mientras que en su mente se arremolinaban miles de pensamientos caóticos—. ¿Te lo dijo él?

Nadine retorcía entre las manos el pañuelo húmedo.

—Bueno, me cortejaba... y, aunque nunca hablamos de ello, se sobrentendía que íbamos a casarnos... pero desapareció. Entonces vino una mujer que me dijo que nos casaríamos. Me dijo que el cielo le había hablado; era una especie de mística. Lo sabía todo sobre mi Richard, lo amable, fuerte y apuesto que es, y más. También sabía un montón de cosas sobre mí. Me aseguró que mi destino era casarme con Richard y que el destino de él era convertirse en mi marido.

—¿Una mujer? —Fue lo único que pudo decir Kahlan.

—Así es. Dijo que se llamaba Shota.

Kahlan apretó los puños. Habló con voz que destilaba veneno:

—Shota. ¿Y esa mujer, esa Shota, iba acompañada por alguien?

—Sí. Por un... hombrecillo muy extraño. Con los ojos amarillos. Daba miedo, la verdad, pero ella me dijo que era inofensivo. Fue Shota quien me dijo que fuese a ver a lord Rahl. Me aseguró que lord Rahl podría ayudarme a encontrar a mi Richard.

Kahlan reconoció la descripción del compañero de Shota, Samuel. En la tempestad que rugía en la mente de Kahlan retumbaba la voz de esa mujer llamando a Richard «mi Richard». Con gran esfuerzo, logró que su tono sonara calmado.

—Nadine, por favor, espera aquí.

—Lo haré —replicó Nadine, recuperando la compostura—. ¿Va todo bien? Me creéis, ¿verdad? Digo la pura verdad.

En vez de contestar, Kahlan apartó conscientemente su mirada asombrada de Nadine y salió de allí seguida de Cara, que cerró la puerta. Una vez en la recámara, Kahlan se detuvo tambaleándose. A su alrededor todo flotaba convertido en una fluctuante mancha roja.

—Madre Confesora, ¿qué pasa? —susurró la mord-sith—. Os habéis puesto tan roja como la ropa que llevo. ¿Quién es esa Shota?

—Shota es una bruja.

Inmediatamente, Cara se puso tensa.

—¿Y conocéis a ese tal Richard Cypher?

Kahlan tuvo que tragar saliva dos veces para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Richard fue criado por su padrastro. Hasta que averiguó que su verdadero padre era Rahl el Oscuro, se llamaba Richard Cypher.

5

—La mataré —anunció Kahlan con voz áspera y ronca. Tenía la mirada perdida—. Con mis propias manos. ¡La estrangularé hasta que deje de respirar!

Cara se volvió hacia el dormitorio.

—Yo me encargo de eso. Será mejor que dejéis que sea yo quien me ocupe de ella.

—Ella no, Cara. Estoy hablando de Shota. Ella —añadió señalando hacia la puerta de la alcoba— no entiende nada de esto. No sabe nada sobre Shota.

—¿O sea que conocéis a esa bruja?

Kahlan suspiró amargamente.

—Oh sí, la conozco. Desde el principio trató de impedir que Richard y yo estuviéramos juntos.

—Pero ¿por qué?

Kahlan desvió la mirada de la puerta de la alcoba.

—No lo sé. Cada vez da una razón distinta. A veces temo que es porque quiere a Richard para ella.

—¿Cómo lo lograría si consigue que lord Rahl se case con esa pequeña zorra? —preguntó Cara con extrañeza.

—No lo sé. Shota siempre trama algo. Nos ha causado un sinfín de problemas. —Apretó los puños con fuerza y afirmó muy decidida—: Pero esta vez no va a funcionar. Aunque sea lo último que haga, pienso poner fin a sus intromisiones. Y luego Richard y yo nos casaremos. Juro —añadió en un susurro— que no se inmiscuirá más, aunque para ello tenga que tomarla con mi poder y enviarla al inframundo.

Cara se cruzó de brazos mientras reflexionaba sobre el asunto, con los ojos azules clavados en la puerta del dormitorio.

—¿Qué pensáis hacer con Nadine? Sigo opinando que tal vez lo mejor sería... deshacernos de ella.

Kahlan se presionó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Nadine no tiene ninguna culpa. Ella no es más que un peón en el plan de Shota.

—A veces, un soldado de a pie puede causar más dificultades que el plan de batalla de un general si... —Su voz se fue apagando, descruzó los brazos y ladeó la cabeza como si escuchara una ráfaga de viento que soplara en el pasillo.

»Viene lord Rahl —anunció.

Las mord-sith poseían una asombrosa, por no decir inquietante, habilidad para sentir la presencia de Richard gracias al vínculo que los unía. La puerta se abrió y por ella entraron Berdine y Raina vestidas con prendas de cuero del mismo corte y tan ceñidas como las que llevaba Cara, pero de color marrón y no rojo. Se mostraban muy ufanas.

Ambas eran un poco más bajas que Cara, aunque igualmente atractivas. Mientras que Cara era musculosa, con piernas muy largas y sin un gramo de grasa, Berdine poseía una figura más escultural, ojos azules y una melena de pelo castaño y ondulado que llevaba recogida en una trenza larga, como todas las mord-sith. Por su parte Raina era una atractiva morena de pelo fino, también recogido en una trenza. Las tres exhibían la misma imperturbable confianza en sí mismas.

La incisiva mirada oscura de Raina se fijó en el cuero rojo que vestía Cara, pero no hizo ningún comentario. Tanto ella como Berdine mostraban una expresión adusta e intimidatoria. Se colocaron una a cada lado de la puerta, mirándose de frente.

—Os presentamos a lord Rahl —anunció Berdine en tono ceremonioso—: el Buscador de la Verdad y quien esgrime la Espada de la Verdad, portador de la muerte, amo de D'Hara, gobernante de la Tierra

Central, comandante de la nación gar, defensor de las personas libres, azote de los malvados —dijo y, con sus ojos azules de mirada penetrante clavados en Kahlan, añadió—: y prometido de la Madre Confesora. —La mord-sith alzó un brazo hacia la puerta en gesto de presentación.

Kahlan se preguntaba qué estaría ocurriendo. Había visto a las mord-sith desplegar una gran variedad de estados de ánimo, las había visto comportarse de manera imperiosa, incluso traviesa. Pero nunca las había visto actuar con tanta ceremonia.

Richard entró. Su mirada de halcón se posó en Kahlan. Por un instante el mundo se detuvo. No existía nada más que ellos dos, unidos por un lazo invisible.

Una sonrisa floreció en los labios de Richard y brilló en sus ojos. Era una sonrisa de amor sin límites.

Sólo existían ella y Richard. Sólo los ojos del joven.

Pero el resto de él...

Kahlan lo contempló boquiabierta. Sin poder creer lo que veía se llevó una mano al pecho. Desde que lo conocía sólo lo había visto vestido con sencillas prendas de ir por el bosque. Sin embargo, ahora...

Lo único que reconoció fueron las botas negras. La parte superior de las botas estaba cubierta con correas de piel sujetas con emblemas de plata repujada con diseños geométricos. Las botas cubrían unos pantalones de lana negra nuevos. Sobre la camisa, también negra, llevaba una túnica negra abierta por los costados y decorada con símbolos a lo largo de una ancha banda dorada que recubría todo el borde. Un cinturón de piel de varias capas, adornado con más emblemas de plata, así como sendas bolsas trabajadas en oro a los lados, ceñían la magnífica túnica a la altura de la cintura. El antiguo bridecú de piel del que colgaba la vaina labrada en oro y plata de la Espada de la Verdad le cruzaba el hombro derecho. En cada muñeca llevaba un ancho brazalete de plata acolchado con piel que exhibía anillos unidos entre sí y más símbolos extraños. Se cubría los anchos hombros con una capa que parecía haber sido confeccionada con hilo de oro.

Tenía un aspecto a la vez noble y siniestro, regio y mortífero. Parecía un comandante de reyes, así como la personificación del nombre que se le daba en las profecías: el Portador de la Muerte.

Kahlan jamás había imaginado que podría tener un aspecto más apuesto del que normalmente tenía. Ni más dominante, ni más imponente. Se equivocaba.

Mientras abría la boca para tratar de decir algo, Richard cruzó la estancia, se inclinó y la besó en la sien.

—Bien —declaró Cara—. Lo necesitaba; tenía dolor de cabeza. —Enarcó una ceja en dirección a Kahlan y preguntó—: ¿Mejor ahora?

Pero Kahlan, que apenas podía respirar ni oír, tocó a Richard con los dedos para comprobar si era una visión o era real.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—¿Que si me gusta? Por todos los espíritus... —susurró ella.

—Supongo que eso es un sí —dijo Richard, divertido.

Kahlan deseó quedarse a solas con él.

—Pero, Richard, ¿qué es esto? ¿De dónde has sacado estas ropas?

Le era imposible apartar la mano del pecho del joven. Le gustaba notar su respiración y sentir los latidos de su corazón. A la vez notaba cómo palpitaba el suyo.

—Bueno, sabía que querías que cambiara de vestuario y...

Kahlan apartó la vista del cuerpo de Richard y alzó la mirada hacia sus ojos grises.

—¿Qué? Yo nunca he dicho eso.

Richard se echó a reír.

—Tus hermosos ojos verdes lo decían por ti. Cada vez que mirabas mi vieja ropa de guía de bosque, tus ojos hablaban muy claramente.

Kahlan retrocedió un paso y señaló con un gesto las prendas nuevas.

—¿De dónde las has sacado?

El joven le cogió una mano y con los dedos de la otra le levantó el mentón para poder mirarla a los ojos.

—Eres tan hermosa. Estarás espléndida con el vestido azul de boda. Quería tener un aspecto digno de la Madre Confesora cuando nos casemos. Lo he hecho a toda prisa para no retrasar nuestra boda.

—Encargó a las costureras que las confeccionaran. Se trataba de una sorpresa —dijo Cara—. No le revelé el secreto, lord Rahl. Trató por todos los medios de sonsacarme, pero no lo logró.

—Gracias, Cara —se rió Richard—. Apuesto a que no fue nada fácil.

Kahlan se unió a sus risas.

—Pero es maravilloso. ¿La señora Wellington hizo todo esto para ti?

—Bueno, no todo. Le dije lo que quería, y ella y las otras costureras pusieron hilo a la aguja. Creo que ha hecho un trabajo excelente.

—La felicitaré o, mejor aún, le daré un buen abrazo. —Kahlan palpó la capa entre el dedo pulgar y corazón—. ¿Ella hizo esto? Nunca he visto cosa igual. No puedo creer que lo hiciera ella.

—Bueno, no —admitió Richard—. La capa y alguna de las otras cosas provienen del Alcázar del Hechicero.

—¡Del Alcázar! ¿Qué has estado haciendo ahí arriba?

—La otra vez que estuve pasé por las habitaciones de los magos. Volví para echar un vistazo a algunas de sus posesiones personales.

—¿Cuándo fuiste?

—Hace unos pocos días. Tú estabas ocupada recibiendo a los funcionarios de nuestros nuevos aliados.

Kahlan examinó el conjunto con el entrecejo fruncido.

—¿Los magos de esa época iban vestidos de este modo? Yo siempre creí que los magos llevaban túnicas sencillas.

—La mayoría sí. Algunos llevaban esto.

—¿Qué tipo de mago se pondría prendas como éstas?

—Un mago guerrero.

—Un mago guerrero —murmuró Kahlan, atónita. Aunque apenas sabía cómo usar el don que poseía, Richard era el primer mago guerrero que había nacido en casi tres mil años.

Kahlan ya se disponía a lanzar una andanada de preguntas cuando recordó que debían ocuparse de asuntos más urgentes. Inmediatamente le cambió el humor.

—Richard —dijo sin mirarlo a los ojos—, aquí hay alguien que ha venido a verte...

Oyó el chirrido de la puerta del dormitorio al abrirse.

—¿Richard? —Era Nadine. De pie en el umbral retorcía el pañuelo entre los dedos en actitud expectante—. He oído la voz de Richard.

—¿Nadine?

Nadine abrió unos ojos tan grandes como coronas de oro sanderianas.

—Nadine. —Richard sonreía educadamente, pero sus ojos sólo expresaban frialdad. Kahlan jamás había visto pintada en su cara una expresión tan discordante. Lo había visto enfadado o invadido por la furia letal generada por la magia de la Espada de la Verdad y también lo había visto mostrar la expresión de calma mortal que invocaba al girar la espada blanca. Cuando estaba sumido en la furia de entrega y determinación, Richard resultaba incluso aterrador.

Pero ninguna expresión anterior podía ser más aterradora que la que contemplaba en esos momentos.

No era una furia mortal lo que se había apoderado de su mirada, ni una determinación letal. Era algo peor. El total desinterés que reflejaban su sonrisa vacía y también sus ojos era aterrador.

A Kahlan sólo se le ocurría una situación peor: que esa mirada estuviera dirigida a ella. Si la mirara a ella de ese modo, sin pizca de calidez, le rompería el corazón.

Pero, al parecer, Nadine no lo conocía tan bien como Kahlan, pues no veía más allá que la sonrisa que esbozaban sus labios.

—¡Oh, Richard!

La joven corrió hacia él y le echó los brazos al cuello. Parecía dispuesta a rodearlo también con las piernas. Rápidamente, Kahlan extendió un brazo para detener a Cara antes de que la mord-sith pudiera dar más de un paso.

Kahlan se obligó a sí misma a quedarse donde estaba y no decir ni media palabra. A pesar de los profundos lazos que la unían con Richard, sabía que ella no tenía ni voz ni voto en ese asunto. Se trataba del pasado de Richard y, aunque creía conocerlo bastante bien, parte de ese pasado, concretamente su pasado romántico, era territorio desconocido. Hasta ese momento no le había parecido importante.

Por temor a decir algo incorrecto prefirió callarse. Su destino estaba en manos de Richard, en los de esa bella mujer que en esos momentos abrazaba a su hombre y, por desgracia, nuevamente parecía estar en manos de Shota.

Nadine sembró de besos el cuello de Richard mientras éste trataba de mantenerse alejado. Por fin colocó las manos en la cintura de Nadine y la apartó.

—Nadine, ¿qué estás haciendo aquí?

—Buscándote a ti, tontorrón —respondió ella entrecortadamente—. Tu desaparición el otoño pasado nos dejó a todos confusos y muy preocupados. Mi padre te ha echado mucho de menos, y yo también. Nadie sabía qué te había ocurrido. Zedd también ha desaparecido. Primero cae el Límite y luego tú desapareces, como Zedd y tu hermano. Sé que el asesinato de tu padre te afectó mucho, pero ninguno de nosotros esperaba que salieses corriendo. —Nadine hablaba atropelladamente, casi sin resuello.

—Bueno, es una larga historia. Estoy seguro de que no te interesaría.

Probablemente Richard tenía razón, pues Nadine siguió parloteando sin dar muestras de haber escuchado ni una palabra.

—Tuve que ocuparme de muchas cosas antes. Hice prometer a Lindy Hamilton que cogería las raíces de invierno para papá. Desde que ya no le llevas algunas de las plantas especiales que necesita y que sólo tú sabes dónde encontrar, está fuera de sí. Yo he hecho todo lo que he podido, pero no conozco el bosque tan bien como tú. Papá confía en que Lindy te sustituya hasta que regreses a casa. Luego tuve que decidir qué llevarme y pensar en cómo me orientaría. Te he buscado por todas partes. Vine aquí para hablar con un tal lord Rahl, con la esperanza de que me ayudara a encontrarte. Pero ni en un millón de años soñaba con encontrarte antes incluso de hablar con él.

—Yo soy lord Rahl.

Si Nadine lo oyó, no dio muestras de ello. Dio un paso atrás y lo observó de la cabeza a los pies.

—Richard, ¿qué estás haciendo vestido de ese modo? ¿Quién finges ser? Cámbiate de ropa. Volvamos a casa. Ahora que te he encontrado, todo va a ir bien. Pronto estaremos de nuevo en casa, y todo volverá a ser como antes. Nos casaremos y...

—¡Qué!

Nadine parpadeó.

—Casarnos. Nos casaremos, tendremos una casa y todo lo demás. Tu vieja casa no servirá; tendrás que construir una mejor. Tendremos niños, un montón de niños que serán grandes y fuertes como mi Richard. Te amo, Richard —añadió con una sonrisa—. Por fin seremos marido y mujer.

La sonrisa de Richard, pese a ser vacía, había desaparecido para ser reemplazada por una expresión ceñuda.

—¿De dónde has sacado una idea tan ridícula?

Nadine se echó a reír mientras que, juguetona, le acariciaba el pecho con un dedo. Finalmente miró a su alrededor. Nadie sonreía ni por asomo. Se quedó muda y buscó refugio en los ojos de Richard.

—Pero, Richard... tú y yo. Como siempre hemos sabido que sería, nos casaremos. Por fin. Como siempre se ha supuesto.

Cara se inclinó hacia Kahlan para susurrarle al oído:

—Debisteis permitir que la matara.

La iracunda mirada de Richard borró de un plumazo la sonrisita burlona de la mord-sith así como el color de su tez.

—¿De dónde has sacado esa idea? —le espetó a Nadine.

Ésta estaba observando de nuevo la ropa que llevaba.

—Richard, estás ridículo vestido de ese modo. A veces me parece que tienes la cabeza hueca. ¿Estás jugando a ser rey? Y ¿de dónde has sacado esa espada? Richard, sé que eres incapaz de robar, pero también sé que no tienes dinero para pagar un arma como ésa. Si la has ganado en una apuesta o algo así, puedes venderla para que podamos...

Richard la agarró por los hombros y la zarandeó.

—Nadine, tú y yo nunca hemos estado prometidos, ni nada que se le parezca. ¿De dónde has sacado una idea tan disparatada? ¿Qué estás haciendo aquí? —gritó.

Finalmente, Nadine se marchitó ante la furia de Richard.

—Richard, he hecho un viaje muy largo. Nunca había salido del valle del Corzo. Ha sido muy duro. ¿Eso no significa nada para ti? Si lo hice fue solamente para ir a buscarte. Te quiero, Richard.

Ulic, uno de los dos enormes guardaespaldas de Richard, apareció en la puerta. Era tan alto que tuvo que agacharse para entrar.

—Lord Rahl, si tenéis un momento, el general Kerson tiene un problema y necesita hablar con vos.

Richard clavó en el imponente guardia una mirada ardiente e iracunda.

—Un momento.

Ulic, que no estaba acostumbrado a recibir una mirada ni un tono tan adustos por parte de Richard, hizo una reverencia.

—Se lo comunicaré, lord Rahl.

Nadine contempló atónita cómo esa mole de músculos salía por la puerta agachando de nuevo la cabeza.

—¿Lord Rahl? Richard, en nombre de los buenos espíritus, ¿de qué estaba hablando ese hombre? ¿En qué lío te has metido? Tú, que siempre has sido tan sensato, ¿qué has hecho? ¿Por qué estás engañando a toda esta gente? ¿A qué juegas?

—Nadine —contestó Richard en tono cansino, ya más tranquilo—, es una larga historia que ahora mismo no tengo ganas de explicarte. Me temo que ya no soy la persona que conocías... Ha pasado mucho tiempo desde que abandoné mi hogar, y me han ocurrido muchas cosas. Lamento que hayas hecho un viaje tan largo para nada, pero lo que en el pasado hubo entre nosotros...

Kahlan esperaba que la mirara con expresión avergonzada. Richard no lo hizo.

Nadine dio un paso atrás y miró a todas las caras que la observaban: a Kahlan, Cara, Berdine, Raina y Egan, el silencioso gigantón situado cerca de la puerta.

—Pero ¿qué os ocurre a todos? —exclamó, alzando las manos al cielo—. ¿Quién creéis que es este hombre? ¡Es Richard Cypher! ¡Mi Richard! Un simple guía de bosque... un don nadie. No es más que un sencillo muchacho de la Tierra Occidental que juega a ser alguien importante. ¡Pues no lo es! ¿Sois estúpidos o es que estáis ciegos? Es mi Richard, y vamos a casarnos.

Finalmente Cara rompió el silencio.

—Todos sabemos perfectamente quién es. Por lo que parece, tú no lo sabes. Es lord Rahl, el amo de D'Hara y el gobernante de lo que anteriormente fue la Tierra Central. Al menos gobierna todos los países que hasta ahora se le han rendido. Todos los presentes, y seguramente todos los habitantes de esta ciudad, darían con gusto sus vidas para protegerlo. Todos le debemos más que lealtad: le debemos el estar vivos.

—En una ocasión, una mujer muy sabia me dijo que sólo podemos ser quienes somos, ni más ni menos —intervino Richard dirigiéndose a Nadine.

La aludida susurró palabras de incredulidad, pero Kahlan no oyó qué decía.

Richard la enlazó por la cintura. En ese suave gesto, Kahlan leyó un mensaje de consuelo y amor. De repente, sintió un profundo pesar por esa mujer que había abierto su corazón delante de personas extrañas.

—Nadine —dijo Richard suavemente—, ésta es Kahlan, la mujer sabia que acabo de mencionar, la mujer que amo. Amo a Kahlan y no a ti, Nadine. Pronto nos casaremos. En breve partiremos para que la gente barro nos case. Nada en este mundo va a cambiar eso.

Nadine no osaba apartar los ojos de Richard, como si temiera que si lo hiciese, esas palabras se convirtieran en realidad.

—¿Gente barro? En nombre de los espíritus, ¿quién o qué es esa gente barro? Suena espantoso. Richard, tú... —La joven hizo acopio de valor, apretó los labios, frunció el entrecejo y agitó un dedo hacia él.

»¡Richard Cypher, no sé qué clase de juego te traes entre manos, pero no pienso permitirlo! ¡Ahora escúchame, pedazo de zoquete, recoge en seguida tus cosas! ¡Volvemos a casa!

—Yo ya estoy en casa, Nadine.

Finalmente Nadine se quedó sin palabras.

—Nadine, ¿quién te ha metido en la cabeza todo... ese asunto del matrimonio?

—Una mística de nombre Shota —confesó la joven ya sin ninguna pasión.

A la sola mención de Shota, Kahlan se puso tensa. Shota era la verdadera amenaza. Daba igual lo que dijera o quisiera Nadine, era Shota quien tenía el poder para causar problemas.

—¡Shota! —Richard se pasó una mano por la cara—. Shota. Debería haberlo sabido.

Entonces Richard hizo la última cosa que Kahlan hubiera esperado: echarse a reír suavemente. Allí de pie, con todos mirándolo, inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Como por arte de magia, esa carcajada tuvo la virtud de disipar todos los temores de Kahlan. El hecho de que Richard se tomara a broma las acciones de Shota, de algún modo quitaba importancia a la amenaza. De repente se sintió muy optimista. Richard acababa de decir que la gente barro los casaría, tal como ambos deseaban, y el hecho de que Shota tratara de impedirlo no merecía más que una carcajada. Con el brazo que mantenía alrededor de su cintura, Richard le dio un amoroso apretón. Kahlan sonrió sin poderlo evitar.

—Lo siento, Nadine —se disculpó Richard—. No me estoy riendo de ti. Es sólo que hace mucho tiempo que Shota nos juega malas pasadas. Es una pena que te haya involucrado en una de sus artimañas, pero no es más que otro de sus malditos juegos. Es una bruja.

—¿Una bruja? —susurró Nadine.

—Así es. En el pasado nos engañó con los pequeños dramas que monta, pero esta vez no va a conseguirlo. Ya no me importa lo que diga Shota. Estoy cansado de seguirle el juego.

Nadine parecía perpleja.

—¿Una bruja? ¿Magia? ¿Me ha engañado con su magia? ¡Pero si me dijo que me hablaba en nombre del cielo!

—Entiendo. Bueno, por mí como si el Creador en persona le habla.

—Me dijo que el viento te persigue. Yo estaba preocupada y quería ayudar.

—¿Que el viento me persigue? Bueno, con ella siempre es una cosa u otra.

Nadine desvió la mirada para preguntar:

—¿Y... qué hay de nosotros?

—Nadine, no hay ningún «nosotros» —replicó Richard en tono otra vez cortante—. Y tú mejor que nadie sabes que digo la verdad.

La joven alzó el mentón en gesto de indignación.

—No sé de qué me hablas.

Richard la observó largamente, como si considerara la conveniencia de decir más de lo que finalmente dijo.

—Como tú digas, Nadine.

Por primera vez, Kahlan se sintió incómoda. Fuese lo que fuese lo que acababa de presenciar, se sentía como una intrusa por haberlo escuchado. También Richard parecía violento.

—Lo lamento, Nadine, pero debo ocuparme de unos asuntos. Si necesitas ayuda para regresar a casa, veré qué puedo hacer. Dime lo que necesitas: un caballo, provisiones, lo que sea. Di a todos mis amigos de la ciudad del Corzo que estoy bien y que les envío recuerdos. —Se volvió hacia Ulic, que esperaba, y preguntó—: ¿Está aquí el general Kerson?

—Sí, lord Rahl.

Richard dio un paso hacia la puerta.

—Veamos qué problema tiene.

Pero, al oír pronunciar su nombre, el general entró en la estancia. Kerson era un hombre ya canoso pero musculoso y aún en forma, un poco más bajo que Richard, que ofrecía una estampa imponente ataviado con su uniforme de piel bruñida. A través de las cortas mangas de cota de malla que cubrían la parte superior de los brazos se veían unas brillantes líneas blancas: cicatrices que denotaban su rango.

—Lord Rahl —saludó golpeándose el pecho con un puño—, debo hablar con vos.

—Muy bien, hablad.

El general vaciló.

—Quería decir a solas, lord Rahl.

Richard no estaba de humor para perder el tiempo con el general.

—Ninguno de los presentes es un espía. Hablad.

—Se trata de los hombres, lord Rahl. Muchos de ellos están enfermos.

—¿Enfermos? ¿Qué les pasa?

—Bueno, lord Rahl, es que...

Richard frunció el entrecejo.

—Vamos, hablad de una vez.

—Lord Rahl —dijo el general Kerson mirando a las mujeres, luego carraspeó—, tengo la mitad del ejército, bueno, fuera de servicio, en cuclillas y gimiendo con accesos de diarrea que los debilitan.

Richard relajó el ceño.

—Oh. Bueno, lo lamento. Espero que mejoren pronto. Es un estado que no deseo a nadie.

—No es algo infrecuente en el ejército, pero en esta ocasión afecta a tantísimos soldados que es preciso hacer algo.

—Bien, aseguraos que beben en abundancia. Mantenedme informado y comunicadme cómo progresan.

—Lord Rahl es preciso hacer algo inmediatamente —repuso el general, poniendo énfasis en el «inmediatamente»—. Es una situación insostenible.

—No estamos hablando de un brote de sarampión ni nada parecido, general.

El general Kerson enlazó las manos a la espalda y se armó de paciencia inspirando profundamente.

—Lord Rahl, antes de partir hacia el sur el general Reibisch nos dijo que deseabais que vuestros oficiales expresaran su opinión en asuntos que consideraban importantes. También dijo que, aunque no os gustara lo que dijéramos, no nos castigaríais por expresar lo que pensábamos. Dijo que os interesaba nuestra opinión, porque nosotros tenemos más experiencia con las tropas y con el mando de un ejército que vos.

Richard se pasó varias veces la mano por la boca.

—Estáis en lo cierto, general. Y bien, ¿qué es eso de tan vital importancia?

—Lord Rahl, soy uno de los héroes de la revuelta de la provincia de Shinavont, en D'Hara. Entonces yo tenía el grado de teniente. Nosotros éramos quinientos, mientras que las fuerzas rebeldes sumaban siete mil hombres, que habían acampado en un bosque semejante a un cuello de botella. Atacamos al alba y pusimos fin a la revuelta antes del final del día. Al atardecer ya no quedaban rebeldes en Shinavont.

—Muy impresionante, general.

Éste se encogió de hombros.

—En realidad no lo fue. Casi todos los rebeldes tenían los pantalones bajados hasta los tobillos. ¿Habéis tratado de luchar con retortijones de tripa? —Richard admitió que no—. Fuimos aclamados como héroes, pero no es preciso ser ningún héroe para partir el cráneo a alguien tan mareado por la diarrea que apenas es capaz de alzar la cabeza. No me sentí orgulloso de lo que habíamos hecho, pero era nuestro deber y sofocamos la revuelta. De no haberlos masacrado, habríamos padecido un mayor derramamiento de sangre. Quién sabe lo que podrían haber hecho, o cuántas personas más habrían perdido la vida.

»Pero no fue así. Los masacramos porque estaban tan enfermos de disentería que no podían mantenerse en pie. —Con un barrido del brazo indicó la campiña que rodeaba la ciudad—. La mitad de mis hombres están fuera de combate. No contamos con todas nuestras fuerzas, porque el general Reibisch partió hacia el sur llevándose parte del ejército. Y los soldados que quedan no están en situación de combatir. Hay que hacer algo. Si ahora mismo nos ataca un enemigo numeroso, tendremos graves problemas. Somos vulnerables. Podríamos perder Aydindril. Si sabéis de algo para cambiar la situación, os estaría muy agradecido.

—¿Por qué me lo contáis a mí? ¿Acaso no tenéis sanadores?

—Contamos con sanadores expertos en lesiones producidas por armas. Nos hemos puesto en contacto con algunos herbolarios y sanadores de Aydindril, pero los números los desbordan. Vos sois lord Rahl, por lo que pensé que sabríais qué hacer.

—Tenéis razón. No creo que ningún herbolario disponga de remedios en tal cantidad. —Richard se pellizcó el labio inferior, pensativo—. El ajo serviría, pero tendrían que comer bastante. O arándanos. Dad a los hombres ajo en abundancia y también arándanos. Supongo que por aquí habrá bastante cantidad.

El general se inclinó hacia Richard. Fruncía el entrecejo con expresión dubitativa.

—¿Ajo y arándanos? ¿Habláis en serio?

—Mi abuelo me instruyó sobre hierbas medicinales, remedios y cosas de ésas. Confiad en mí, general; funcionará. Además que beban mucha infusión de tanino preparada con corteza de roble. Creo que el ajo, los arándanos y la infusión de corteza de roble solucionarán el problema. ¿Verdad, Nadine? —preguntó, mirando por encima del hombro.

Nadine hizo un gesto de asentimiento.

—Así es, aunque aún sería más sencillo si les dieras bistorta en polvo.

—Ya se me ha ocurrido, pero es imposible que encontremos bistorta en esta época del año, y dudo de que los herbolarios dispongan de suficiente cantidad.

—En polvo no se necesita tanto y sería mejor —insistió Nadine—. ¿De cuántos hombres hablamos, señor?

—Según el último informe, aproximadamente cincuenta mil. Pero quién sabe cuántos son ahora.

Nadine enarcó las cejas, sorprendida por la enorme cifra.

—En toda mi vida he visto tanta bistorta. Serían viejos antes de que consiguiéramos la cantidad suficiente. Richard tiene razón: ajo, arándanos e infusión de corteza de roble. La infusión de consuelda también serviría, aunque el problema es la cantidad. El roble de tanino es la mejor opción, aunque cuesta de encontrar. Si no hay por aquí, evónimo será mejor que nada.

—No —dijo Richard—. He visto roble de tanino en las cimas más altas, hacia el nordeste.

—¿Qué es un roble de tanino? —preguntó el general Kerson mientras se rascaba la barba de tres días.

—Un tipo de roble. Es el que vuestros hombres necesitan. La corteza es amarilla por la parte de dentro y con ella se prepara una infusión.

—Un árbol. Lord Rahl, soy capaz de identificar diez tipos diferentes de acero simplemente por el tacto, pero ni aunque tuviera más ojos sería capaz de reconocer un árbol en concreto.

—Sin duda, alguno de vuestros hombres debe de saber sobre árboles.

—Richard —intervino Nadine—, roble de tanino es el nombre que le damos en el valle del Corzo. De camino hacia aquí he recogido raíces y plantas que yo conozco con un nombre y que la gente con la que hablaba llamaba de otra manera. Si esos hombres beben infusión del árbol equivocado, en el mejor de los casos no les hará ningún daño, pero no solucionará el problema. El ajo y los arándanos les calmarán los intestinos, pero necesitan recuperar el líquido que han perdido; la infusión impedirá que pierdan todo el líquido y les devolverá la salud.

—Sí, lo sé. —Se frotó los ojos—. General, prepare un destacamento con aproximadamente quinientos carros y caballos de carga extra por si acaso no podemos acercar lo suficiente los carros. Sé dónde crecen esos árboles. Yo os guiaré. —Richard se rió en voz baja para sí—. Parece que mi destino es ser guía.

—Los hombres sabrán apreciar que lord Rahl se preocupe hasta ese punto por su bienestar. Desde luego yo lo aprecio, lord Rahl.

—Gracias, general. Dad las órdenes. Me reuniré con vos en los establos en breve. Me gustaría llegar allí arriba antes de que anochezca. No es conveniente transitar en la oscuridad por esos pasos de montaña, especialmente si llevamos carros. La luna está casi llena, pero con eso no bastará.

—Estaremos listos antes de que abandonéis esta habitación, lord Rahl.

El general se esfumó tras saludar apresuradamente golpeándose el pecho con un puño. Richard dirigió a Nadine otra de sus sonrisas fugaces y vacías.

—Gracias por la ayuda.

Acto seguido centró toda su atención en la mord-sith que iba vestida de rojo.

6

Richard cogió a Cara por la mandíbula, le levantó el rostro y le hizo girar la cabeza para ver mejor la herida en la mejilla, que sangraba.

—¿Qué es esto? —preguntó.

La mord-sith miró brevemente a Kahlan cuando Richard la soltó.

—Un hombre ha rechazado mis insinuaciones.

—¿De veras? Tal vez tu elección de cuero rojo lo ha desanimado. ¿Qué pasa aquí? —inquirió, dirigiéndose a Kahlan—. Los guardias de palacio están tan nerviosos que incluso me desafiaron a mí al entrar, y cuadrillas de arqueros vigilan las escaleras. No había visto tanto acero desenvainado desde que la Sangre de la Virtud atacó la ciudad.

Sus ojos reflejaban su típica mirada de halcón.

—¿Quién está encerrado en el pozo?

—Os lo dije —susurró Cara a Kahlan—. Siempre acaba por averiguarlo.

Kahlan había prohibido a Cara mencionar a Marlin, porque temía que hiciera daño a Richard de algún modo. Pero, después de revelar que había una segunda asesina, todo cambió. Era preciso que Richard supiera que por ahí corría una Hermana de la Oscuridad.

—La guardia ha apresado a un asesino que pretendía matarte. —Señaló a Cara con un gesto de la cabeza—. Nuestra pequeña señorita Magia lo provocó para que usara el don contra ella para poder capturarlo. Lo hemos encerrado en el pozo por precaución.

Richard lanzó un vistazo a Cara antes de dirigirse a Kahlan.

—Pequeña señorita Magia, ¿eh? ¿Por qué se lo has permitido?

—El hombre dijo que quería matarte. Cara decidió interrogarlo a su modo.

—¿Crees que era necesario? —preguntó a la mord-sith—. Tenemos todo un ejército. Un solo hombre no habría podido llegar hasta mí.

—También declaró que quería matar a la Madre Confesora.

La expresión de Richard se ensombreció.

—En ese caso, espero que le mostraras tu cara menos amable.

—Sí, lord Rahl —repuso la mord-sith, risueña.

Kahlan intervino.

—Richard, es peor que todo eso. Era mago en el Palacio de los Profetas. Ha confesado que lo acompañaba una Hermana de la Oscuridad. Todavía no la hemos encontrado.

—Una Hermana de la Oscuridad. Fantástico. ¿Cómo descubristeis que ese tipo es un asesino?

—Lo creas o no, él mismo se delató. Afirma que Jagang lo envió para matarnos a ti y a mí, y que una vez dentro del Palacio de las Confesoras las órdenes eran darse a conocer.

—En ese caso, Jagang no pretendía matarnos realmente; Jagang no es tan estúpido. ¿Qué se supone que debía hacer la Hermana de la Oscuridad aquí, en Aydindril? ¿Ha dicho que ella también debía matarnos o vino aquí con otro propósito?

—Marlin asegura que no lo sabe. Y después de lo que le hizo Cara, yo le creo.

—¿De qué Hermana se trata? ¿Cómo se llama?

—Marlin no lo sabía.

Richard hizo un gesto de asentimiento.

—Es posible. ¿Cuánto tiempo pasó en la ciudad antes de darse a conocer?

—No lo sé con exactitud. Supongo que unos pocos días.

—En ese caso, ¿por qué no se dirigió directamente al palacio sólo llegar?

—No lo sé. Yo... no se lo pregunté —admitió Kahlan.

—¿Cuánto tiempo pasó junto a la Hermana? ¿Qué hicieron mientras estaban aquí?

—No lo sé. —Vaciló antes de confesar—: Tampoco se me ocurrió preguntárselo.

—Bueno, si ella le acompañaba, tuvo que decirle algo. Supongo que era ella quien estaba al mando. ¿Qué le dijo la Hermana?

—No lo sé.

—¿Ese Marlin se vio con alguien mientras estaba en la ciudad? ¿Se reunió con alguien? ¿Dónde se alojaba?

Era el Buscador quien la interrogaba, no Richard. Aunque no había alzado la voz ni usaba un tono amenazante, Kahlan notaba cómo las orejas le ardían.

—Yo... no se me ocurrió preguntárselo.

—¿Qué hicieron mientras estuvieron juntos? ¿Llevaba algo la Hermana? ¿Compró algo, recogió algo o habló con alguien que pudiera ser parte del equipo? ¿Recibieron órdenes de matar a alguien más?

—Yo... no...

Richard se pasó los dedos por el pelo.

—Obviamente nadie envía a un asesino y le ordena que se presente ante los guardias que custodian el lugar en el que vive su objetivo. Con ello sólo se logra que sea el asesino quien resulte muerto. Tal vez Jagang ordenó a Marlin que hiciera algo antes de ir a palacio y, una vez cumplida la tarea, quiso que viniera aquí para que lo matásemos y eliminásemos así cualquier oportunidad de descubrir qué sucede, antes de que la Hermana pusiera en práctica el verdadero plan. Desde luego Jagang estaría dispuesto a sacrificar a uno de sus peones, tiene muchos más, y no valora la vida humana.

Kahlan se retorcía los dedos en la espalda. Se sentía una verdadera estúpida. El hecho de que Richard la mirara con ceño con sus penetrantes ojos grises no ayudaba en absoluto.

—Richard, sabíamos que una mujer aguardaba para verte, como pretendía también Marlin. No sabíamos quién era Nadine. Marlin no conocía el nombre de la Hermana pero nos la describió: joven, hermosa y con largo cabello castaño. Temíamos que Nadine fuese la Hermana de la Oscuridad y estuviera justo aquí, entre nosotros, por lo que dejamos a Marlin en el pozo y subimos en seguida para hablar con Nadine. Nuestra prioridad era detener a una Hermana de la Oscuridad, si es que estaba en palacio. Más tarde preguntaremos a Marlin todo lo que quieres saber. No va a ir a ningún sitio.

La mirada de halcón de Richard se suavizó mientras respiraba profundamente y meditaba. Finalmente asintió con la cabeza.

—Hiciste lo correcto. Tienes razón; las preguntas son lo menos importante. Lo siento. Debí darme cuenta de que tú siempre haces lo que es mejor. No obstante —advirtió, alzando un dedo en advertencia—, deja que yo me ocupe de ese Marlin.

»Cara —añadió, posando su mirada afilada en la mord-sith—, no quiero que ni tú ni Kahlan bajéis al pozo donde está él. ¿Entendido? Podría pasar algo.

Cara daría su vida sin dudarlo para proteger la de Richard, pero por la iracunda mirada que le lanzó era evidente que le molestaba que se cuestionara su capacidad.

—¿Podéis decirme qué peligro representaba el hombre alto y fornido que Denna paseó de la correa con toda impunidad entre el público del Palacio del Pueblo, en D'Hara? ¿Acaso no le bastó con enganchar en su cinturón el extremo de la delgada cadena que sujetaba a su mascota para demostrar que tenía un control absoluto? ¿Es que permitió una vez siquiera que esa correa llegara a tensarse?

El hombre que caminaba sujeto con correa era Richard.

Los ojos azules de Cara brillaban de indignación, como un rayo que de repente aparece en un cielo azul y despejado. Kahlan esperaba que Richard desenvainara la espada en un acceso de furia. En vez de eso, se quedó mirando a la mord-sith como si escuchara su opinión desapasionadamente y luego esperó por si deseaba añadir algo. Kahlan se preguntó si las mord-sith temían morir por la espada o lo deseaban.

—Lord Rahl, tengo su poder. No puede suceder nada —le aseguró Cara.

—Estoy seguro de eso. No pongo en duda tu capacidad, Cara, pero no quiero poner en peligro a Kahlan, por pequeño que sea el riesgo, a no ser que sea estrictamente necesario. Tú y yo interrogaremos a Marlin cuando regrese. Confío en ti plenamente, pero no puedo confiar la vida de Kahlan a una de esas extrañas vueltas que da la vida.

»Jagang no tuvo en cuenta el poder de las mord-sith probablemente debido a su desconocimiento del Nuevo Mundo y de lo que es una mord-sith. Cometió un error. Yo simplemente quiero asegurarme de que no cometemos otro. ¿De acuerdo? Cuando regrese, interrogaremos a Marlin y descubriremos qué está pasando realmente.

La tormenta en la mirada de Cara pasó tan rápidamente como había estallado. La calma de Richard la había disipado y, en cuestión de segundos, era como si nada hubiese ocurrido. Kahlan casi dudaba de que Cara hubiese pronunciado las feroces palabras que había oído. Casi.

La Confesora deseó haber considerado detenidamente el asunto de Marlin cuando tuvo oportunidad. Richard le había abierto los ojos. Seguramente, había estado tan preocupada por él que no pensaba con claridad. Había sido un error. Kahlan sabía perfectamente que no debía permitir que la preocupación le nublara la mente, pues se arriesgaba a causar el daño que tanto temía.

Richard le dio un beso en la frente, sujetándola por la nuca suavemente.

—Menos mal que no te ha pasado nada. Me asustas con esa costumbre que tienes de poner mi vida por delante de la tuya. Prométeme que no volverás a hacerlo.

Kahlan sonrió. No se lo prometió, sino que cambió de tema.

—Me inquieta que abandones la seguridad de palacio. No me gusta que andes por ahí sabiendo que por la zona merodea una Hermana de la Oscuridad.

—No me pasará nada.

—Pero ha llegado el embajador de Jara y también representantes de Grennidon. Ambos poseen enormes ejércitos estables. Y hay otros de países más pequeños: Mardovia, Cuenca del Pendisan y Togressa. Todos esperan conocerte esta noche.

Richard encajó el pulgar por detrás del ancho cinturón de cuero.

—Mira, todos pueden rendirse a ti. O están con nosotros o están contra nosotros. No es preciso que me vean; sólo tienen que acatar los términos de la rendición.

—Pero tú eres lord Rahl —replicó Kahlan—, el amo de D'Hara. Planteaste unas exigencias. Esperan verte.

—En ese caso tendrán que esperar hasta mañana por la noche. Nuestros hombres son lo primero. La principal razón por la que todos esos países acceden a rendirse es el ejército de D'Hara. No podemos mostrarles ninguna debilidad en lo militar.

—Es que no quiero que estemos separados —susurró ella.

Richard sonrió.

—Lo sé. Tampoco yo lo quiero, pero esto es importante.

—Prométeme que irás con cuidado.

Su sonrisa se hizo más rotunda.

—Lo prometo. Y ya sabes que un mago siempre cumple sus promesas.

—En ese caso, ve, pero no tardes en volver.

—No tardaré. Y tú mantente alejada de ese tal Marlin. —Se volvió hacia los otros para ordenar—: Cara, tú y Raina quedaos aquí junto con Egan. Ulic, siento haberte gritado. A modo de compensación,

puedes acompañarme para observarme con esos grandes ojos azules que tienes y hacerme sentir culpable. Berdine, como sé que si no me llevo como mínimo a una de vosotras me haréis la vida imposible, puedes venir conmigo.

Berdine dirigió a Nadine una radiante sonrisa.

—Yo soy la preferida de lord Rahl.

En vez de mostrarse impresionada, Nadine parecía atónita. Había escuchado con asombro la conversación anterior. Por fin miró a Richard con expresión altanera y cruzó los brazos por debajo de los senos.

—¿También piensas mangonearme a mí? ¿Vas a decirme lo que debo hacer, como a todos? Parece que te gusta.

Richard no se enfadó por el insulto, como Kahlan pensaba que haría, sino que reaccionó con mayor desinterés que nunca.

—Son muchas las personas que están combatiendo por nuestra libertad, que luchan para evitar que la Orden Imperial esclavice la Tierra Central, D'Hara y, en último término, la Tierra Occidental. Yo lidero a aquellas personas que están dispuestas a luchar por su libertad y por la de los inocentes que, de otro modo, serían reducidos a la esclavitud. Las circunstancias me han convertido a mí en el líder. No lo hago por ansia de poder ni porque me guste, sino porque es mi deber.

»A mis enemigos o enemigos potenciales les planteo exigencias. A mis leales, les imparto órdenes.

Las pecas que salpicaban las mejillas de Nadine desaparecieron bajo una capa de rubor.

Richard alzó la espada apenas unos centímetros y la dejó caer de nuevo, comprobando inconscientemente que estaba lista para utilizarla.

—Berdine, Ulic, recoged vuestras cosas y reuníos conmigo en los establos. —Cogió de la mano a Kahlan y la empujó hacia la puerta—. Tengo que hablar con la Madre Confesora. A solas.

Richard la condujo por el pasillo atestado de musculosos guardias d'haranianos ataviados con uniformes negros de cuero, cota de malla y armados hasta los dientes, hasta una sala lateral vacía. La obligó a doblar la esquina, la guió hasta la sombra, bajo una lámpara plateada, y le apoyó la espalda contra una pared revestida con paneles de madera de cerezo de color suavizado por el tiempo.

Con un dedo le pellizcó cariñosamente la punta de la nariz.

—No podía marcharme sin darte un beso de despedida.

—¿No querías besarme delante de una antigua novia? —inquirió Kahlan, risueña.

—Tú eres la única mujer que amo y he amado nunca. —Richard mostraba un aspecto apesadumbrado—. Puedes entender cómo me sentiría si uno de tus antiguos novios se presentara de repente.

—No, no puedo.

Richard se quedó perplejo un instante antes de sonrojarse hasta las orejas.

—Lo siento. Lo he dicho sin pensar.

Las Confesoras no tenían novios mientras crecían. Cuando una Confesora tocaba deliberadamente a otra persona con su poder, destruía la mente de esa persona y dejaba únicamente una devoción mecánica hacia ella. Así pues, las Confesoras debían reprimir en todo momento el flujo de su poder a fin de no liberarlo accidentalmente. Por lo general no les costaba, pues el poder crecía a medida que ellas cumplían años y, dado que ya nacían con él, la capacidad de contenerlo les era tan natural como el hecho de respirar.

Pero, cuando una Confesora se entregaba a la pasión, una experiencia desconocida en su infancia, le era imposible reprimir el poder. Por ello, en la cúspide del placer, cuando la Confesora se dejaba ir y no pensaba en mantener el control, podía destruir involuntariamente la mente de su amante.

Aunque lo desearan, las Confesoras no tenían más amigos que otras Confesoras. Inspiraban temor debido a su poder. Especialmente los hombres las temían. Todos los hombres procuraban mantenerse a distancia de una Confesora.

Las Confesoras no tenían novios.

Una Confesora elegía a su pareja según las cualidades que deseaba en su hija; es decir, pensando en el hombre como padre. Una Confesora nunca elegía por amor, pues en el acto de amar destruiría a la persona a la que amaba. Ningún hombre se desposaba voluntariamente con una Confesora; la Confesora elegía a su pareja y la tomaba con su magia antes de la boda. Los hombres temían a una Confesora que aún no hubiese elegido pareja; la Confesora era una destructora, una depredadora, y los hombres sus posibles víctimas.

Solamente Richard había vencido esa magia. Su inequívoco amor hacia Kahlan había trascendido su poder de Confesora. Que ella supiera, Kahlan era la primera Confesora que tenía el amor de un hombre y podía corresponder a ese amor. Mientras crecía, jamás había imaginado que llegaría a cumplir el deseo humano supremo: amar y ser amado.

Había oído decir que en la vida de una persona sólo existía un amor verdadero. En su caso no era un simple dicho, sino la verdad pura y dura.

Aunque no era por eso por lo que amaba a Richard completa y entregadamente. A veces no se podía creer que él también la amara y que pudieran estar juntos.

Kahlan deslizó un dedo por el bridecú de piel que llevaba Richard.

—¿Me estás diciendo que nunca piensas en ella?, ¿que nunca te has preguntado...?

—No. Oye, conozco a Nadine desde que era un niño. Su padre, Cecil Brighton, vende hierbas medicinales y remedios. Yo solía llevarle plantas poco comunes, y él me decía si había algo en especial que necesitaba y no podía encontrar. Entonces, cuando iba al bosque para guiar a los viajeros, mantenía los ojos bien abiertos para tratar de hallarlo.

»Nadine siempre quiso ser como su padre, aprender qué hierbas ayudaban a la gente y trabajar en la tienda. A veces me acompañaba para aprender a encontrar determinadas plantas.

—¿Solamente te acompañaba para buscar plantas?

—Bueno, no. Había algo más. Yo... bueno, a veces la visitaba a ella y a sus padres. En ocasiones paseábamos juntos incluso aunque su padre no me hubiese pedido que buscara una planta en concreto. El verano pasado, antes de que tú llegaras a la Tierra Occidental, bailé con ella en el festival del solsticio. Me gustaba. Pero nunca le di a entender que quisiera casarme con ella.

Kahlan sonrió y decidió poner fin a esa excursión al pasado. Le echó los brazos al cuello y lo besó. Por un instante recordó algo que Richard le había dicho a Nadine y se preguntó qué más habría habido entre ellos, pero inmediatamente la cabeza empezó a darle vueltas al sentir los poderosos brazos masculinos que la abrazaban y los suaves labios de Richard contra los suyos. El joven deslizó la lengua por el interior de sus dientes delanteros, y Kahlan la recibió con placer. Una mano muy grande le recorrió toda la espalda y la presionó con fuerza contra él.

—Richard —dijo Kahlan sin aliento, apartándolo de ella—, ¿qué me dices de Shota? ¿Y si nos causa problemas?

Richard parpadeó tratando de borrar de sus ojos la mirada de lujuria.

—¡Al inframundo con Shota!

—Pero, en el pasado, por muchos problemas que nos causara, siempre hubo una pizca de verdad en lo que decía, y alrededor tejía los problemas. A su modo, trataba de hacer lo que creía necesario.

—Shota no impedirá que nos casemos.

—Lo sé, pero...

—Cuando regrese nos casaremos, y no hay más que decir. —En comparación con su sonrisa, un amanecer parecería anodino—. Quiero tenerte en esa enorme cama tuya, como me prometiste.

—¿Cómo vamos a casarnos en seguida, a no ser que celebremos aquí la boda? Hay un largo camino hasta la aldea de la gente barro. Prometimos al Hombre Pájaro, a Weselan, a Savidlin y a todos los demás que nos casaríamos como gente barro. Chandalen me protegió en el viaje hasta aquí, y le debo la vida. Y Weselan me cosió mi precioso vestido de boda azul con sus propias manos, utilizando una tela que probablemente compró con lo que ganó trabajando durante años. Ellos nos aceptaron y nos convirtieron en gente barro. La gente barro se sacrificó por nosotros; muchos han dado la vida por nuestra causa.

»No es el tipo de boda con la que la mayoría de las mujeres sueñan: una aldea entera de gente semidesnuda, cubierta de barro, bailando alrededor de hogueras, invocando a los espíritus para que se reúnan con dos de los suyos, celebrando un banquete de varios días durante los cuales resuenan tambores y bailarines rituales escenifican historias mientras los demás... pero sería la ceremonia más sentida que podríamos tener.

»Ahora mismo no podemos partir de Aydindril y emprender el largo viaje hasta la aldea de la gente barro sólo porque lo deseemos, sólo por razones personales. Todos dependen de nosotros. Estamos en guerra.

Richard le dio un delicado beso en la frente.

—Lo sé. Yo también quiero que la gente barro nos case. Y lo harán. Confía en mí. Soy el Buscador. Lo he sopesado mucho y se me han ocurrido algunas ideas. —Suspiró antes de añadir—: Ahora tengo que irme. Cuida de todo, Madre Confesora. Mañana estaré de vuelta. Lo prometo.

Kahlan le abrazó con tanta fuerza que los brazos le dolieron. Finalmente, Richard la apartó de sí y la miró a los ojos.

—Tengo que partir sin demora, o nos arriesgamos a que los hombres resulten heridos, cruzando los pasos nevados a oscuras. —Hizo una pausa—. ¿Podrías... podrías ocuparte de que Nadine tenga cuanto necesita? Un caballo, víveres o lo que sea. No es mala persona y no le deseo ningún mal. No se merece lo que le ha hecho Shota.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento y recostó la cabeza contra el pecho de Richard. Podía oír el corazón latiéndole.

—Gracias por procurarte este atuendo con el que casarte. Nunca habías estado más apuesto. —Cerró los ojos al recordar las dolorosas palabras que había oído pronunciar en la estancia roja—. Richard, ¿por qué no te enfadaste cuando Cara te dijo esas cosas tan crueles?

—Porque sé lo que les hicieron a ellas. He estado en ese mundo de locura. El odio me habría destruido; lo único que me salvó fue el perdón sincero. No quiero que el odio las destruya. No podía permitir que un comentario arruinara lo que estoy tratando de darles. Quiero que aprendan a confiar. A veces, el único modo de ganarse la confianza de alguien es darle confianza.

—Yo diría que lo estás consiguiendo. A pesar de lo que te dijo Cara, antes ella me había dicho algunas cosas que me inducen a pensar que lo entienden. —Kahlan sonrió y trató de quitar hierro al asunto de las mord-sith—. Tengo entendido que hoy has estado fuera, con Berdine y Raina, domesticando ardillas listadas.

—Domesticar ardillas listadas es fácil. Estaba haciendo algo bastante más complicado: trataba de domesticar a las mord-sith. —Richard hablaba en un tono grave que sugería que mentalmente estaba muy lejos de allí—. Deberías haber visto a Berdine y a Raina. Se reían como dos niñas pequeñas. Estuve a punto de echarme a llorar.

Kahlan sonrió para sí, llena de admiración.

—Y yo que creía que estabas perdiendo el tiempo. ¿Cuántas mord-sith quedan en el Palacio del Pueblo en D'Hara?

—Docenas.

—Docenas. —Era una idea desalentadora—. Al menos tenemos suficientes ardillas listadas.

Richard le acarició el cabello con una mano mientras ella mantenía la cabeza pegada a su pecho.

—Te quiero, Kahlan Amnell. Gracias por tu paciencia.

—Yo también te quiero, Richard Rahl. —Kahlan se aferró a la túnica del joven y se apretó contra él—. Richard, Shota me asusta. Prométeme que de verdad te casarás conmigo.

Richard lanzó una breve y entrecortada risa, e inmediatamente la besó en la coronilla.

—Te quiero más de lo que jamás lograré expresar. No hay nadie más que tú, ni Nadine ni nadie. Te lo juro por mi don. Jamás podré amar a otra. Lo prometo.

Kahlan oía los latidos de su propio corazón. No era ésa la promesa que le había pedido.

—Tengo que irme —anunció Richard.

—Pero...

Richard volvió la vista a la esquina.

—¿Qué? Tengo que irme.

Kahlan lo ahuyentó con un ademán.

—Vete. Vete y regresa a mí cuanto antes.

El joven le lanzó un beso y desapareció. Kahlan se apoyó con un hombro en la esquina y contempló la capa dorada de Richard que se inflaba mientras él se alejaba rápidamente por el pasillo, y escuchó el ruido de las cotas de mallas, de las armas y el resonar de las botas que generaba el montón de guardias que lo seguían.

7

Las dos mord-sith que no habían partido y Egan esperaban en la recámara roja. La puerta del dormitorio estaba cerrada.

—Raina, Egan, quiero que vayáis a proteger a lord Rahl —anunció Kahlan mientras entraba.

—Lord Rahl nos ha ordenado que permanezcamos con vos, Madre Confesora —objetó Raina.

Kahlan alzó una ceja.

—¿Y desde cuándo acatáis las órdenes de lord Rahl cuando se trata de protegerlo?

Raina esbozó una pícara sonrisa; algo realmente insólito.

—Por nosotras, vale. Pero se enfadará si os dejamos sola.

—Tengo a Cara y un palacio lleno hasta los topes de guardias y rodeado por tropas. El mayor peligro que corro es que uno de esos descomunales guardias me pise un pie. Richard se ha llevado solamente quinientos soldados, además de Berdine y Ulic. Estoy preocupada por él.

—Pero ¿y si nos envía de vuelta?

—Decidle... decidle... Esperad.

Kahlan cruzó la estancia hasta el escritorio de madera de caoba, lo abrió y sacó papel, tinta y pluma. Tras mojar la pluma, se inclinó hacia adelante y escribió: «Procura no enfriarte y dormir bien abrigado. En primavera hace frío en las montañas. Te quiero, Kahlan». Dobló el papel y se lo tendió a Raina.

—Seguidlo a distancia. Esperad hasta que hayan montado el campamento para entregarle este mensaje. Decidle que yo os indiqué que se trataba de algo importante. Ya habrá oscurecido, y no os enviará de vuelta en plena noche.

Raina se soltó dos botones del costado del atuendo de cuero para deslizar la nota entre los pechos.

—Se enfadará —declaró—, pero con vos.

Kahlan sonrió.

—No me asustan los tipos duros. Sé cómo hacerle pasar el enfado.

Raina esbozó una sonrisa de complicidad.

—Ya me he dado cuenta. —Echó una mirada por encima del hombro hacia Egan, que parecía complacido—. Cumplamos con nuestro deber y entreguemos el mensaje de la Madre Confesora a lord Rahl. Tenemos que encontrar unos caballos lentos.

Cuando partieron, Kahlan llamó a la puerta del dormitorio no sin antes mirar brevemente a una expectante Cara.

—Adelante —dijo la voz amortiguada de Nadine.

Cara entró detrás de Kahlan. La Confesora no protestó; sabía que si le hubiera pedido que esperara fuera, la mord-sith no hubiese hecho caso de la orden. Cuando se trataba de protegerla a ella o a Richard, las mord-sith no obedecían órdenes.

Nadine estaba ordenando sus pertenencias en una desastrada bolsa de viaje. La cabeza le caía hacia adelante, tenía la mirada clavada en la bolsa, y la espesa mata de pelo le caía también hacia adelante alrededor de la cabeza, ocultándole el rostro. De vez en cuando atravesaba con un pañuelo la cortina de cabello.

—¿Estás bien, Nadine?

Nadine se sorbió la nariz, pero no alzó la mirada.

—Si haber hecho el ridículo más espantoso es estar bien, entonces todo me va de perlas.

—Shota también jugó conmigo. Sé cómo te sientes.

—Ya.

—¿Necesitas algo? Richard me ha pedido que me ocupara de que tuvieras todo lo que necesitas. Está preocupado por ti.

—Y los cerdos vuelan. Él sólo quiere que abandone cuanto antes esta magnífica habitación vuestra y que regrese a casa.

—Eso no es cierto, Nadine. Me ha dicho que eres muy buena persona.

Finalmente Nadine se irguió y se echó parte de la melena por encima del hombro. Entonces se limpió la nariz y se guardó el pañuelo en un bolsillo de su vestido azul.

—Lo siento. Supongo que me odiáis. No era mi intención presentarme aquí por las buenas para tratar de arrebataros a vuestro hombre. Yo no lo sabía. Juro que no lo sabía o jamás lo habría hecho. Yo creí... bueno, creí que Richard me... —Las lágrimas ahogaron la palabra «amaba».

Kahlan sintió simpatía por Nadine cuando trató de imaginar la desolación que la invadiría si perdiese el amor de Richard. La abrazó para consolarla y la obligó a sentarse en la cama. Nadine volvió a sacarse el pañuelo del bolsillo y lo apretó contra la nariz mientras sollozaba. Kahlan se sentó junto a ella en el lecho.

—¿Por qué no me cuentas lo tuyo con Richard? Tal vez te sientas mejor. A veces, ayuda que alguien te escuche.

—Me siento tan estúpida. —Nadine dejó caer los brazos en el regazo mientras hacía un esfuerzo por dejar de llorar—. Es culpa mía. A mí siempre me ha gustado Richard. Gustaba a todos. Es amable con todo el mundo. Nunca le había visto como hoy; está muy cambiado.

—Ha cambiado en ciertos aspectos —replicó Kahlan—. Ya no es siquiera el que era el pasado otoño, cuando yo lo conocí. Le han pasado muchas cosas. Tuvo que sacrificar su anterior vida, y los acontecimientos lo han puesto a prueba. Ha tenido que aprender a luchar para sobrevivir. Y ha tenido que aceptar que George Cypher no era su verdadero padre.

—¿George no era su padre? —inquirió Nadine, atónita—. ¿Entonces quién?, ¿alguien llamado Rahl?

Kahlan hizo un gesto de asentimiento.

—Rahl el Oscuro. El líder de D'Hara.

—D'Hara. Hasta que el Límite cayó, estaba convencida de que D'Hara era un lugar perverso.

—Y lo era. Rahl el Oscuro era un tirano que trataba de vencer mediante la tortura y el asesinato. Ordenó que capturaran a Richard y lo torturaran casi hasta la muerte. El hermano de Richard, Michael, lo vendió a Rahl el Oscuro.

—¿Michael? Bueno, no puedo decir que me sorprenda. Richard quería a Michael. Michael es un hombre importante, pero tiene una veta malvada. Si quiere algo, trata de conseguirlo sin importarle a quién haga daño. Aunque nadie tenía agallas para decirlo en voz alta, creo que nadie se entristeció cuando se marchó para no volver.

—Murió luchando en el bando de Rahl el Oscuro.

Nadine no se mostró entristecida. Kahlan se calló que Richard había ordenado que lo ejecutaran por haber traicionado a las personas que se suponía que debía proteger y ser responsable de muchas muertes.

—Rahl el Oscuro trataba de utilizar la magia para someter a todo el mundo y esclavizarnos. Richard escapó, mató a su verdadero padre y nos salvó a todos. Rahl el Oscuro era un hechicero.

—¡Un hechicero! ¿Y Richard lo derrotó?

—Sí. Todos tenemos una gran deuda con Richard por habernos salvado de lo que su padre pensaba hacernos. Richard también es mago.

Pensando que era una broma, Nadine se echó a reír, pero Kahlan ni siquiera sonrió, mientras que Cara permanecía impasible. Nadine abrió los ojos desorbitadamente.

—Estáis hablando en serio, ¿verdad?

—Sí. Zedd era su abuelo y también era mago, al igual que el verdadero padre de Richard. Richard nació con el don, pero todavía está aprendiendo a utilizarlo.

—Zedd también se ha marchado.

—Vino con nosotros al principio. Ha luchado a nuestro lado para ayudar a Richard, pero hace poco, en una batalla, lo perdimos. Temo que fue asesinado en el Alcázar del Hechicero, la fortaleza que se alza en la montaña que domina Aydindril. Richard se niega a creer que Zedd esté muerto. Tal vez tiene razón —añadió, encogiéndose de hombros—. Aparte de Richard, ese anciano era la persona con más recursos que haya conocido.

Nadine se limpió la nariz con el pañuelo.

—Richard y ese viejo loco eran inseparables. A eso se refería Richard cuando dijo que su abuelo le había enseñado el uso de hierbas medicinales. Todo el mundo acude a mi padre buscando remedios. Mi padre lo sabe casi todo sobre hierbas. Algún día yo espero saber la mitad de lo que él sabe. Pero mi padre siempre dice que le gustaría saber la mitad de lo que sabe el viejo Zedd. No tenía ni idea de que Zedd fuese el abuelo de Richard.

—Nadie lo sabía, ni siquiera el mismo Richard. Es una larga historia. Te contaré lo esencial. —Kahlan bajó la mirada hacia las manos que descansaban en el regazo—. Después de que Richard detuviera a Rahl el Oscuro, las Hermanas de la Luz se llevaron a Richard al Viejo Mundo para enseñarle a usar el don. Su intención era retenerlo en el Palacio de los Profetas, en un entorno de magia en el que el tiempo transcurría más lentamente. Lo hubiesen tenido allí durante siglos. Creímos que lo habíamos perdido.

»Pero resultó que el Palacio de los Profetas estaba infestado de Hermanas de la Oscuridad que querían liberar al Custodio del inframundo. Ellas trataron de utilizar a Richard para sus fines, pero Richard huyó de su encierro y frustró sus planes. En el proceso, las Torres de Perdición, que separaban el Viejo y el Nuevo Mundo, fueron destruidas.

»Ahora, las Torres ya no frenan al emperador Jagang, que dirige la Orden Imperial del Viejo Mundo, y éste está tratando de dominar todo el mundo. Quiere matar a Richard por haber desbaratado sus planes. Jagang es poderoso y cuenta con un ejército formidable. En contra de nuestros deseos, nos hemos visto abocados a una guerra en la que está en juego nuestro destino, nuestra libertad y nuestra existencia misma. Y Richard es quien nos dirige en esa guerra.

»Zedd, actuando en calidad de Primer Mago, nombró a Richard el Buscador de la Verdad. Se trata de un cargo muy antiguo, creado hace miles de años durante la gran guerra que hacía estragos en ese tiempo. Es un nombramiento solemne de rectitud al que se recurre en épocas de acuciante necesidad. Un Buscador no obedece a otra ley que la suya propia y refuerza su autoridad con la Espada de la Verdad, un arma mágica.

»En ocasiones, el destino nos afecta de modo que no podemos comprender, aunque, en el caso de Richard, parece que éste se niega a soltarlo.

Nadine, que había escuchado con los ojos muy abiertos, parpadeó y preguntó:

—¿Richard?, ¿por qué Richard? ¿Por qué está en el centro de todo esto? Pero si él no es más que un guía de bosque. Es un don nadie del valle del Corzo.

—El hecho de que un gatito nazca encima del horno no lo convierte en un bollo. Da igual dónde nazca, su destino es crecer y matar ratones.

»Richard es un tipo de mago muy especial, un mago guerrero. Es el único mago con ambos lados de la magia, de Suma y de Resta, que ha nacido en los últimos tres mil años. Richard no ha elegido hacer todo esto; lo hace porque todos dependemos de él para seguir siendo personas libres. Richard no es de los que se quedan al margen y de brazos cruzados contemplando cómo otros sufren.

Nadine desvió la mirada.

—Lo sé muy bien. —La joven retorció el pañuelo entre los dedos y confesó—: Antes os mentí, más o menos.

—¿Sobre qué?

—Bueno —suspiró Nadine—, sobre Tommy y Lester. Lo hice sonar como si hubiese sido yo quien les rompió los dientes delanteros. La verdad es que me disponía a reunirme con Richard, íbamos a salir de paseo para buscar viburno de hojas de arce. Mi padre necesitaba un poco de la parte interior de la corteza para preparar una decocción para un bebé que sufría de cólico, pero se le había acabado. Richard sabía dónde encontrarlo.

»Sea como sea, cuando atravesaba el bosque hacia la casa de Richard, me topé con Tommy Lancaster y su amigo Lester, que regresaban de cazar palomas. Yo había rechazado las insinuaciones de Tommy delante de sus amigotes, dejándolo en ridículo. Tommy no me gustaba nada. Creo que lo abofeteé y lo insulté.

»Al encontrarse conmigo en el bosque, quiso desquitarse. Hizo que Lester me inmovilizara en el suelo y... bueno, ya tenía los pantalones bajados hasta las rodillas cuando Richard apareció de repente. Tommy se quedó helado. Richard les ordenó que se marcharan y les dijo que se lo iba a contar a sus padres.

»Ellos, en vez de hacer lo más inteligente e irse, decidieron darle una lección a Richard y dispararle las flechas que llevaban para cazar palomas, para que, en lo sucesivo, no se metiera en asuntos que no eran de su incumbencia. Por eso ni Tommy ni Lester tienen dientes delanteros. Richard les dijo que era el castigo por haber intentado forzarme. Les rompió los valiosos arcos de tejo y les dijo que era el castigo por lo que habían querido hacerle a él. Luego dijo a Tommy que si algún día intentaba de nuevo forzarme, le cortaría... bueno, ya sabéis qué.

Kahlan sonrió.

—Suena muy propio de Richard. No creo que haya cambiado tanto; sólo que ahora tanto los Tommys como los Lesters son más grandotes y más malvados.

—Supongo. —Nadine se encogió de hombros ligeramente y alzó la vista cuando Cara le ofreció su propia taza de latón, que había llenado con agua del aguamanil. Nadine bebió un sorbo—. No puedo creer que realmente haya personas que traten de matar a Richard. Me cuesta creer que alguien quiera matarlo. —Esbozó una sonrisa de complicidad antes de añadir—: Incluso Tommy y Lester no pretendían más que romperle todos los dientes. —Dejó la taza en el regazo—. No puedo creer que su propio padre quisiera matarlo. Dijisteis que Rahl el Oscuro ordenó que torturaran a Richard. ¿Por qué?

Kahlan levantó un instante la mirada hacia Cara.

—Son cosas pasadas. No deseo remover los recuerdos.

—Lo siento —se disculpó Nadine, arrebolada—. Casi había olvidado que él... y vos... —La joven se secó con los dedos una lágrima que le corría por una mejilla—. Es que me parece tan injusto...

»Vos... vos lo tenéis todo —se explicó en tono de frustración—. Tenéis esto, este palacio. Yo ni siquiera imaginaba que tales cosas pudieran existir. Es como una visión del mundo de los espíritus. Y además poseéis objetos preciosos y vestidos espléndidos. Con ese vestido que lleváis parecéis uno de los buenos espíritus.

»Y sois tan hermosa —agregó, mirándola a los ojos—. No es justo. Incluso tenéis unos hermosos ojos verdes; los míos son de un vulgar color castaño. Supongo que durante toda vuestra vida los hombres han hecho cola alrededor de palacio sólo para veros. Habréis tenido más pretendientes de los que la mayor parte de las mujeres pueden siquiera soñar. Lo tenéis todo. Podríais haber elegido al hombre de la Tierra Central que quisierais... y tuvisteis que elegir a alguien de mi tierra.

—El amor no es siempre justo; simplemente es. Y tienes unos ojos preciosos. —Kahlan se entrelazó los dedos y se rodeó una rodilla con los brazos—. ¿A qué se refería Richard cuando dijo que no había ningún «nosotros» y que tú lo sabías mejor que nadie?

Nadine cerró los ojos lentamente y giró la cabeza.

—Bueno, yo no era la única chica del valle del Corzo que pretendía a Richard, ni mucho menos. Él era especial. Recuerdo que un día, él tendría unos diez o doce años, convenció a dos hombres para que

dejaran de pegarse. Siempre tuvo un algo especial. Consiguió que los dos hombres se echaran a reír y, al salir de la tienda de mi padre, se pasaron un brazo sobre los hombros. Richard siempre fue una persona distinta a las demás.

—La marca de un mago —dijo Kahlan—. ¿De modo que Richard tuvo muchas novias?

—No, la verdad es que no. Era muy amable, educado y servicial con todas, pero nunca se enamoró de ninguna en particular. Sin embargo, eso lo hacía aún más atractivo a los ojos de todas. Richard no tenía a nadie especial, a ninguna enamorada, pero muchas de nosotras queríamos ser la elegida. Después de que Tommy y Lester trataran de... de... tomarme...

—De violarte.

—Sí. Supongo que realmente fue eso. Me negué a que alguien tratara de hacerme eso... sujetarme contra el suelo y forzarme. Pero supongo que eso era justamente lo que pretendían: violarme.

»Claro que algunas personas no lo llaman así. A veces, cuando un chico fuerza a una chica, se supone que el chico ha ejercido sus derechos, y los padres dicen que la chica lo alentó. Así pues, los obligan a casarse por si acaso se ha quedado embarazada. Conozco a chicas a las que les ha pasado.

»Los matrimonios concertados son bastante habituales en el campo. Pero, a veces, al chico no le gusta la chica con la que se supone que debe casarse, por lo que toma a la que sí le gusta, como Tommy trató de hacerme, con la esperanza de dejarla embarazada, y entonces tiene que casarse con él, o los padres los obligan a casarse porque la chica ya no es virgen. Tommy debía casarse con Rita Wellington, pero la odiaba. A veces la chica realmente alienta al chico, porque no le gusta el novio que sus padres le han buscado. No obstante, son pocos los que no aceptan la elección de los padres.

»Mis padres nunca decidieron por mí; no todos los padres lo hacen. Ellos dicen que no siempre se acierta y que yo misma sabré elegir al hombre que quiero. Muchas de las chicas a las que se les permitía elegir libremente, trataron de conseguir a Richard. Algunas de ellas, como yo, perseveramos y pasamos con creces la edad en la que ya debíamos estar casadas y tener dos o tres hijos.

»Después de que Richard le paró los pies a Tommy, siempre cuidó de mí, a su manera, y yo me imaginé que por fin sentía algo más profundo por mí. Empecé a pensar que realmente deseaba estar conmigo. Se comportaba como si realmente se fijara en mí como mujer y no sólo como una niña a la que proteger.

»El pasado festival del solsticio de verano acabó de convencerme. Richard bailó conmigo más que con cualquier otra chica. Todas se pusieron verdes de envidia, especialmente cuando me abrazaba. En esos momentos deseé con todo mi corazón ser yo la elegida. Yo y nadie más.

»Pensé que después del festival las cosas cambiarían, que me confesaría que me amaba. Creí que vendría a verme para cortejarme más seriamente. Pero no fue así. —Nadine sujetó la taza con agua que tenía sobre las rodillas con una mano mientras que con la otra sobaba el pañuelo.

»Yo tenía otros pretendientes y no estaba dispuesta a echar mi futuro por la borda sólo porque Richard no acabara de entrar en razón. Así pues, decidí darle un empujoncito.

—¿Un empujoncito?

Nadine asintió.

—Además de otros chicos, el hermano de Richard, Michael, siempre andaba detrás de mí. Creo que solamente era porque estaba celoso de Richard. Por aquel entonces no me desagradaba que Michael me cortejara. Apenas lo conocía, pero ya se estaba haciendo un nombre. Yo pensaba que Richard nunca pasaría de ser un simple guía de bosque. No es que eso sea nada malo. Yo tampoco soy nadie en especial. Richard adoraba el bosque.

Kahlan sonrió.

—Todavía lo adora. Si pudiera, estoy segura de que nada le gustaría más que ser un simple guía de bosque. Pero no es posible. Bien, ¿y qué ocurrió?

—Bueno, pensé que si conseguía poner a Richard un poco celoso, abandonaría su actitud indiferente e iría a por mí. Mi madre siempre dice que, a veces, los hombres necesitan un empujón. Y yo le di uno bueno.

Se aclaró la garganta antes de añadir:

—Le dejé que me pillara besando a Michael. Me aseguré que viera que disfrutaba con el beso.

Kahlan inspiró profundamente mientras alzaba las cejas. Tal vez Nadine había crecido con Richard, pero desde luego no lo conocía.

—Richard ni siquiera se enfadó conmigo, ni se puso celoso, ni nada de nada. Continuó siendo igual de amable y seguía cuidándome, pero después de eso no volvió a visitarme ni a pedirme que lo acompañara a pasear. Cuando traté de hablar con él, para explicárselo, no quiso escucharme.

Nadine siguió con el relato con la vista perdida.

—Tenía la misma mirada que he visto hoy en sus ojos, esa mirada que significa que no le importa. No he sabido interpretarla hasta que he vuelto a verla hoy. Creo que Richard realmente me quería y esperaba que yo le demostrara que también le quería siéndole leal. Y yo le traicioné.

La joven se daba pequeños toques en el labio inferior. Respiraba entrecortadamente.

—Shota me aseguró que Richard se casaría conmigo, y yo me sentí tan feliz que me negué a creerle cuando él me dijo que no sería así. Me negué a creer lo que decía su mirada y me engañé a mí misma diciéndome que no significaba nada. Pero sí significa; lo significa todo.

—Lo siento, Nadine —dijo Kahlan suavemente.

Nadine se levantó y dejó la taza encima de la mesilla. Las lágrimas le corrían por las mejillas y le goteaban por el borde de la mandíbula.

—Perdonadme por haberme presentado aquí del modo en que lo he hecho. Richard os ama a vos, no a mí. Él nunca me ha amado. Me alegro por vos, Madre Confesora; tenéis un buen hombre que siempre velará por vos, os protegerá y será amable. Sé que lo será.

Kahlan también se puso en pie, cogió a Nadine de la mano y se la apretó para consolarla.

—Kahlan. Llámame Kahlan.

—Kahlan. —Nadine seguía siendo incapaz de mirarla a los ojos—. ¿Besa bien? Siempre me lo he preguntado. Siempre me lo preguntaba despierta en la cama.

—Cuando amas a alguien con todo tu corazón, los besos siempre son buenos.

—Supongo. Yo nunca he tenido un buen beso. Únicamente he disfrutado de verdad de los que me imaginaba. —Nadine se alisó la parte frontal del vestido mientras hacía un esfuerzo por recuperar la compostura—. Me he puesto este vestido porque el color favorito de Richard es el azul. Supongo que lo sabes ya: el azul es su color favorito en la ropa.

—Lo sé —susurró Kahlan.

—No sé dónde tengo la cabeza —dijo la joven, acercándose la bolsa—. No hago más que divagar y me he olvidado de mi oficio.

Nadine rebuscó en la bolsa hasta sacar un cuerno de oveja pequeño tapado con un corcho por el extremo cortado a escuadra. El cuerno estaba marcado con arañazos y círculos. La joven lo destapó, metió dentro un dedo y a continuación lo alzó hacia Cara. La mord-sith retrocedió.

—Pero ¿qué haces? —le espetó.

—Es un ungüento preparado con aum, que calma el escozor, y consuelda y milenrama para que deje de sangrar y la herida sane sin dejar marca. El corte de la mejilla aún rezuma. Si con esto no deja de sangrar, también tengo dedalera, pero creo que no será necesaria. Mi padre dice que el secreto de una medicina no son sólo los ingredientes, sino la proporción de cada uno.

—No lo necesito —afirmó Cara.

—Eres muy bonita. No querrás que te deje cicatriz, ¿verdad?

—Tengo muchas cicatrices. Sólo que no las ves.

—¿Dónde están?

Cara frunció el entrecejo, pero Nadine aguantó el tipo.

—De acuerdo —accedió por fin la mord-sith—. Si va a servir para que te alejes de mí, usa tus hierbas. Pero no me pienso desnudar para que examines mis cicatrices.

Nadine esbozó una sonrisa tranquilizadora y extendió la pasta pardusca sobre la mejilla de Cara con ligeros toques.

—Esto te calmará el dolor de la herida. Primero va a escocerte, pero enseguida pasará.

Cara ni siquiera parpadeó, lo que debió de sorprender a Nadine, pues la joven se detuvo y miró a Cara a los ojos antes de seguir con su trabajo. Al acabar, Nadine volvió a tapar el cuerno con el corcho y lo guardó de nuevo en la bolsa.

—Nunca había visto una habitación tan bonita —comentó, mirando alrededor—. Gracias por permitirme usarla.

—No se merecen. ¿Necesitas algo?, ¿provisiones... o lo que sea?

Nadine negó con la cabeza, se limpió por última vez la nariz y volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo. Entonces recordó la taza, apuró el agua y guardó la taza en la bolsa.

—Es un largo camino, pero aún me queda algo de plata. No me pasará nada. —La joven posó una mano sobre la bolsa y se quedó mirando fijamente sus trémulos dedos—. Nunca pensé que mi viaje acabaría así. Voy a ser el hazmerreír de la ciudad del Corzo por haber salido corriendo en pos de Richard como lo hice. —Tragó saliva—. ¿Qué va a decir mi padre?

—¿Shota le dijo también a él que te casarías con Richard?

—No. Entonces aún no conocía a Shota.

—¿Qué quieres decir? Creí que fue ella quien te dijo que vinieras hasta aquí, que te ibas a casar con él.

—Bueno... —Nadine hizo una mueca—... no fue así exactamente como ocurrió.

—Entiendo —replicó Kahlan, entrelazando las manos—. Bueno, ¿Cómo ocurrió exactamente?

—Es que suena estúpido... como si no fuese más que una niña pequeña un poco lunática.

—Nadine, cuéntamelo.

Nadine se lo pensó un momento y luego suspiró.

—Supongo que ya no importa. Empecé a tener unos... bueno, no sé cómo llamarlos. Veía a Richard, o mejor me imaginaba que veía a Richard. Lo veía por el rabillo del ojo, pero cuando me daba media vuelta, él ya no estaba allí. Un día, por ejemplo, caminaba por el bosque buscando nuevos retoños y lo vi de pie junto a un árbol. Yo me paré, pero él se había esfumado.

»En cada ocasión, yo sabía que me necesitaba. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía. Sabía que era importante, que estaba en dificultades de algún tipo. Nunca lo puse en duda.

»Les dije a mis padres que Richard me necesitaba y que tenía que ir en su ayuda.

—¿Y ellos te creyeron? ¿Tenían fe en tus visiones? ¿Te dejaron ir así, por las buenas?

—Bueno, no se lo conté todo. Sólo les dije que Richard me había enviado un mensaje en el que me pedía ayuda, y que iba a reunirme con él. Supongo que les induje a creer que sabía exactamente adónde me dirigía.

Kahlan comenzaba a comprender que Nadine tenía la costumbre de explicarse a medias.

—¿Y entonces apareció Shota?

—No. Entonces me marché. Sabía que Richard me necesitaba, por lo que emprendí el viaje.

—¿Sola? ¿Partiste con la idea de recorrer toda la Tierra Central en su busca?

Nadine se encogió de hombros, incómoda.

—Ni siquiera me planteé cómo lo encontraría. Sabía que él me necesitaba y presentía que era algo importante. Así pues, partí en su busca. —Sonrió para tranquilizar a Kahlan—. Fui directa hacia él, directa como una flecha. Todo salió a pedir de boca. —Se sonrojó—. Excepto que él no quiere casarse conmigo.

—¿Nadine, has seguido teniendo sueños... extraños?, ¿entonces o ahora?

Nadine se apartó del rostro un espeso mechón.

—¿Sueños extraños? No, no tienen nada de extraño. Quiero decir que no son más extraños que cualquier sueño. Sólo son sueños normales.

—¿Qué tipo de sueños «normales» tienes?

—Bueno, ya sabes, es como cuando sueñas que vuelves a ser pequeña, estás perdida en el bosque y, aunque conoces las sendas, ninguna te lleva a donde debería, o como cuando sueñas que no puedes encontrar los ingredientes necesarios para preparar una tarta y te metes en la cueva de un oso que habla y se los pides prestados. Cosas como ésas. Sueños en los que puedes volar o respirar debajo del agua. Tonterías. Es el tipo de sueños que siempre he tenido. Nada diferente.

—¿Han cambiado últimamente?

—No. Si los recuerdo, son del mismo tipo.

—Entiendo. Supongo que todo suena perfectamente normal.

Nadine sacó una capa de la bolsa.

—Bueno, será mejor que me ponga en camino. Con suerte estaré en casa para el festival de primavera.

Kahlan reaccionó con extrañeza.

—Tendrás suerte si llegas a tiempo para celebrar el festival del solsticio de verano.

Nadine se echó a reír.

—No lo creo. El camino de vuelta no me costará más que el de ida. Calculo que tardaré unas dos semanas. Me marché con la luna nueva, y ahora todavía no es luna llena.

—Dos semanas —repitió Kahlan, estupefacta. Tendría que haber tardado meses en recorrer toda esa distancia desde la Tierra Occidental, especialmente en invierno, que es cuando debió de partir, y cruzar también las montañas Rang'Shada—. Tu caballo debe de tener alas.

Nadine se rió, pero la risa murió en sus labios mientras la joven fruncía la frente.

—Es curioso que hayas dicho eso. No tengo caballo. He venido andando.

—Andando —repitió Kahlan incrédulamente.

—Sí, pero desde que inicié el viaje he soñado que cabalgaba sobre un caballo alado.

A Kahlan le costaba seguir el hilo de las piezas cambiantes que componían el relato de Nadine. Trató de imaginar qué preguntas le formularía Richard. Se había sentido muy estúpida cuando Richard le dijo todas las preguntas que debería haber formulado a Marlin y que a ella ni se le habían ocurrido. Aunque después le aseguró que había hecho lo correcto, Kahlan aún se sentía avergonzada por no haber sido capaz de sacar casi nada importante del prisionero cuando tuvo oportunidad.

Las Confesoras no tenían por qué saber interrogar; después de tocar a alguien con su poder, simplemente pedían al criminal que confesara si realmente había cometido los crímenes por los cuales lo habían condenado y, si la respuesta era afirmativa (lo cual ocurría casi siempre, excepto en uno o dos casos excepcionales), le pedía que explicara los detalles.

Eso no tenía ningún truco y tampoco se necesitaba. Era un modo infalible de asegurarse de que los disidentes políticos no fuesen acusados en falso y fueran condenados por crímenes que no habían cometido, simplemente para eliminarlos mediante subterfugios.

Kahlan no iba a permitir que le ocurriera con Nadine lo mismo que con Marlin.

—¿Cuándo fue a verte Shota? —preguntó—. Todavía no me lo has explicado.

—Oh. Bueno, es que no vino a verme exactamente. Me encontré por casualidad con ella en las montañas. Tiene un palacio precioso, aunque no pude verlo por dentro. No me quedé mucho tiempo. Tenía prisa por reunirme con Richard.

—¿Y qué te dijo Shota? ¿Cuáles fueron sus palabras? Quiero decir sus palabras exactas.

—Deja que piense... —Nadine se presionó el labio superior con el dedo índice mientras trataba de recordar—. Me dio la bienvenida y me ofreció té. Dijo que me estaba esperando y me invitó a que me sentara a su lado. Samuel trató de quitarme la bolsa, y ella le ordenó que se marchara y me dijo que no tuviera miedo de él. Me preguntó adónde me dirigía, y yo le respondí que iba a reunirme con mi Richard porque me necesitaba. Entonces Shota me dijo cosas sobre Richard, cosas sobre su pasado que yo conocía. No podía creer que supiera tantas cosas sobre él, pero supuse que lo conocía.

»A continuación me dijo cosas sobre mí que era imposible que supiera, cosas como mis anhelos y ambiciones: ser una buena curandera, usar mis hierbas medicinales y cosas por el estilo. Fue entonces cuando me di cuenta de que era una mística. No recuerdo las palabras exactas que pronunció.

»Me dijo que estaba en lo cierto, que Richard me necesitaba y me aseguró que nos casaríamos. Según ella, el cielo se lo había dicho. —Nadine rehuyó los ojos de Kahlan—. Yo era tan feliz... Creo que jamás me había sentido tan feliz.

—El cielo. ¿Y qué más?

—Entonces dijo que no quería retrasarme en mi camino hacia Richard, que el viento lo persigue, sea lo que sea que eso significa, que yo tenía razón al pensar que me necesitaba y que debía darme prisa. Luego me deseó suerte.

—¿Eso fue todo? Supongo que dijo algo más.

—No, eso fue todo. —Nadine cerró la bolsa con los botones—. Excepto que pronunció una oración por Richard, creo.

—¿Como que una oración? ¿Qué dijo? Dime sus palabras exactas.

—Bueno, mientras se daba media vuelta para regresar a su palacio y yo me levantaba para marcharme, le oí susurrar en tono verdaderamente solemne: «Que los espíritus se apiaden del alma de Richard».

Kahlan notó cómo bajo las mangas de satén blanco del vestido se le ponía la carne de gallina y se olvidó de respirar hasta que sintió dolor en los pulmones.

—Ya he causado suficiente dolor —declaró Nadine, levantando la bolsa—. Será mejor que regrese a mi casa enseguida.

Kahlan la detuvo abriendo las manos.

—Espera, Nadine. ¿Por qué no te quedas un tiempo aquí?

Nadine reaccionó con perplejidad.

—¿Para qué? —inquirió.

—Bueno... —Kahlan buscaba una excusa desesperadamente—, me encantaría que me explicaras historias sobre Richard de niño. Podrías explicarme todas las travesuras que hizo. —Con una sonrisa forzada añadió—: De veras que me encantaría.

Pero Nadine sacudió la cabeza.

—Richard no quiere que me quede. Si cuando vuelve me encuentra aquí todavía, se enfadará. Tú no viste la expresión de sus ojos.

—Nadine, Richard no va a echarte de aquí sin darte la oportunidad de que descanses unos días antes de emprender el viaje de regreso. Richard no es así. Me dijo que te proporcionara cualquier cosa que necesitaras, y me parece que lo que más necesitas es unos días de descanso.

Nadine volvió a sacudir la cabeza.

—No. Ya habéis sido los dos más amables conmigo de lo que merezco. Tú y Richard estáis juntos; yo sólo estorbaría. Pero gracias por la invitación. No puedo creer que seas tan amable. No me extraña que

Richard te ame. En tu lugar, cualquier otra mujer me habría rapado la cabeza y me habría expulsado de la ciudad en la parte trasera de un carro de estiércol.

—Nadine, me gustaría que te quedaras. De verdad. —Kahlan se humedeció los labios y se oyó a sí misma añadir—: Por favor, quédate.

—Podría crear malentendidos entre Richard y tú. No quiero ser causa de problemas. No soy ese tipo de persona.

—Si tu presencia fuese un problema, no te habría pedido que te quedaras. Por favor. Al menos unos días, ¿de acuerdo? Puedes alojarte en esta misma habitación, si tanto te gusta. De verdad que me encantaría que te quedaras.

Nadine escrutó largamente los ojos de Kahlan.

—¿Lo dices de verdad? ¿Quieres que me quede?

—Sí —contestó Kahlan, clavándose las uñas en las palmas de las manos—. En serio.

—A decir verdad, no tengo ninguna prisa por llegar a casa y reconocer delante de mis padres lo estúpida que he sido. De acuerdo. Si eso es lo que quieres, me quedaré un tiempo. Muchas gracias.

A pesar de que tenía motivos de peso para pedir a Nadine que se quedara, Kahlan no pudo evitar sentirse como una polilla que vuela directamente hacia la llama de una vela.

8

—Perfecto —declaró Kahlan con una sonrisa forzada—. Te quedas. Será... agradable tenerte con nosotros un tiempo. Podremos hablar sobre Richard. Me encantará oírte contar cosas de su infancia. —Se calló al darse cuenta de que estaba farfullando.

Nadine estaba radiante.

—¿Podré dormir en la cama?

—Pues claro. ¿Dónde si no?

—Tengo una manta y podría dormir encima de la alfombra para no...

—Nada de eso. No pienso permitirlo. Eres mi invitada y quiero que te sientas como en tu casa, ni más ni menos que el resto de los invitados que se alojan en estas estancias.

Nadine soltó una risita tonta.

—Si se trata de sentirme como en casa, debería dormir en el suelo. En mi casa duermo en un simple jergón en el suelo, en la habitación trasera, encima de la tienda.

—Pues aquí dormirás en la cama —replicó Kahlan. Antes de proseguir, echó un vistazo a Cara—. Más tarde te enseñaré el palacio, si te apetece. Ahora, ¿por qué no sacas tus cosas de la bolsa y descansas? Cara y yo tenemos que ocuparnos de un asunto importante.

—¿Qué asunto es ése? —quiso saber la mord-sith.

Cara se había mantenido todo el tiempo en completo silencio. No habría podido elegir un momento menos oportuno para romperlo.

—El asunto de Marlin —contestó Kahlan.

—Lord Rahl nos ha ordenado que no nos acercásemos al prisionero.

—Es un asesino enviado para matar a Richard. Debo averiguar algunas cosas.

—En ese caso, yo también quiero ir —anunció Nadine, mirando alternativamente a Kahlan y Cara—. No me cabe en la cabeza que alguien quiera matar a otra persona, y mucho menos a Richard. Quiero ver cómo es esa clase de persona. Quiero mirarlo a los ojos.

Kahlan sacudió la cabeza enérgicamente.

—No querrás verlo. Vamos a interrogarlo, y no será nada agradable.

—¿De veras? —Cara se animó.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? —preguntó Nadine.

Kahlan levantó un dedo.

—Ya basta. Hablo pensando en tu propio bien; Marlin es peligroso, y no quiero que te acerques a él. Eres mi huésped, Nadine. Te ruego que mientras seas una invitada en mi casa respetes mis deseos.

Nadine clavó la vista en el suelo.

—Desde luego. Te pido disculpas.

—Voy a decir a los guardias que eres mi invitada y que si deseas algo, como que alguien lave tu ropa, un baño o lo que sea, se ocupen de que el personal de palacio te atienda. Volveré dentro de un rato, cenaremos juntas y podremos charlar.

Nadine se volvió hacia la bolsa que tenía sobre la cama.

—Pues claro. No era mi intención inmiscuirme ni ser un estorbo.

Con gesto vacilante, Kahlan posó una mano sobre el hombro de la muchacha.

—No te estoy dando órdenes, Nadine. Tengo los nervios a flor de piel porque alguien ha tratado de hacer daño a Richard, eso es todo. Perdóname por haberme mostrado agresiva. Eres mi invitada y quiero que te sientas como en tu propia casa.

Nadine le sonrió por encima del hombro.

—De acuerdo. Gracias.

Realmente era una joven preciosa: rostro bonito, figura atractiva y un aire de inocencia. Pese a sus sospechas de que no era del todo sincera, a Kahlan no le extrañaba que Richard se hubiese sentido atraído por ella.

Se preguntó qué extraño capricho del destino la había emparejado a ella con Richard en lugar de hacerlo con Nadine. Fuese cual fuese la razón, daba gracias a los buenos espíritus por haber sido ella y rezaba fervientemente para que durara.

Kahlan deseaba más que ninguna otra cosa que ese pérfido regalo de Shota se esfumara. Quería que esa hermosa, joven y tentadora mujer se alejara de Richard, quería deshacerse de Nadine. Ojalá pudiera.

Después de haber dicho a los guardias que Nadine era su invitada, ella y Cara comenzaron a descender por la enmoquetada escalera situada en el extremo más alejado del pasillo. De repente, Cara la cogió bruscamente por el brazo y la obligó a darse la vuelta. Estaban solas en el descansillo suntuosamente amueblado.

—¡Estáis loca! —exclamó la mord-sith.

—¿De qué estás hablando?

Cara se acercó más a ella apretando los dientes.

—¡Una bruja envía a vuestro hombre un regalo de boda, nada menos que la novia, y vos la invitáis a que se quede!

Kahlan acarició con el pulgar la esfera de metal pulido que remataba el poste de arranque.

—Tenía que hacerlo. La razón es evidente.

—Lo que a mí me parece evidente es que deberíais haber hecho lo que esa zorra sugería: ordenar que le raparan la cabeza y echarla de la ciudad montada en la parte trasera de un carro de estiércol.

—Ella también es una víctima de la situación; Shota la ha utilizado.

—Es una mentirosa. Quiere arrebataros a vuestro hombre. Si no veis eso en sus ojos, entonces no sois tan sabia como yo creía.

—Cara, yo confío en Richard. Sé que me quiere. Su modo de comportarse se basa en la confianza y la lealtad. Sé que mi corazón está a salvo en sus manos.

»¿Qué pasaría si actuara como una mujer celosa y echara a Nadine de palacio? Si no demuestro que confío en él, no haría honor a la lealtad que él me demuestra. No puedo permitirme siquiera aparentar que traiciono la confianza que ha depositado en mí.

Las palabras de Kahlan no habían logrado suavizar la expresión de la mord-sith.

—A otro perro con ese hueso. No digo que todo eso no sea cierto, pero no le habéis pedido a Nadine que se quede por eso. Tenéis tantas ganas de estrangularla como yo. Lo veo en vuestros ojos verdes.

Kahlan sonrió y trató de verse reflejada en la esfera oscura y bruñida del remate de la escalera. Solamente distinguió una mancha.

—No es fácil engañar a una hermana del agiel. Tienes razón. Me he visto obligada a pedir a Nadine que se quede, porque está pasando algo, algo peligroso. Y el peligro no desaparecerá simplemente si Nadine se marcha.

Cara se apartó un mechón de pelo rubio del rostro con una de sus manos enguantadas.

—¿Peligro? ¿Qué tipo de peligro?

—Ése es justamente el problema: no lo sé. Y te lo advierto, no te atrevas a hacerle ningún daño. Tengo que averiguar qué está pasando, y para eso es posible que necesite a Nadine. No quiero tener que salir en su busca cuando podría haberla mantenido cerca y a mano desde un buen principio.

»Míralo de este modo, ¿habría sido sensato limitarnos a echar a Marlin cuando se presentó aquí y anunció que quería matar a Richard? ¿Habría eso solucionado el problema? ¿Por qué lo retenemos aquí? Pues para descubrir qué está pasando, por eso.

Cara se limpió el ungüento de la mejilla como si se tratara de una mancha de suciedad.

—Creo que os estáis cavando vuestra propia tumba.

Kahlan parpadeó para contener las lágrimas.

—Lo sé. Yo también lo creo. Lo más obvio, lo que me muero de ganas de hacer es montar a Nadine en el caballo más rápido que pueda encontrar y alejarla de aquí. Pero ése no es modo de solucionar los problemas, especialmente los creados por Shota.

—¿Os referís a lo que Shota le dijo a Nadine, que el viento persigue a lord Rahl?

—Eso es sólo una parte. No sé qué significa, pero no creo que Shota se lo inventara. Pero lo peor es la plegaria de Shota: «Que los espíritus se apiaden del alma de Richard». No sé qué quiso decir, pero me aterroriza. Eso y el que quizá esté cometiendo el mayor error de mi vida.

»Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Dos personas se presentan aquí el mismo día, una para matar a Richard y otra para casarse con él. No sé cuál de las dos es más peligrosa, aunque sí sé que no podemos tratar a la ligera a ninguna de las dos. Si alguien trata de clavarte un cuchillo en la espalda, no sirve de nada cerrar los ojos.

El rostro de Cara perdió la dureza típica de una mord-sith para adoptar la expresión más dulce de una mujer que comprende los temores de otra.

—Yo os guardaré la espalda. Si Nadine se arrastra hasta el lecho de lord Rahl, la sacaré de ahí antes de que él llegue a darse cuenta de su presencia.

Kahlan apretó el brazo de Cara.

—Gracias. Ahora, bajemos al pozo.

Cara no se movió ni un milímetro.

—Lord Rahl ha dicho que no quería que bajarais.

—¿Y desde cuándo obedeces sus órdenes?

—Yo siempre obedezco sus órdenes, especialmente cuando las dicta en serio. Y ésa iba en serio.

—Como quieras. Vigila a Nadine mientras yo bajo.

Kahlan empezó a dar media vuelta, pero Cara la detuvo agarrándola por el codo.

—Lord Rahl no quiere que corráis peligro.

—Tampoco yo quiero que él corra ningún peligro. Me he sentido una estúpida cuando Richard me ha preguntado todo lo que a mí no se me ocurrió sonsacarle a Marlin. Quiero averiguar las respuestas a esas preguntas.

—Lord Rahl ha dicho que él mismo lo interrogaría.

—Pero no regresará hasta mañana por la noche. ¿Qué pasará mientras tanto? ¿Y si está ocurriendo algo y para entonces ya es demasiado tarde para detenerlo? ¿Y si Richard muere porque tú y yo nos quedamos de brazos cruzados siguiendo sus órdenes?

»Richard teme por mí y eso le nubla el juicio. Marlin tiene información sobre lo que está pasando. Es una locura dejar que pase el tiempo mientras el peligro se hace cada vez mayor.

»¿Qué me dijiste antes? Algo sobre que las vacilaciones podían ser mi perdición o la de mis seres queridos.

La expresión de Cara perdió su rigidez, pero no respondió.

—Richard me importa, y no pienso poner su vida en peligro por mis dudas. Voy a obtener las respuestas a esas preguntas.

Finalmente Cara sonrió.

—Me gusta vuestro modo de pensar, Madre Confesora, aunque no debería sorprenderme, porque sois una hermana del agiel. Las órdenes no son acertadas, por no decir que son insensatas. Una mord-sith solamente obedece las órdenes insensatas de lord Rahl cuando lo que está en juego es su orgullo masculino, no su vida.

»Vamos a tener una pequeña charla con Marlin y a obtener las respuestas a esas y otras preguntas. De ese modo, cuando lord Rahl regrese, podremos ofrecerle la información que necesita, o quizá incluso ya habremos anulado la amenaza.

Kahlan dio un palmetazo al redondeado poste de arranque.

—Ésa es la Cara que conozco.

A medida que se internaban en los niveles inferiores del palacio, las alfombras y paneles de las paredes desaparecían, los pasillos se estrechaban, los techos bajaban y la única luz era la de las lámparas. Más abajo todavía, éstas eran reemplazadas por antorchas, y el aire ya no era fresco y primaveral, sino cada vez más pesado y viciado. Finalmente respiraron un aire fétido de piedras húmedas y cubiertas de moho.

Kahlan había recorrido esos angostos pasillos más veces de las que quería recordar. Era en el pozo donde escuchaba las confesiones de los condenados. Allí había sido testigo de la primera, de labios de un hombre que había matado a las hijas de su vecino después de cometer con ellas actos atroces. Desde luego, siempre iba acompañada por un mago. Pero en esa ocasión se disponía a interrogar a uno de ellos.

Una vez que estuvieron fuera del alcance del oído de un pelotón de soldados que vigilaban una intersección en la que confluían dos escaleras, y antes de doblar la esquina tras la cual llegarían al pasillo del pozo que estaría atestado de guardias que ella misma había colocado allí, Kahlan miró brevemente a la mord-sith. Cara era una mujer atractiva, pero emanaba un aire de amenaza mientras recorría con la vista el pasillo vacío.

—Cara, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Cara siguió caminando con las manos enlazadas en la espalda.

—Sois una hermana del agiel. Preguntad.

—Antes me dijiste que las vacilaciones pueden ser la perdición de una misma y de sus seres queridos. Hablabas de ti misma, ¿verdad?

Cara se detuvo. Incluso a la chisporroteante luz de las antorchas Kahlan pudo ver que había palidecido.

—Ésa es una pregunta muy personal.

—No tienes por qué contestarme. No es una orden ni nada que se le parezca. Simplemente es una pregunta de mujer a mujer. Tú sabes muchas cosas sobre mí, y yo apenas sé nada sobre ti, excepto que eres una mord-sith.

—No siempre he sido una mord-sith —susurró Cara. Sus ojos ya no brillaban amenazantes, y tenía el aspecto de una niña asustada. Era evidente que ya no veía el corredor de piedra vacío—. Supongo que no hay razón para no explicároslo. Como vos misma habéis dicho, no soy responsable de lo que me hicieron. Los culpables fueron otros.

»Cada año, en D'Hara, se seleccionaba a un puñado de niñas para convertirse en mord-sith. Se dice que de los corazones más tiernos son de los que se puede sacar la mayor crueldad. Se ofrecía una recompensa por dar los nombres de las niñas que cumplían los requisitos. Yo era hija única, una de las condiciones, y de la edad adecuada. La niña y sus padres son secuestrados y, en el curso del entrenamiento de la mord-sith, los padres son asesinados. Mis padres no sabían que alguien había vendido nuestros nombres a los cazadores.

Cara hablaba con voz y rostro inexpresivos. Era como si estuviera hablando de algo trivial, por ejemplo la cosecha de remolacha del año anterior. No obstante, sus palabras, aunque no su tono, transmitían mucha emoción.

—Mi padre y yo estábamos fuera, en la parte trasera de la casa, sacrificando pollos. Cuando llegaron, yo no tenía ni idea de lo que querían. Mi padre sí. Los vio bajar la colina, entre los árboles, y los pilló desprevenidos. Pero eran más de los que había visto o de los que podía encargarse, y la ventaja de la sorpresa no duró más que unos segundos.

»Entonces me gritó: «¡Cari, el cuchillo! ¡Cari, coge el cuchillo!». Y yo lo cogí, porque él me lo había dicho. Él sujetaba a tres hombres. Mi padre era muy grande. Nuevamente gritó: «¡Cari, mátalos! ¡Mátalos! ¡Date prisa!».

La mord-sith miró a Kahlan a los ojos.

—Pero yo me quedé quieta. Vacilé. No quería clavarles el cuchillo. No quería matar a nadie. Me quedé sin hacer nada. Ni siquiera era capaz de matar a los pollos; era mi padre quien lo hacía.

Kahlan no sabía si Cara iba a continuar. En medio del sepulcral silencio decidió que si no proseguía, ella no preguntaría más. Pero la mord-sith rehuyó los ojos de Kahlan para fijar la mirada en sus recuerdos y continuó.

—Alguien se me acercó. No lo olvidaré mientras viva. Alcé la mirada y allí estaba ella: una mujer muy hermosa, la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida, con ojos azules y pelo rubio recogido en una larga trenza. Los rayos del sol que atravesaban los árboles creaban pequeñas manchas brillantes que danzaban por el uniforme de cuero rojo que llevaba.

»La mujer me sonrió mientras me quitaba el cuchillo de la mano. No fue una sonrisa agradable, sino que sonreía como una serpiente. Así es como siempre la llamé en mi mente después de eso, Serpiente. La mujer se irguió y dijo: «Oh, qué encanto. La pequeña Cari no quiere hacer daño a nadie con el cuchillo. Esa vacilación te acaba de convertir en una mord-sith, Cara. Aquí empieza todo».

El cuerpo de Cara se había vuelto rígido como una piedra.

—Me encerraron en una celda con el suelo de rejilla. Yo no podía salir, pero las ratas sí podían entrar. Por la noche, cuando no conseguía permanecer despierta por más tiempo y me quedaba dormida, las ratas se colaban por la rejilla y me mordían los dedos de las manos y de los pies.

»Un día, Serpiente me propinó una paliza casi mortal por tapar la rejilla. A las ratas les gusta la sangre. Les excita. Aprendí a dormir hecha un ovillo, con los puños escondidos bajo la barriga, para que no me mordieran los dedos. Pero, por lo general, conseguían llegar a los dedos de los pies. Traté de quitarme la camisa para envolverme los pies con ella, pero, entonces, si no dormía boca abajo, me mordían los pezones. Estar tumbada con el torso desnudo sobre la fría piedra y las manos escondidas debajo de la barriga era toda una tortura, pero de ese modo lograba mantenerme despierta más tiempo. Si las ratas no llegaban a los dedos de los pies, me mordían donde fuera, orejas, nariz o piernas, hasta que despertaba sobresaltada y las ahuyentaba.

»Por la noche oía cómo las otras niñas gritaban cuando las ratas las despertaban con sus mordiscos. Siempre oía a una de ellas llorar por la noche, llamando a su madre. A veces me daba cuenta de que era mi propia voz la que oía.

»Otras veces me despertaba cuando las ratas me arañaban la cara con sus pequeñas garras, me cosquilleaban las mejillas con los bigotes y apretaban sus fríos hocicos contra mis labios, pues olían las migas. Se me ocurrió que si no comía lo que me traían y dejaba el cuenco con gachas y la rebanada de pan en el suelo, las ratas se lo comerían y me dejarían tranquila.

»No funcionó. La comida atraía a multitud de ratas y, luego, cuando ya no quedaba nada... Después de eso, cuando Serpiente me traía la cena, siempre me lo comía todo hasta el último bocado.

»A veces se burlaba de mí. Decía: «No vaciles, Cara, o las ratas se comerán tu cena». Yo entendía qué quería decir con eso de que no dudara. Era su manera de recordarme lo que mi vacilación nos había costado a mí y a mis padres. Cuando torturaron a mi madre hasta la muerte delante de mí, Serpiente dijo: «¿Ves lo que pasa porque vacilaste, Cara? ¿Ves lo que pasa porque fuiste demasiado timorata?».

»Nos enseñaban que Rahl el Oscuro era el «Padre Rahl». No teníamos otro padre más que él. Cuando me pusieron al límite por tercera vez y me ordenaron que torturara a mi verdadero padre hasta matarlo, Serpiente me recordó que no debía dudar. No lo hice. Mi padre me suplicaba clemencia: «Cari, por favor», sollozaba. «Cari, no te hagas eso a ti misma. No te conviertas en lo que ellos quieren.» Pero yo no vacilé. Después de eso mi único padre fue el Padre Rahl.

Cara alzó el agiel y se quedó mirándolo fijamente mientras lo hacía rodar entre los dedos.

—Con eso me gané mi agiel. Es el mismo agiel con el que me entrenaron a mí, y me gané el nombre de mord-sith.

Cuando volvió a mirar a Kahlan a los ojos lo hizo como si las separara mucha distancia y no simplemente dos pasos. La miraba desde el lado de la locura, hacia el que otros la habían empujado. Lo que Kahlan vio en las profundidades de esos ojos azules la paralizó también.

—Yo también he sido Serpiente. El sol ha pintado manchas en mi uniforme mientras miraba a las niñas y les arrebataba de las manos un cuchillo cuando dudaban, porque no querían hacer daño a nadie.

Kahlan siempre había odiado las serpientes. Lo que estaba escuchando exacerbó ese odio. Sentía en las mejillas el cosquilleo de las lágrimas, que iban dejando un húmedo reguero.

—Lo siento, Cara —murmuró. Tenía el estómago revuelto. Nada deseaba más que abrazar a la mujer ataviada de cuero rojo, de pie ante ella, pero era incapaz de mover ni un solo dedo.

Las antorchas chisporroteaban. Percibía en la distancia fragmentos de la conversación de los guardias. La suave onda de una risa rizó el aire del pasillo. Las gotas que caían del techo de piedra reverberaban al salpicar en un pequeño charco verde que se estaba formando cerca de ellas. Los propios latidos de su corazón resonaban en sus oídos.

—Lord Rahl nos liberó de todo eso.

Kahlan recordó que Richard le había contado cómo había estado a punto de llorar al ver a las otras dos mord-sith que se reían como niñas pequeñas mientras alimentaban a las ardillas listadas. Richard comprendía la locura. Kahlan ignoraba si alguna vez las mord-sith podrían retornar de la locura, pero si tenían una oportunidad, sería sólo gracias a Richard.

Cara adoptó de nuevo una expresión férrea.

—Vamos a averiguar cómo planeaba Marlin hacer daño a lord Rahl. Pero si duda en confesar hasta el último detalle, no esperéis que sea amable con él.

Bajo la atenta mirada del sargento Collins, un soldado d'haraniano giró la llave de la puerta de hierro y retrocedió, como si esa herrumbrosa cerradura fuese lo único que protegía a toda la gente de palacio de la siniestra magia que acechaba en el fondo del pozo. Otros dos fornidos soldados acercaron la pesada escalera de mano.

Antes de que Kahlan pudiera abrir la puerta, oyó voces que se aproximaban, así como pasos. Todos se volvieron hacia el pasillo.

Era Nadine, escoltada por cuatro soldados. Mientras atravesaba el círculo de guardias descomunales con uniformes de cuero, la joven se frotaba las palmas de las manos para darse calor.

Kahlan no le devolvió la brillante sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Bueno, me dijiste que era tu invitada. Aunque la habitación es preciosa, me apetecía dar un paseo. Pedí a los guardias que me indicaran cómo llegar hasta aquí abajo. Quería ver al asesino.

—Te dije que esperaras arriba en tu habitación. Te dije que no quería que bajaras aquí.

Nadine frunció su preciosa frente.

—Empiezo a estar un poco harta de que me traten como a una palurda pueblerina. —Alzó la delicada nariz para declarar—: Soy una sanadora. Allí de donde vengo se me respeta. La gente escucha cuando yo hablo. Cuando le digo a alguien que haga algo, lo hace. Si mando a un consejero que tome una

poción tres veces al día y que guarde cama, él se bebe la poción tres veces al día y no se mueve del lecho hasta que yo le doy permiso.

—Me da lo mismo a quién mandes o dejes de mandar —repuso Kahlan—. Aquí mando yo. ¿Entendido?

Nadine apretó los labios y se puso en jarras.

—Ahora vas a escucharme. He pasado hambre, sed y también frío. Gente a la que ni siquiera conozco me ha tomado el pelo. Yo no me metía con nadie y hacía mi vida cuando alguien me indujo a emprender este viaje sin sentido. Y resulta que llego a un sitio en el que, en vez de agradecerme que viniera a ayudar, me tratan como una leprosa. He soportado gritos de desconocidos, y el chico con el que crecí me ha humillado.

»Yo creía que iba a casarme con el hombre al que quería, y todo se ha quedado en papel mojado. Richard no me quiere; te quiere a ti. Bueno, lo acepto. ¡Y ahora alguien trata de matar al hombre por el que emprendí este largo viaje y tú me dices que no es cosa mía!

»Richard Cypher —prosiguió, blandiendo un dedo en dirección a Kahlan— me salvó de que Tommy Lancaster me forzara. De no haber sido por él, ahora sería la esposa de Tommy. En vez de eso, Tommy tuvo que casarse con Rita Wellington. De no ser por Richard, sería yo quien llevara siempre un ojo a la funerala. Viviría en la casucha de Tommy, descalza y llevaría en el vientre el hijo de ese matón con cara de cerdo.

»Tommy se rió de mí por preparar remedios que ayudan a la gente. Me dijo que era estúpido que una chica se dedicara a mezclar hierbas medicinales. Dijo que si mi padre quería a alguien que trabajara en la tienda tocando hierbas para curar a la gente enferma, debería haber tenido un hijo. De no ser por Richard, jamás habría tenido ninguna esperanza de ser sanadora.

»El hecho de que no vaya a ser su esposa no significa que no me importe. Crecí con él. Richard sigue siendo un chico de mi ciudad. Nosotros cuidamos de los nuestros como si fuesen familiares, aunque no lo sean. ¡Tengo derecho a saber qué peligro corre! ¡Tengo derecho a ver qué tipo de hombre de tu mundo puede querer matar a un chico de mi mundo que siempre me ha ayudado!

Kahlan no estaba de humor para discutir ni para ahorrarle a Nadine lo que tal vez pudiese ver.

Estudió los ojos castaños de la joven tratando de decidir si Cara estaba en lo cierto al afirmar que Nadine seguía pretendiendo a Richard. Si era así, Kahlan no pudo discernirlo solamente mirándola a los ojos.

—¿Quieres ver al hombre que quiere matarnos a Richard y a mí? —Kahlan asió la palanca y abrió la puerta bruscamente—. Perfecto. Tendrás lo que deseas.

A un gesto suyo, los hombres empujaron la escalera por la abertura y la introdujeron en la oscuridad hasta que un ruido sordo indicó que había tocado fondo. Kahlan retiró con rudeza una antorcha del soporte y se la entregó a Cara.

—Vamos a mostrar a Nadine lo que desea ver.

Tras comprobar que la resolución de Kahlan era sólida como una roca, la mord-sith inició el descenso por la escalerilla. Kahlan hizo un gesto de invitación con el brazo.

—Bienvenida a mi mundo, Nadine. Bienvenida al mundo de Richard.

Nadine vaciló solamente un instante, lanzó un resoplido y comenzó a bajar en pos de Cara.

Kahlan miró a los guardias.

—Sargento Collins, si el prisionero atraviesa esta puerta antes que nosotras, será mejor que no salga del pasillo con vida. Quiere matar a Richard.

—Os doy mi palabra de soldado d'haraniano que no logrará tocar ni un solo pelo a lord Rahl, Madre Confesora.

Obedeciendo una señal del sargento, los soldados desenvainaron las armas. Los arqueros aprestaron los arcos con flechas. Enormes manos empuñaron hachas de hoja curva que colgaban de cintos.

Kahlan dirigió al sargento un asentimiento de cabeza en señal de aprobación, cogió otra antorcha y emprendió a su vez el descenso.

9

Mientras seguía a Nadine por la escalera, Kahlan respiró el aire frío, húmedo y pesado que se alzaba del fondo del pozo. Con la misma mano que sostenía la antorcha se agarraba al costado de la escalera, lo cual la obligaba a soportar el calor de la llama cerca del rostro, aunque casi se alegraba, pues el olor a brea enmascaraba el hedor del pozo. A medida que bajaba, la trémula luz de las antorchas iluminaba más que paredes de piedra; también iluminaba la oscura figura situada en el centro.

Mientras ella descendía del último peldaño, Cara hincó la antorcha en un soporte de la pared que rezumaba limo. Kahlan deslizó la suya en otro soporte de la pared de enfrente. Nadine contemplaba paralizada al hombre cubierto de sangre reseca que se mantenía encorvado delante de ellas. Kahlan pasó por su lado para situarse junto a Cara.

La mord-sith frunció el entrecejo al examinar con mayor atención al prisionero: tenía la cabeza caída sobre el pecho y los ojos cerrados. Su respiración era profunda, lenta y acompasada.

—Está dormido —susurró.

—¿Dormido? —susurró a su vez Kahlan—. ¿Cómo es posible que duerma estando de pie?

—Yo... no lo sé. Siempre obligamos a los nuevos prisioneros a que se queden de pie, a veces durante días. El no tener nadie con quien hablar ni nada que hacer, excepto pensar en lo que les espera, acaba con su voluntad, les quita el espíritu de lucha. Es un tipo insidioso de tortura. Algunos prisioneros me suplicaban que les pegara, pero que no los dejara solos de pie durante horas y horas.

Marlin roncaba suavemente.

—¿Con qué frecuencia ocurre que se queden dormidos?

Cara se posó una mano en la cadera y se pasó la otra por los labios.

—A veces se quedan dormidos, pero desde luego eso los despierta. Si se mueven del lugar que les he indicado, el vínculo les causa dolor. No es preciso que los vigilemos; el vínculo funciona estemos donde estemos. Jamás había oído que un prisionero se quedara dormido de pie y no cayera al suelo.

Kahlan miró por encima del hombro a Nadine y la larga escalerilla que conducía a la luz que entraba por la puerta. Aunque distinguía la parte superior de la cabeza de los soldados, ninguno se atrevía a echar un vistazo al fondo del pozo, donde podían ocurrir hechos mágicos.

—Tal vez se trata de un hechizo —dijo Nadine, asomando la cabeza entre ambas—. Tal vez sea algún tipo de magia.

Se irguió y retiró la cabeza al recibir como única respuesta miradas hostiles.

Más por curiosidad que para despertarlo, Cara tocó a Marlin en un hombro. A continuación lo empujó con un dedo en el pecho y el estómago.

—Está tan duro como una piedra. Tiene toda la musculatura tensa.

—Debe de ser por eso por lo que se mantiene de pie. Tal vez es un truco que aprendió como mago.

Cara no parecía convencida. Con un giro de muñeca tan leve que Kahlan apenas pudo percibirlo, la mord-sith empuñó el agiel. El rostro de Cara no expresó el dolor que Kahlan sabía que sentía cada vez que cogía su agiel. Nunca lo reflejaba.

—Eso no será necesario. —La Confesora detuvo a la mord-sith agarrándola por la muñeca—. Sólo despiértalo. Y no uses el vínculo con su mente, con su magia, para infligirle dolor, a no ser que sea absolutamente necesario. A no ser que yo te lo diga.

Cara mostró desagrado.

—Yo creo que sí es necesario. No puedo permitirlo. No puedo dudar a la hora de ejercer mi control.

—Cara, existe un abismo entre prudencia y vacilación. El asunto con Marlin ha sido más que extraño desde el principio. Vayamos paso a paso. Me has asegurado que lo controlas, así pues no te precipites. Porque lo controlas, ¿no?

Los labios de la mord-sith dibujaron una lenta sonrisa.

—Oh, sí, no lo dudéis. Ya que insistís, lo despertaré tal como a veces hacemos con nuestras mascotas.

Cara se inclinó hacia adelante, deslizó el brazo izquierdo alrededor del cuello del prisionero, ladeó su propia cabeza y muy suavemente besó a Marlin en la boca. Kahlan notó que se sonrojaba. Sabía que Denna también solía despertar a Richard de ese modo antes de empezar a torturarlo de nuevo.

La mord-sith se retiró con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Como un gato que despierta de una siesta, Marlin abrió los ojos lentamente. Nuevamente tenía esa mirada ante la que el alma misma de Kahlan deseaba alejarse.

En esa ocasión percibió más cosas. Los ojos de Marlin no sólo pertenecían a alguien de edad avanzada, sino que estaban completamente libres de todo temor.

Mientras el prisionero contemplaba a las tres mujeres con lenta, inmutable y calculada parsimonia, cerró los puños, flexionó hacia atrás las muñecas y arqueó la espalda en un estiramiento felino. En su rostro apareció una sonrisa depravada como una mancha de maldad, que se iba extendiendo del mismo modo que una mancha de sangre se extiende por una tela de lino blanco.

—Vaya, vaya. Mis dos preciosidades han regresado. —Era como si los inquietantes ojos de Marlin vieran y supieran más de lo que deberían—. Y han traído a una nueva zorra con ellas.

Si antes la voz de Marlin era casi juvenil, ahora se había tornado grave y áspera, como si perteneciera a un hombre musculoso que pesara el doble que él. Era una voz impregnada de un poder incuestionable y una autoridad absoluta; era la voz de alguien que se consideraba invencible. Kahlan jamás había oído una voz tan peligrosa.

Retrocedió un paso con el brazo de Cara bien agarrado. Tiraba de ella hacia atrás.

Aunque Marlin no se movió, Kahlan percibió la amenaza velada.

—Cara. —Kahlan dio otro paso hacia atrás. Con una mano a la espalda obligó también a Nadine a retroceder—. Cara, dime que es tuyo. Dime que lo controlas.

La mord-sith miraba fijamente a Marlin, boquiabierta.

—¿Qué...?

De pronto descargó un tremendo golpe con un puño reforzado con armadura. No obstante, apenas desplazó la cabeza de Marlin unos centímetros a un lado, cuando debería haberlo lanzado por los aires.

Marlin la contempló con una ensangrentada sonrisa y escupió dientes rotos.

—Buen intento, preciosa —dijo con voz áspera—. Pero ahora yo controlo tu vínculo con Marlin.

Cara le hundió el agiel en el vientre. El cuerpo del prisionero se estremeció con la sacudida, mientras que los brazos le cayeron a ambos lados, inútiles. No obstante, los ojos no perdieron su mortífera mirada. Marlin la continuaba observando con una inquebrantable sonrisa.

Entonces fue la mord-sith quien retrocedió voluntariamente dos pasos.

—¿Qué está pasando? —susurró Nadine—. ¿Qué ocurre? ¿No habías dicho que estaba indefenso?

—Salid. Salid ahora mismo —susurró Cara a Kahlan con tono urgente. Alzó brevemente la vista hacia la escalera de mano—. Yo lo entretendré. Cerrad la puerta con llave.

—¿Ya os queréis ir? —preguntó Marlin con voz chirriante al ver que las mujeres se movían hacia la escalera—. ¿Tan pronto? Aún no hemos podido charlar. Me ha encantado escuchar lo que habéis hablado entre vosotras. He aprendido mucho. No tenía ni idea de la existencia de las mord-sith, pero ahora lo sé.

Kahlan se detuvo para preguntar:

—¿De qué estás hablando?

La mirada depredadora de Marlin saltó de Cara a Kahlan.

—Me he enterado de tu enternecedor amor por Richard. Qué amable has sido al revelar los límites de su don. Lo sospechaba, pero tú me has confirmado hasta qué punto tenía razón. Asimismo, has confirmado mi sospecha de que es capaz de reconocer a otro poseedor del don, por lo que habría despertado sus recelos. Incluso tú viste algo extraño en los ojos de Marlin.

—¿Quién eres? —preguntó Kahlan mientras empujaba a Nadine hacia atrás.

Marlin soltó tal carcajada que todo su cuerpo se estremeció.

—Nada más y nada menos que la peor de vuestras pesadillas, preciosidades mías.

—¿Jagang? —susurró Kahlan incrédulamente—. ¿Es eso? ¿Eres Jagang?

Nuevamente las carcajadas resonaron en el pozo de piedra.

—Me has descubierto. Lo confieso. Pues sí, el Caminante de los Sueños en persona. He tomado prestada la mente de este infeliz para haceros una pequeña visita.

Cara le hundió el agiel en un lado del cuello. Un brazo inanimado la apartó violentamente a un lado.

La mord-sith volvió al ataque casi al instante y lo golpeó en los riñones con la intención de hacerlo caer. Marlin no se movió. Con movimientos espasmódicos estiró un brazo, la cogió por la trenza y la lanzó de nuevo contra la pared que había a su espalda, como si la mord-sith no fuese más que una muñeca hecha de ramitas. Kahlan se estremeció al oír el impacto de Cara contra la piedra. La mord-sith rodó boca abajo sobre el suelo. La sangre comenzó a empapar su rubio cabello.

—¡Sal de aquí! —le gritó a Nadine, dándole un empujón hacia la escalera de mano.

Nadine asió un peldaño.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya he visto suficiente. Voy a ponerle fin ahora mismo.

Dicho esto, fue a por Marlin o Jagang o quienquiera que fuese. Iba a tomarlo con su poder.

Gritando, Nadine pasó rápidamente junto a Kahlan y atravesó el pozo como si se deslizara sobre hielo. Marlin agarró a la joven, que se debatía, la obligó a girar sobre sí misma y con una mano le aferró la garganta. Nadine abrió los ojos desmesuradamente. No podía respirar.

Kahlan patinó y se detuvo cuando Marlin alzó un dedo como advertencia e hizo chasquear la lengua.

—Atrás o le aplastaré la tráquea.

Kahlan retrocedió un paso. Nadine inspiró aire a bocanadas aprovechando que el prisionero redujo la presión.

—¿Qué es una vida comparada con todas las otras que estás dispuesto a destruir? ¿De veras crees que la Madre Confesora no es capaz de tomar una decisión como ésa?

Al oír las palabras de Kahlan, Nadine experimentó un ataque de pánico y se retorció tratando de liberarse. Frenética, hundió los dedos en las manos de su captor. Incluso si Marlin no le aplastaba la tráquea, la estaba tocando y, si Kahlan lo tomaba con su poder, también Nadine estaría perdida.

—Es posible, pero ¿no quieres saber lo que estoy haciendo aquí, preciosa? ¿No quieres conocer mis planes para tu amado, para el gran lord Rahl?

Kahlan se volvió y gritó hacia el rayo de luz:

—¡Collins! ¡Cierre la puerta con llave!

Arriba, la puerta se cerró de golpe. Únicamente las chisporroteantes antorchas iluminaban el pozo. El eco del portazo se sumó al silbido de las teas.

Kahlan volvió a encararse con Marlin. Sin perderlo ni un momento de vista, comenzó a bordear lentamente el fondo del pozo.

—¿Qué o quién eres?

—Bueno, de hecho, ésa es una pregunta filosófica difícil de responder en términos que puedas comprender. Un Caminante de los Sueños es alguien capaz de introducirse en los infinitos espacios de tiempo que se producen entre los pensamientos, que es cuando una persona, es decir lo que es, su misma esencia, no existe, y de ese modo ocupa su mente. Lo que ves ante ti es a Marlin, uno de mis fieles perritos falderos. Yo soy la pulga en su espalda que él ha introducido en tu casa. Él es un huésped que utilizo para... determinadas cosas.

Nadine se debatió contra su captor, que se vio obligado a presionar con más fuerza para evitar que se liberara. Kahlan frunció los labios para imponerle silencio. Si continuaba resistiéndose, sólo conseguiría morir estrangulada. Como si pudiera leerle el pensamiento, Nadine se quedó quieta y por fin pudo inspirar aire de nuevo.

—Tu huésped no tardará en morir —dijo Kahlan.

—Es prescindible. Desgraciadamente para ti, el daño ya está hecho gracias a Marlin.

Lanzando una furtiva mirada lateral, Kahlan comprobó su lento progreso hacia la mord-sith, que yacía boca abajo.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Qué ha hecho?

—¿Que qué ha hecho? Marlin ha precipitado tu fin y el de Richard Rahl, obedeciendo mis órdenes. Desde luego, aún tenéis que sufrir las consecuencias, pero ya está hecho. Y yo he tenido el privilegio de presenciar la gloria de lo ocurrido.

—¿Qué has hecho? ¿Qué te ha traído a Aydindril?

Jagang se rió entre dientes.

—Divertirme, eso he estado haciendo. Ayer incluso asistí a un partido de ja'la. Tú estabas allí, y Richard Rahl también. Os vi a ambos. No me gustó nada comprobar que Richard ha cambiado el broc por otro balón mucho más ligero. Ha convertido el ja'la en un juego para debiluchos. Debería jugarse con un balón duro, y los jugadores deberían ser los más agresivos y brutos, es decir, los que tienen verdadero anhelo de victoria. ¿Sabes qué significa ja'la, preciosa?

Kahlan negó con la cabeza mientras que mentalmente repasaba una lista de opciones y prioridades. En primer lugar figuraba usar su poder para detener a ese hombre e impedir que escapara del pozo, pero si querían coartar sus planes, antes tenía que averiguar todo lo posible. Ya había fallado una vez en esa tarea. No podía fracasar de nuevo.

—Es una palabra en mi idioma nativo. El nombre completo y correcto es *ja'la dh jin*: el juego de la vida. No me gusta el modo en que Richard lo ha corrompido.

Kahlan casi había llegado junto a Cara.

—¿Me estás diciendo que has infectado la mente de este hombre para venir y ver cómo unos niños juegan? Pensaba que el grande y todopoderoso emperador Jagang tenía cosas más importantes que hacer.

—Oh, y las tengo. Tengo cosas mucho mejores. —La sonrisa burlona e irónica del hombre era exasperante—. Verás, vosotros pensabais que había muerto. Quería que supierais que no habíais conseguido matarme en el Palacio de los Profetas. Ni siquiera estaba allí, sino que disfrutaba de los encantos de una joven, una de mis esclavas acabadas de capturar.

—De modo que no estás muerto. Podrías habernos enviado una carta en vez de tomarte tantas molestias. Has venido por otra razón. Te acompañaba una Hermana de la Oscuridad.

—La hermana Amelia debía cumplir una pequeña tarea, pero me temo que ya no es una Hermana de la Oscuridad. Traicionó el juramento que hizo al Custodio del inframundo para que yo pudiera destruir a Richard Rahl.

Kahlan tocaba ya con el pie a Cara.

—¿Por qué no nos dijiste todo esto antes, cuando capturamos a Marlin? ¿Por qué esperar hasta ahora?

—Ah, bueno, tenía que esperar hasta que Amelia regresara con lo que la mandé buscar. No soy de los que se arriesgan, ¿sabes? Ya no.

—¿Qué robó Amelia en Aydindril para ti?

Jagang se rió con sorna.

—Oh, no en Aydindril, preciosa.

Kahlan se agachó junto a Cara.

—¿Por qué ha dejado de servir al Custodio? No es que me disguste, claro está, pero ¿por qué tuvo que traicionar su juramento?

—Porque la puse en un buen aprieto. Le di a elegir entre enviarla ahora con su dueño y señor para que sufriera por toda la eternidad en sus despiadadas manos, como castigo por haber fracasado en el pasado con tu querido Richard, o escapar de momento, aun sabiendo que con ello exacerba su ira y sufrirá mucho más en el futuro.

»Deberías sentirte muy, muy triste por ello, preciosa, pues eso será la ruina de Richard Rahl.

—No es más que una amenaza vana —dijo Kahlan, obligándose a hablar.

—Yo no amenazo en vano. —Su sonrisa se hizo más ancha—. ¿Por qué crees que me he tomado tantas molestias? Para estar ahí cuando ocurriera y haceros saber que he sido yo, Jagang, el responsable de que lo que vais a padecer. Detestaría que creyerais que no es más que una casualidad.

Kahlan se levantó bruscamente y dio un airado paso hacia él.

—¡Habla, maldito bastardo! ¡Dime qué has hecho!

La mano de Marlin dio una sacudida y un dedo se alzó. Nadine emitió un sonido estrangulado.

—Cuidado, Madre Confesora, o te negarás la posibilidad de oír el resto. —Kahlan retrocedió. Nadine inspiró a bocanadas—. Así me gusta, preciosa.

»Verás, Richard Rahl creyó que si destruía el Palacio de los Profetas, impediría que me apoderara de los conocimientos que en él se guardaban. No fue así. El Palacio de los Profetas no es el único lugar en el que se guardan profecías. Han existido otros profetas, en otros lugares, y dejaron predicciones. Aquí, por ejemplo, en el Alcázar del Hechicero. Y en el Viejo Mundo también hay profecías. Encontré muchas excavando una antigua ciudad que en tiempos de la gran guerra era muy próspera.

»Entre ellas encontré una profecía que será la perdición de Richard Rahl. Es un tipo de predicción extremadamente rara, llamada disyuntiva vinculante, que obliga a la víctima a decidirse necesariamente por una de dos posibilidades. He invocado la profecía.

Kahlan no tenía la menor idea de qué estaba hablando Jagang. Rápidamente se agachó y levantó la cabeza de Cara. La mord-sith la miró con expresión de enfado.

—Idiota —musitó entrecortadamente—. Estoy bien. Olvídate de mí. Obtén respuestas. Luego hazme una señal y usaré mi vínculo con él para matarlo.

Kahlan dejó caer la cabeza de Cara, se puso en pie y comenzó a avanzar muy lentamente hacia la escalera de mano.

—No dices más que tonterías, Jagang. —Se movió más rápidamente, con la esperanza de que Jagang pensara que había encontrado a Cara muerta. Ya estaba a medio camino de la escalera, aunque no tenía ninguna intención de escapar. Iba a descargar su poder contra él, con Nadine o sin Nadine—. Yo no sé nada sobre profecías. No entiendo lo que dices.

—Bueno, preciosa, la situación es la siguiente: o bien Richard Rahl permite que el incendio que he provocado arda con toda su furia, con lo cual se cumpliría una vertiente de la profecía, en cuyo caso también él morirá, o trata de apagar el fuego, en cuyo caso cumplirá la otra disyuntiva de la profecía. Y en esa posibilidad Richard Rahl es destruido. ¿Lo ves? Sea cual sea su elección, no puede ganar. A partir de ahora tan sólo ocurrirá uno de esos dos sucesos, una de las dos disyuntivas de la predicción. Richard tiene el poder de elegir cuál, pero, sea cual sea, está condenado.

—Eres un estúpido. Richard no elegirá ninguna de las dos.

Jagang se rió a mandíbula batiente.

—Claro que lo hará. A través de Marlin ya he invocado la profecía y, una vez que se invoca una disyuntiva vinculante, no hay vuelta atrás. Disfruta de tus falsas ilusiones, si eso te place. De ese modo la caída será mucho más dolorosa.

Kahlan se detuvo de repente.

—No te creo —declaró.

—Lo harás. Ya lo creo que lo harás.

—¡Amenazas vanas! ¿Qué pruebas tienes?

—La prueba se manifestará con la luna roja.

—No existe tal cosa. Solamente sabes amenazar en vano. —La ardiente furia aplacó su temor. Levantó un dedo hacia él—. Ahora escucha tú mi amenaza y quiero que sepas que no es falsa. Vi los cadáveres de las mujeres y los niños que ordenaste masacrar en Ebinissia y juré venganza eterna contra tu Orden Imperial. Ni siquiera las profecías impedirán que te derrotemos.

Tenía que conseguir, al menos, provocarlo para que revelara la profecía. Si la conocían, tal vez pudiesen frustrarla.

—Ésa es mi revelación para ti, Jagang. Y, a diferencia de tu falsa profecía, la mía sí tiene palabras.

Las carcajadas de Jagang resonaron en el pozo.

—¿Falsa? Déjame que te la muestre.

Marlin levantó una mano. En el pozo estalló un relámpago. Kahlan se tapó los oídos mientras se agachaba para protegerse la cabeza. En el aire aullaron esquirlas de piedra. Kahlan notó un intenso dolor cuando una de ellas le cortó en el brazo y otra se le clavó en el hombro, a un lado. Notó la terrible sensación de la sangre caliente que comenzaba a empaparle la manga.

Por encima de sus cabezas, el relámpago brincaba y rebotaba en la pared, grabando algo en la piedra y dejando con su estela unos caracteres que Kahlan apenas podía entrever a través de los deslumbrantes estallidos. El estrépito del relámpago se interrumpió de repente, dejando en su retina impresiones recortadas. El olor del polvo y el humo le sofocaban los pulmones, y, en su cabeza, aún resonaba el estruendo.

—Ahí tienes, preciosa.

Kahlan se levantó y miró la pared con ojos entornados.

—Es un galimatías, nada más que eso. No significa nada.

—Está escrito en d'haraniano culto. Según los archivos, en la última guerra capturamos a un mago y profeta, aunque por ser fiel a la Casa de Rahl, los anteriores Caminantes de los Sueños no pudieron acceder a su mente.

»Así pues, lo torturaron. Cuando deliraba, con la mitad de los intestinos fuera del cuerpo, reveló esta profecía. Pide a Richard Rahl que la traduzca. —Se inclinó hacia ella con una sonrisa cargada de ponzoña—. Aunque dudo que te confiese lo que dice.

Besó a Nadine en una mejilla y añadió:

—Bueno, ha sido una excursión encantadora, pero me temo que Marlin debe irse ya. Qué lástima que el Buscador no estuviera aquí con su espada. Eso habría sido el fin de Marlin.

—¡Cara! —Kahlan fue a por él implorando mentalmente perdón a los buenos espíritus por lo que iba a hacerle a Nadine.

Cara se levantó de un salto. Con una fuerza sobrehumana, Jagang lanzó a Nadine por el aire. La joven gritó al caer violentamente encima de Kahlan, que aterrizó de espaldas sobre la dura piedra.

Veía puntitos de luz en los ojos y no sentía nada. Temía haberse roto la espalda. No obstante, fue recuperando la sensación en forma de dolor hormigueante al torcer el cuerpo a un lado. Jadeaba, tratando de recuperar el resuello, mientras pugnaba por incorporarse.

Cara lanzó un chillido agudo y penetrante en el otro extremo del pozo. Entonces se desplomó sobre las rodillas y se tapó las orejas con los antebrazos sin dejar de gritar.

Mientras que Kahlan luchaba por quitarse de encima a Nadine, Marlin alcanzó la escalera de mano.

Agarrándose de pies y manos a ambos lados de la escalera, subió a saltos, como un gato que trepa a un árbol.

Las antorchas se apagaron, sumiéndolos a todos en la oscuridad.

Jagang se rió mientras ascendía. Cara chillaba como si le estuvieran arrancando los miembros. Por fin Kahlan logró apartar de sí a Nadine y a cuatro patas corrió hacia donde oía la burlona risa de Jagang. La sangre le empapaba la manga hasta la mano.

La puerta de hierro estalló hacia afuera y se estrelló contra la piedra al otro lado del pasillo. El estruendo resonó por los corredores. Un hombre gritó al ser aplastado por ella. Sin la puerta, un rayo de luz iluminó la escalera. Kahlan se puso de pie como pudo y corrió hacia la escalera.

Al extender los brazos para asirse, el dolor en el hombro la obligó a retirar el brazo con un grito. Con la otra mano se arrancó el afilado fragmento de piedra. La sangre que la piedra había retenido hasta entonces comenzó a manar a borbotones de la herida.

Tan rápidamente como le era posible fue ascendiendo la escalera persiguiendo a Marlin. Tenía que detenerlo. Sólo ella podía hacerlo. Con Richard lejos, ella era la magia contra la magia para toda esa gente. El brazo herido le temblaba por el esfuerzo. Apenas era capaz de agarrarse.

—¡De prisa! —gritó Nadine detrás de ella—. ¡Se nos escapa!

Los chillidos de Cara, en el pozo, se le clavaban en el cerebro.

En una ocasión había experimentado por una fracción de segundo el terrible tormento del agiel. Las mord-sith soportaban ese mismo dolor cada vez que asían su agiel y, no obstante, su rostro jamás reflejaba ni la más mínima expresión de sufrimiento. Las mord-sith habitaban en un mundo de dolor; años de tortura las enseñaban a no prestarle atención.

Kahlan no podía ni imaginarse qué podía hacer que una mord-sith chillara de ese modo.

Fuera lo que fuera lo que padecía Cara, la estaba matando. De eso no había duda.

Un pie se le deslizó por un travesaño, y la tibia golpeó dolorosamente contra el travesaño superior. Ansiosa por atrapar a Jagang, retiró rápidamente la pierna, pero se arañó contra el lado, y una larga astilla se le clavó en la pantorrilla. Lanzó una maldición de dolor y siguió subiendo.

Una vez arriba, se encaramó por la abertura, resbaló y cayó de cuatro patas encima de un caos de vísceras. El sargento Collins la miraba fijamente con ojos muertos. Los blancos extremos recortados de las costillas sobresalían de su cuerpo, aguantando el uniforme de cuero desgarrado y la cota de malla. Tenía el torso abierto del cuello hasta las ingles.

Otra docena más o menos de soldados agonizaban en el suelo, retorciéndose. Otros estaban inmóviles como muertos. En las paredes de piedra vio espadas incrustadas hasta el pomo, así como hachas, como si se hubieran clavado en madera blanda.

Un enemigo armado con magia había causado estragos, aunque no con total impunidad, tal como lo atestiguaba el brazo cercenado por encima del codo. Kahlan supo que pertenecía a Marlin por la ropa que llevaba. La Confesora apretaba y relajaba los dedos de la mano con mesurada regularidad.

Se puso de pie y se volvió hacia la puerta, cogió a Nadine por las muñecas y tiró de ella hacia arriba.

—Cuidado.

Nadine ahogó un grito al ver esa carnicería. Kahlan esperaba que se desmayara o le diera un ataque de histeria. No fue así.

Soldados armados hasta los dientes con espadas, hachas y lanzas acudían corriendo desde la izquierda. El pasillo de la derecha estaba vacío, silencioso y oscuro más allá de una solitaria antorcha. Kahlan se encaminó a la derecha. Dijo mucho en favor de Nadine que echara a correr tras ella.

Los chillidos que salían del pozo seguían dando escalofríos a Kahlan.

10

El pasillo se sumergía en la negrura más allá de la última antorcha siseante. Un soldado yacía a un lado, como un montón de ropa sucia que esperara ser recogida. La espada del soldado, ennegrecida, estaba en medio del pasillo, con la hoja rota y convertida en una maraña de tiras de acero retorcidas.

Kahlan se detuvo y escrutó el total silencio que reinaba por delante. No había nada que oír ni tampoco nada que ver. Marlin podía estar en cualquier parte, escondido tras cualquier esquina, agazapado en cualquier rincón, con la sonrisa satisfecha de Jagang pintada en la cara, mientras esperaba en la oscuridad para poner fin a la persecución.

—Nadine, quédate aquí.

—No. Como te dije, nosotros protegemos a los nuestros. Ese tipo quiere matar a Richard, y yo no pienso permitirlo. No mientras tenga una oportunidad de ayudar.

—La única oportunidad que tendrás es de que te maten.

—Yo voy.

Kahlan no tenía ni tiempo ni ganas de discutir. Si Nadine pensaba ir, al menos que fuese útil. Kahlan necesitaba tener ambas manos libres.

—Entonces, coge esa antorcha.

Nadine la sacó del soporte y esperó con aire expectante.

—Tengo que tocarlo —le explicó Kahlan—. Si lo toco, podré matarlo.

—¿A quién, a Marlin o a Jagang?

Kahlan notaba cómo el corazón le latía contra las costillas.

—A Marlin. Si Jagang pudo introducirse en su mente, supongo que también podrá salir. Pero ¿quién sabe? Al menos, Jagang desaparecerá y su esbirro estará muerto. Eso será el fin. Por ahora.

—¿Es eso lo que tratabas de hacer en el pozo? ¿A qué te referías cuando hablabas de tomar una decisión, de una vida a cambio de muchas otras?

Kahlan le cogió el rostro y le apretó las mejillas.

—Ahora escúchame. No nos enfrentamos con un Tommy Lancaster que quiere violarte, sino con alguien que quiere matarnos a todos. Tengo que detenerlo. Si alguien más lo está tocando cuando yo lo haga, mi poder los destruirá a ambos. Si tú o cualquier otra persona lo está tocando, no vacilaré. ¿Lo entiendes? No puedo permitirme dudar. Hay demasiado en juego.

Nadine hizo un gesto de asentimiento. Kahlan la soltó y desvió la ira que sentía hacia la tarea que tenían entre manos. Notaba cómo la sangre le goteaba de las yemas de los dedos de la mano izquierda. No creía ser capaz de levantar el brazo izquierdo, así que tendría que tocarlo con la mano derecha. Al menos Nadine llevaba la antorcha. Kahlan confiaba en no estar cometiendo un error; ojalá que Nadine no la retrasara. Ojalá que no estuviera permitiendo que la acompañara por razones equivocadas.

Nadine le cogió la mano derecha y se la colocó encima del hombro izquierdo, que sangraba.

—Ahora no tenemos tiempo para curas. Aprieta la herida tan fuerte como puedas mientras no necesites la mano o perderás demasiada sangre y no podrás hacer lo que debes.

Kahlan apretó la herida un poco a disgusto.

—Gracias. Si vas a venir, camina detrás de mí y limítate a iluminar el camino. Si los soldados son incapaces de detenerlo, menos podrás tú aún. No quiero que te haga daño innecesariamente.

—De acuerdo. Iré detrás de ti.

—Sobre todo no olvides lo que he dicho y no te cruces en mi camino. —Kahlan se puso de puntillas para mirar a los soldados más allá de Nadine—. Disparadle flechas o lanzas si se pone a tiro, pero permaneced detrás de mí —les ordenó—. Necesitamos más antorchas. Tenemos que acorralarlo.

Algunos guardias deshicieron el camino corriendo para buscar antorchas, mientras Kahlan echaba a correr en dirección contraria. Nadine tenía que esforzarse para seguirla, sosteniendo la antorcha con el brazo extendido delante de ella. La llama oscilaba y rugía en el viento generado por la carrera, iluminando un pequeño trecho de paredes, techo y suelo, creando una ondulante isla de luz en un mar de oscuridad. Pegados a sus talones, los soldados creaban sus propias islas de luz. En el pasillo resonaban los resoplidos de los soldados al correr, el golpeteo de las botas, el ruido metálico de las cotas de malla, el entrechocar del acero y el rugido de las llamas.

Pero, por encima de todo ese ruido, Kahlan seguía escuchando en su cabeza los chillidos de Cara.

Al llegar a un cruce se detuvo. Miró hacia adelante y luego dirigió la mirada hacia el corredor que partía a la derecha, jadeando para tratar de recuperar la respiración.

—¡Mira! —Nadine señalaba sangre en el suelo—. ¡Ha pasado por aquí!

Kahlan examinó el oscuro pasillo que se abría delante de ella y conducía hacia las escaleras que permitían ascender al palacio. El otro pasillo, que iba a la derecha, recorría el subsuelo del palacio en un laberinto de almacenes, áreas ya abandonadas que en el pasado se usaron en la excavación del lecho de roca sobre el que descansaba el edificio, túneles de acceso que permitían efectuar tareas de inspección y mantenimiento de los cimientos, así como canales de drenaje para el desagüe de los manantiales que los constructores habían encontrado. Al final de los túneles de drenaje existían unas impresionantes verjas de piedra que permitían que el agua saliera a través de los cimientos, pero impedían que nadie entrara.

—No —repuso Kahlan—. Por ahí, hacia la derecha.

—Pero la sangre —protestó Nadine—. Ha pasado por aquí.

—Hasta ahora no habíamos visto nada de sangre. No es más que una treta. Por ahí se sube a palacio. Jagang se ha ido por el otro lado, hacia la derecha, donde no hay gente.

Nadine siguió a Kahlan por el corredor de la derecha.

—Pero ¿por qué se preocupa por si se topa con gente? ¡Ahí atrás ha matado y herido a un montón de soldados!

—Sí, y consiguieron arrancarle un brazo. Ahora está herido. A Jagang no le importa que Marlin muera, pero si escapa, podrá utilizarlo para seguir haciendo daño.

—¿Qué más puede hacer aparte de matar o herir a otras personas, a toda esa gente de arriba y a los soldados?

—El Alcázar del Hechicero —explicó Kahlan—. La única magia que posee Jagang es su habilidad como Caminante de los Sueños, pero es capaz de utilizar a los que tienen el don. No obstante, por lo que he visto hasta ahora, no domina ni mucho menos el arte de usar la magia de otros. Las cosas que hizo ahí atrás, el simple uso del aire y el calor, no son nada imaginativas para un mago. A Jagang solamente se le ocurre hacer las cosas más sencillas con la magia de otros, actos de fuerza bruta. Ésa es nuestra ventaja.

»En su lugar, yo trataría de entrar en el Alcázar y usar la magia que contiene para causar la mayor destrucción posible.

Kahlan bajó de dos en dos una antigua escalera excavada en la roca. Al llegar abajo, el desigual corredor semejante a un túnel se bifurcaba en dos direcciones. La Confesora se dirigió a los soldados que aún bajaban corriendo la escalera.

—Dividíos en dos grupos. Éste es el nivel inferior. Si el corredor se bifurca, cubrid todas las posibilidades. Fijaos por dónde vais o podríais vagar por aquí abajo durante días.

»Ya habéis visto qué puede hacer. Si lo encontráis, no corráis riesgos para tratar de atraparlo. Apostad centinelas para que no escape si retrocede y enviad en seguida a buscarme.

—¿Cómo os encontraremos? —preguntó uno.

Kahlan miró a la derecha.

—Iré a la derecha en cada intersección. De ese modo podréis seguirme. Ahora apresuraos. Creo que busca cualquier posible salida de palacio. No podemos permitir que salga de aquí. Si llega al Alcázar, podrá atravesar escudos que yo no puedo.

Acompañada por Nadine y la mitad de los soldados, Kahlan echó a correr por el corredor húmedo y frío. Encontraron varias habitaciones, todas vacías, y más corredores largos. En cada bifurcación, dividía a los hombres y conducía a su cada vez más menguante fuerza a la derecha.

—¿Qué es el Alcázar del Hechicero? —preguntó Nadine mientras avanzaban por la oscuridad.

—Es una fortaleza enorme en la que habían vivido magos. Es más antigua que el Palacio de las Confesoras. —Kahlan alzó una mano para señalar el palacio que se erigía por encima de sus cabezas—. En tiempos muy remotos, casi todo el mundo nacía con el don. Pero, en el curso de los últimos tres mil años, se ha ido extinguiendo de la raza humana.

—¿Qué hay en el Alcázar?

—Alojamientos abandonados mucho tiempo atrás, bibliotecas, estancias de todo tipo. En él se guardan objetos mágicos: libros, armas y cosas por el estilo. Hay escudos que protegen los lugares importantes o peligrosos del Alcázar, y que solamente pueden atravesar quienes poseen magia. Como yo nací con magia, puedo atravesar algunos de ellos, pero no todos.

»El Alcázar es enorme. En comparación, el Palacio de las Confesoras parece una simple cabaña. Durante la gran guerra, hace tres mil años, el Alcázar estaba habitado por multitud de magos y sus familias. Richard dice que era un lugar lleno de risas y de vida. En esa época los magos poseían Magia de Suma y de Resta.

—¿Y ahora no?

—No. Sólo Richard nació con ambos lados de la magia. Hay lugares en el Alcázar en los que ni yo ni los magos con los que me crié podíamos entrar, pues los escudos son demasiado poderosos. Y en otros lugares nadie ha entrado en miles de años, porque están protegidos con ambos tipos de magia. Nadie podía atravesar esos escudos. Richard sí, y me temo que Marlin también.

—Por lo que cuentas, parece un lugar espantoso.

—Yo he pasado buena parte de mi vida allí, aprendiendo lenguas extranjeras de libros y estudiando con los magos. Siempre lo consideré parte de mi hogar.

—¿Dónde están esos magos ahora? ¿No pueden ayudarnos?

—A finales del verano pasado, cuando estábamos en guerra contra Rahl el Oscuro, todos se suicidaron.

—¡Se suicidaron! ¡Qué horror! ¿Por qué hicieron tal cosa?

Kahlan guardó un momento de silencio mientras seguían avanzando implacablemente en la oscuridad. Todo eso parecía como un sueño de otra vida.

—Teníamos que encontrar al Primer Mago para que nombrara al Buscador de la Verdad, y éste detuviera a Rahl el Oscuro. Zedd era el Primer Mago y vivía en la Tierra Occidental, al otro lado del Límite. El Límite estaba conectado con el inframundo, el mundo de los muertos, lo que impedía que nadie cruzara.

»Rahl el Oscuro también buscaba a Zedd. Fue preciso que todos los magos conjuraran un hechizo conjuntamente para atravesar el Límite y llegar hasta Zedd. Si Rahl el Oscuro hubiese capturado a los magos, habría utilizado sus pérfidos poderes para obligarlos a confesar lo que sabían.

»Para darme el tiempo que necesitaba si quería tener una oportunidad de éxito, los magos se suicidaron. No obstante, Rahl el Oscuro mandó varios asesinos en mi busca. Fue entonces cuando conocí a Richard; él me protegió.

—¿En el Despeñadero Mocho? —preguntó Nadine, atónita—. En el fondo del barranco se encontraron los cuerpos de cuatro hombretones enormes. Iban vestidos con uniformes de cuero y llevaban todo tipo de armas. Nadie había visto hombres como ésos antes.

—Eran ellos.

—¿Qué ocurrió?

Kahlan la miró de soslayo.

—Algo parecido a lo que te ocurrió a ti con Tommy Lancaster.

—¿Fue Richard?, ¿Richard los mató?

Kahlan asintió.

—A dos de ellos. Yo tomé a otro con mi poder, y él mató al cuarto. Probablemente Richard jamás había conocido antes a nadie que pretendiera darle más que una paliza por tratar de proteger a otra persona. En ese caso, a mí. Desde ese día en el Despeñadero Mocho, Richard se ha visto forzado a tomar un montón de decisiones muy duras.

Continuaron caminando por corredores oscuros y malolientes durante lo que a Kahlan se le antojaron horas, aunque sabía que no podían haber transcurrido más de quince o veinte minutos. Los bloques de piedra eran más grandes, algunos de ellos iban del suelo al techo. Pese a haber sido cortados toscamente, encajaban con la misma precisión entre sí sin necesidad de argamasa que en el resto del palacio.

Asimismo los corredores eran más húmedos, con agua que bajaba por los muros en algunos puntos y desaguaba en pequeños orificios practicados en los bordes del suelo, con una especie de corona para dirigir el agua hacia los desagües. Los desperdicios taponaban algunos de los desagües, lo que permitía que se formaran charcas poco profundas.

Las ratas utilizaban los desagües a modo de túneles. Ante la luz y el sonido que se aproximaban, lanzaban chillidos y salían corriendo, algunas hacia los desagües y otras por delante de los humanos. Kahlan pensó nuevamente en Cara y se preguntó si seguiría viva. Sería demasiado cruel que muriera sin haber tenido la oportunidad de disfrutar libre de la locura que la ensombrecía.

Una serie de túneles interconectados redujo el número de acompañantes de Kahlan a dos además de Nadine. El pasillo era tan estrecho que tenían que avanzar en fila de a uno. El bajo techo los obligaba a correr encorvados.

Kahlan no vio sangre —probablemente Jagang usaba su control de la mente de Marlin para detener el flujo—, aunque en varios puntos se fijó en unas marcas horizontales en el limo que cubría las paredes. En ese corredor tan bajo y angosto era casi imposible no rozar las paredes. La misma Kahlan las rozó más veces de las que hubiese deseado y sintió dolor en el hombro cuando los nudillos de la mano izquierda golpearon la viscosa piedra. Marlin, o Jagang, debía de haber pasado por ese mismo túnel y debía de haber rozado la misma pared.

Sintió una vertiginosa oleada de alivio por hallarse tras su rastro y también, terror ante la idea de lo que ocurriría cuando lo encontrara.

El corredor en forma de arco se estrechó aún más, y el techo se hizo más bajo si cabe. Tuvieron que agacharse para continuar. Las llamas de las antorchas se doblaban al lamer la piedra del bajo techo, y el humo que se generaba les escocía en los ojos.

Cuando el corredor comenzó a descender abruptamente, todos resbalaron y cayeron más de una vez. Nadine cayó sobre un codo y se lo despellejó, aunque no soltó la antorcha. Kahlan aflojó la marcha pero no se detuvo. Uno de los soldados ayudó a Nadine a levantarse otra vez; luego, corrieron para alcanzar a Kahlan.

Por delante, Kahlan oyó el rugir del agua.

El angosto corredor desembocaba en un amplio túnel tubular. El agua bajaba en impetuoso torrente por ese túnel, que pertenecía al sistema de drenaje del subsuelo de palacio. Kahlan se detuvo en el borde.

—¿Y ahora qué, Madre Confesora? —preguntó uno de los soldados.

—Nos atendremos al plan: yo iré a la derecha, corriente abajo, con Nadine, y vosotros dos iréis corriente arriba, a la izquierda.

—Pero si el prisionero trata de salir, seguro que habrá ido hacia la derecha —objetó el soldado—. Probablemente espere que la corriente lo conduzca a una salida. Deberíamos ir con vos.

—También es posible que sepa que lo seguimos y quiera que tomemos el camino equivocado. Vosotros dos a la izquierda. Vamos, Nadine.

—¿Por ahí? El agua debe de llegar a la altura de la cintura.

—Algo más, diría yo. Procede del deshielo de la primavera. Por lo general, no tiene más que unos cincuenta centímetros de profundidad. Hay piedras que permiten cruzar al otro lado, pero han quedado sumergidas. En el centro, donde el pasadizo desemboca en el túnel de desagüe encontraremos una piedra alargada sobre la que pisar.

Kahlan extendió una pierna y apoyó el pie encima de la piedra plana sumergida justo por debajo de la superficie del agua y situada en el centro del torrente. A continuación levantó la otra pierna para salvar la distancia cubierta por la impetuosa agua y buscó a tientas hasta dar con una de las piedras situadas contra la pared más alejada. Se impulsó hacia el otro lado, ayudándose con una mano de Nadine. Aunque de pie encima de la piedra el agua apenas le llegaba a los tobillos, no tardó en empaparse el encaje y entrarle en las botas. Estaba helada.

—¿Ves? —La voz de Kahlan resonó. La Confesora deseó que el sonido no se propagara muy lejos—. Ve con cuidado; la pasera no es continua. Las piedras están muy separadas.

Kahlan se situó encima de la siguiente piedra de apoyo y tendió una mano a Nadine. Con un gesto indicó a los soldados que siguieran adelante por el túnel. Los hombres cruzaron y rápidamente se perdieron en la oscuridad. La luz de las antorchas que portaban no tardó en desvanecerse detrás de una esquina, y Kahlan se quedó a solas con Nadine, iluminadas únicamente por la débil luz de una antorcha. Ojalá que durara lo suficiente.

—Ahora con cuidado —advirtió a Nadine.

Nadine ahuecó una mano por detrás de la oreja. El rugido del agua apenas permitía oír. Kahlan le acercó los labios y repitió la advertencia. No quería gritar y alertar a Jagang si estaba cerca.

Incluso si la luz de la antorcha hubiese sido más brillante, tampoco habrían podido ver mucho más allá. El canal de desagüe dibujaba vueltas y revueltas en su descenso hacia el exterior del palacio. Kahlan tuvo que apoyarse en la pared fría y viscosa para mantener el equilibrio.

Cada poco, el túnel descendía abruptamente, y las piedras colocadas a lo largo de la pared lo seguían como los escalones de una escalera en un rugiente rápido. El agua helada empañaba el aire y las empapaba hasta los huesos.

Resultaba imposible correr, ni siquiera en los tramos llanos, pues tenían que pasar con mucho cuidado de una piedra a otra. Si iban demasiado aprisa y pisaban mal, podrían romperse un tobillo. Era un lugar pésimo para herirse allí abajo, en el túnel anegado por el agua y con Jagang merodeando cerca. La sangre que manaba con profusión del brazo de Kahlan le recordaba que ya estaba herida. Al menos podía andar.

De repente, a su espalda, Nadine chilló y cayó al agua.

—¡No pierdas la antorcha! —le gritó Kahlan.

Nadine, sumergida en el agua hasta el pecho, estiró el brazo hacia arriba para evitar que la tea se apagara. Kahlan la agarró por la muñeca y luchó contra la fuerza de la corriente que amenazaba con arrastrar a la muchacha. Kahlan no tenía nada a lo que sujetarse con la otra mano. Así pues, encajó los talones de las botas sobre el borde de la piedra que pisaba para evitar ser arrastrada también.

Nadine agitaba la mano que tenía libre, buscando una de las piedras para cruzar. Encontró una y se agarró. Con la ayuda de Kahlan volvió a subirse.

—Queridos espíritus, qué fría está el agua.

—¡Te dije que tuvieras cuidado!

—Algo me agarró la pierna. Creo que una rata —se explicó Nadine, tratando de recuperar el aliento.

—Seguro que estaba muerta. He visto algunas flotar. Ve con más cuidado.

Nadine asintió, avergonzada. Como la corriente la había arrastrado, era ella quien iba en cabeza. A Kahlan no se le ocurría el modo de intercambiarse los lugares sin discutir, por lo que indicó con una seña a Nadine que continuara.

La muchacha se volvió, dispuesta a proseguir. De pronto, una figura enorme surgió de las negras profundidades. Un chorreante Marlin agarró un tobillo de Nadine con la mano. Chillando, Nadine fue arrastrada hacia las negras aguas con los pies por delante.

11

Mientras se hundía, Nadine blandió la antorcha y golpeó a Marlin en pleno centro de la nariz. Marlin la soltó mientras trataba desesperadamente de quitarse a ciegas la brea ardiendo de los ojos. La corriente lo arrastró.

Kahlan agarró por un brazo a Nadine, que aún sostenía la antorcha por encima del agua y la ayudó por segunda vez a subirse a la piedra. Ambas se pegaron contra la pared, respirando a bocanadas y temblando por la impresión.

—Bueno —dijo Kahlan al fin—, al menos ahora sabemos qué dirección tomó.

Nadine temblaba violentamente por efecto de su segundo chapuzón. El pelo empapado se le pegaba a la cabeza y el cuello.

—No sé nadar —confesó—. Y ahora sé por qué nunca he querido aprender. No me gusta.

Kahlan sonrió para sí. La joven tenía más coraje del que había imaginado. Pero la sonrisa se desvaneció al recordar qué hacía Nadine en Aydindril y quién la había enviado.

La emboscada la había pillado tan de sorpresa que había perdido la oportunidad de atrapar a Jagang.

—Deja que vaya yo primero.

Nadine levantó la antorcha con ambas manos, mientras Kahlan rodeaba con los brazos la cintura de la otra mujer y ambas giraban de puntillas encima de la piedra para invertir los lugares. Nadine estaba tan fría como un pescado en invierno, y Kahlan no estaba mucho mejor después de recorrer los túneles glaciales con el agua helada lamiéndole los tobillos. Ni siquiera notaba los dedos de los pies.

—¿Y si nada contracorriente y escapa? —preguntó Nadine. Los dientes le castañeteaban.

—No creo que pueda con un solo brazo. Seguramente se estaba sujetando a una piedra para mantener la cabeza apenas por encima del agua mientras nos acechaba.

—¿Y si vuelve a intentarlo?

—Ahora voy yo delante. Si coge a alguna, será a mí y, en ese caso, será el último error que cometa.

—Pero puede esperar a que tú pases, emerger de repente y cogerme de nuevo.

—En ese caso, procura golpearlo con más fuerza la próxima vez.

—¡Le di con todas mis fuerzas!

Kahlan sonrió y le apretó el brazo para tranquilizarla.

—Ya lo sé. Reaccionaste muy bien, realmente bien.

Siguieron avanzando muy lentamente a lo largo de la pared. En un par de ocasiones el túnel describió una suave curva. No dejaban de observar el agua ni por un segundo, esperando descubrir a Marlin escondido. Ambas se llevaron buenos sustos por las cosas que distinguían en el agua, pero siempre resultaban ser restos flotantes.

La antorcha cada vez chisporroteaba más y más; no tardaría en consumirse. Todos los desagües conducían afuera, y ya llevaban recorrida una buena distancia por ése en concreto. Kahlan sabía que el final no podía estar muy lejos.

No obstante, era más una esperanza que una certeza; de niña había explorado los túneles y desagües del subsuelo del palacio, pero no cuando estaban inundados y, aunque tenía una idea bastante aproximada de dónde se encontraban, no lo sabía con exactitud. Recordaba que algunos desagües no parecían acabarse nunca.

Mientras avanzaban, el rugido de las impetuosas aguas fue cambiando sutilmente de tono. Kahlan se preguntó a qué podía deberse. Por delante, el túnel giraba a la derecha.

Un ruido sordo que más que oír sintió en el pecho la hizo detenerse. Extendió una mano para que Nadine se detuviera a su vez e imponerle silencio.

Delante, la piedra húmeda de las paredes brillaba y refulgía, reflejando algo azulado que resplandecía detrás de la curva. Un ruido grave se fue haciendo más y más agudo hasta que resultó perfectamente audible pese al rugido del agua.

Una bola de fuego hirviente lanzada desde el recodo estalló. Furiosas llamas amarillas y azules, que parecían llenar todo el túnel, giraban mientras volaban hacia las mujeres a increíble velocidad, ululando.

Era fuego líquido que hervía y devoraba todo lo que encontraba a su paso: fuego de hechicero.

Kahlan agarró a Nadine por el pelo.

—¡Contén las respiración! —le gritó y se zambulló arrastrando a Nadine con ella justo un segundo antes de que la rugiente y furiosa bola de fuego las alcanzara. El agua helada le causó tal impresión que a punto estuvo de jadear en ella.

Por debajo de las revueltas aguas era difícil distinguir qué era arriba y qué abajo. Kahlan abrió los ojos y vio el titilante infierno desatado por encima de sus cabezas. Nadine pugnaba por salir a la superficie. Kahlan encajó la mano izquierda por debajo de una piedra para mantenerse sumergida y, con el brazo bueno, impidió que Nadine emergiera. La muchacha, aterrorizada porque creía que iba a ahogarse, se resistía. El pánico también se adueñó de Kahlan.

Cuando todo se volvió negro y sentía los pulmones a punto de estallar por falta de aire, Kahlan se atrevió a sacar la cabeza del agua, tirando al mismo tiempo de Nadine. La muchacha tosía y jadeaba, medio ahogada. Largos mechones empapados les tapaban la cara.

Otra bola de fuego de hechicero voló hacia ellas, girando.

—¡Inspira profundamente! —gritó Kahlan.

Después de seguir su propio consejo, volvió a sumergirse, arrastrando a Nadine. Por los pelos. Kahlan sabía que, puesta a elegir, Nadine prefería morir abrasada por el fuego que ahogada, pero el agua era su única oportunidad. El fuego de hechicero lo consumía todo con mortífera determinación, imbuido por la voluntad del mago que lo había conjurado.

No podían seguir zambulléndose. El agua estaba tan helada que Kahlan tiritaba violentamente. Sabía que el agua helada podía matar a una persona. No podían permanecer en el agua; las mataría con tanta seguridad como el fuego de hechicero.

Era imposible acercarse a Jagang atravesando el fuego que lanzaba Marlin. Si querían llegar hasta él a tiempo, tan sólo les quedaba una opción: nadar por debajo del fuego. Bucear.

Kahlan reprimió el pánico de ahogarse, se aseguró de tener bien cogida a Nadine por la cintura y tomó impulso para alejarse de la piedra a la que hasta entonces se había agarrado como a un salvavidas.

La corriente gélida y furiosa las arrastró. Kahlan notó cómo daba tumbos por debajo del agua, arañándose y golpeando contra las piedras. Cuando su hombro chocó contra algo, estuvo a punto de gritar, pero la idea de quedarse sin aire instantáneamente la impulsó a ahogar el grito que le nacía de la garganta.

Desesperada por la falta de aire y desorientada por la oscuridad, supo que debía salir a la superficie. Seguía sujetando a Nadine con fuerza con el brazo bueno. Con la otra mano logró agarrar una piedra. Tenía que aguantar el peso de Nadine además del suyo propio, por lo que tuvo la sensación de que la impetuosa corriente iba a arrancarle el brazo de cuajo.

Al sacar la cabeza del agua, vio luz. A poco más de cinco metros por delante había una reja de piedra. La luz de última hora de la tarde entraba por las aberturas situadas por encima del agua.

Mientras tiraba de la cabeza de Nadine fuera del agua, le tapó la boca.

En una de las piedras de un lado, cerca de la rejilla de piedra, dándoles la espalda, vio a Marlin de pie.

Al menos media docena de astas rotas de flecha le sobresalían de la espalda. Por el modo como se tambaleaba al pasar a la piedra siguiente, era evidente que no le quedaban muchos minutos de vida.

El muñón del brazo izquierdo ya no le sangraba. Si al menos pudiera estar segura de que moriría antes de llegar al Alcázar. Evidentemente, Jagang impulsaba al herido hacia adelante sin piedad. Kahlan ignoraba de lo que era capaz Jagang; tal vez mientras tuviera control de la mente de Marlin podría mantenerlo vivo y hacer que siguiera adelante. A Jagang no le importaba la vida de su esbirro, y Kahlan sabía que permitiría que Marlin sufriera cualquier daño si con ello cumplía su voluntad.

El mago alzó una mano con los dedos extendidos hacia la rejilla de piedra. Kahlan se había criado viendo a magos; Marlin estaba conjurando aire. Una sección de la reja estalló hacia afuera, levantando una nube de polvo y fragmentos de piedra. Por la abertura causada por la explosión entró más luz.

Pero, debido a ésta, el canal de desagüe se había ensanchado, y el agua buscó la salida con más fuerza todavía. El brazo herido de Kahlan no pudo soportarlo, y se vio arrastrada por la corriente. No sólo se soltó de la piedra a la que se agarraba, sino que también soltó a Nadine.

Arrastrada por el torrente, buscaba desesperadamente un asidero en vano. Daba vueltas y se retorcía bajo el agua, tratando de agarrarse a lo que fuera con brazos o piernas. No había podido coger aire antes de que la corriente se la llevara, por lo que también tenía que luchar contra el terror producido por la absoluta necesidad de respirar.

Sus dedos lograron cogerse del borde de piedra afilada del agujero abierto por la explosión. El agua la succionaba hacia abajo y la comprimía con fuerza contra la parte inferior de la reja. Lo único que Kahlan podía hacer era mantener la cabeza y parte de un hombro fuera del agua. Tenía la impresión de que tragaba más agua que aire.

Alzó los ojos y se encontró con la sonrisa malvada de Jagang a escasos metros de ella.

La fuerza del agua que la golpeaba la aplastaba dolorosamente contra la verja rota. A Kahlan no le quedaban fuerzas para sobreponerse al tremendo embate del agua. Por mucho que se esforzara, no podría llegar a tocarlo; de hecho, apenas podía ni respirar.

Echó un vistazo por encima del hombro y lo que vio casi la dejó sin respiración, como si pudiera permitírselo. Se encontraban en el lado oriental del palacio, donde los cimientos eran más altos. El agua que atravesaba rugiendo la verja del desagüe caía en una cascada de al menos quince metros de altura para luego estrellarse contra las rocas del fondo.

Jagang se rió entre dientes.

—Vaya, vaya, preciosa, qué amable has sido al dejarte caer por aquí para ser testigo de mi huida.

—¿Adónde vas, Jagang? —preguntó Kahlan a duras penas.

—Bueno, he pensado que iría al Alcázar.

Kahlan dio una bocanada, pero en lugar de aire le entró agua. Tosió para expulsarla.

—¿Por qué quieres ir al Alcázar? ¿Qué buscas allí?

—Preciosa, te engañas a ti misma si crees que voy a revelarte nada que no quiera que sepas.

—¿Qué le has hecho a Cara?

Jagang sonrió, pero no dijo nada. Levantó la mano de Marlin, y una potente ráfaga de aire rompió más la verja por un lado.

La piedra a la que se aferraba Kahlan cedió. El borde roto le arañó la espalda. Kahlan buscó desesperadamente una pieza sólida y apenas se había agarrado con los dedos cuando fue expulsada del desagüe. Al mirar abajo lo que vio fueron las rocas por debajo de los cimientos. Por encima de ella el agua bramaba.

Movió los dedos sobre el borde de la afilada piedra luchando desesperadamente para impulsarse a peso hasta detrás de lo que quedaba de la verja. El terror le daba fuerzas, por lo que fue capaz de ponerse de nuevo en el lado interior de la rejilla, sin embargo no logró alejarse de allí. El agua se lo impedía.

—¿Tienes problemas, preciosa?

Kahlan quiso gritarle, pero únicamente podía jadear mientras luchaba por no ser arrastrada de nuevo por la abertura. Los brazos le ardían por el esfuerzo. No se le ocurría nada para detener a Jagang.

Entonces pensó en Richard.

Jagang levantó de nuevo la mano de Marlin con los dedos separados.

Nadine emergió de repente justo detrás de él. Con una mano se sujetaba en una piedra y en la otra sostenía la antorcha apagada. Tenía el aspecto de alguien que acaba de cruzar la línea de la locura mientras describía un amplio arco con el brazo y descargaba un tremendo porrazo contra la parte posterior de las rodillas del mago.

A Marlin se le doblaron las piernas y cayó al agua justo delante de Kahlan. Con una mano logró agarrarse a la verja rota y, al darse cuenta de lo que le esperaba fuera, trató frenéticamente de retroceder. Por lo que se veía, no había previsto que no hubiese manera de bajar desde el desagüe.

Nadine se aferraba a la piedra con todas sus fuerzas.

Kahlan retrasó el brazo herido, metió la mano izquierda en la abertura de la verja bajo el agua y cerró el puño para no soltarse.

Con la otra mano cogió a Marlin por la garganta.

—Vaya, vaya —dijo entre dientes—. Mira qué tenemos aquí. Pero si es el grande y todopoderoso emperador Jagang.

Él sonrió, mostrando los dientes rotos.

—En realidad, preciosa —replicó Jagang con su voz crispante e insolente—, a quien tienes es a Marlin.

Kahlan se le acercó a la cara.

—¿Eso crees? ¿Sabías que la magia de una Confesora es más rápida que los pensamientos? Eso explica que cuando tocamos a alguien esa persona no tiene ninguna oportunidad. Ninguna. Mi lealtad hacia Richard Rahl crea un vínculo mágico que impide a un Caminante de los Sueños el acceso a mi mente. Ahora la mente de Marlin es nuestro campo de batalla. ¿Crees que mi magia será más rápida que la tuya o al revés? ¿Qué opinas? ¿No temes que te lleve al mismo tiempo que a Marlin?

—¿Dos mentes a la vez? —se burló Jagang—. No lo creo, preciosa.

—Ya lo veremos. Quizá te tome a ti también. En ese caso, tanto la guerra como la Orden Imperial acabarían aquí y ahora.

—Oh, preciosa, eres una estúpida. El destino del hombre es librar al mundo de los grilletes de la magia. Aunque me matases aquí y ahora, lo que no conseguirás, no acabarías con la Orden. La Orden es más que un solo hombre, aunque ese hombre sea yo, porque representa la lucha del ser humano para heredar nuestro mundo.

—¿Realmente esperas que me crea que no haces esto por ti mismo?, ¿sólo para conseguir poder?

—De eso nada. Me encanta gobernar. Pero yo soy sólo el jinete que monta un caballo lanzado al galope. Os derribará a todos. No eres más que una estúpida que sigue una religión moribunda, la magia.

—Te recuerdo que esta estúpida te tiene agarrado por el cuello. A ti, al gran Jagang, que sostiene que lucha por el triunfo del ser humano y no obstante usa magia.

—De momento. Pero cuando la magia muera, yo seré quien tenga el coraje y la fuerza bruta para gobernar sin magia.

La furia se adueñó de Kahlan. Ése era el hombre que había ordenado la muerte de miles de inocentes. Ése era el carnicero de Ebinissia. Ése era quien pretendía esclavizar todo el mundo. Ése era el hombre que quería matar a Richard.

En la quietud de su mente, en el centro mismo de su poder, donde no existía ni el frío, ni el cansancio, ni el temor, Kahlan disponía de todo el tiempo del mundo. Jagang estaba perdido, por mucho que tratara de escapar; ya era suyo.

Kahlan hizo lo que había hecho una infinidad de veces en el pasado: derribar sus barreras. Por una fracción de tiempo imperceptible algo cambió. Surgió un muro de resistencia donde antes no había nada.

Como el acero caliente que corta el vidrio, su poder de Confesora lo atravesó.

En la mente de Marlin estalló la magia.

Hubo un trueno silencioso.

Por efecto del impacto, cayeron del techo esquirlas de piedra, y gotitas de agua danzaron. Pese a la fuerza de la corriente, alrededor de ambos se formó un anillo de ondas concéntricas que impulsaban un muro de bruma y polvo.

Nadine, aferrada a la piedra, gritó de dolor, pues estaba muy cerca cuando Kahlan liberó su poder.

La boca de Marlin se aflojó. Cuando una Confesora destruía la mente de alguien, esa persona se convertía en un recipiente vacío a la espera de sus órdenes.

Marlin no se rindió.

La sangre brotó de su nariz y orejas. La cabeza se le inclinó a un lado en el impetuoso torrente. Sus ojos sin vida miraban fijamente.

Cuando la mano de Marlin soltó la reja, Kahlan retiró la mano de su cuello, y el agua lo arrastró. El cuerpo de Marlin cayó a través de la verja de piedra rota y se estrelló contra las rocas del fondo.

Kahlan lo sabía; casi había tenido a Jagang, pero había fallado. Los pensamientos del emperador y su habilidad como Caminante de los Sueños habían sido demasiado rápidos para su magia de Confesora.

—¡Cógete de mi mano! —le gritó Nadine, estirándose hacia ella—. ¡No aguantaré mucho!

Kahlan se agarró de sus muñecas. Las Confesoras quedaban agotadas tras usar su poder. Pese a ser la Madre Confesora y tal vez la Confesora más fuerte jamás nacida, también Kahlan necesitaba varias horas antes de ser capaz de usar su poder de nuevo y, aún más, antes de recuperar las fuerzas por completo. Era incapaz de seguir luchando contra el torrente en ese estado de agotamiento. Si Nadine no la hubiese sujetado, también ella habría caído por el borde.

Con la ayuda de Nadine logró volver a las piedras. Ambas se subieron encima de éstas a duras penas, temblando de frío.

Nadine se echó a llorar, muy afectada por el terror vivido y por el hecho de haber estado ambas a punto de perecer. Kahlan también habría derramado algunas lágrimas, pero el mismo cansancio se lo impedía. No obstante, sabía cómo se sentía Nadine.

—Cuando usaste tu poder no lo estaba tocando, pero creí que todas las articulaciones se me habían desencajado de golpe. No me... hizo nada malo, ¿verdad? Nada mágico, me refiero. ¿Voy a morir yo también?

—No, estás perfectamente —le aseguró Kahlan—. Simplemente notas el dolor porque estabas demasiado cerca. Eso es todo. Si lo hubieras estado tocando, sería inconcebiblemente peor. Te habría destruido.

Nadine asintió en muda réplica. Kahlan le pasó un brazo por encima y le susurró su agradecimiento al oído. La muchacha sonrió y trató de contener el llanto.

—Tenemos que regresar junto a Cara —dijo Kahlan—. Debemos darnos prisa.

—¿Cómo? No tenemos antorcha. Por delante no hay salida, y por detrás está oscuro como boca de lobo. No quiero volver a la oscuridad. Tenemos que esperar hasta que los soldados vengan con antorchas para iluminarnos.

—No hay nada imposible —repuso Kahlan en tono cansado—. Hemos doblado siempre a la derecha, así que únicamente tenemos que pegarnos a la pared izquierda y seguirla para volver por donde hemos venido.

Nadine estiró bruscamente un brazo y señaló hacia la oscuridad.

—Tal vez eso funcione en los pasillos, pero cuando nos metimos en este túnel de desagüe, cruzamos al otro lado. No hay piedras sobre las que avanzar en el lado contrario. Nunca encontraremos la salida.

—El agua que corría con fuerza por encima de la piedra situada en el centro del túnel sonaba de un modo distinto. ¿No te fijaste? Yo me acuerdo. —Kahlan cogió la mano de Nadine para darle ánimos—. Debemos intentarlo. Cara necesita ayuda.

Nadine se quedó mirándola sin decir nada y con inquietud durante un momento.

—De acuerdo —dijo—, pero espera un segundo. —Rompió una tira del desgarrado dobladillo del vestido de Kahlan y con ella le vendó la parte superior del brazo, cerrando la herida lo mejor que pudo. Kahlan acusó el dolor cuando Nadine apretó el nudo.

»Vamos —dijo Nadine—. Pero ve con cuidado hasta que no suture la herida y te ponga una cataplasma.

12

Regresaron por el túnel de desagüe con lentitud exasperante. Pese a tener que avanzar a ciegas, palpando a tientas la piedra fría y viscosa, con el agua corriéndoles entre los tobillos y el miedo constante de caer en el furioso torrente que no veían pero oían, ya no tenían que temer que Marlin apareciera de súbito para agarrarlas por una pierna y arrastrarlas con él. Cuando Kahlan percibió un cambio en el sonido del agua y cómo resonaba en el corredor, cogió a Nadine de la mano y buscó con un pie hasta localizar la piedra que permitía cruzar el canal.

Habían recorrido ya medio camino por el oscuro laberinto de túneles y corredores cuando los soldados las encontraron y las guiaron con antorchas. Aturdida y entumecida, Kahlan siguió las trémulas llamas de las antorchas a medida que se zambullían cada vez más profundamente en el negro vacío que se abría ante ellos. Le costaba verdaderos esfuerzos poner un pie delante del otro. Kahlan no deseaba nada más que tumbarse, aunque fuera en la fría y húmeda piedra.

Fuera del pozo, los pasillos estaban invadidos por centenares de adustos soldados. Los arqueros habían colocado flechas en los arcos, y se alzaban prestas lanzas, espadas y hachas. Otras armas permanecían incrustadas en la piedra desde la lucha con Marlin. Kahlan suponía que solamente podrían ser arrancadas con magia. Los muertos y heridos se habían retirado, aunque las manchas de sangre recordaban dónde habían caído.

Ya no se oían gritos provenientes del pozo.

Kahlan reconoció al capitán Harris por haberlo visto en el Salón de los Peticionarios ese mismo día.

—¿Ha bajado alguien a ayudarla, capitán?

—No, Madre Confesora.

Harris ni siquiera tenía la decencia de mostrarse avergonzado por eso. Los d'haranianos temían la magia y no se sentían menos orgullosos de sí mismos por admitirlo. Lord Rahl era la magia contra la magia, mientras que ellos eran el acero contra el acero. Era tan simple como eso.

Kahlan fue incapaz de echar una reprimenda a los guardias por haber dejado a Cara sola. Habían demostrado su valor en la lucha con Marlin. Muchos de ellos habían perdido la vida o habían resultado heridos de gravedad. Bajar al pozo era algo muy distinto que enfrentarse a cualquier cosa que saliera de él; en su esquema mental, defenderse de la magia era muy distinto que buscarse voluntariamente problemas con ella.

Los soldados d'haranianos luchaban hasta la muerte cumpliendo su parte del trato —ser el acero contra el acero— y esperaban que lord Rahl cumpliera su parte, que era ocuparse de los asuntos de magia.

Kahlan leyó el miedo en todos esos ojos expectantes.

—El asesino, el hombre que escapó del pozo, está muerto. Todo ha acabado.

El pasillo se llenó de débiles suspiros de alivio, pero, a juzgar por la expresión de ansiedad que se pintaba en la cara del capitán, Kahlan supo que debía de presentar un aspecto deplorable.

—Creo que deberíamos ir a buscar a alguien que os atienda, Madre Confesora.

—Más tarde. —Kahlan se dirigió a la escalera de mano, seguida por Nadine—. ¿Cuánto tiempo lleva en silencio, capitán?

—Una hora, más o menos.

—Aproximadamente cuando Marlin murió. Venid con nosotras y traed a dos o tres hombres para sacar a Cara del pozo.

Cara yacía en el extremo más alejado, cerca del muro, donde Kahlan la había visto por última vez. Se arrodilló a un lado de ella y Nadine al otro. Los soldados sostenían las antorchas para iluminarlas.

La mord-sith sufría convulsiones. Tenía los ojos cerrados y ya no gritaba, pero se agitaba violentamente, golpeando el suelo de piedra con brazos y piernas.

Se estaba ahogando en su propio vómito.

Kahlan la agarró por el hombro cubierto de cuero rojo y bruscamente la puso de lado.

—¡Ábrele la boca!

Nadine se inclinó sobre Cara desde atrás y le presionó con los dedos la parte posterior de la mandíbula, forzándola a desplazarse adelante. Con la otra mano le sujetó la barbilla hacia abajo para mantenerle la boca abierta. Kahlan pasó varias veces dos dedos por la boca de la mord-sith hasta despejar las vías respiratorias.

—¡Respira! —gritó Kahlan—. ¡Respira, Cara, respira!

Nadine le fue dando palmadas en la espalda hasta que Cara emitió una tos gorgoteante que finalmente comenzó a parecerse en algo a un jadeo. Al menos respiraba.

Pese a ello, las convulsiones no cesaron. Kahlan se sentía impotente.

—Será mejor que vaya a por mis cosas —dijo Nadine.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Sufre algún tipo de paroxismo. No soy ninguna experta, pero creo que es preciso que le pongamos fin. Tal vez lo consiga con una cosa que guardo en la bolsa.

—Vosotros dos, acompañadla. Mostradle el camino y dejad una antorcha.

Nadine y los dos soldados subieron la escalera a toda prisa, después de que uno de ellos plantó una antorcha en un soporte de la pared.

—Madre Confesora, hace muy poco un raug'moss se ha presentado en el Salón de los Peticionarios —declaró el capitán Harris.

—¿Un qué?

—Un raug'moss. De D'Hara.

—No sé mucho sobre D'Hara. ¿Quiénes son?

—Una secta secreta. Tampoco yo sé mucho de ellos. Los raug'moss prefieren no mezclarse con el resto de la gente y pocas veces se les ve...

—Id al grano. ¿Qué está haciendo aquí?

—Se trata del mismísimo sumo sacerdote de los raug'moss. Los raug'moss son sanadores. Dice que sintió que un nuevo lord Rahl se había convertido en el amo de D'Hara y ha venido a ofrecer sus servicios a su nuevo señor.

—¿Un sanador? Bueno, no se quede ahí... Vaya a buscarlo. Tal vez sea de ayuda. Daos prisa, capitán.

El capitán Harris saludó llevándose un puño al corazón antes de correr hacia la escalera.

Kahlan colocó la cabeza y los hombros de Cara en su regazo y la abrazó para tratar de calmar las convulsiones. No se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Sabía mucho sobre cómo herir a una persona, pero apenas nada sobre cómo curarla. Estaba harta de hacer daño a sus semejantes. Ojalá supiera más sobre cómo ayudarlos. Como Nadine.

—Aguanta, Cara —susurró acunando a la mujer, que se agitaba—. Ya viene ayuda. Aguanta.

Su mirada se vio atraída hacia la parte superior de la pared de enfrente, hacia las palabras grabadas en la piedra. Igual que todas las Confesoras, conocía casi todas las lenguas que se hablaban en la Tierra Central, pero no tenía ni idea de d'haraniano culto. El d'haraniano culto era una lengua muerta que muy pocas personas conocían ya.

Richard la estaba aprendiendo. Él y Berdine traducían conjuntamente el diario que habían hallado en el Alcázar —el Diario de Kolo, lo llamaban ellos—, escrito en d'haraniano culto durante la gran guerra, tres mil años atrás. Richard podría traducir la predicción grabada en la pared.

No obstante, Kahlan deseó que no pudiera. No quería saber qué decía. Las profecías siempre eran una fuente de problemas.

Se resistía a creer que Jagang había desatado contra ellos algún tipo de plaga enconada y desconocida para atormentarlos, aunque no se le ocurría ninguna buena razón para dudarlo.

Puso la mejilla contra la parte superior de la cabeza de Cara y cerró los ojos. No quería ver la profecía. Ojalá que desapareciera.

Sintió cómo le caían las lágrimas. No quería que Cara muriera. No sabía por qué experimentaba unos sentimientos tan profundos hacia esa mujer si no era porque a nadie más le importaba lo que pudiera ocurrirle. Los soldados ni siquiera habían bajado al pozo para averiguar por qué había dejado de gritar. Podría haber muerto ahogada en su propio vómito. Algo tan simple como eso, y no la magia, podría haberla matado, porque los soldados tenían miedo o, tal vez, porque a nadie le importaba si moría.

—Aguanta, Cara. A mí sí me importas. —Con una mano apartaba el pelo de la mord-sith de su pegajosa frente—. A mí me importas. Queremos que vivas.

Cara aún se agitaba. Kahlan la estrechó entre sus brazos como si tratara de transmitirle esas palabras y su preocupación. Se le ocurrió que Cara y ella no eran en el fondo tan distintas: a ambas las habían entrenado para hacer daño.

En último término, ella era igual que la mord-sith, pues usaba su poder para destruir la mente de otra persona. Sabía que lo hacía para salvar a otros, no obstante, el hecho era que hacía daño a un semejante. Las mord-sith también hacían daño a sus semejantes, aunque en su caso era para ayudar a su señor, preservar su vida y, con ello, salvar vidas de los habitantes de D'Hara.

Queridos espíritus, ¿acaso ella no era más que esa mord-sith a la que estaba tratando de arrancar de las garras de la locura?

Mientras abrazaba a Cara, sentía cómo el agiel que le colgaba del cuello presionaba contra su pecho. ¿Acaso era una hermana del agiel en más de un solo aspecto?

Si Nadine hubiese muerto al principio, ¿le habría importado? Nadine dedicaba su vida a ayudar a sus semejantes, no a hacerles daño. No era de extrañar que Richard se hubiese sentido atraído por ella.

Se secó las lágrimas cada vez más abundantes.

El hombro le dolía. En realidad, todo el cuerpo le dolía. Quería que Richard la abrazara. Sabía que se enfadaría, pero en esos momentos lo necesitaba más que a nada. El hombro le dolía de sujetar a la temblorosa mujer en su regazo, pero no pensaba soltarla.

—Aguanta, Cari. No estás sola, yo estoy contigo. No te dejaré. Te lo prometo.

—¿Está mejor? —preguntó Nadine mientras bajaba a toda prisa la escalera.

—No. Sigue inconsciente y con las convulsiones, como antes.

Mientras se arrodillaba, Nadine dejó la bolsa en el suelo junto a Kahlan. Los objetos que contenía chocaron entre sí con sonidos ahogados.

—Dije a los soldados que esperaran arriba. No podemos moverla hasta que esté en condiciones de salir de aquí. No harían más que estorbar.

Nadine comenzó a sacar cosas de la bolsa: paquetitos de tela doblada, bolsitas de piel con marcas grabadas y recipientes de cuerno tapados y marcados con símbolos. Examinó las marcas brevemente antes de ir descartándolos uno a uno.

—Caulófilo —murmuró para sí leyendo con ojos entrecerrados las crípticas marcas de una de las bolsitas de piel—. No, creo que no funcionaría, y tendría que beber tazas y más tazas. —Sacó varias bolsitas más de piel antes de detenerse a examinar otra—. Pie de gato; podría irle bien, pero tendríamos que conseguir de un modo u otro que lo fumara. —Lanzó un suspiro de irritación—. No, imposible. Artemisa —masculló, mientras examinaba un cuerno que finalmente también descartó—. ¿Matricaria? —Colocó ese cuerno en la húmeda cinta de su vestido en el regazo—. Sí, betónica también podría servir —dijo mientras lo examinaba. Lo dejó en el regazo.

Kahlan cogió uno de los cuernos que Nadine había separado y lo destapó. El fuerte olor a anís la echó para atrás. Volvió a taparlo y lo dejó.

A continuación cogió otro. En la pátina del cuerno se habían grabado dos profundos círculos. Una línea horizontal los cortaba. Kahlan comenzó a tirar del tapón de madera cuidadosamente tallado para sacarlo.

—¡No! —exclamó Nadine, mientras que de un manotazo hacía caer el cuerno de las manos de Kahlan.

Ésta alzó la vista, sorprendida.

—Lo siento. No pretendía husmear en tus cosas. Yo sólo...

—No es eso. —Nadine cogió el recipiente con los dos círculos atravesados por una línea y lo sostuvo en alto—. Contiene pimienta canín en polvo. Si no se va con mucho cuidado al abrirlo, podría caerte en las manos o, peor aún, en la cara. Es una sustancia muy potente que inmoviliza a la persona por un tiempo. Si lo hubieras abierto sin la debida atención, ahora podrías estar en el suelo, ciega, luchando por respirar, convencida de que estabas a punto de morir.

»Pensé en usarlo con Cara para paralizarla y calmar así las convulsiones, pero he decidido que es mejor no hacerlo. La pimienta canín inmoviliza a la persona interfiriendo en la respiración. La sensación es de que te quema los ojos; te deja ciego. Sientes cómo la nariz te arde, estás seguro de que el corazón te va a reventar y te falta la respiración. Quedas indefenso. Y si tratas de lavártelo, sólo logras empeorar las cosas, porque el polvo es aceitoso y se extiende aún más.

»No causa ningún daño real, y los efectos pasan muy de prisa. Pero hasta entonces, quedas completamente indefenso y fuera de juego. No creo que inmovilizar a Cara de ese modo sea buena idea, pues ahora ya le cuesta respirar. Tal como está, podría agravar su estado en vez de ayudarla.

—¿Sabes qué hacer para ayudarla? Lo sabes, ¿verdad? —preguntó Kahlan tratando de que su voz no sonara crítica.

La mano de Nadine no llegó a rozar su bolsa.

—Bueno, yo... creo que sí. No estoy del todo segura, porque no es un problema habitual, pero he oído hablar de ello. Mi padre lo ha mencionado de pasada.

Estas palabras no tranquilizaron a Kahlan. Nadine encontró una pequeña ampolla en la bolsa y la alzó para observarla a la luz de la antorcha. Entonces sacó el corcho, tapó la abertura con un dedo y dio la vuelta a la botella.

—Sostenle la cabeza hacia arriba.

—¿Qué es eso? —quiso saber Kahlan, mientras le daba la vuelta a Cara. Nadine frotó las sienes de la mord-sith con esa sustancia.

—Aceite de lavanda. Va bien para los dolores de cabeza.

—Creo que Cara tiene más que un simple dolor de cabeza.

—Lo sé, pero hasta que no encuentre otra cosa, le aliviará el dolor, y eso ayudará a calmarla. Creo que no tengo ninguna sustancia que por sí sola funcione. Tendré que combinar varias.

»El problema es que, con las convulsiones, es imposible hacerle beber infusiones ni decocciones. La agripalma y la tila poseen propiedades tranquilizantes, pero tendría que beber toda una taza. El marrubio negro detiene el vómito, pero tendría que beber cinco tazas al día. Y es imposible que se beba la primera hasta que calmemos las convulsiones. Tal vez podríamos conseguir que se tragara un poco de matricaria. No obstante, hay algo que...

El largo y húmedo pelo de Nadine le enmarcó el rostro mientras rebuscaba en la bolsa. Al levantar la cabeza, sostenía otra pequeña ampolla, de color marrón.

—¡Sí! No recordaba si la había traído.

—¿Qué es?

—Tintura de pasiflora. Es un fuerte sedante y también un analgésico para el dolor. He oído a mi padre decir que calma a personas que sufren tembleques nerviosos. Creo que debía de referirse a convulsiones. Como es una tintura, podemos ponerle un poco en la parte de atrás de la lengua; de ese modo la tragará.

Cara se estremecía violentamente en los brazos de Kahlan. Ésta la estrechó con más fuerza hasta que Cara se calmó un poco. No estaba segura de si le gustaba la idea de confiar en las meras suposiciones de Nadine, pero no había otra opción. Debían hacer algo.

Nadine trataba de retirar con la uña el sello de cera de la pequeña botella marrón cuando el rayo de luz que entraba por la puerta, arriba, se oscureció. Nadine se quedó quieta.

Una figura inmóvil se recortó en el umbral. Parecía que las observaba detenidamente. Luego, sin un revoloteo siquiera de la larga capa que llevaba, se dio media vuelta y comenzó a bajar por la escalera de mano.

En el silencio sólo roto por el chisporroteo de la antorcha, Kahlan acariciaba sin darse cuenta la frente de Cara en un gesto protector mientras observaba al hombre ataviado con capa y la capucha echada sobre la cabeza bajar al pozo.

13

Nadine se olvidó del sello de cera.

—¿Quién...?

—Es una especie de sanador —le susurró Kahlan sin dejar de observar el metódico descenso del desconocido—. Es de D'Hara. Según parece, ha venido a ofrecer sus servicios a Richard. Creo que es alguien importante.

Nadine gruñó desdeñosamente.

—¿Qué va a hacer sin hierbas medicinales ni nada de nada? —Se inclinó hacia adelante mientras lo observaba—. No veo que lleve nada con él.

Kahlan le impuso silencio. El hombre se volvió haciendo crujir bajo sus botas el polvo de la piedra. El sonido reverberó en el silencio del pozo. Luego se aproximó con pasos mesurados. La antorcha colgaba de la pared detrás de él, por lo que Kahlan no podía distinguir las facciones que ocultaba bajo la profunda capucha de la voluminosa capa de lino basto que le llegaba hasta el suelo.

Era tan alto como Richard e igualmente ancho de hombros.

—Mord-sith —dijo con una voz suave y autoritaria, muy semejante a la de Richard.

Se sacó una mano de la capa e hizo un gesto. Kahlan obedeció y depositó a Cara sobre la espalda en el suelo de piedra. Por cómo parecía estudiar a la mord-sith, que se agitaba, Kahlan decidió que no era el momento de presentaciones. Tan sólo quería que alguien ayudara a Cara.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó el desconocido con voz tan profunda y oscura como la capucha bajo la cual ocultaba el rostro.

—Controlaba a un hombre que...

—¿Tenía el don? ¿Estaba unida a él?

—Sí. Así lo llamaba ella. —El desconocido emitió un sonido gutural como si mentalmente estuviera asimilando esa información—. Al final resultó que ese hombre estaba poseído por un Caminante de los Sueños y...

—¿Qué es un Caminante de los Sueños?

—Pues, por lo que sé, es alguien capaz de invadir la mente de otra persona colándose en los espacios que quedan entre los pensamientos. De ese modo controla a la persona. Sin que nosotras lo supiéramos, había invadido al hombre con el que Cara estaba unida.

El desconocido se quedó pensativo.

—Comprendo —dijo al fin—. Prosigue.

—Bajamos para interrogarlo y...

—Torturarlo.

—No —reaccionó Kahlan con irritación—. Le dije a Cara que simplemente lo interrogaríamos para obtener respuestas, si es que podíamos. Ese hombre era un asesino enviado para matar a lord Rahl y si se negaba a contestar, Cara iba a hacer lo necesario para obligarlo. Se trataba de proteger a lord Rahl.

»Pero ni siquiera tuvimos oportunidad. Descubrimos que el Caminante de los Sueños controlaba su don. El Caminante de los Sueños utilizó la magia del prisionero para escribir una profecía en la piedra, detrás de ti.

El sanador no se volvió para mirar.

—¿Y luego qué?

—Iba a escapar y comenzar a matar a gente. Cara trató de detenerlo...

—¿Mediante el vínculo que los unía?

—Sí. Entonces soltó un chillido como jamás había oído en toda mi vida y se desplomó apretándose los oídos. —Kahlan inclinó la cabeza—. Nadine, aquí presente, y yo lo perseguimos en su huida. Por suerte murió. Cuando regresamos, encontramos a Cara en el suelo y con convulsiones.

—No deberías haberla dejado sola. Podría haberse ahogado en su propio vómito.

Kahlan apretó los labios y no dijo nada. El hombre simplemente se quedó allí, contemplando cómo Cara se estremecía. Finalmente Kahlan no pudo soportarlo más.

—Es una de las guardaespaldas de lord Rahl. Es alguien importante. ¿Vas a ayudarla o piensas quedarte ahí de pie?

—Silencio —ordenó el sanador en tono distraído—. Es preciso observar antes de actuar, o puede hacerse más mal que bien.

Kahlan fulminó con la mirada a la figura en sombras. Finalmente, el hombre se arrodilló y se sentó sobre los talones. Con una de sus grandes manos levantó la muñeca de Cara e introdujo un dedo entre el guante y la manga, mientras que con la otra mano señalaba los objetos desparramados por el suelo.

—¿Qué es todo esto?

—Son mis cosas —respondió Nadine en tono altivo—. Soy una sanadora.

Sin soltar la muñeca de Cara, el hombre cogió con la otra mano una bolsita de piel y examinó las marcas. Luego la dejó y cogió los dos cuernos del regazo de Nadine.

—Matricaria —declaró, lanzándolo de nuevo al regazo de la joven. Entonces miró las marcas del otro cuerno—. Betónica —dijo, y lo arrojó también al regazo de Nadine—. Tú no eres ninguna sanadora, sino una yerbatera.

—¿Cómo te atreves a...?

—¿Le has dado alguna de tus medicinas además de aceite de lavanda?

—¿Cómo...? No he tenido tiempo de darle nada más.

—Magnífico —proclamó—. El aceite de lavanda no la ayudará, pero al menos tampoco la perjudicará.

—Sé perfectamente que no calmará las convulsiones. Justo ahora iba a tratar de aliviarle el dolor con tintura de pasiflora.

—¿De veras? Pues es una suerte que haya llegado a tiempo.

Nadine cruzó los brazos sobre los senos.

—¿Y eso por qué?

—Porque, con toda probabilidad, la tintura de pasiflora la habría matado.

La muchacha, con el entrecejo fruncido, descruzó los brazos y los puso en jarras.

—La pasiflora es un potente sedante. Probablemente habría detenido las convulsiones. De no ser por tu interferencia, seguramente ahora ya estaría mejor.

—¿Eso crees? ¿Le has tomado el pulso?

—No. —Nadine hizo una pausa, cautelosa—. ¿Para qué? ¿Qué diferencia puede haber?

—Tiene un pulso débil, entrecortado y dificultoso. Esta mujer está luchando con todas sus fuerzas para que el corazón le siga latiendo. La pasiflora hubiera hecho justo lo que tú dices: sedarla. El corazón se le habría parado.

—Yo... no entiendo cómo...

—Incluso una simple yerbatera debería ser más cautelosa cuando trata con magia.

—Magia. —Nadine se desinfló—. Yo soy de la Tierra Occidental y nunca he tenido nada que ver con la magia. No sabía que la magia podía alterar los efectos de las hierbas medicinales. Lo siento.

El hombre no hizo caso de la disculpa y ordenó:

—Desabrocha los botones y descubre la parte superior del cuerpo.

—¿Por qué? —quiso saber Nadine.

—¡Hazlo! ¿O acaso prefieres verla morir? No resistirá mucho más.

Nadine se inclinó hacia adelante y comenzó a desabrochar la tira de pequeños botones de piel que discurrían junto a las costillas de la mord-sith. Cuando acabó, el hombre le indicó con un gesto que abriera la prenda. Nadine alzó la vista hacia Kahlan y, obedeciendo a un gesto de asentimiento de la Confesora, retiró el flexible cuero, desnudando el pecho de Cara.

—¿Puedo preguntar cómo te llamas? —dijo Kahlan.

—Drefan. —En vez de preguntarle a ella cómo se llamaba, colocó una oreja en el centro del pecho de Cara y escuchó.

A continuación se fue desplazando, obligando a Kahlan a apartarse a toda prisa, hasta llegar a la cabeza de Cara. Examinó brevemente la sangrante herida que presentaba por encima de la oreja izquierda, pareció que no la consideraba de gravedad y comenzó a palpar sistemáticamente la base del cuello.

Kahlan solamente podía ver un lado de la honda capucha del hombre y nada de su rostro. De todos modos, la única antorcha apenas iluminaba.

Drefan se inclinó hacia adelante y agarró los pechos de Cara con sus grandes manos.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Kahlan, poniéndose tensa.

—Examinarla.

—¿Es así como lo llamas?

Drefan se sentó sobre los talones.

—Le estoy palpando los pechos.

—¿Para qué?

—Para ver qué averiguo.

Finalmente Kahlan apartó la mirada de la sombra de la capucha y, en lugar de cogerle los pechos como él había hecho, tocó con el dorso de los dedos un lado del seno izquierdo de Cara. Estaba caliente; ardía por la fiebre. Tocó el otro y descubrió que estaba helado.

A un gesto de Drefan, Nadine los imitó.

—¿Qué significa esto? —se interesó.

—Prefiero reservarme la opinión hasta que no haya concluido el examen, pero no es un buen signo.

El sanador puso los dedos en un lado del cuello de la mord-sith para buscarle de nuevo el pulso. A continuación le pasó los pulgares a lo largo de la frente hacia las sienes, se inclinó y acercó su oreja a las dos orejas de Cara, una después de la otra. También le olió el aliento. Le levantó la cabeza con mucho cuidado y se la giró. Le extendió los brazos a ambos lados, retiró más la prenda de cuero rojo hasta que el torso de Cara quedó por completo al descubierto, se inclinó sobre ella y le palpó el estómago por encima y por debajo de las costillas.

Con la cabeza inclinada en profunda reflexión, rozó con los dedos primero la parte frontal de los hombros de Cara, luego el cuello a ambos lados, la base del cráneo, las sienes, varios puntos en las costillas y, finalmente, las palmas de las manos.

Kahlan comenzaba a impacientarse. Veía cómo la manoseaba y presionaba por todas partes, pero de curar nada de nada.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tiene el aura gravemente enmarañada —contestó Drefan, mientras que descaradamente introducía una de sus manazas por debajo del cuero rojo a la altura de la cintura de Cara.

Sin dar crédito a sus ojos, Kahlan contempló cómo la mano del hombre se deslizaba hasta la entrepierna de la mord-sith. Bajo la ceñida prenda de cuero podía ver los dedos masculinos que se introducían en el sexo de Cara.

Con toda la fuerza de la que era capaz golpeó al hombre en un nervio de un lado del brazo.

El dolor lo obligó a retroceder, cayó de lado sobre su propia cadera, gruñendo y presionándose la parte superior del brazo, donde había recibido el golpe.

—¡Te dije que es alguien importante! ¡Cómo te atreves a manosearla de ese modo! ¡No pienso permitirlo! ¿Entendido?

—No la estaba manoseando —gruñó Drefan.

—¿Pues cómo lo llamas tú? —preguntó ella, aún indignada.

—Trataba de averiguar qué le ha hecho ese Caminante de los Sueños. Ha perturbado gravemente sus auras, los flujos de energía, lo que ha afectado al control de la mente sobre su cuerpo.

»Lo que sufre no son convulsiones, sino contracciones musculares incontroladas. Comprobaba que el Caminante no hubiese afectado la parte del cerebro que controla la excitación. Quería asegurarme de que no la había puesto en un estado de orgasmo continuo. Es preciso que averigüe hasta qué punto ha interferido en los mecanismos de bloqueo y desencadenamiento para saber cómo invertirlo.

Nadine se inclinó hacia adelante con los ojos muy abiertos.

—¿La magia es capaz de hacer algo así? ¿Es capaz de que alguien tenga... continuos...?

Drefan asintió mientras extendía el brazo dolorido.

—Sí, si sabe lo que se lleva entre manos.

—¿Tú eres capaz de hacerlo? —preguntó Nadine en un susurro.

—No. Yo no poseo el don ni ninguna otra forma de magia, pero sé cómo curar... siempre que el daño no sea demasiado grave. —La capucha se volvió hacia Kahlan—. ¿Continúo o prefieres que ella muera?

—Continúa, pero si vuelves a tocarla ahí, serás un sanador manco.

—Ya he averiguado lo que quería saber.

Nadine volvió a inclinarse hacia adelante.

—¿Entonces... está...?

—No. Quítale las botas —ordenó con un gesto impaciente.

Nadine obedeció. El sanador se volvió ligeramente en dirección a Kahlan, como si la escudriñara desde el fondo de la capucha—. ¿Me has golpeado deliberadamente en ese nervio del brazo o fue pura suerte?

Kahlan miró fijamente la sombra, tratando de verle los ojos. Fue imposible.

—He sido entrenada para ello: defenderme a mí y a los demás.

—Estoy impresionado. Con tus conocimientos de los nervios, podrías aprender a curar en vez de herir. Presiona el tercer eje anterior del meridiano del dorso —dijo a Nadine.

La interpelada hizo una mueca.

—¿Cómo dices?

Drefan señaló con una mano.

—Entre el tendón que discurre por la parte posterior del tobillo y el hueso que sobresale a los lados. Aprieta ahí con el pulgar y otro dedo. En ambos tobillos.

Mientras Nadine seguía las instrucciones, Drefan presionó detrás de las orejas de Cara con los meñiques al mismo tiempo que con los pulgares le apretaba la parte superior de los hombros.

—Más fuerte, mujer —ordenó. Puso ambas palmas, una encima de la otra, sobre el esternón de la mord-sith y murmuró—: Segundo meridiano.

—¿Qué?

—Mueve un dedo hacia abajo y repite. En ambos tobillos. —El hombre fue desplazando los dedos sobre el cráneo de Cara, muy concentrado en lo que hacía—. Muy bien. Primer meridiano.

—¿Otro dedo hacia abajo? —preguntó Nadine.

—Sí, sí, de prisa.

Drefan cogió entre el pulgar y el índice los codos de Cara y se los alzó unos centímetros. Finalmente, se sentó sobre los talones y lanzó un suspiro.

—Asombroso —murmuró para sí—. Esto no es nada bueno.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Kahlan—. ¿Estás diciendo que no puedes ayudarla?

Drefan agitó una mano para rehuir la pregunta, como si estuviera demasiado afectado para contestar.

—Respóndeme —insistió Kahlan.

—Si quisiera que me molestaras, mujer —replicó el sanador, poniendo énfasis en la palabra «mujer»—, te lo pediría.

Nadine se inclinó hacia él con la cabeza ladeada.

—¿Tienes idea de con quién estás hablando? —Señaló a Kahlan con el mentón.

Drefan palpaba los lóbulos de las orejas de Cara.

—Por su aspecto, diría que con una fregona que trabaja en palacio. Y le conviene darse un baño.

—Acabo de darme un baño —dijo Kahlan en voz muy baja.

—Te aconsejo que le muestres más respeto, señor curandero —dijo Nadine, bajando la voz para darle trascendencia—. Ella es la dueña de este palacio. Todo le pertenece. Es la Madre Confesora en persona.

Drefan pasó un dedo por la cara interior del brazo de Cara.

—No me digas. Bueno, pues me alegro por ella. Ahora callaos las dos.

—También es la prometida del mismísimo lord Rahl.

Drefan se quedó muy quieto, con todo el cuerpo tenso.

—Y puesto que lord Rahl es el amo de D'Hara y tú eres de D'Hara —prosiguió Nadine—, supongo que eso lo convierte en tu jefe. En tu lugar, yo mostraría más respeto hacia la futura esposa de lord Rahl. A él no le gusta la falta de respeto hacia las mujeres. Le he visto arrancar de un golpe los dientes a unos tipos por no ser respetuosos.

Drefan no movió ni un solo músculo.

Kahlan se dijo que Nadine lo había expresado de un modo muy grosero, aunque no podría haber sido más efectiva.

—Y eso no es todo —añadió la joven—. Ha sido ella quien ha matado al asesino. Con magia.

Finalmente Drefan carraspeó.

—Os pido perdón, milady...

—Madre Confesora —lo corrigió Kahlan.

—Os suplico humildemente perdón... Madre Confesora. No tenía ni idea. No era mi intención...

Kahlan lo interrumpió.

—Lo entiendo. Estabas más preocupado por curar a Cara que por las formalidades. Yo también. ¿Puedes ayudarla?

—Sí.

—Entonces, continúa, te lo ruego.

Inmediatamente volvió su atención hacia Cara. Kahlan contempló con expresión ceñuda cómo las manos del sanador trazaban dibujos sobre la mujer tumbada boca arriba, casi rozándola pero sin llegar a tocarla. De vez en cuando, las manos se detenían, y los dedos temblaban por el esfuerzo de la invisible tarea.

Nadine, situada a los pies de Cara, se cruzó nuevamente de brazos.

—¿A eso lo llamas curar? —espetó—. Yo lo habría hecho mejor con mis hierbas, sin tantas estupideces y mucho más rápidamente también.

Drefan alzó la mirada.

—¿Estupideces? ¿Eso crees que estoy haciendo?, ¿una tontería? ¿Tienes la menor idea de con qué estamos tratando, muchacha?

—Un paroxismo. Es preciso ponerle fin, no mirar y rezar.

El hombre se apoyó sobre las rodillas.

—Soy el sumo sacerdote de los raug'moss. No suelo rezar para lograr curaciones. —Nadine resopló con desdén y él asintió como si hubiese decidido algo—. ¿Quieres ver con qué estamos tratando? ¿Quieres una prueba que tus simples ojos de ignorante puedan comprender?

—En vista de la falta de resultados, no estaría mal una pequeña prueba —repuso Nadine, ceñuda.

—Por ahí he visto un cuerno con artemisa, dámelo. Supongo que también llevarás una candela en esa bolsa. Enciéndela y dámela.

Mientras Nadine acercaba la vela a la antorcha para encenderla, Drefan se abrió la capa y sacó varios objetos de una pequeña bolsa. Nadine le tendió la candela. Drefan dejó caer unas gotas de cera caliente en el suelo, a un lado, para sujetar la vela.

A continuación buscó bajo la capa hasta sacar un cuchillo largo de hoja delgada. Se inclinó hacia adelante y presionó con él entre los senos de Cara. Bajo la punta fue creciendo una gota color rubí. El hombre apartó el cuchillo y se inclinó sobre la mujer malherida. Usando una cuchara de mango largo recogió la sangre rozando la carne.

Entonces se sentó sobre los talones, destapó el cuerno que Nadine le había entregado y vertió un poco de artemisa encima de la sangre recogida con la cuchara.

—¡A esto le llamas artemisa! Se supone que sólo debes recoger la pelusilla del dorso de las hojas. Aquí hay toda la hoja.

—No importa. Todo es artemisa.

—De muy baja calidad, tal como está. Deberías aprender a usar artemisa de alta calidad. ¿Qué tipo de curandera eres, por todos los espíritus?

»Esta calidad basta y sobra para mis propósitos, pero no para los tuyos. —Drefan adoptó un tono de voz aleccionador, incluso educado—. La próxima vez purifica la artemisa que recojas y ya verás cómo es mucho más efectiva cuando la uses.

El sanador encorvó la espalda y sostuvo la cuchara sobre la llama de la candela hasta que la artemisa prendió, liberando una abundante cantidad de humo y un fuerte olor a almizcle. Drefan dibujó círculos con la humeante cuchara por encima del estómago de Cara para que se formara una capa de humo.

—Toma —dijo a Nadine, tendiéndole la cuchara de humeante artemisa—. Sujétala entre sus pies.

A continuación se llevó los dedos a las sienes y murmuró un cántico.

—Ahora —anunció, separando las manos de la cabeza—, mira y verás lo que yo veo y noto sin necesidad del humo.

Drefan posó los pulgares en las sienes de Cara y los meñiques a ambos lados de la garganta. La densa capa de humo de artemisa brincó.

Kahlan dio un respingo al ver las retorcidas líneas de humo que se enrollaban y serpenteaban por encima de Cara. Drefan retiró las manos, y las líneas de humo se detuvieron de repente, formando una red inmóvil. Algunas líneas partían en arco del esternón hacia los pechos, los hombros, las caderas y los muslos, mientras que una maraña nacía de la mitad superior de la cabeza y se dirigía a puntos distribuidos por todo el cuerpo. Drefan resiguió una con un dedo.

—¿Veis ésta?, ¿la que va desde la sien izquierda hasta la pierna izquierda? Mirad. —Presionó con los dedos la base del cráneo en el lado izquierdo, y la línea de humo cruzó a la pierna derecha—. Sí. Ahora está bien.

—¿Qué es todo esto? —preguntó una Kahlan atónita.

—Los meridianos; el flujo de su fuerza, su vida. Su aura. También es más que eso, pero es difícil explicároslo en pocas palabras. He hecho algo parecido a lo que un rayo de luz hace para ver las motas de polvo que flotan en el aire.

Nadine sostenía la cuchara, paralizada. Se había quedado con la boca abierta.

—¿Cómo has logrado que la línea se moviera?

—He usado mi fuerza vital para lograr un desplazamiento de la energía sanadora hacía donde se necesitaba.

—Entonces tienes magia —murmuró Nadine.

—No, es únicamente entrenamiento. Presiónale los tobillos en el primer punto.

Nadine dejó la cuchara en el suelo y presionó los tobillos de Cara. Las enmarañadas líneas que descendían por las piernas de Cara se retorcieron y se desenredaron hasta convertirse en líneas rectas que iban de las caderas a los pies.

—¿Ves? Acabas de corregir las piernas —dijo Drefan—. ¿Ves cómo se han quedado quietas?

—¿Lo he hecho yo? —preguntó Nadine incrédulamente.

—Sí. Aunque ésa es la parte fácil. ¿Ves esto? —Drefan señalaba la red de líneas que partían de la cabeza—. Éste es el peligro de lo que le ha hecho el Caminante de los Sueños. Es preciso corregirlo. Estas líneas indican que es incapaz de controlar los músculos, no puede hablar y está ciega. Fíjate en ésta: la línea que sale de las orejas, va hacia fuera y regresa a la frente. Es la única que está bien. Puede oír y entender todo lo que decimos, pero es incapaz de reaccionar.

Kahlan se quedó boquiabierta.

—¿Puede oírnos?

—Cada palabra. Podéis estar seguras de que sabe que estamos tratando de ayudarla. Y ahora, si me perdonáis, tengo que concentrarme. Es preciso hacerlo en el orden correcto o la perderemos.

Kahlan agitó las manos en dirección al sanador.

—Naturalmente. Haz lo que sea preciso para ayudarla.

Drefan se encorvó sobre el cuerpo de la mord-sith y fue moviéndose a su alrededor, presionando los dedos o las palmas de las manos en diferentes lugares del cuerpo. En ocasiones hincaba la punta del cuchillo en la carne, aunque nunca le sacaba más de una gota de sangre. A casi cada gesto que hacía, algunas de las líneas de humo retorcidas se movían y se desenredaban; algunas se posaban sobre el cuerpo y otras dibujaban un suave arco antes de regresar a donde les correspondía.

Cuando comprimió la carne entre el pulgar y el índice de Cara, no sólo las líneas de los brazos se pusieron rectas, sino que Cara gimió, aliviada, mientras torcía la cabeza y giraba los hombros. Era la primera respuesta normal que tenía. Cuando Drefan le pinchó en la parte superior de los tobillos con el cuchillo, la mord-sith dio un respingo y comenzó a respirar con ritmo regular, aunque rápido. Una oleada de alivio y esperanza se apoderó de Kahlan.

Por fin Drefan acabó el recorrido alrededor del cuerpo de Cara y comenzó a trabajar en la cabeza, presionando con los pulgares a lo largo del puente de la nariz y por la frente. Cara ya no se agitaba ni temblaba, sino que se había quedado completamente inmóvil. El pecho le subía y bajaba sin esfuerzo.

—Bueno —murmuró Drefan para sí, presionando la punta del cuchillo entre las cejas—, creo que ya está.

Cara abrió los ojos azules, que buscaron alrededor hasta encontrar a Kahlan.

—Os he oído —le dijo—. Gracias, hermana.

Kahlan sonrió, aliviada. Sabía a qué se refería Cara. Después de todo, le había oído decir que no estaba sola.

—He acabado con Marlin.

La mord-sith sonrió.

—Me siento orgullosa de servir junto a vos. Lamento que os hayáis tomado tantas molestias para curarme para nada.

Kahlan puso ceño. No entendía qué quería decir. Cara giró la cabeza hacia atrás y miró a Drefan, que se encorvaba sobre ella.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó el sanador—. ¿Está todo bien ahora?

Cara frunció la frente con una expresión de nebulosa confusión que bordeaba la alarma.

—¿Lord Rahl? —preguntó incrédulamente.

—No. Me llamo Drefan.

Drefan se retiró la capucha con ambas manos. Kahlan abrió los ojos desmesuradamente, al igual que Nadine.

—Pero mi padre era Rahl el Oscuro. Soy el hermano de lord Rahl.

Kahlan se quedó mirándolo fijamente sin salir de su asombro. Tenía la misma estatura y la misma complexión musculosa que Richard. Tenía el pelo rubio como el de Rahl el Oscuro, aunque más corto y no tan liso, mientras que el de Richard era más oscuro y no tan fino. Además, tenía penetrantes ojos azules como los de Rahl el Oscuro, mientras que los de Richard eran grises, aunque mostraban la misma mirada incisiva de halcón. Las facciones de Drefan exhibían la misma perfección imposible que las de Rahl el Oscuro: una belleza y perfección propias de una estatua. Richard no había heredado esa cruel perfección. El aspecto de Drefan podría situarse entre el de Rahl el Oscuro y Richard, aunque tendía hacia su padre.

Aunque nadie podría confundirlos, sería evidente para todos que Drefan y Richard eran hermanos.

Kahlan se preguntó por qué Cara se habría confundido. Entonces vio que asía el agiel. No era Richard a quien había llamado «lord Rahl». Confusa como estaba, recién recuperada la conciencia y al mirarlo desde abajo, había pensado que Drefan era Rahl el Oscuro.

14

El único ruido que se oía, clic, clic, clic, en el silencio sepulcral era el tamborileo de Richard con la uña del pulgar sobre uno de los brazos, curvados hacia arriba, de la cruz de la espada. Apoyaba el codo del otro brazo en el lustroso tablero de la mesa y se sostenía la cabeza con el pulgar bajo el mentón, y el dedo índice en una sien. Exhibía una expresión calmada y hacía verdaderos esfuerzos por controlar la ira. En realidad, estaba furioso. En esa ocasión se habían pasado de la raya, y lo sabían.

Mentalmente había repasado una larga lista de posibles castigos y los había descartado todos, no por considerarlos excesivamente duros, sino porque sabía que no iban a funcionar. Al final se decidió por la verdad. No existía nada más duro que la verdad, y nada que les hiciera mella con más seguridad.

Berdine, Raina, Ulic y Egan formaban fila ante él. Se mantenían firmes, con la vista fija en un punto situado por encima y detrás de la cabeza de Richard, que se había sentado a la mesa. Se encontraban en la pequeña estancia que Richard utilizaba para recibir, leer y realizar diversas tareas.

A un lado de la mesa colgaban pequeños paisajes que representaban idílicas escenas campestres, pero por la ventana que tenía detrás y por la que entraban a raudales los sesgados rayos de sol de la mañana, se veía en lo alto la enorme y torva presencia de piedra del Alcázar del Hechicero.

Había regresado a Aydindril tan sólo hacía una hora, tiempo más que suficiente para enterarse de lo que había ocurrido desde que él partió la tarde anterior. Sus cuatro guardaespaldas habían regresado al alba. Richard les había ordenado que volvieran inmediatamente después de presentarse Raina y Egan por las buenas en el campamento la noche anterior. Habían supuesto que no les obligaría a regresar en plena noche. Se habían equivocado, y pese a su habitual descaro, Richard los miró de tal modo que ninguno de los cuatro osó desobedecer la orden.

También Richard había regresado mucho antes de lo previsto. Tras señalar el roble de tanino a los soldados, les indicó qué debían recolectar y, entonces, en lugar de quedarse para supervisarlos, decidió regresar solo a Aydindril cuando comenzaba a amanecer. Lo que había visto por la noche lo había alterado tanto que no podía dormir y deseaba volver a Aydindril lo antes posible.

Tamborileando con el dedo sobre el tablero, observó a los dos guardias, que sudaban. Berdine y Raina llevaban las prendas de cuero marrón y las largas trenzas alborotadas por la dura cabalgata.

Los dos fornidos guardias, Ulic y Egan, vestían uniformes con correas y cinturones de cuero oscuro. Las piezas de grueso cuero habían sido modeladas para encajar como una segunda piel por encima de sus rotundos músculos. En el centro del pecho, grabada en el cuero, exhibían una florida «R» como símbolo de la Casa de Rahl y debajo, dos espadas cruzadas. Alrededor de los brazos, justo por encima del codo, llevaban bandas de oro guarnecidas con pinchos afilados como cuchillas. Eran armas para el combate cuerpo a cuerpo.

Ningún d'haraniano, excepto los guardias personales de lord Rahl, estaba autorizado a llevarlas. No eran simples armas, sino los más singulares y apreciados símbolos de honor. Richard ignoraba cómo se ganaban.

A Richard le correspondía mandar sobre personas a las que conocía, con costumbres que en su mayoría eran un misterio para él y expectativas que comprendía sólo en parte.

Los cuatro guardaespaldas también se enteraron a su regreso de lo ocurrido con Marlin la noche anterior. Sabían por qué lord Rahl los había convocado, pero aún no les había dirigido la palabra. Primero trataba de controlar la furia que sentía.

—¿Lord Rahl?

—¿Sí, Raina?

—¿Estáis enfadado con nosotros por desobedecer vuestras órdenes y partir para llevaros el mensaje de la Madre Confesora?

El mensaje no había sido más que una excusa, y ellos lo sabían tan bien como él.

Clic, clic, clic. Richard seguía tamborileando con la uña del pulgar.

—Eso es todo. Podéis retiraros. Todos vosotros.

Las posturas se relajaron, pero ninguno hizo ademán de irse.

—¿Retirarnos? —preguntó Raina—. ¿No vais a castigarnos? —La mord-sith sonrió—. ¿No nos ordenaréis que limpiemos los establos durante una semana o algo así?

Richard se apartó de la mesa apretando los dientes con fuerza. No estaba de humor para aguantar las pícaras bromas de las mord-sith. Se levantó detrás de la mesa.

—No, Raina, no hay castigo. Podéis iros.

Las dos mord-sith sonrieron. Berdine se inclinó hacia Raina para susurrarle algo, aunque en voz lo suficientemente alta para que Richard la oyera.

—Se da cuenta de que sabemos mejor que nadie cómo protegerlo.

Los cuatro se dirigieron a la puerta.

—Antes de que os vayáis —dijo Richard, bordeando la mesa con paso tranquilo—, quiero que sepáis una cosa.

—¿Qué es? —preguntó Berdine.

Richard pasó junto a ellos, tomándose tiempo para mirarlos a los ojos uno a uno.

—Me habéis decepcionado.

Raina hizo una mueca.

—¿Os hemos decepcionado? ¿No vais a gritarnos ni a castigarnos? ¿Simplemente estáis decepcionado?

—Exactamente. Creía que podía confiar en vosotros. Me equivocaba. —Richard se dio media vuelta—. Retiraos.

Berdine carraspeó.

—Lord Rahl, Ulic y yo fuimos con vos cumpliendo vuestras órdenes.

—¿Oh? De modo que si te hubiera dejado en palacio para proteger a Kahlan en lugar de dejar a Raina, ¿me habrías obedecido y te habrías quedado aquí? —Berdine no respondió—. Contaba con vosotros cuatro y ahora me siento un estúpido por haber confiado en vosotros. —En lugar de gritar flexionó los puños—. De haber sabido que no podía fiarme de vosotros, habría encomendado la protección de Kahlan a otros.

Richard apoyó un brazo en el marco de la ventana y se quedó mirando fijamente la fría mañana de primavera. Detrás de él, sus cuatro guardaespaldas rebulleron, incómodos.

—Lord Rahl —dijo al fin Berdine—, nosotros daríamos la vida por vos.

Richard dio bruscamente media vuelta.

—¡Pero dejaríais morir a Kahlan! —Bajó la voz con esfuerzo—. Me da igual que estéis dispuestos a dar la vida por mí. Por mí, podéis seguir con vuestros juegos. Fingid que estáis haciendo algo importante. Jugad a ser mis guardaespaldas. Pero alejaos de mí y de la gente que me está ayudando a detener a la Orden Imperial. Retiraos —ordenó, haciendo un ademán hacia la puerta.

Berdine y Raina intercambiaron una mirada.

—Estaremos fuera, en el pasillo, por si nos necesitáis, lord Rahl.

Richard las miró tan fríamente que ambas mord-sith palidecieron.

—No os necesitaré. No necesito a personas en las que no puedo confiar.

Berdine tragó saliva.

—Pero... —Tragó de nuevo saliva—. Pero ¿y el diario de Kolo? ¿No queréis que os ayude a traducirlo?

—Ya me las arreglaré solo. ¿Algo más?

Los cuatro sacudieron la cabeza y comenzaron a desfilar. Raina, que era la última, se detuvo y se volvió. No osó alzar sus oscuros ojos hacia Richard.

—Lord Rahl, ¿nos llevaréis más tarde con vos para alimentar a las ardillas listadas?

—Estoy ocupado. Se las arreglarán perfectamente sin nosotros.

—Pero... ¿y Reggie?

—¿Quién?

—Reggie, la que le falta la punta del rabo. La ... la que se sentó en mi mano. Nos estará buscando.

Richard la observó en silencio una eternidad. Se debatía entre el deseo de abrazarla y el de echarle una bronca. No obstante, había probado con el abrazo, o al menos su equivalente, y eso había estado a punto de matar a Kahlan.

—Tal vez otro día. Puedes retirarte.

—Sí, lord Rahl.

Richard se pasó los dedos por el pelo mientras se dejaba caer de nuevo en la silla cuando la mord-sith cerró suavemente la puerta tras ella. Con un dedo fue girando lentamente el diario de Kolo una y otra vez, a la vez que hacía rechinar los dientes. Kahlan podría haber muerto mientras que los guardias que se suponía que debían protegerla hacían lo que les daba la real gana.

Se estremeció al pensar de lo que sería capaz su espada con la magia y la ira añadida si la desenvainara en esos momentos. No recordaba haber estado tan furioso cuando no empuñaba la Espada de la Verdad. No podía ni imaginar qué haría la furia generada por la magia de la espada sumada a la suya propia.

Las palabras de la profecía dibujadas en la pared de piedra del pozo resonaron en su cabeza con inquietante y burlona irrevocabilidad.

Una suave llamada a la puerta silenció el susurro de la profecía repetido por centésima vez. Era la llamada que había estado esperando. Sabía de quién se trataba.

—Adelante, Cara.

La alta y musculosa mujer rubia entró con aire avergonzado y cerró la puerta tras ella. Tenía la cabeza gacha. Richard jamás la había visto con un aspecto tan patético.

—¿Puedo hablar con vos, lord Rahl?

—¿Por qué llevas el uniforme de cuero rojo?

Cara tragó saliva antes de responder.

—Es... es una costumbre de las mord-sith, lord Rahl.

Richard no pidió ninguna explicación; de hecho, no le importaba. Por fin estaba allí Cara, la persona sobre la que se concentraba la mayor parte de su ira.

—Comprendo. ¿Qué quieres?

Cara se aproximó a la mesa y se quedó de pie, con los hombros hundidos. Llevaba la cabeza vendada, aunque a Richard le habían asegurado que la herida de la cabeza no era grave. Por los círculos rojos que rodeaban sus ojos era obvio que esa noche no había dormido.

—¿Cómo está la Madre Confesora esta mañana?

—Cuando la dejé estaba descansando, pero se pondrá bien. Sus heridas no son graves; podrían haber sido mucho peor. Teniendo en cuenta lo que pasó, tiene suerte de estar viva. Teniendo en cuenta, para empezar, que jamás debería haber estado en el pozo con Marlin. Teniendo en cuenta que te ordené específicamente que no quería que ninguna de las dos bajarais allí.

Cara cerró los ojos.

—Lord Rahl, fue sólo culpa mía. Yo la convencí porque quería interrogar a Marlin. Ella trató de convencerme de que no me acercara al prisionero, pero yo fui de todos modos. Ella únicamente me acompañó para intentar que desistiera, como vos habíais ordenado.

De no haber estado tan furioso, Richard se habría echado a reír. Incluso aunque Kahlan no hubiese admitido la verdad, la conocía lo suficiente para saber que la confesión de Cara era pura invención. No obstante, también sabía que no había puesto mucho empeño en mantener alejada a Kahlan del asesino.

—Pensé que lo tenía controlado. Cometí un error.

—¿Acaso no te ordené expresamente que no quería que bajarais al pozo?

Los hombros de Cara temblaron al hacer un gesto de asentimiento sin alzar la vista. Se estremeció cuando Richard descargó un puño sobre la mesa.

—¡Contesta! ¿No te ordené expresamente que no quería que bajarais al pozo?

—Sí, lord Rahl.

—¿Tenías alguna duda sobre lo que quería decir?

—No, lord Rahl.

Richard se recostó en el respaldo de la silla.

—Ése fue el error, Cara. ¿Lo entiendes? No el hecho de que no controlaras al prisionero; eso estaba más allá de tu poder. Bajaste al pozo por elección propia. Ése fue tu error.

»Quiero a Kahlan más que a nada en este mundo o cualquier otro mundo. No existe nada más preciado para mí. Confié en ti para que la protegieras, para evitar que pudiera sufrir cualquier daño.

La luz del sol que atravesaba las vidrieras de colores caía sobre las prendas de cuero rojo de la mord-sith, creando manchas semejantes a motas, como la luz del sol que atraviesa las hojas.

—Lord Rahl —dijo Cara con voz tímida—, soy perfectamente consciente de la gravedad de mi fracaso y lo que ello significa. Lord Rahl, ¿os puedo pedir una cosa?

—¿Qué es?

Cara se hincó de rodillas e inclinó el cuerpo hacia adelante en posición de suplicante. Levantó el agiel y lo sostuvo entre sus temblorosos puños.

—¿Se me permite elegir el modo de mi ejecución?

—¿Qué?

—Una mord-sith siempre viste su traje de cuero rojo en su ejecución. Si previamente ha servido con honor, se le permite elegir el método de ejecución.

—¿Y cuál elegirías tú?

—Mi agiel, lord Rahl. Sé que os he fallado, he cometido una falta imperdonable, pero en el pasado os he servido con honor. Permitidme morir por el agiel, os lo ruego. Sólo os pido eso. Berdine o Raina podrán hacerlo. Ellas saben cómo.

Richard salió de detrás de la mesa y, apoyado en el borde, contempló a la temblorosa mord-sith desplomada en el suelo. Se cruzó de brazos.

—Petición denegada.

Un sollozo agitó los hombros de Cara.

—¿Puedo preguntar qué... método elegirá lord Rahl?

—Cara, mírame —dijo Richard dulcificando la voz. La mord-sith levantó hacia él el rostro surcado de lágrimas—. Cara, estoy enfadado. Pero, por grande que sea mi furia, nunca jamás te ejecutaría a ti ni a ninguna de vosotras.

—Debéis hacerlo. Os he fallado. Desobedecí vuestras órdenes de proteger a vuestra prometida. He cometido un error imperdonable.

—No existen los errores imperdonables —replicó Richard con una sonrisa—. Hay traiciones imperdonables, pero no errores. Si tuviésemos que ejecutar a todas las personas que cometen errores, me

temo que yo estaría muerto hace mucho tiempo. Yo cometo errores sin parar, y algunos han sido realmente graves.

Cara negó con la cabeza mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Una mord-sith sabe cuándo merece ser ejecutada. Yo me lo merezco. —Los ojos azules de Cara reflejaban una determinación férrea—. O lo hacéis vos o lo haré yo.

Richard se quedó pensativo, reflexionando sobre el compromiso de servir que adoptaba una mord-sith y sobre la locura que veía en sus ojos.

—¿Quieres morir, Cara?

—No, lord Rahl. Desde que vos sois nuestro lord Rahl ya no. Por eso debo hacerlo. Os he fallado. Una mord-sith vive y muere según un código de deber hacia su amo. Ni vos ni yo podemos cambiar lo que debe ser. Ya no tengo derecho a seguir viva. Si no os ocupáis vos de la ejecución, lo haré yo.

Richard sabía que Cara no estaba tratando de despertar su compasión. Las mord-sith nunca se marcaban un farol. Si no lograba que cambiara de idea, se mataría tal como había prometido.

Lo sabía y eso le condujo a tomar una escalofriante decisión, que era la única posible. Mentalmente saltó del borde de la cordura para precipitarse en el abismo de la locura, donde habitaba parte de la mente de Cara y, mucho se temía, también parte de la suya.

La decisión estaba tomada, tan irremediablemente como un latido del corazón.

Flexionó los músculos y desenvainó la espada con un sonido metálico inconfundible que resonó en la estancia y le llegó hasta los huesos.

Había liberado toda la furia de la magia de la espada con ese acto en apariencia sencillo. El cerrojo que aseguraba la puerta de la locura se descorrió, dejando a Richard sin aliento, como una ráfaga de viento acerado. En ese cortante viento se alzaron tormentas de ira.

—En ese caso —dijo a Cara—, la magia será tu juez y tu verdugo.

La mord-sith cerró los ojos con fuerza.

—¡Mírame!

La ira de la espada se retorcía en su interior, tratando de arrebatarlo. Richard luchaba por mantener el control de la espada, como siempre que sostenía la furia desatada.

—¡Quiero que me mires a los ojos mientras te mato!

Cara abrió los ojos. Tenía la frente arrugada, y abundantes lágrimas le caían por las mejillas. Enfrentada a su vergüenza, ya no quedaba ni rastro de todo el bien que hubiese hecho, todos los actos de valor frente al peligro, todos los sacrificios al deber. Le habían negado el honor de morir mediante el agiel. Lloraba por eso y sólo por eso.

Richard presionó el afilado borde de la espada contra el antebrazo a fin de que la espada bebiera su propia sangre. Entonces alzó la Espada de la Verdad hasta la frente para notar sobre su carne el frío acero y la sangre caliente.

—Espada, no me falles hoy.

Ésa era la persona por la que, a causa de su arrogancia, había estado a punto de perder a Kahlan. Sólo la suerte lo había evitado. Había estado a punto de costarle todo.

Cara miró mientras levantaba la espada por encima de su cabeza. Vio en sus ojos la furia, la ira justificada. Vio cómo la magia danzaba en su mirada.

Y vio también la danza de la muerte.

Richard asía la espada con tanta fuerza que tenía los nudillos de ambas manos blancos.

Sabía que su única oportunidad pasaba por doblegarse a la voluntad de la espada. Así pues descargó sobre esa mujer su cólera por haber abandonado la responsabilidad que tenía de proteger a Kahlan. Su arrogancia podría haber costado la vida de Kahlan, el futuro de Richard y su razón de vivir. Había confiado a quien más quería a Cara, y ella le había fallado y decepcionado.

A su regreso podría haber encontrado a Kahlan muerta por culpa de esa mujer arrodillada ante él. Sólo por su culpa.

Los ojos de ambos compartían la locura de lo que estaban haciendo, de aquello en lo que ambos se habían convertido, de saber que no había elección para ninguno de los dos.

Richard estaba dispuesto a partirla por la mitad. La ira de la espada lo exigía. Y tampoco él se conformaría con menos.

Se lo imaginó. Lo haría. Derramaría la sangre de Cara.

Lanzando un grito de furia, con toda su fuerza, toda su ira y su rabia, descargó la espada hacia el rostro de Cara.

La punta de la espada silbaba.

Richard percibió con todo detalle el reflejo de luz en la bruñida hoja al atravesar un rayo de sol. Percibió las gotas de su sudor que centelleaban a la luz del sol como si estuvieran suspendidas en el aire. Podría haberlas contado. Cara podía percibir dónde iba a golpearle la espada. Los músculos de Richard gritaban por el esfuerzo mientras que sus pulmones gritaban de rabia.

La espada se detuvo justo entre los ojos de Cara, a escasos centímetros de la piel, como si hubiera chocado con un muro sólido e impenetrable.

Richard tenía el rostro bañado en sudor. Los brazos le temblaban. En la estancia aún resonaba el eco de su furioso alarido.

Finalmente, alejó la espada de la mord-sith.

Cara miraba fijamente hacia arriba con ojos muy abiertos, sin pestañear. Jadeaba, inspirando y espirando con rapidez por la boca en cortas bocanadas. Un largo y débil gemido brotó de su garganta.

—No habrá ejecución —anunció Richard con voz ronca.

—¿Cómo... —susurró Cara—, cómo... es posible? ¿Cómo se ha podido detener de ese modo?

—Lo lamento, Cara, pero la magia de la espada ha decidido. Y ha decidido que vivas. Tendrás que acatar su veredicto.

La mirada de la mujer se posó en él.

—Ibais a hacerlo. Ibais a ejecutarme.

Richard deslizó lentamente la espada dentro de la funda.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no estoy muerta?

—Porque la magia lo ha querido así. No podemos cuestionar sus razones. Debemos acatarlas.

Richard había estado razonablemente seguro de que la magia de la espada no le haría ningún daño a Cara, pues no le permitiría que matara a alguien que era su aliado. Había confiado en eso.

No obstante, había tenido dudas. Cara había conducido a Kahlan al peligro, aunque no intencionadamente. Así pues, era posible que la espada decidiera cobrarse la vida de Cara por esa duda. Con la Espada de la Verdad uno nunca podía estar completamente seguro.

Al entregarle la espada, Zedd le había advertido que justamente en eso radicaba el peligro. La espada destruía a los enemigos y no hería a los amigos, pero su magia no se guiaba por la verdad, sino por los criterios de su poseedor. Zedd le había prevenido que la duda podía causar la muerte a un amigo o permitir que un enemigo escapara.

No obstante, Richard sabía que si quería que funcionara, tenía que entregarse en cuerpo y alma, pues de otro modo Cara no hubiese creído que la magia de la espada le había perdonado la vida; habría creído que había sido él. Y, en ese caso, se habría matado ella misma tal como había prometido.

Sentía las entrañas hechas un nudo. Las rodillas le temblaban. Había sido arrastrado a un mundo de terror producido por no estar seguro de si su idea funcionaría.

Aunque lo peor era no estar completamente seguro de haber acertado al perdonarle la vida.

—La Espada de la Verdad ha elegido —le dijo a Cara, posando la palma de la mano sobre una mejilla de la mujer—. Ha elegido que vivas, te ha dado otra oportunidad. Debes aceptar su decisión.

Cara asintió en su mano.

—Sí, lord Rahl.

El joven la ayudó a levantarse sosteniéndola por debajo del brazo. Apenas podía mantenerse en pie él mismo y se preguntó si sería capaz de levantarse sin tambalearse, si estuviese en el lugar de ella.

—Lo haré mejor en el futuro, lord Rahl.

Richard acercó la cabeza de la mujer a su hombro y la estrechó contra sí un momento; era lo que anhelaba hacer desde que comenzaron a hablar. Cara lo abrazó en gesto de agradecida rendición.

—No pido más, Cara.

Ya se marchaba cuando Richard la llamó por su nombre. Cara se dio la vuelta.

—Todavía no has recibido tu castigo.

La mord-sith bajó la mirada al suelo.

—No, lord Rahl.

—Mañana por la tarde aprenderás a alimentar a las ardillas listadas.

—¿Lord Rahl? —Cara alzó la mirada, asombrada.

—¿Deseas hacerlo?

—No, lord Rahl.

—En ese caso, será tu castigo. Lleva también a Berdine y a Raina. También ellas merecen un castigo.

Richard cerró la puerta tras ella, se apoyó en la madera y cerró los ojos. El infierno conjurado por la furia de la espada había consumido su ira, dejándolo vacío y débil. Temblaba tanto que apenas podía tenerse en pie.

El vívido recuerdo de los ojos de Cara mientras él descargaba la espada contra ella, y ella pensaba que iba a morir, le producía náuseas. Richard había esperado recibir una rociada de sangre y hueso, sangre y hueso de Cara. De una persona que apreciaba.

Había hecho lo que debía para salvarle la vida, pero ¿a qué precio?

No podía quitarse de la cabeza la profecía. Un acceso de náuseas lo obligó a arrodillarse en una oleada de sudor frío y miedo.

15

Los soldados que Richard había apostado en los pasillos para custodiar las habitaciones de la Madre Confesora se apartaban para dejarle paso y lo saludaban golpeándose con el puño la cota de malla sobre el corazón. Richard devolvía el saludo distraídamente, mientras pasaba raudo ante ellos con la capa dorada hinchándose a su espalda. Los soldados cruzaron las lanzas ante las tres mord-sith y los dos fornidos guardaespaldas que lo seguían a distancia. Al apostar a los soldados, les había dado una lista muy breve de las personas a las que debían franquear el paso. Sus cinco guardias personales no estaban incluidos en la lista.

Echó un vistazo atrás y vio cómo las mord-sith empuñaban sus agieles. Sus ojos se encontraron con los de Cara. Las tres mord-sith soltaron las armas de mala gana.

Sus guardias personales decidieron evitar el desafío y se colocaron más allá de los soldados. Obedeciendo a un gesto de Cara, Raina y Ulic retrocedieron por el pasillo hasta perderse de vista. Sin duda, Cara los había enviado a buscar otra ruta para custodiar el extremo opuesto del pasillo.

Al doblar la siguiente y última esquina antes de llegar a los aposentos de Kahlan, vio a Nadine sentada en una silla de patas doradas en un lado del pasillo. La muchacha balanceaba las piernas como una niña aburrida que espera que la dejen salir a jugar. Al verlo se levantó de un salto.

Tenía un aspecto muy limpio y fresco. Su espesa mata de cabello brillaba. Richard notó un temblor en la frente. El vestido que llevaba parecía más ceñido que el día anterior. Se le ajustaba más a las costillas y las caderas, realzando la seductora figura de la joven más de lo que Richard recordaba. No obstante, sabía que se trataba del mismo vestido; debía de imaginárselo. Al contemplar sus seductoras curvas recordó que en el pasado...

Nadine reprimió su entusiasmo retorciendo un mechón de pelo con un dedo mientras que esbozaba una sonrisa afectada. Su expresión de deleite por verlo vaciló a medida que Richard se acercaba. Cuando el joven se detuvo ante ella, Nadine dio un paso atrás hacia la pared.

—Richard —dijo, hurtando su mirada—. Buenos días. He oído comentar que ya habías vuelto. Estaba... —Señaló la habitación de Kahlan sólo como excusa para desviar la mirada—. He venido... a ver cómo está Kahlan esta mañana. Yo, bueno, tengo que cambiarle la cataplasma. Estaba esperando hasta estar segura de que se había levantado y...

—Kahlan me ha contado que la ayudaste. Gracias, Nadine. Te lo agradezco más de lo que imaginas.

Nadine elevó un hombro.

—Somos paisanos, ¿no? —En el pesado silencio que siguió a esas palabras retorció una hebra entre los dedos—. Tommy y la flacucha de Rita Wellington se han casado.

Richard contemplaba la coronilla de la cabeza de la muchacha.

—Supongo que era de esperar. Es lo que querían los padres de ambos.

Nadine siguió con la vista fija en la hebra.

—Tommy le da palizas a Rita día sí y día también. Una vez tuve que ponerle cataplasmas y darle hierbas medicinales después de pegarle él, ya sabes, ahí abajo. La gente dice que no es asunto suyo y finge no saber lo que está pasando.

Richard se preguntaba adónde quería llegar Nadine. Desde luego no iba a volver a la ciudad del Corzo para sacudir a Tom Lancaster y obligarlo a cambiar.

—Bueno, si sigue así, supongo que los hermanos de Rita le darán una lección práctica sobre cómo se le rompe la crisma a alguien.

Nadine no alzó la mirada.

—Podría haber sido yo. —Carraspeó antes de añadir—: Podría estar casada con Tommy y llorarle a cualquiera que tuviera ganas de escuchar cómo... Bueno, podría haber sido yo. Podría ser yo quien estuviera embarazada, preguntándome si iba a golpearme hasta que perdiera también al bebé.

»Estoy en deuda contigo, Richard. Y por el hecho de que también eres del valle del Corzo y todo eso... quería ayudarte si estabas en un aprieto. —Volvió a encogerse de un solo hombro—. Kahlan es realmente agradable. La mayoría de las mujeres habrían... Y creo que es la mujer más hermosa que he visto en la vida. No como yo.

—Nunca he pensado que me debas nada, Nadine. Habría hecho lo mismo por cualquier otra chica a la que Tom hubiese cogido sola aquel día. Pero tienes mi más sincera gratitud por haber ayudado a Kahlan.

—Ya. Supongo que fui una estúpida al creer que le paraste los pies a Tommy porque...

Richard se dio cuenta de que no había sido muy diplomático al ver que estaba a punto de echarse a llorar, por lo que le puso una mano sobre el hombro en gesto cariñoso.

—Nadine, tú también te has convertido en una mujer muy hermosa.

La muchacha alzó tímidamente los ojos hacia él. Sonreía cada vez más abiertamente.

—¿Crees que soy hermosa? —preguntó, alisándose el vestido azul sobre las caderas.

—Bailé contigo en el festival del solsticio de verano, y no fue porque continuaras siendo la pequeña y torpe Nadine Brighton.

Nadine comenzó de nuevo a retorcer la hebra.

—Me gustó mucho bailar contigo. ¿Sabes? Grabé las iniciales N.C. en mi baúl del ajuar, las iniciales de Nadine Cypher.

—Lo siento, Nadine. Michael ha muerto.

Nadine lo miró con la frente fruncida.

—¿Michael? No, no me refería a él. Me refería a ti.

Richard decidió que esa conversación ya había ido demasiado lejos. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

—Ahora soy Richard Rahl. No puedo vivir en el pasado. Mi futuro está con Kahlan.

Nadine lo cogió de un brazo para impedir que se alejara.

—Lo siento. Ya lo sé. Sé que cometí un error. Con Michael, me refiero.

Richard se tragó a tiempo una réplica mordaz. ¿De qué serviría?

—Te agradezco que ayudases a Kahlan. Supongo que tienes ganas de regresar. Diles a todos que estoy bien. Regresaré a visitarles cuando...

—Kahlan me ha invitado a quedarme un tiempo.

Eso lo pilló desprevenido. Kahlan había olvidado mencionarlo.

—Oh. ¿Vas a quedarte un día o dos?

—Pues claro. Pensé que sería interesante. Nunca había salido de casa. Claro que si te importa... Quiero decir que no querría...

Richard se desasió suavemente.

—Perfecto. Si ella te ha invitado, por mí perfecto.

Nadine se animó, como si no fuera consciente de la cara de desaprobación de Richard.

—Richard, ¿viste la luna anoche? Todo el mundo habla de eso. ¿La viste? ¿Fue tan extraordinaria y fuera de lo normal como dicen?

—Eso y más —susurró con humor más sombrío.

Antes de que Nadine pudiera añadir ni media palabra más, se marchó.

Su suave llamada a la puerta fue respondida por una corpulenta mujer con el uniforme del personal de palacio. Apenas abrió la puerta una rendija por la que asomó su rubicunda cara.

—Lord Rahl, Nancy está ayudando a la Madre Confesora a vestirse. Estará lista en un minuto.

—¡Vestirse! —gritó Richard a la puerta cerrada. Oyó el ruido del pestillo—. ¡Debería quedarse en la cama! —exclamó a través de la pesada puerta tallada.

En vista de que no obtenía respuesta, prefirió esperar antes que montar una escena. Al alzar la mirada, vio a Nadine que espiaba por la esquina, pero su cabeza desapareció casi al instante. Richard se paseó por delante de la puerta hasta que, por fin, la mujer rubicunda la abrió de par en par y le invitó a entrar con un gesto.

Mientras entraba se sintió como si penetrara en otro mundo. El Palacio de las Confesoras era un lugar de esplendor, poder e historia, aunque eran los aposentos de la Madre Confesora los que más le recordaban que él no era más que un guía de bosque. Allí se sentía fuera de su ambiente.

Las habitaciones de la Madre Confesora eran un santuario majestuoso y sereno, tal como correspondía a la mujer ante la que se arrodillaban reyes y reinas. De haberlas visto antes de conocer a Kahlan, dudaba que hubiese tenido valor para hablarle. Incluso ahora se ruborizaba al recordar que había enseñado a Kahlan a preparar trampas para animales y comer raíces cuando aún no sabía quién ni qué era ella.

No obstante, sonreía al recordar el entusiasmo de Kahlan por aprender. Richard se alegraba de haber tenido oportunidad de conocer a la mujer antes de saber qué rango ocupaba y la magia que poseía. Daba las gracias a los buenos espíritus porque Kahlan hubiese entrado en su vida y rezaba para que fuese parte de ella para siempre. Kahlan lo era todo para él.

Las tres chimeneas de mármol del salón de la Madre Confesora ardían. Las pesadas cortinas que cubrían los ventanales de tres metros de altura estaban ligeramente descorridas y formaban altas rendijas por las que entraba solamente la luz suficiente, amortiguada por los paneles diáfanos de detrás, para que fuese innecesario encender las lámparas. Richard supuso que la brillante luz del sol no era apropiada en un santuario. Con muy pocas excepciones, cualquier casa del valle del Corzo cabría en ese salón.

Encima de una mesa de lustrosa madera de caoba con adornos dorados vio una bandeja de plata con té, bollos, peras cortadas y pan moreno. Todo permanecía intacto. Al verlo recordó que no había comido nada desde el mediodía del día anterior, aunque no tenía apetito.

Las tres mujeres con vestidos grises recién planchados, con cuello y puños de encaje, lo contemplaban con aire expectante, como si esperaran que entrara directamente en la alcoba de la Madre Confesora, montara un número o se comportara de otro modo igualmente escandaloso. Richard echó una mirada a la puerta situada en el extremo más alejado del salón, y el decoro lo indujo a formular una pregunta innecesaria:

—¿Está vestida?

La mujer que se había asomado antes por la puerta se sonrojó.

—No os habría permitido pasar si no estuviera vestida, milord.

—Naturalmente. —Las lujosas alfombras de tonalidad oscura amortiguaron el ruido de sus pasos. Richard se detuvo y se volvió. Las tres camareras lo miraban como lechuzas—. Gracias a todas. Eso es todo.

Las mujeres inclinaron la cabeza y se fueron de mala gana. Por el rápido vistazo por encima del hombro que le echó la última en salir antes de cerrar la puerta, Richard se dio cuenta de que probablemente consideraban el colmo de la indecencia que el prometido de una mujer se quedara con ella a solas en su dormitorio. Y más si la mujer en cuestión era la Madre Confesora.

Richard lanzó un suspiro de enojo; siempre que se hallaba cerca de los aposentos de la Madre Confesora no dejaban de aparecer doncellas por si la Madre Confesora necesitaba algo. La variedad de cosas que creían que podía necesitar nunca dejaba de sorprender a Richard. A veces esperaba que alguna preguntara directamente a Kahlan si necesitaba que protegiera su virtud. Fuera de los aposentos de la

Madre Confesora, la servidumbre era muy amable e incluso bromeaba con él cuando Richard los trataba con campechanía o les ayudaba a llevar cosas. Unos pocos le tenían miedo, aunque no en las habitaciones de Kahlan. Allí, todas se convertían en valerosas madres halcones que protegen a su polluelo.

La Madre Confesora tenía una enorme cama pegada a la pared más alejada de la puerta y forrada de paneles. Estaba provista de cuatro grandes postes de brillante madera oscura que se erigían como los pilares de una columnata. La gruesa colcha bordada se desbordaba por los lados de la cama como una vistosa cascada congelada. Un hiriente rayo de sol caía sobre las suntuosas alfombras oscuras y la mitad inferior de la cama.

Richard recordaba cómo Kahlan le había descrito su cama y cómo le había dicho que ardía en deseos de compartirla con él después de casarse. Desde la noche que pasaron juntos entre los mundos, Richard no había vuelto a estar a solas con ella de ese modo y lo deseaba con todas sus fuerzas, aunque debía admitir que esa cama lo intimidaba. Era tan grande que temía perderla en ella, pese a que Kahlan le había asegurado que eso no pasaría.

Kahlan estaba de pie junto a la hilera de puertas de cristal de la balconada. Había descorrido la cortina y miraba afuera, por encima de la baranda de piedra. Contemplaba fijamente el Alcázar, en la ladera de la montaña. Richard se quedó sin aliento al verla con ese vestido de blanco satén que fluía suavemente sobre sus cautivadoras curvas y la deslumbrante y abundante melena que se le desparramaba sobre la espalda. Era una imagen que casi le dolía. Inmediatamente decidió que la cama de Kahlan sería perfecta.

Ella se sobresaltó cuando Richard le tocó suavemente un hombro. Se dio media vuelta y alzó la mirada hacia él con una rutilante sonrisa.

—Creí que Nancy había vuelto a entrar.

—¿De veras creías que era Nancy? ¿No sabías que era yo?

—¿Cómo querías que lo supiera?

Richard se encogió de hombros.

—Yo siempre sé que eres tú cuando entras en una habitación. No necesito verte.

Kahlan frunció la frente, incrédula.

—Eso es imposible.

—Te lo aseguro.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Posees una fragancia única. Y conozco los sonidos que haces: cómo respiras, cómo te mueves, cómo te detienes. Son únicos.

Kahlan no estaba aún convencida.

—¿Estás bromeando? ¿Lo dices realmente en serio?

—Por supuesto. ¿Tú no eres capaz de reconocerme por todo eso?

—No. Supongo que es porque te has pasado la mayor parte de la vida en el bosque observando, oliendo, escuchando. —Lo enlazó con el brazo bueno—. No obstante, me cuesta creerte.

—Ponme a prueba cuando quieras. —Richard le acarició el pelo—. ¿Cómo te sientes? ¿Y el brazo?

—Estoy bien. No es tan grave. Fue mucho peor cuando el anciano Toffalar me hirió, ¿recuerdas? Eso fue mucho peor que esto.

Richard asintió.

—¿Por qué te has levantado? Te dijeron que descansaras.

Kahlan le propinó un empujón en el estómago.

—Para ya. Estoy bien. —Le pasó revista de la cabeza a los pies—. Y tú estás más que bien. No puedo creer que te hayas vestido así por mí. Tenéis un aspecto magnífico, lord Rahl.

Richard le dio un tierno beso en los labios. Kahlan trató de convertirlo en un beso más apasionado, pero él se retrajo.

—No quiero hacerte daño —dijo.

—Richard, estoy bien. De veras. Me sentía exhausta porque había usado mi poder y por todo lo demás. Por eso creyeron que estaba más malherida de lo que realmente estaba.

El joven la miró atentamente durante un largo instante antes de inclinarse hacia ella y besarla del modo que deseaba.

—Mucho mejor —susurró Kahlan cuando sus labios se separaron—. Richard, ¿has visto a Cara? Te marchaste tan rápidamente y con esa mirada. .. No tuve tiempo de hablar contigo. No fue culpa suya.

—Lo sé. Ya me lo dijiste.

—No le habrás gritado, ¿verdad?

—Hemos hablado.

Kahlan entrecerró los ojos.

—Hablado. ¿Qué ha dicho en su defensa? ¿No ha intentado explicarte que estaba...?

—¿Qué sigue haciendo Nadine aquí?

Kahlan lo miraba. Le aferró la muñeca.

—Richard, tienes sangre en el brazo. ¿Qué has hecho? —preguntó, alarmada—. Richard... no le habrás hecho daño, ¿verdad? —Le levantó el brazo hacia la luz—. Richard, tienes el mismo aspecto que... que cuando... —Lo agarró por la camisa—. ¿Le has hecho daño? ¡Dime que no le has hecho nada!

—Cara pidió ser ejecutada. Me dijo que o lo hacía yo o se mataría ella misma. Así que, usé la espada, como esa vez con los ancianos de la gente barro.

—¿Está bien? Dime que está bien.

—Sí, está perfectamente.

Kahlan lo miró a los ojos con expresión preocupada.

—¿Y tú?, ¿estás bien?

—He estado mejor. Kahlan, ¿qué sigue haciendo Nadine aquí?

—Se quedará un tiempo de visita, eso es todo. ¿Has hablado ya con Drefan?

Kahlan trató de recostar la cabeza sobre el pecho de Richard, pero éste la mantuvo a distancia.

—¿Qué está haciendo ella aquí? ¿Por qué la has invitado a quedarse?

—Tuve que hacerlo, Richard. Los problemas que causa Shota no se solucionan tan fácilmente. Deberías saberlo ya. Tenemos que averiguar qué está pasando antes de hacer algo para asegurarnos de que Shota no nos causará más dificultades.

Richard se dirigió hacia la puerta de cristal y se quedó mirando la montaña que descollaba sobre la ciudad. El Alcázar del Hechicero le devolvió la mirada.

—No me gusta. No me gusta ni pizca.

—A mí tampoco. Richard, Nadine me ayudó. Creí que no tendría agallas para mantener la serenidad, pero me equivocaba. Ella también está confusa por todo esto. Hay más de lo que podemos ver. No podemos esconder la cabeza debajo del ala. Tenemos que ser prácticos.

Richard suspiró.

—Sigue sin gustarme, pero supongo que tienes razón. Yo sólo me caso con mujeres inteligentes.

Oyó cómo detrás de él Kahlan se alisaba el vestido distraídamente. La fragancia femenina lo calmó.

—Entiendo que Nadine te atrajera. Es hermosa, además de ser capaz de curar. Supongo que te dolió.

La piedra oscura de El Alcázar parecía absorber la luz del sol de la mañana. Debería subir allí.

—¿A qué te refieres?

—A cuando la pillaste besándose con tu hermano Michael. Ella me lo contó.

Richard giró en redondo y la contempló con expresión atónita.

—¿Que Nadine te dijo qué?

Kahlan señaló la puerta, como si esperara que Nadine apareciera de un momento a otro para explicarse ella misma.

—Me dijo que la sorprendiste besando a tu hermano.

—Besándolo.

—Eso me dijo.

Richard volvió su mirada de halcón hacia la ventana.

—¿De veras dijo eso?

—¿Qué estaba haciendo en realidad? ¿Quieres decir que la pillaste...?

—Kahlan, anoche Marlin mató a dieciséis soldados y es posible que otros doce no lleguen vivos a mañana. Guardias en los que no puedo confiar protegen a la mujer a la que amo. Hay una bruja que parece decidida a consagrar su vida a causarnos problemas. Jagang nos envía mensajes por boca de asesinos suicidas. Por ahí corre suelta una Hermana de la Oscuridad. La mitad de los soldados que componen el ejército de Aydindril están enfermos y son incapaces de luchar en caso necesario. Tenemos representantes que esperan vernos. Un hermanastro que ni siquiera sabía que existía está abajo, bajo vigilancia. ¡Creo que tenemos cosas mucho más importantes de las que hablar que... digamos que las dificultades de Nadine con la verdad!

Por un momento los ojos verdes de Kahlan lo miraron con ternura.

—Debe de ser muy grave. Ahora comprendo por qué la miraste de ese modo.

—¿Recuerdas lo que tú misma me dijiste una vez? Nunca permitas que una mujer hermosa elija el camino por ti cuando tiene un hombre en su punto de mira.

—Nadine no está eligiendo el camino por mí —repuso Kahlan, poniéndole una mano encima del hombro—. Tenía mis razones para pedirle que se quedara.

—Nadine persigue lo que quiere, del mismo modo que un sabueso sigue un rastro. Pero no me refería a Nadine sino a Shota. Shota señala un camino, y tú vas directamente hacia allí.

—Debemos averiguar qué hay en ese camino y las razones por las que Shota lo señala.

Richard se volvió de nuevo hacia la puerta de cristal.

—Quiero saber qué más dijo Marlin, o Jagang. Cada palabra. Trata de recordar sus palabras exactas.

—¿Por qué no me echas cuatro gritos y acabamos de una vez?

—No quiero gritarte. Me diste un susto de muerte al bajar al pozo. Yo sólo deseo abrazarte y protegerte. Quiero casarme contigo. —Se dio media vuelta y posó la mirada en sus ojos verdes—. Me parece que he encontrado el modo de conseguirlo. Con la gente barro, me refiero.

—¿De veras? ¿Cómo? —inquirió Kahlan, muy interesada.

—Primero cuéntame todo lo que dijo Jagang.

Richard contempló ociosamente el Alcázar mientras Kahlan se lo contaba todo: cómo Jagang había dicho que había presenciado el partido de ja'la y que en su lengua materna esa palabra significaba «juego de la vida»; que quería presenciar la gloria de lo que Marlin había hecho; que quería que la hermana Amelia regresase junto a él antes de darse a conocer; que había hallado otras profecías aparte de las que Richard había destruido y que había invocado una profecía llamada disyuntiva vinculante.

—Eso es todo lo que recuerdo. ¿Por qué miras el Alcázar tan atentamente?

—Me pregunto por qué la hermana Amelia fue al Alcázar y qué pensaba hacer Marlin allí. ¿Alguna idea?

—No. Jagang no me lo dijo. Richard, ¿has visto la profecía del pozo?

Richard notó cómo el estómago se le encogía.

—Sí —respondió.

—¿Y bien? ¿Qué dice?

—No lo sé. Tengo que traducirla.

—Richard Rahl, tal vez eres capaz de reconocerme sin necesidad de verme cuando entro en una habitación, pero yo sé cuándo me mientes sin necesidad de mirarte a los ojos.

Richard no pudo reprimir una sonrisa.

—Las profecías son más complicadas que las palabras que las componen, ya lo sabes. A veces no significan lo que parece. Además, el hecho de que Jagang haya encontrado una profecía no quiere decir que pueda invocarla.

—Sí. Todo eso es cierto. Yo misma me lo he dicho. Jagang afirmó que la luna roja sería la prueba de que la ha invocado. Supongo que no es muy probable que la luna...

Richard giró bruscamente sobre sus talones.

—¿Qué acabas de decir? Eso no me lo habías dicho. ¿Cuáles fueron las palabras de Jagang?

Kahlan palideció.

—No me acordaba... hasta que dijiste... Bueno, le dije a Jagang que no creía que hubiese invocado la profecía. Entonces él me respondió que la prueba se manifestaría con la luna roja. Richard, ¿sabes qué significa?

Richard sentía la lengua pesada como el plomo. Se obligó a parpadear.

—Anoche la luna fue roja. Me he pasado al aire libre la mayor parte de mi vida y jamás había visto nada ni remotamente parecido. Fue como mirar la luna a través de una copa de vino tinto. Se me puso la carne de gallina. Por eso volví antes.

—Richard, ¿qué dice la profecía? Dímelo.

El joven se quedó mirándola fijamente, tratando de inventarse una mentira verosímil. No pudo.

—Dice —susurró—: «Con la luna roja se desatará el incendio. El que porta la espada verá cómo su gente muere. Si no hace nada, él y todos sus seres queridos morirán abrasados en las llamas, pues el enemigo es inmune a cualquier espada forjada con acero o conjurada mediante hechicerías».

Sobrevino un silencio sepulcral. Kahlan se había quedado blanca.

—¿Cómo sigue? Jagang dijo que era una profecía disyuntiva. ¿Qué dice la... —la voz se le quebró— la otra parte? Dímelo, Richard. No me mientas. Estamos juntos en esto. Si me amas, dímelo.

«Queridos espíritus —rezó Richard para sí—, que Kahlan oiga sólo mis palabras y no mi miedo. Permitidme que al menos le ahorre eso.»

Con la mano izquierda aferraba con fuerza la empuñadura de la espada. Las letras de la palabra «verdad» grabadas sobre ella se le incrustaban en la carne. Parpadeó para aclararse la visión.

«No muestres temor», se dijo.

—«Para sofocar ese infierno deberá buscar remedio en el viento. Pero en ese camino lo alcanzará el rayo, pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará en su sangre.»

16

Kahlan sintió cómo las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Richard —dijo, reprimiendo un sollozo—. Richard, sabes que yo nunca... Supongo que no crees que podría... Lo juro por mi vida. Yo nunca... Tienes que creerme.

Richard la rodeó con sus brazos, mientras Kahlan se deshacía en angustiosos lamentos.

—Richard —sollozó contra su pecho—. Yo jamás te traicionaría. Por nada de este mundo. Ni siquiera para salvarme del tormento eterno en el inframundo a manos del Custodio.

—Lo sé. Claro que lo sé. Sabes tan bien como yo que no se puede entender una profecía por sus palabras. No dejes que te afecte. Es lo que quiere Jagang. Él ni siquiera sabe qué significa, simplemente la puso allí porque las palabras le sonaban como algo que quería oír.

—Pero yo... —Era incapaz de dejar de llorar.

—Chissss. —Richard la atrajo de nuevo hacia sí con una de sus grandes manos.

El miedo de la noche anterior y el terror, aún peor, de la profecía desembocó en llanto incontrolable. Kahlan, que jamás había llorado ante una batalla, lloraba en la seguridad de los brazos de Richard. Un torrente de lágrimas no menos impetuoso que el torrente del túnel del subsuelo la arrastró.

—Kahlan, no debes creer eso. Por favor.

—Pero la profecía dice que yo...

—Escúchame. ¿Acaso no te dije que no bajaras al pozo para interrogar a Marlin? ¿No te dije que yo mismo lo haría cuando regresara, que era peligroso y que no quería que bajaras?

—Sí, pero temía por ti y sólo quería...

—Fuiste en contra de mi voluntad. No importan tus razones, fuiste en contra de mi voluntad, ¿verdad? —Kahlan asintió contra su pecho—. Ésa podría ser la traición de la que habla la profecía. Estabas herida y sangrabas. Me traicionaste y estabas cubierta de sangre. De tu propia sangre.

—Yo no diría que eso fue una traición. Lo estaba haciendo por ti, porque te quiero y temía por ti.

— Pero ¿es que no lo ves? Las palabras de una profecía no siempre significan lo que parece. En el Palacio de los Profetas, en el Viejo Mundo, Warren y Nathan me advirtieron de que las profecías no deben interpretarse según las palabras. Las palabras tan sólo se relacionan indirectamente con la profecía.

—No veo cómo...

—Sólo estoy diciendo que podría tratarse de algo tan simple como eso. No permitas que una profecía te asuste. No lo permitas.

—Zedd me dijo eso mismo. Dijo que hay profecías sobre mí que no me revelaría, porque uno no puede fiarse de las palabras. Dijo que hacías bien en no hacer caso de las palabras proféticas. Pero esto es diferente, Richard. Esta profecía afirma que te traicionaré.

—Ya te he dicho que podría tener una explicación muy sencilla.

—Un rayo no es simple. Ser alcanzado por un rayo es símbolo de que morirás o incluso tal vez una declaración directa de cómo vas a morir. La profecía afirma que te traicionaré y que por eso morirás.

—Yo no lo creo, Kahlan. Te quiero. Sé que eso no es posible. Tú no me traicionarías ni me causarías ningún daño. Sé que no lo harías.

Kahlan se aferró a su camisa. Sollozaba.

—Por eso Shota envió a Nadine. Quiere que te cases con otra, porque sabe que yo te llevaré a la tumba. Shota trata de salvarte... de mí.

—En el pasado ya lo creyó y resultó que estaba equivocada. ¿Lo recuerdas? Si Shota se hubiera salido con la suya, no habríamos sido capaces de detener a Rahl el Oscuro. De haber cedido a la visión del futuro de Shota, ahora mismo Rahl el Oscuro nos gobernaría a todos. Esta profecía no es distinta. —Richard la agarró por los hombros y la apartó para mirarla a los ojos—. ¿Me quieres?

Aunque Richard le estaba haciendo daño en el hombro, Kahlan no quiso apartarse.

—Más que a la vida misma.

—En ese caso, confía en mí. No pienso permitir que esto nos destruya. Al final todo se arreglará, ya lo verás. Si nos concentramos en el problema, no podremos pensar en la solución.

Kahlan se secó las lágrimas. Richard parecía tan seguro de sí mismo que eso la calmó y le levantó el ánimo.

—Tienes toda la razón. Lo siento.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Pues claro, pero no podemos abandonar nuestra responsabilidad para emprender un viaje tan largo.

—La sliph.

—¿Qué?

—La sliph, en el Alcázar del Hechicero. He estado pensando: viajamos en ella, con su magia, hasta el Viejo Mundo y volvimos en apenas un día de ida y otro de vuelta. Podría despertar a la sliph y viajar en ella.

—Pero nos llevaría al Viejo Mundo, a la ciudad de Tanimura. Jagang está en algún sitio cerca de Tanimura.

—Que sigue estando mucho más cerca del poblado de la gente barro que Aydindril. Además, creo que la sliph puede viajar a otros lugares. Me preguntó adónde quería ir. Eso significa que puede llegar a otros destinos. Tal vez nos podría dejar mucho más cerca que Tanimura.

Kahlan olvidó las lágrimas ante la perspectiva de casarse y levantó la mirada hacia el Alcázar.

—Podríamos viajar hasta la aldea de la gente barro, casarnos y regresar en cuestión de pocos días. Seguro que por unos días no pasa nada.

Richard sonrió y sus brazos la enlazaron por detrás.

—Seguro que sí —afirmó.

Kahlan se secó las últimas lágrimas mientras se daba la vuelta en sus brazos.

—¿Cómo te las apañas para tener siempre ideas brillantes?

—Bueno, es que estoy muy motivado —respondió, señalando con la cabeza hacia la cama.

Una risueña Kahlan se disponía a recompensarlo con algo definitivamente indecente cuando alguien llamó a la puerta. Se abrió inmediatamente antes de esperar respuesta. Nancy asomó la cabeza.

—¿Estáis bien, Madre Confesora? —preguntó. Miraba muy expresivamente a Richard.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Lady Nadine pregunta si os puede cambiar la cataplasma.

—¿De veras? —repuso Kahlan en tono sombrío.

—Sí, Madre Confesora. Pero si os sentís... indispuesta, le pediré que espere hasta que...

—Hazla pasar —interpuso Richard.

Nancy vaciló.

—Será preciso descubriros la parte superior del torso, Madre Confesora. Para dejar al descubierto el vendaje.

—No pasa nada —le susurró Richard al oído—. Debo hablar con Berdine. Tengo un trabajo para ella.

—Espero que no sea nada relacionado con estiércol de caballo.

Richard sonrió.

—No. Quiero que trabaje en el diario de Kolo.

—¿Por qué?

Richard le plantó un beso en la coronilla.

—El conocimiento es un arma, y tengo intención de armarme de una manera formidable. —Echó una ojeada a Nancy—. ¿Te ayudo a desvestirla?

Nancy consiguió poner ceño y sonrojarse al mismo tiempo.

—Supongo que eso significa que te las puedes arreglar sola. Esperaré hasta que Nadine haya acabado contigo, y luego iremos a ver juntos a ese tal Drefan —dijo a Kahlan desde la puerta—. Tengo una misión para él y me gustaría que me acompañaras.

Después de cerrar la puerta, Nancy se echó hacia atrás su corto pelo castaño y se colocó a espaldas de Kahlan para ayudarla con el vestido.

—Vuestro vestido de Madre Confesora, el que llevabais ayer, no se puede arreglar.

—No me sorprende. —Las Confesoras poseían una colección de vestidos todos iguales de color negro. Solamente la Madre Confesora vestía de blanco. Kahlan pensó en el vestido azul que llevaría en su boda—. Nancy, ¿recuerdas cuando tu marido te cortejaba?

Nancy se quedó quieta.

—Sí, Madre Confesora.

—En ese caso, puedes imaginarte cómo te hubieras sentido si alguien no hubiese dejado de asomar la nariz cuando estabais a solas tú y él.

Nancy aflojó el vestido sobre el hombro de Kahlan.

—Madre Confesora, no se nos permitió estar a solas hasta que no estuvimos casados. Yo era joven e ignorante. Mis padres hicieron bien en vigilarme y controlar los impulsos de la juventud.

—Nancy, yo soy una mujer adulta y la Madre Confesora. No puedo permitir que tú y las demás doncellas no dejéis de asomar la cabeza en mi habitación siempre que Richard está conmigo. ¡Ay!

—Lo siento. Ha sido por mi culpa. No es correcto, Madre Confesora.

—Eso debo decidirlo yo.

—Si vos lo decís, Madre Confesora...

Kahlan mantuvo el brazo extendido mientras Nancy le quitaba la manga por la mano.

—Sí, lo digo yo.

Nancy lanzó una mirada hacia el lecho.

—Vos fuisteis concebida en esa cama. Quién sabe cuántas Madres Confesoras antes que vos concibieron a sus hijas en esa misma cama. Posee un legado de tradición. Tan sólo Madres Confesoras casadas llevaron a sus hombres a ese lecho para tener descendencia.

—Y ninguna de ellas lo hizo por amor. Yo no fui concebida por amor, Nancy. Si algún día tengo descendencia, será por amor.

—Razón de más para que ocurra por la gracia de los buenos espíritus, dentro de la santidad del matrimonio.

Kahlan se calló que los buenos espíritus los habían conducido a un lugar entre los mundos para santificar su unión.

—Los buenos espíritus ven en nuestros corazones; ni para Richard ni para mí existe ni existirá nunca nadie más.

Nancy se afanaba con el vendaje.

—Os mostráis ansiosa. Como mi hija y su joven prometido.

Si Nancy supiera hasta qué punto estaba ansiosa.

—No es eso —protestó—. Yo sólo digo que no quiero que entréis a cada momento cuando estoy con Richard. Pronto nos casaremos. Estamos irreversiblemente comprometidos el uno con el otro.

»Estar enamorado conlleva mucho más que sexo solamente, ¿sabes? Por ejemplo estar cerca, uno en brazos del otro. ¿Entiendes eso? ¿Cómo quieres que bese a mi futuro marido y que me consuele de mis heridas si no dejas de asomar la cabeza cada dos minutos? ¿Crees que puedo?

—No, Madre Confesora.

Nadine llamó a la puerta abierta.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Entra. Deja la bolsa encima de la cama. Ahora ya puedo sola, Nancy, gracias.

Nancy cerró la puerta tras ella sacudiendo la cabeza con desaprobación. Nadine se sentó en la cama junto a Kahlan y acabó de quitarle el vendaje. Kahlan torció el gesto al fijarse en el vestido que llevaba.

—Nadine, ese vestido... es el mismo que llevabas ayer, ¿verdad?

—Pues claro.

—Parece...

Nadine se miró a sí misma.

—Las doncellas me lo lavaron, pero... Oh, ya sé a qué te refieres. Se me rompió en los túneles bajo el agua. Parte de la tela de las costuras se estropeó, y para salvarlo he tenido que entrarlo.

»Desde que salí de casa no he tenido mucho apetito pensando en... ya sabéis, y de tanto ir de aquí para allá he adelgazado un poco, así que he podido entrar las costuras y salvar el vestido. No es demasiado ceñido. Está bien.

—Como me ayudaste, me ocuparé de que te den otro vestido más cómodo.

—No. Éste ya me va bien.

—Ya lo veo.

—Bueno, la herida no ha empeorado. Eso es alentador. —Retiró cuidadosamente la vieja cataplasma—. Cuando salía he visto a Richard. Parecía disgustado. No habréis discutido, espero.

Kahlan perdió la paciencia.

—No. Se ha disgustado por otra cosa.

Nadine hizo una pausa, se volvió hacia la bolsa y sacó un cuerno. Al abrirlo, la fragancia de resina de pino saturó el aire. Kahlan se estremeció cuando Nadine lo aplicó sobre la cataplasma con ligeros toques. Una vez satisfecha comenzó a vendar de nuevo el brazo.

—No debes sentirte incómoda —comentó en tono casual—. Todos los enamorados discuten de vez en cuando, pero no por eso se acaba la relación. Estoy segura de que Richard entrará en razón tarde o temprano.

—De hecho, le dije que entendía lo vuestro, lo que ocurrió entre vosotros. Por eso estaba tan disgustado.

Nadine vendó más lentamente.

—¿De qué hablas?

—Le conté lo que me dijiste, que lo preparaste todo para que Richard te pillara besando a su hermano. El «empujoncito». ¿Recuerdas?

Nadine acercó los extremos del vendaje y, de pronto, sus dedos trabajaron muy rápidamente para entrelazarlos.

—Oh, eso.

—Sí, eso.

Nadine le escondía la mirada. Metió la mano de Kahlan en la manga, acabó de cubrirle el hombro con el vestido y rápidamente devolvió el cuerno a la bolsa.

—Bueno, ya hemos acabado. Esta tarde te la volveré a cambiar.

Kahlan contempló a Nadine mientras cogía la bolsa y se apresuraba a llegar a la puerta. La llamó. Nadine se detuvo de mala gana y se volvió a medias.

—Parece que me mentiste. Richard me contó lo que ocurrió realmente.

Las pecas de Nadine desaparecieron bajo un vivo rubor. Kahlan se levantó y señaló con un gesto una silla almohadillada de terciopelo.

—¿Lo aclaramos? Me gustaría conocer tu versión de la historia.

Nadine permaneció de pie e inexpresiva un momento antes de dejarse caer en la silla. Cruzó las manos en el regazo y clavó la vista en ellas.

—Como te dije, necesitaba un empujoncito.

—¿Llamas a eso empujoncito?

La muchacha se sonrojó aún más si cabe.

—Bueno —repuso—, sabía que los chicos van de cabeza por..., que la lujuria los puede. Pensé que ésa era mi mejor baza para lograr que... tuviera que quedarse conmigo.

Kahlan se sentía confusa, pero lo ocultó.

—Era un poco tarde para eso, ¿no crees?

—No necesariamente. Tenía que acabar con uno de ellos al final, cuando dejé que Richard me pillara en esa situación, desnuda encima de Michael y disfrutando. Sabía que Michael me deseaba.

Kahlan enarcó una ceja.

—Pero ¿cómo pensabas...?

—Estaba todo calculado. Richard me seguiría. Pensé que, al verme montada encima de Michael, gritando de placer, esa visión y mi actitud entusiasta despertarían su lujuria. Entonces perdería la cabeza, abandonaría sus inhibiciones y al fin me tomaría él también.

Kahlan la miraba fijamente con expresión atónita.

—¿Y cómo iba eso a conquistar a Richard?

Nadine carraspeó.

—Bueno, me imaginé que Richard pasaría un buen rato conmigo. De eso ya me aseguraría yo. Luego, la próxima vez que me deseara, yo me negaría. Después de haber probado lo que yo podía darle, tendría tantas ganas de tenerme que me pediría que me casara con él. Si Michael también me pretendía, bueno, la elección estaría en mis manos, y yo elegiría a Richard.

»En caso de que Richard no se declarara y yo me quedara embarazada, pensaba decirle que el bebé era suyo, y Richard se casaría conmigo, porque realmente el niño podría ser suyo. Y si no me quedaba embarazada y no se declaraba, bueno, aún me quedaba Michael. Era preferible quedarme con el segundo de la lista que con ninguno.

Kahlan ignoraba qué habría sucedido; Richard no se lo había dicho. Temía que Nadine pusiera fin al relato en ese punto. Difícilmente podía admitir que no sabía qué había ocurrido y, por otra parte, le daba miedo oír que el estrambótico plan de Nadine había cosechado un éxito rotundo. En la primera versión, la del beso, Richard se había marchado. Pero Kahlan sabía que esa versión no era cierta.

Observó cómo a Nadine le latía una vena en un lado del cuello. Se cruzó de brazos y esperó.

Por fin, Nadine recuperó el habla y prosiguió.

—Bueno, ése era mi plan. Me parecía razonable. Calculé que si salía bien, conseguiría a Richard y si salía mal, me quedaría con Michael.

»Pero no funcionó como yo había imaginado. Cuando Richard nos vio se quedó helado. Yo sonreí por encima del hombro y le invité a que se uniera a la fiesta o que esperara y luego le daría lo suyo.

Kahlan contuvo la respiración.

—Ésa fue la primera vez que vi esa mirada en los ojos de Richard. No pronunció ni media palabra. Simplemente dio media vuelta y se marchó.

Nadine introdujo una mano por debajo de la cortina de pelo que le ocultaba el rostro y se la pasó por la nariz, sorbiéndose los mocos.

—Entonces pensé que al menos me quedaba Michael. Pero, cuando le dije que tendría que casarse conmigo, se echó a reír. Después de eso, ya nunca quiso volver a estar conmigo; ya había obtenido lo que quería. Yo no le servía de nada y se dedicó a conquistar otras chicas.

—Pero si estabas dispuesta a... Queridos espíritus, ¿por qué no te limitaste a seducir a Richard?

—Porque temía que él lo esperara y pudiera resistirse. Yo no era la única chica con la que bailaba. Temía que Richard no quisiera comprometerse. Si simplemente trataba de seducirle, era posible que ya estuviera preparado y me rechazara. Me llegó el rumor de que Bess Pratter lo había intentado y no le funcionó. Imaginé que necesitaba un empujón más fuerte.

»Pensé que los celos serían el acicate perfecto. Pensé que mi plan lo pillaría tan desprevenido que los celos y la lujuria le harían perder la cabeza. Entonces sería mío. Había oído decir que los dos sentimientos más poderosos en un hombre son los celos y la lujuria.

Nadine se echó la melena hacia atrás con ambas manos.

—No puedo creer que Richard te lo contara. Pensé que nunca se lo explicaría a nadie.

—No lo hizo —susurró Kahlan—. Richard se limitó a mirarme fijamente cuando le dije que me habías contado que te pilló besando a su hermano. No me explicó lo que ocurrió. Eso acabas de hacerlo tú misma.

Nadine hundió la cabeza entre las manos.

—Aunque Richard y tú crecisteis juntos, no lo conoces. Queridos espíritus, no tenías ni idea de cómo es en realidad.

—Podría haber funcionado. No sabes tanto como crees. Richard no es más que un muchacho del valle del Corzo que nunca ha tenido nada y que ahora ha perdido la cabeza con tantas cosas magníficas y con tanta gente que le obedece. Justamente por eso podría haber funcionado: porque desea lo que ve. Yo sólo trataba de mostrarle lo que tengo para ofrecer.

Kahlan sentía que la cabeza le iba a estallar. Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Nadine, los buenos espíritus son testigos de que jamás había conocido a una mujer tan estúpida como tú.

La muchacha se levantó de un salto.

—¿De veras me crees tan estúpida? Tú lo amas y quieres que sea tuyo. Sabes qué se siente aquí —prosiguió, golpeándose suavemente con un dedo encima del corazón— cuando lo deseas. Yo quería tenerlo, como tú, nada más y nada menos. Si te vieras obligada, harías lo mismo que yo. Ahora mismo, por mucho que lo conozcas, harías lo mismo que yo si ésa fuese tu única oportunidad. ¡Tú única oportunidad! ¡No me digas que no lo harías!

—Nadine —repuso Kahlan en tono calmado—, no tienes ni idea de lo que es el amor. Amar no significa coger lo que quieres, es desear que aquel a quien amas sea feliz.

Nadine se inclinó hacia ella con una fea expresión en el rostro.

—¡Si fuera necesario, harías lo mismo que yo!

La profecía sonó en un susurro en la cabeza de Kahlan: «Pero en ese camino lo alcanzará el rayo, pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará...».

—Te equivocas, Nadine. No lo haría. Por nada del mundo me arriesgaría a hacer daño a Richard. Absolutamente por nada. Preferiría vivir una vida solitaria y desgraciada antes que herirlo. Incluso preferiría que fuese tuyo antes que hacerle daño.

17

Una jadeante pero radiante Berdine se detuvo bruscamente mientras Kahlan miraba cómo Nadine se alejaba por el pasillo hecha una furia.

—Madre Confesora, lord Rahl quiere que pase toda la noche en vela trabajando para él. ¿No es maravilloso?

—Si tú lo dices, Berdine —replicó Kahlan, nada convencida.

Sin dejar de sonreír, Berdine se alejó corriendo en la misma dirección que había tomado Nadine. Richard hablaba con un grupo de soldados en el mismo corredor, aunque en la dirección contraria. Por detrás de los soldados, algo alejados, Cara y Egan vigilaban.

Al verla, Richard dejó a los guardias y fue a reunirse con ella. Cuando lo tuvo suficientemente cerca, Kahlan lo agarró por la camisa y lo atrajo hacia sí.

—Dime sólo una cosa, Richard Rahl —dijo hablando entre dientes.

—¿Qué? —preguntó Richard en inocente desconcierto.

—¿Por qué bailaste con esa ramera?

—Kahlan, jamás te había oído hablar de ese modo. —Richard echó un vistazo al pasillo en la dirección en la que se había alejado Nadine—. ¿Cómo se lo has sonsacado?

—Engañándola.

Richard esbozó una astuta sonrisa.

—Le dijiste que yo te lo había contado, ¿no es eso? —Ante el gesto de asentimiento de Kahlan, la sonrisa se hizo más amplia—. Me temo que soy una mala influencia para ti.

—Richard, siento haberle pedido que se quedara. No lo sabía. Si alguna vez le pongo las manos encima a Shota, la estrangularé. ¿Me perdonas por haber pedido a Nadine que se quedara?

—No hay nada que perdonar. Mis emociones casi me impiden verlo. Hiciste bien en pedirle que se quedara.

—Richard, ¿estás seguro?

—Tanto Shota como la profecía mencionan el «viento». Nadine tiene un papel en todo esto; de momento debe quedarse. Será mejor ponerla bajo vigilancia para que no se le ocurra irse.

—No necesitamos guardias. Nadine no se irá.

—¿Cómo estás tan segura?

—Los buitres no se van. Mientras creen que hay huesos que limpiar, vuelan en círculos. —Kahlan volvió la vista hacia el corredor vacío—. De hecho, ha tenido la frescura de decirme que yo habría hecho exactamente lo mismo que ella.

—Nadine me da un poco de lástima. Tiene muchas cosas buenas, pero dudo que jamás experimente el amor verdadero.

Kahlan notaba el calor de Richard a su espalda.

—¿Cómo es posible que Michael te hiciera eso? ¿Cómo pudiste perdonarlo?

—Era mi hermano —susurró Richard—. Le habría perdonado cualquier cosa que hiciera contra mí. Algún día tendré que comparecer delante de los buenos espíritus. No quiero darles una razón para que afirmen que yo no he sido mejor que él. Lo que no pude perdonarle fue lo que hizo a otras personas.

Kahlan lo consoló posando una mano sobre su brazo.

—Ahora entiendo por qué quieres que esté presente cuando conozcas a Drefan. Con Michael los espíritus te sometieron a una prueba muy dura. Creo que en Drefan encontrarás a un hermano mejor. Tal

vez sea un poco arrogante, pero es un sanador. Además, difícilmente podrías tener otro hermano tan perverso.

—Nadine también es sanadora.

—No, comparada con Drefan. Él posee una habilidad casi mágica.

—¿Crees que posee magia?

—No lo creo, pero no tengo modo de saberlo.

—Yo lo sabré. Si posee el don, lo sabré.

Los guardias apostados cerca de los aposentos de la Madre Confesora saludaron después de que Richard les impartió instrucciones. Siguieron caminando por el pasillo, uno al lado del otro. Cara se puso firme cuando Richard se detuvo ante ella e incluso Egan pareció animarse un poco, lleno de expectativas. Kahlan se dijo que Cara se veía cansada y desgraciada.

—Cara —dijo finalmente Richard—, voy a ver al sanador que te ayudó. Tengo entendido que es otro hijo bastardo de Rahl el Oscuro, como yo. ¿Por qué no nos acompañas? Me gustaría contar con una... amiga a mi lado.

—Como deseéis, lord Rahl —repuso la mord-sith al borde del llanto.

—Sí, lo deseo. Ven tú también, Egan. He dicho a los soldados que os dejen pasar. Ve a buscar a Raina y Ulic, y que vengan también.

—Justo detrás de vos, lord Rahl —dijo Egan con una de sus infrecuentes sonrisas.

—¿Dónde dijiste a Drefan que esperara? —preguntó Kahlan.

—Ordené a los guardias que lo condujeran a una habitación de invitados en el ala sudeste.

—¿En el otro extremo de palacio? ¿Por qué tan lejos?

Richard le dirigió una mirada inescrutable.

—Quería que se quedara ahí, bajo vigilancia, lo más lejos posible de tus habitaciones.

Cara aún llevaba las prendas de cuero rojo; no había tenido tiempo de cambiarse. Los soldados que custodiaban el ala sudeste del Palacio de las Confesoras saludaron llevándose el puño al corazón y se apartaron para dejar paso a Richard, Kahlan, Ulic, Egan y Raina, vestida de cuero marrón. Al ver a Cara retrocedieron un paso más. Ningún d'haraniano quería arriesgarse a llamar la atención de una mord-sith vestida de rojo.

Tras atravesar el palacio a paso ligero, se detuvieron delante de una sencilla puerta custodiada por acero, músculos y cuero. Inconscientemente, Richard levantó ligeramente la espada y volvió a dejarla caer para comprobar que podía desenvainarla fácilmente.

—Creo que él está más asustado que tú —le susurró Kahlan—. Es un sanador. Dice que ha venido a ayudarte.

—Resulta que se presentó aquí, para ayudar, el mismo día que Nadine y Marlin. No creo en las coincidencias.

Kahlan reconoció esa mirada en sus ojos; emanaba un flujo letal de magia procedente de la espada, sin necesidad siquiera de tocarla. Cada centímetro de su cuerpo, cada pliegue de sus duros músculos, cada movimiento fluido reflejaba la muerte que acechaba en la calma.

Richard abrió la puerta de par en par sin llamar y entró en la pequeña habitación sin ventanas. Era una de las habitaciones de invitados más sencillas y más pobremente amuebladas, sólo con una cama, una mesa pequeña y dos sencillas sillas de madera. A un lado, los nudos de la madera de pino de un armario muy sencillo parecían mirarlos como si fuesen ojos. Una pequeña chimenea de ladrillos apenas calentaba el aire frío y fragante.

Kahlan tenía cogido a Richard por el brazo izquierdo medio paso por detrás de él, pues jamás se le ocurriría ponerse en el camino de su espada. Ulic y Egan se desplegaron a ambos lados. El techo era tan

bajo que sus rubios cabellos casi lo rozaban. Cara y Raina se abrieron aún más para proteger a Richard y Kahlan.

Drefan estaba arrodillado delante de la mesa, situada contra la pared más alejada. Había colocado al azar docenas de velas encima de la mesa. Al oír el alboroto se levantó con soltura y se volvió.

Sus ojos azules contemplaron a Richard como si en la habitación no hubiera nadie más que él. Tanto Richard como Drefan se evaluaban mutuamente, absortos en silenciosos pensamientos que Kahlan solamente podía imaginar.

De pronto Drefan se arrodilló e inclinó la cabeza hasta el suelo.

—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

Kahlan vio cómo los dos corpulentos guardaespaldas de Richard y ambas mord-sith casi se hincaban de rodillas en un movimiento reflejo para unirse a la plegaria dirigida al amo de D'Hara. Había visto a innumerables d'haranianos en Aydindril unidos en ese ritual. Ella estaba al lado de Richard cuando las Hermanas de la Luz se arrodillaron y le juraron fidelidad. Richard le había explicado que cuando Rahl el Oscuro vivía, en el Palacio del Pueblo de D'Hara, todos acudían a los patios de oración dos veces al día y durante dos horas repetían esas palabras una y otra vez, con la cabeza inclinada tocando el suelo de baldosas.

Drefan se levantó. Se veía relajado y seguro de sí mismo. Iba vestido noblemente con una camisa blanca fruncida, abierta hasta medio pecho, botas altas dobladas justo por debajo de las rodillas y unos pantalones oscuros ceñidos que resaltaban su masculinidad. Kahlan notó que se sonrojaba y se forzó a mirar a otra parte. Contó hasta cuatro bolsas de piel sujetas al ancho cinturón de cuero, que se mantenían cerradas mediante alfileres de hueso tallados. Sobre los hombros le caía en amplios pliegues la sencilla capa de lino que ya le había visto la noche anterior.

Era un hombre realmente apuesto: de la misma estatura y complexión que Richard, y las atractivas facciones de Rahl el Oscuro. El alborotado pelo rubio resaltaba la belleza de su bronceado rostro. Kahlan no pudo evitar quedarse mirando fijamente esa combinación de rasgos de Richard y de Rahl el Oscuro.

—¿Qué es eso? —preguntó Richard, señalando las velas.

Drefan respondió con la mirada azul prendida en Richard.

—Estaba rezando, lord Rahl. Me ponía en paz con los buenos espíritus por si acaso me reúno con ellos en este día.

No había ni rastro de timidez en su voz; era una afirmación simple y segura.

Richard inspiró profundamente, hinchando el pecho, y luego soltó el aire.

—Cara, quédate. Raina, Ulic y Egan, por favor esperad fuera. Yo primero —les dijo mientras se iban.

Todos asintieron con gesto torvo. Era una clave: si Richard no salía de la habitación el primero, debían matar a Drefan cuando saliera. Era una precaución que también Kahlan utilizaba.

—Me llamo Drefan, lord Rahl. Estoy a vuestro servicio, si me consideráis digno de ello. —Inclinó la cabeza hacia Kahlan—. Madre Confesora.

—¿Qué querías decir con eso de reunirte con los buenos espíritus?

Drefan introdujo las manos en las mangas del brazo opuesto.

—Es una historia un poco larga, lord Rahl.

—Saca las manos de las mangas y cuéntamela.

Drefan obedeció.

—Perdón —se disculpó. Se levantó la capa con el dedo meñique para mostrar el cuchillo largo y delgado que llevaba envainado al cinto. Lo desenvainó usando el pulgar y el índice, le dio la vuelta en el aire y lo atrapó por la punta—. Lo siento. Quería quitármelo antes de vuestra visita.

Sin volverse, lanzó el cuchillo por encima del hombro. El arma se clavó en la pared. Entonces se agachó, se sacó un cuchillo más pesado de la bota y lo arrojó con la otra mano por encima del hombro, mientras se enderezaba. Finalmente buscó con una mano en la espalda, por debajo de la capa, y sacó otro cuchillo con hoja siniestramente curva. Sin mirar, lo lanzó a la pared de detrás, entre los dos cuchillos clavados allí.

—¿Llevas más armas? —preguntó Richard sin dejarse impresionar por la exhibición.

Drefan extendió los brazos.

—Mis manos y mis conocimientos, lord Rahl. —Seguía con las manos extendidas—. Pero ni siquiera mis manos serían lo suficientemente rápidas contra vuestra magia, lord Rahl. Por favor, registradme para aseguraros de que voy desarmado.

Richard no aceptó la oferta.

—Bueno, ¿y la historia?

—Soy el hijo bastardo de Rahl el Oscuro.

—Como yo.

—No exactamente. Vos sois el heredero de Rahl el Oscuro, pues nacisteis con el don. Hay una diferencia abismal, lord Rahl.

—¿De veras? Rahl el Oscuro violó a mi madre. Muchas veces he considerado que el don era una maldición.

Drefan asintió con gesto deferente.

—Como vos digáis, lord Rahl. Pero Rahl el Oscuro no juzgaba a sus vástagos del mismo modo que vos. Para él, había un heredero y había malas hierbas. Vos sois su heredero; yo, una de sus malas hierbas.

»Para el amo de D'Hara, las formalidades asociadas con la concepción eran irrelevantes. Las mujeres eran... bueno, simplemente existían para darle placer y hacer germinar su semilla. A sus ojos, aquellas que concebían un fruto de baja calidad, es decir sin el don, eran terreno estéril. Incluso vuestra madre, después de darle el fruto que tanto ansiaba, no habría sido para él más importante que la tierra de su huerto más codiciado.

Kahlan apretó el brazo de Richard.

—Cara me dijo lo mismo. Me contó que Rahl el Oscuro... eliminaba a quienes no heredaban el don.

Richard se puso tenso.

—¿Mató a mis hermanos y hermanas?

—Sí, lord Rahl —respondió Cara—. No de un modo metódico, sino por capricho o porque estaba de mal humor.

—No sabía nada sobre otros hijos. Ni siquiera supe que Rahl el Oscuro era mi padre hasta el pasado otoño. ¿Cómo es que tú te salvaste?

—Mi madre no fue... —Drefan se interrumpió. Buscaba una manera inocua de decirlo—. No recibió un trato tan desconsiderado como vuestra respetada madre, lord Rahl.

»Mi madre era una mujer ambiciosa y muy codiciosa. Para ella nuestro padre era el modo de medrar. Por lo que me han contado, era hermosa de rostro y figura, y fue una de las pocas a las que Rahl el Oscuro llamó a su lecho en repetidas ocasiones. Normalmente no sucedía. Al parecer, lo encandiló con sus encantos. Para decirlo sin rodeos, era una puta muy habilidosa.

»Esperaba ser la que le diera un heredero con el don, lo que creía que mejoraría su posición con Rahl el Oscuro. Pero fracasó. —Drefan palideció—. Me tuvo a mí.

—Tal vez para ella eso fuera un fracaso —dijo Richard en tono suave—, pero para los buenos espíritus no lo eres. A sus ojos, no eres menos que yo.

Drefan esbozó una leve sonrisa.

—Gracias, lord Rahl. Sois muy magnánimo al ceder a los buenos espíritus lo que por derecho les corresponde. No todos los hombres lo hacen. «Tu sabiduría nos hace humildes...» —añadió, citando la plegaria.

Drefan estaba consiguiendo ser respetuoso sin ser servil, sinceramente deferente sin perder el aire de nobleza. A diferencia de como se había comportado en el pozo, era exquisitamente educado y emanaba el porte de un Rahl; ni todas las reverencias del mundo podrían menoscabar su aplomo. Al igual que Richard, se comportaba con una autoridad natural.

—¿Y qué ocurrió?

Drefan inspiró profundamente antes de responder.

—Cuando aún era un bebé, mi madre me llevó a un mago para descubrir si tenía el don, con la esperanza de presentar a Rahl el Oscuro el heredero que le reportara a ella riquezas, posición social y la adoración de Rahl el Oscuro. ¿He mencionado ya que mi madre era estúpida?

Richard no respondió. Drefan continuó.

—El mago le comunicó la mala noticia: yo había nacido sin el don. En vez de dar a luz al que debía abrirle la puerta a una vida de lujos, había dado a luz a su perdición. De todos era sabido lo que hacía Rahl el Oscuro con mujeres como ella: arrancarles los intestinos centímetro a centímetro.

—Es evidente que no se fijó en ti. ¿Por qué? —quiso saber Richard.

—Fue gracias a mi querida madre. Sabía que podía criarme sin que mi padre se fijara en mí e incluso sin que me matara, pero también sabía que sería una vida muy dura, siempre huyendo y asustándose cada vez que alguien llamara a la puerta.

»Por eso, cuando sólo era un bebé me llevó a una remota comunidad de sanadores, con la esperanza de que me criaran en el anonimato. De ese modo mi padre jamás sabría de mi existencia y no me mataría.

—Tuvo que ser muy duro para ella —comentó Kahlan.

Los penetrantes ojos azules de Drefan se posaron en ella.

—Para curarse la pena se recetó a sí misma una potente cura que le proporcionaron los sanadores: beleño.

—Beleño —repitió Richard en tono inexpresivo—. El beleño es venenoso.

—Sí. Actúa rápidamente pero, por desgracia, causa una muerte muy dolorosa.

—¿Y quienes se decían sanadores le proporcionaron el veneno? —inquirió Richard incrédulamente.

La mirada de halcón de Drefan, ensombrecida por el reproche, volvió a posarse en Richard.

—Ser sanador significa proporcionar el remedio que cada persona necesita. Y, a veces, ese remedio es la muerte.

—Ésa no es mi definición de sanador —replicó Richard, devolviéndole a su vez la mirada de halcón.

—El mejor modo de ayudar a una persona que se está muriendo sin esperanzas de recuperarse y que sufre intensos dolores es poner fin a esos sufrimientos. Es un acto de benevolencia.

—Tu madre no se estaba muriendo sin esperanzas de recuperarse.

—Si Rahl el Oscuro la hubiese encontrado, le habría causado mucho sufrimiento, por no decir más. No sé cuánto sabes acerca de nuestro padre, pero era conocido por su inventiva en producir dolor y prolongarlo. Mi madre vivía aterrorizada por lo que pudiera pasarle. Tenía tanto miedo que casi se volvió loca. Se echaba a llorar cuando veía una sombra. Los sanadores no podían hacer nada para salvarla de ese destino, para protegerla de Rahl el Oscuro. Si Rahl el Oscuro quería encontrarla, daría con ella. Si se hubiera quedado en la comunidad de sanadores, y él la descubría, los habría asesinado a todos por ocultarla. Mi madre sacrificó su vida para darme a mí la oportunidad de tener una.

Kahlan se sobresaltó cuando un tronco crepitó con fuerza en la chimenea. Drefan no se inmutó ni tampoco Richard.

—Lo lamento —murmuró Richard—. Mi abuelo se llevó a su hija, mi madre, a la Tierra Occidental para ocultarla de Rahl el Oscuro. Supongo que también él sabía el peligro que corríamos ambos, ella y yo.

Drefan se encogió de hombros.

—En ese caso, nos parecemos mucho: los dos somos desterrados de nuestro padre. No obstante, a ti no te habría matado.

Richard asintió para sí.

—Trató de hacerlo.

—¿De veras? —inquirió Drefan, muy interesado—. ¿Quiso matar al heredero con el don que tanto había deseado?

—No sabía que era mi padre, ni yo tampoco. —Richard desvió la conversación hacia el tema original—. Dime, ¿qué es eso de ponerte en paz con los buenos espíritus por si acaso te reúnes con ellos en este día?

—Los sanadores que me criaron nunca me ocultaron mi identidad. Desde que tengo uso de razón he sabido que era el bastardo de nuestro amo, del Padre Rahl. Siempre supe que él podía aparecer en cualquier momento y matarme. Cada noche rezaba y daba gracias a los buenos espíritus por haberme permitido vivir otro día libre de mi padre y de lo que me haría.

—¿Los sanadores no tenían miedo de que apareciera y los matara también a ellos por esconderte?

—Tal vez. Pero siempre lo descartaban. Decían que no temían por su suerte, que siempre podían decir que alguien me abandonó cuando era un bebé y que ignoraban quién era mi padre.

—Debe de haber sido una vida muy dura.

Drefan les dio la espalda y se quedó mirando fijamente las velas unos minutos antes de proseguir.

—Pero estaba vivo. Era la única vida que conocía. Eso sí, me sentía triste y cansado de vivir cada día con el miedo de lo que pudiera pasar.

—Ahora está muerto —dijo Richard—. Ya no tienes nada que temer.

—Por eso he venido. Cuando noté que el vínculo se rompía, y más tarde se confirmó que Rahl el Oscuro había muerto, decidí poner fin a mi terror secreto. Desde el momento que llegué he estado bajo custodia. Sabía que no era libre de abandonar esta habitación. Conozco la reputación de los guardias personales que os protegen. Era parte del riesgo que corrí al venir.

»Ignoraba si también el nuevo lord Rahl querría eliminarme, pero decidí poner fin a la permanente sentencia de muerte que pende sobre mi cabeza. He venido a ofrecer mis servicios al amo de D'Hara, si es que me acepta o, si ésa es su voluntad, a morir por el crimen que cometí al nacer. De un modo u otro mi tormento acabará. Quiero que acabe.

Drefan se volvió hacia Richard. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Ya conocéis la historia, lord Rahl. Perdonadme o matadme. Ya no sé qué prefiero, pero os suplico que pongáis fin a mi tormento de un modo u otro.

El sanador respiraba entrecortadamente. Se hizo un largo silencio mientras Richard observaba con atención a su hermanastro. Kahlan sólo podía imaginarse lo que estaría pensando Richard, las emociones que debían despertarle tales reflexiones, las dolorosas sombras del pasado y la luz de esperanza del posible futuro.

Finalmente, le tendió la mano.

—Drefan, llámame Richard. Bienvenido a la nueva D'Hara, a una D'Hara que lucha para liberarse del terror. Luchamos para que nadie tenga que vivir asustado, como tú has vivido.

Los dos hombres se agarraron por la muñeca. Ambos poseían manos fuertes y grandes.

—Gracias, Richard —susurró Drefan.

18

—Me han contado que salvaste la vida de Cara —dijo Richard—. Quiero darte las gracias. Supongo que no fue fácil, sabiendo que era una de mis guardaespaldas y que si las cosas se ponían feas para ti, podría ser quien te matara.

—Soy un sanador. Yo me dedico a curar..., Richard. Me temo que me va a costar no llamarte lord Rahl, al menos hasta que me acostumbre. Me siento vinculado a ti como lord Rahl.

Richard se encogió de hombros, incómodo.

—Yo aún no me he acostumbrado a que la gente me llame lord Rahl. ¿Tenemos... sabes si tenemos... algún otro hermanastro o hermanastra?

—Estoy seguro que sí. Alguno debe de haber sobrevivido. Oí rumores de que teníamos una hermana más joven, y tal vez haya otros.

—¿Una hermana? —Richard sonrió—. ¿De verdad? Una hermana. ¿Dónde crees que puede estar? ¿Sabes cómo se llama?

—Lo siento, lord... Richard, pero únicamente sé su nombre, Lindie. Según el rumor, si sigue viva, debe de tener unos catorce años. La persona que me dijo su nombre me aseguró que solamente conocía su nombre de pila, Lindie, y que nació en D'Hara, al sudoeste del Palacio del Pueblo.

—¿Algo más?

—Me temo que no. Te he dicho todo lo que sé. ¿Cómo te sientes? —preguntó a Kahlan—. ¿La mujer de las hierbas, ahora no recuerdo su nombre, te suturó la herida como es debido?

—Sí —respondió Kahlan—. Nadine hizo un buen trabajo. Me duele un poco y también tengo dolor de cabeza, supongo que por todo lo ocurrido. Anoche no dormí muy bien por el dolor en el hombro, pero eso era de esperar. Estoy bien.

Drefan se le acercó y, antes de que Kahlan pudiera reaccionar, le había cogido el brazo. Lo levantó, lo retorció y tiró de él, preguntándole cada vez si le dolía. Cuando se dio por satisfecho, se colocó a su espalda y le sujetó la clavícula con los dedos mientras que con los pulgares le presionaba la nuca. Kahlan notó terribles punzadas de dolor que le subían por la columna. La habitación comenzó a darle vueltas.

El sanador presionó debajo del brazo y también en la parte posterior del hombro.

—Ahí. ¿Qué tal ahora?

Kahlan giró el brazo y descubrió que el dolor se había aplacado bastante.

—Mucho mejor. Gracias.

—Procura ir con cuidado al usar el brazo. He calmado el dolor, pero eso no significa que ya esté curado. ¿Aún tienes dolor de cabeza? —Kahlan asintió—. A ver qué puedo hacer.

La condujo hacia la mesa con la mano y la hizo sentarse en una silla. Drefan se quedó de pie delante de ella, tapándole a Richard. A continuación, le estiró los brazos hacia él y comenzó a apretar y manipular los meridianos de sus manos entre ambos pulgares e índices. En comparación con las manos de Drefan, las suyas parecían muy pequeñas. Tenía unas manos como las de Richard: grandes y fuertes, aunque más delicadas. Presionaba tanto que le hacía daño, pero pensó que sabía lo que se traía entre manos y no se quejó.

Como estaba de pie justo delante de ella, no le quedaba más remedio que levantar la vista para no verse forzada a clavarla en los ajustados pantalones. Kahlan contemplaba las grandes manos de Drefan amasando las suyas, los dedos del hombre masajeándola, y recordó esos mismos dedos sobre Cara. Recordó vívidamente cómo esos fuertes dedos se habían metido debajo de los pantalones de cuero rojo de Cara y entre las piernas, introduciéndose en su sexo.

Bruscamente apartó las manos.

—Gracias, estoy mucho mejor —mintió.

Drefan le sonrió con esos ojos azules de halcón de mirada penetrante, la mirada de un Rahl.

—Nunca había curado un dolor de cabeza tan rápidamente. ¿Seguro que estás mejor?

—Sí, no era nada. Ya ha desaparecido. Gracias.

—Encantado de haber podido ayudarte. —Drefan se quedó mirándola un largo momento, sin dejar de sonreír levemente. Luego se volvió hacia Richard.

—Me han dicho que vas a casarte con la Madre Confesora, aquí presente. Eres un tipo de lord Rahl muy distinto a nuestro padre. Rahl el Oscuro jamás habría soñado en casarse. Claro que seguramente nunca conoció a una mujer tan hermosa como tu prometida. Mis felicitaciones. ¿Cuándo es la boda?

—Pronto —contestó rápidamente Kahlan y se puso al lado de Richard.

—Eso es —confirmó Richard—. Pronto. Todavía no tenemos una fecha exacta. Antes tenemos que... solucionar unas cosillas.

»Oye, Drefan, tal vez podrías ayudar. Hay bastantes heridos, algunos de ellos graves. Los hirió el mismo hombre que atacó a Cara. Te agradecería mucho que pudieras echarles un vistazo y ayudarlos.

Drefan recuperó sus cuchillos y volvió a guardárselos sin necesidad de mirar lo que hacía.

—Para eso he venido, para ayudar. —Con estas palabras se encaminó hacia la puerta.

Richard lo detuvo.

—Será mejor que salga yo primero. Hasta que no revoque la orden, morirás si sales de una habitación antes que yo, lo cual sería una lástima.

Mientras Richard tomaba a Kahlan por el brazo y se volvía hacia la puerta, la mirada de la Confesora se cruzó con la de Cara un instante. Según Drefan, la mord-sith oía perfectamente lo que decían, aunque era incapaz de reaccionar. Debió de haber oído cómo advertía a Drefan de que no volviera a tocarla ahí otra vez. Debió de saber lo que Drefan le estaba haciendo, aunque al mismo tiempo era incapaz de detenerlo. Al recordarlo se acaloró.

Dio media vuelta y enlazó a Richard por la cintura para salir juntos.

Richard miró a derecha e izquierda del pasillo y, al no ver a nadie, la apoyó contra la pared recubierta por paneles, junto a la puerta de los aposentos de la Madre Confesora, y la besó en los labios. Kahlan se alegraba de que Drefan le hubiera calmado el dolor en el brazo, pues apenas le dolió al rodear el cuello de Richard.

Gimió contra la boca masculina. Había sido un día muy largo, estaba cansada y el brazo aún le dolía un poco, aunque no fue un gemido de fatiga ni de dolor, sino de deseo.

Richard la estrechó con fuerza entre sus brazos y giró, de modo que fuese él quien apoyaba la espalda en la pared y no ella. Los musculosos brazos del joven la estrechaban contra él. Los pies de Kahlan casi se levantaron del suelo a medida que el beso de Richard se fue haciendo más insistente. Kahlan le correspondió. Metió el labio inferior hacia adentro entre los dientes y se apartó un poco para recuperar el aliento.

—No puedo creer que ni Nancy ni ninguna de sus ayudantes esté aquí, esperándonos —dijo Richard.

Por su parte, él había dejado a sus guardias más atrás, antes de doblar la esquina. Por fin estaban solos, lo que era un lujo insólito. Pese a que Kahlan había crecido rodeada de gente, su constante presencia había comenzado a molestarla y había aprendido a valorar algo tan sencillo como estar sola.

Kahlan le ofreció una leve sonrisa y un rápido beso.

—No creo que Nancy nos moleste.

—¿De veras? —preguntó Richard con una sonrisa taimada—. Vaya, Madre Confesora, ¿quién va a proteger tu virtud?

Ambos labios se rozaron.

—Por los buenos espíritus, espero que nadie.

Richard la sorprendió con un súbito cambio de tema.

—¿Qué opinas de Drefan?

Kahlan no estaba preparada para contestar esa pregunta.

—¿Qué opinas tú?

—Me gustaría tener un hermano en quien confiar y en quien creer. Es un sanador. El cirujano se quedó impresionado con lo que hizo por algunos de los heridos. Dijo que al menos uno de ellos se salvaría gracias a Drefan. Nadine está más que intrigada por algunos de los compuestos que lleva en las bolsas de piel que le cuelgan del cinto. Me gustaría pensar que tengo un hermano que ayuda a sus semejantes. Nada hay tan noble como eso.

—¿Crees que posee magia?

—En sus ojos no he percibido ni rastro. Estoy seguro de que lo habría notado. No puedo explicar cómo siento la magia, cómo la veo centellear en el aire alrededor de una persona, ni cómo se refleja en su mirada, pero no percibí nada de eso en Drefan. Creo que, simplemente, es un sanador con mucho talento.

»Me alegro de que salvara a Cara. Al menos eso dijo él. Me pregunto si podría haberse recuperado por sí sola después de que Marlin murió y el vínculo que los unía se rompió.

A Kahlan no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Así que ¿no confías en él?

—No lo sé. Ya te dije que no creo en las coincidencias. —Suspiró, frustrado—. Kahlan, necesito que seas sincera conmigo y no permitas que me ciegue sólo porque Drefan es mi hermano y quiero confiar en él. No he resultado ser un buen juez de mis hermanos. Si tienes alguna razón para dudar de él, quiero que me la digas.

—De acuerdo. Me parece justo.

—Por ejemplo, ¿por qué le mentiste?

Kahlan puso ceño.

—¿De qué hablas?

—Cuando le dijiste que el dolor de cabeza había desaparecido. Me di cuenta de que mentías. ¿Por qué le dijiste que había desaparecido?

Kahlan le acarició una mejilla con la palma de la mano.

—Me gustaría que tuvieras un hermano del que pudieses sentirte orgulloso, Richard, pero quiero que sea auténtico. Supongo que lo que dijiste sobre las coincidencias me hizo desconfiar, eso es todo.

—¿Hay algo más además de lo que dije sobre las coincidencias?

—No. Espero que en Drefan encuentres un poco de amor fraterno. Rezo para que no fuese más que una coincidencia.

—Yo también.

Kahlan le apretó cariñosamente el brazo.

—Sé que tiene a todas las mujeres de palacio revolucionadas. Por las miradas de admiración que le lanzan, sospecho que no tardará en romper corazones. Prometo contarte si me da motivos para sospechar algo inapropiado.

—Gracias.

Richard no sonrió al oírle decir que todas las mujeres iban locas por Drefan. Richard jamás se había mostrado celoso, no tenía motivos y no los habría tenido ni siquiera si Kahlan no hubiese sido una Confesora, pero lo ocurrido con Michael había dejado un doloroso poso que pesaba más que las razones. Kahlan deseó no haberlo mencionado.

El joven volvió a acariciarle la cabeza y la sostuvo cogiéndola por ambos lados mientras la besaba. Kahlan se apartó.

—¿Por qué te has llevado a Nadine esta tarde?

—¿Quién?

Nuevamente Richard se inclinó hacia ella, pero Kahlan volvió a apartarse.

—Nadine. ¿La recuerdas? La mujer del vestido ajustado.

—Oh, esa Nadine.

Kahlan le propinó un codazo en las costillas.

—De modo que te has fijado en su vestido.

—¿No te ha parecido que hoy se veía distinto? —preguntó.

—Sin duda. Hoy se veía distinto. Bueno, ¿por qué razón te la has llevado contigo?

—Porque es una sanadora. Nadine no es mala persona, posee muy buenas cualidades. Pensé que, ya que tiene que quedarse, al menos podría hacer algo de provecho. Además, eso la ayudará a sentirse mejor consigo misma. Le pedí que comprobara que los hombres estuvieran preparando la infusión de roble de tanino correctamente y se asegurara de que no era demasiado aguado. Pareció feliz de ayudar.

Kahlan recordó la sonrisa de Nadine cuando Richard le pidió que lo acompañara. Desde luego se había alegrado, pero no simplemente por ayudar. Esa sonrisa era para Richard, igual que el vestido.

—¿Tú también piensas, como las demás mujeres, que Drefan es muy apuesto? —preguntó Richard.

Kahlan pensó que llevaba unos pantalones demasiado ceñidos. Atrajo a Richard para besarlo, esperando que no hubiera reparado en que se había sonrojado y lo malinterpretara.

—¿Quién? —musitó en tono soñador.

—Drefan. ¿Lo recuerdas? El hombre de los pantalones ajustados.

—Lo siento, no lo recuerdo —respondió Kahlan mientras lo besaba en el cuello. Casi era cierto. Sentía un deseo tan grande que nublaba todo lo demás.

En su mente no quedaba espacio para Drefan. Solamente podía pensar en la noche que Richard y ella compartieron en ese extraño lugar entre mundos, cuando pudieron estar juntos, realmente juntos, por primera y única vez. Deseaba tenerlo de nuevo de ese modo. Lo deseaba en ese instante.

Sabía que Richard la deseaba a ella con la misma intensidad por cómo él le acariciaba la espalda hacia abajo y por el ardor con que le besaba el cuello.

Pero también sabía que Richard no deseaba parecerse en lo más mínimo a su padre. No quería que nadie la comparara a ella con una de las mujeres de Rahl el Oscuro, no quería que la tomaran por un simple divertimento del amo de D'Hara. Por eso permitía que las mujeres del servicio lo mantuvieran a raya tan fácilmente; pese a sus frustradas quejas, se dejaba ahuyentar sin imponerles su autoridad.

También las tres mord-sith protegían su reputación para que nadie la considerara menos que la prometida del amo de D'Hara. Cada vez que ella y Richard pensaban ir a la alcoba del joven por la noche, aunque sólo fuera para hablar, Cara, Berdine o Raina se presentaban con una mordaz pregunta preparada que los mantenía separados. Y si Richard torcía el gesto, ellas le recordaban que él mismo les había ordenado que protegieran a la Madre Confesora. Richard nunca revocaba las órdenes.

Pero, ese día, las tres mord-sith seguían escrupulosamente las órdenes de Richard, así que cuando ordenó a Cara y Raina que se quedaran en el pasillo, sin doblar la esquina, ellas dos habían obedecido sin rechistar.

Como faltaba tan poco para la boda, Kahlan y Richard habían decidido esperar, aunque en realidad ya se habían acostado una vez. No obstante, esa ocasión se les antojaba irreal, pues había sucedido en un lugar entre los mundos donde no existía calor, ni frío, ni luz, ni suelo. No obstante, podían ver y habían yacido en ese espacio oscuro lo suficientemente firme para aguantarlos.

Pero lo que más recordaba Kahlan era la sensación de tocar a Richard. Ellos habían sido la fuente de todo el calor, de toda luz, de toda sensación en ese extraño lugar entre los mundos al que los buenos espíritus los habían conducido.

En esos instantes, mientras acariciaba los músculos del pecho y del estómago de Richard, Kahlan sentía de nuevo ese calor. Las sensaciones que le producían los labios de Richard la dejaban sin aliento. Quería sentirlos por todas partes. Y a su vez quería besarlo por todas partes. Quería que cruzara con ella la puerta de su alcoba.

—Richard —le susurró al oído—, por favor, quédate conmigo esta noche. —Las manos de Richard habían echado por tierra todas sus barreras.

—Kahlan, pensaba que...

—Por favor, Richard. Vamos a la cama. Quiero sentirte dentro de mí.

Richard gimió sin poder contenerse ante las palabras y las manos de Kahlan.

—Espero no interrumpir —dijo una voz.

Richard se enderezó bruscamente y Kahlan giró sobre sus talones. Las alfombras eran tan gruesas que no habían oído a Nadine aproximarse en silencio.

—Nadine —dijo Kahlan, tratando de recuperar el aliento—, ¿qué...?

Turbada, Kahlan enlazó las manos a la espalda preguntándose si Nadine los habría visto tan apasionados. Era imposible que no. Notó que se sonrojaba.

La fría mirada de Nadine saltó de Richard a Kahlan.

—No pretendía interrumpir. He venido a cambiarte la cataplasma y a disculparme.

—¿Disculparte? —preguntó Kahlan, aún sin resuello.

—Sí. Esta mañana te dije algunas cosas que... Supongo que estaba un poco alterada. Creo que he dicho cosas que no debería. He venido a disculparme.

—De acuerdo —dijo Kahlan—. Comprendo cómo debías de sentirte.

Nadine alzó la bolsa y una ceja simultáneamente.

—¿Te cambio la cataplasma?

—Esta noche no me duele. Ya me la cambiarás mañana. —Kahlan buscó algo que decir para llenar ese silencio tan incómodo—. Drefan me ha tratado... a su modo. Por eso no me duele tanto.

—Claro. —Dejó la bolsa en el suelo—. ¿Os ibais ya a la cama?

—Nadine —dijo Richard en tono forzado—, gracias por preocuparte por Kahlan. Buenas noches.

Nadine lo miró con frío enojo.

—¿No vas a esperar siquiera a estar casado? ¿La piensas arrojar sobre el lecho y poseerla, como a una chica cualquiera que podrías encontrarte en el bosque? Me parece algo ordinario para el importante y poderoso lord Rahl. Y encima vas por ahí pretendiendo ser mejor que nosotros, el pueblo llano.

Tras echarle una mirada a la parte inferior del cuerpo, fulminó a Kahlan.

—Como te he dicho esta mañana, desea lo que ve. Shota me habló de ti. Supongo que tú también sabes cómo conseguir a un hombre. Parece que, después de todo, sí que estás dispuesta a hacer cualquier cosa para tenerlo. No eres mejor que yo.

Asió la bolsa, se dio media vuelta y desapareció.

Kahlan y Richard contemplaron el pasillo vacío sumidos en un incómodo silencio.

—Y eso lo dice una ramera —comentó Kahlan.

Richard se pasó ambas manos por el rostro.

—Tal vez tenga parte de razón.

—Es posible —admitió Kahlan de mala gana.

—Buenas noches, Kahlan, que duermas bien.

—Tú también. Pensaré en ti, acostado en esa pequeña habitación de invitados que usas.

Richard se inclinó para besarla en la mejilla.

—Todavía no pienso acostarme.

—¿Adónde irás?

—Oh, creo que iré a remojarme a un abrevadero de caballos.

Kahlan lo agarró por el ancho fajín acolchado de piel que le ceñía la cintura.

—Richard, no sé si podré resistirlo mucho más tiempo. ¿Podremos casarnos antes de que pase cualquier otra cosa que nos lo impida?

—Tan pronto como me asegure de que todo marcha bien, despertaremos a la sliph. Te lo prometo. Te lo prometo por los buenos espíritus.

—¿Qué debe marchar bien?

—Debemos asegurarnos de que los soldados se recuperan, y hay otras cosillas. Quiero asegurarme de que Jagang no pueda cumplir sus amenazas. En un par de días los hombres mejorarán. Sólo un par de días. Lo prometo.

Kahlan miraba sus ojos grises con deseo, sujetando un dedo de Richard en cada mano.

—Te quiero —susurró—. Tanto si transcurren sólo un par de días como toda una eternidad, soy tuya. Tanto si nos casamos como si no, siempre seré tuya.

—En nuestros corazones ya somos una sola carne. Los buenos espíritus lo saben. Quieren que estemos juntos y lo han demostrado. Ellos velan por nosotros. No te preocupes, nos casaremos.

Ya se marchaba cuando volvió la vista con una expresión angustiada.

—Ojalá que Zedd pudiera asistir a nuestra boda. Queridos espíritus, ojalá. También desearía que estuviera aquí ahora para ayudarme.

Cuando se volvió a mirarla desde la esquina al final del pasillo, Kahlan le lanzó un beso. Luego entró con aire abatido en sus solitarios aposentos y se arrojó sobre el gran lecho. Pensaba en lo que había dicho Nadine: «Shota me habló de ti». Y, frustrada, lloró.

—Por lo que se ve, no vais a dormir... allí esta noche —dijo Cara cuando Richard pasó por su lado.

—¿Qué te hizo creer que sí?

La mord-sith se encogió de hombros.

—Bueno, nos ordenasteis que esperásemos al doblar la esquina.

—Tal vez sólo quería dar a Kahlan un beso de buenas noches sin que vosotras dos juzgarais mi habilidad.

Cara y Raina sonrieron por primera vez en todo el día.

—Ya os he visto besar a la Madre Confesora, y no lo hacéis del todo mal —comentó Cara—. Siempre la dejáis sin aliento y deseosa de más.

Aunque no estaba de humor, Richard sonrió de todos modos porque se alegraba de verlas a ellas sonreír.

—Eso no significa que lo haga bien. Sólo significa que me ama.

—He recibido besos y he visto cómo los dais vos. Creo que puedo decir con cierto conocimiento de causa que sois hábil —lo contradijo Cara—. Esta noche os hemos estado observando desde la esquina.

Richard trató de mostrarse indignado mientras notaba cómo se sonrojaba.

—Os ordené que no os movierais.

—Es responsabilidad nuestra velar por vos. Por eso no podemos perderos de vista. No podemos acatar una orden como ésa.

Richard sacudió la cabeza. No podía enfadarse porque hubiesen contravenido sus órdenes. ¿Cómo hacerlo, cuando se arriesgaban a causar su ira para protegerlo? Además, no habían puesto en peligro a Kahlan.

—¿Qué os parece Drefan? —les preguntó.

—Es vuestro hermano, lord Rahl —respondió Raina—. El parecido es evidente.

—Sé que nos parecemos. Me refería a qué pensáis de él.

—No lo conocemos, lord Rahl —dijo Raina.

—Ni yo tampoco. Escuchad, no voy a enfadarme si me decís que no os gusta. De hecho, si no os gusta, quiero saberlo. ¿Qué me dices tú, Cara? ¿Qué opinas de él?

Cara se encogió de hombros.

—Nunca os he besado a vos ni a él pero, por lo que he visto, preferiría besaros a vos.

Richard se puso en jarras.

—¿Qué significa eso?

—Ayer estaba herida y él me ayudó. Pero me da mala espina que apareciera justo el mismo día que Marlin y Nadine.

Richard suspiró.

—Eso creo yo también. No quiero que nadie me juzgue por quien era mi padre, pero resulta que hago eso mismo con mi hermano. Me gustaría confiar en él, de veras. Os pido por favor a ambas que si os da algún motivo de inquietud, no dudéis en acudir a mí y contármelo.

—Bueno —dijo Cara—. No me gustan sus manos.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene las mismas manos que Rahl el Oscuro. Lo he visto acariciar con ellas a mujeres rendidas a sus pies. Rahl el Oscuro también lo hacía.

Richard se escandalizó.

—¿Cuándo ha tenido tiempo para hacer eso? ¡Ha pasado conmigo casi todo el día!

—Ha encontrado tiempo mientras vos hablabais con los soldados y cuando salisteis con Nadine para comprobar el estado de los hombres. No ha necesitado mucho tiempo. Las mujeres lo han encontrado a él. Nunca había visto a tantas mujeres juntas ponerle ojitos tiernos a un hombre. Tenéis que admitir que es muy apuesto.

A Richard no se lo parecía.

—¿Alguna de esas mujeres ha actuado de manera forzada?

Cara tardó en responder.

—No, lord Rahl.

—Bueno, he conocido a otros hombres mujeriegos. Algunos eran amigos míos. A ellos les gustaban las mujeres, y a la inversa. Siempre y cuando las mujeres actúen por propia voluntad, no es asunto mío. Me preocupan más otras cosas.

—¿Como qué?

—Ojalá lo supiera.

—Si descubrís que no lo mueven malas intenciones y que solamente ha venido a ayudar, podréis sentiros orgulloso de él, lord Rahl. Vuestro hermano es un hombre importante.

—¿Ah sí? ¿Cómo de importante?

—Es el líder de esa secta de sanadores.

—¿De veras? No me ha dicho nada.

—Supongo que no quería alardear. Todos los d'haranianos se muestran humildes ante lord Rahl y, además, la humildad es uno de los principios de esa antigua secta.

—Sí, claro. ¿Y él es el líder de esos sanadores?

—Así es —confirmó Cara—. Es el sumo sacerdote de los raug'moss.

—¿De qué? —susurró Richard—. ¿Cómo los has llamado?

—Raug'moss, lord Rahl.

—¿Sabes qué significa el nombre?

Cara se encogió de hombros.

—Simplemente quiere decir «sanadores», eso es todo. ¿Significa algo para vos, lord Rahl?

—¿Dónde está Berdine?

—En la cama, supongo.

Richard echó a caminar por el pasillo, dándole órdenes en voz alta.

—Cara, que alguien vigile los aposentos de Kahlan esta noche. Raina, ve a despertar a Berdine y dile que se reúna conmigo en mi despacho.

—¿Ahora, lord Rahl? ¿Tan tarde?

—Sí, por favor.

Richard subió de dos en dos la escalera de camino a su despacho, donde guardaba el diario de Kolo, escrito en d'haraniano culto. En d'haraniano culto, *raug'moss* significaba «viento divino».

En su mente no dejaba de dar vueltas la advertencia que le transmitió Shota por boca de Nadine: «El viento lo persigue». Y también, las palabras de la profecía grabadas en la pared del pozo: «Deberá buscar remedio en el viento».

19

—¿Esta vez déjame hablar a mí. ¿Entendido? —advirtió Ann.

La mujer juntó las cejas de tal modo que Zedd creyó que iban a tocarse y se inclinó tanto hacia él que pudo oler aún el olor de salchicha en su aliento. Ann le dio golpecitos con una uña en el collar que llevaba al cuello. Era otra advertencia, aunque muda. Zedd parpadeó con fingida inocencia.

—Si eso es lo que quieres, desde luego que sí. Pero todas las historias que cuento son siempre en tu interés y en bien de nuestro propósito.

—Oh, pues claro. Y tu agudo ingenio es siempre un placer.

Zedd se dijo que Ann exageraba con esa afectada sonrisa; habría bastado con la réplica sarcástica. Tendría que enseñarle dónde estaba la línea.

Nuevamente, la mirada de Zedd se posó más allá de la mujer, en el problema que tenían entre manos, y examinó con ojo crítico la puerta de la posada tenuemente iluminada. Estaba situada al otro lado de la calle, al final de un estrecho camino de tablas. Por encima del callejón delimitado por dos almacenes colgaba un letrero pequeño, que decía Posada del Bufón.

Zedd ignoraba el nombre de la gran ciudad en la que habían entrado caída ya la noche, pero sabía que hubiera preferido pasar sin entrar. Había visto varias posadas en esa ciudad y, de poder elegir, se habría quedado en otra.

Por su aspecto, parecía que la Posada del Bufón se había instalado en un último momento, para usar un espacio disponible en la parte de atrás, o quizá los propietarios pretendían eludir las miradas escrutadoras de la gente honesta y el ojo crítico de la autoridad. A juzgar por la clientela que Zedd había visto, en su mayoría con aspecto de mercenarios o salteadores de caminos, él apostaba por la segunda suposición.

—No me gusta —masculló para sí.

—A ti no te gusta nada —le espetó Ann—. Jamás había conocido a un hombre tan desagradable como tú.

Zedd enarcó ambas cejas en gesto de genuina sorpresa.

—¿Por qué dices eso? Tenía entendido que soy un compañero de viaje de lo más agradable. ¿Te queda salchicha?

Ann puso los ojos en blanco.

—No. ¿Qué es lo que no te gusta esta vez?

Zedd observó a un hombre que miraba a ambos lados antes de acercarse a la puerta situada al fondo del oscuro callejón.

—¿Qué razón podría tener Nathan para entrar ahí?

Ann contempló por encima del hombro la calle desierta cubierta por nieve fangosa, ya helada, en la que se veían roderas. Se recogió un mechón de pelo canoso que se le había soltado del moño flojo.

—Yo diría que comer caliente y dormir un poco —contestó, ceñuda—. Eso, si es que de verdad está ahí.

—Ya te he demostrado que soy capaz de seguir el rastro de la magia que utilicé para engancharle la nube que me permitiera seguirlo. Tú lo notaste, y él también.

—Cierto —admitió Ann—. Pero ahora que por fin lo hemos alcanzado y sabemos que está ahí, de repente no te gusta.

—Es verdad. No me gusta.

El rostro de Ann perdió su expresión airada para tornarse seria.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Mira el letrero. Después del nombre.

Un par de piernas de mujer que miraban hacia arriba en forma de V. Ann se volvió y lo miró como si lo creyera tonto de remate.

—Zedd, Nathan estuvo encerrado en el Palacio de los Profetas durante casi mil años.

—Tú misma acabas de decirlo: ha estado encerrado. —Zedd dio golpecitos al collar, denominado rada'han, que llevaba alrededor del cuello y que Ann le había puesto para capturarlo y obligarlo a cumplir su voluntad—. No creo que Nathan tenga ningunas ganas de volver a ser prisionero del collar. Necesitó cientos de años de planificación y un golpe de suerte para librarse del collar y escapar. No me atrevo a pensar cómo debe de haber influido en los acontecimientos o incluso haberlos alterado directamente a través de las profecías para tener la oportunidad de liberarse.

»¿Y ahora pretendes que me crea que entraría ahí, sólo para estar con una mujer?, ¿sabiendo que lo persigues?

Ann se quedó mirándolo con atónita incredulidad.

—Zedd, ¿estás diciendo que crees que Nathan pudo influir en los acontecimientos, en las profecías, solamente para librarse del collar?

El mago miró al otro lado de la calle y sacudió la cabeza.

—Lo único que digo es que no me gusta.

—Probablemente desea tanto lo que puede conseguir ahí dentro que se ha olvidado de que lo persigo. Desea tanto un poco de compañía femenina que no piensa en el riesgo de que lo atrapemos.

—Conoces a Nathan desde hace nueve siglos, mientras que yo apenas lo conozco. —Zedd se inclinó hacia ella y enarcó una ceja—. Pero un poco sí y sé que Nathan dista mucho de ser estúpido. Es un mago de extraordinario talento. No cometas el error de subestimarlo.

—Tienes razón —dijo Ann tras un momento de reflexión—, podría ser una trampa. Nathan no me mataría para escapar, pero aparte de eso... Tal vez tengas razón.

Zedd carraspeó, dándose importancia.

—Zedd —dijo Ann tras un silencio largo e incómodo—, este asunto de Nathan es importante. Tenemos que atraparlo. En el pasado me ayudó cuando descubrimos el peligro en las profecías, pero sigue siendo un profeta y los profetas son peligrosos, no porque quieran causar problemas deliberadamente, sino por la misma naturaleza del don profético.

—No tienes que convencerme de eso. Conozco perfectamente los peligros de las profecías.

—Si manteníamos a los profetas confinados en el Palacio de los Profetas era para evitar las posibles catástrofes que causarían si vagaban por ahí. Para un profeta es muy fácil hacer daño. E incluso si no quiere hacerlo, resulta peligroso no sólo para los demás, sino también para él mismo, porque la gente suele vengarse del transmisor de la verdad, como si él tuviera la culpa de lo que ocurre. Las profecías no deben ser escuchadas por oídos no preparados, por personas que no entienden de magia y mucho menos de profecía.

»Una vez, tal como hacíamos de vez en cuando, permitimos que una mujer visitara a Nathan.

—¿Le llevabais prostitutas? —preguntó Zedd, extrañado.

Ann se encogió de hombros, sintiéndose incómoda.

—Sabíamos que debía de sentirse muy solo en su encierro. No era la mejor de las soluciones, pero sí, de vez en cuando le proporcionábamos compañía femenina. No éramos crueles.

—Qué magnánimo de tu parte.

Ann desvió la mirada.

—Era nuestra obligación mantenerlo encerrado en palacio, pero nos daba lástima. Él no había elegido nacer con el don de la profecía.

»Siempre le advertíamos que no debía revelar ninguna profecía a esas mujeres, pero en una ocasión lo hizo. Nunca pudimos averiguar cómo la mujer escapó sin que pudiéramos detenerla. Luego, antes de dar con ella, propagó la profecía. Eso inició una guerra civil. Murieron miles de personas, mujeres y niños.

»A veces Nathan parece estar loco o fuera de sus cabales, a veces me parece la persona más peligrosamente desequilibrada que he conocido en toda mi vida. Su visión del mundo no se limita a lo que ve a su alrededor, sino que todo lo filtra a través de las profecías que recibe su mente.

»Cuando se lo eché en cara, él declaró que no recordaba la profecía ni tampoco recordaba haberle dicho nada a la joven. Mucho más tarde, después de relacionar diversas profecías, averigüé que uno de los niños que murieron estaba llamado a gobernar mediante la tortura y el asesinato. Si hubiera vivido y se hubiera convertido en un hombre adulto, decenas de miles de personas habrían muerto. Pero Nathan cortó esa peligrosa disyuntiva. No tengo ni idea de cuánto puede saber y se calla.

»Si quisiera, podría causar mucho daño. Un profeta que ambicionara poder tendría muchas posibilidades de hacerse con el control del mundo.

Zedd continuaba observando la puerta.

—¿Y por eso los encerrabais?

—Sí.

El mago jugueteó con una hebra de su túnica granate y bajó la vista hacia la achaparrada figura de la mujer apenas iluminada.

—Ann, yo soy Primer Mago. Si no lo entendiera, no te estaría ayudando.

—Gracias —susurró Ann.

Zedd consideró sus opciones, que no eran tantas.

—Si te he entendido bien, afirmas que no sabes si Nathan está en su sano juicio, pero que, incluso si está cuerdo, es potencialmente peligroso.

—Supongo que sí. Pero Nathan me ha ayudado a menudo a evitar sufrimientos a la gente. Hace cientos de años me avisó de que nacería un mago guerrero: Richard. Juntos trabajamos para asegurarnos de que Richard pudiera crecer libre de interferencias, de modo que tú tuvieras tiempo para ayudar a criar a tu nieto, y se convirtiera en el tipo de hombre que pusiera su poder al servicio de los demás.

—Tienes mi gratitud por eso. Pero me pusiste este collar al cuello y eso no me gusta ni pizca.

—Lo entiendo. No me gusta hacerlo y tampoco me siento orgullosa. A veces, las situaciones desesperadas requieren actos desesperados. Los buenos espíritus tendrán la última palabra sobre mis acciones.

»Cuanto antes atrapemos a Nathan, antes te quitaré el rada'han. No me gusta tener que obligarte con el collar a que me ayudes pero, en vista de la catástrofe que podría ocurrir si no capturamos a Nathan, hago lo que siento que debo hacer.

Zedd señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—Eso tampoco me gusta.

Ann no tuvo necesidad de mirar para saber qué señalaba.

—¿Qué tiene que ver una luna roja con Nathan? Admito que es muy extraña, pero ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—No digo que esté relacionada con Nathan. Es simplemente que me da mala espina.

Debido a las densas nubes de los últimos días, su avance se había visto frenado de noche por la oscuridad y por la dificultad de ver la nube que Zedd había enganchado a Nathan para seguirlo. Por suerte, se hallaban tan cerca que sentían el vínculo de magia sin necesidad de ver la nube, cuyo único propósito era que el perseguidor se aproximara lo suficiente para percibir el vínculo.

Zedd sabía que se hallaban muy cerca de Nathan, a pocos cientos de metros. Estando tan cerca del objeto de la búsqueda, la magia del vínculo distorsionaba los sentidos de Zedd, su capacidad de juicio con ayuda de la magia, así como su habitual dominio del don. De tan cerca, su magia era como un sabueso que sigue un rastro y que está tan concentrado en la presa que no tiene en cuenta nada más. Era un tipo de ceguera muy desagradable, y una razón más que se sumaba a su inquietud.

Podía romper el vínculo, aunque sería arriesgado hacerlo antes de haber atrapado a Nathan. Una vez roto, no podía restablecerse sin que mediara contacto físico.

La nieve de los últimos días había frenado su avance, obligándolos a viajar en condiciones de frío extremo. Ese mismo día, el cielo por fin se había despejado, aunque fue a costa de un viento glacial que los sacaba de quicio. A medida que se acercaban a su objetivo, esperaban con ganas que saliera la luna para iluminar el camino.

Cuando la luna salió, ambos la contemplaron, atónitos, en silencio: era roja.

En un principio lo atribuyeron a un efecto de la neblina, pero cuando la luna estuvo alta en el cielo, Zedd supo que no era el resultado de un inocente fenómeno atmosférico. Lo peor del caso era que no tenía modo de saber desde cuándo la luna era roja, pues durante las últimas noches las nubes la habían ocultado.

—Zedd —preguntó por fin Ann, tras el inquietante silencio—, ¿sabes qué significa?

Zedd desvió la mirada, fingiendo escrutar las sombras.

—¿Y tú? Tú has vivido más que yo. Tienes que saber algo sobre un signo como ése.

Oyó cómo Ann toqueteaba su capa de lana.

—Pero tú eres mago de Primer Orden. En asuntos como éste prefiero confiar en tus conocimientos de experto.

—¿De pronto valoras mi opinión?

—Zedd, no quiero que hagamos un duelo de palabras sobre este asunto. Se trata de un signo sin precedentes en toda mi vida, pero recuerdo haber leído algo sobre una luna roja en un texto antiguo escrito durante la gran guerra. El libro no explicaba qué significa, sólo que causó un gran revuelo.

Zedd se agachó en las sombras de la esquina del edificio detrás del cual se ocultaban, apoyó la espalda contra los listones de madera y extendió una mano en gesto invitador. Ann se sentó junto a él, sumiéndose en las sombras.

—En el Alcázar del Hechicero hay docenas de bibliotecas, bibliotecas enormes, casi tan grandes como las criptas donde se guardaban los libros en el Palacio de los Profetas y otras mucho mayores. También allí se guardan muchos libros de profecías.

Algunos de los libros de profecías del Alcázar se consideraban tan peligrosos que se habían trasladado al enclave privado del Primer Mago, donde estarían protegidos por escudos especialmente poderosos. Ni siquiera a los viejos magos que habitaban el Alcázar cuando Zedd era joven se les permitía leer esas profecías. Luego, al convertirse él en el Primer Mago, tuvo acceso a ellas, pero no era capaz de leerlas todas, ni mucho menos. Y las que había leído le habían quitado el sueño.

—Queridos espíritus —prosiguió—, en el Alcázar se guardan tantos libros que ni siquiera he leído todos los títulos. Cada biblioteca tenía su propio equipo de bibliotecarios, que conocían los libros de una sección determinada de las estanterías. Tiempo atrás, mucho antes de que yo naciera, cuando se buscaba la respuesta a una pregunta se convocaba una reunión de bibliotecarios. Cada uno conocía sus propios libros y podía responder si contenían información sobre esa cuestión. Era un modo relativamente simple de localizar libros de referencia o las profecías que podían ayudar a resolver un problema determinado.

»Cuando yo era niño, sólo quedaban dos magos que actuaran como bibliotecarios. Dos hombres no bastan siquiera para intuir todo el conocimiento que se guarda allí. Los libros contienen una plétora de información, pero localizar la migaja que interesa supone un reto formidable. Es preciso poseer el don para limitar siquiera la búsqueda.

»Quien busca información en las bibliotecas es como un náufrago que flota a la deriva en el océano y necesita un trago de agua. Hay información de sobras, pero puede morir de sed antes de encontrarla. Cuando era joven, me enseñaron los libros más importantes de historia, magia y profecía. Mi estudio se limitó casi exclusivamente a ésos.

—¿Qué me dices de la luna roja?, ¿decían algo sobre ella los libros que leíste?

—Sólo recuerdo haber leído algo. No era una mención explícita, sino que se hacía referencia a una luna roja de manera muy indirecta. Ojalá hubiera profundizado más en el asunto, pero no lo hice. Los libros contenían otras cosas por aquel entonces más importantes para mí y que requerían mi atención, cosas reales y no hipotéticas.

—¿Qué decía el libro?

—Si mal no recuerdo, y de eso no estoy nada seguro, decía algo sobre una brecha entre mundos. Decía que si tal brecha llegaba a producirse, el aviso consistiría en tres noches de luna roja.

—Tres noches. Por lo que sabemos, ésta podría ser la tercera noche; en los últimos días las nubes nos han impedido ver la luna. ¿Y si las nubes la hubieran ocultado durante las tres noches? El aviso no llegaría a destino.

Zedd entrecerró los ojos y se concentró, tratando de recordar lo que había leído.

—No... no, decía que aquel a quien el aviso iba dirigido lo vería las tres noches, o sea, vería la luna roja las tres noches.

—¿Qué significa exactamente el aviso? ¿Qué tipo de brecha podría abrirse entre mundos?

—Ojalá lo supiera. —Zedd se golpeó la cabeza de ondulado cabello blanco contra la pared al apoyarla—. No tuvimos una luna roja cuando Rahl el Oscuro abrió las cajas del Destino, ni cuando la piedra de las Lágrimas llegó a este mundo procedente de otro, ni tampoco cuando el Custodio del inframundo estuvo a punto de invadirnos por una brecha abierta.

—En ese caso es posible que la luna roja no signifique que hay una brecha. Tal vez no lo recuerdas bien.

—Es posible. Lo que mejor recuerdo fue lo que pensé al leerlo. Recuerdo que me imaginé una luna roja y me dije que debía recordar esa imagen para que si algún día llegaba a verla en la realidad, la asociara con un grave peligro y buscara en seguida lo que significaba.

Ann le tocó un brazo mostrándole una compasión hasta entonces insólita.

—Zedd, casi tenemos a Nathan. Esta noche será nuestro. Después te quitaré el rada'han del cuello para que puedas dirigirte a toda prisa a Aydindril y ocuparte de este asunto. De hecho, todos iremos tan pronto como atrapemos a Nathan. Él comprenderá la gravedad del asunto y nos ayudará. Te acompañaremos a Aydindril para ayudar.

Aunque a Zedd le disgustaba que Ann lo hubiera obligado a participar en la captura de Nathan, poco a poco se había dado cuenta de que la mujer estaba aterrada por lo que pudiera pasar si Nathan quedaba libre, y también había entendido que necesitaba su ayuda. A veces le costaba mantener su indignación. Sabía con cuánta desesperación Ann deseaba impedir que Nathan propagara las profecías.

El mago era consciente del peligro que entrañaba el que la gente se expusiera a las profecías sin saber. Desde que era niño le habían inculcado que las profecías eran peligrosas, incluso para un mago.

—Me parece un trato justo: yo te ayudo a atrapar a Nathan, y tú me ayudas a descubrir qué significa la luna roja.

—En ese caso, trato hecho. Trabajaremos juntos de buen grado. Debo admitir que será un cambio bienvenido.

—¿De veras? —inquirió Zedd—. Entonces ¿por qué no me quitas el collar?

—Lo haré. Cuando tengamos a Nathan.

—Nathan te importa más de lo que me has dicho.

Ann se quedó un momento en silencio.

—Es cierto —admitió—. Hemos trabajado juntos durante siglos. A veces parece un problema con patas, pero, pese a sus bravatas, tiene un corazón noble. —Ann bajó la voz y giró la cabeza. A Zedd le pareció que se secaba las lágrimas con una mano—. Quiero mucho a ese hombre maravilloso e incorregible.

Zedd echó un vistazo a la silenciosa puerta de la posada, asomando la cabeza por la esquina.

—Sigo diciendo que no me gusta —declaró—. Hay algo en todo esto que me huele mal. Ojalá supiera el qué.

—¿Qué vamos a hacer respecto a Nathan? —preguntó ella finalmente.

—Pensaba que querías ser tú quien lo dijera.

—Bueno, supongo que me has convencido de que debemos ir con cuidado. ¿Qué propones?

—Entraré yo solo y pediré una habitación. Tú esperas fuera. Si lo encuentro antes de que se marche, lo sorprenderé y lo dejaré fuera de combate. Si sale antes de que lo encuentre o si... algo sale mal, lo atrapas tú.

—Zedd, Nathan es mago, y yo sólo soy una hechicera. Si llevara el rada'han al cuello, podría controlarlo fácilmente, pero no lo lleva.

Zedd reflexionó un momento. No podían correr el riesgo de que Nathan se escapara. Además, Ann podría resultar herida. Les costaría mucho volver a dar con él; una vez que supiera que lo seguían, era posible que descubriera la nube que llevaba enganchada y que la neutralizara. No obstante, no era muy probable.

—Tienes razón —dijo al fin—. Tejeré una red mágica delante de la puerta para que si sale, lo inmovilice. De ese modo podrás colocarle ese infernal collar al cuello.

—Parece una buena idea. ¿Qué tipo de red usarás?

—Como tú misma has dicho, no podemos fallar. —Zedd observó fijamente los ojos de la mujer en la penumbra—. ¡Córcholis! No puedo creer que realmente esté haciendo esto —refunfuñó—. Dame un momento el collar.

Ann buscó bajó la capa la bolsa que le colgaba del cinto. Cuando sacó de nuevo la mano, la luz roja de la luna se reflejó pálidamente en el rada'han.

—¿Es el mismo que llevaba? —quiso saber Zedd.

—Sí, durante casi mil años.

Zedd gruñó. Cogió el collar y dejó que su magia fluyera dentro de ese frío objeto de represión para que se mezclara con la propia magia del collar. Podía sentir el cálido zumbido de la Magia de Suma y el frío hormigueo de la Magia de Resta que poseía el collar.

—Acabo de conectar el hechizo con el collar —anunció mientras le devolvía el rada'han.

—¿Qué hechizo piensas conjurar? —preguntó Ann en tono receloso.

Antes de contestar, Zedd se aseguró de ver una mirada de resolución en los ojos de su compañera.

—Un hechizo de luz. Si sale sin mí... dispondrás de veinte latidos de su corazón para ponerle el collar alrededor del cuello, o si no la red de luz se inflamará.

Si Ann no le colocaba el collar a tiempo antes de extinguir el hechizo, la magia consumiría a Nathan. Sin el collar, el profeta no tendría salvación. Con el collar puesto se libraría del hechizo, pero ya no podría librarse de Ann.

Un doble lazo. En esos momentos, Zedd no se gustaba mucho a sí mismo.

Ann respiró profundamente y preguntó:

—Si sale cualquier otro, no desencadenará el hechizo, ¿verdad?

Zedd negó con la cabeza.

—Lo enlazaré con la nube que lo ha seguido. El hechizo lo reconocerá a él a través de la nube y sólo de la nube.

»Si no lo consigues a tiempo y se inflama —advirtió bajando la voz—, cualquier otra persona que esté cerca de Nathan puede resultar herida o muerta. Si por la razón que sea no puedes ponerle el collar, aléjate de él. Es posible que prefiera morir antes que volver a llevar esa cosa alrededor del cuello.

20

Al entrar con toda tranquilidad y examinar la lúgubre estancia, Zedd se dio cuenta de que en ese sitio la pesada túnica granate con mangas negras y hombros abullonados que vestía estaba totalmente fuera de lugar. La tenue luz de las lámparas realzaba las tres hileras de brocado plateado de cada puño así como el brocado dorado, más grueso, que rodeaba el cuello y bajaba por el frente. Un cinturón de satén rojo con hebilla de oro ceñía la cintura de la suntuosa túnica.

Zedd echaba de menos su ropa sencilla, pero había desaparecido tiempo atrás por insistencia de Adie. La anciana hechicera le había elegido ese nuevo disfraz, pues a los magos poderosos se los reconocía fácilmente por su simple atavío. No obstante, Zedd sospechaba que a Adie no le gustaban sus viejas ropas y lo prefería con esas otras.

Echaba de menos a Adie y sabía que debía de estar sufriendo por creerlo muerto. Casi todo el mundo lo creía muerto. Cuando tuvieran un poco de tiempo, tal vez le pediría a Ann que escribiera un mensaje en su libro de viaje para comunicarle a Adie que seguía vivo.

No obstante, su mayor pesar era por Richard. Richard lo necesitaba. Poseía el don pero, sin la debida instrucción, estaba tan indefenso como un aguilucho caído del nido. Al menos, Richard tenía la Espada de la Verdad para protegerlo, de momento. Tan pronto como capturaran a Nathan, Zedd tenía intención de reunirse con Richard. Un poco más de tiempo, y podría ir corriendo a su encuentro.

El posadero observó el ostentoso atavío de Zedd, fijándose especialmente en la hebilla de oro del cinturón. Una serie de clientes esmirriados vestidos con pieles, cuero hecho jirones y lana andrajosa, lo miraron desde unos pocos reservados pegados a la pared de la derecha. Sobre el suelo de paja se habían dispuesto dos mesas de simples tablas, que esperaban, aún vacías, cenas o bebedores.

—Habitaciones por una moneda de plata —anunció el posadero en tono desinteresado—. Si queréis compañía, otra moneda de plata.

—Parece que mi elección de vestuario va a salirme por un ojo de la cara —observó Zedd.

El posadero sonrió con un solo lado de la boca, mientras extendía una rolliza mano con la palma hacia arriba.

—El precio es el precio. ¿Queréis una habitación sí o no?

Zedd dejó caer una sola moneda de plata en la mano del posadero.

—Tercera puerta a la izquierda —indicó, señalando con la cabeza cubierta por rizos castaños el pasillo, situado al fondo—. ¿Os interesa la compañía, anciano?

—Tendríais que compartirme con la dama que me ha solicitado —bromeó—. Tal vez estaríais interesado en sacar algo más de beneficio. Bastante más.

Con la frente temblándole de curiosidad, el posadero apretó el puño alrededor de la moneda de plata y preguntó:

—¿Qué significa eso?

—Bueno, tengo entendido que un viejo amigo mío se ha detenido aquí. Hace bastante que no lo veo. Si estuviera aquí esta noche, y vos tuvieseis la amabilidad de indicarme su habitación, me sentiría tan lleno de alegría y gozo por volver a verlo que, tonto de mí, estaría dispuesto a desprenderme de una moneda de oro. Toda una moneda de oro.

El posadero volvió a examinarlo de la cabeza a los pies.

—¿Ese amigo vuestro tiene un nombre?

—Bueno —contestó Zedd en voz baja—, como tantos de vuestros clientes, tiene dificultades con los nombres. No es capaz de recordarlos durante mucho tiempo y tiene que inventarse otros. Pero puedo deciros que es alto, ya mayor, tiene una melena de pelo blanco larga y hombros anchos.

El posadero se pasó la lengua por el interior de la mejilla.

—Ahora mismo está... está ocupado.

Zedd sacó la moneda de oro, pero, cuando el posadero quiso cogerla, la apartó.

—Eso decís vos. Me gustaría decidir por mí mismo hasta qué punto está ocupado.

—Eso os costará otra moneda de plata.

Zedd tuvo que contenerse para no levantar la voz.

—¿Por qué?

—Por el tiempo y la compañía de la dama.

—No tengo la más mínima intención de aprovecharme de la dama.

—Eso decís vos. Cuando la veáis con él, es posible que cambiéis de idea y decidáis hacer renacer... vuestra juventud. Tengo la norma de cobrar siempre por adelantado. Si ella me dice que no le habéis ofrecido más que una sonrisa, os devolveré el dinero.

Zedd sabía que eso sería imposible. Sería la palabra de ella contra la suya y, en las falsas palabras de la mujer, resonaría el dulce sonido de más monedas. No obstante, en el conjunto general, el precio era irrelevante, por mucho que a él le irritara pagarlo. Así pues, hundió la mano en un bolsillo interior y entregó al posadero la moneda de plata.

—Última habitación a la derecha —le indicó mientras se volvía. Entonces miró de nuevo a Zedd para añadir—: Tenemos una huésped en la habitación contigua que no quiere que nadie la moleste.

—No molestaré a ningún huésped.

—Por fea que sea, le he ofrecido un poco de compañía... gratis, pero me ha respondido que si alguien interrumpía su descanso, me despellejaría vivo. Tratándose de una mujer con las agallas de venir aquí sola, la creo. Si la despertáis, no pienso devolverle su moneda de plata. La cogeré de vuestro pellejo, ¿entendido?

Zedd asintió con aire distraído, mientras pensaba en si pedir o no la cena. Tenía un hambre canina. Decidió abstenerse de mala gana.

—¿Hay por casualidad una puerta trasera por si acaso... necesito respirar un poco de aire fresco por la noche? —Zedd quería evitar que Nathan se escabullera por otra puerta—. Ya me supongo que costará un extra.

—La parte de atrás linda con la herrería. No hay otra puerta —respondió el posadero, alejándose.

Última habitación a la derecha. Una sola entrada. Una sola salida. Algo le olía mal. Nathan nunca sería tan estúpido. Sin embargo, Zedd percibía cómo el aire crepitaba debido al vínculo mágico.

Pese a que dudaba mucho que Nathan se hubiera acostado ya, lo que les habría facilitado mucho la tarea, avanzó en silencio por el oscuro pasillo, aguzando el oído para tratar de percibir cualquier sonido fuera de lo normal. Sin embargo, sólo oyó los sonidos expertos de pasión fingida que emitía una mujer en la segunda habitación de la izquierda.

El final del pasillo únicamente estaba iluminado por una vela colocada en un soporte de madera a un lado. De la habitación contigua a la última salían los suaves sonidos de la aguerrida mujer que no deseaba ser molestada. Ojalá que no la despertara y que permaneciera dormida durante la captura.

Zedd pegó la oreja a la última puerta de la derecha y oyó la risa suave y ronca de una mujer. Si algo salía mal, podía resultar herida. Y si algo salía muy pero que muy mal, podía incluso morir.

Podía esperar, aunque desde luego sería preferible pillar a Nathan distraído. Después de todo, se trataba de otro mago, y Zedd ignoraba hasta qué punto se resistiría a ser capturado.

Sabía cómo reaccionaría él en su lugar. Eso acabó de decidirlo. No podía dejar pasar la oportunidad de la distracción.

Abrió bruscamente la puerta, extendió una mano, y el aire se llenó de silenciosos destellos de luz y calor que pretendían causar confusión.

La pareja desnuda en el lecho se sobresaltó y cerró los ojos. Con un puñetazo de aire, Zedd alejó violentamente a Nathan de la mujer y lo hizo caer por el borde de la cama. Aprovechando que Nathan agitaba brazos y piernas en el aire sin dejar de gruñir, Zedd agarró a la mujer por una muñeca y la quitó de en medio. La mujer arrastró consigo la sábana.

Zedd tejió una red que la dejó paralizada cuando los destellos de luz empezaron a apagarse y antes de tener tiempo de cubrir su cuerpo desnudo con la sábana. Casi simultáneamente tejió otra similar dirigida al hombre caído detrás de la cama, aunque esa segunda red incluía consecuencias muy desagradables si Nathan trataba de neutralizarla con magia propia. No era el momento de mostrarse educado ni indulgente.

La sombría habitación quedó sumida en un súbito silencio con apenas ningún otro sonido que un golpe sordo contra el suelo. Sólo una única vela colocada encima del aguamanil emitía una luz débil y trémula. Zedd se sintió aliviado de que todo hubiera salido a pedir de boca, sin necesidad de hacer daño a la mujer.

Rodeó los pies de la cama para ver al hombre paralizado en el suelo con la boca abierta a punto de chillar y las manos contraídas en garras para defenderse.

No era Nathan.

Zedd no daba crédito a sus ojos. Sentía la magia del vínculo en la habitación. No había duda de que ése era el hombre al que había estado persiguiendo.

—Sé que puedes oírme, así que escucha con atención —le dijo, inclinándose sobre él—. Voy a anular la magia que te retiene, pero si gritas, volveré a paralizarte y me marcharé, dejándote así para siempre. Piénsalo dos veces antes de chillar pidiendo socorro. Como ya habrás supuesto, soy un mago, y si haces algo que me enoje, nadie, absolutamente nadie, podrá salvarte.

Zedd hizo un gesto delante del hombre para retirar el velo de red. El hombre buscó en seguida la protección del muro, pero no gritó. Era mayor, aunque no tanto como Nathan aparentaba. Tenía el pelo blanco y ondulado, a diferencia del de Nathan, que era liso. Tampoco era largo. No obstante, por la somera descripción que había ofrecido al posadero, no era de extrañar que los hubiera confundido.

—¿Quién eres? —preguntó Zedd.

—Me llamo William. Y supongo que tú eres Zedd.

Zedd se enderezó.

—¿Cómo lo sabes?

—El tipo al que buscas me lo dijo. —Con un gesto señaló la cercana silla—. ¿Te importa si me pongo los pantalones? Tengo la impresión de que esta noche ya no tendré que quitármelos.

Zedd ladeó la cabeza hacia la silla, dando permiso a William.

—Responde mientras te vistes. Ten presente que soy un mago y sabré si me mientes. Y no olvides que estoy de un humor de perros.

No era del todo cierto que Zedd fuese capaz de detectar las mentiras, pero se dijo que el hombre no tenía por qué saberlo. No obstante, no mentía sobre su humor.

—Conocí por casualidad al hombre que persigues. No me dijo cómo se llamaba. Me ofreció... —William echó un vistazo a la mujer mientras se subía los pantalones—. ¿Puede oír lo que digo?

—No te preocupes por ella. Preocúpate por mí. Vamos, habla —ordenó, apretando los dientes.

—Bueno, me ofreció... —Miró nuevamente a la mujer, cuya arrugada cara se había quedado paralizada en una expresión de sobresalto—. Me ofreció una... bolsa de dinero si le hacía un favor.

—¿Qué favor?

—Ponerme en su lugar. Me dijo que cabalgara como si me persiguiera el mismísimo Custodio, al menos hasta llegar a esta ciudad. Dijo que aquí podía aflojar el ritmo, descansar o detenerme, lo que yo prefiriera. Me dijo que al final me alcanzarías.

—¿Y él quería que te alcanzara?

William se abrochó los botones de los pantalones, se dejó caer en la silla y comenzó a calzarse las botas.

—Dijo que no podría librarme de ti, que más pronto o más tarde me encontrarías, pero no quería que ocurriera hasta haber llegado al menos hasta aquí. Por la velocidad a la que viajaba, admito que no creía que me siguieras tan de cerca, por lo que pensé en disfrutar de parte de lo que había ganado.

»Me encomendó que te entregara un mensaje —añadió, mientras se levantaba y empezaba a ponerse una camisa de lana marrón.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

William se metió la camisa por dentro de los pantalones, luego buscó en un bolsillo de éstos y se sacó una bolsa de cuero. Por su aspecto, estaba llena de monedas. El hombre la abrió con dedos torpes. Zedd se la arrebató de las manos.

—Déjame ver.

La bolsa contenía sobre todo monedas de oro y unas pocas de plata. El mago cogió una entre dos dedos y pudo sentir el débil hormigueo residual de la magia. Probablemente eran peniques que Nathan había transformado en monedas de oro mediante magia.

Allí acababa su esperanza de que Nathan fuera incapaz de realizar semejante transformación. Convertir objetos en oro era una magia peligrosa. Zedd únicamente recurría a ella como última opción.

Además de las monedas vio dentro de la bolsa un papel doblado. Lo sacó y a la tenue luz lo examinó cautelosamente desde todos los ángulos, pues podía tratarse de una trampa mágica.

—Eso es lo que me dio —intervino William—. Me dijo que te lo entregara cuando me alcanzases.

—¿Eso es todo? ¿No te dijo nada más aparte de que me entregaras este mensaje?

—Bueno, cuando nos despedíamos, se detuvo, me miró y dijo: «Dile a Zedd que no es lo que cree».

El mago se quedó un momento pensativo.

—¿Adónde se dirigía? —preguntó al fin.

—No lo sé. Yo montaba mi caballo y él seguía de pie. Me dijo que cabalgara, le golpeó las ancas y ya no lo vi más.

Zedd arrojó la bolsa a William. Sin dejar de vigilarlo, desplegó el papel. Leyó rápidamente el mensaje a la escasa luz de la vela, entrecerrando los ojos.

«Ann, lo siento, pero debo ocuparme de asuntos importantes. Una de nuestras Hermanas va a hacer algo muy estúpido. Tengo que impedírselo, si es que puedo. En caso de que muera, quiero que sepas que te quiero, aunque supongo que ya lo sabes. Mientras era tu prisionero no podía decírtelo. Zedd, si sale la luna roja como espero, es señal de que todos corremos un peligro mortal. Si es roja tres noches seguidas, significa que Jagang ha invocado una profecía disyuntiva vinculante. Dirígete al tesoro jocopo. Si malgastas el tiempo persiguiéndome, todos moriremos, y el emperador se quedará con el botín. La disyuntiva vinculante impone a su víctima una doble obligación. Siento decir que esa víctima es Richard. Que los espíritus se apiaden de su alma. Si supiera lo que significa la profecía, te lo diría, pero no lo sé, los espíritus me han negado el acceso. Ann, ve con Zedd. Va a necesitar tu ayuda. Que los buenos espíritus os acompañen.»

Mientras parpadeaba para tratar de aclarar su visión borrosa, se fijó en una mancha. Dio la vuelta al mensaje y se dio cuenta de que esa mancha era un residuo de cera. La luz era tan pésima que no había visto que el precinto había sido roto.

Levantó la mirada y vio la porra que blandía William. Instintivamente se apartó, pero no pudo eludir un contundente golpe. El suelo se estrelló contra uno de sus hombros.

En un abrir y cerrar de ojos tenía a William encima y lo amenazaba con un cuchillo.

—¿Dónde está ese tesoro jocopo, viejo? ¡Dímelo o te rebano el pescuezo!

Zedd pugnaba por no perder el sentido, aunque veía cómo la habitación daba vueltas y se balanceaba. Sentía náuseas e instantáneamente quedó empapado de sudor.

William lo miraba desde arriba con ojos de demente.

—¡Habla! —le ordenó y lo apuñaló en el brazo—. ¡Habla! ¿Dónde está el tesoro?

Una mano agarró a William del pelo y lo levantó. Pertenecía a una mujer de mediana edad que se cubría con una capa oscura. A Zedd no se le ocurría quién era ni qué podía estar haciendo allí. Exhibiendo una fuerza sorprendente, la mujer lanzó a William hacia atrás. El hombre se estrelló contra la pared, junto a la puerta abierta, y se desplomó.

La desconocida miró a Zedd con desprecio.

—Has cometido un grave error al permitir que Nathan escapara. Pensé que si seguía a esa vieja bruja, al final me conduciría hasta el profeta, por lo que os seguí a los dos hasta que percibí el vínculo que te unía con él. ¿Y qué me encuentro al final de tu gancho mágico? A este idiota en lugar de Nathan. Me las vas a pagar. Quiero al profeta.

Se volvió y extendió una mano hacia la mujer desnuda y paralizada. Un trueno retumbó cuando de esa mano brotó un rayo negro como la noche. La mortífera descarga de energía partió limpiamente por la mitad a la mujer y la sábana que sostenía. La sangre manchó las paredes. La mitad superior de la mujer se desplomó, como una estatua partida en dos. Sus entrañas se derramaron mientras el torso golpeaba contra el suelo, pero los miembros permanecieron paralizados en la misma pose.

La mujer, de pie sobre él, volvió a mirarlo. En sus ojos bullía la ira.

—Si quieres probar los efectos de la Magia de Resta sobre tus miembros, uno después de otro, sólo tienes que darme una excusa. Muéstrame el mensaje.

Zedd abrió la mano. La mujer fue a cogerlo. Pese a la sensación de mareo, el mago se concentró y, antes de que la desconocida lograra arrebatárselo, le prendió fuego. El mensaje se consumió en un brillante destello amarillo.

La mujer se volvió hacia William lanzando un grito de furia.

—¿Qué decía el mensaje? ¡Habla, gusano!

William, que hasta entonces había permanecido paralizado por el pánico, se precipitó hacia la puerta y echó a correr como alma que lleva el Custodio.

El estropajoso cabello de la mujer le golpeó con fuerza el rostro al dar bruscamente media vuelta para encararse con Zedd.

—Volveré y te arrancaré las respuestas. Antes de que acabe contigo, lo confesarás todo.

Mientras la mujer corría hacia la puerta, Zedd notó una insólita mezcla de magia que embestía contra el escudo que había alzado precipitadamente. La cabeza le estalló de dolor.

El mago luchó contra ese atroz tormento que lo mantenía incapacitado de cuerpo y mente. No estaba exactamente paralizado, sino que era incapaz de formar en su mente el pensamiento de que debía levantarse. Brazos y piernas se sacudían en el aire tan inútilmente como una tortuga a la que alguien ha dado la vuelta.

El dolor era tan espantoso que lo único que podía hacer era mantenerse consciente. Se apretó ambos lados de la cabeza con las manos; sentía como si se le fuera a partir en dos y él tuviera que mantenerla junta. Oía sus propios jadeos.

Una súbita sacudida impactó en el aire y lo levantó momentáneamente del suelo.

Un cegador destello iluminó la habitación al tiempo que el techo se abría violentamente. El ensordecedor estallido del trueno ahogó el fragor de madera que se astillaba y de vigas que se partían. El dolor cesó.

La red de luz se había activado.

El polvo se agitaba en el aire, mientras que alrededor de Zedd llovían restos humeantes. El mago se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza para protegerse de las tablas y otros escombros. Sonaba como si estuviera bajo una tetera sobre la que granizara.

Cuando finalmente se hizo el silencio, Zedd se atrevió a alejar las manos de la cabeza y alzar la vista. Para su sorpresa, el edificio se mantenía en pie, más o menos. El tejado había desaparecido casi por completo, por lo que el viento arrastraba el polvo hacia la negra noche que se abría arriba. Las paredes se veían agujereadas como harapos mordisqueados por la polilla. Cerca de él yacían desparramados los ensangrentados restos de la mujer.

El mago se examinó a sí mismo y descubrió con asombro que, teniendo en cuenta lo ocurrido, se hallaba en muy buen estado. La sangre manaba de la herida causada por el golpe de porra que William le había propinado en la cabeza y la puñalada en el brazo le dolía, pero, aparte de eso, parecía ileso. En vista de lo que podía haberle sucedido, no estaba nada mal, se dijo.

Fuera se oían lamentos. Una mujer chillaba histéricamente. Zedd oía cómo los hombres apartaban escombros y gritaban nombres, buscando heridos o muertos.

De repente, la puerta que colgaba torcida de un solo gozne saltó por los aires al recibir un puntapié.

Zedd lanzó un suspiro de alivio al ver entrar en tromba a esa figura achaparrada tan familiar. Tenía el rostro rojo de preocupación.

—¡Zedd! Zedd, ¿estás vivo?

—Córcholis, mujer, ¿no te parezco vivo?

Ann se arrodilló junto a él.

—Estás hecho una piltrafa. Sangras por la cabeza.

Zedd gruñó de dolor al incorporarse con la ayuda de Ann.

—No te imaginas cuánto me alegro de verte con vida. Temí que estuvieras demasiado cerca del hechizo de luz cuando se activó.

Ann fue apartando el pelo empapado de sangre de Zedd para inspeccionar la herida, haciendo gala de muy poca delicadeza.

—Zedd, ése no era Nathan. Cuando salió corriendo hacia el hechizo, estuve a punto de ponerle el collar. Entonces la hermana Roslyn salió también corriendo y se abalanzó sobre él, gritando algo de un mensaje.

»Roslyn es una Hermana de la Oscuridad. No me vio. Mis piernas ya no son lo que eran, pero, al ver que trataba de usar Magia de Resta para anular el hechizo, eché a correr como una niña de doce años.

—Supongo que no funcionó —murmuró Zedd—. Apuesto a que nunca se había topado con un hechizo tejido por un Primer Mago. No obstante, no era un hechizo de luz de los más potentes. Seguramente, la Magia de Resta alimentó su poder y se ha cobrado la vida de personas inocentes.

—Al menos, también ha acabado con la vida de esa mujer perversa.

—Ann, cúrame y después ayudaremos a toda esta gente.

—Zedd, ¿quién era ese hombre? ¿Por qué desencadenó el hechizo? ¿Dónde está Nathan?

El mago extendió una mano fuertemente cerrada en un puño y la abrió. Entonces dejó que la calidez de la magia fluyera hacia las cenizas que contenía. El polvo ennegrecido comenzó a aglutinarse al mismo tiempo que las cenizas negras se tornaban grises. Cuando los restos carbonizados se convirtieron de nuevo en el papel que habían sido adoptaron una coloración marrón pálido.

—Nunca había conocido a nadie capaz de hacer tal cosa —susurró Ann, atónita.

—Da gracias a que la hermana Roslyn tampoco o ahora mismo estaríamos en un lío tremendo. Ser Primer Mago tiene sus ventajas.

Ann cogió el papel arrugado. Mientras leía el mensaje escrito por Nathan, las lágrimas se fueron acumulando en los párpados inferiores. Cuando acabó, le corrían ya en silencio por sus redondas mejillas.

—Querido Creador —murmuró al fin.

Zedd también sentía ganas de llorar.

—Ni que lo digas —susurró a su vez.

—Zedd, ¿qué es el tesoro jocopo?

—Esperaba que tú lo supieras. ¿Por qué nos habrá dicho Nathan que fuésemos a proteger algo sin especificar qué es?

Fuera la gente lloraba de dolor y gritaba pidiendo ayuda. A lo lejos, una pared o tal vez parte del techo se desplomó. Los hombres gritaban órdenes mientras escarbaban en los escombros.

—Nathan se olvida de que él no es como el resto de la gente. Del mismo modo que tú recuerdas cosas que pasaron hace unas décadas, él se acuerda de cosas que sucedieron hace siglos.

—Ojalá nos hubiera dado más información.

—Tenemos que salir a buscar ese tesoro. Lo encontraremos. Se me ocurren algunas ideas. ¡Y tú te vienes conmigo! —ordenó, amenazándolo con un dedo—. Aún no hemos atrapado a Nathan, de modo que, por el momento, tendrás que seguir llevando el collar. Me acompañarás, ¿entendido? ¡No quiero oír ninguna queja!

Zedd se llevó las manos al cuello y se quitó él mismo el collar. Ann se quedó boquiabierta, con los ojos abiertos como platos.

El mago le arrojó el rada'han al regazo.

—Tenemos que encontrar el tesoro jocopo del que habla Nathan. Él no bromea sobre esto; nos advierte muy en serio. Creo lo que escribió en ese mensaje. Estamos en un buen lío. Iré contigo, pero esta vez tenemos que extremar las precauciones. Cubriremos nuestro rastro con magia.

—Zedd —musitó al fin la mujer—, ¿cómo te has quitado el collar? Es imposible.

Zedd la contempló con el entrecejo fruncido, aunque en realidad tenía que contenerse para no echarse a llorar al pensar en la profecía trampa dirigida contra Richard.

—Como he dicho, ser Primer Mago tiene sus ventajas.

Ann se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—¿Cuánto... cuánto tiempo hace que eres capaz de quitarte el rada'han?

Zedd encogió los huesudos hombros.

—No tardé más que un par de días en descubrir cómo lograrlo. Sólo fui tu prisionero los primeros dos o tres días.

—¿Y continuaste conmigo? ¿Pese a ello me acompañaste? ¿Por qué?

—Supongo que me gustan las mujeres que realizan actos desesperados. Demuestra que tienen carácter. —Las manos le temblaban. Cerró los puños—. ¿Crees todo lo que Nathan dice en el mensaje?

—Ojalá pudiera responder que no. Lo siento, Zedd. —Ann tragó saliva—. Ha escrito: «Que los espíritus se apiaden de su alma», refiriéndose a Richard. No dice «buenos espíritus», sino sólo «espíritus».

Zedd se pasó los delgados dedos por la cara.

—No todos los espíritus son bondadosos. También hay espíritus malvados. ¿Qué sabes acerca de profecías disyuntivas dobles, de las que imponen una doble obligación?

—A diferencia del rada'han, es imposible escapar de ellas. Para invocar la profecía es preciso que el cataclismo al que se refiere realmente suceda. Sea lo que sea, eso ya ha pasado. Una vez invocada, la naturaleza del cataclismo es definitoria por sí misma, es decir, que la única opción que tiene la víctima es elegir entre las dos vertientes de la profecía. En este caso, la víctima únicamente puede elegir el modo en que prefiere... Pero todo eso ya lo sabes. Como Primer Mago tienes que saberlo.

—Esperaba que me dijeras que estaba equivocado —susurró Zedd—. Ojalá que Nathan hubiera escrito al menos la profecía para que la conociéramos.

—Agradece que no lo hiciera.

21

Clarissa se aferró al erosionado alféizar de la ventana de la torre de piedra de la abadía, tratando de controlar el tembleque. Con la otra mano se apretaba el pecho para calmar los latidos del corazón. Pese al penetrante humo que le escocía en los ojos, se obligó a parpadear mientras contemplaba, petrificada, el tumulto de la ciudad y la plaza.

El ruido era ensordecedor. Los invasores lanzaban gritos de batalla mientras avanzaban a la carga, blandiendo espadas, hachas y manguales. Se oía el entrechocar de acero y el resonar del metal. Las flechas silbaban en el aire. Los caballos relinchaban de pánico. Desde la lejana campiña se oía el estrépito de las bolas de luz y fuego que estallaban contra las murallas de piedra y las destrozaban. Los espeluznantes invasores tocaban cuernos estridentes y bramaban como bestias mientras invadían la ciudad en masa por las brechas abiertas en la muralla. Eran tantos que oscurecían las calles en una negra marea. Las llamas rugían, siseaban con intensidad y crepitaban.

Los hombres lloraban sin reparo mientras suplicaban clemencia con las manos extendidas y seguían haciéndolo cuando las espadas los atravesaban. Clarissa vio cómo un grupo de siete invasores ataba el cuerpo ensangrentado de uno de ellos a una cuerda y luego un caballo lo arrastraba por la calle.

La escena estaba presidida por los agudos chillidos de mujeres que contemplaban cómo sus hijos, maridos, hermanos y padres eran asesinados ante ellas.

El cálido viento transportaba todos los olores que se producen en una ciudad que arde: brea y madera, aceite y ropa, piel y carne y, sobre todo, sangre. Cada bocanada de aire que inspiraba llevaba el nauseabundo hedor de la sangre.

Estaba ocurriendo lo que él había pronosticado. Clarissa se había reído de él. Ahora le parecía que jamás sería capaz de volver a reír mientras viviera. Al pensar en lo corto que podía ser ese plazo de tiempo, las rodillas le temblaron.

No. No debía pensar en eso. Allí estaba segura. No osarían violar la abadía. Oía cómo la multitud buscaba refugio en la gran sala de abajo, llorando y gritando de terror. Era un lugar sagrado donde se rendía culto al Creador y a los buenos espíritus. Ni siquiera esas bestias cometerían la blasfemia de derramar sangre en ese santuario.

No obstante, él había afirmado que lo harían.

El ejército finalmente había sido aplastado, pese a la resistencia que había presentado en las calles. En toda la historia de Renwold, ningún invasor había conseguido poner un pie dentro. Se decía que la ciudad era tan segura como si el mismo Creador la defendiera. Otros invasores lo habían intentado antes, pero siempre se habían retirado diezmados y con la cabeza gacha. Ninguna horda de la Tierra Salvaje había conseguido jamás abrir una brecha en la muralla. Renwold se consideraba un baluarte del todo seguro.

Pero, ese día, Renwold había caído, tal como él había predicho.

Los invasores iban a pasar todo Renwold a sangre y fuego por haber tenido la osadía de negarse a capitular y entregar el botín pacíficamente, sin lucha.

Algunos insistieron en que había que rendirse, arguyendo que la luna roja durante tres noches seguidas era un mal presagio. Pero esas voces habían sido minoritarias, pues la ciudad siempre había sido un lugar seguro.

Los buenos espíritus y el mismo Creador habían vuelto la espalda a las gentes de Renwold. Clarissa no alcanzaba a comprender qué crimen habían cometido, pero sin duda tenía que ser algo terrible si los buenos espíritus se mostraban tan inclementes.

Desde su atalaya en lo más alto de la abadía podía contemplar cómo los habitantes de Renwold eran agrupados en las calles, en el distrito del mercado y en los patios. Clarissa conocía a casi todas las personas que eran obligadas a punta de espada a dirigirse a la plaza que se extendía delante de la abadía. Los invasores, ataviados con extrañas prendas tachonadas de metal, correas y cinturones de cuero con pinchos, además de capas y más capas de pieles y pellejos, tenían el aspecto que Clarissa atribuía a las tribus de la Tierra Salvaje.

El enemigo comenzó a clasificar a los hombres. Apartaban a todos aquellos que tuvieran un oficio: herreros, fabricantes de arcos, flecheros, panaderos, cerveceros, carniceros, molineros, carpinteros, es decir, cualquiera con un oficio o un trabajo que pudiera ser útil. Ésos eran encadenados unos a otros y se los llevaban presos para trabajar como esclavos. Los muy viejos o jóvenes, así como aquellos que no ejercían un oficio considerado útil, lo cual incluía ayudas de cámara, campesinos libres, posaderos, funcionarios municipales y mercaderes, eran asesinados allí mismo. Les cortaban el cuello con una espada, les atravesaban el pecho con una lanza, les hundían un cuchillo en el vientre o les golpeaban la cabeza con un mangual. Era una masacre caótica.

Sin poder apartar la mirada, Clarissa contempló cómo uno de los invasores aporreaba la cabeza de un hombre tendido en el suelo que se negaba a morir. Le recordaba a un pescador que golpeara un siluro contra la orilla: pum, pum, pum. La actitud del invasor no habría sido más indiferente si realmente estuviera matando un pescado. Gus el Tonto, un pobre diablo que hacía recados a mercaderes, tenderos y posaderos a cambio de comida, cerveza aguada y una cama, dio una última patada cuando su duro cráneo por fin cedió con un sonoro golpe.

La mujer se cubrió la boca con dedos trémulos mientras sentía cómo el contenido del estómago le subía hasta la garganta. Lo tragó de nuevo y respiró a boqueadas.

«Esto no está pasando —se dijo a sí misma—. Tengo que estar soñando.» Clarissa se lo repetía una y otra vez mentalmente: «Esto no está pasando. Esto no está pasando».

Pero estaba pasando. Querido Creador, estaba pasando.

Las mujeres eran separadas de los hombres. Las viejas eran ajusticiadas rápidamente. A las aprovechables las empujaban lejos de sus maridos, pese a sus gritos y llantos, para formar otro grupo. Luego eran clasificadas basándose en la edad y, por lo que parecía, en el aspecto.

Algunos de esos brutos las sujetaban, riéndose, mientras otros pasaban metódicamente de una a otra, les cogían el labio inferior y lo atravesaban con una púa. Luego introducían un aro que ellos mismos abrían y volvían a cerrar con los dientes haciendo gala de gran pericia.

También eso lo había predicho: las mujeres serían marcadas y convertidas en esclavas. Y también de eso se había reído Clarissa. ¿Por qué no? Al oírle contar unas ideas tan locas y absurdas, había creído que tenía tan pocas luces como Gus el Tonto.

Clarissa entrecerró los ojos para tratar de ver mejor. Al parecer, a los diferentes grupos de mujeres se las marcaba con aros de diferentes colores. Un grupo de mujeres maduras, de todas las formas y tamaños, llevaba aros que parecían de cobre. Otras mujeres más jóvenes gritaban, tratando de impedir que les pusieran aros de plata. Después de que dos de las que más se resistían fueron ensartadas con espadas, cesaron de luchar y se sometieron mansamente.

El grupo menos numeroso estaba formado por las mujeres más jóvenes y bonitas, que también eran las más aterrorizadas. Las rodeaba una panda de corpulentos invasores. Los aros de oro fueron para ellas. La sangre les corría por la barbilla y manchaba sus bonitos vestidos.

Clarissa conocía a la mayoría de esas mujeres. Era difícil no recordar a quienes la humillaban sistemáticamente. Clarissa era objeto del desdén de muchas mujeres, y las jóvenes eran las más crueles, por haber pasado la barrera de los treinta y no haberse casado. Cada vez que pasaban por su lado le dirigían miradas de soslayo mientras sonreían con suficiencia. Entre ellas la llamaban «vieja solterona» o «arpía», aunque con voz lo suficientemente alta para que Clarissa las oyera.

Ella jamás había planeado llegar a esa edad y seguir sin marido. Su deseo había sido formar una familia. No comprendía cómo la vida y el tiempo habían transcurrido sin darle la oportunidad de tener un marido.

No era fea, al menos ella no se veía fea, aunque sabía que por poco se libraba de ser calificada de poco agraciada. Tenía una figura correcta; no era de las que son sólo piel y huesos. Y tampoco tenía un rostro deforme, ni marchito, ni grotesco. Cada vez que miraba su reflejo al pasar delante de una ventana por la noche no veía a una mujer fea. Sabía que la suya no era una cara de las que inspiran baladas, pero no era repulsiva.

No obstante, teniendo en cuenta que había más mujeres que hombres, no bastaba con no ser fea. Las mujeres jóvenes y bonitas no lo entendían, pues tenían muchos pretendientes. Las de más edad lo comprendían y se mostraban más amables, pero a sus ojos seguía siendo una desgraciada y evitaban ser demasiado amigables con ella por temor a contagiarse de la razón invisible y desconocida que la mantenía soltera.

A su edad, ya ningún hombre la querría; era demasiado mayor. Tendrían miedo de que fuese demasiado madura para darles hijos. El tiempo la había encerrado en la solitaria jaula de una solterona. El trabajo llenaba su tiempo, pero nunca llegaba a hacerla tan feliz como sospechaba que la habría hecho una familia.

Por mucho que le dolieran las pullas de esas jóvenes y por mucho que a menudo hubiese deseado que probaran el sabor de la humillación, jamás les hubiera deseado lo que les estaba ocurriendo.

Los invasores se reían mientras les desgarraban los corpiños de los elegantes vestidos y las inspeccionaban como si fuesen ganado.

—Querido Creador —rezó en sollozos—, por favor, no permitas esto porque deseé que sintieran la vergüenza de la degradación. Yo jamás les deseé esto. Querido Creador, te suplico que me perdones por haberles deseado mal. No quería esto para ellas, lo juro por mi alma.

Al ver a un grupo de ellos que corría con un tronco, Clarissa lanzó un grito ahogado y se asomó por el ventanuco para ver mejor. Los atacantes desaparecieron bajo un saliente.

Entonces sintió cómo el edificio retumbaba con un ruido sordo y apagado. La gente reunida en la gran sala gritó. Otro golpe. Y otro, seguido por el ruido de la madera que se astillaba. Abajo se desató un caos digno del inframundo.

Estaban profanando la abadía, un lugar santo dedicado al Creador.

Tal como el profeta había predicho.

Clarissa se agarró el vestido a la altura del pecho con ambas manos mientras oía cómo abajo resonaban las carcajadas. Temblaba incontroladamente. No tardarían en subir y encontrarla.

¿Qué le ocurriría? ¿La marcarían atravesándole el labio con un aro y la harían esclava? ¿Tendría el valor de luchar y morir antes que someterse?

No. Clarissa sabía que la respuesta era no. Si debía elegir, quería vivir. No quería que la asesinaran, como había visto hacer con la gente en la plaza o como habían hecho con el pobre Gus. Temía a la muerte más que a la vida.

Ahogó un grito cuando la puerta se abrió violentamente.

El abad irrumpió en la habitación de la torre.

—¡Clarissa! —gritó. Como ya no era joven ni estaba en forma, resoplaba por el esfuerzo de subir los escalones corriendo. La túnica de un apagado tono marrón no conseguía disimular su corpulencia. Su rostro exhibía una palidez cadavérica, como si llevase muerto tres días.

»¡Clarissa! Los libros —dijo entre jadeos—. Tenemos que huir. Nos llevaremos los libros. ¡Los cogeremos y nos esconderemos!

La mujer se quedó de piedra. Tardarían varios días en vaciar la sala de los libros y necesitarían varios carros para llevárselos. No había dónde esconderse. No había adónde huir. Era imposible abrirse paso entre la multitud de atacantes.

Era una orden absurda nacida de un miedo cerval.

—Abad, es imposible escapar.

El hombre corrió hacia ella y le cogió las manos. Se humedeció los labios. La mirada volaba de un punto a otro.

—No se fijarán en nosotros —le aseguró—. Fingiremos que tenemos una misión. No nos preguntarán.

Clarissa no supo cómo reaccionar ante esa falsa ilusión, aunque tampoco fue necesario. Tres hombres cubiertos con prendas de cuero, pellejo y piel, salpicadas de sangre, entraron por la puerta. Eran tan altos y la estancia tan pequeña que bastaron tres pasos para llegar junto al abad.

Dos tenían el pelo grasiento, rizado y apelmazado, mientras que el tercero llevaba la cabeza afeitada. Los tres exhibían una barba tupida y llevaban un aro dorado en la ventana izquierda de la nariz.

El de la calva reluciente agarró al abad por el flequillo de pelo blanco y le echó bruscamente la cabeza hacia atrás. El abad chilló.

—Oficio. ¿Tienes un oficio?

El abad, con la cabeza tan inclinada hacia atrás que solamente veía el techo, extendió las manos en gesto de súplica.

—Soy el abad. Un hombre de oración. —Se humedeció los labios y añadió gritando—: ¡Y de libros! ¡Me ocupo de los libros!

—Libros. ¿Dónde están?

—Los archivos se guardan en la biblioteca. —Con la cabeza echada hacia atrás, señaló a ciegas—. Clarissa lo sabe. Clarissa os llevará. Ella trabaja allí. Os los puede mostrar. Ella es la que los cuida.

—Así que ¿no tienes oficio?

—¡Oración! ¡Soy un hombre de oración! Rezo al Creador y a los buenos espíritus por vosotros. Ya lo veréis. Soy un hombre de oración. Sin donativos. Yo rezaré por vosotros. Sin donativos.

El hombre de la cabeza afeitada echó la cabeza del abad cada vez más y más atrás. Los músculos cubiertos por una pátina de sudor se le marcaban por el esfuerzo. Finalmente le cortó la garganta con un cuchillo largo. Clarissa notó la cálida sangre que le salpicaba en la cara mientras el abad exhalaba a través de la herida abierta.

—No necesitamos un hombre de oración —declaró el invasor mientras arrojaba al abad a un lado.

Clarissa se quedó mirando, horrorizada, la sangre que se extendía bajo la túnica marrón del abad. Lo conocía casi de toda la vida. Años atrás, el abad la había recogido, salvándola de morir de hambre, y la había empleado como escribiente. Se había apiadado de ella, porque era incapaz de encontrar marido y no tenía otra habilidad aparte de la de saber leer. No muchos sabían leer, pero Clarissa sí, y eso le permitió ganarse el pan.

Claro que para conservar el empleo y alimentarse debía soportar las rechonchas manos del abad y sus babosos labios. En un principio, las cosas habían sido distintas, pero, una vez que conocía ya el trabajo y se sentía segura porque le permitía ganarse la vida, comprendió que tenía que tolerar cosas que no le gustaban.

Mucho tiempo atrás, cuando le suplicó que se detuviera y él no le hizo caso, lo amenazó. Pero el abad respondió que si presentaba acusaciones tan escandalosas contra un respetado abad, sería desterrada. ¿Y cómo sobreviviría una mujer soltera y sola en el campo? ¿Qué cosas realmente terribles iban a pasarle entonces?

Clarissa se decía que había cosas peores. Otras personas pasaban hambre, y el orgullo no llenaba el estómago. Algunas mujeres sufrían un trato peor de los hombres. Al menos, el abad jamás la pegaba.

Nunca le había deseado ningún mal. Su único deseo era que la dejara tranquila. Ella jamás le deseó ningún mal. El abad la había recogido y le había dado trabajo y comida. Otros sólo le ofrecían desprecio.

El bruto armado con el cuchillo se acercó a ella, despertándola del estupor en que la había sumido el asesinato del abad. El hombre se guardó el cuchillo en el cinto.

Entonces la cogió bruscamente por la barbilla con dedos encallecidos y manchados de sangre y la obligó a girar la cara a un lado y a otro. La examinó de la cabeza a los pies y a continuación le pellizcó la cintura. Clarissa sentía cómo el rostro le quemaba por la humillación de ser inspeccionada de ese modo.

—El aro —ordenó el hombre a uno de sus compañeros.

Por un momento no comprendió. Pero, cuando uno de los fornidos hombres se le acercó, las rodillas comenzaron a temblarle. No se atrevió a gritar. Sabía lo que le harían si se resistía. No quería que le rebanaran el pescuezo como al abad, ni que le rompieran el cráneo a golpes como al pobre Gus. Querido Creador, no deseaba morir.

—¿Cuál, capitán Mallack?

El hombre de la cabeza afeitada la miró a los ojos.

—Plata.

Plata. No cobre, sino plata.

En lo más profundo de su mente lanzó una carcajada maníaca, mientras el hombre le cogía el labio inferior entre el pulgar y un nudillo. Esos hombres, experimentados en juzgar el valor de la carne, acababan de adjudicarle más valor que su propia gente. Aunque fuera como esclava, tenía valor para ellos.

Cuando sintió la púa que se le clavaba en el borde del labio tuvo que cerrar con todas sus fuerzas la parte posterior de la garganta para retener el grito. El hombre fue dando vueltas a la púa hasta atravesar el labio. Clarissa parpadeó, tratando de ver pese a las lágrimas de dolor.

No era de oro, se dijo a sí misma; naturalmente no era oro, pero tampoco era cobre. Esos hombres creían que valía un aro de plata. Una parte de ella se sentía asqueada por su propia vanagloria. Pero ¿qué otra cosa le quedaba ya?

El hombre, que apestaba a sudor, sangre y hollín, le introdujo el aro de plata abierto en el labio. Sin poderlo evitar, Clarissa gruñó. El bruto se inclinó hacia ella y cerró el aro con unos dientes amarillos y torcidos.

Clarissa no hizo ningún ademán por limpiarse la sangre que le goteaba de la barbilla, mientras el capitán Mallack la miraba de nuevo a los ojos.

—Ahora eres propiedad de la Orden Imperial.

22

Clarissa creyó que iba a desmayarse. ¿Cómo podía ser una persona propiedad de nadie? Avergonzada, se dio cuenta de que había permitido que el abad la considerara casi de su propiedad. Había sido amable con ella, a su manera, pero a cambio la había tratado como si ella le perteneciera.

Y esos brutos no iban a ser amables con ella, lo sabía. Sabía qué iban a hacerle: algo mucho peor que los manoseos del borracho e impotente abad. La mirada acerada del capitán le dijo que eran hombres que conseguían fácilmente lo que querían.

Al menos era un aro de plata. Ignoraba por qué, pero le importaba.

—Guardáis libros en la abadía —afirmó el capitán Mallack—. ¿Hay libros de profecías entre ellos?

El abad debería haber mantenido la boca cerrada, pero Clarissa no deseaba morir para proteger unos libros. Además, esos hombres la harían pedazos y luego los encontrarían de todos modos. Los libros no estaban escondidos; después de todo, la ciudad se había considerado a salvo de las invasiones.

—Sí.

—El emperador ha ordenado que le llevemos todos los libros. Tú nos conducirás hasta ellos.

Clarissa tragó saliva.

—Por supuesto.

—¿Cómo va, chicos? —preguntó una voz amistosa desde el umbral—. ¿Todo en orden? Parece que lo tenéis todo controlado.

Los tres hombres se volvieron. Un hombre ya mayor pero vigoroso llenaba el hueco de la puerta. Tenía una espesa melena de pelo blanco que le caía sobre los hombros anchos. Vestía con botas altas, pantalones marrones y camisa blanca fruncida por debajo de un chaleco verde abierto. El borde de su pesada capa parda casi rozaba el suelo. De la cintura le pendía una espada enfundada en una elegante vaina.

Era el profeta.

—¿Quién eres? —gruñó el capitán Mallack.

El profeta se echó la capa sobre un hombro con gesto tranquilo.

—Alguien que necesita una esclava. —Apartó a uno de los hombres para acercarse a Clarissa. Al llegar junto a ella le agarró la mandíbula con una de sus manazas y le giró la cabeza a derecha e izquierda—. Ésta servirá. ¿Cuánto pides por ella?

El capitán de cabeza rapada cogió violentamente al profeta por la camisa blanca.

—Los esclavos pertenecen a la Orden. Todos son propiedad del emperador.

El profeta miró con expresión airada la mano del soldado en su camisa y la apartó de un manotazo.

—Cuidado con la camisa, amigo; tienes las manos sucias.

—¡Dentro de un momento estarán cubiertas de sangre! ¿Quién eres? ¿Cuál es tu oficio?

Otro de los hombres acercó un cuchillo a las costillas del profeta.

—Contesta la pregunta del capitán Mallack o te mato. ¿Cuál es tu oficio?

El profeta desestimó la pregunta con un giro de muñeca.

—Ninguno que os pueda interesar. Volviendo al tema de la esclava, ¿cuánto cuesta? Puedo pagaros con largueza. ¿No os gustaría sacar algo de todo esto, muchachos? Yo nunca niego a nadie que saque provecho.

—Podemos saquear tanto como queramos. La ciudad es nuestra. —El capitán echó una rápida mirada al hombre que había colocado el aro a Clarissa—. Mátalo.

El profeta los detuvo con un amplio gesto de la mano, sin inmutarse.

—No quiero haceros ningún daño, chicos. —Se inclinó un poco más hacia sus caras—. ¿Vais a reconsiderarlo?

El capitán Mallack fue a decir algo, pero se detuvo. De su boca no salieron palabras. Las tripas de los tres hombres comenzaron a emitir un angustioso ruido perceptible a los oídos de Clarissa. Los ojos de los tres se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el profeta—. ¿Va todo bien? Bueno, ¿qué me decís de mi oferta, muchachos? ¿Cuánto pedís por ella?

Los tres exhibían un rostro distorsionado por el malestar. Clarissa percibió un desagradable olor.

—Bueno —replicó el capitán Mallack con voz forzada—, creo que... —Hizo una mueca—. Tenemos que irnos.

El profeta los despidió con una inclinación de cabeza.

—Vaya, gracias, muchachos. Marchaos. Dad recuerdos de mi parte a mi amigo el emperador Jagang, ¿lo haréis?

—Pero ¿qué hay de él? —preguntó uno de los hombres al capitán mientras se marchaban.

—Alguien pasará pronto por aquí y lo matará —respondió el capitán. Los tres hombres salieron con las piernas arqueadas arrastrando los pies.

Cuando el profeta volvió su mirada afilada hacia Clarissa ya no quedaba ni rastro de su sonrisa.

—¿Y bien? ¿Has reconsiderado mi oferta?

Clarissa temblaba. No sabía a quién temía más, si a los invasores o al profeta. Ellos le harían daño. Ignoraba lo que el profeta podía hacerle. Tal vez le revelaría cómo iba a morir. Él le había predicho que toda la ciudad perecería, y estaba sucediendo. Clarissa temía que si él decía algo, conseguiría que sucediera. Los profetas poseían magia.

—¿Quién eres? —susurró.

—Nathan Rahl. —Se presentó con una exagerada reverencia—. Ya te dije que era un profeta. Perdona por no haberme presentado antes, pero resulta que no disponemos de mucho tiempo.

Aunque los penetrantes ojos azules del profeta la asustaban, se obligó a sí misma a preguntar:

—¿Para qué quieres una esclava?

—Desde luego, no para lo mismo que ellos.

—No quiero...

El profeta la agarró por un brazo y tiró de ella hacia la ventana.

—Mira afuera. ¡Mira!

Por primera vez Clarissa perdió el control y comenzó a llorar a lágrima viva.

—Oh, querido Creador...

—Él no va a ayudarte. Ahora nadie puede ayudar a esa gente. Yo puedo ayudarte a ti, pero a cambio debes prometerme que me ayudarás a mí. No pienso arriesgar mi vida y la de decenas de miles de personas confiando en ti si no vas a servirme de nada. Ya encontraré a otra que prefiera ir conmigo antes que ser esclava de esos brutos.

Clarissa lo miró a los ojos con esfuerzo.

—¿Será peligroso?

—Sí.

—¿Moriré al ayudarte?

—Tal vez. Tal vez vivas. Si mueres, será por una causa noble: tratar de impedir un sufrimiento peor que éste.

—¿No puedes ayudarlos? ¿No puedes poner fin a todo esto?

—No. Lo hecho, hecho está. No podemos cambiar el pasado; sólo tratar de mejorar el futuro.

»En Renwold tenéis indicios de parte de los peligros del futuro. En el pasado un profeta vivió aquí y dejó escritas algunas de sus profecías. No era un profeta importante, pero dejó sus predicciones aquí donde, tontos de vosotros, las consideráis una revelación de la voluntad divina.

»No lo son. No son más que palabras en potencial. Es como si te dijera que en tus manos está elegir tu destino. Puedes quedarte y convertirte en ramera del ejército invasor o arriesgar tu vida haciendo algo que vale la pena.

Clarissa temblaba. El profeta le apretaba el brazo con fuerza.

—Yo... tengo miedo —confesó.

La mirada de ojos zarcos del profeta se suavizó.

—Clarissa, ¿te sirve de algo si te digo que estoy aterrado?

—¿De veras? Se te ve tan seguro de ti mismo...

—Sólo estoy seguro de lo que puedo hacer para tratar de ayudar. Tenemos que llegar a los archivos antes de que esos hombres logren echar un vistazo a los libros.

Clarissa se volvió, alegrándose de tener una excusa para desviar la mirada.

—Están abajo. Yo te llevaré.

La mujer lo condujo por la estrecha escalera de caracol que se abría al fondo de la torre. Apenas se usaba, porque era muy estrecha y difícil de bajar. El profeta que construyó la abadía era un hombre menudo, y la escalera se hizo especialmente para él. A Clarissa le costaba pasar y no podía imaginarse cómo el profeta se las arreglaría para bajar, pero lo logró.

Al llegar al oscuro descansillo de abajo, Nathan encendió una pequeña llama en la palma de su mano. Clarissa lo contempló, atónita, preguntándose cómo era posible que no le quemara la carne. Pero el profeta la animó a proseguir. La baja puerta de madera daba a un pasillo corto. La escalera del centro descendía hasta los archivos y la puerta del fondo conducía a la sala principal de la abadía. Al otro lado de esa puerta se estaba cometiendo una carnicería.

Clarissa bajó los escalones de dos en dos. Cuando resbaló, Nathan la cogió por el brazo para evitar que cayera y dijo en tono de amable broma que ése no era el peligro sobre el que la había advertido antes.

El profeta extendió una mano al llegar a la oscura estancia de abajo y las lámparas que colgaban de pilastras de madera se encendieron. El hombre observó con gesto ceñudo las estanterías que forraban las paredes de la estancia. Dos mesas macizas pero normales y corrientes proporcionaban un lugar donde leer y escribir.

Mientras él se dirigía con paso tranquilo a las estanterías de la izquierda, una desesperada Clarissa trataba de pensar en un posible escondite en el que ocultarse de los hombres de la Orden. Tenía que haber algún sitio. Más pronto o más tarde los invasores tendrían que irse, y entonces ella saldría del escondite.

Tenía miedo del profeta. Esperaba cosas de ella. Clarissa ignoraba qué cosas eran ésas, pero dudaba de tener valor para realizarlas. Solamente quería que la dejaran en paz.

El profeta recorría las estanterías y de vez en cuando hacía un alto para colocar un dedo encima de un lomo y coger un libro. No abría los libros que elegía, sino que los arrojaba a una pila en el centro de la habitación y pasaba al siguiente. Todos los libros que elegía contenían profecías. No seleccionaba todos los libros de profecías, por supuesto, pero solamente cogía los que contenían profecías.

—¿Por qué yo? —le preguntó Clarissa, que observaba sus movimientos—. ¿Por qué me quieres a mí?

El profeta se detuvo con un dedo posado encima de un libro de gran formato encuadernado en piel. Mientras retiraba ese volumen del estante, la miró del mismo modo que un halcón mira a un ratón. Fue hasta la pila de ocho o diez libros amontonados en el suelo, añadió uno más y recogió uno de los anteriores. Lo hojeó y luego se lo tendió a ella.

—Toma. Lee esto.

Clarissa cogió el pesado libro de sus manos y leyó el pasaje que el profeta señalaba.

«Si ella accede a ir libremente, alguien anillado será capaz de tocar lo que hace tanto tiempo se confió únicamente a los vientos.»

Lo que hace tanto tiempo se confió únicamente a los vientos. La mera idea de algo tan incomprensible le daba ganas de echar a correr.

—Alguien anillado —dijo—. ¿Se refiere a mí?

—Si accedes a ir libremente.

—¿Y si prefiero quedarme y esconderme? Entonces ¿qué?

Nathan arqueó una ceja.

—Pues me buscaré a otra que quiera escapar. Te lo he ofrecido a ti primero porque tengo mis razones y porque sabes leer. Estoy seguro de que no eres la única. Si es preciso, buscaré a otra.

—¿Qué es lo que «alguien anillado» puede tocar?

El profeta le quitó el libro de sus trémulas manos y lo cerró de golpe.

—No trates de entender lo que significan las palabras. Sé que todos tratáis de hacerlo, pero yo soy un profeta y puedo afirmar sin temor a equivocarme que es un empeño inútil. No importa qué pienses ni qué temas, porque te equivocarás.

La determinación de acompañarlo se debilitó. El profeta la asustaba pese a su aparente amabilidad en la torre al salvarla. Un hombre que sabía lo que él sabía la aterrorizaba.

Los invasores le habían puesto un anillo de plata en el labio. No era de cobre. Tal vez eso significaba que la tratarían bien. Al menos viviría. Le darían comida y no moriría. No tendría que temer la posibilidad de sufrir una muerte aterradora.

Se sobresaltó cuando el profeta pronunció su nombre.

—Clarissa —dijo otra vez—, trae algunos soldados. Diles que te han ordenado que los conduzcas a los archivos, aquí abajo.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que los traiga?

—Haz lo que te digo. Diles que el capitán Mallack te ha ordenado que los guiaras abajo, donde se guardan los libros. Si tienes problemas, diles que sus palabras exactas fueron: «Que muevan enseguida su despreciable pellejo hasta donde están los libros o el Caminante de los Sueños les hará una visita que jamás podrán olvidar...».

—Pero si subo allí...

Las palabras de la mujer se fueron apagando, vencida por el poder de la mirada del profeta.

—Si tienes problemas, diles esas palabras y no te pasará nada. Tráelos aquí.

Clarissa abrió la boca para preguntar por qué quería que bajaran donde estaban los libros, pero cambió de idea al ver la expresión del profeta. Subió corriendo la escalera, feliz de alejarse del visionario, pese a que era consciente de que arriba la esperaban esas bestias.

Al llegar a la puerta de la gran sala se detuvo. Podía huir. Recordó que el abad le había sugerido eso mismo y recordó también haber pensado que era un idea absurda. No había adónde huir. Llevaba un aro de plata; tal vez eso la favorecería. Al menos, el enemigo la valoraba en algo.

Abrió la puerta y dio un paso, pero la escena que contempló la hizo detenerse con ojos desmesuradamente abiertos. Vio la puerta doble que daba a la calle astillada y reventada. El suelo estaba tapizado con los cuerpos de los hombres que habían buscado refugio en la abadía.

La gran sala estaba repleta de invasores. Tendidas entre los cadáveres, las mujeres eran violadas. Clarissa se quedó paralizada, sin poder creer lo que veía.

Los hombres esperaban en grupos a que les llegara el turno. Los grupos más numerosos eran para las mujeres que llevaban aros de oro. Clarissa sintió náuseas al contemplar las barbaridades que hacían a esas mujeres. Se tapó la boca y se obligó a tragar saliva.

Se quedó paralizada, incapaz de apartar la vista de una desnuda Manda Perlin, una de las jóvenes que solían atormentarla. Manda se había casado con un tipo rico de mediana edad que prestaba dinero e invertía en cargamentos. Su marido, Rupert Perlin, yacía no lejos de allí; le habían cortado el cuello con tanta saña que casi le habían separado la cabeza del cuerpo.

Manda gemía, aterrorizada, mientras esas bestias la sujetaban en el suelo. Los hombres se reían a carcajada limpia de sus lamentos, aunque sus risas se perdían en la algarabía general. Clarissa notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. No eran hombres. Eran bestias salvajes.

Un hombre la agarró por el pelo, y otro le rodeó una pierna con su brazo. Se rieron cuando los gritos de Clarissa se unieron a los del resto. Antes de caer al suelo de espaldas, ya le habían levantado el vestido.

—¡No! —gritó.

Pero los hombres se rieron de ella, del mismo modo que otros se reían de Manda.

—No..., me han enviado.

—Perfecto —replicó un hombre—. Me estaba hartando de esperar mi turno. —Y le propinó un tremendo bofetón cuando Clarissa le apartó las manos. El dolor la dejó aturdida, y además le zumbaban los oídos.

Llevaba un aro de plata. Eso significaba algo. Llevaba un aro de plata. A poco más de medio metro de distancia una mujer lanzó un gruñido cuando un hombre se dejó caer sobre su espalda. También ella llevaba un aro de plata y no le servía de nada.

—¡Mallack! —gritó—. ¡Me envía el capitán Mallack!

El hombre cerró el puño en torno a sus cabellos y le estampó violentamente un nauseabundo beso en los labios. La barba le pinchó. Sintió un agudo pinchazo en la herida abierta por el aro que le atravesaba el labio y notó cómo de nuevo la sangre le corría por la barbilla.

—Mi agradecimiento al capitán Mallack —dijo el hombre, que acto seguido le mordió en una oreja. Clarissa gritó, mientras que el otro hombre trataba de quitarle la ropa interior. La mujer trató desesperadamente de recordar las palabras que le había dicho el profeta.

—¡Mensaje! —gritó—. ¡El capitán Mallack me envía con un mensaje! Me ordenó que os condujera hasta los libros. Dijo que movierais en seguida vuestros despreciables pellejos hasta donde están los libros o el Caminante de los Sueños os haría una visita que jamás podríais olvidar.

Los hombres lanzaron maldiciones obscenas y la obligaron a levantarse tirándole del pelo. Clarissa se bajó el vestido con manos trémulas. La media docena de hombres que la rodeaban se echaron a reír. Uno de ellos volvió a deslizar de nuevo una mano entre sus piernas.

—Bueno, zorra, no te quedes ahí parada, disfrutando. Guíanos.

Clarissa notaba las piernas tan rígidas como una cuerda húmeda y tuvo que apoyarse en la barandilla para bajar la escalera. Mientras conducía a la media docena de hombres al archivo no cesaban de pasar por su mente fugaces visiones de lo que acababa de presenciar.

El profeta los recibió en la puerta, como si ya fuera a marcharse.

—Ah, aquí estáis. Ya era hora —dijo en tono irritado. Con un gesto señaló la habitación a su espalda—. Todo está correcto. Sacadlos de aquí antes de que ocurra algo o el emperador nos usará como leña para el fuego.

Los hombres fruncieron el entrecejo, confusos, y recorrieron la habitación con la vista. En el centro, donde Clarissa había visto al profeta apilar los libros que había seleccionado de las estanterías, sólo se veía una mancha de ceniza blanca. Nathan había vuelto a juntar los libros para cerrar los huecos y que no se notara que faltaban algunos.

—Huelo a humo —apuntó uno de los hombres.

—¡Idiota! —exclamó el profeta, dándole un buen porrazo en la cabeza—. La mitad de la ciudad está en llamas, ¿y hasta ahora no has olido el humo? ¡Vamos, manos a la obra! Tengo que informar sobre los libros que he encontrado.

El profeta hizo ademán de salir llevándose a Clarissa, pero uno de los hombres la agarró por el brazo.

—Déjala aquí. Necesitaremos diversión.

El profeta los fulminó con la mirada.

—¡Es una escribiente, cabeza hueca! Conoce todos los libros. Tiene un trabajo mejor que hacer que divertiros a vosotros, brutos holgazanes. Cuando acabéis aquí, hay mujeres de sobra, ¿o acaso preferís que me queje de vosotros al capitán Mallack?

Aunque no estaban seguros de quién era Nathan, decidieron ponerse manos a la obra. Nathan cerró la puerta tras él y empujó a Clarissa hacia adelante.

Ya en los escalones, a solas con él y en silencio, la mujer se detuvo y se recostó contra la barandilla. Se sentía mareada y tenía ganas de vomitar. El profeta le rozó una mejilla.

—Clarissa, escúchame. Respira lentamente. Piensa. Respira lentamente o te desmayarás.

Las lágrimas le corrían por la cara. Clarissa levantó una mano hacia la sala en la que había entrado para ir a buscar a los soldados.

—He visto... visto...

—Sé qué has visto —replicó él con suavidad.

Clarissa le dio una bofetada.

—¿Por qué me hiciste subir allí? ¡No necesitabas a esos hombres!

—Piensas que podrías esconderte. No podrías. Registrarán hasta el último rincón de la ciudad. Y, cuando acaben, la quemarán hasta los cimientos. No quedará ni rastro de Renwold.

—Pero yo... podría... Me da miedo acompañarte. No quiero morir.

—Quería que supieras lo que te ocurriría si decidías quedarte. Clarissa, eres una mujer encantadora. —Con el mentón señaló hacia la gran sala—. Créeme, no te conviene quedarte aquí para sufrir lo mismo que esas mujeres en los próximos tres días, y después, como esclavas de la Orden Imperial. Por favor, créeme, tú no quieres eso.

—¿Cómo pueden cometer esas barbaridades?, ¿cómo?

—Es la realidad atroz de la guerra. En una guerra no hay normas de conducta, excepto las que dicta el agresor o las que impone el vencedor. Puedes luchar contra eso o someterte.

—¿Tú... no puedes ayudar a esa gente?

—No —respondió Nathan en un susurro—. Sólo puedo ayudarte a ti, pero no voy a malgastar un tiempo precioso en ayudarte, a no ser que lo merezcas. Quienes han muerto aquí tuvieron una muerte rápida. Fue terrible, pero al menos rápida.

»Un número incontable de personas, muchísimas más de las que habitaban esta ciudad, van a sufrir una muerte lenta, horrible y dolorosa. No puedo ayudar a los habitantes de Renwold, pero puedo tratar de ayudar a esa otra gente. ¿Merece la pena la libertad, vale la pena vivir si no lo intentamos?

»Debes decidir ahora si vas a ayudar, si tu vida merece ser vivida, si eres digna de que el Creador te entregara el don de un alma.

Por la mente de Clarissa cruzaban caóticas imágenes de lo que estaba ocurriendo en la gran sala, en las calles y en toda la ciudad. Se sentía como si ya hubiese muerto. Si se le ofrecía una oportunidad de ayudar a otros y volver a vivir, debía aprovecharla. No tendría otra, lo sabía.

Se limpió las lágrimas de los ojos y la sangre de la barbilla.

—Sí. Te ayudaré. Juro por mi alma que haré lo que me pidas, si eso ayuda a salvar vidas y me da la oportunidad de ser libre.

—¿Incluso si te pido algo que te da miedo? ¿Incluso si crees que morirás por hacerlo?

—Sí.

La cálida sonrisa del profeta le alegró el corazón. Inesperadamente, el hombre la atrajo hacia él y le dio un tranquilizador abrazo. Nadie le había dado un abrazo como ése desde que era niña. Sin poder evitarlo, se echó a llorar.

Nathan le tocó el labio con los dedos y Clarissa experimentó una cálida sensación de alivio. El terror que la atenazaba disminuyó. De pronto, el recuerdo de lo que había visto le infundió la voluntad de detener a esos hombres, de evitar que causaran el mismo sufrimiento a otras personas. Su mente se llenó de la esperanza de que podría hacer algo importante para que también otras personas fuesen libres.

Cuando Nathan retiró la mano, Clarissa se palpó el labio. Ya no le dolía. La herida alrededor del anillo se había cerrado.

—Gracias... profeta.

—Nathan. —El hombre le acarició el pelo—. Ahora debemos irnos. Cuanto más tiempo pasemos aquí, mayor es la probabilidad de que jamás logremos escapar.

—Estoy lista.

—Aún no. —Nathan le cogió las mejillas entre sus grandes manos—. Tenemos que atravesar toda la ciudad para salir. Ya has visto demasiadas atrocidades. No quiero que veas ni que escuches nada más. Quiero ahorrarte al menos eso.

—No veo cómo, si tenemos que pasar entre los hombres de la Orden.

—Deja que yo me ocupe de eso. De momento, te echaré un hechizo. Estarás ciega, para que no veas nada más de lo que ocurre en tu ciudad y también sorda, para que no oigas el sufrimiento y la muerte que ahora reinan en este lugar.

Clarissa sospechaba que el profeta temía que le diera un ataque de pánico que los delatara. Tal vez tenía razón.

—Si tú lo dices, Nathan. Haré lo que quieras.

De pie allí, en la tenue luz, dos escalones por debajo de ella de modo que ambos rostros quedaban a la misma altura, el profeta le dirigió una cálida sonrisa. Era un hombre extraordinariamente apuesto pese a su edad avanzada.

—He elegido a la mujer correcta. Lo harás perfectamente. Rezo a los buenos espíritus para que te concedan la libertad a cambio de tu ayuda.

La mano de Nathan, que cogía la suya, se convirtió en la única conexión de Clarissa con el mundo. Ella no podía ver la masacre, ni oír los gritos, ni oler los incendios. No obstante, sabía que todas esas cosas estaban sucediendo a su alrededor.

Rezaba mientras caminaba, en su mundo de quietud. Pedía a los buenos espíritus que se apiadaran de las almas de todos aquellos que habían muerto en Renwold ese día y suplicaba que dieran fuerza a todos los que aún seguían con vida.

El profeta la guiaba a través de los escombros, rodeando el calor de los fuegos. Cuando Clarissa tropezaba con los restos, él la sujetaba con fuerza de la mano para que no cayera. A Clarissa le parecía que caminaban durante horas por las ruinas de la vasta ciudad.

De vez en cuando se detenían, y Nathan la soltaba de la mano, y ella se quedaba quieta y sola en su mundo silencioso. Como no podía ver ni oír, no sabía exactamente por qué se paraban, aunque sospechaba que Nathan debía de estar convenciendo a los soldados para que los dejasen pasar. A veces las paradas se prolongaban, y el corazón de Clarissa se aceleraba al pensar en el invisible peligro del que Nathan la estaba protegiendo. Otras veces la parada iba seguida del brazo de Nathan alrededor de su cintura, que la empujaba para que echara a correr.

En manos del profeta se sentía segura y también hallaba consuelo.

Las caderas le dolían de tanto andar y los cansados pies se negaban a dar un paso más. Por fin Nathan posó ambas manos sobre sus hombros, le dio la vuelta y la ayudó a sentarse. Clarissa sintió la fresca hierba bajo su cuerpo.

De repente recuperó la visión, junto con los sentidos tanto del oído como del olfato.

Ante ella se extendían colinas verdes y onduladas. Clarissa miró alrededor y vio solamente campo. No se veía a nadie por ninguna parte. No había ni rastro de la ciudad de Renwold.

Sólo entonces permitió que en su corazón brotara un principio de dulce alivio, no sólo por haber escapado de la masacre, sino también por haberse liberado de su antigua vida.

El terror se había grabado tan profundamente en su alma que sentía como si la hubiesen metido en un horno de miedo y hubiese salido de allí convertida en un lingote nuevo y reluciente, endurecido para soportar lo que le esperara.

Fuese lo que fuese lo que tenía por delante, no sería peor que lo que le habría ocurrido de quedarse allá. Si hubiese optado por quedarse, habría sido incapaz de ayudar a otros ni a sí misma.

Ignoraba qué le pediría el profeta que hiciera, pero cada día de libertad del que pudiera disfrutar sería un regalo que él le hacía.

—Gracias por elegirme. Nathan.

El profeta tenía la vista perdida, sumido en sus pensamientos, y no la oyó.

23

La hermana Verna se volvió hacia donde se oía el jaleo y, a la escasa luz del atardecer, vio a un explorador que desmontaba de un brinco del agotado caballo sin darle tiempo a que se detuviera por completo. Mientras transmitía el informe al general, el explorador jadeaba y trataba de recuperar el resuello. La tensa postura del general se relajó visiblemente ante lo que le dijo y, con aire desenvuelto, hizo un gesto dirigido a sus oficiales para tranquilizarlos.

Aunque Verna no pudo oír el mensaje del explorador sabía cuál era. No necesitaba un profeta para saber qué había visto el explorador.

Estúpidos. Ella ya se lo había advertido.

El general Reibisch se le acercó con una sonrisa en los labios y las pobladas cejas arqueadas como cuando estaba de buen humor. El general trató de distinguirla con sus ojos verde grisáceos al entrar en el cerco de luz que proyectaba el fuego.

—¡Prelada! Aquí estáis. ¡Buenas noticias!

Verna, que tenía la mente en asuntos más importantes, se aflojó el chal que le cubría los hombros.

—No me lo digáis, general; mis Hermanas y yo tendremos que pasarnos toda la noche tranquilizando a soldados nerviosos y lanzando hechizos para deciros adónde han corrido a esconderse los desertores, aterrados, para aguardar el fin del mundo.

El general se rascó la barba bermeja.

—Ah, bueno, de veras que aprecio vuestra ayuda, Prelada, pero no, no será necesario. Como de costumbre, tenéis razón.

Verna lanzó un resoplido que significaba «ya os lo decía yo».

El explorador había estado vigilando desde lo alto de la colina y desde allí había visto la luna antes que ninguno de los demás, acampados en el valle.

—Mi hombre me ha dicho que esta noche la luna no ha salido roja. Sé que vos ya me dijisteis que no serían más que tres noches, Prelada, pero no puedo evitar sentirme aliviado ahora que todo ha vuelto a la normalidad.

¿La normalidad? Difícilmente.

—Me alegro de que esta noche, para variar, todos podamos dormir, general. También espero que vuestros hombres hayan aprendido una lección y que, en el futuro, si les aseguro que el inframundo no está a punto de engullirnos a todos, tengan un poco más de fe en mí.

El general sonrió tímidamente.

—Sí, Prelada. Yo os creí, por supuesto, pero algunos de mis hombres son más supersticiosos de lo que es saludable para su corazón. La magia les asusta.

—Y con razón —le dijo Verna en tono confidencial e inclinándose hacia él.

El general carraspeó.

—Sí, Prelada. Bueno, supongo que será mejor que todos durmamos un poco.

—Los mensajeros aún no han vuelto, ¿verdad?

—No. —El militar fue siguiendo con un dedo la parte inferior de la cicatriz blanca que le cruzaba la mejilla izquierda, desde la sien a la mandíbula—. Supongo que ni siquiera habrán llegado a Aydindril todavía.

Verna suspiró. Ojalá que hubiesen tenido alguna noticia. Eso le habría ayudado mucho a tomar una decisión.

—No, supongo que no.

—¿Qué creéis, Prelada? ¿Qué aconsejáis? ¿Vamos al norte?

Verna se quedó ensimismada contemplando las chispas del fuego que subían en espiral hacia la oscuridad, notando en el rostro su calor. Debía tomar decisiones más importantes que ésa.

—No lo sé. Las palabras exactas que Richard me dijo fueron: «Dirigíos al norte sin dilación. Un ejército de cien mil soldados d'haranianos se dirige al sur en busca de Kahlan. Estaréis más protegidas con ellos y ellos con vosotras. Decid al general Reibisch que Kahlan está a salvo conmigo».

—Todo sería mucho más sencillo si lo hubiese dicho con total seguridad.

—No dijo que fuésemos al norte de vuelta a Aydindril, pero estaba implícito. Estoy segura de que pensó que eso sería lo que haríamos. No obstante, en asuntos como éste, tengo muy en cuenta vuestros consejos, general.

Reibisch se encogió de hombros.

—Yo soy un soldado. Y pienso como un soldado.

Richard había ido a Tanimura para rescatar a Kahlan y había conseguido destruir el Palacio de los Profetas y las criptas en las que se custodiaban las profecías, antes de que el emperador Jagang lo conquistara. Richard había dicho que debía regresar a Aydindril en seguida y que no tenía tiempo para explicaciones, pero que sólo él y Kahlan poseían la magia necesaria para regresar inmediatamente. No podía llevar al resto con él. Verna debía dirigirse al norte para reunirse con el general Reibisch y su ejército d'haraniano.

Pero el general Reibisch se resistía a regresar al norte. Sostenía que debían aprovechar la ventaja estratégica que les daba el contar con una fuerza numerosa tan al sur para abortar una posible invasión del Nuevo Mundo antes de que el ejército enemigo llegara a zonas densamente pobladas.

—General, no tengo argumentos en contra de vuestros motivos, pero me temo que subestimáis la amenaza. Por la información que he logrado reunir, la Orden Imperial posee tal cantidad de tropas que podría incluso arrollar a un ejército como el nuestro sin perder siquiera el paso. No dudo de la capacidad de vuestros hombres, pero nos aventajan en tal número que la Orden nos engullirá.

»Comprendo vuestro razonamiento, pero ni siquiera cien mil hombres son suficientes, y luego no dispondríamos de ellos para sumar fuerzas con un ejército mayor que sí podría tener una oportunidad contra la Orden.

El general esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Prelada, lo que decís es lógico. Durante toda mi carrera he escuchado argumentos tan razonables como los vuestros. Pero la cuestión es que la guerra no tiene nada que ver con la razón. A veces, uno simplemente tiene que aprovechar la ventaja que los buenos espíritus le dan y lanzarse de cabeza a la refriega.

—Parece un modo perfecto de ser aniquilado.

—Bueno, yo hace mucho tiempo que lo practico y aún sigo vivo. El que uno elija enfrentarse al enemigo no significa que tenga que poner la mejilla y permitir que le arreen un buen tortazo.

Verna lo miró con ojos entornados.

—¿En qué estáis pensando?

—Bueno, ya estamos aquí, ¿no? Los mensajeros se desplazan mucho más rápidamente que todo un ejército. Creo que deberíamos buscar un lugar más seguro, más defendible y esperar.

—¿Qué lugar proponéis?

—Si vamos al este, a las tierras altas del sur de D'Hara, estaremos en mejor posición para reaccionar. Conozco el terreno. Si la Orden trata de atacar el Nuevo Mundo por D'Hara, el camino más fácil es atravesar el valle del río Kern y nosotros estaremos allí para detenerlos. En un espacio más restringido, como el que propongo, la lucha será más igualada. Aunque dispongan de más hombres, no podrán utilizarlos todos. Un valle tiene una cabida limitada.

»¿Qué ocurrirá si avanzan hacia el norte por el oeste, bordean las montañas y luego atraviesan la Tierra Salvaje?

»En ese caso, cuando nuestras otras fuerzas se desplacen al sur para enfrentarse al enemigo, nosotros podríamos atacarlo por detrás. El enemigo tendría que dividir fuerzas y luchar en dos frentes. Además, eso limitaría sus opciones, pues no podría moverse libremente.

Verna reflexionó. Había leído libros antiguos sobre batallas y comprendía esa estrategia. Desde luego parecía más prudente que la que ella había propuesto. El general era audaz, pero no tonto.

—Después de situar nuestras tropas en un emplazamiento estratégico —prosiguió Reibisch—, podríamos enviar mensajeros a Aydindril y al Palacio del Pueblo de D'Hara. D'Hara y los países de la Tierra Central que se unan a nosotros nos pueden enviar refuerzos y lord Rahl podría mandarnos instrucciones. Si la Orden inicia la invasión, bueno, nosotros seríamos los primeros en saberlo. En una guerra la información es un bien preciado.

—Es posible que a Richard no le guste que os quedéis aquí, general, en vez de regresar y proteger Aydindril.

—Lord Rahl es un hombre razonable que...

Verna lo interrumpió con una sonora carcajada.

—¿Richard razonable? No abuséis de mi credulidad, general.

—Como estaba diciendo —continuó Reibisch, mirándola con gesto torvo—, lord Rahl es un hombre razonable. Me dijo que en asuntos que considerara de importancia debía expresar mi opinión. Y éste es importante. Lord Rahl aprecia mis consejos en asuntos militares. Ya le he enviado mensajeros con una carta. Si no le gusta mi consejo, que me lo diga y me ordene ir al norte, y yo obedeceré. Pero hasta que no sepa con seguridad qué decide, creo que deberíamos hacer nuestro trabajo y defender el Nuevo Mundo de la Orden Imperial.

»Os he pedido consejo, Prelada, porque disponéis de magia. Yo no sé nada de magia. Si vos o alguna de las Hermanas de la Luz tenéis algo que decir que sea importante para nuestra lucha, entonces estoy dispuesto a escucharos. No olvidéis que estamos en el mismo barco.

Verna transigió.

—Os pido disculpas, general. Creo que a veces se me olvida. —Sonrió y añadió—: Los sucesos de estos últimos meses han trastocado mi vida.

—Lord Rahl lo ha trastocado todo, lo ha reorganizado todo.

Verna sonrió para sí.

—Desde luego. —Fijó de nuevo la mirada en los ojos color verde grisáceo del general—. Vuestro plan me parece lógico. En el peor de los casos servirá para frenar temporalmente a la Orden, sin embargo antes quisiera hablar con Warren. A veces... tiene intuiciones sorprendentes. Los magos son así.

El general hizo un gesto de asentimiento.

—La magia no es lo mío. Para eso tenemos a lord Rahl, y a vos, por supuesto.

Verna contuvo la risa al pensar que Richard era quien debía manejar la magia por todos. Estaban apañados si debían confiar en Richard para eso.

Claro que, en ocasiones, Richard conseguía cosas sorprendentes con su don. El problema era que normalmente él era el primer sorprendido. Pese a todo, Richard era un mago guerrero, el primero nacido en los últimos tres mil años, y todas las esperanzas dependían de su liderazgo en esa guerra contra la Orden Imperial.

Richard había puesto en esa lucha su corazón y su determinación. Desde luego lo haría lo mejor posible. La labor de los demás consistía en ayudarlo y mantenerlo con vida.

El general cambió el peso de pierna y se rascó el brazo por debajo de la cota de malla.

—Prelada, la Orden afirma que quiere acabar con la magia en este mundo, pero todos sabemos que la están utilizando para tratar de aplastarnos.

—Cierto.

Verna sabía que el emperador Jagang había convertido a la mayor parte de las Hermanas de la Oscuridad en sus peleles. Asimismo había capturado a buen número de las Hermanas de la Luz y las dominaba mediante su capacidad como Caminante de los Sueños. Eso le pesaba en la conciencia: como Prelada le correspondía a ella velar por la seguridad de las Hermanas de la Luz. Algunas de sus Hermanas corrían un grave peligro en manos de Jagang.

—Bueno, Prelada, teniendo en cuenta que las tropas del emperador seguramente irán acompañadas de poseedores de magia, me preguntaba si puedo contar con vos y las demás Hermanas para contrarrestarlos. Las palabras de lord Rahl fueron: «Estaréis más protegidas con ellos y ellos con vosotras». A mí me parece que se refería a que podríais usar la magia para ayudarnos a combatir contra el ejército de la Orden.

A Verna le hubiese gustado creer que el general se equivocaba. Ojalá que las Hermanas de la Luz, dedicadas a realizar la obra del Creador, no se vieran obligadas a hacer daño a nadie.

—General Reibisch, aunque me pese, no puedo por menos que estar de acuerdo con vos. Si perdemos esta guerra, no sólo perderemos a nuestras tropas en el campo de batalla, sino que la Orden esclavizará a toda la gente libre. Si Jagang vence, las Hermanas de la Luz serán ejecutadas. Así que todos debemos luchar o morir.

»Sin duda, la Orden va a tomar medidas para no caer en emboscadas. Es posible que su ejército se dirija al oeste, o incluso al este de donde nosotros nos encontramos, para pasar a hurtadillas sin ser detectado. Si la Orden Imperial avanza hacia el Nuevo Mundo y trata de pasar inadvertida, las Hermanas pueden ser útiles para detectar los movimientos del enemigo.

»En caso de que poseedores de magia intenten enmascarar los movimientos de la Orden, las Hermanas lo sabremos. Nosotras seremos sus ojos. Si se produce un enfrentamiento, el enemigo usará magia para tratar de derrotarnos, pero allí estaremos nosotras con nuestro poder para neutralizar esa magia.

El general contempló las llamas en silencio y después miró a los soldados, que se preparaban para pasar la noche.

—Gracias, Prelada. Sé que no es una decisión fácil. Desde que nos acompañáis he tenido ocasión de conoceros y sé que las Hermanas sois mujeres dulces.

Verna soltó una áspera carcajada.

—General, no nos conocéis en absoluto. Las Hermanas de la Luz podemos ser muchas cosas, pero dulces no es una de ellas.

Giró la muñeca y, en un abrir y cerrar de ojos, empuñaba un dacra. Era un arma similar a un estilete, con un punzón muy afilado en vez de hoja. Verna lo hizo girar entre los dedos.

—En el pasado me he visto obligada a matar. —La luz de las llamas se reflejaba y danzaba en la superficie del arma, que Verna hacía saltar con grácil facilidad entre los nudillos—. Le aseguro, general, que en esos casos no fui nada dulce.

Reibisch enarcó una ceja.

—Un cuchillo manejado por manos tan expertas como las vuestras es un peligro, aunque no puede compararse con las armas de guerra.

Verna esbozó una sonrisa educada.

—Se trata de una magia con poder mortífero. Si alguna vez os amenaza una, huid. Basta con que penetre un poco en la carne, aunque sea en el dedo meñique, y la víctima muere antes de poder parpadear.

El militar se irguió y sacó pecho mientras inspiraba profundamente.

—Gracias por el aviso. Y gracias por vuestra ayuda, Prelada. Me alegro de que estéis de nuestro lado.

—Lamento mucho que Jagang haya apresado a algunas de las Hermanas de la Luz. Me temo que son capaces de hacer lo mismo que yo, si no más. —Al ver que el general palidecía, lo tranquilizó con una palmadita en el hombro—. Buenas noches, general Reibisch. Que durmáis bien... ahora que la luna roja ha desaparecido.

Verna contempló cómo el general avanzaba en zigzag entre sus oficiales, hablando con ellos, interesándose por sus hombres e impartiendo órdenes. Cuando desapareció en la oscuridad, ella regresó a su tienda.

Sumida en sus pensamientos, conjuró automáticamente su han y encendió las velas dentro de la pequeña tienda de campaña que los soldados le habían proporcionado. Si ya había salido la luna, Annalina, la verdadera Prelada, estaría esperando.

Verna sacó el pequeño libro de viaje de la bolsa secreta que llevaba al cinto. Gracias a la magia, lo que una Hermana escribía en un libro de viaje aparecía simultáneamente en su libro gemelo. La prelada Annalina poseía el libro gemelo de Verna. Ésta se sentó encima de las mantas con las piernas cruzadas y abrió el libro.

Verna, estamos en apuros. Finalmente alcanzamos a Nathan, al que creíamos que era Nathan, pero resultó que habíamos estado persiguiendo a otro hombre. Nathan nos ha engañado. Ha desaparecido y no tenemos ni idea de adónde ha ido.

Verna suspiró. Le había parecido demasiado bonito para ser verdad cuando Ann le dijo que pronto alcanzarían al profeta.

Nathan nos ha dejado un mensaje. El mensaje es más preocupante que la idea de que Nathan vague por ahí solo. Dice que debe ocuparse de asuntos importantes, que una de «nuestras» Hermanas va a hacer algo muy estúpido y que debe impedírselo, si puede. No tenemos ni idea de adónde se dirige. En el mensaje confirma lo que me contaste que dijo Warren acerca de la luna roja; significa que Jagang ha invocado una profecía disyuntiva vinculante. Nathan dice que Zedd y yo debemos conseguir el tesoro jocopo y que si en vez de eso malgastamos el tiempo persiguiéndolo, todos moriremos.

Yo le creo. Verna, tenemos que hablar. Si estás ahí, contesta. Estaré esperando.

Verna cogió la pluma del lomo del libro. Habían acordado que si debían comunicarse a través de los libros de viaje, lo harían cuando la luna saliera. Se inclinó sobre el libro y escribió:

Estoy aquí, Ann. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis bien?

Un segundo después comenzaron a aparecer palabras.

Es una historia muy larga, y ahora no tengo tiempo para explicártela. Sí te diré que la hermana Roslyn también perseguía a Nathan. Roslyn murió, junto con al menos dieciocho inocentes. No podemos estar seguros de cuántos fueron consumidos en el hechizo de luz.

Verna abrió mucho los ojos al leer sobre las muertes. Quería preguntar qué les había impulsado a lanzar un hechizo tan peligroso, pero cuando siguió leyendo decidió no preguntar.

Antes que nada, Verna, tenemos que saber si tienes idea de lo que es el «tesoro jocopo». Nathan no lo explica.

Verna se llevó un dedo a los labios mientras cerraba los ojos con fuerza, tratando de recordar. No era la primera vez que oía ese nombre. Había sido durante el viaje por el Nuevo Mundo, que duró veinte años.

Ann, creo que una vez oí que los jocopos eran un pueblo que vivía en la Tierra Salvaje, no sé dónde exactamente. Si no me equivoco, todos están muertos; fueron exterminados en una guerra. Creo que no quedó ni rastro de ellos.

La Tierra Salvaje, dices. Verna, ¿estás segura de que era la Tierra Salvaje?

Sí.

Espera un momento. Se lo diré a Zedd.

Fueron pasando los minutos, mientras Verna contemplaba el papel en blanco. Por fin, comenzaron de nuevo a aparecer palabras.

Zedd no deja de maldecir a voz en grito agitando furiosamente los brazos. Lanza terribles juramentos sobre lo que piensa hacerle a Nathan. Estoy segura de que se dará cuenta de que muchas de sus intenciones son físicamente imposibles. El Creador me está dando una lección de humildad por haberme quejado de que Nathan era incorregible. Estoy aprendiendo el verdadero significado de la palabra incorregible.

Verna, la Tierra Salvaje es enorme. ¿Tienes idea de dónde es?

No. Lo siento. Sólo recuerdo haber oído mencionar a los jocopos en una ocasión. Estaba admirando una pieza de cerámica antigua en una tienda de curiosidades en algún lugar al sur de Kelton. El propietario afirmó que pertenecía a una cultura de la Tierra Salvaje ya desaparecida, el pueblo de los jocopos. Eso es todo lo que sé. En esa época yo buscaba a Richard, no civilizaciones desaparecidas. Se lo preguntaré a Warren. Es posible que él haya leído algo.

Gracias, Verna. Si averiguas algo, mándame un mensaje en seguida. Cambiando de tema, ¿tienes alguna idea de qué es esa estupidez que Nathan cree que una Hermana va a hacer?

Ni idea. Todas estamos aquí, con el ejército de D'Hara. El general Reibisch quiere quedarse en el sur para frenar una posible invasión de la Orden. Estamos esperando órdenes de Richard. No obstante, Jagang mantiene prisioneras a unas Hermanas de la Luz. Quién sabe lo que puede obligarlas a hacer.

Ann, ¿dice algo Nathan acerca de la profecía disyuntiva vinculante? Dime las palabras de la profecía; es posible que Warren pueda ayudar.

Hubo una pausa antes de que Ann respondiera.

Nathan no nos ha comunicado las palabras. Afirma que los espíritus le han negado acceso a su significado. No obstante, declara que la víctima de la doble obligación es Richard.

Verna dio un respingo y tragó saliva. Tuvo que toser violentamente para expulsarla de los pulmones. Con ojos llenos de lágrimas y sin dejar de toser, sostuvo el libro en alto y volvió a leer la última frase. Por fin logró aclararse los pulmones y la garganta.

Ann, has escrito «Richard». ¿Realmente te refieres a él?

Sí.

Verna cerró los ojos y susurró una plegaria, tratando de vencer el acceso de pánico.

¿Algo más?, preguntó.

Por ahora no. Cualquier información sobre los jocopos nos será de ayuda. Ahora podemos acotar nuestra búsqueda y sabremos qué preguntar. Gracias, Verna. Si averiguas algo más, házmelo saber. Será mejor que te deje. Zedd se queja de que va a desfallecer de hambre.

Ann, ¿todo va bien entre tú y el Primer Mago?

Más o menos. Ya no lleva el collar.

¿Le has quitado el collar?, ¿antes de encontrar a Nathan? ¿Por qué lo has hecho?

Yo no he hecho nada. Lo hizo él solito.

Verna no daba crédito a lo que leía. Como temía preguntar cómo había logrado Zedd realizar tal hazaña, se abstuvo de hacerlo. Por cómo se expresaba Ann parecía un tema muy delicado.

Pero ¿te acompaña?

Verna, ya no estoy segura de quién acompaña a quién, pero, por ahora, ambos somos conscientes de que la advertencia de Nathan es muy grave. Nathan no siempre es irracional.

Lo sé. Sin duda ahora mismo estará sonriendo a una mujer, tratando de que ella se desmaye y caiga en su cama. Que el Creador vele por vos, Prelada.

Ann era la verdadera Prelada, pero cuando ella y Nathan fingieron su muerte para partir en una misión muy importante, Annalina había nombrado Prelada a Verna. Por el momento, todo el mundo creía que Ann y Nathan habían muerto y que Verna era la Prelada.

Gracias, Verna. Una última cosa. Zedd está preocupado por Adie. Quiere que le comuniques en secreto que está sano y salvo, aunque, en palabras literales, «en manos de una loca».

Ann, ¿quieres que diga a las demás Hermanas que también tú estás sana y salva?

Ann tardó en contestar.

No, Verna. De momento no. Será mejor para ti y para ellas que sigan creyendo que tú eres la Prelada. Por lo que Nathan nos ha dicho y teniendo en cuenta lo que tenemos que hacer, no es prudente que ahora les digas que estoy bien sólo para tener que desdecirte y comunicarles que, después de todo, he muerto.

Verna lo entendía. La Tierra Salvaje era un lugar peligroso. Había sido allí donde Verna se había visto obligada a matar. Y eso que no trataba de sonsacar información, sino que tan sólo quería evitar a la gente que vivía allí. En esa época, Verna era joven y rápida. Ann era casi tan vieja como Nathan, aunque era una hechicera y viajaba con un mago. Pese a que Zedd tampoco era ningún jovencito, estaba muy lejos de estar indefenso. El hecho de haber sido capaz de quitarse el rada'han decía mucho de su poder.

Ann, no digas eso. Ve con cuidado. Tú y Zedd debéis protegeros el uno al otro. Necesitamos que regreses.

Gracias, hija mía. Cuida de las Hermanas de la Luz, Prelada. Quién sabe si algún día volveré a necesitarlas.

Verna sonrió. Siempre era reconfortante consultar con Ann y comprobar que no perdía el humor por negras que se pusieran las cosas. Ojalá que ella tuviera ese mismo sentido del humor. La sonrisa se desvaneció al recordar que Ann le había dicho que Richard era la víctima mencionada en la mortífera profecía.

Reflexionó sobre la advertencia de Nathan de que una de las Hermanas iba a cometer una estupidez. Ojalá que el profeta hubiese sido más concreto. «Una estupidez» podía referirse casi a cualquier cosa. Verna no se sentía inclinada a creer a Nathan a pies juntillas, pero Ann lo conocía mucho mejor que ella.

Pensó en las Hermanas que Jagang retenía. Algunas eran Hermanas de la Luz y unas pocas eran amigas íntimas desde la época del noviciado. Las cinco —Christabel, Amelia, Janet, Phoebe y Verna— habían crecido juntas en el Palacio de los Profetas.

Verna había nombrado a Phoebe una de sus administradoras. Sólo Phoebe estaba con ellas ahora. Christabel, su mejor amiga, había abjurado del Creador para abrazar la causa del Custodio del inframundo, convirtiéndose así en Hermana de la Oscuridad, y había sido capturada por Jagang. Sus otras dos amigas, Amelia y Janet, también eran prisioneras del emperador. Verna sabía que Janet había permanecido fiel a la Luz, pero de Amelia no estaba tan segura. Si aún era leal...

Al pensar en sus dos amigas, dos Hermanas de la Luz convertidas en esclavas del Caminante de los Sueños, se presionó los labios con dedos temblorosos.

Eso fue lo que, a fin de cuentas, acabó de decidirla.

Verna asomó la cabeza en la tienda de Warren. Sin poderlo evitar sus labios se curvaron en una sonrisa al distinguir la figura de él envuelta en mantas en la oscuridad, probablemente sumido en cavilaciones de joven profeta. Verna sonreía por lo mucho que lo amaba y porque sabía que él también la amaba.

Verna y Warren habían crecido en el Palacio de los Profetas y se conocían desde niños. Por su don, Verna estaba destinada a convertirse en hechicera y ayudar a entrenar a jóvenes magos, mientras que Warren estaba dotado para la profecía.

Sus caminos no se cruzaron de manera significativa hasta que Verna regresó al palacio con Richard. Gracias a Richard y al tremendo impacto de su presencia en la vida de palacio, los acontecimientos reunieron a Verna y Warren, y entre ellos creció la amistad. Después de que Verna fue nombrada Prelada, ella y Warren dependieron el uno del otro para mantenerse vivos en el curso de la batalla contra las

Hermanas de la Oscuridad. Fue durante esa lucha cuando se convirtieron en más que amigos. Tuvieron que pasar todos esos años en el palacio antes de encontrarse realmente uno al otro y descubrir el amor.

Pero, al recordar lo que debía decirle, la sonrisa se esfumó.

—Warren —susurró—, ¿estás despierto?

—Sí —contestó él en voz baja.

Antes de que Warren pudiera levantarse y abrazarla, sabiendo que entonces perdería el valor, Verna entró en la tienda y se lo soltó a bocajarro.

—Warren, he tomado una decisión. No quiero que discutas, ¿entiendes? Es algo demasiado importante. —En vista de que Warren guardaba silencio, prosiguió—. Amelia y Janet son amigas mías. Además de tratarse de Hermanas de la Luz que han caído en manos enemigas, las quiero mucho. Ellas harían lo mismo por mí, lo sé. Pienso ir a rescatarlas, a ellas y a todas las que pueda.

—Lo sé —susurró Warren.

¿Lo sabía? ¿Qué significaba eso? El silencio se prolongó en la oscuridad. Verna frunció el entrecejo. No era propio de Warren no discutir sobre tales asuntos. Estaba preparada para oír sus objeciones, pero no para esa aceptación calmada.

Usando el han, la fuerza vital y espiritual a través de la cual la magia del don funcionaba, Verna encendió una llama en la palma de la mano y la traspasó a una vela. Vio a Warren acurrucado en la manta, con las rodillas levantadas y la cabeza entre las manos.

Verna se arrodilló a su lado.

—Warren, ¿qué te pasa?

El joven alzó el rostro. Tenía los ojos azules rodeados de círculos rojos. Y su cara exhibía la palidez de la enfermedad.

Verna le agarró un brazo.

—Warren, no tienes buen aspecto. ¿Qué te ocurre?

—Verna —musitó el joven—, me he dado cuenta de que ser profeta no es tan maravilloso como yo creía.

Warren era de la misma edad que Verna, pero parecía menor porque había permanecido en el Palacio de los Profetas, bajo los efectos del encantamiento que retrasaba el envejecimiento, durante los veinte y pico años que ella estuvo fuera buscando a Richard. Pero en esos momentos Warren no parecía tan joven.

Recientemente había tenido su primera visión como profeta. Warren le había explicado que la profecía le llegó como una visión de acontecimientos acompañada por palabras. Esas palabras se consignaban en papel, aunque la verdadera profecía era la visión. Por eso, solamente un profeta podía comprender el verdadero significado de las palabras y para lograrlo debía invocar la visión transmitida por el primer profeta.

Casi nadie sabía eso; todo el mundo trataba de comprender las profecías interpretando las palabras. Gracias a Warren, Verna sabía que era un método en el mejor de los casos erróneo y, en el peor, peligroso. Las profecías debían ser leídas únicamente por otros profetas.

—¿Has tenido una visión? ¿Otra profecía?

Sin hacer caso de la pregunta, Warren preguntó a su vez:

—Verna, ¿hemos traído algún rada'han?

—Sólo los que llevan los jóvenes que escaparon con nosotros. No tuvimos tiempo de llevarnos ninguno de sobra. ¿Por qué?

El joven volvió a hundir la cabeza entre las manos.

—Warren, si se trata de un truco para que me quede aquí contigo, no va a funcionar —le advirtió con voz severa—. ¿Me oyes? No funcionará. Pienso ir y pienso ir sola. Es definitivo.

—Verna —susurró él—, tengo que ir contigo.

—No. Es demasiado peligroso. Te amo demasiado. No pienso poner en peligro a nadie más. Si es preciso, te ordenaré como Prelada que te quedes. Lo haré, Warren.

Nuevamente Warren levantó la cabeza.

—Verna, me estoy muriendo.

—¿Qué? —Un escalofrío le recorrió los brazos y las piernas, poniéndole carne de gallina.

—Tengo los dolores de cabeza. Producidos por el don.

Verna se quedó sin habla. Era plenamente consciente de la implicación mortal de lo que el joven acababa de decir.

La razón por la que las Hermanas de la Luz acogían a niños nacidos con el don era para salvarles la vida. Si no se controlaba, el don los mataba. Los dolores de cabeza eran una manifestación de que el don se había desmandado. Además de proporcionar a las Hermanas un medio para controlar a los aprendices de mago, la función más importante del collar era proteger la vida del muchacho hasta que él mismo aprendiera a controlar su don.

Impulsada por los acontecimientos, Verna le había quitado el collar a Warren mucho antes de lo que era habitual.

—Pero, Warren, tú has estudiado durante mucho tiempo. Sabes cómo controlar el don. Ya no deberías necesitar la protección de un rada'han.

—Tal vez, si fuese un mago normal y corriente, pero tengo don para la profecía. Durante siglos, Nathan fue el único profeta de palacio. No sabemos cómo funciona la magia en un profeta. Tuve mi primera profecía hace muy poco tiempo. Fue la prueba de que había alcanzado un nivel superior de mi capacidad. Pero ahora sufro los dolores de cabeza.

Verna lo abrazó con fuerza, con ojos llorosos, en un repentino ataque de pánico.

—Warren, me quedaré. No pienso irme. Te ayudaré. Haremos algo. Tal vez le podríamos quitar el collar a uno de los muchachos y compartirlo. Podría funcionar. Eso será lo primero que intentemos.

Warren la estrechó con fuerza.

—No funcionará, Verna.

Verna dio un respingo cuando se hizo la luz en su mente. Era una solución tan sencilla...

—Warren, no pasa nada. Se me acaba de ocurrir la solución. Escúchame.

—Verna, sé que...

Ella le impuso silencio. Lo cogió por los hombros, lo miró a los ojos y le apartó de la cara el ondulado cabello rubio.

—Warren, escúchame, es muy sencillo. La razón por la que se fundaron las Hermanas fue para ayudar a los niños nacidos con el don. Nos dieron los rada'han para protegerlos mientras les enseñábamos a usar el don.

—Todo eso ya lo sé, pero...

—Escucha. Necesitamos los collares para ayudarlos, porque no disponemos de magos que les enseñen. En su egoísmo, los magos del pasado se negaban a ayudar a los muchachos nacidos con el don. Un mago experto es capaz de unirse con tu mente y transmitirte la protección, mostrarte cómo controlar el don. Para un mago es sencillo, pero no para una hechicera. Sólo tenemos que encontrar un mago.

Verna cogió el libro de viaje que guardaba al cinto y lo sostuvo delante de los ojos del joven.

—Tenemos a un mago: Zedd. Todo lo que tenemos que hacer es hablar con Ann, y que ella y Zedd se reúnan con nosotros. Zedd te ayudará, y luego estarás bien.

Warren la miraba fijamente a los ojos.

—Verna, no funcionará.

—No digas eso. No lo sabes. No lo sabes, Warren.

—Sí lo sé. He tenido otra profecía.

Verna se sentó sobre los talones.

—¿De veras? ¿Sobre qué?

Warren se presionó las sienes con los dedos. Era evidente que sufría. Verna sabía que el dolor de cabeza que causaba el don era realmente atroz. Si no se hacía algo, acababa por matar a su víctima.

—Verna, ahora escúchame tú a mí, para variar. He tenido una profecía. Las palabras no importan, lo importante es lo que significa. —Warren apartó las manos de la cabeza y la miró a los ojos. En esos momentos ella lo vio como un anciano—. Debes llevar adelante tu plan e ir a rescatar a las Hermanas. La profecía no decía si tendrías éxito o no, pero yo debo acompañarte. Si no lo hago, moriré. Es una profecía bifurcada, con dos opciones, una de las cuales debe cumplirse necesariamente.

Verna carraspeó.

—Pero... estoy segura de que debe de haber algo...

—No. Si me quedo o trato de reunirme con Zedd, moriré. La profecía no afirma que me salve si voy contigo, pero dice que mi única opción es ir contigo. Fin de la discusión. Si me obligas a quedarme, moriré. Si tratas de llevarme junto a Zedd, moriré. Si quieres que tenga una oportunidad de seguir con vida, debes llevarme contigo. Tú eliges, Prelada.

Verna tragó saliva. Como Hermana de la Luz, como hechicera, sabía por su inconfundible mirada turbia que Warren sufría dolores de cabeza producidos por el don. También sabía que Warren no le mentiría sobre una profecía. Podría tenderle una trampa para ir con ella, pero jamás mentiría sobre una profecía.

Warren era un profeta. Las profecías eran su vida. Tal vez su muerte.

Verna le cogió una mano entre las suyas.

—Consigue provisiones y dos caballos. Tengo que ir a decirle algo a Adie y luego hablar con mis consejeras para comunicarles que nos vamos y dejarles instrucciones. —Le besó la mano—. No te dejaré morir, Warren. Te quiero demasiado. Haremos esto juntos. No tengo sueño. Nos iremos esta misma noche. Podemos partir dentro de una hora.

Warren se lo agradeció con un abrazo.

24

Desde el abrigo de las sombras, el hombre contempló cómo el tipo de mediana edad cerraba la puerta y se quedaba parado un momento en el pasillo en penumbra para meterse la camisa por dentro de los pantalones. Tenía una barriga muy prominente. Riéndose solo, se alejó por el pasillo caminando pesadamente y bajó la escalera.

Era tarde. No obstante, faltaban aún varias horas para el amanecer. Debido al color rojo de las paredes, las velas colocadas delante de reflectores plateados a ambos extremos del estrecho pasillo apenas proporcionaban luz. Él lo prefería de ese modo; era como el tranquilizador manto de las sombras en lo más profundo de la noche, que creaba una atmósfera que casaba perfectamente con tan ignominiosas necesidades.

El libertinaje se disfrutaba mucho mejor por la noche. En la oscuridad.

El hombre se quedó un rato en la silenciosa oscuridad del pasillo, saboreando su deseo. Había pasado demasiado tiempo. Dio rienda suelta a la lujuria y se dejó colmar por el soberbio y lascivo dolor de ésta.

Cerró la boca y respiró por la nariz para captar mejor la gama de aromas, a la vez trascendentes y perdurables. Echó los hombros hacia atrás y usó los músculos abdominales para inspirar más lenta y profundamente.

Percibió muchos olores distintos. Eran los olores que los hombres llevaban hasta allí y que se volvían consigo al regresar a sus propias vidas. Los olores de su trabajo: caballos, arcilla, polvo de cereal, lanolina que los soldados empleaban para cuidar la piel de los uniformes y el aceite con el que afilaban las armas, que se combinaba con un suave aroma que recordaba el aceite de almendra, así como el olor de la suciedad acumulada y la madera húmeda del edificio.

Era un festín para los sentidos que sólo acababa de comenzar.

Una vez más se aseguró de que el pasillo estuviera desierto. No se oían sonidos lujuriosos en ninguna de las otras habitaciones. Era tarde, incluso para un establecimiento como ése. Probablemente, el hombre de la barriga prominente había sido el último, exceptuándose a sí mismo.

Le gustaba ser el último. Los indicios de lo que había ocurrido antes de que él llegara y los olores que persistían le proporcionaban una avalancha de sensaciones. En ese estado de excitación, sus sentidos siempre se agudizaban, y él valoraba los detalles.

Cerró un momento los ojos, sintiendo la pulsión de su necesidad. Ella le ayudaría. Ella saciaría su deseo; para eso existía. Esas mujeres se ofrecían de buen grado.

Otros hombres, como el barrigón, se limitaban a lanzarse sobre una mujer, soltaban un gruñido de satisfacción, y todo había acabado en un segundo. Nunca se molestaban en pensar qué sentía ella, qué necesitaba, ni tampoco en satisfacerla. Esos hombres no eran más que bestias en celo, ignorantes de todos los detalles que podían llevarlos a ambos al clímax. Su mente se concentraba demasiado en el objeto de su deseo; no veían las partes integrantes de la composición más amplia que conducía a la satisfacción genuina.

Lo que creaba una experiencia trascendente era lo fugaz, lo efímero. Gracias a una percepción extraordinaria y a su singular conciencia de las cosas, él era capaz de atrapar en su mente acontecimientos tan evanescentes como ésos y guardarlos para siempre en su memoria, dándole permanencia a la naturaleza fugaz del placer.

Se sentía afortunado de ser capaz de ver tales cosas y, al menos, proporcionar satisfacción a las mujeres.

Después de inspirar profundamente por última vez para calmarse, avanzó silenciosamente por el pasillo, fijándose en el modo en que las sombras y los diminutos rayos de luz que emitían los reflectores plateados de las velas se deslizaban por todo su cuerpo. Si estaba atento, tal vez lograse percibir algún día el tacto de la luz y de la oscuridad.

Abrió sin llamar la puerta por la que había salido el hombre barrigón y entró. Comprobó con satisfacción que dentro estaba casi tan oscuro como el pasillo. Cerró la puerta con un dedo.

Tras la puerta, la mujer se estaba subiendo las bragas. Separó las rodillas y se agachó ligeramente para subírselas. Cuando finalmente sus ojos azul celeste se posaron en el hombre, su única reacción fue unir ambos lados del salto de cama para cubrirse el cuerpo desnudo y atarse el cinturón de seda con gesto indiferente.

El aire transportaba el olor de los carbones calientes del calentador de cama colocado debajo del lecho, el débil pero puro aroma de jabón, la suave fragancia de polvos de talco y el empalagoso aroma de un perfume insoportablemente dulzón. Pero, por encima de todos esos aromas, como la oscuridad que daba forma a las sombras, flotaba el persistente regusto de la pasión, salpicado del llamativo olor del semen.

Era una habitación sin ventanas. La cama, cubierta por sábanas arrugadas y manchadas, se había colocado en el rincón más alejado. Aunque no era muy grande, ocupaba casi todo el espacio de la alcoba. Contra la pared, junto a la cabecera de la cama, vio un simple arcón de madera de pino que probablemente contenía objetos personales. Sobre la cabecera colgaba de la pared un dibujo en tinta de dos personas realizando el acto sexual. No dejaba nada a la imaginación.

Junto a la mujer, detrás de la puerta, había un mueble de aspecto muy poco sólido con una jofaina en el centro. En el borde presentaba una desportilladura manchada con forma de riñón y una grieta que recordaba a una arteria que saliera del riñón. La toalla que colgaba de un lado de la jofaina aún goteaba. El agua lechosa que contenía el recipiente se agitaba de un lado a otro con un suave ruido de chapoteo. La mujer acababa de lavarse.

Todas tenían sus particulares costumbres. Algunas ni siquiera se molestaban en lavarse, normalmente las más mayores y feas, que recibían poca paga y eran descuidadas. El hombre se había fijado en que las mujeres más jóvenes, bonitas y caras se lavaban después de cada hombre. Él prefería a las que se lavaban antes de recibirlo, aunque, a fin de cuentas, el deseo podía más que detalles tan triviales.

Se preguntó ociosamente si las mujeres con las que había estado y no eran profesionales se paraban a pensar alguna vez en tales cosas. Probablemente no. Y dudaba de que otros hombres cavilaran sobre esos asuntos. Los otros no prestaban atención a la textura de los detalles.

Otras mujeres, mujeres que buscaban amor, lo satisfacían, pero no del mismo modo. Esas mujeres siempre querían hablar y ser cortejadas. Ellas querían una cosa y él quería otra. Al final, la pasión que lo arrebataba se imponía a lo que hubiera deseado, y acababa por darles parte de lo que ellas querían antes de quedar satisfecho.

—Creí que ya había acabado por esta noche —dijo la mujer. Tenía una voz suave y sedosa, con un tono cantarín agradable y descarado, aunque no mostraba el menor interés por recibir a otro hombre tan tarde.

—Creo que soy el último —dijo, tratando de sonar como si se disculpara para no enojarla. Nunca era tan satisfactorio cuando se enojaban. Nada le gustaba más que cuando se esforzaban por complacerlo.

La mujer suspiró.

—Bueno, vamos allá.

No mostraba ningún temor por que un hombre hubiese entrado en su alcoba por las buenas, sin llamar, pese a que casi iba desnuda, y tampoco pidió dinero. Silas Latherton, el hombre de abajo armado con un garrote y un cuchillo largo que llevaba al cinto, protegía a las mujeres. Además, no permitía que ningún hombre subiera si no pagaba por adelantado. De ese modo, las mujeres no tenían que molestarse en recaudar dinero y él se aseguraba de ser quien controlaba los ingresos y su reparto posterior.

El pelo corto, liso y rubio de la mujer se veía alborotado, sin duda a causa del tipo barrigudo, pero justamente por eso al hombre se le antojó muy seductor. Era un indicio sugerente de lo que acababa de hacer y le confería un aspecto erótico, cosa que a él le encantaba.

La mujer poseía un cuerpo curvilíneo y firme, con piernas largas y pechos maravillosamente formados, al menos por lo que pudo ver antes de que ella se cerrara el salto de cama. Lo vería de nuevo. Podía esperar.

La anticipación era muy excitante. A diferencia de otros hombres, él no tenía ninguna prisa por acabar. Una vez comenzara, todo pasaría demasiado de prisa. Una vez que empezaba, nunca conseguía detenerse. Por el momento saboreaba todos los pequeños detalles para grabarlos en su memoria de manera indeleble.

Decidió que la mujer era más que bonita. Poseía unos rasgos capaces de enardecer la mente de los hombres con recuerdos obsesivos de ella, por lo que siempre acababan por volver para intentar poseerla, aunque solamente fuese durante unos momentos fugaces. Por la seguridad con la que se movía, el hombre supo que ella era muy consciente de eso. La frecuencia con la que los hombres se gastaban el dinero para tenerla alimentaba de manera continua la seguridad en sí misma.

No obstante, pese a su gracia y su altiva belleza, los rasgos de la mujer presentaban una cierta amargura y una dureza que traicionaban su verdadero carácter. Pero los otros hombres solamente veían la cara dulce y no se daban ni cuenta.

Él sí. Él se fijaba en esas sutilezas y además era una característica que había visto a menudo. Siempre era igual. No se le escapó la vileza que sus hermosos rasgos no podían ocultar a alguien como él.

—¿Eres nueva? —preguntó, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—Es mi primer día aquí —contestó. Eso también lo sabía él—. En una ciudad tan grande como Aydindril no faltan los clientes, pero, ahora, con el ejército que se ha reunido, aún es mejor. Los ojos azules no abundan por aquí. Mis ojos azules les recuerdan a los soldados d'haranianos a las muchachas de su patria. Con tantos hombres extra, las mujeres como yo estamos muy buscadas.

—Lo que se traduce en un precio más elevado.

La mujer se permitió esbozar una leve sonrisa petulante de complicidad.

—Si no te lo pudieras permitir, no habrías subido. Así que no te quejes.

La única intención del hombre había sido hacer un comentario y lamentaba cómo lo había interpretado ella. La voz de la joven traicionaba un temperamento mordaz. La había incomodado. Tendría que apaciguarla.

—A veces, los soldados pueden ser un poco bruscos con una muchacha tan atractiva como tú. —Los ojos azul celeste de la mujer no acusaron el cumplido. Probablemente lo había oído tantas veces ya que era inmune a esos halagos—. Me alegro de que eligieras a Silas Latherton; no permite que los clientes maltraten a sus jóvenes damas. Bajo su protección estás segura. Me alegro de que vinieras aquí.

—Gracias —replicó ella con frialdad, aunque al menos ya no parecía enojada—. Es bueno saber que sus clientes conocen la reputación que tiene. Una vez me dieron una paliza y no me gustó ni pizca. Aparte del dolor, no pude trabajar durante un mes.

—Tuvo que ser terrible. El dolor, me refiero.

La mujer ladeó la cabeza hacia la cama.

—¿Piensas quitarte la ropa o qué?

Él no dijo nada, pero señaló su salto de cama. Luego se quedó observando mientras ella deshacía el nudo del cinturón de satén.

—Como prefieras —dijo, abriéndose el salto de cama sólo un poco para tentarlo a seguir adelante.

—Me gustaría... me gustaría que tú también pasaras un buen rato.

La mujer enarcó una ceja.

—No te preocupes por mí, cariño. Seguro que me lo pasaré en grande, me harás estremecer. Pero tú pagas, así que es justo que tu placer sea lo primero.

Al hombre le gustó oír la templada amenaza de sarcasmo en la voz femenina. La disimulaba bien hablando de modo entrecortado. Tal vez a otros les habría pasado por alto, pero él lo esperaba.

Lenta, muy lentamente dejó cuatro pequeñas monedas de oro sobre el pajecillo, una a una. Era una suma diez veces mayor que la que cobraba abajo Silas Latherton por los servicios de sus mujeres y probablemente treinta veces más de lo que les entregaba a ellas por cliente. A medida que el hombre retiraba la mano, ella observaba las monedas como si las contara mentalmente para asegurarse de que sus ojos no la engañaban. Era mucho dinero. Lo miró con extrañeza.

El hombre disfrutó con su confusión. No era habitual que el dinero lograra desconcertar a mujeres del oficio, pero ésa era joven y probablemente ningún hombre la había tratado antes con tanta generosidad. Le gustó verla impresionada. Sabía perfectamente que pocas cosas podían conseguirlo.

—Quiero que tú también disfrutes. Estoy dispuesto a pagarte para ver cómo disfrutas.

—Cariño, por todo ese dinero recordarás mis gritos hasta el día que te mueras.

De eso estaba seguro.

La mujer esbozó la mejor de sus sonrisas y se despojó del salto de cama. Mirándolo con sus ojazos azul celeste, colgó a ciegas el salto de cama de un gancho sujeto detrás de la puerta.

Entonces le acarició el pecho y le enlazó la cintura con los brazos. Suavemente pero con deliberación, apretó sus turgentes senos contra él.

—Dime qué es lo que quieres, cariño. ¿Quieres que te marque la espalda con las uñas para que tu joven dama se ponga celosa?

—No. No. Sólo quiero ver que te lo pasas bien. Tienes una cara tan hermosa y una figura tan atractiva. Creo que si te pago bien, disfrutarás con tu parte, eso es todo. Quiero saber que tú también gozas.

La mujer miró las monedas y luego alzó la vista hacia él, risueña.

—Oh, cariño, gozaré, lo prometo. Soy una puta muy habilidosa.

—Tenía esa esperanza.

—Quiero que quedes tan satisfecho con mis encantos que desees volver a mi cama.

—Es como si me estuvieras leyendo el pensamiento.

—Me llamo Rose —susurró en tono insinuante.

—Un nombre tan hermoso como tú. Y tan poco original.

—¿Y tú? ¿Cómo quieres que te llame cuando vengas a visitarme, lo que espero con anhelo que suceda.

—Me gusta el nombre que ya me has dado. Me encanta cómo suena en tus labios.

La mujer se humedeció los labios en su honor.

—Encantada de conocerte, cariño.

El hombre deslizó un dedo bajo la cinturilla de sus bragas.

—¿Me las das?

Rose le acarició el vientre hacia abajo y gimió expertamente al notar su masculinidad.

—Éste ha sido un día muy largo. No están muy limpias que digamos. Guardo otras limpias en el arcón. Por lo que has pagado, puedes llevarte tantas como desees. Si quieres, son todas tuyas.

—Éstas serán perfectas. Sólo necesito éstas.

La mujer le dirigió una sonrisa de satisfacción.

—Entiendo. Te gusta eso, ¿no es cierto?

El hombre no respondió.

—¿Por qué no me las quitas tú mismo? —se mofó ella—. Toma tú mismo el premio.

—Me gustaría mirar cómo lo haces tú.

Sin dudarlo, Rose se las deslizó por las piernas tan dramáticamente como pudo. Entonces volvió a arrimarse a él y, mirándolo a los ojos, le acarició una mejilla con las bragas. Sonrió con picardía y a continuación se las entregó.

—Toma. Son todas tuyas, cariño. Tal y como a ti te gustan, con la fragancia de Rose.

El hombre las palpó, sintiendo en ellas aún el calor de la mujer. Rose se puso de puntillas para besarlo. De no estar sobre aviso, de no saber cómo era ella, habría creído que lo deseaba más que a nada en el mundo. La complacería.

—¿Qué quieres que te haga? —preguntó ella en un susurro—. Dilo y te lo haré. No es algo que ofrezca a cualquier hombre, pero a ti te deseo tanto... Cualquier cosa. Sólo tienes que pedírmelo.

Podía oler el sudor de otros hombres en ella. La mujer llevaba impreso el olor de la lascivia de todos ellos.

—Vamos a ver cómo se desarrollan las cosas, ¿de acuerdo, Rose?

—Lo que tú digas, cariño —replicó en un tono soñador—. Lo que tú digas.

Le guiñó un ojo mientras recogía las cuatro monedas de oro del pajecillo. Con un bamboleo provocativo se dirigió al pequeño arcón y se agachó delante de él. Él se había estado preguntando si se agacharía o bien se inclinaría doblando la cintura. Le gustó el detalle, un retazo de un pasado más recatado.

Mientras la mujer escondía las monedas debajo de algunas prendas, el hombre vio encima de todas sus cosas un cojín pequeño decorado con un toque de rojo. Ese detalle lo intrigó. Estaba fuera de lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó, sabiendo que con el dinero se había ganado la indulgencia de Rose.

Ella lo alzó para mostrárselo. Era un cojín pequeño, un objeto decorativo, una frivolidad. Tenía una rosa roja bordada.

—Lo hice yo cuando era más joven. Lo rellené con virutas de cedro para que oliera bien. —La mujer acarició tiernamente la rosa—. Es mi tocaya, una rosa. Por Rosa. Mi padre me puso el nombre. Era de Nicobarese. En su idioma Rosa es como Rose, la flor. Él siempre me llamaba su pequeña Rosa y decía que había crecido en el jardín de su corazón.

Era un detalle asombroso. Le encantó averiguar algo tan íntimo de ella. Era como si ya la poseyera. El placer que le proporcionaba conocer un detalle en apariencia tan insignificante palpitaba con fuerza en sus venas.

Mientras contemplaba cómo Rose volvía a colocar en el arcón ese recuerdo de su pasado, el hombre pensó en el padre de la joven, se preguntó si sabía dónde estaba su hija o si quizá la había repudiado, asqueado por lo que hacía, y la rosa se habría marchitado en su corazón. Se imaginó la furiosa escena. ¿Y la madre? Se preguntó si la madre había aceptado la elección de su hija o si había llorado por haberla perdido.

Y ahora él estaba desempeñando un papel en lo que Rose era, en su vida.

—¿Puedo llamarte Rosa? —le preguntó mientras la mujer bajaba la tapa del arcón—. Es un nombre tan bonito.

Ella lo miró por encima del hombro. Observaba cómo los dedos del hombre arrebujaban sus bragas. Le sonrió mientras regresaba hacia él.

—Ahora tú eres mi hombre especial. Jamás le había revelado mi verdadero nombre a ningún otro. Me encantaría oírtelo decir.

El corazón le latía con fuerza. Era tal la intensidad de su deseo que se balanceaba sobre los pies.

—Gracias, Rosa —susurró con absoluta sinceridad—. Deseo tanto complacerte.

—Te tiemblan las manos.

Siempre le temblaban, hasta que comenzaba. Entonces estaban firmes como una roca. Una vez que empezara se calmaría. Temblaba por las expectativas.

—Lo siento.

Rose soltó una risa ronca y lozana que le nació del fondo de la garganta.

—No lo sientas. Me excita que estés nervioso.

No estaba nervioso en absoluto, pero sí excitado. Las manos de la mujer lo descubrieron.

—Quiero disfrutar de ti. —Le lamió una oreja—. Esta noche no hay nadie más. Tenemos todo el tiempo que queramos para pasarlo bien.

—Lo sé —susurró él a su vez—. Por eso he querido ser el último.

—Pues claro. Quiero que dure. ¿Puedes hacerlo durar, cariño?

—Puedo y lo haré —le prometió—. Será muy, muy largo.

Rose ronroneó de satisfacción y se dio media vuelta entre sus brazos, presionando su trasero contra él. Arqueó la espalda y, mientras gemía de nuevo, balanceó la cabeza contra el pecho masculino. El hombre mantuvo una sonrisa de satisfacción en los labios con la mirada clavada en sus ojos azul celeste.

No había duda de que era una puta muy habilidosa.

Deslizó la mano por la parte baja de la espalda, contando las vértebras y palpando los espacios que quedaban entre ellas. Rose gimió con impaciencia al sentirlo.

Debido a cómo bamboleaba el trasero, el hombre no dio a la primera con el punto correcto.

Rose se tambaleó.

La segunda vez hundió el cuchillo en la parte baja de la espalda de la mujer, en el punto exacto entre dos vértebras, y entonces le cercenó la médula espinal.

Le pasó un brazo por la cintura para sujetarla. Esa vez el gemido de horror y dolor fue muy real. Pero nadie que la oyera creería que era distinto de los gemidos fingidos con los que solía obsequiar a sus clientes. Otros no reparaban en esos detalles.

Él sí, y paladeó la diferencia.

Rose abrió la boca para gritar, pero él le metió el rebujo de las bragas sucias. La coordinación fue perfecta. Lo que estaba a punto de convertirse en un agudo chillido quedó en un simple grito ahogado. A continuación recuperó del gancho de la puerta el cinturón de seda del salto de cama y le dio cuatro vueltas alrededor de la cabeza de la mujer, asegurando así la mordaza. Con una mano y los dientes, apretó con fuerza e hizo un nudo.

Le hubiera encantado oír sus alaridos sinceros, pero eso pondría fin prematuramente a su placer. Le gustaban los gritos y los sollozos. Siempre eran genuinos.

Presionó la boca contra un lado de la cabeza de ella. Olía en su cabello el sudor de otros hombres.

—Oh, Rosa, me vas a complacer tanto. Vas a darme más placer del que nunca jamás has proporcionado a ningún hombre. Quiero que tú también disfrutes. Sé que es lo que siempre has querido. Yo soy el hombre que estabas esperando. Por fin estoy aquí.

Dejó que cayera al suelo. Las piernas ya no le servían para nada. No iba a irse a ninguna parte.

Rose trató de propinarle un puñetazo en la entrepierna, pero el hombre atrapó su delicado puño con una mano. Mirando sin parpadear los ojos azul celeste de la mujer, la obligó a abrir el puño. Entonces, sosteniendo la palma entre sus dedos pulgar e índice, la flexionó hacia abajo hasta que los huesos de la muñeca se quebraron con un chasquido.

Con las mangas del salto de cama le ató las manos para que no pudiera quitarse la mordaza de la boca. El corazón le martilleaba en el pecho mientras oía sus lamentos ahogados. Le era imposible entender qué decía, pero su excitación creció, pues sentía el dolor.

Una tempestad de emociones causó un caos en su mente. Al menos las voces habían enmudecido, abandonándolo a su deseo. Ni siquiera estaba seguro de qué eran esas voces, aunque sí sabía que

solamente él podía oírlas gracias a su singular intelecto. Era capaz de captar esos mensajes evanescentes procedentes de la bóveda celeste gracias a su percepción incomparable y a su atención por los detalles.

La mujer lloraba a mares. Sus cejas perfectamente depiladas se unieron, alzándose en el medio y formando dos pliegues perfectos en la frente. El hombre los contó porque era especial.

Con una mirada de angustia en sus ojos abiertos como platos, contempló cómo el hombre se desvestía y apartaba la ropa. No podía permitir que se empaparan de sangre.

Empuñaba el cuchillo con manos firmes como rocas. Se quedó de pie ante ella, desnudo y erecto, para mostrarle que estaba haciendo un trabajo excelente con él, por el momento.

Luego comenzó.

25

Kahlan, con Cara pisándole los talones, alcanzó la puerta de la pequeña estancia que Richard usaba como despacho al mismo tiempo que una mujer joven de pelo negro y corto llegaba portando una bandeja de plata con té caliente. Raina, que montaba guardia al lado de la puerta junto con Ulic y Egan, bostezó.

—¿Richard ha pedido té, Sarah?

La muchacha hizo una reverencia lo mejor que pudo sin tirar la bandeja.

—Sí, Madre Confesora.

—Yo se lo llevaré —anunció Kahlan, cogiéndole la bandeja de las manos—. Tengo que entrar.

Sarah se ruborizó, resistiéndose a soltar la bandeja.

—Pero, Madre Confesora, no es trabajo vuestro.

—No seas absurda. Soy perfectamente capaz de llevar una bandeja tres metros.

Kahlan retrocedió un paso, tomando posesión de la bandeja. Como no sabía qué hacer con las manos, Sarah se inclinó de nuevo.

—Sí, Madre Confesora —dijo antes de retirarse. En lugar de mostrarse contenta por haberse librado de una tarea, tenía el aspecto de alguien que acaba de caer en una emboscada y le han robado. Sarah, como la mayor parte de la servidumbre de palacio, cumplía con su deber con celo feroz.

—¿Lleva mucho levantado? —preguntó Kahlan a Raina.

La mord-sith le lanzó una mirada hosca.

—Sí. Toda la noche. Finalmente aposté un pelotón de guardias y me fui a la cama. Berdine lleva con él toda la noche.

Sin duda eso explicaba la mirada hosca.

—Estoy segura de que era importante, pero trataré de conseguir que por la noche descanse y duerma un poco o, al menos, que permita que Berdine duerma.

—Os lo agradecería —masculló Cara—. Raina se pone de un humor de perros cuando Berdine no acude al lecho.

—Berdine necesita descansar —protestó Raina.

—Estoy segura de que era importante, Raina, pero tienes razón; si la gente no descansa lo suficiente, no puede servirle como es debido. Se lo recordaré. A veces se ensimisma tanto en lo que hace que olvida las necesidades de las demás personas.

Los ojos oscuros de Raina se iluminaron.

—Gracias, Madre Confesora.

Kahlan sostuvo la bandeja en equilibrio con una mano mientras abría la puerta. Cara tomó posiciones junto a Raina, echó un vistazo a Kahlan para asegurarse de que podía manejar la bandeja y luego cerró la puerta.

Richard, de espaldas a ella, miraba por la ventana. El mísero fuego que ardía en el hogar no lograba calentar la gélida estancia.

Kahlan sonrió para sí. Iba a demostrar que la fanfarronada de Richard era mentira. Pensaba dejar la bandeja encima de la mesa y permitir que la taza chocara contra la tetera con un sonido metálico para captar la atención de Richard y hacerle creer que era la doncella, pero, antes de poder hacerlo, Richard habló sin volverse.

—Kahlan, perfecto. Me alegro de que hayas venido.

Kahlan dejó la bandeja con ceño fruncido.

—Estás de espaldas a la puerta. ¿Cómo has sabido que era yo y no la doncella con el té que habías pedido?

Richard se dio media vuelta. Parecía desconcertado.

—¿Por qué iba a creer que era la doncella si sabía que eras tú quien me traía el té? —replicó, como si verdaderamente la pregunta de Kahlan fuese absurda.

—Richard, juro que a veces me asustas.

Decidió que seguramente Richard la había visto reflejada en la ventana. El joven le levantó el mentón con un dedo y la besó.

—Me alegro de verte, Kahlan. Me he sentido muy solo sin ti.

—¿Has dormido bien?

—¿Dormir? Bueno... creo que no. Pero al menos los disturbios han cesado. No sé qué habríamos hecho si la luna hubiese sido roja una noche más. No puedo creer que la gente se haya vuelto loca por una tontería como ésa.

—Tienes que admitir que ha sido extraño... aterrador.

—Cierto. Pero no por eso he tenido ganas de echar a correr por las calles, gritando, rompiendo ventanas y prendiendo fuego.

—Eso es porque tú eres lord Rahl y tienes más sentido común.

—Pienso imponer el orden. No puedo permitir que la gente cometa esos atropellos, por no hablar de herir a inocentes. La próxima vez que ocurra ordenaré al ejército que actúe de inmediato con contundencia; no me quedaré de brazos cruzados, esperando que la gente recupere la cordura de repente. Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme que preocuparme por reacciones infantiles debidas a supersticiones.

Por el furioso tono de voz de Richard, Kahlan se dio cuenta de que se contenía a duras penas.

Tenía los ojos empañados. Kahlan sabía que si una persona no duerme las horas que necesita, pierde rápidamente la paciencia. Pasar una noche en blanco era una cosa, pero tres seguidas era otra muy distinta. Ojalá que eso no le estuviera nublando el juicio.

—Asuntos más importantes. ¿Te refieres al trabajo con Berdine?

Richard asintió. Kahlan le sirvió una taza de té y se la ofreció. Él se quedó mirando fijamente la taza un momento antes de aceptarla.

—Richard, debes permitir que la pobre duerma más horas. No te podrá ayudar si no dejas que descanse lo suficiente.

Él tomó un sorbo.

—Lo sé. —Se volvió hacia la ventana y bostezó—. He tenido que enviarla a mi propia alcoba para que echara una cabezada. Estaba cometiendo errores.

—Richard, tú también necesitas dormir.

El joven contempló a través de la ventana los macizos muros de piedra del Alcázar del Hechicero, que se alzaba en lo alto de la montaña.

—Creo que he descubierto qué significaba la luna roja.

Habló con una voz sombría que dio mucho que pensar a Kahlan.

—¿Qué es? —preguntó al fin.

Richard se volvió hacia la mesa y dejó encima la taza.

—Pedí a Berdine que buscara pasajes en los que Kolo usa la palabra «moss» o tal vez menciona una luna roja. Esperaba hallar algo que pudiera sernos de ayuda.

Abrió el diario sobre la mesa. Lo había encontrado en el Alcázar, en un recinto que había permanecido sellado durante tres mil años junto al hombre que lo escribió. Kolo vigilaba a la sliph —la extraña criatura capaz de transportar a determinadas personas a grandes distancias— cuando las torres

que separaban el Viejo y el Nuevo Mundo se completaron. Cuando quedaron activadas, Kolo quedó encerrado, atrapado dentro, y murió allí.

El diario había demostrado ser una inestimable fuente de información, pero estaba escrito en d'haraniano culto, lo que complicaba las cosas. Berdine entendía el d'haraniano culto, pero desconocía ese dialecto tan antiguo. Habían tenido que recurrir a otro libro escrito casi en el mismo tipo de d'haraniano. Era un libro que Richard leyó en su niñez y que recordaba. Con sus recuerdos ayudaba a Berdine a traducir palabras, que luego empleaban como referencias cruzadas para traducir el diario.

A medida que avanzaban, Richard adquiría amplios conocimientos tanto de la forma vernácula del idioma como de la otra, mucho más antigua y escrita en argot. No obstante, la traducción avanzaba a un ritmo frustrantemente lento.

Después de llevar a Kahlan de vuelta a Aydindril, Richard le contó cómo la información que contenía el diario le había ayudado a salvarla. A veces era capaz de leerlo con facilidad, pero en otros pasajes, tanto él como Berdine se atascaban. A veces él solo desentrañaba toda una página en pocas horas, pero otras veces ambos necesitaban todo un día para traducir una sola frase.

—«Moss». Has dicho que le pediste que buscara la palabra «moss». ¿Qué significa?

Richard tomó otro sorbo de té y dejó la taza.

—¿«Moss»? Oh, es viento en d'haraniano culto. —Hojeó el diario hasta encontrar una marca—. Como vamos tan lentos traduciendo el diario, ahora buscamos palabras clave y nos concentramos en esos pasajes, para ver si tenemos suerte.

—Pero ¿no dijiste que lo traducíais en orden, para comprender mejor cómo Kolo utiliza el lenguaje?

Richard lanzó un suspiro de irritación.

—Kahlan, ya no tenemos tiempo para eso. Hemos cambiado de táctica.

A Kahlan no le gustó cómo sonaba eso.

—Richard, tengo entendido que tu hermano es el sumo sacerdote de una orden llamada «raug'moss». ¿Es d'haraniano culto?

—Significa «viento divino» —murmuró Richard. Dio golpecitos al diario. No parecía estar de humor para discutir—. ¿Ves esto? Berdine ha encontrado un pasaje en el que Kolo habla de la luna roja. Parece realmente alterado. Todo el Alcázar estaba revolucionado. Escribe que fueron traicionados por el «equipo» y que ese equipo sería juzgado por sus crímenes. No hemos tenido tiempo de profundizar más en eso, pero...

Fue pasando páginas hacia el principio del diario, donde había insertado una de sus traducciones escritas. Leyó:

«En el día de hoy hemos visto cumplido uno de nuestros más anhelados deseos, lo que ha sido posible solamente gracias a la labor brillante e incansable de un equipo formado casi por un centenar. Los objetos que más temíamos perder en caso de ser invadidos ya están a salvo. Todo el Alcázar ha recibido con alborozo las nuevas del éxito. Algunos no lo creían posible pero, para asombro de todos, ya está hecho: el Templo de los Vientos ha desaparecido.»

—¿Desaparecido? —preguntó Kahlan—. ¿Qué es el Templo de los Vientos? ¿Y adónde fue a parar?

Richard cerró el diario.

—No lo sé. Pero más adelante Kolo dice que el equipo que había conseguido esa hazaña los traicionó a todos. El d'haraniano culto es un idioma singular. Las palabras tienen diferentes significados según el contexto.

—Como en la mayoría de los idiomas. En el nuestro también.

—Sí, pero, a veces, en d'haraniano culto una palabra que normalmente tiene diferentes significados según el contexto se utiliza deliberadamente en sus múltiples significados. No puedes quedarte sólo con un significado. Por eso la traducción es muy complicada.

»Por ejemplo, en la antigua profecía que me llama portador de la muerte, la palabra "muerte" significa tres cosas distintas, según cómo se usa: portador del inframundo, del mundo de los muertos; portador de los espíritus, espíritus de los muertos, y portador de la muerte, en el sentido de matar. Son tres significados distintos, y justamente se busca esa multiplicidad. Ésa era la clave.

»La profecía estaba incluida en el libro que nos trajimos del Palacio de los Profetas. Warren fue el único capaz de interpretarla cuando le dije que los tres significados eran válidos. Según él, gracias a eso fue la primera persona en miles de años que comprendió el verdadero significado de la profecía tal como fue escrita.

—¿Qué tiene eso que ver con el Templo de los Vientos?

—Cuando Kolo escribe «vientos», creo que a veces se refiere simplemente al viento, como cuando decimos «hoy sopla el viento», pero, otras veces, cuando habla de «vientos» creo que se refiere al Templo de los Vientos. Creo que la utiliza como abreviatura para referirse al Templo de los Vientos y al mismo tiempo diferenciarlo de otros templos.

—¿Me estás diciendo que crees que el mensaje de Shota sobre que el viento te persigue, lo que realmente significa es que de algún modo ese Templo de los Vientos va a por ti?

—No estoy seguro.

—Richard, me parece muy aventurado conjeturar que Kolo escribe «vientos» para referirse al Templo de los Vientos y a partir de eso inferir que Shota habla del mismo sitio.

—Cuando Kolo dice que todo el mundo andaba revuelto y que esos hombres fueron juzgados, es como si los vientos tuvieran sentido de la percepción.

Esa vez Kahlan carraspeó.

—Richard, ¿tratas de decirme que Kolo sostiene que ese lugar, el Templo de los Vientos, es sensitivo?

Kahlan se preguntó cuánto tiempo debía de hacer que Richard no dormía y dudó de que fuese capaz de pensar con claridad.

—Ya te he dicho que no estoy seguro.

—Pero eso quieres decir.

—Bueno... dicho así suena absurdo. No es lo mismo cuando lo lees en d'haraniano culto. No sé explicar la diferencia, pero la hay. Tal vez es una diferencia de matiz.

—Dejémonos de matices. ¿Cómo es posible que un lugar tenga sentido de la percepción, que sea sensitivo?

Richard suspiró.

—No lo sé. Tampoco yo consigo imaginármelo. ¿Por qué crees que me he pasado la noche en blanco?

—Es del todo imposible.

Richard le lanzó una mirada retadora.

—El Alcázar del Hechicero también es sólo un lugar, pero sabe cuándo alguien lo profana y reacciona impidiendo al intruso que continúe. Si es preciso, mata para evitar que personas no autorizadas entren en determinados sitios.

Kahlan hizo una mueca.

—Eso es obra de los escudos. Los magos los colocaron para evitar el robo de objetos importantes o peligrosos, o para impedir que la gente entrara en lugares en los que podían sufrir daño.

—El caso es que reaccionan sin que nadie se lo ordene, ¿verdad?

—También reacciona un cepo. Pero eso no lo hace sensitivo. Te refieres a que el Templo de los Vientos está protegido por escudos. Eso es lo que dices, ¿verdad?, que tiene escudos.

—Sí y no. Es más que unos simples escudos. Los escudos solamente defienden. Por la forma en que Kolo se expresa, es como si el Templo de los Vientos pudiera... no lo sé, como si pudiera tomar decisiones cuando es preciso.

—Tomar decisiones. ¿Como qué?

—Como cuando escribe que todos están aterrorizados por la luna roja, que es cuando explica que el equipo enviado al Templo de los Vientos los ha traicionado a todos.

—¿Y qué?

—Pues que creo que fue el Templo de los Vientos el que volvió la luna roja.

Kahlan clavó la mirada en los ojos de Richard y se quedó paralizada por la convicción que reflejaban.

—No pienso siquiera preguntarte cómo sería posible tal cosa. Supongamos por un momento que tienes razón. ¿Por qué querría el Templo de los Vientos volver roja la luna?

—Para avisar —contestó Richard, sosteniéndole la mirada.

—¿Avisar de qué?

—Los escudos del Alcázar reaccionan defendiendo. Casi nadie puede atravesarlos. Yo puedo, porque poseo el tipo de magia adecuado. Alguien que quisiera hacer daño pero que poseyera poder suficiente y también conocimientos, podría atravesarlos también. ¿Y entonces qué?

—Pues nada. Pasan y ya está.

—Exactamente. Creo que el Templo de los Vientos puede hacer más. Creo que es capaz de saber si alguien ha forzado sus defensas y enviar un aviso.

—La luna roja —dijo Kahlan en un susurro.

—Tiene sentido.

—Richard —le dijo Kahlan, poniéndole una mano encima del brazo en gesto cariñoso—, necesitas descansar un poco. No puedes sacar todas esas conclusiones basándote únicamente en el diario de Kolo. No es más que un diario escrito hace miles de años.

Richard se desasió bruscamente.

—No se me ocurre ningún otro lugar donde buscar. ¡Shota afirmó que el viento me persigue! No necesito dormirme para tener pesadillas.

En ese instante, Kahlan comprendió que lo que tanto le inquietaba no era el mensaje de Shota, sino la profecía escrita en el pozo.

La primera parte rezaba: «Con la luna roja se desatará el incendio». Pero era la segunda parte la que la aterrorizaba: «Para sofocar ese infierno, deberá buscar remedio en el viento. Pero en ese camino lo alcanzará el rayo, pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará en su sangre».

Era evidente que la profecía también asustaba a Richard más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Qué? —bramó Richard.

Cara abrió la puerta y asomó la cabeza.

—El general Kerson desea veros, lord Rahl.

Richard se apartó el pelo con los dedos.

—Dile que entre, por favor. —Con la mirada fija en la ventana posó una mano en el hombro de Kahlan—. Lo siento —susurró—. Tienes razón. Tengo que dormir un poco. Tal vez Nadine pueda darme alguna hierba para ayudarme a conciliar el sueño. Cuando lo intento, mi mente se niega.

Kahlan prefería mil veces permitir que Shota le diera algo. Como no podía confiar en su propia voz, respondió tocándolo con suavidad.

El general Kerson entró con paso marcial, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja. Saludó golpeándose el pecho con un puño antes de detenerse.

—Lord Rahl, buenos días. Y si son buenos, es gracias a vos.

Richard tomó otro sorbo de té.

—¿Por qué?

El general dio una palmada a Richard en el hombro.

—Los hombres están mucho mejor. Todo lo que ordenasteis, ajo, arándanos e infusión de roble de tanino, ha funcionado. Todos se han recuperado. Vuelvo a tener un ejército completo de hombres con ojos brillantes, dispuestos y preparados para cumplir órdenes. No encuentro palabras para deciros lo aliviado que me siento, lord Rahl.

—Vuestra sonrisa es suficientemente elocuente, general. Yo también me siento aliviado.

—Los hombres no caben en sí de gozo porque su nuevo lord Rahl es un hombre de magia poderosa, capaz de arrancarlos de las garras de la misma muerte. Todos y cada uno de ellos querrían invitaros a una cerveza y brindar por que tengáis salud y larga vida.

—No fue magia, sino simplemente remedios que... Gracias por la oferta, pero... ¿Qué hay de los disturbios? ¿Hubo alguno anoche?

El general lanzó un gruñido de desdén.

—Ya está casi solucionado. Cuando la luna recuperó la normalidad, la gente se calmó.

—Perfecto. Es una buena noticia, general. Gracias por informarme.

—Esto... —El general se acariciaba con un dedo la lampiña mejilla—. Hay otra cosa, lord Rahl. —Si pudiéramos hablar en... —Lanzó una significativa mirada a Kahlan. Finalmente suspiró y se resignó a hablar delante de ella—. Anoche una mujer fue asesinada.

—Lo lamento. ¿La conocíais?

—No, lord Rahl. Era una mujer... que... que aceptaba dinero a cambio de...

—Supongo que queréis decir que era una prostituta, general —intervino Kahlan—. No es la primera vez que oigo esa palabra. No voy a desmayarme.

—Sí, Madre Confesora. Su cuerpo se descubrió esta mañana.

—¿Qué le ocurrió? ¿Cómo la mataron? —quiso saber Richard.

El general se iba turbando por momentos.

—Lord Rahl, hace muchos años que veo cadáveres y no recuerdo la última vez que vomité al ver uno.

Richard apoyó una mano sobre una de las bolsas de cuero que le colgaban del ancho cinturón.

—¿Qué le hicieron?

Kerson lanzó una rápida mirada a Kahlan para disculparse, pasó un brazo alrededor de los hombros de Richard y se lo llevó a un aparte. Kahlan no entendió los susurros, pero por la cara que puso Richard decidió que no quería saberlo.

Richard se dirigió al hogar y se quedó mirando las llamas fijamente.

—Lo siento. Supongo que disponéis de hombres para investigar este asunto. ¿Qué queréis que haga yo?

El general hizo una mueca y carraspeó antes de contestar:

—Veréis, lord Rahl, el caso es que, bueno, que fue vuestro hermano quien la encontró.

Richard se volvió a mirarlo con expresión ceñuda.

—¿Qué estaba haciendo Drefan en un burdel?

—Ah, bueno, eso mismo le pregunté yo, lord Rahl. No me parece el tipo de hombre al que le cuesta. —El general se interrumpió—. Se lo pregunté y él me respondió que si le daba la gana de ir a burdeles, era asunto suyo y no mío.

Kahlan se percató de que Richard trataba de contener la furia que lo invadía. Bruscamente agarró la capa dorada que descansaba sobre una silla.

—Vámonos. Llevadme allí. Llevadme a donde va Drefan. Quiero hablar con la gente de ese establecimiento.

Kahlan y el general Kerson se apresuraron a seguir a Richard, que ya salía por la puerta. Kahlan lo detuvo cogiéndolo por una manga y miró brevemente al general.

—¿General, nos permitís un momento, por favor?

Mientras el militar se alejaba unos pasos, Kahlan tiró de Richard en dirección contraria, apartándose de Cara, Raina, Ulic y Egan. No creía que Richard estuviera en la mejor disposición de ánimo para investigar un asunto como ése justo entonces. Además, había ido a verlo por una razón.

—Richard, hay representantes que esperan ser recibidos. Hace días que esperan.

—Drefan es mi hermano.

—También es un hombre adulto.

Richard se frotó los ojos.

—Tengo que ocuparme de esto y además tengo muchas otras cosas en la cabeza. ¿Por qué no recibes tú a esos representantes? Diles que he tenido que ausentarme por asuntos de importancia y que pueden rendir sus países ante ti. De ese modo podremos empezar a coordinar el tema de la transferencia del mando.

—Lo sé. Y sé que algunos de ellos preferirían hablar conmigo y no tener que encararse contigo, aunque sea para rendirse. Les das pavor.

—Yo jamás les haría ningún daño —objetó Richard.

—Richard, les diste un susto de muerte cuando les exigiste la rendición. Juraste que si osaban unir sus fuerzas con las de la Orden Imperial, los aniquilarías.

»Temen que un día te dé por hacerlo sin ninguna razón. La reputación del amo de D'Hara te precede y alimenta sus temores. No puedes esperar que de repente se sientan a sus anchas contigo solamente porque aceptan tus condiciones.

—En ese caso —le susurró Richard al oído—, diles simplemente lo encantador que soy.

—Les diré que estás deseando colaborar con ellos para alcanzar los objetivos de paz y prosperidad para todos —replicó ella con una sonrisa—. Confían en mí y me escucharán.

»No obstante, también ha venido Tristan Bashkar, ministro de Jara, así como dos miembros de la casa real de Grennidon. Estos tres son los importantes, pues sus países cuentan con enormes ejércitos estables. Esperan conocerte. Es posible que no quieran rendirse ante mí; querrán discutir las condiciones.

—Conténtalos.

—Tristan Bashkar no se distingue por su amabilidad y además es un hueso como negociador, lo mismo que Leonora y Walter Cholbane de Grennidon.

—Ésa es la razón por la que puse fin a la alianza de la Tierra Central: demasiadas ganas de discutir y demasiadas susceptibilidades. Todo eso se acabó. La rendición debe ser incondicional. —Enganchó un pulgar en el ancho cinturón de cuero y añadió con voz inflexible—: Las condiciones son justas para todo, son iguales para todos y no se discuten. O están con nosotros o contra nosotros.

Kahlan deslizó un dedo por la manga negra de su camisa, de arriba abajo, notando cómo los músculos de Richard subían y bajaban. Él había estado ocupado en el diario. Hacía demasiado tiempo que no sentía esos brazos alrededor de su cuerpo.

—Richard, necesitas de mi consejo. Yo conozco esos países. Conseguir que se rindan no es el único objetivo. Deberán hacer sacrificios y, para eso, es preciso contar con su total cooperación en esta guerra.

»Tú eres lord Rahl, el amo de D'Hara. Fuiste tú quien planteaste las exigencias. Dijiste que si se rendían incondicionalmente, serían tratados con respeto hacia su pueblo. Los representantes esperan verte a ti como muestra de respeto hacia ellos.

—Eres la Madre Confesora, Kahlan. En esto, como en todo lo demás, tú y yo somos uno. Tú eras su líder mucho antes de que yo apareciera en escena y ocupas una posición tan encumbrada como la mía. Hace mucho tiempo que te ganaste su respeto. Recuérdaselo.

Richard lanzó un vistazo al general y a los otros, que esperaban, tras lo cual, volvió a mirarla a los ojos.

—Es posible que lo que haga o deje de hacer Drefan no sea asunto del general Kerson, pero sí es asunto mío. No me dejaré engañar por otro hermano. Por lo que tú y otras personas me habéis dicho, muchas mujeres de palacio suspiran por él. Si se contagia de algo con esas rameras y luego se lo pasa a las muchachas de palacio... eso es asunto mío.

»No permitiré que mi hermano transmita enfermedades a inocentes mujeres que confían en él porque es mi hermano.

Sarah, la doncella que le había llevado el té, era joven e ingenua. Ella era una de las mujeres que se sentían cautivadas por Drefan.

—Lo entiendo —repuso Kahlan, frotándole la espalda—. Si me prometes que vas a dormir un poco, yo hablaré con los representantes. Cuando tengas tiempo, los recibirás. No les queda más remedio que seguir esperando. Tú eres lord Rahl.

Richard se inclinó y le plantó un beso en la mejilla.

—Te quiero, Kahlan.

—Entonces, cásate conmigo.

—Pronto. Pronto despertaremos a la sliph.

—Richard, ten mucho cuidado. Marlin dijo que esa Hermana de la Oscuridad, ahora no recuerdo cómo se llama, ha abandonado Aydindril para regresar con Jagang, pero podría estar mintiendo. Tal vez aún ronda por aquí.

—Hermana Amelia. La recuerdo. Cuando llegué al Palacio de los Profetas ella fue una de las amigas de Verna que nos recibieron, ella junto con las hermanas Phoebe y Janet. Aún recuerdo que lloró de emoción al ver a Verna después de tantos años.

—Ahora está en poder de Jagang.

—Sí. Verna debe de estar destrozada al saber que su amiga está en manos de Jagang y, aún peor, que es una Hermana de la Oscuridad. Si es que lo sabe.

—Ve con cuidado. Pese a lo que dijo Jagang, podría seguir acechando en Aydindril.

—Lo dudo, pero tendré cuidado.

Se volvió e hizo una señal a Cara. La mord-sith se aproximó a la carrera.

—Cara, quiero que vayas con Kahlan. Que Berdine descanse un poco. Raina, Egan y Ulic me acompañarán.

—Sí, lord Rahl. Yo la protegeré.

—Sé que lo harás, Cara —repuso Richard, sonriendo—. No obstante, no vas a librarte de tu castigo.

La mord-sith no dejó traslucir ninguna emoción.

—Sí, lord Rahl.

—¿Qué castigo es ése? —preguntó Kahlan cuando Richard ya no podía oírlas.

—Un castigo muy injusto, Madre Confesora.

—Vaya, eso es malo. ¿En qué consiste?

—Tengo que dar de comer a las ardillas listadas.

Kahlan reprimió una sonrisa.

—A mí no me parece tan malo, Cara.

Cara asió el agiel con un rápido giro de la muñeca.

—Eso es lo que lo hace tan injusto, Madre Confesora.

26

Kahlan estaba sola, sentada en el trono de la Madre Confesora, la silla más alta de las colocadas sobre la tarima semicircular, bajo el fresco decorado que representaba a Magda Searus —la primera Madre Confesora— y su mago Merritt. El fresco cubría la bóveda que remataba la enorme sala del consejo. Kahlan contempló a los delegados que cruzaban el interminable suelo de mármol con el fin de aproximarse a ella.

Desde su puesto de honor en la bóveda, Magda Searus había sido testigo de la larga historia de la ya desaparecida alianza de la Tierra Central. Y también había presenciado cómo Richard le puso fin. Kahlan rezaba por que el espíritu de Magda Searus comprendiera y aprobara las razones que lo habían movido a actuar de ese modo. Pese a lo que algunos pudieran pensar, Richard había actuado por bondad.

Cara se mantenía de pie detrás de Kahlan, a su derecha. Kahlan había reunido a toda prisa a un grupo de administradores para ocuparse de asuntos de estado tales como la firma de los documentos de rendición y sobre instrucciones referentes al comercio. Asimismo estaban presentes algunos oficiales d'haranianos para supervisar los temas militares. Todos esperaban en silencio detrás de ella, a su izquierda.

Kahlan trató de concentrarse en lo que debía decir y hacer, pero las palabras de Richard sobre el Templo de los Vientos no se le iban de la mente. Richard creía que el Templo de los Vientos podía sentir. Los vientos perseguían a Richard. El Templo de los Vientos lo perseguía. Esa amenaza acechaba en todos los rincones oscuros de la mente de Kahlan.

Los pasos de los delegados y el ruido de la botas de los soldados que los escoltaban reverberaron en la enorme sala de mármol y la arrancaron de sus cavilaciones. El grupito que se acercaba atravesaba rayos de sol deslumbrantes que entraban a raudales por las ventanas redondas del borde inferior de la cúpula. Kahlan puso cara de Confesora, tal como su madre le había enseñado. Era una cara que no reflejaba nada y enmascaraba sus sentimientos.

Las arcadas que rodeaban la sala cubrían escaleras que ascendían hasta las galerías con columnatas, ribeteadas de barandillas de madera de caoba pulida. Pero ese día no había espectadores.

El grupo se detuvo ante el resplandeciente escritorio de madera tallada. En primera fila vio a Tristan Bashkar de Jara, así como a Leonora y Walter Cholbane de Grennidon. Detrás de ellos esperaban los embajadores Seldon de Mardovia, Wexler de Cuenca del Pendisan y Brumford de Togressa.

Kahlan sabía que Jara y Grennidon, ambos países muy ricos y con enormes ejércitos regulares, seguramente lucharían obstinadamente para conservar sus prerrogativas de estatus a cambio de rendirse. Así pues era preciso que primero debilitase su confianza. Después de haberse pasado casi toda la vida en una posición de autoridad y poder, primero como simple Confesora y luego como la Madre Confesora, Kahlan era una experta en esos asuntos. Conocía a esa gente y sabía cómo pensaban: aceptarían rendirse siempre y cuando pudieran mantener la superioridad respecto a otros países determinados, y siempre y cuando se les asegurara absoluta libertad para decidir los asuntos internos.

Esa actitud ya no era aceptable. Si querían tener una oportunidad de vencer a la Orden Imperial, no podía tolerarse. Kahlan tenía la responsabilidad de hacer respetar los términos y condiciones de la rendición que había dictado Richard. El futuro de todos los países de la Tierra Central dependía de ello.

Para que esa nueva unión pudiera derrotar a la Orden Imperial, ya no podían existir países soberanos, cada uno con sus propios objetivos. Todos debían unirse bajo una sola autoridad de mando y debían trabajar juntos como un solo pueblo, no como una coalición, la cual podía fragmentarse en un momento crítico, lo que serviría la victoria en bandeja a la Orden Imperial.

—Lord Rahl está ocupado en asuntos que tienen que ver con la seguridad de todos en esta lucha. Yo he venido en su lugar para escuchar vuestras decisiones. Me encargaré de transmitirle fielmente vuestras

palabras. Como Madre Confesora, reina de Galea, reina de Kelton y futura esposa del amo de D'Hara, poseo autoridad para hablar en nombre del imperio de D'Hara. Mi palabra vale tanto como la de lord Rahl.

Había hablado sin pensar, aunque sin faltar a la verdad: D'Hara era ya un imperio. Richard era su líder supremo y la máxima autoridad.

Los representantes hicieron una reverencia y farfullaron que lo entendían.

Para que comprendieran realmente que las cosas habían cambiado y que ya no se encontraban en la sala del consejo, decidió invertir el orden con el que se solían tratar esos asuntos.

—Embajador Brumford, acercaos, por favor.

Inmediatamente, Tristan Bashkar y Leonora Cholbane comenzaron a protestar. Era insólito otorgar primero la palabra al delegado de un país de menor importancia.

Kahlan los acalló con una fulminante mirada.

—Cuando os pida que habléis en nombre de vuestro pueblo, podréis hablar. Antes no. No reconozco derechos a ningún país hasta que no se una a nosotros y renuncie a su soberanía.

»No esperéis que excuse vuestra presunción, como era habitual cuando existía la alianza de la Tierra Central. Esa alianza ha desaparecido. Ahora os encontráis en el imperio de D'Hara.

Sobrevino un silencio glacial.

Cuando se enteró de que Richard había pronunciado esas mismas palabras en esa sala ante representantes de la Tierra Central, Kahlan se sintió desconsolada. Pero con el transcurso de los días y semanas comprendió que era la única salida.

Tristan Bashkar y los Cholbane, a quienes había dirigido esas palabras, se ruborizaron pero mantuvieron la boca cerrada. Cuando su mirada se desplazó hacia el embajador Brumford, el hombre recordó sus órdenes y corrió para situarse delante.

El cordial Brumford se recogió los voluminosos ropajes color violeta con una sola mano, hincó una rodilla y ejecutó una profunda reverencia.

—Madre Confesora —dijo al levantarse—, Togressa ha decidido unirse a vos y a toda la gente libre para combatir la tiranía.

—Gracias, embajador. Damos la bienvenida a Togressa en el imperio. Desde ahora, el pueblo de Togressa goza de los mismos derechos que nosotros. Sabemos que vuestra gente cumplirá con la parte que le toca.

—Así será. Gracias, Madre Confesora. Por favor, transmitid a lord Rahl nuestro gozo por formar parte de D'Hara.

Kahlan sonrió con sinceridad.

—Lord Rahl y yo misma compartimos vuestro gozo, embajador Brumford.

El embajador de Togressa se hizo a un lado cuando Kahlan llamó al embajador Wexler de Cuenca del Pendisan. Era un hombre musculoso, de baja estatura y mirada ardiente.

—Madre Confesora —dijo el embajador después de levantarse, mientras se alisaba la sobreveste de cuero—, somos un país muy pequeño y, aunque contamos con una legión muy reducida de hombres de armas, son luchadores muy bravos, como cualquiera que se haya enfrentado a nosotros puede atestiguar.

»La Madre Confesora siempre ha luchado por nosotros con la misma bravura. Cuenca del Pendisan ha sido siempre fiel a la Tierra Central y a la Madre Confesora, por lo que vuestras palabras tienen mucho peso. Con el mayor de los respetos, vamos a seguir vuestro consejo y a unirnos a D'Hara.

»Rendimos nuestras espadas ante vos y ante lord Rahl. Los habitantes de Cuenca del Pendisan, tanto los que solamente son músculo y hueso como los que poseen poderes mágicos, desean estar en la vanguardia de la batalla contra la horda que nos ataca desde más allá de la Tierra Salvaje, para que el enemigo pruebe amargamente nuestra ferocidad. Desde este mismo día se nos conocerá como los d'haranianos de Cuenca del Pendisan, si eso os place.

Emocionada por las palabras del embajador Wexler, Kahlan inclinó la cabeza. Aunque los habitantes de Cuenca del Pendisan tenían una innegable veta dramática, sin duda ponían el corazón en lo que hacían. Su país era pequeño pero no desdeñable; el embajador no fanfarroneaba al alabar la bravura de sus gentes. Ojalá que su número fuese tan grande como su fortaleza.

—No puedo prometeros que estéis en la vanguardia, embajador Wexler, pero será un honor contar con vosotros en la batalla. Sabremos valorar como es debido a la gente de Cuenca del Pendisan, indistintamente de donde sirvan.

A continuación miró con rostro impasible al embajador de Mardovia. El pueblo de Mardovia era también orgulloso y no menos bravo. Tenía que serlo para sobrevivir en condiciones extremadamente duras, en la Tierra Salvaje. No obstante, era otro país de los pequeños.

—Embajador Seldon, por favor, adelantaos y comunicadnos la decisión de Mardovia.

El embajador se escurrió hacia la primera fila, observando a los demás cautelosamente. Se inclinó doblando la cintura, y el cabello blanco le cayó hacia delante, por encima del trenzado dorado que adornaba las hombreras de su manto rojo.

—Madre Confesora, el Consejo de Siete, reunido en Renwold, nuestra capital, me encomendó la misión de emprender un largo viaje hasta Aydindril para transmitiros su decisión: el Consejo de Siete no tiene ninguna intención de ceder el gobierno de nuestro amado pueblo a unos extranjeros, ya sean de D'Hara o de la Orden Imperial.

»Vuestra guerra contra la Orden Imperial no es nuestra guerra. El Consejo de Siete ha decidido que Mardovia seguirá siendo soberana y permanecerá neutral.

Alguien tosió detrás de Kahlan. En el silencio, ese sonido resonó en la vasta sala de piedra.

—Embajador Seldon, Mardovia se encuentra en el este de la Tierra Salvaje, no muy lejos del Viejo Mundo. Vuestro país será vulnerable al ataque.

—Madre Confesora, las murallas que rodean nuestra ciudad madre, Renwold, han resistido siempre. Como vos misma decís, Mardovia se halla en medio de la Tierra Salvaje. En el pasado, las tribus trataron de exterminarnos, pero ninguna de ellas consiguió siquiera abrir una brecha en las murallas y mucho menos superar nuestras infranqueables defensas. Ahora, las tribus de la Tierra Salvaje comercian con nosotros y Renwold es el centro económico de los agrestes parajes orientales de la Tierra Central. Todos los que en el pasado quisieron conquistarnos nos respetan ahora.

Kahlan se inclinó hacia adelante.

—Embajador, la Orden no es una tribu salvaje. Os aplastarán. ¿Es que el Consejo de Siete no se da cuenta?

Seldon sonrió con indulgencia.

—Madre Confesora, comprendo vuestra preocupación pero, como ya he dicho, las murallas de Renwold nunca nos han fallado. Podéis estar segura de que Renwold no caerá ante los invasores de la Orden. —Endureció el gesto para añadir—: Ni tampoco caerá ante esa nueva alianza que habéis formado con D'Hara.

»Los números no significan mucho contra una aglomeración de piedras en la Tierra Salvaje. Los posibles conquistadores se cansarán pronto de romperse los dientes contra un bocado tan pequeño. Por nuestro reducido tamaño, nuestro emplazamiento y nuestras murallas, no merece la pena tomarse tantas molestias por nosotros. Si nos uniéramos con vos, entonces sí que seríamos vulnerables, pues seríamos el enemigo.

»Nuestra neutralidad no tiene una intención hostil. Estamos dispuestos a comerciar con vuestra alianza, del mismo modo que estamos dispuestos a comerciar con la Orden Imperial. No deseamos mal a nadie, pero nos defenderemos.

—Embajador Seldon, ¿vuestra esposa e hijos están en Renwold? ¿No comprendéis el peligro que corren?

—Mi amada esposa y mis hijos están seguros tras las murallas de Renwold, Madre Confesora. No temo por ellos.

—¿Y esas murallas podrán resistir contra la magia? ¡La Orden Imperial utiliza magia! ¿O quizás estáis tan ebrio de pasado que no veis la amenaza en el futuro?

El embajador enrojeció.

—La decisión del Consejo de Siete es definitiva. No tememos por nuestra seguridad. Contamos con personas dotadas de poderes mágicos que protegerán las murallas de posibles ataques con magia. La neutralidad no es ninguna amenaza. Tal vez deberíais ser vosotros quienes imploraran clemencia a los buenos espíritus, pues sois vosotros quienes hacéis un llamamiento a la guerra. Quien vive por la violencia, llama a la violencia.

Kahlan tamborileaba con los dedos sobre el escritorio. Todos esperaban sus palabras. Era perfectamente consciente de que, aunque lograra convencer a ese hombre, de nada serviría; el Consejo de Siete había tomado ya una decisión y, aunque quisiera, el embajador no podía cambiarla.

—Embajador Seldon, quiero que abandonéis Aydindril antes del atardecer. Regresad a Renwold y comunicad al Consejo de Siete que D'Hara no reconoce la neutralidad. Nuestro mundo está en juego, o bien prosperará en la luz o se marchitará en la sombra de la tiranía. Lord Rahl ha decretado que nadie puede ser neutral y yo juré que no habría clemencia para la Orden. Él y yo pensamos lo mismo.

»O estáis con nosotros o contra nosotros. Y la Orden Imperial ve las cosas del mismo modo.

»Comunicad al Consejo de Siete que ahora Mardovia es nuestro enemigo. O bien D'Hara o bien la Orden Imperial conquistará Mardovia. Rezad a los buenos espíritus para que seamos nosotros quienes tomemos Renwold y no la Orden. Nosotros os impondremos duras sanciones para castigar vuestra resistencia, pero vuestro pueblo vivirá. Si la Orden os conquista antes que nosotros, aniquilarán a todos los defensores y esclavizarán a vuestra gente. Mardovia será reducida al polvo del pasado.

La indulgente sonrisa del embajador Seldon se hizo más amplia.

—No temáis, Madre Confesora, Renwold resistirá a cualquier amenaza, incluso a la Orden Imperial.

Kahlan lo miró con fría ira.

—Yo caminé entre las montañas de muertos dentro de las murallas de Ebinissia. Vi qué atrocidades comete la Orden. Vi qué hicieron primero a los vivos. Rezaré por esa pobre gente que va a sufrir por culpa de los locos delirios del Consejo de Siete.

Con un gesto airado indicó a los guardias que escoltaran al embajador fuera de la sala. Sabía qué destino aguardaba al pueblo de Mardovia si la Orden atacaba primero y también sabía que Richard no podía arriesgar la vida de todos los aliados simplemente para tomar Renwold y protegerla. Estaba demasiado lejos. Tanto ella como todos sus generales se lo desaconsejarían.

Mardovia podía darse por perdida; su neutralidad atraería a la Orden del mismo modo que un rastro de sangre atrae a los lobos.

Kahlan había atravesado las puertas abiertas de las sólidas y macizas murallas de Renwold. Eran unas murallas impresionantes, pero no invencibles. La Orden contaba con magos como Marlin. Por mucho que Renwold dispusiera de defensores con poderes mágicos, las murallas de la ciudad no podrían resistir el fuego de hechicero.

Intentó quitarse de la cabeza el destino de Mardovia mientras llamaba a los dos representantes de la casa real de Grennidon.

—¿Qué ha decidido Grennidon? —preguntó hoscamente.

Walter Cholbane carraspeó antes de responder, pero su hermana se le adelantó.

—Grennidon es un país sumamente importante, con vastos campos que producen...

—He preguntado qué ha decidido Grennidon —le interrumpió Kahlan.

Leonora se retorció las manos escrutando fijamente los ojos de la Madre Confesora.

—La casa real ofrece su rendición, Madre Confesora.

—Gracias, Leonora. Nos congratulamos por vos y por vuestro pueblo. Os agradecería que proporcionarais a mis oficiales, aquí presentes, cualquier información que soliciten para que el ejército de Grennidon pase a ser coordinado por nuestro mando central.

—Sí, Madre Confesora —balbució Leonora—. Madre Confesora, ¿acaso nuestras tropas tendrán que derramar su sangre ante las murallas de Renwold para derribarlas?

Grennidon se hallaba al norte de Mardovia y en la mejor posición para atacar, aunque Kahlan sabía que a Grennidon no le haría ni pizca de gracia atacar a un socio comercial. Además, algunos miembros del Consejo de Siete estaban emparentados con la casa real Cholbane.

—No. Renwold es una ciudad de muertos vivientes. Los buitres limpiarán sus huesos. Mientras tanto queda prohibido todo comercio con Mardovia. Nosotros solamente comerciamos con nuestros aliados.

—Sí, Madre Confesora.

—Madre Confesora —terció Walter, el hermano de Leonora—, nos gustaría discutir algunas de las condiciones con lord Rahl. Tenemos cosas valiosas que ofrecer y querríamos tratar con él de algunos asuntos del máximo interés para nosotros.

—La rendición es incondicional. No hay nada que discutir. Lord Rahl me ha encomendado que os recuerde que no habrá negociaciones. O estáis con nosotros o contra nosotros. ¿Deseáis retirar la oferta de rendición antes de firmar los documentos y correr la misma suerte que Mardovia?

Walter apretó los labios con fuerza e inspiró profundamente.

—No, Madre Confesora —repuso.

—Gracias. Cuando lord Rahl disponga de tiempo, lo que espero que sea pronto, estará encantado de escucharos como valioso miembro que sois del imperio de D'Hara. Solamente debéis recordar que ahora formáis parte de D'Hara y que él es el amo de D'Hara y el líder del imperio.

Kahlan había tratado a los embajadores de Grennidon con menos respeto que a los representantes de los dos países pequeños que habían ofrecido su rendición. Lo contrario los hubiera envalentonado y habrían surgido problemas. Los hermanos Cholbane eran de los que siempre pedían las habitaciones rojas.

Walter y Leonora parecieron relajarse después de haber cedido. Los Cholbane podían ser tenaces y obstinados hasta el final, pero una vez que llegaban a un acuerdo y daban su palabra nunca miraban atrás, nunca se cuestionaban lo que podría haber sido. Por eso hacer tratos con ellos resultaba mínimamente soportable.

—Lo entendemos, Madre Confesora —dijo Walter.

—Sí —agregó su hermana—. Y esperamos con ansia que llegue el día en que la Orden Imperial ya no represente una amenaza para toda nuestra gente.

—Os doy las gracias a ambos. Sé que esto debe de pareceros muy duro, pero todos nos alegramos de poder contar con vosotros y vuestra gente.

Mientras los Cholbane se retiraban para firmar los documentos y hablar con los oficiales, Kahlan centró su atención en Tristan Bashkar de Jara.

—Ministro Bashkar, ¿qué hay de Jara?

Tristan Bashkar era miembro de la familia real de Jara. En ese país, un ministro era una persona de alto rango y absoluta confianza. De todos los presentes, él era el único con suficiente autoridad para cambiar la decisión de su país sin necesidad de regresar para consultarlo con sus superiores. Si consideraba que existían razones suficientes, tenía potestad para modificar las instrucciones que había recibido de la familia real y, por consiguiente, la posición de Jara.

Recién entrado en la cuarentena, llevaba muy bien su edad. Asimismo solía utilizar su aspecto para disimular que poseía una mente muy aguda. Una vez que había desarmado a su interlocutor con su

simpática sonrisa, sus brillantes ojos castaños y su labia fácil, conseguía lo que quería antes de que el otro se diera cuenta.

Se apartó de la frente un espeso mechón de pelo oscuro, lo que tal vez era un hábito compulsivo o una manera de llevar la atención hacia sus ojos, y con eso lograba normalmente su propósito de distraer.

—Madre Confesora —dijo, extendiendo las manos en actitud de disculpa—, me temo que no es tan simple como un sí o un no. Os aseguro que estamos en armonía con el poderoso imperio de D'Hara y que admiramos la sabiduría de lord Rahl y la vuestra también, por supuesto. Siempre hemos valorado los consejos de la Madre Confesora por encima de cualquier otra cosa.

Kahlan suspiró.

—Tristan, no estoy de humor para vuestros juegos de siempre. Vos y yo nos hemos batido en esta sala más veces de las que puedo recordar. Hoy os aconsejo que no me pongáis a prueba. No lo permitiré.

Tristan estaba bien entrenado en todas las artes de la guerra por ser miembro de la familia real y en el pasado se había distinguido en el campo de batalla. De anchas espaldas y alto, era un hombre muy apuesto. En su fácil sonrisa apuntaba un toque juguetón que enmascaraba cualquier amenaza, si es que la había, y a veces la había. Tristan Bashkar era alguien a quien, por decirlo de algún modo, Kahlan nunca daría la espalda.

El ministro Bashkar se desabrochó con naturalidad la chaqueta azul oscuro y apoyó una mano en la cadera. Era una treta para dejar al descubierto el ornamentado cuchillo que llevaba envainado al cinto. Se rumoreaba que, en la batalla, Tristan Bashkar prefería desenvainar el cuchillo antes que la espada. También se murmuraba que obtenía un placer sádico cortando a tiras al enemigo.

—Madre Confesora, admito que en el pasado me he mostrado reticente a revelar cuál es exactamente nuestra posición para proteger a nuestro pueblo de la avaricia de otros países, pero en esta ocasión la cosa es distinta. Veréis, tal como nosotros lo vemos...

—Eso no me interesa. Sólo quiero saber si estáis con nosotros o contra nosotros. Si estáis contra nosotros, os doy mi palabra de que mañana mismo nuestras tropas cabalgarán ya hacia el palacio real de Sandilar, de donde regresarán con vuestra rendición incondicional o con las cabezas de la familia real.

»El general Baldwin se encuentra aquí, en Aydindril, junto con una considerable fuerza de Kelton. Creo que lo enviaré a él; los keltas no defraudan nunca a su reina, ni tampoco descansan hasta que ella se da por satisfecha. Ahora yo soy la reina de Kelton. ¿Deseáis luchar contra el general Baldwin?

—Claro que no, Madre Confesora. No deseamos luchar, pero si sois tan amable de escucharme...

Kahlan lo silenció con una contundente palmada contra el escritorio.

—Cuando la Orden Imperial tomó Aydindril, antes de que Richard la liberara, Jara se sentó en el consejo y se alió con la Orden.

—Al igual que D'Hara —le recordó Tristan suavemente.

Kahlan lo fulminó con la mirada.

—Fui llevada ante el consejo y fui declarada culpable de los crímenes que, en realidad, había cometido la Orden. El mago Ranson, de la Orden Imperial, pidió que se me sentenciara a muerte. El consejero de Jara, sentado tras este mismo escritorio, votó a favor de que me decapitaran.

—Madre Confesora...

—Estaba sentado justo allí —prosiguió Kahlan, señalando con el dedo a la derecha— y votó a favor de que me ajusticiaran. —Posó de nuevo la mirada en los ojos castaños de Tristan—. Si os fijáis bien, creo que podréis ver una mancha en la parte delantera del escritorio, justo allí. Cuando Richard liberó Aydindril ejecutó a los consejeros traidores. Esa mancha es la que dejó el consejero de Jara. Me han contado que Richard estaba tan furioso por la traición contra mí y contra las gentes de la Tierra Central que lo partió casi por la mitad.

Tristan escuchaba educadamente, sin mostrar la menor emoción.

—Madre Confesora, ese consejero no hablaba en nombre de la familia real de Jara. No era más que un títere de la Orden.

—En ese caso, uníos a nosotros.

—Ésa es nuestra intención. De hecho, me han enviado con la autorización para hacerlo.

—Ignoro qué queréis Tristan, pero no lo vais a conseguir. Os hacemos la misma oferta que a todos los demás; no habrá concesiones para nadie.

—Madre Confesora, ¿sería una concesión que me escucharais?

Kahlan suspiró.

—Sed breve, y recordad que soy totalmente inmune a vuestra sonrisa, Tristan.

De todos modos, el ministro de Jara sonrió.

—Como miembro de la familia real, tengo autoridad y autorización para entregar Jara y unirnos a vosotros. Si tuviera que elegir, ése sería mi deseo.

—Pues hacedlo.

—La luna roja ha coartado esos planes.

Kahlan se irguió en la silla.

—¿Qué tiene que ver la luna con todo esto?

—Madre Confesora, Javas Kedar, nuestro astrólogo, ejerce una gran influencia en la familia real. Ha consultado los astros sobre nuestra rendición y opina que las estrellas la consideran una decisión favorable.

»Antes de partir de Jara, Javas Kedar me dijo que si las circunstancias cambiaban, las estrellas nos avisarían y que debía prestar atención a ese aviso. La luna roja me ha llevado a replantearme la decisión.

—Una cosa es la luna y otra, las estrellas.

—La luna está en el firmamento, Madre Confesora. Javas Kedar también se basa en el significado de los símbolos lunares.

Kahlan se pellizcó el puente de la nariz, mientras lanzaba un suspiro.

—Tristan, tenéis la irritante costumbre de pasar por alto todo aquello que preferís ignorar. Richard dijo que ningún país debería renunciar a sus costumbres, siempre y cuando esas costumbres no hicieran daño a nadie ni violaran las leyes comunes a todos. Estáis a punto de rebasar una línea muy peligrosa.

—Nada más lejos de nuestra intención que burlar las palabras de lord Rahl ni rebasar ninguna línea. Sólo pido un poco de tiempo.

—¿Tiempo?, ¿tiempo para qué?

—Tiempo para asegurarme de que la luna roja no es ningún aviso de que no debemos unirnos a D'Hara. Puedo regresar a Jara para hablar con Javas Kedar o, si lo preferís, quedarme aquí un tiempo para asegurarme de que la luna roja no es una señal de peligro.

Kahlan sabía que los jaranos, y la familia real en particular, creían a pies juntillas en la astrología. Por mucho tiempo que Tristan malgastara persiguiendo faldas, si una mujer muy hermosa le rendía todos sus encantos pero los astros estaban en contra, Tristan saldría corriendo.

Tardaría casi un mes en regresar a Jara, consultar al astrólogo y volver a Aydindril.

—¿Cuánto tiempo tendríais que esperar en Aydindril hasta estar seguro y rendiros con la conciencia tranquila?

El ministro Bashkar reflexionó brevemente.

—Si no ocurre nada malo en Aydindril durante un par de semanas después de una señal tan significativa, entonces estaré seguro de que la luna roja no era un mal presagio.

Kahlan tamborileaba con los dedos.

—Tenéis dos semanas, Tristan. Ni un día más.

—Gracias, Madre Confesora. Ojalá que en dos semanas podamos consumar nuestra unión con D'Hara. —Hizo una reverencia—. Que tengáis un buen día. Espero fervientemente que los astros nos sigan siendo favorables.

Ya se iba cuando se volvió.

—Por cierto, ¿sabéis de algún lugar donde pueda alojarme durante ese tiempo? El palacio que Jara tenía en Aydindril ardió en el curso de la batalla contra la Sangre de la Virtud. La ciudad sufrió tantos desperfectos que no encuentro alojamiento.

Era evidente qué buscaba: permanecer cerca para ver si los astros se volvían contra el líder de D'Hara. El tipo tenía una opinión demasiado elevada de sí mismo y sobrestimaba su propia inteligencia. No obstante, Kahlan sonrió.

—Pues claro. Sé de un lugar. Os alojaréis aquí mismo, para no perderos de vista hasta que pasen las dos semanas.

—Vaya, gracias por vuestra hospitalidad, Madre Confesora —dijo Tristan, abrochándose la chaqueta—. Os lo agradezco infinitamente.

—Ah, Tristan, mientras seáis un invitado bajo mi techo, si ponéis un dedo encima, o cualquier otra cosa, sobre las mujeres que viven y trabajan en palacio, me encargaré de que os lo corten, sea lo que sea.

El ministro se rió afablemente.

—Madre Confesora, jamás imaginé que creyerais los chismorreos que circulan sobre mí. Me temo que con frecuencia me veo obligado a recurrir al atractivo que ejerce el dinero para procurarme compañía. Me halaga que me creáis un seductor de jovencitas. Si incumplo vuestras normas, llevadme a juicio e imponedme el castigo que más os plazca.

Juicio.

Richard había dicho que las personas enviadas al Templo de los Vientos habían sido llevadas a juicio. En el Alcázar del Hechicero se guardaban las actas de todos los juicios celebrados allí. Aunque ella jamás había leído ninguno de esos registros, sabía de su existencia. Tal vez podrían averiguar qué le había ocurrido al Templo de los Vientos leyendo las actas del juicio.

Mientras miraba cómo Tristan Bashkar se retiraba siguiendo a un par de guardias, pensó en Richard y se preguntó qué descubriría o si estaba a punto de perder a otro hermano.

Kahlan conocía a casi todas las mujeres que trabajaban en el Palacio de las Confesoras. Todas consideraban a Richard un hombre de honor y lo respetaban por ello. No quería ni imaginarse que pudieran ser víctimas de un hombre sin escrúpulos que se aprovechara de esa confianza que tenían en Richard.

Sintió una punzada de tristeza por él. Sabía que Richard esperaba que Drefan resultase ser un hermano del que pudiera estar orgulloso. Ojalá que Drefan no fuese mala persona. Recordó cómo había tocado a Cara.

—Tres más con nosotros —dijo, volviéndose hacia la mord-sith—, uno perdido y otro indeciso.

Cara esbozó una sonrisa de complicidad.

—Una hermana del agiel debe ser capaz de inspirar terror a los demás. Madre Confesora, sois digna portadora del agiel. Desde aquí arriba he oído cómo les temblaban las rodillas a algunos.

27

Las armas y armaduras de los soldados que lo seguían en formación por la empinada calle empedrada hacían ruido y repiqueteaban. Casas estrechas, en su mayoría de tres o cuatro plantas, se alzaban pegadas las unas a las otras. Los pisos superiores sobresalían por encima de los inferiores, de modo que apenas se divisaba el cielo. Era una parte de la ciudad muy sombría.

A medida que atravesaban Aydindril, los soldados vitoreaban a Richard, le daban las gracias y le deseaban salud y larga vida. Algunos pretendían invitarlo a una bebida. Otros corrían a inclinarse ante él y recitar la oración: «Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas».

Lo aclamaban como a un gran mago por protegerlos y haberlos curado del mal que los aquejaba. Richard se sentía muy incómodo ante tanto halago; después de todo, se había limitado a decirles que tomaran remedios muy conocidos contra los trastornos intestinales. No se había tratado de nada mágico.

Quiso explicárselo, que comprendieran que se habían curado no gracias a la magia, sino a lo que habían comido y bebido. Nadie quiso escucharlo. Esperaban que lord Rahl hiciera magia y, a sus ojos, eso era lo que había sucedido. Finalmente Richard se dio por vencido y comenzó a agradecerles con un saludo sus alabanzas. Si hubieran acudido a un herbolario, se habrían curado igualmente, pero se estarían quejando del precio de los remedios.

No obstante, tenía que admitir que se sentía bien por saber que, para variar, había ayudado a los demás en lugar de hacerles daño y entendió mejor cómo debía de sentirse Nadine cuando ayudaba a los enfermos con sus hierbas medicinales.

Richard había sido advertido que un mago debe hallar el equilibrio. Había una armonía en todas las cosas, muy especialmente en la magia. Ya no soportaba comer carne, le daba náuseas, y sospechaba que se debía a que el don trataba de compensar que tuviera que matar en algunas ocasiones. Le gustaba pensar que ayudar a la gente era parte del equilibrio de un mago guerrero.

Viandantes huraños, ocupados en sus propios asuntos, se apartaban a un lado de la angosta calle para eludir a los soldados, pateando la nieve sucia que aún quedaba en los lugares resguardados. Grupos de adolescentes y jóvenes, todos con gesto adusto, observaban con recelo el avance de Richard y su escolta, y se apresuraban a huir por las esquinas.

Richard tocaba con gesto ausente la bolsa de piel recamada en oro que llevaba al cinto. La bolsa contenía arena blanca de hechicero, que ya estaba en la bolsa cuando la encontró en el Alcázar. La arena de hechicero era, en realidad, huesos cristalizados de los magos que habían sacrificado su vida en las Torres de Perdición que separaban el Nuevo Mundo y el Viejo Mundo. Era una especie de magia destilada. La arena blanca de hechicero confería poder a los hechizos que se dibujaban con ella, tanto buenos como malos. Con el hechizo correcto dibujado con arena blanca de hechicero se podía conjurar incluso al Custodio.

A continuación tocó la otra bolsa también recamada en oro que lucía en el cinturón. Dentro, en otra bolsa más pequeña bien atada, llevaba arena negra de hechicero. Él mismo la había recogido en una de las torres. Desde que esas torres se construyeron ningún mago había sido capaz de recoger ni un grano de arena negra de hechicero; para eso era preciso poseer Magia de Resta.

La arena negra contrarrestaba la blanca; se neutralizaban mutuamente. Un grano de la negra bastaba para contaminar cualquier hechizo dibujado con arena blanca, incluso si se trataba de un hechizo para invocar al Custodio. Richard había usado arena negra para derrotar a Rahl el Oscuro y devolverlo al inframundo.

La Prelada Annalina le había exhortado a guardar la arena negra con su propia vida si era preciso. Una cucharadita de arena negra valía más que muchos reinos. Así pues, Richard llevaba el equivalente de varios reinos en la bolsa. Nunca perdía de vista esa bolsita de cuero que contenía la arena negra y siempre la tenía a mano.

Niños cubiertos con varias capas de harapientas prendas para protegerse del frío de ese día de primavera jugaban a «Pilla al zorro», en la apretada calle, corriendo de una puerta a otra. Gritaban de alegría ante la perspectiva de encontrar al zorro y, aún más, al ver la impresionante procesión que desfilaba por su calle.

Ni siquiera la alegría de los niños consiguió levantar el ánimo a Richard.

—Es aquí, lord Rahl —dijo el general Kerson.

El general llamó a una puerta situada a la derecha y empotrada apenas en la fachada de listones de madera de un edificio. En la parte inferior de la puerta, la más expuesta a las inclemencias del tiempo, la pintura roja descolorida se estaba cayendo a trozos. En un letrero de pequeño tamaño se leía: Pensión Latherton.

El hombre bajo y fornido, sentado en una silla detrás de una mesa desvencijada sobre la que se veían bollos secos y una botella, no alzó la mirada. Tenía la vista perdida y los ojos rodeados por círculos rojos. Estaba despeinado y llevaba ropa muy arrugada. Parecía totalmente aturdido. Detrás de él arrancaba una escalera y al lado partía un pasillo estrecho que se perdía en la oscuridad.

—Cerrado —murmuró el hombre.

—¿Eres Silas Latherton? —preguntó Richard. Sus ojos recorrieron el desordenado montón de ropa sucia y de sábanas que debían ir a la lavandera. Contra la pared se habían colocado media docena de aguamaniles vacíos, además de una pila de toallitas para lavarse.

El hombre lo miró con extrañeza.

—Sí. ¿Quién eres tú? Tu cara me suena.

—Soy Richard Rahl. Tal vez te recuerdo a mi hermano, Drefan.

—Drefan. —El hombre abrió mucho los ojos—. Lord Rahl. —La silla arañó ruidosamente el suelo cuando Silas Latherton la retiró y se levantó para hacer una reverencia—. Perdonadme. No os había reconocido. Jamás os había visto antes. No tenía ni idea de que el sanador era vuestro hermano. Os pido humildemente perdón, lord Rahl, yo...

Silas reparó entonces en sus acompañantes: la mord-sith morena y el musculoso general situados a ambos lados, los dos enormes guardias personales detrás y la falange de soldados que abarrotaban el umbral y otros que esperaban en la calle. El hombre se alisó el grasiento cabello y se enderezó.

—Mostradme la habitación donde la... la mujer fue asesinada —ordenó Richard.

Silas Latherton hizo dos reverencias antes de correr hacia la escalera, aprovechando para meterse la camisa dentro de los pantalones. Tras echar un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que Richard lo seguía, subió la escalera de dos en dos. Los escalones crujieron y gimieron en protesta por su peso.

Finalmente se detuvo delante de una puerta que estaba situada más o menos en el centro de un pasillo estrecho. Debido al color rojo de las paredes, las velas colocadas a ambos extremos apenas conseguían iluminarlo. El lugar apestaba.

—Es aquí, lord Rahl.

Silas se disponía a abrir la puerta, pero Raina lo agarró bruscamente por el cuello de la camisa y lo apartó. Con una mirada siniestra le indicó que no se moviera. Una de esas miradas de Raina bastaba incluso para paralizar una nube de tormenta.

La mord-sith abrió la puerta y, agiel en mano, entró antes que Richard. Éste esperó un momento, mientras Raina comprobaba que la habitación fuese segura; era más sencillo eso que protestar. Silas ni siquiera se atrevió a mirar cómo Richard y el general Kerson entraban en la pequeña alcoba, sino que

permaneció con la vista clavada en el suelo. Ulic y Egan tomaron posiciones junto a la puerta y cruzaron los musculosos brazos.

Dentro no había mucho que ver: una cama, al lado un arcón pequeño de madera de pino y un pajecillo con jofaina y aguamanil. Una mancha oscurecía las tablas del suelo de madera de abeto sin pulir. Otra mancha, ésta de sangre, se extendía por debajo del lecho y casi cubría todo el suelo.

No le sorprendió que fuese tan grande. El general ya le había explicado lo que el asesino le había hecho a la mujer.

La mitad del agua que contenía la jofaina era sangre, que también empapaba el trapo que colgaba a un lado. El asesino se había limpiado la sangre antes de irse. O bien era un tipo escrupuloso o no quería pasar por delante de Silas Latherton goteando sangre. Probablemente era esto último.

Richard abrió el arcón de pino. Contenía solamente ropa perfectamente apilada. Bajó la tapa y apoyó una mano en la jamba de la puerta.

—¿Nadie oyó nada? —preguntó. Silas negó con la cabeza—. Una mujer es mutilada de ese modo, le cortan los pechos y le asestan cientos de puñaladas, ¿y nadie oye nada?

Richard se dio cuenta de que su voz era hostil debido al cansancio. Seguramente su estado de ánimo tampoco ayudaba.

Silas tragó saliva.

—La habían amordazado, lord Rahl. Y también le ataron las manos.

—Supongo que pataleó —conjeturó Richard—. ¿Nadie oyó sus patadas? Si alguien me estuviera rajando con un cuchillo, estuviera amordazado y tuviera las manos atadas, al menos habría volcado el pajecillo de una patada. Tuvo que patalear para tratar de llamar la atención de alguien.

—Si lo hizo, yo no la oí. Y tampoco las otras mujeres. Al menos, no dijeron nada, y creo que de haber oído algo como lo que sugerís, me habrían avisado. Cuando hay problemas me avisan. Es la costumbre. Saben que no soy cobarde cuando se trata de protegerlas.

Richard se frotó los ojos. La profecía no le daba respiro. Tenía dolor de cabeza.

—Trae a las demás mujeres. Quiero hablar con ellas.

—Todas se marcharon después de... —Silas hizo un gesto vago—. Todas menos Bridget.

Corrió por el pasillo y llamó a la última puerta. Después de hablar con alguien en voz baja, una mujer con el pelo rojo alborotado asomó la cabeza, se metió en la habitación y luego salió, cubriéndose con un salto de cama color crema. Mientras seguía a Silas por el pasillo se ató el cinturón.

Allí, en el corazón mismo de un burdel apestoso, Richard notaba cómo el enfado contra sí mismo crecía por momentos. Aunque intentaba ser objetivo había empezado a ilusionarse por tener un hermano. Drefan le gustaba; era un sanador. ¿Qué podría haber más noble que eso?

Silas y la mujer hicieron una reverencia. Ambos tenían el mismo aspecto que Richard: sucios, cansados y trastornados.

—¿Oíste algo? —Bridget sacudió la cabeza. Tenía una mirada atribulada—. ¿Conocías a la mujer que ha muerto?

—Rose. Sólo la vi una vez, durante pocos minutos. Llegó ayer mismo.

—¿Tienes idea de quién la mató?

Silas y Bridget intercambiaron una mirada.

—Sabemos quién lo hizo, lord Rahl —repuso Silas en tono de furia contenida—. Harry el Gordo.

—¿Harry el Gordo? ¿Quién es? ¿Dónde podemos encontrarlo?

Por primera vez el rostro de Silas Latherton se contrajo de rabia.

—No debería haberle permitido entrar. A las mujeres no les gustaba.

—Todas las chicas nos negamos a recibirlo de nuevo —dijo Bridget—. Bebe y, cuando bebe, se pone violento. No tenemos por qué soportar a alguien así, no ahora que el ejército... —Una mirada rápida

al general y enmudeció. Decidió cambiar de táctica—. Actualmente no nos faltan los clientes. No tenemos necesidad de aguantar a borrachos como Harry el Gordo.

—Todas las mujeres me dijeron que no querían ver a Harry ni en pintura —explicó Silas—. Anoche, cuando vino, sabía que todas dirían que no. Pero Harry insistió mucho y parecía bastante sobrio, por lo que pregunté a Rose si quería recibirlo. Rose era nueva y...

—Y no sabía que corría peligro —apostilló Richard.

—No se trataba de eso —se defendió Silas—. Harry no parecía borracho. No obstante, sabía que ninguna de las otras querría recibirlo, ni borracho ni sobrio, y por eso le pregunté a Rose si le interesaba. Ella me respondió que no le iría nada mal el dinero. Harry fue su último cliente. La encontramos poco después.

—¿Dónde podemos encontrar a ese Harry?

Silas entrecerró los ojos.

—En el inframundo, donde debe estar.

—¿Lo has matado tú?

—Nadie vio quién le rebanó su gordo pescuezo. No sé nada.

Richard echó una rápida mirada al largo cuchillo que Silas llevaba metido tras el cinturón. No lo culpaba. Si hubiesen capturado ellos a Harry, habría recibido el mismo castigo por su crimen. Aunque primero habría ido a juicio y tal vez habría confesado, de ese modo habrían sabido con seguridad que había sido él.

Ésa era la función de las Confesoras: asegurarse de que el condenado era culpable. Una vez que tocaban al reo con su magia, éste confesaba todos sus crímenes. Sin embargo, prefería que Kahlan no hubiese tenido que escuchar lo que le había hecho a esa mujer, a Rose, y mucho menos por boca de la bestia que lo había hecho.

La mera idea de que Kahlan tuviera que tocar a alguien como ese Harry, a alguien capaz de asesinar a una mujer de un modo tan brutal, le revolvía el estómago. Mucho se temía que hubiese sido capaz de matar a Harry con sus propias manos para impedir que Kahlan tuviese nada que ver con alguien de su calaña.

Sabía que había tocado a otros hombres que no eran mucho mejores, pero no quería que tuviese que hacerlo de nuevo. Era evidente que escuchar las confesiones detalladas de crímenes tan perversos tenía que afectarla profundamente. No se atrevía a imaginar qué terribles recuerdos debían de acosarla y producirle pesadillas.

Richard apartó esos pensamientos de la mente y miró a Bridget.

—¿Por qué te has quedado si todas las demás han huido?

La mujer se encogió de hombros.

—Algunas tienen hijos y temían por ellos. No las culpo por tener miedo, aunque aquí siempre hemos estado seguras. Silas siempre se ha portado bien conmigo. En otros sitios me pegaban, pero él no. No fue culpa de Silas que un perturbado la matara. Cuando decíamos que no queríamos volver a recibir a un hombre, Silas siempre respetaba nuestros deseos.

Richard notó que el abdomen se le ponía tenso.

—¿Recibíais a Drefan?

—Pues claro. Todas las chicas lo recibíamos.

—Todas las chicas —repitió Richard. Tenía que hacer un esfuerzo para contener la ira.

—Pues sí. Todas menos Rose. Ella no tuvo oportunidad, porque...

—Así que ¿Drefan no tenía ninguna favorita? —Richard había confiado en que Drefan solamente visitara a una prostituta que le gustara y esperaba que estuviera sana.

Bridget frunció el entrecejo.

—¿Cómo va a tener una favorita un sanador?

—Bueno, me refería a si prefería a alguna o si simplemente tomaba a la que estaba disponible.

La mujer se metió un dedo en la maraña de pelo rojo y se rascó la cabeza.

—Me parece que os habéis hecho una idea equivocada de Drefan, lord Rahl. Él nunca nos tocó... de esa forma. Sólo venía aquí para hacer su trabajo.

—¿Venía a curar?

—Eso es —contestó Bridget, y Silas asintió para confirmarlo—. La mitad de las chicas tienen una cosa u otra: sarpullidos, heridas y cosas de ésas. Casi ningún herbolario ni curandero accede a ayudar a mujeres como nosotras, así que nos vemos obligadas a vivir con nuestros males.

»Drefan nos dijo que teníamos que lavarnos, nos dio hierbas medicinales y ungüentos para las heridas. Estuvo aquí dos veces, ya muy tarde por la noche, cuando habíamos acabado, para no interferir en el trabajo que nos da de comer. También visitó a los hijos de las chicas. Drefan fue especialmente amable con ellos. Uno tenía una tos muy fea y después de tomarse lo que él le dio mejoró mucho.

»Esta mañana temprano volvió. Después de ver a una de las chicas, fue a la habitación de Rose para visitarla. Entonces la encontró. Salió de la habitación corriendo, gritando y vomitando. —Bridget señaló el suelo, a los pies de Richard—. Todas salimos en seguida al pasillo y nos lo encontramos de rodillas, echando hasta la primera papilla allí mismo.

—Así pues, nunca vino para..., y nunca...

Bridget se rió de buena gana.

—Yo se lo ofrecí, gratis, por haberme ayudado y dado los remedios. Pero él respondió que no había venido para eso, que sólo quería ayudar, que era un sanador.

»Se lo puse en bandeja de plata y soy muy persuasiva —prosiguió, guiñando un ojo—, pero él dijo que no. Tiene una sonrisa verdaderamente preciosa. Exactamente como la vuestra, lord Rahl.

—Adelante —dijo una voz cuando Richard llamó a la puerta.

Drefan estaba arrodillado delante de un despliegue de velas dispuestas encima de la mesa pegada a la pared, exactamente igual que la vez anterior. Tenía la cabeza inclinada y las manos juntas en gesto de oración.

—Espero no interrumpir —se disculpó Richard.

Drefan lo miró por encima del hombro y se levantó. En sus ojos, Richard veía a Rahl el Oscuro. Drefan tenía los mismos ojos azules del padre, con la misma mirada indefinible y perturbadora. Richard no podía evitar que le pusiera nervioso. A veces, tenía la impresión de que Rahl el Oscuro en persona lo miraba.

Seguramente, la gente que había vivido aterrorizada por Rahl el Oscuro también se asustaba cuando lo miraban a los ojos.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Rezar a los buenos espíritus para que velen por el alma de alguien.

—¿De quién?

Drefan suspiró. Parecía cansado y compungido.

—Del alma de una mujer que no importaba a nadie.

—¿Una mujer llamada Rose?

—Así es. ¿Cómo es que la conoces? —Con un ademán desechó su propia pregunta—. Discúlpame... Me ha salido sin pensar. Eres lord Rahl y supongo que te informan de esos sucesos.

—Sí, bueno, me entero de las cosas. —Richard distinguió algo nuevo en la habitación—. Veo que has decidido animar un poco la decoración de este lugar.

Drefan vio lo que Richard estaba mirando, se dirigió a la silla situada junto al lecho y regresó con un cojín pequeño. Acarició con ternura la rosa bordada en él.

—Era suyo. Nadie sabía de dónde vino, así que Silas, el hombre que dirige el establecimiento, insistió en que me lo quedara a cambio de la ayuda sin importancia que ofrezco a sus chicas. No quise aceptar su dinero. Si les sobrara el dinero, no se dedicarían a eso.

Richard no era ningún experto, pero le pareció que la rosa había sido bordada con esmero.

—¿Crees que lo hizo ella?

Drefan se encogió de hombros.

—Silas lo ignoraba. Tal vez sí. O tal vez lo vio en alguna parte y lo compró porque tenía la rosa, como su nombre.

Frotó suavemente la rosa con un pulgar, observándola con fijeza.

—¿Drefan, por qué vas a sitios como... como ése? Mucha gente necesita un sanador. Tenemos soldados que resultaron heridos en el pozo. No te falta trabajo. ¿Por qué vas a los burdeles?

Drefan pasó un dedo a lo largo del tallo bordado con hilo verde.

—Ya me ocupo de los soldados. Voy a los burdeles en mi tiempo libre, cuando los que me necesitan aún duermen.

—Pero ¿para qué vas allí? No lo entiendo.

Los ojos de Drefan se llenaron de lágrimas mientras clavaba la vista en la rosa del cojín.

—Mi madre era una prostituta —susurró—. Soy el hijo de una prostituta. Algunas de esas mujeres tienen hijos. Yo podría ser cualquiera de ellos.

»Al igual que Rose, mi madre se llevó a la cama al hombre equivocado. Nadie conocía a Rose. Nadie sabía quién era ni de dónde venía. Yo ni siquiera sé cómo se llamaba mi madre; se negó a decir su nombre a los sanadores con los que me dejó. Sólo sé que era una prostituta.

—Drefan, lo siento. Ha sido una pregunta muy estúpida.

—No, ha sido perfectamente lógica. Nadie se preocupa por esas mujeres, me refiero a que no les importan como personas a nadie. Los hombres que acuden a ellas les dan palizas, cogen enfermedades terribles y la gente las menosprecia.

»Los herbolarios no las quieren ver en sus tiendas, pues les dan mala reputación y ahuyentan a la clientela decente. Ni siquiera yo sé cómo curar la mayoría de los males que las aquejan. Sufren una muerte triste y muy lenta. Y todo por dinero. Algunas son borrachas, y los hombres las prostituyen y les pagan con bebida. Están siempre borrachas y no se dan cuenta de nada.

»Otras creen que encontrarán a un tipo rico que las convertirá en su querida. Creen que se ganarán su favor complaciéndolo. Como mi madre. En vez de eso, tienen hijos bastardos, como yo.

Richard se estremecía en su interior. Había llegado a creer que Drefan no era más que un oportunista sin sentimientos.

—Bueno, si eso te hace sentir mejor, yo también soy un hijo bastardo.

Drefan lo miró y sonrió.

—Sí, supongo que sí. Pero al menos tu madre te quería. La mía no. Ni siquiera me dejó su nombre.

—No digas eso, Drefan. Tu madre te quería. Te llevó a lugar seguro, ¿no?

—Sí. Y me abandonó allí, con desconocidos.

—Te dejó porque tenía que hacerlo, pensando en tu seguridad. ¿Te imaginas cuánto debió de sufrir por ello? ¿No ves que le debió de romper el corazón dejarte allí, con desconocidos? Tuvo que quererte mucho para ser capaz de hacer eso por ti.

Drefan sonrió.

—Sabias palabras, hermano. Con una mente como la tuya, un día de éstos te harás un hombre de provecho.

—A veces tenemos que hacer actos desesperados para salvar a nuestras personas queridas —replicó Richard, devolviéndole la sonrisa—. Tengo un abuelo que siente una profunda admiración por los actos desesperados. Creo que el ejemplo de tu madre me está ayudando a entenderlo.

—¿Abuelo?

—El padre de mi madre. —Richard acarició sin darse cuenta la palabra «verdad» grabada en dorado en la empuñadura de su espada—. Uno de los hombres más grandes que he tenido el honor de conocer. Mi madre murió cuando yo era todavía un niño, y mi padre, es decir el hombre que yo creía que era mi padre, debía partir a menudo de viaje; era comerciante. Podría decirse que Zedd me crió. Sin duda, Zedd ha sido quien más ha influido en mi vida.

Zedd poseía el don. Richard lo había heredado no sólo de Rahl el Oscuro, sino también de Zedd; o sea, tanto del lado paterno como del lado materno. De dos linajes. Richard se consolaba pensando que por sus venas corría el don de un buen hombre y no sólo el de Rahl el Oscuro.

—¿Aún vive?

Richard rehuyó los azules ojos de Drefan, que tanto le recordaban a Rahl el Oscuro.

—Yo creo que sí. Soy el único que lo cree. A veces pienso que si dejo de creerlo, entonces estará muerto.

Drefan posó una mano sobre el hombro de su hermano.

—En ese caso, sigue creyendo; tal vez tengas razón. Eres afortunado por tener una familia. Lo sé porque yo no la tengo.

—Ahora sí, Drefan. Tienes un hermano, como mínimo, y muy pronto tendrás una cuñada.

—Gracias, Richard. Significa mucho para mí.

—¿Qué me dices de ti? Tengo entendido que la mitad de las mujeres de palacio te persiguen. ¿Te gusta alguna?

Drefan esbozó una sonrisa distante.

—Sólo son muchachas. Muchachas que creen saber lo que quieren y que se dejan impresionar por cosas estúpidas que no deberían importarles. He visto que también a ti te ponen ojos tiernos. Algunas personas se sienten irresistiblemente atraídas por el poder, como mi madre.

—¿Que me miran a mí? Son imaginaciones tuyas.

—Kahlan es muy hermosa —dijo Drefan muy serio—. Eres afortunado por tener a una mujer de carácter tan noble y mente profunda. Una mujer como ésa sólo se encuentra una vez en la vida y solamente si los buenos espíritus son muy favorables.

—Lo sé. Soy el hombre más afortunado de la tierra. —Richard se quedó en silencio, pensando en la profecía y en lo que había leído en el diario de Kolo—. Mi vida no tendría ningún sentido sin ella.

Drefan se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—Si no fueses mi hermano, y muy buen hermano, por cierto, te la robaría y me la quedaría para mí. Pensándolo bien, te aconsejo que vigiles; es posible que decida quedármela, después de todo.

—Tranquilo. Me mantendré alerta —repuso Richard, siguiéndole la broma.

—Será mejor que la trates bien —le advirtió Drefan, apuntándolo con un dedo.

—No sabría tratarla de otro modo. —Cambió de tema. Con un amplio gesto de la mano señaló la pequeña y espartana habitación—. ¿Por qué sigues aquí? Podemos proporcionarte alojamientos mejores.

Drefan recorrió el dormitorio con la vista.

—Comparado con el lugar donde duermo habitualmente, esta habitación es digna de un rey. Nosotros vivimos muy sencillamente. Para mí, esta alcoba es casi demasiado ostentosa. Lo importante no es dónde vives. Eso no da la felicidad. Lo importante es el tipo de mente que posees y qué haces por el prójimo, qué puedes hacer para ayudar a otros a los que nadie ayuda.

Richard se ajustó los brazales. Los acolchados de piel le daban mucho calor.

—Tienes toda la razón, Drefan.

Sin darse cuenta se había acostumbrado a su nuevo entorno. Desde que partió de su hogar había visto espléndidos palacios. Su hogar, en el valle del Corzo, no era tan bonito como esa sencilla alcoba y, allí, se había sentido feliz. Era feliz siendo un simple guía de bosque.

Pero, como Drefan decía, tenía que ayudar a los que nadie ayudaba. No podía dejar de ser lord Rahl. Kahlan era el equilibrio. Todo lo que debía hacer era hallar el Templo de los Vientos antes de perderlo todo.

Al menos tenía una mujer a la que amaba mucho más de lo que jamás habría imaginado y también tenía un hermano.

—¿Drefan, conoces el significado de «raug'moss»?

—Me enseñaron que es d'haraniano culto antiguo y que significa «viento divino».

—¿Sabes d'haraniano culto?

Drefan se retiró un mechón de pelo rubio que le molestaba en la cara.

—No. Sólo conozco esa palabra.

—Me han dicho que eres su líder. Te han ido muy bien las cosas si te has convertido en el líder de una comunidad de sanadores.

—Es la única vida que conozco. Ser el sumo sacerdote sólo significa que tienen alguien a quien echar la culpa cuando las cosas salen mal. Si alguien a quien intentamos ayudar no mejora, los sanadores me señalan a mí y dicen: «Él es nuestro líder. Habla con él». Ser el sumo sacerdote significa que debo leer los informes y los registros, y tratar de hacer comprender a los angustiados familiares que nosotros sólo somos sanadores y que no podemos revocar la llamada del Custodio. Parece más impresionante de lo que en realidad es.

—Seguro que exageras. Me siento orgulloso de ti. ¿Quiénes son los raug'moss? ¿De dónde vienen?

—Según la leyenda, la comunidad de raug'moss fue fundada hace miles de años por magos con el don para curar. El don comenzó a extinguirse en la raza humana, y los magos, especialmente los dotados para curar, eran cada vez menos numerosos.

Drefan le contó a Richard cómo la comunidad de los raug'moss comenzó a cambiar cuando los magos empezaron a desaparecer. Inquietos por la posibilidad de que su saber muriera con ellos, los magos sanadores decidieron aceptar a aprendices sin el don. Con el tiempo, cada vez fueron quedando menos magos que supervisaban el trabajo, hasta que mucho tiempo atrás el último de los magos también murió.

A Richard le parecía muy similar a lo que contaba el diario de Kolo sobre lo distinto que era el Alcázar en tiempos remotos, cuando lo habitaban multitud de magos y sus familias.

—Ahora ninguno de nosotros poseemos magia. Los raug'moss aprendieron muchos de los secretos de la salud y del arte de curar, pero nuestro talento no puede compararse, ni por asomo, con el de los magos de antaño; nosotros no tenemos magia que nos ayude. Hacemos lo que podemos con los conocimientos que nos transmitieron los magos sanadores, pero estamos muy limitados. Es una vida sencilla y también dura, pero tiene recompensas que las pertenencias y los bienes no pueden dar.

—Lo entiendo. Supongo que no hay sensación mejor en el mundo que saber que ayudas a los demás.

Drefan lo miró con expresión curiosa.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu don? ¿Para qué tienes talento?

Richard apartó la mirada de los ojos de Drefan, y su mano apretó con fuerza la empuñadura de la espada.

—Nací mago guerrero —suspiró—. Me llaman *fuer grissa ost drauka*, que en d'haraniano culto significa «el portador de la muerte».

Se hizo el silencio, roto por Richard al aclararse la garganta.

—Al principio me afectó bastante, pero con el tiempo he entendido que ser un mago guerrero significa que nací para ayudar a los demás protegiéndolos de quienes pretenden esclavizarlos. De personas como nuestro infame padre, Rahl el Oscuro.

—Comprendo —dijo Drefan para romper el incómodo silencio—. A veces, el mejor uso que podemos dar a nuestra habilidad es matar, por ejemplo, para poner fin a una vida sin más esperanza que el dolor o terminar con la vida de alguien que causaría infinito dolor a otros.

Richard frotó con un dedo los símbolos grabados en los brazales de plata que llevaba alrededor de las muñecas.

—Sí. Ahora puedo entender lo que quieres decir. Antes creo que no lo entendía. Ambos debemos hacer cosas que no nos gustan, pero que son necesarias.

—Muy pocas personas entienden eso, aparte de mis sanadores —dijo Drefan con una leve sonrisa—. Me alegro de que tú lo entiendas. A veces, matar es un acto de caridad suprema. Aunque no es una verdad que proclame a los cuatro vientos. Me alegro mucho de que mi hermano sea capaz de entenderlo.

—Lo mismo digo, Drefan.

Antes de que pudiera añadir algo más, los interrumpió una llamada a la puerta. Raina asomó la cabeza. La larga trenza oscura le cayó hacia adelante por encima del hombro.

—Lord Rahl, ¿tenéis un segundo?

—¿Qué pasa, Raina?

La mord-sith puso los ojos en blanco, indicando así que había alguien detrás de ella.

—Nadine desea veros. Parece muy alterada por algo, pero dice que sólo hablará con vos.

Obedeciendo a un gesto de Richard, Raina abrió la puerta un poco más y Nadine entró empujándola, ajena totalmente a la hosca expresión de la mord-sith.

—Richard, tienes que venir conmigo. —Nadine le cogió una mano entre las suyas—. Por favor. Richard, ven conmigo. Te lo ruego. Hay alguien que necesita desesperadamente verte.

—¿Quién?

Nadine, con expresión de sincera tribulación, tiraba de él.

—Por favor, Richard.

Richard seguía sin fiarse.

—¿Te importa si Drefan nos acompaña?

—Claro que no. Iba a pedirte que viniera.

—En ese caso, vamos, si es tan importante.

Nadine le apretó la mano con fuerza y se lo llevó a rastras.

28

Richard vislumbró a Kahlan en el pasillo, caminando hacia él. Al ver a Nadine llevándolo de la mano, frunció el entrecejo. Drefan, Raina, Ulic y Egan los seguían, desfilando por delante del personal de palacio, ocupado en sus tareas, y soldados que patrullaban. Richard dirigió a Kahlan un encogimiento de hombros.

Antes de girar para dirigirse a su propia habitación, Nadine lanzó una fulminante mirada a Kahlan. Richard se preguntó de qué iba todo eso e, irritado, se desasió de Nadine, aunque continuó caminando. Nadine eludió una mesa de madera de nogal pegada a la pared, por encima de la cual colgaba un antiguo tapiz que representaba en primer plano a un rebaño de ciervos de rabo blanco que pastaban y, al fondo, montañas coronadas de nieve. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Richard la seguía.

Kahlan y Cara los alcanzaron. Kahlan se puso a caminar al lado de Richard.

—Bueno, bueno —comentó Cara desde atrás, acariciándose la espesa trenza—, qué interesante, ¿no?

Richard le lanzó una mirada torva. Nadine se volvió y le agarró de nuevo la mano con gesto de impaciencia.

—Lo prometiste. Vamos.

—No te prometí nada. Sólo dije que iría contigo —objetó Richard—. Pero no dije nada de correr.

—¿El alto y fuerte lord Rahl no es capaz de seguir mi paso? —se burló Nadine—. El guía de bosque que yo recuerdo podía caminar mucho más rápido que tú ahora aunque se estuviera cayendo de sueño.

—Me estoy cayendo de sueño —murmuró.

—Los guardias me dijeron que habías regresado y te habías dirigido a la habitación de Drefan —le susurró Kahlan—. Iba a reunirme contigo. ¿Qué le pasa a Nadine?

Kahlan hablaba en tono irritado. Richard reparó en la rápida mirada que lanzaba a la mano de Nadine enlazada con la suya.

—No tengo ni la menor idea. Quiere que vea a alguien.

—¿Y es preciso que te lleve de la mano? —gruñó Kahlan, que estaba casi sin resuello.

Nuevamente Richard se desasió. Kahlan miró a hurtadillas a Drefan, que caminaba detrás de Cara y Raina, y cogió a Richard por el brazo.

—¿Cómo estás? ¿Qué has averiguado?

Richard cubrió la mano de la mujer con la suya y se la apretó.

—Todo va bien —le susurró—. No era lo que creía. Te lo explicaré más tarde.

—¿Y el asesino?, ¿ha sido ya localizado?

—Sí, alguien dio con él y lo mató para hacerle pagar su crimen. ¿Qué me dices de los representantes?, ¿asunto arreglado?

Kahlan vaciló.

—Grennidon, Togressa y Cuenca del Pendisan se han rendido. Jara es posible que lo haga, pero quieren aguardar dos semanas, a la espera de un signo de los astros. —Richard torció el gesto—. Mardovia se niega a unirse a nosotros. Prefieren ser neutrales.

—¿Qué? —exclamó Richard, deteniéndose de golpe.

Los que caminaban detrás estuvieron a punto de chocar contra él.

—Se niegan a rendirse. Reivindican su neutralidad.

—La Orden no reconoce la neutralidad. Y nosotros tampoco. ¿Acaso no se lo dijiste?

—Claro que sí —respondió Kahlan con rostro inexpresivo.

Richard no pretendía gritarle a ella. Estaba furioso con Mardovia, no con Kahlan.

—El general Reibisch está en el sur. Tal vez podríamos ordenarle que tomara Mardovia antes de que la Orden los aplaste y los convierta en carroña.

—Richard, han tenido su oportunidad. Ahora ya pueden darse por muertos. No podemos malgastar las vidas de nuestros soldados en la conquista de Mardovia sólo para evitar que la Orden los aniquile. Sería inútil y debilitaría nuestra posición.

Nadine se metió a la fuerza entre ellos y fulminó a Kahlan con la mirada.

—Tú hablaste con Jagang, ese demonio, y sabes cómo es. Si los abandonas a la Orden, toda esa gente morirá. No te importa la vida de los inocentes. No tienes corazón.

Por el rabillo del ojo, Richard percibió un destello rojo; era Cara que empuñaba el agiel en un abrir y cerrar de ojos. Inmediatamente empujó a Nadine hacia adelante.

—Kahlan tiene razón. Soy tan duro de mollera que no la he comprendido en seguida. Mardovia ha elegido su propio camino y ahora debe recorrerlo. Ahora, si quieres mostrarme algo, hazlo. Tengo cosas importantes que hacer.

Nadine soltó un resoplido, se echó la espesa melena castaña sobre la espalda y siguió caminando. Detrás de ella, Cara y Raina la miraban con gesto torvo. Esa expresión en una mord-sith casi siempre presagiaba algo funesto. Seguramente Richard acababa de salvar a Nadine. Un día le ajustaría las cuentas a Shota. Antes que Kahlan lo intentara.

—Lo siento —se disculpó con Kahlan—. Estoy agotado y me cuesta pensar con claridad.

Kahlan le apretó cariñosamente un brazo.

—Me prometiste que dormirías un poco, ¿recuerdas?

—Tan pronto como me ocupe de este asunto de Nadine, sea lo que sea.

Al llegar frente a la puerta de sus aposentos, Nadine cogió nuevamente a Richard de la mano y lo hizo entrar. Antes de que nadie pudiera objetar nada, vio al chico sentado en una silla roja. A Richard le pareció que era uno de los jugadores del partido de ja'la que había presenciado.

El cuerpo del muchacho se agitaba en sollozos. Al ver a Richard, se levantó de un salto y se quitó a toda prisa el sombrero flexible de lana que le cubría la rubia cabellera. Luego se quedó de pie, aplastando el sombrero entre las manos cerradas, temblando expectante y llorando.

Richard se agachó frente a él.

—Soy lord Rahl. Tengo entendido que necesitabas verme. ¿Cómo te llamas?

El muchacho se limpió la nariz, pero era incapaz de dejar de llorar.

—Yonick.

—Bueno, Yonick, ¿qué problema tienes?

El muchacho apenas pudo pronunciar la palabra «hermano» antes de que el llanto le impidiera continuar. Richard lo abrazó y trató de consolarlo. Yonick sollozaba incontroladamente, aferrándose a Richard. Su sufrimiento partía el corazón.

—¿Puedes decirme qué te ocurre, Yonick?

—Por favor, Padre Rahl, mi hermano está enfermo. Muy enfermo.

Richard lo ayudó a ponerse en pie.

—¿De veras? ¿Qué tiene?

—No lo sé —contestó Yonick entre sollozos—. Le compramos hierbas medicinales. Lo hemos intentado todo. Está muy enfermo. Desde la última vez que vine a veros ha empeorado.

—¿Viniste a verme antes?

—Sí —se le adelantó Nadine—. Vino hace unos días, suplicando que lo ayudaras. Pero ella —añadió, señalando a Kahlan con un dedo—, lo echó.

Kahlan se sonrojó hasta la raíz del pelo. Abrió la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

—A ella sólo le importan sus ejércitos, luchar en batallas y hacer daño a la gente. No le importa un pobre niño que está enfermo. Tan sólo se preocuparía si se tratara de un diplomático importante ataviado con elegantes ropajes. No tiene ni idea de lo que es ser pobre y estar enfermo.

Una mirada de Richard bastó para detener el avance de Cara. Pero Nadine no se salvó de la ira de él.

—Ya basta.

Drefan posó una mano en el hombro de Kahlan.

—Estoy seguro de que tuviste una buena razón. No sabías que su hermano estuviera tan grave. Nadie te culpa.

—Yonick —dijo Richard—, éste es Drefan, mi hermano, un sanador. Llévanos junto a tu hermano y trataremos de ayudarlo.

—Yo tengo hierbas medicinales —añadió Nadine—. Ayudaré a tu hermano, Yonick. Todos haremos lo que esté en nuestra mano. Te lo prometo.

Yonick se enjuagó las lágrimas.

—Por favor, daos prisa. Kip está muy mal.

Kahlan parecía a punto de llorar. Richard la consoló tocándola cariñosamente en la espalda. Notó que temblaba. Temía que el niño estuviera muy grave y deseaba evitar que Kahlan pasara por ese trago. Temía que se culpara a sí misma.

—¿Por qué no esperas aquí mientras nosotros nos ocupamos de esto?

Los húmedos ojos verdes de Kahlan relampaguearon.

—Yo también voy —declaró apretando los dientes.

Finalmente, Richard decidió dejar de esforzarse por recordar el camino que seguían por el laberinto de estrechas calles y serpenteantes callejones y se limitó a fijarse en la posición del sol para orientarse. Yonick los guiaba por un dédalo de edificios y patios tapiados, con ropa tendida.

Las gallinas se apartaban de su camino batiendo las alas y cacareando. En algunos de los diminutos patios tapiados se criaban un puñado de cabras u ovejas, o uno o dos cerdos. Los animales parecían fuera de lugar en medio de los edificios pegados unos a otros.

La gente se comunicaba hablando de una ventana a otra. Algunas personas se inclinaban para echar un vistazo a la procesión guiada por un muchacho. Estaban armando un buen revuelo. Richard era consciente de que la gente se asombraba de ver a lord Rahl, vestido con su atavío negro de mago guerrero y una capa dorada que revoloteaba a su espalda, y a la Madre Confesora en su prístino vestido blanco, y no tanto a los soldados y a las dos mord-sith. Los soldados abundaban y seguramente los habitantes de Aydindril no tenían ni idea de quiénes eran las dos mujeres vestidas de cuero marrón.

En las calles y los callejones, la gente apartaba las carretillas cargadas de vegetales, madera o bienes para la casa, para dejarlos pasar. Otros se pegaban a los muros y los contemplaban como si se tratara de un pequeño desfile improvisado que atravesara su barrio.

En los cruces, los soldados de las patrullas aclamaban a lord Rahl y le daban las gracias por haberlos curado.

Richard caminaba cogiendo a Kahlan de la mano. La Confesora no había dicho ni media palabra desde que salieron del palacio. Richard había indicado a Nadine que caminara detrás, entre las dos mord-sith. Ojalá que no abriera la boca para nada.

—Es ahí —señaló Yonick.

Lo siguieron cuando abandonó la calle principal para internarse en un estrecho callejón entre paredes de piedra de los edificios, que a partir del primer piso eran de madera. Las gotas de agua que se desprendían de la nieve al fundirse caían en el barro que se acumulaba en el callejón y salpicaba la parte inferior de los muros de piedra. Con una mano, Kahlan se cogía a Richard y con la otra se levantaba el borde del vestido, mientras lo seguía por las tablas colocadas encima del barro.

Yonick se detuvo delante de la puerta de un pequeño cobertizo de techo bajo. Los ocupantes de las casas contiguas espiaban por las ventanas. Cuando Richard llegó junto a él, el niño abrió la puerta y subió corriendo la escalera, llamando a su madre a gritos.

En lo alto de la escalera chirrió una puerta. Una mujer vestida con un vestido marrón y un delantal blanco contempló al muchacho que subía corriendo.

—¡Mamá, es lord Rahl! ¡He traído a lord Rahl!

—Alabados sean los buenos espíritus.

La mujer, que parecía agotada, apretó con una mano a su hijo, que le echó los brazos alrededor de la cintura. Levantó la otra mano hacia una puerta situada al fondo de la pequeña estancia que se usaba como cocina, comedor y sala de estar.

—Gracias por venir, lord Rahl —balbució, pero antes de poder acabar la frase rompió a llorar.

Yonick corrió hacia la puerta del fondo.

—Por aquí, lord Rahl.

Richard apretó un brazo a la mujer para tranquilizarla antes de seguir a Yonick. Kahlan aún lo tenía cogido de la otra mano. Nadine y Drefan les pisaban los talones, seguidos por Cara y Raina. Yonick se quedó plantado en el umbral del dormitorio mientras todos entraban.

Una única vela colocada encima de una mesita se esforzaba por disipar el manto de oscuridad. Junto a la candela velaban una jofaina con agua jabonosa y trapos. El resto de la alcoba, ocupada casi por completo por tres camastros, parecía esperar que la candela flaqueara y la noche se apoderara de la estancia.

En el camastro más alejado de la puerta yacía una figura menuda. Richard, Kahlan, Nadine y Drefan se apiñaron en torno a ella. Yonick y su madre, cuyas siluetas se recortaban en la luz que entraba de la cocina, se quedaron en el borde del cerco de oscuridad, mirando.

La alcoba hedía como a carne en descomposición.

Mientras se retiraba la capucha de la capa de lino, Drefan dio instrucciones.

—Abrid las contraventanas para que pueda ver.

Cara las abrió y las plegó contra la pared. La luz que inundó la diminuta alcoba iluminó a un niño rubio tapado hasta el cuello con una sábana blanca y una manta. Justo por encima de la sábana se veía una terrible hinchazón a un lado del cuello. Jadeaba ruidosamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Drefan a la madre.

—Kip —respondió con un gemido.

Drefan le dio al niño una palmadita en el hombro.

—Hemos venido para ayudarte, Kip —le dijo.

—Eso es, Kip. Ya verás cómo te pones bien en seguida —apostilló Nadine, inclinándose sobre el enfermo. Pero tuvo que taparse la boca y la nariz para protegerse del hedor a putrefacción que daba náuseas a todos.

El niño no respondió. Tenía los ojos cerrados, y el pelo sudoroso se le pegaba a la frente.

Drefan retiró la ropa de cama hasta la cintura de Kip, hasta más abajo del estómago, sobre el que descansaban las manos del niño. Las puntas de los dedos se veían negras.

—Por los buenos espíritus —musitó Drefan, poniéndose tenso.

Se balanceó sobre los talones y rozó con la palma de la mano las piernas de las dos mord-sith, que se hallaban de pie tras él.

—Sacad a Richard de aquí —les susurró con apremio—. Lleváoslo ahora mismo.

Sin hacer preguntas, Cara y Raina cogieron a Richard por debajo de ambos brazos y comenzaron a tirar de él. Richard se desasió bruscamente.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber—. ¿Qué ocurre?

Drefan se secó los labios con una mano y miró por encima del hombro a la madre y a Yonick. Su mirada recorrió a todos los presentes antes de posarse finalmente en Richard.

—El niño tiene la peste —dijo en voz baja.

Richard se quedó mirándolo fijamente.

—¿Cómo podemos curarlo?

Drefan enarcó una ceja, se volvió hacia el pequeño y le levantó una manita.

—Mírale los dedos. —Las yemas estaban negras. Acabó de retirar la ropa de cama—. Fíjate en los dedos de los pies. Negros. —Finalmente abrió los pantalones del niño—. Y mírale el pene. —También la punta estaba negra.

»Es gangrena. Pudre las extremidades. Por eso se denomina también peste negra.

Richard carraspeó.

—¿Qué podemos hacer por él? —preguntó.

—Richard —contestó Drefan bajando la voz y en tono de incredulidad—, ¿has oído lo que acabo de decir? Es la peste negra. Algunas personas logran recuperarse, pero este caso está demasiado avanzado.

—Si hubiéramos llegado antes... —Nadine dejó que la acusación implícita flotara en el aire.

Kahlan se aferró con tanta fuerza al antebrazo de Richard que le hizo daño. Él la oyó ahogar un sollozo y fulminó a Nadine con la mirada. Ésta apartó la vista.

—¿Acaso tú conoces un remedio contra la peste, yerbatera? —le espetó Drefan desdeñosamente.

—Bueno, yo... —Nadine se ruborizó y enmudeció.

El niño abrió los ojos y giró la cabeza hacia los visitantes.

—Lord... Rahl —balbució dificultosamente.

Richard posó una mano encima de su hombro.

—Sí, Kip. He venido a verte. Estoy aquí.

Kip hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—Os esperaba —dijo. Su respiración era cada vez más lenta.

—¿Podéis ayudarlo? —preguntó la madre, llorosa—. ¿Se pondrá bien pronto?

Drefan se aflojó el cuello de la camisa blanca fruncida mientras se inclinaba hacia Richard.

—Trata de consolarlo; no podemos hacer más. No durará mucho. Yo voy a hablar con la madre. Es parte del trabajo de un sanador.

Con estas palabras se levantó y se llevó a Nadine con él. Kahlan se recostaba contra un hombro de Richard. Éste no se atrevía a mirarla, porque temía que fuese a derrumbarse y entonces él también se derrumbaría.

—Kip, te pondrás bien y volverás a jugar a ja'la. Mañana o pasado ya estarás curado. Me encantará asistir a otro de tus partidos. Te prometo que, tan pronto como te cures, iré.

El niño sonrió débilmente. Los párpados le pesaban. El pecho se le hundió al exhalar el último suspiro.

Richard, agachado junto al lecho, sentía cómo el corazón le martilleaba mientras esperaba que los pulmones del niño volvieran a hincharse. En vano.

Sobrevino el silencio en la alcoba, que esperaba pacientemente que la oscuridad regresara.

Richard oyó en la calle el chirrido de las ruedas de una carretilla, el lejano pero escandaloso graznido de los cuervos y también risas infantiles.

Ese niño jamás volvería a reír.

Kahlan hundió la cabeza en el hombro de Richard. Sollozaba suavemente agarrada a su manga.

Richard estiró una mano para tapar al niño. Justo entonces la mano del pequeño se alzó lentamente del estómago. Richard se quedó paralizado.

La mano avanzó resueltamente hacia la garganta de Richard. Los negros dedos se cerraron, agarrándose mortalmente a la camisa del joven.

Kahlan había dejado de llorar. Ambos sabían que el niño había muerto.

La mano de Kip lo atrajo hacia él. Los pulmones sin vida volvieron a llenarse de aire.

Richard, con el vello de la nuca de punta, acercó la oreja a los labios del niño muerto.

—Los vientos te persiguen —susurró Kip.

29

Richard observaba, aturdido, cómo Drefan amortajaba al niño muerto. Solamente Richard y Kahlan habían presenciado lo ocurrido, sólo ellos habían oído lo que el niño había dicho cuando ya estaba muerto. A su espalda, en la otra habitación, la madre lloraba y gemía con desconsuelo.

—Richard —le dijo Drefan. Como no obtenía respuesta, le tocó un brazo—. Richard.

Richard se sobresaltó.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quieres hacer?

—¿Hacer? ¿A qué te refieres?

Drefan echó un vistazo por encima del hombro a los demás, agrupados junto a la puerta.

—¿Qué vas a decirle a la gente sobre esto? Quiero decir que ha muerto de peste. ¿Quieres mantenerlo en secreto?

Richard era incapaz de pensar.

—¿Secreto? —preguntó Kahlan—. ¿Por qué razón?

Drefan inspiró profundamente antes de contestar.

—Porque cuando se sepa que ha sido la peste puede cundir el pánico. Si la gente lo sabe, creedme, las cosas se pondrán muy feas para nosotros.

—¿Crees que habrá otros que también la tengan?

Drefan se encogió de hombros.

—Dudo que sólo haya un caso aislado. Tenemos que enterrar o incinerar el cuerpo enseguida y quemar las sábanas y mantas, la cama y cualquier otra cosa que haya tocado el enfermo. Luego debemos purificar esta habitación con humo.

—¿No se preguntará la gente por qué? —preguntó Richard—. ¿No adivinarán la razón?

—Probablemente.

—En ese caso, ¿cómo podríamos mantenerlo en secreto?

—Tú eres lord Rahl y tu palabra es ley. Suprime cualquier noticia, arresta a la familia, acúsalos a todos de un crimen y luego retenlos hasta que todo esto haya pasado. Ordena a los soldados que retiren todas sus pertenencias para quemarlas y que clausuren esta casa.

Richard cerró los ojos y se apretó los párpados con las yemas de los dedos. Él era el Buscador de la Verdad, no un censor de ella.

—No podemos hacer eso a una familia que acaba de perder a un hijo. No lo haré. Además, ¿no sería mejor avisar a la gente? ¿Acaso no tienen derecho a saber el peligro que corren?

—Sí. Si la decisión estuviera en mis manos, yo querría que la gente lo supiera. He visto antes la peste, en comunidades pequeñas. Algunos dirigentes han tratado de ocultarlo para prevenir el pánico, pero a medida que aumentaba el número de muertos no pudieron seguir manteniéndolo en secreto.

Richard se sentía como si acabara de caerle el cielo sobre la cabeza. Por mucho que se esforzara por pensar, en su mente no dejaban de resonar las palabras del niño muerto: «Los vientos te persiguen».

—Si mentimos a la gente, ya no creerán nada de lo que les digamos. Tenemos que decir la verdad. Tienen derecho a saberlo.

—Estoy de acuerdo con Richard —convino Kahlan—. No podemos engañarlos, especialmente sobre algo que amenaza sus vidas.

Drefan asintió moviendo la cabeza.

—Al menos tenemos suerte con la época del año —comentó—. La peste es mucho peor con el calor del verano. Si estuviésemos en verano, se nos podría escapar de las manos. Pero en primavera el tiempo es más fresco y creo que podremos controlarla. Con suerte, el brote será débil y pasará pronto.

—Suerte —masculló Richard—. La suerte es para los soñadores; yo sólo tengo pesadillas. Tenemos que prevenir a la población.

Los ojos azules de Drefan se posaron sobre ambos alternativamente.

—Lo entiendo y me parece un razonamiento acertado. El problema es que no hay mucho que podamos hacer aparte de enterrar a los muertos rápidamente y quemar sus pertenencias. Existen remedios, pero me temo que su eficacia es limitada.

»Tengo que advertirte: la noticia de que ha estallado la peste se propagará como un incendio.

A Richard se le puso la carne de gallina.

«Con la luna roja se desatará el incendio.»

—Queridos espíritus, salvadnos —susurró Kahlan. Estaba pensando lo mismo que él.

—Yonick —llamó Richard, levantándose de un salto. Prefirió acercarse al chico para que no viera a su hermano muerto.

—¿Sí, lord Rahl? —El muchacho frunció la frente, tratando de reprimir las lágrimas.

Richard hincó una rodilla en el suelo y posó ambas manos sobre los hombros de Yonick.

—Yonick, lo lamento mucho. Al menos tu hermano ya no sufre más. Ahora está con los buenos espíritus. Descansa en paz y espera que todos recordemos los buenos ratos que vivimos con él sin ponernos demasiado tristes. Los buenos espíritus velarán por él.

Yonick se apartó el pelo rubio del rostro.

—Pero... es que...

—No te culpes. Nadie podría haber hecho nada. Absolutamente nada. A veces, la gente enferma y nadie puede curarla. Nadie podría haber hecho nada por él. Ni siquiera si yo hubiese venido al principio de la enfermedad.

—Pero vos poseéis magia.

Richard se sintió acongojado.

—Para esto no —susurró.

Richard lo mantuvo abrazado un momento. En la otra habitación, la madre lloraba sobre el hombro de Raina. Nadine estaba envolviendo unas hierbas para la mujer y dándole instrucciones. La madre asentía contra el hombro de la mord-sith, escuchando y llorando.

—Yonick, necesito que me ayudes. Es importante que vea a los otros niños que juegan en tu equipo de ja'la. ¿Puedes llevarnos a sus casas?

—¿Por qué? —preguntó el chico, limpiándose la nariz con una manga.

—Temo que también estén enfermos. Tenemos que comprobarlo lo antes posible.

Yonick miró a su madre con inquietud. Richard hizo un gesto a Cara.

—Yonick, ¿dónde está tu padre?

—Fabrica fieltro. Trabaja calle abajo y luego tres travesías a la derecha. Trabaja hasta muy tarde cada día.

Richard se levantó.

—Cara, coge algunos soldados y ve a buscar al padre de Yonick. Ahora mismo debería estar aquí, con su esposa. Su trabajo lo harán dos soldados hoy y mañana y ayudarán en lo que puedan, para que la familia no pierda el sueldo. Dile a Raina que se quede aquí hasta que el padre de Yonick regrese a casa. No tardará mucho. Luego puede reunirse con nosotros.

A los pies de la escalera, Kahlan le cogió por el brazo, reteniéndolo, y le pidió a Drefan y a Nadine que esperaran fuera con Yonick, mientras Cara iba a buscar al padre. Luego cerró la puerta que daba al callejón, de modo que ella y Richard se quedaron solos en el oscuro hueco de la escalera.

Se secó las lágrimas con dedos temblorosos que le corrían por las mejillas, pero sus ojos verdes no dejaban de llorar.

—Richard. —Tragó saliva. Le costaba respirar—. Richard, yo no lo sabía. Estaba Marlin y la Hermana de la Oscuridad... De haber sabido que el hermano de Yonick estaba tan enfermo, yo...

Richard alzó un dedo para imponerle silencio. Pero, por el terror que leyó en los ojos de Kahlan, se dio cuenta de que había sido su ceñuda expresión la que la había silenciado.

—Calla. Las crueles mentiras de Nadine no merecen ninguna explicación. No digas nada. Te conozco y nunca creería algo así de ti. Nunca.

Kahlan cerró los ojos por el alivio y se refugió en su pecho.

—Ese pobre niño —sollozó.

—Lo sé —la consoló Richard, acariciándole la larga y espesa melena.

—Richard, ambos oímos lo que dijo cuando ya estaba muerto.

—Otro aviso de que el Templo de los Vientos ha sido profanado.

Kahlan se apartó de él y sus ojos verdes buscaron los de Richard.

—Richard, ahora tenemos que reconsiderarlo todo. Lo que me dijiste acerca del Templo de los Vientos procede sólo de una fuente y, además, no se trata de una fuente oficial. No es más que un diario que escribía un hombre para mantenerse ocupado mientras vigilaba a la sliph. Además, sólo has leído partes y está en d'haraniano culto, lo que dificulta la traducción. Tal vez el diario te ha dado una idea equivocada del Templo de los Vientos.

—Bueno, yo no diría exactamente eso...

—Estás totalmente agotado. No piensas con claridad. Ahora ya sabemos la verdad. El Templo de los Vientos no está intentando enviarnos un aviso, sino que está tratando de matarte.

Richard vaciló ante la inquietud que vio reflejada en la cara de Kahlan. En sus ojos percibió angustia además de pena. Angustia por él.

—Por cómo escribe Kolo, no da la impresión de que fuese eso. Creo más bien que la luna roja es un aviso de que el Templo de los Vientos ha sido profanado. La otra vez que la luna se tiñó de rojo...

—Kolo dice que todo el mundo estaba alborotado, pero no explica por qué, ¿no es cierto? Quizás era porque el templo trataba de matarlos. Kolo explica que el equipo que enviaron al Templo de los Vientos los traicionó a todos.

»Richard, afronta la realidad. Ese niño muerto acaba de transmitirte una amenaza del Templo de los Vientos: «Los vientos te persiguen.» Persiguen algo para matarlo. El Templo de los Vientos te persigue para matarte.

—En ese caso, ¿por qué no me ha matado a mí en lugar de a ese niño?

Kahlan no tenía respuesta.

Una vez fuera, en el callejón, los ojos azules de Drefan, tan parecidos a los de Rahl el Oscuro, los contemplaron a ambos mientras regresaban caminando sobre las tablas colocadas sobre el barro. Esos ojos daban la impresión de ser capaces de leer la mente ajena. Richard suponía que los sanadores tenían que ser observadores perspicaces del prójimo, pero ante esos ojos se sentía desnudo. Al menos, en ellos no percibía ni rastro de magia.

Nadine y Yonick esperaban en muda ansiedad. Richard susurró a Kahlan que esperara con Drefan y Yonick.

—¿Nadine, te importa acompañarme un momento? —le pidió, tomándola del brazo.

—Pues claro, Richard —respondió ella con una radiante sonrisa.

Richard la ayudó a entrar en el hueco de la escalera. Mientras Richard cerraba la puerta ella se arregló el pelo.

Después de cerrar, Richard se volvió hacia la radiante Nadine y la empujó contra la pared con tal fuerza que la dejó sin respiración.

—Richard... —protestó ella, tratando de soltarse.

Pero Richard la cogió por el cuello, volvió a pegarla contra el muro y la mantuvo allí.

—Tú y yo nunca nos casaremos —dijo con voz que destilaba la magia de la espada. La furia le recorría todo el cuerpo—. Nunca nos casaremos. Yo quiero a Kahlan y voy a casarme con ella. Con Kahlan. La única razón por la que aún sigues aquí es porque, de algún modo, estás involucrada en todo este asunto. Hasta que descubramos cómo, te quedarás aquí.

»Puedo perdonarte y te perdono por lo que me hiciste, pero si alguna vez vuelves a decir o a hacer algo tan cruel y deliberadamente hiriente contra Kahlan, te pasarás el resto de la vida en Aydindril, encerrada en el pozo. ¿Me has entendido? —gritó.

Nadine le rozó cariñosamente el antebrazo y sonrió indulgentemente, como si pensara que Richard no había entendido bien la situación y ella tuviera que abrirle los ojos.

—Richard, ya sé que ahora mismo estás alterado, todos lo estamos, pero yo sólo trataba de avisarte. No quería que siguieras ignorando lo que había pasado. Quería que supieras la verdad sobre lo que ella...

Richard la estrelló contra el muro otra vez.

—¿Me has entendido? —gritó.

Nadine lo miró a los ojos.

—Sí —dijo al fin, como si creyera que era inútil tratar de razonar con él hasta que no se hubiera calmado.

Eso puso a Richard aún más furioso. Pero tenía que contenerse para que Nadine comprendiera que no hablaba sólo impulsado por la furia, sino que lo decía muy en serio.

—Sé que en el fondo eres buena, Nadine. Sé que te preocupas por la gente. En el valle del Corzo éramos amigos y por eso estoy dispuesto a dejarlo pasar sólo con un aviso. Será mejor que me hagas caso. Estamos en una situación muy difícil y mucha gente va a necesitar ayuda. Te estoy dando la oportunidad de que intentes ayudarlos.

»No obstante, Kahlan es la mujer que amo y con quien me voy a casar. No permitiré que trates de impedirlo ni tampoco que le hagas daño. No oses siquiera pensarlo de nuevo o buscaré otra curandera que nos ayude. ¿Está claro?

—Sí, Richard. Lo que tú digas. Lo prometo. Si ella es lo que quieres en realidad, no pienso interferir, por mucho que crea que...

El joven alzó un dedo.

—Te estás acercando peligrosamente a la raya, Nadine. Si la cruzas, te juro que no habrá vuelta atrás.

—De acuerdo, Richard. —Nadine esbozó una sufrida sonrisa de comprensión y paciencia—. Lo que tú digas.

Al parecer se daba por satisfecha con haberle llamado la atención. A Richard esa actitud le recordó a un niño que se porta mal para que sus padres se fijen en él. La miró lleno de ira hasta estar seguro de que no iba a decir ni media palabra más y sólo entonces abrió la puerta.

Drefan estaba agachado, con una mano sobre el hombro de Yonick, susurrándole palabras de consuelo. Kahlan contempló cómo Nadine, que caminaba la primera, buscaba la mano de Richard para que la ayudara a mantener el equilibrio al pisar las estrechas tablas colocadas encima del barro.

—Drefan —dijo Richard cuando se reunió de nuevo con ellos—, tenemos que hablar sobre algunas cosas que dijiste allí dentro.

Drefan frotó la espalda de Yonick y se puso en pie.

—¿Qué cosas?

—Para empezar, pediste a Cara y a Raina que me sacaran de ahí. ¿Por qué razón?

Drefan miró primero a Richard y luego a Yonick. Entonces se abrió la capa y se la enganchó detrás de una de las bolsas de piel que llevaba sujetas al cinturón. Abrió la que tenía más al frente y vertió un poco de polvo sobre un pedazo de papel. A continuación cerró el papel, retorciéndolo, y se lo tendió al muchacho.

—Yonick, antes de que vayamos a ver a los otros niños, quiero que lleves esto a tu madre y le digas que lo deje en remojo dos horas en agua caliente para preparar una infusión, luego debe colarlo y asegurarse de que todos los miembros de la familia lo beben esta noche. Os dará fortaleza para mantener la salud.

Yonick miró el papel que tenía en la mano.

—Pues claro. Se lo diré a mi madre y volveré en seguida.

—No hay prisa. Te estaremos esperando.

Richard miró cómo Yonick cerraba la puerta.

—Vale —dijo—. Sé que querías que me marchara para que el niño enfermo no me contagiara la peste. Pero en realidad todos corremos peligro, ¿verdad?

—Sí, aunque no sé hasta qué punto. Tú eres lord Rahl y por eso quería que te alejaras tanto como fuese posible.

—¿Cómo se contagia la peste?

Drefan miró brevemente a Kahlan y Nadine, y luego a Ulic, Egan y a los soldados que vigilaban ambos extremos del callejón. Inspiró profundamente y respondió:

—Nadie sabe cómo la peste pasa de una persona a otra, ni siquiera si se contagia de persona a persona. Algunos creen que se trata de un castigo de los espíritus y que ellos deciden a quiénes golpean. Otros sostienen que los efluvios contaminan el aire de un lugar o una ciudad y ponen en peligro a todos. Y otros insisten en que solamente se puede coger si se respiran los vapores infecciosos que exhala una persona enferma.

»Por precaución, debo suponer que, igual que con el fuego, cuando más te acercas más peligro corres. No quería que estuvieras tan cerca del peligro, eso es todo.

Richard estaba tan cansado que se sentía enfermo. Solamente el terror lo mantenía en pie. Kahlan también se había acercado al niño.

—Así pues, ¿me estás diciendo que es posible que todos nos contagiemos sólo por estar en la misma casa que alguien que la tiene?

—Es posible.

—Pero la familia del niño no tiene la peste y vive con él. Su madre lo ha cuidado. ¿No debería haberse contagiado al menos ella?

Drefan pensó con cuidado la respuesta.

—En varias ocasiones he visto brotes aislados de peste. Una vez, cuando era joven y no era más que un aprendiz, acompañé a un anciano sanador a una ciudad llamada Encrucijada de Castaglen, afectada por la peste. Allí aprendí mucho de lo que sé sobre esa enfermedad.

»Todo comenzó con la llegada de un mercader con un carro cargado de mercancías para vender. Al parecer, cuando llegó tosía, vomitaba y se quejaba de dolores de cabeza insoportables. En otras palabras, ya tenía la peste antes de llegar a Encrucijada de Castaglen. Nunca llegamos a averiguar cómo la había contraído, pero podía ser que hubiese bebido agua infectada, que se hubiese alojado en casa de un campesino que la tenía o que los espíritus decidieran castigarlo.

»Los habitantes de la ciudad, pensando que hacían un favor a un mercader de confianza, lo alojaron en una habitación en la que murió a la mañana siguiente. Durante unas semanas nadie cayó enfermo, y

todos creyeron que el peligro había pasado de largo. No tardaron en olvidar al hombre que había muerto entre ellos.

»Había tanta confusión causada por la enfermedad y la mortandad cuando nosotros llegamos que las versiones de lo ocurrido variaban, pero al final descubrimos que el primer habitante de la ciudad enfermó de peste al menos catorce días, o según otras opiniones veinte días, después de la llegada del mercader.

Richard se pellizcó el labio inferior, sumido en sus pensamientos.

—Hace pocos días, en el partido de ja'la, Kip estaba perfectamente, lo que indica que se contagió antes de ese día.

Aunque lamentaba profundamente la muerte del niño, Richard se sentía muy aliviado porque lo que había estado pensando no era posible. Si Kip había contraído la peste mucho antes del partido de ja'la, entonces Jagang no tenía nada que ver con eso. La profecía no se refería a la peste.

Aunque, en ese caso, ¿cómo se explicaba el aviso de que los vientos lo perseguían?

—Eso también significa que la familia del niño todavía puede enfermar —dijo Drefan—. Ahora parecen estar bien, aunque es posible que ya estén infectados. Como los habitantes de Encrucijada de Castaglen.

—Entonces todos podríamos habernos contagiado por estar en la misma habitación que el niño —dedujo Nadine—. Ese terrible hedor era la enfermedad. Es posible que todos hayamos contraído la peste al respirarlo, pero no lo sabremos hasta dentro de un par de semanas.

Drefan la miró con condescendencia.

—No negaré que es posible. ¿Quieres huir, yerbatera, y pasarte las próximas dos o tres semanas preparándote para morir haciendo todo lo que siempre has deseado hacer?

—No —repuso Nadine con gesto altivo—. Soy una sanadora y pienso ayudar.

Drefan esbozó su particular sonrisa de quien está al cabo de todo.

—Perfecto. Un verdadero sanador está por encima de los malos fantasmas que persigue.

—Es posible que Nadine tenga razón —terció Richard—. Es posible que todos nos hayamos contagiado ya de la peste.

—No debemos permitir que el miedo nos domine —dijo Drefan en tono tranquilizador—. En Encrucijada de Castaglen cuidé de mucha gente que se hallaba a las puertas de la muerte, justo como Kip. Y lo mismo hacía mi maestro. No obstante, no enfermamos.

»Nunca fui capaz de determinar la pauta que seguía la epidemia. Nosotros tocábamos a los enfermos cada día y, no obstante, nos libramos. Seguramente, por estar en contacto permanente con la enfermedad, nuestro cuerpo se habituó al mal y se fortaleció contra él, haciéndonos inmunes.

»A veces, un miembro de una familia enfermaba y todos sus familiares, incluso los que se habían mantenido alejados de la habitación del enfermo, sucumbían a la peste y morían. Pero en otros hogares comprobé cómo uno o varios hijos cogían la peste y morían, pero la madre que los había cuidado sin descanso no enfermaba, ni ningún otro familiar.

Richard suspiró, frustrado.

—Drefan, eso no nos ayuda mucho. Tal vez sí, tal vez no, a veces sí y otras veces no.

—Simplemente te digo lo que vi, Richard —objetó Drefan en tono cansado—. Otras personas te asegurarán que es blanco o negro. Dentro de poco las calles se llenarán de personas que venderán curas infalibles y remedios garantizados para no contraer la peste. Charlatanes todos ellos.

»Lo que digo es que no tengo todas las respuestas. A veces, el conocimiento escapa a nuestro entendimiento limitado. Uno de los principios de un sanador es que el sabio es quien acepta los límites de sus conocimientos y de su capacidad, mientras que quien finge lo contrario causa daño.

—Por supuesto. —Richard se sentía estúpido por haber insistido en obtener respuestas que no existían—. Tienes toda la razón. Es preferible saber la verdad que poner todas nuestras esperanzas en una mentira.

Richard alzó la vista para comprobar la situación del sol, pero se habían comenzado a formar nubes que lo tapaban. Se estaba levantando un viento frío. Al menos no hacía calor, y Drefan había afirmado que la peste se propagaba más de prisa con tiempo caluroso.

—¿Hay hierbas medicinales o algo que ayude a prevenirla o que la cure? —preguntó a Drefan.

—Como medida de precaución se suele tratar con humo la casa de los enfermos. Se cree que el humo purifica el aire y elimina los efluvios. Se recomienda quemar determinadas hierbas en las habitaciones de los enfermos. Es una medida muy prudente, sin embargo yo no confiaría demasiado en ella.

»Hay otras hierbas que ayudan a combatir los síntomas de la peste, el dolor de cabeza, las náuseas y cosas por el estilo, pero no conozco ninguna que la cure. Por mucho que un enfermo las tome, seguramente muere de todos modos, pero al menos las hierbas medicinales le proporcionan un cierto alivio antes de morir.

—¿Toda la gente que contrae la peste muere? —preguntó Kahlan a Drefan—. ¿Todos los que la cogen están condenados?

Drefan trató de tranquilizarla con una sonrisa.

—No. Algunos se recuperan. Al principio son muy pocos, pero a medida que pasa el tiempo, el número aumenta. En ocasiones, si se consigue que la infección se manifieste en forma de tumefacción y se drena todo el veneno, el enfermo se recupera, pero durante el resto de su vida se queja del brutal tratamiento.

Richard vio a Yonick salir por la puerta. Enlazó la cintura de Kahlan y la atrajo hacia sí.

—Así pues, todos podemos estar ya infectados.

Drefan lo miró a los ojos antes de responder.

—Es posible, pero no lo creo.

Richard notaba cómo la cabeza le iba a estallar, no por ninguna plaga, sino por la falta de sueño y por la aprensión.

—Vayamos a ver a los otros niños. A ver qué podemos averiguar. Tenemos que conseguir más datos.

30

El primer niño al que visitaron, Mark, se encontraba perfectamente. Mark se alegró de ver a Yonick y expresó extrañeza por no haber visto ni a él ni a su hermano Kip en los últimos días. La joven madre de Mark se sintió cohibida ante los distinguidos desconocidos que habían llamado a su puerta para interesarse por la salud de su hijo. Richard sintió alivio al comprobar que Mark, pese a haber jugado a ja'la con Yonick y su hermano, no estaba enfermo.

Hasta entonces, sólo uno de los niños que había estado en el partido había enfermado. Los hechos parecían confirmar que los temores que Richard había albergado respecto a Jagang no estaban justificados, y el joven comenzaba a sentirse esperanzado.

Yonick puso al corriente a Mark, que se quedó perplejo, de la muerte de su hermano Kip. Richard indicó a la madre que si alguien de la familia enfermaba, avisaran a Drefan. Al abandonar esa casa Richard se sentía mucho mejor.

El segundo niño, Sidney, había fallecido esa mañana.

Cuando encontraron al tercero, en cama y tapado con mantas en la parte posterior de una casa de una sola habitación, todas las esperanzas de Richard se esfumaron.

Bert estaba gravemente enfermo, pero al menos no tenía las extremidades gangrenadas como Kip. Su madre les contó que su hijo sintió dolor de cabeza y que luego había vomitado. Mientras Drefan examinaba al pequeño Bert, Nadine le dio a la madre unas hierbas junto con las instrucciones.

—Échalas al fuego. Es artemisa e hinojo. Hacen humo y ayudan a alejar la enfermedad. Acerca al niño carbones calientes, añade una pizca de estas hierbas y abanica el humo hacia tu hijo para asegurarte de que lo respira. Eso ayudará a alejar la enfermedad de él.

—¿Crees que servirá de algo? —le susurró Richard cuando Nadine se reunió con él junto a la cama del niño—. Drefan no está seguro.

—A mí me enseñaron que ayuda en caso de enfermedad grave, como es la peste —respondió Nadine bajando el tono de voz—. Claro que nunca había visto a nadie con la peste, por lo que no puedo asegurarlo. Richard, es lo único que se me ocurre. Tenemos que intentarlo.

Aunque se sentía totalmente agotado y le dolía la cabeza, Richard percibió claramente la impotencia en la voz de Nadine. Ella quería ayudar y, tal como había dicho Drefan, tal vez serviría de algo.

Bajo la atenta mirada de Richard, Drefan se sacó un cuchillo del cinto. Luego indicó con un gesto a Raina y a Cara, que los habían alcanzado después de cumplir las instrucciones de Richard, que sujetaran al niño enfermo. Raina cogió con una mano el mentón de Bert y con la otra le sujetó la frente, mientras que Cara presionaba los hombros del niño contra las mantas.

Con mano firme, Drefan hundió el cuchillo en la tumefacción situada a un lado del cuello. Los gritos de Bert se le clavaron a Richard en el cerebro; era como si el cuchillo se deslizara por su garganta. La madre se retorcía las manos sin acercarse, aunque observaba sin parpadear.

Richard recordó que Drefan había dicho que si la persona vivía, se quejaba el resto de su vida del brutal tratamiento. Bert tendría motivo de queja.

—¿Qué le diste a la madre de Kip? —preguntó Kahlan a Nadine.

—Le di algunas hierbas para que ahumara la casa, lo mismo que le he dado a esta mujer. Además, le preparé una bolsita con conos de lúpulo, lavanda, milenrama y hojas de melisa para que la ponga en la almohada y la ayude a dormir. Sin embargo, dudo que pueda conciliar el sueño después de... —Desvió la mirada—. Yo no podría —susurró casi para sí.

—¿Tienes alguna hierba medicinal que creas que pueda detener la epidemia? —preguntó Richard—. ¿Alguna hierba que impida que la gente se contagie?

Nadine miró cómo Drefan limpiaba el cuello del niño de sangre y pus.

—Lo siento, Richard, pero mis conocimientos no llegan a tanto. Tal vez Drefan tenga razón; parece que sabe mucho. Es posible que no exista cura ni tampoco nada para prevenirla.

Richard se aproximó al lecho y se agachó junto a Drefan para observar cómo trabajaba.

—¿Por qué haces eso?

Drefan le echó una breve mirada mientras doblaba el trapo buscando una zona aún limpia.

—Como ya te dije antes, a veces, cuando la enfermedad produce una tumefacción y ésta se drena, el enfermo se recupera. Tengo que intentarlo.

Las dos mord-sith volvieron a sujetar al niño, obedeciendo un gesto suyo. Richard se estremeció al ver cómo el afilado cuchillo de Drefan se hundía más profundamente en el tumor, haciendo brotar más sangre y más fluido amarillento. Por suerte, Bert se desmayó.

Richard se secó el sudor de la frente. Se sentía impotente. Contaba con la espada para repeler los ataques, pero la espada no serviría de nada en esa situación. Ojalá se enfrentaran con algo contra lo que él pudiera luchar.

A su espalda, Nadine le dijo a Kahlan en voz baja aunque perfectamente audible para que Richard la oyera:

—Kahlan, lamento mucho lo que dije antes. He consagrado mi vida a ayudar a los enfermos. No puedo soportar ver a alguien que sufre. Eso fue lo que me puso furiosa, no tú. Me sentía frustrada por la pena de Yonick y te lo hice pagar a ti. No fue culpa tuya. Nadie podría haber hecho nada. Lo siento.

Richard no se volvió. Kahlan no dijo nada. Tal vez había aceptado las disculpas de Nadine con una sonrisa.

Sin saber por qué, Richard lo dudó.

Conocía a Kahlan y sabía que exigía tanto a los demás como a sí misma. No perdonaba simplemente porque alguien se lo pidiera. Primero sometía la falta a una especie de ecuación y, en ocasiones, el resultado no era la absolución.

De todos modos, la disculpa no iba dirigida a Kahlan, sino a Richard. Como una niña que hubiese recibido una regañina, Nadine exhibía su mejor comportamiento para tratar de impresionarlo con lo buena que podía ser.

A veces, pese al dolor que le había causado en el pasado, una parte de él se sentía reconfortado por saber que Nadine andaba cerca. Ella le recordaba su hogar y su infancia feliz. Era una cara familiar de una época en la que no tenía ninguna preocupación. Pero otra parte de él se preguntaba con inquietud qué quería realmente de él. A pesar de lo que Nadine creyera, no había tomado la decisión ella sola. Alguien, o algo, había precipitado sus planes. Y otra parte más de él sentía deseos de despellejarla viva.

Después de la casa de Bert, Yonick los guió por un callejón empedrado hasta un patio trasero en el que vivía la familia de Darby Anderson. El pequeño patio de barro mezclado con virutas de madera se veía abarrotado de recortes y restos, varias pilas de madera protegidas con lonas, algunas sierras viejas y herrumbrosas que debían ser accionadas por dos personas, dos bancos de talla, así como tablas deformadas, partidas o retorcidas apoyadas contra los edificios de los lados.

Darby reconoció a Richard y a Kahlan de haberlos visto en el partido de ja'la. Se quedó de piedra al verlos aparecer en su casa. Que fueran a verlos jugar a ja'la era ya todo un honor, pero que fuesen a su casa sobrepasaba lo imaginable. El niño se sacudió frenéticamente el serrín del corto pelo castaño y de sus sucias ropas de trabajo.

Yonick había explicado a Richard que toda la familia Anderson —Darby, sus dos hermanas, sus padres, los abuelos paternos y una tía— vivían encima del pequeño taller. Clive Anderson, el padre de Darby, y Erling, su abuelo, fabricaban sillas. Ambos, al oír el revuelo, se acercaron a la amplia puerta doble y se deshicieron en reverencias.

—Perdonadnos, Madre Confesora, lord Rahl —se disculpó Clive después de que Darby presentara a su padre—, no sabíamos que vendríais o habríamos hecho los preparativos oportunos. Mi mujer habría preparado té o algo. Me temo que somos gente muy humilde.

—Por favor, no os preocupéis por eso, maese Anderson —lo tranquilizó Richard—. Hemos venido para interesarnos por vuestro hijo.

Erling, el abuelo, dio un paso hacia Darby.

—¿Qué ha hecho el chico?

—No es nada de eso. Vuestro nieto es un chico fantástico. El otro día lo vimos jugar a ja'la. Uno de los niños está enfermo y, desgraciadamente, otros dos han muerto.

Darby abrió mucho los ojos.

—¿Muerto? ¿Quién?

—Kip —respondió Yonick. La voz le falló.

—Y Sidney —apostilló Richard—. Bert también está muy enfermo.

Darby se quedó horrorizado. Su abuelo quiso consolarlo poniéndole una mano encima del hombro.

—Mi hermano Drefan, aquí presente, es sanador. —Richard lo presentó alzando una mano hacia un lado—. Estamos visitando a todos los niños que jugaron en el partido de ja'la. No sabemos si Drefan podrá hacer algo, pero él desea intentarlo.

—Yo estoy bien —declaró Darby, temblándole la voz.

Erling era un hombre escuálido y estaba sin afeitar. Tenía los dientes tan torcidos que Richard se preguntó cómo conseguía masticar la comida. Erling reparó en el vestido blanco de Confesora que llevaba Kahlan y en la capa dorada de Richard, que el viento inflaba, y señaló con un gesto hacia el taller.

—¿No deseáis entrar? Hoy sopla un viento cortante. Dentro se está más caliente. Parece que esta noche tendremos nieve.

Ulic y Egan se colocaron junto a la verja de atrás, mientras los soldados pululaban por el callejón y Richard, Kahlan, Nadine y Drefan entraban en el taller. Cara y Raina los siguieron pero se quedaron de guardia cerca de la puerta.

Sillas viejas y plantillas colgaban de ganchos en la polvorienta pared. Las telarañas que cubrían todos los rincones y que en un bosque hubieran atrapado el rocío, allí sólo cogían polvo. En el banco de trabajo se veían piezas de silla listas para ser encoladas, una sierra de dientes finos, diversos cepillos de carpintero de pequeño tamaño para acabados y molduras, así como varios cinceles. Detrás del banco colgaban de la pared varias garlopas grandes y pequeñas, junto con martillos y otras herramientas.

Por el suelo se veían esparcidas sillas a medio acabar, muy bien aseguradas entre sí con cuerdas retorcidas mientras esperaban que les dieran el último toque o secándose sujetas por sargentos. Cuando los visitantes llegaron, el abuelo trabajaba con una cuchilla de dos mangos un leño de fresno partido y colocado en un caballete de talla.

Clive, un hombre joven y fornido, cedió gustosamente la palabra a su padre.

—¿Qué les pasa a los niños? —preguntó Erling a Drefan.

Drefan se aclaró la garganta y dejó que Richard contestara.

Éste estaba tan agotado que apenas podía tenerse en pie. Era como si estuviera dormido y viviera una pesadilla.

—La peste. Es un alivio comprobar que Darby está bien.

El desaliñado Erling se quedó boquiabierto.

—¡Que los buenos espíritus nos amparen! —exclamó.

Clive palideció.

—Mis hijas están enfermas —anunció. De pronto dio media vuelta y echó a correr hacia la escalera, pero se detuvo bruscamente—. Por favor, maese Drefan, ¿podríais examinarlas?

—Por supuesto. Llevadme junto a ellas.

Arriba, la madre de Darby, su abuela y su tía habían estado preparando empanadas de carne. En una olla que colgaba en el hogar hervían nabos. El vapor había empañado los cristales de las ventanas.

Las tres mujeres, alarmadas por los gritos de Clive, esperaban con los ojos muy abiertos en el centro de la habitación común en la que vivía la familia, encima del taller. Parecían sorprendidas por las visitas, pero se inclinaron en el mismo instante en que repararon en el vestido blanco de Kahlan. En las ocasiones en que llevaba su vestido de Madre Confesora no necesitaba presentaciones en Aydindril ni tampoco en la mayor parte de la Tierra Central.

—Hattie, este hombre es maese Drefan, un sanador. Ha venido a ver a las niñas.

Hattie, que se cubría el pelo rubio rojizo y corto con un pañuelo, se secó las manos en el delantal. Su mirada recorría frenéticamente a toda la gente reunida en su casa.

—Gracias —dijo al fin—. Por aquí, os lo ruego.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó Drefan mientras se dirigían al dormitorio.

—Beth se queja desde ayer de dolor de cabeza. Antes fue el estómago. Son las típicas enfermedades de los niños, eso es todo. —A Richard las palabras de la madre le parecieron más una súplica que una afirmación—. Le di infusión de marrubio para el dolor de barriga.

—Eso está bien. La infusión de poleo también funciona en estos casos —dijo Nadine—. Llevo un poco. Os lo dejaré por si lo necesita.

—Gracias por vuestra amabilidad. —La inquietud de la madre crecía a cada paso que daban.

—¿Y la otra niña? —quiso saber Drefan.

Hattie había llegado casi a la puerta.

—Lily no está tan enferma como su hermana, pero no acaba de sentirse bien. Sospecho que sólo pretende llamar la atención, porque ve que su hermana mayor recibe cuidados e infusiones endulzadas con miel. Los niños son así. Tiene pequeños hematomas redondos en las piernas.

Drefan perdió el paso.

Beth tenía fiebre baja, tos con expectoración y se quejaba de dolor de cabeza. Drefan no le prestó ninguna atención; observaba a Lily con ojos escrutadores mientras la niña, sentada en la cama, mantenía una conversación muy seria con una muñeca de trapo.

Desde el umbral del dormitorio la abuela contemplaba la escena toqueteándose, nerviosa, el cuello de la camisa. Hattie le arreglaba las mantas a Beth. Mientras, la tía pasaba un paño húmedo por la frente de la enferma y Nadine le dirigía palabras tranquilizadoras. Nadine se comportaba de un modo amable y tranquilizador a la vez. Después de seleccionar varias hierbas medicinales que llevaba repartidas en la bolsa y envolverlas en diferentes paquetes hechos con tela, impartió las instrucciones a la ansiosa madre, que la escuchaba asintiendo.

Richard y Kahlan estaban con Drefan junto a la hija menor. Kahlan se agachó y le habló, asegurándole que tenía una muñeca preciosa, para que no tuviera miedo de Richard ni de Drefan. La pequeña lanzaba miradas de inquietud a los dos hombres mientras parloteaba con Kahlan. Para demostrarle que no debía temer a Richard, Kahlan le pasó un brazo alrededor de la cintura y Richard se obligó a sonreír.

—Lily, ¿puedes enseñarme dónde tiene los morados tu muñeca? —preguntó Drefan fingiendo jovialidad.

La pequeña puso la muñeca boca abajo y señaló diversos puntos en la cara interna de los muslos.

—Aquí, aquí y aquí. —Lily miró a Drefan con sus ojazos redondos.

—¿Le duelen mucho?

—Sí. Cuando se los toco dice «ay».

—¿Ah sí? Vaya, qué pena. No obstante, estoy seguro de que pronto se pondrá bien. —Drefan se agachó para que Lily no lo viera tan alto y enlazó la cintura de Kahlan—. Lily, ésta es mi amiga Kahlan.

Ella no ve muy bien y no distingue los moratones en las piernas de la muñeca. ¿Podrías enseñarle los que tienes tú?

Nadine seguía hablando con la madre sobre la otra niña. Lily miró en su dirección.

Kahlan le apartó a Lily el pelo de la cara y le repitió que tenía una muñeca preciosa. La pequeña sonrió. La larga melena de Kahlan la tenía fascinada. Kahlan dejó que se la tocara.

—¿Puedes enseñarme dónde te duele en las piernas? —le pidió.

Lily se levantó el camisón blanco que llevaba.

—Aquí, justo donde le duele a la muñeca.

La niña presentaba varios hematomas negros del tamaño de una moneda en la cara interna de ambos muslos. Cuando Drefan los tocó con suavidad, Richard se dio cuenta de que eran tan duros como callos. Kahlan volvió a bajarle el camisón y la cubrió con la manta hasta el regazo, mientras que Drefan le daba cariñosas palmaditas en una mejilla, le decía que era una niña muy buena y le aseguraba que a la mañana siguiente la muñeca se sentiría mucho mejor.

—Me alegro —replicó Lily—. A ella no le gusta que le duela.

Erling cepillaba una silla en el banco de trabajo con aire distraído. Era evidente que no prestaba atención a lo que hacía y estaba echando a perder la silla. Cuando bajaron la escalera, el anciano no alzó la vista. A petición de Richard, Clive se había quedado arriba, con su esposa y sus hijas.

—¿La tienen? —preguntó Erling con voz ronca.

—Eso me temo —contestó Drefan. Le colocó una mano sobre el hombro para intentar consolarlo.

Erling pasó de nuevo el cepillo, sin embargo las manos le temblaban y se torció.

—Cuando era joven vivía en Sparlville. Un verano se declaró la peste y se llevó a mucha gente. Esperaba no tener que ver algo así de nuevo.

—Lo entiendo —repuso Drefan en voz baja—. Yo también he visto los estragos que causa.

—Son mis únicas nietas. ¿Qué podemos hacer para ayudarlas?

—Podéis intentar ahumar la casa —sugirió Drefan.

Erling gruñó.

—Eso hicimos en Sparlville. También compramos curas y remedios preventivos, pero eso no impidió que la gente muriera.

—Lo sé. Ojalá hubiese algo que pudiera hacer, pero, que yo sepa, no existe ninguna cura. Si recordáis algo que creéis que funcionó en Sparlville, probadlo. Yo no conozco todos los tratamientos, ni mucho menos. En el peor de los casos no hará ningún daño y, en el mejor, será útil.

Erling dejó a un lado el cepillo de carpintero.

—Algunas personas encendieron fuegos ese verano para tratar de extraer la enfermedad de su sangre. Otros creían que la peste se debía a que la canícula del verano les había calentado mucho la sangre, a lo que se había sumado la fiebre, por lo que abanicaban sin cesar a sus seres queridos para enfriarles la sangre. ¿Qué tratamiento me recomendáis?

—Lo siento, pero lo ignoro. Sé de casos que se han recuperado después de que les aplicaron uno u otro, indistintamente, y sé de otras personas que han muerto. Algunas cosas se nos escapan de las manos. Nadie puede detener al Custodio cuando decide llevarse a alguien.

Erling se frotó la áspera barbilla.

—Rezaré para que los buenos espíritus salven a las pequeñas. —Se le quebró la voz—. Son demasiado buenas, demasiado inocentes para que el Custodio se las lleve. Ellas son la luz y la alegría de esta casa.

—Lo lamento, maese Anderson —lo consoló Drefan—, pero Lily ya tiene las marcas.

Erling ahogó un grito y se aferró al banco. Drefan estaba preparado y lo cogió por las axilas para impedir que cayera cuando las rodillas le fallaron. Luego lo ayudó a sentarse en el caballete de talla.

Kahlan escondió el rostro y lo hundió en el hombro de Richard para no ver cómo Erling se tapaba los llorosos ojos con ambas manos. Richard estaba como atontado.

—Abuelo, ¿qué te pasa? —preguntó Darby desde la escalera.

Erling se enderezó.

—Nada, muchacho. Es sólo que estoy preocupado por tus hermanas. Los viejos nos volvemos un poco blandos, eso es todo.

Darby acabó de bajar la escalera.

—Yonick, siento mucho lo de Kip. Si tu papá necesita lo que sea, estoy seguro de que mi papá me permitirá dejar el trabajo para ir a ayudaros.

Yonick asintió. También él parecía aturdido.

Richard se agachó delante de los dos niños.

—¿Visteis algo extraño en el partido de ja'la?

—¿Extraño? ¿Extraño como qué? —inquirió Darby.

Richard se pasó los dedos por el pelo hacia atrás.

—No lo sé. ¿Hablasteis con algún desconocido?

—Pues claro. Había mucha gente que no conocíamos, como los soldados que fueron a ver el partido y muchas personas que nos felicitaron por la victoria.

—¿Recuerdas especialmente a alguien? ¿Te llamó la atención algo?

—Yo vi cómo Kip hablaba con un hombre y una mujer después del partido —dijo Yonick—. Creí que lo estaban felicitando. Se habían inclinado hacia él y le hablaban mientras le enseñaban algo.

—¿Le enseñaban algo? ¿El qué?

—Lo siento, no lo vi. Estaba demasiado ocupado recibiendo las palmadas de felicitación de los soldados.

Richard trataba de no asustar a Yonick con sus preguntas, pero debía insistir.

—¿Qué aspecto tenían?

—No lo sé. —Los ojos de Yonick se llenaron de lágrimas al recordar a su hermano con vida—. El hombre era flaco y joven. La mujer también era joven, pero no tanto como él. También era bonita y tenía la melena castaña. Como ella —añadió, señalando a Nadine—, pero no tan espesa ni tan larga.

Richard alzó brevemente los ojos hacia Kahlan. Por su acongojada expresión supo que se temía lo mismo que él.

—Los recuerdo —intervino Darby—. Mis hermanas también hablaron con ellos.

—Pero vosotros dos no, ¿verdad?

—No —respondió Darby, y Yonick negó con la cabeza—. Nosotros brincábamos y saltábamos, porque habíamos ganado delante de lord Rahl. Muchos soldados nos felicitaban y también muchas otras personas. Yo no hablé con el hombre y la mujer.

Richard tomó la mano de Kahlan.

—Kahlan y yo vamos a preguntar a Beth y a Lily una cosa —dijo a Drefan—. Enseguida volvemos.

Subieron la escalera muy juntos, buscando consuelo. Richard tenía miedo de lo que podrían decirle las niñas.

—Pregúntales tú —susurró a Kahlan—. Yo las asusto. Contigo hablarán más fácilmente.

—¿Crees que han sido ellos?

Richard no necesitó explicaciones para saber a qué se refería.

—No lo sé, pero tú misma me contaste que Jagang había dicho que vio el partido de ja'la a través de los ojos de Marlin. La hermana Amelia acompañaba a Marlin, y ambos estaban haciendo algo aquí, en Aydindril.

Richard tranquilizó a las mujeres, diciéndoles que sólo querían preguntar una cosa a las niñas. La madre, la abuela y la tía continuaron con su trabajo, mientras que Richard volvía con Kahlan al dormitorio. Seguramente prestaban tan poca atención a las empanadas de carne como Erling al cepillado de la silla.

—Lily, ¿recuerdas cuando fuiste a ver a tu hermano jugar a ja'la? —preguntó Kahlan con voz dulce y sonriendo.

La pequeña asintió.

—Ganamos. Nos pusimos muy contentos porque habíamos ganado. Papá dijo que Darby había metido un tanto.

—Sí, nosotros también lo vimos y nos alegramos mucho por él. ¿Te acuerdas de las dos personas con las que hablaste, un hombre y una mujer?

Lily frunció el entrecejo.

—¿Cuando mamá y papá aplaudían? ¿Ese hombre y esa mujer?

—Sí. ¿Recuerdas lo que te dijeron?

—Beth me cogía de la mano. Me preguntaron si aplaudíamos a mi hermano.

—Sí —confirmó Beth desde la otra cama. Un acceso de tos la obligó a callarse. Cuando pasó y recuperó la respiración, prosiguió—: Dijeron que Darby había jugado muy bien y nos enseñaron eso tan bonito que llevaban.

—¿Eso tan bonito? —preguntó Richard, mirándola muy fijamente.

—La cosa brillante en la caja —explicó Lily.

—Sí. Dejaron que Lily y yo la viéramos.

—¿Qué era?

Beth trató de pensar pese al dolor de cabeza.

—Pues era... era... No lo sé exactamente. Era una caja tan negra que no podías ver los lados. Pero la cosa brillante de dentro era muy bonita.

Lily lo corroboró asintiendo con la cabeza.

—Mi muñeca también lo vio. Y le pareció preciosa.

—¿Tenéis idea de qué era?

Ambas negaron con la cabeza.

—Estaba en una caja tan negra como una noche cerrada. Y mirarla era como asomarse a un agujero oscuro —resumió Richard.

Las niñas asintieron.

—Suena como la piedra noche —le susurró Kahlan.

Richard conocía bien esa negrura. No era exclusiva de la piedra noche, porque también la tapa exterior de las cajas del Destino era así, de un color tan siniestro que parecía absorber la luz de una habitación.

Por experiencia sabía que ese vacío de luz solamente se asociaba con cosas tremendamente peligrosas. La piedra noche atraía a seres que moraban en el inframundo, mientras que las cajas del Destino contenían un tipo de magia que, usada para el mal, podía destruir el mundo de los vivos. Las cajas podían abrir una puerta de comunicación con el inframundo. Siguió preguntando.

—Y dentro había algo brillante. ¿Era como mirar una vela o la llama de una lámpara? ¿Era ese tipo de brillo?

—Colores —replicó Lily—. Eran colores preciosos.

—Parecía una luz de colores —añadió Beth—. Estaba encima de arena blanca.

Encima de arena blanca. Richard notó cómo los pelillos de la nuca se le erizaban.

—¿De qué tamaño era la caja?

Beth separó las manos apenas treinta centímetros.

—De un lado era así de grande, pero era baja. Como un libro. Era como si abrieran un libro. Eso me recordó la caja: un libro.

—¿Y dentro, la arena que había dentro, tenía líneas dibujadas?, ¿como cuando dibujas con un palito sobre la tierra seca?

Beth asintió mientras sufría otro ataque de tos. Cuando finalmente pasó, jadeaba, tratando de respirar.

—Eso es. Líneas muy bien hechas que formaban dibujos. Era justo eso, una caja o un libro grande. Y cuando lo abrieron para enseñarnos los colores bonitos, tenía arena blanca con líneas muy bien dibujadas. Entonces vimos los bonitos colores.

—¿Quieres decir que había algo colocado encima de la arena? ¿Lo que emitía la luz de colores estaba encima de la arena?

Beth parpadeó, confusa, tratando de recordar.

—No... era más bien como si la luz saliera de la arena. —Volvió a tumbarse en la cama y rodó sobre un costado. Obviamente sufría.

Sufría por la peste. La peste negra que le había transmitido una caja negra. Richard le acarició cariñosamente un brazo y la cubrió de nuevo con la manta. La niña gemía de dolor.

—Gracias, Beth. Ahora descansa para ponerte buena muy pronto.

Richard no fue capaz de dar las gracias a Lily; no se fiaba de su voz.

La pequeña se estiró, y en su frente aparecieron arrugas.

—Estoy cansada —dijo con un mohín, al borde de las lágrimas—. No me siento bien.

Se hizo un ovillo y se metió un pulgar en la boca.

Kahlan la arropó y le prometió que cuando se pusiera bien harían algo muy especial. La cariñosa sonrisa de Kahlan tuvo la virtud de hacer sonreír a Lily y casi también a Richard. Pero sólo casi.

Cuando salieron de casa de los Anderson y estuvieron en el callejón, Richard se llevó a Drefan a un lado.

—¿Qué son las marcas? —le preguntó—. Dijiste al abuelo que la pequeña tenía las manchas.

—Los hematomas en las piernas se llaman marcas.

—¿Y por qué el anciano estuvo a punto de derrumbarse cuando le dijiste que su nieta las tenía?

Drefan desvió la mirada.

—La peste mata de modos distintos. Ignoro la razón, aunque me imagino que tiene que ver con la constitución de la persona. La fuerza y la vulnerabilidad del aura de cada uno es distinta.

»No he visto con mis propios ojos todos los tipos de muerte que causa la peste, ya que, afortunadamente, no es una enfermedad habitual. Parte de lo que sé lo he aprendido de los libros que guardan los raug'moss. Los brotes de peste que yo he visto afectaron a lugares pequeños y remotos. Pero, en el pasado, hace cientos de años, se declararon epidemias en grandes ciudades, y he leído los informes.

»En algunos enfermos, la peste se manifiesta con fiebre súbita muy alta, dolores de cabeza insoportables, vómitos y atroces dolores en la espalda. El dolor es tan intenso que deliran durante días, incluso semanas, antes de morir. Unos pocos se recuperan. Beth tiene esos síntomas y se pondrá mucho peor. Pero he visto a algunos que se han recuperado. Tiene una pequeña oportunidad.

»Otras veces la peste ataca como en el primer niño: la gangrena se extiende y les pudre el cuerpo en vida. A otros los atormentan tumefacciones terriblemente dolorosas en el cuello, las axilas o las ingles y mueren entre horribles sufrimientos. Es el caso de Bert. Si la ponzoña brota en forma de tumor, que se revienta y expulsa el veneno, a veces el enfermo se recupera.

—¿Y Lily? —preguntó Kahlan—. ¿Qué me dices de las marcas, como tú las llamas?

—Nunca las había visto con mis propios ojos, pero he leído sobre ellas en nuestros registros. Las marcas aparecen en las piernas y, a veces, en el pecho. Las personas que las tienen casi nunca saben que están enfermas hasta el final. Un día descubren, horrorizadas, que tienen las marcas y poco después mueren.

»La muerte es indolora, o casi. Pero todos mueren. Nadie que tenga las marcas se salva. Seguramente el anciano ya las había visto antes, porque lo sabía.

»Los brotes de peste que he visto, por virulentos que fuesen, nunca se manifestaron con las marcas. Según los libros, las peores epidemias, las que segaban la vida a miles y miles de personas, se distinguían por las marcas. Algunas personas creían que eran los signos visibles del toque fatal del Custodio.

—Pero Lily no es más que una niña pequeña —protestó Kahlan, como si discutir pudiera cambiar las cosas—. A mí no me parece tan enferma. Es posible que se...

—Lily no se siente bien, y las marcas en las piernas están plenamente desarrolladas. Antes de medianoche morirá.

—¿De esta noche? —Richard no daba crédito.

—Sí, como muy tarde. Probablemente sólo le quedan unas pocas horas. Creo incluso que...

En la casa de los Anderson se oyó un grito de mujer largo y agudo. Richard se estremeció hasta los huesos por el mensaje de horror que transmitía. Los soldados, que hasta entonces habían estado hablando en voz baja al final del callejón, enmudecieron. Todo quedó en silencio, excepto por un perro que ladraba en la calle contigua.

El grito de la mujer fue seguido por un angustiado grito masculino. Drefan cerró los ojos.

—Como iba a decir, incluso antes.

Kahlan escondió el rostro contra el hombro de Richard y se aferró a su camisa. Richard notaba cómo la cabeza le daba vueltas.

—Son niños —sollozaba Kahlan—. Ese monstruo está matando sólo a niños.

Drefan frunció el entrecejo.

—¿De qué está hablando?

Richard estrechó con fuerza a Kahlan, que temblaba entre sus brazos.

—Drefan, creo que esos niños están muriendo porque un mago y una hechicera asistieron a un partido de ja'la hace unos pocos días y usaron magia para desencadenar la peste.

—No es posible. Se necesita más tiempo para que la gente contraiga la enfermedad.

—El mago era el que hirió a Cara el mismo día que tú llegaste. Dejó escrita una profecía en la pared del pozo. Empieza así: «Con la luna roja se desatará el incendio».

Drefan lo miraba con expresión dubitativa.

—¿Cómo es posible que la magia desencadene una epidemia?

—No lo sé —reconoció Richard en un susurro.

Se sentía incapaz de pronunciar en voz alta la siguiente parte de la profecía: «El que porta la espada verá cómo su gente muere. Si no hace nada, él y todos sus seres queridos morirán abrasados en las llamas, pues el enemigo es inmune a cualquier espada forjada con acero o conjurada mediante hechicerías».

Kahlan temblaba en sus brazos. Richard sabía que ella debía de estar repitiendo en su cabeza la última parte:

«Para sofocar ese infierno, deberá buscar remedio en el viento. Pero en ese camino lo alcanzará el rayo, pues la de blanco, su bien amada, lo traicionará en su sangre».

31

Al llegar al límite de los extensos jardines de palacio, una patrulla de soldados d'haranianos los vieron y se pusieron firmes. Kahlan se fijó en que, justo detrás de los soldados, las personas que deambulaban por las calles de la ciudad, ocupadas en sus cosas, hacían una pausa para inclinarse ante la Madre Confesora y lord Rahl.

Aunque, en apariencia, las actividades comerciales parecían desarrollarse con normalidad, Kahlan detectó diferencias sutiles: los hombres que cargaban barriles en un carromato escrutaban a las personas que pasaban cerca; los tenderos evaluaban a sus clientes cuidadosamente; los viandantes eludían a las personas que se habían detenido a hablar. Los grupos de gente chismorreando eran más numerosos. Y las risas brillaban por su ausencia.

Después de saludar solemnemente golpeando con el puño la armadura de cuero y cota de malla a la altura del corazón, los soldados de la cercana patrulla esbozaron sonrisas amables.

—¡Hurra por lord Rahl! —vitorearon todos a una—. ¡Hurra!

—Gracias, lord Rahl —le gritó uno de los soldados—. ¡Gracias por curarnos! Estamos bien gracias a vos. ¡Larga vida al gran mago, lord Rahl!

Richard se quedó paralizado en mitad de una zancada. No miraba a los soldados, sino que tenía la vista clavada en el suelo, ante él. Una ráfaga de viento atrapó la capa que llevaba y la arremolinó alrededor de su cuerpo, envolviéndolo en doradas chispas.

—¡Larga vida a lord Rahl! ¡Larga vida a lord Rahl! —gritaban los soldados.

Richard apretó los puños y prosiguió su camino sin mirarlos. Kahlan, que lo rodeaba con un brazo, deslizó una mano hacia abajo y lo instó a abrir una mano para entrelazar sus dedos. Entonces le apretó la mano para transmitirle un mensaje mudo de comprensión y apoyo.

Por el rabillo del ojo vio a Cara que, detrás de Drefan y Nadine, dirigía airados gestos a los componentes de la patrulla para que guardaran silencio y continuaran la ronda.

Ante ellos, en la distancia, se alzaba sobre una suave loma el enorme Palacio de las Confesoras en todo su esplendor de columnas de piedra, vastos muros y elegantes chapiteles. Era una prístina imagen blanca recortada contra el cielo que se oscurecía no sólo por efecto del sol poniente, sino también por las oscuras nubes que se deslizaban raudas por el cielo, anunciando tormenta. El viento arrastraba un puñado de copos de nieve errantes, heraldos de la masa que se aproximaba. La primavera aún no había vencido la batalla.

Kahlan agarraba la mano de Richard como si en eso le fuera la vida. En su mente sólo había cabida para la enfermedad y la muerte. Habían visto casi una docena de niños enfermos por la peste. La pálida cara de Richard no presentaba mucho mejor aspecto que los seis rostros muertos que habían contemplado.

Le dolía por dentro. Tanto esfuerzo por contener las lágrimas, los sollozos y los gritos le había causado retortijones. Kahlan se había obligado a sí misma a mantener el control para no llorar delante de esas madres aterrorizadas, porque tal vez sus hijos enfermos estaban peor de lo que ellas imaginaban o tan mal como sabían que estaban pero se negaban a aceptar.

Muchas de esas madres eran apenas mayores que Kahlan. Eran mujeres jóvenes que estaban pasando por una prueba terrible y que se arrodillaban en el suelo para implorar a los buenos espíritus que salvaran a sus hijos. Si fuese una de ellas, seguramente también estaría en ese estado.

Algunos de los padres, como los Anderson, contaban con familiares de más edad a los que pedir consejo y apoyo, pero algunas de las madres eran jóvenes y estaban solas, con maridos que apenas eran muchachos y nadie a quien poder recurrir.

Kahlan reposó la mano libre encima del estómago, tratando de calmar el doloroso espasmo. Ahora comprendía lo devastado que debía de sentirse Richard, que ya llevaba sobre sus espaldas un peso más que suficiente. Tenía que ser fuerte por él.

A ambos lados crecían arces majestuosos, cuyas ramas desnudas se entrelazaban por encima del camino. No tardarían en echar brotes. Dejaron atrás el túnel formado por los árboles para penetrar en el serpenteante paseo que conducía a palacio.

Detrás de ellos, Drefan y Nadine discutían en susurros sobre las hierbas medicinales y las curas que podían probar. Nadine sugería algo, y Drefan daba su opinión sobre si sería inútil o si merecía la pena intentarlo. El sanador la aleccionaba delicadamente sobre los caminos del sufrimiento y las causas de que las defensas del cuerpo cedieran y permitieran que una dolencia se hiciera fuerte.

Kahlan tuvo la vaga impresión de que Drefan casi despreciaba a los que caían enfermos, pues tenían tan poco cuidado con sus auras y sus flujos de energía, sobre los que Drefan hablaba todo el tiempo, que era de esperar que sucumbieran a una pestilencia indigna de quienes, como él, cuidaban mejor su propio cuerpo. Kahlan supuso que alguien con sus conocimientos sobre cómo curar tenía que sentirse frustrado con los que se buscaban ellos mismos la enfermedad, por ejemplo las prostitutas y los hombres que las frecuentaban. Al menos era un consuelo saber que Drefan no era uno de ellos.

No obstante, dudaba de si el sanador tenía razón en algunas de sus afirmaciones o si se trataba de pura arrogancia. También ella se impacientaba con las personas que arriesgaban tontamente su salud. Cuando era más joven, conoció a un diplomático que enfermaba cada vez que comía salsas muy cremosas aderezadas con determinadas especias. Siempre le producían dificultades respiratorias. Pero a él le encantaban las salsas. Luego, un día, en una cena de gala, se atracó con las salsas que tanto le gustaban y cayó muerto en la mesa.

Kahlan jamás pudo comprender por qué el hombre se había hecho eso a sí mismo y le costaba sentir compasión por él. De hecho, cada vez que asistía a una cena de gala lo miraba con desprecio. Se preguntó si Drefan sentía lo mismo hacia determinadas personas, con la diferencia de que él sabía mucho más que ella acerca de qué hacía enfermar a la gente. Kahlan le había visto hacer cosas extraordinarias con el aura de Cara y era consciente de que, a veces, la mente podía causar la enfermedad.

En varias ocasiones había visitado una aldea llamada Langden, habitada por personas muy supersticiosas y atrasadas. El curandero local, que gozaba de mucho poder, decidió que los dolores de cabeza que aquejaban a tantos habitantes de Langden eran debidos a que los malos espíritus poseían a la gente. El curandero decidió aplicar hierros al rojo en las plantas de los pies de los que sufrían el mal para expulsar a los malos espíritus. Fue un remedio extraordinario. Desde aquel día no hubo más poseídos en Langden y los dolores de cabeza desaparecieron.

Si la peste pudiera desaparecer tan fácilmente.

Si Nadine pudiera esfumarse tan fácilmente. No podían enviarla lejos cuando iba a ser tan necesaria. Le gustara o no, Nadine estaría cerca hasta que todo eso hubiese pasado. Kahlan tenía la impresión de que Shota estaba apretando las garras en torno a Richard.

Kahlan ignoraba qué le habría dicho Richard a Nadine, aunque podía imaginárselo. De pronto Nadine la trataba con extraordinaria educación. Desde luego, Kahlan sabía que la disculpa no había sido sincera. Seguramente Richard la había amenazado con quemarla viva si no pedía perdón. Por las frecuentes miradas que Cara lanzaba a Nadine era evidente que la muchacha de la Tierra Occidental no debía preocuparse solamente por la amenaza de Richard.

Con Kahlan y Richard en cabeza, el grupo pasó entre las imponentes columnas blancas que flanqueaban la entrada, atravesó las puertas abiertas talladas con diseños geométricos y entró en el palacio. El fabuloso vestíbulo, grande y tenebroso, estaba iluminado por ventanas con paneles de vidrio color azul pálido incrustadas entre columnas de mármol blanco pulido rematadas con capiteles de oro, así como por docenas de lámparas situadas en las paredes.

Una lejana figura vestida de cuero se aproximó a ellos cruzando el suelo ajedrezado. Otra persona se acercó proveniente de la derecha, de las habitaciones de invitados. Richard aflojó el paso hasta detenerse y se volvió.

—Ulic, ve a buscar al general Kerson. Supongo que está en el cuartel general de los d'haranianos. ¿Sabe alguien dónde para el general Baldwin?

—Seguramente en el palacio de Kelton, en el Bulevar de los Reyes —repuso Kahlan—. Se aloja allí desde que llegó y nos ayudó a derrotar a la Sangre de la Virtud.

Richard asintió con gesto cansino. Kahlan se dijo que jamás lo había visto con peor aspecto. Tenía el rostro ceniciento y la mirada totalmente desprovista de vida. Se balanceó y entrecerró los ojos buscando a Egan, que estaba a menos de tres metros de distancia.

—Egan, ahí estás. Ve a por el general Baldwin, por favor. No sé dónde está; tendrás que preguntar.

Egan lanzó a Kahlan una mirada de inquietud.

—¿Queréis que traigamos a alguien más, lord Rahl?

—¿Alguien más? Sí. Decidles que traigan a sus oficiales. Esperaré en mi despacho. Conducidlos allí.

Ulic y Egan saludaron golpeándose el pecho con un puño antes de dar media vuelta y alejarse para cumplir las órdenes. Mientras se iban, lograron transmitir a las dos mord-sith un mensaje con rápidos gestos de las manos. Cara y Raina se las ingeniaron para aproximarse a Richard y protegerlo, al mismo tiempo que Tristan Bashkar se detenía, receloso.

Berdine avanzaba sin rumbo por el otro lado, con toda la atención puesta en el diario abierto que sostenía en las manos. Parecía completamente absorta en lo que estudiaba y totalmente ajena a todo lo que la rodeaba. Kahlan la detuvo con una mano para evitar que chocara contra Richard. La mord-sith se balanceó y se detuvo, como un bote de remos que flotara a la deriva y encallara en la playa.

Tristan hizo una reverencia.

—Madre Confesora. Lord Rahl.

—¿Quién eres? —preguntó Richard.

—Tristan Bashkar, de Jara, lord Rahl. Me temo que no nos han presentado formalmente.

En los ojos grises de Richard se encendió una chispa.

—¿Habéis decidido rendiros, ministro Bashkar?

Tristan se inclinaba de nuevo mientras aguardaba una presentación formal. No esperaba que Richard le lanzara en seguida preguntas. Carraspeó y enderezó la espalda. En su rostro floreció una fácil sonrisa.

—Lord Rahl, os aseguro que valoro vuestra indulgencia. La Madre Confesora ha tenido la deferencia de concederme dos semanas más para observar las señales de las estrellas.

—Os arriesgáis a que vuestro pueblo vea espadas en vez de estrellas, ministro —repuso Richard con voz cargada de autoridad.

Tristan se desabrochó la chaqueta. Por el rabillo del ojo, Kahlan vio cómo el agiel saltaba a la mano de Cara. Tristan no se dio cuenta. Tenía la mirada clavada en Richard, mientras se retiraba la chaqueta y la mantenía abierta, como quien no quiere la cosa, apoyando una mano en la cadera. De ese modo dejaba al descubierto el cuchillo al cinto. Raina también empuñó su agiel.

—Lord Rahl, como ya expliqué a la Madre Confesora, nuestro pueblo está muy ilusionado con la idea de unirnos al imperio de D'Hara.

—¿El imperio de D'Hara?

—Tristan —intervino Kahlan—, ahora estamos muy ocupados. Es un tema que ya discutimos y os otorgué dos semanas. Ahora, si nos excusáis...

Tristan se echó hacia atrás un mechón de pelo y la miró intensamente con sus ojos castaños.

—En ese caso, iré al grano. He oído rumores de que en Aydindril se ha desatado la peste.

Súbitamente, la mirada de halcón de Richard recuperó toda su fuerza.

—No son sólo rumores. Es verdad.

—¿Cuánto peligro hay?

—Si os unís a la Orden, ministro —repuso Richard, apoyando una mano sobre la empuñadura de la espada—, desearéis haberos enfrentado a la peste en lugar de enfrentaros a mí.

Kahlan había visto en muy pocas ocasiones que dos hombres se tuvieran una antipatía tan inmediata e intensa al primer golpe de vista. Sabía que, después de ver a tantos niños gravemente enfermos o muertos, Richard se encontraba exhausto y no estaba de humor para soportar la impertinencia de un aristócrata como Tristan, que preguntaba si su propio pellejo corría peligro. Además, Jara había participado en el consejo que condenó a muerte a Kahlan. Aunque no había sido Tristan quien votó a favor de que la decapitaran, sino un consejero de su país, al que posteriormente Richard mató.

No se le ocurría ninguna razón que explicara la inmediata animadversión de Tristan hacia Richard, excepto que Richard era quien había exigido la rendición de Jara. Era razón suficiente; ella en su lugar probablemente sentiría lo mismo.

Kahlan esperaba que ambos hombres desenvainaran en cualquier momento. Drefan se interpuso entre ellos.

—Soy Drefan Rahl, sumo sacerdote de la comunidad de sanadores raug'moss. Tengo una cierta experiencia con la peste. Os sugiero que permanezcáis en vuestros aposentos y evitéis cualquier contacto con desconocidos, especialmente con prostitutas. Aparte de eso, procurad dormir lo suficiente y tomar comida saludable.

»Eso os ayudará a mantener el cuerpo fuerte frente a la enfermedad. También hablaré con el personal de palacio para explicarles cómo fortalecerse frente a la peste. Si lo deseáis, os invito a escuchar mis consejos, a vos y a quienquiera que le interese.

Tristan había escuchado a Drefan con atención y le agradeció el consejo con una inclinación de cabeza.

—Os agradezco la verdad, lord Rahl. Un hombre de menos valía habría intentado ocultarme un problema tan serio. Ahora comprendo por qué estáis tan ocupado. Voy a retirarme para que podáis seguir velando por vuestra gente.

Mientras Richard contemplaba con furia la espalda de Tristan, que se alejaba, Berdine se situó junto a él. A lo largo de toda la escena se había dedicado a estudiar atentamente el diario, murmurando para sí y probando la pronunciación de palabras en d'haraniano culto, por lo que Kahlan dudaba que hubiese oído nada de lo que se había dicho.

—Lord Rahl, tengo que hablar con vos —musitó.

Richard le indicó con un gesto que esperara.

—Drefan, Nadine, ¿alguno de vosotros tiene algo contra el dolor de cabeza? Es un dolor muy fuerte.

—Yo tengo unas hierbas que pueden ayudarte, Richard —respondió Nadine.

—Yo tengo algo mejor. —Drefan se inclinó hacia Richard y añadió—: Se llama dormir. Tal vez recuerdes haberlo hecho en el pasado.

—Drefan, sé que llevo bastante tiempo despierto, pero...

—Yo diría que muchos días y muchas noches. Si tratas de combatir los efectos de la falta de sueño con supuestos remedios, no te harás ningún favor a ti mismo. El dolor de cabeza volverá y será peor que nunca. Te quedarás sin fuerzas. No serás útil ni a ti mismo ni a los demás.

—Drefan tiene razón —lo apoyó Kahlan.

Sin alzar la mirada, Berdine pasó la página del diario que estaba leyendo.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Yo me siento mucho mejor desde que dormí un poco. —Por fin Berdine se había dado cuenta de que tenía gente alrededor—. Ahora estoy alerta y puedo pensar mejor.

Richard desestimó la insistencia de todos con un ademán.

—Lo sé. Lo haré pronto, lo prometo. ¿Qué es eso que querías decirme, Berdine?

—¿Qué? —La mord-sith se había enfrascado de nuevo en la lectura—. Oh. He descubierto dónde se encuentra el Templo de los Vientos.

—¿Cómo? —exclamó Richard, asombrado.

—Después de dormir un poco he podido pensar con más claridad. Me he dado cuenta de que estábamos limitando la busca a un número reducido de palabras clave, por lo que traté de imaginarme qué harían los magos de antaño en su situación. Pensé que...

—¿Dónde está? —rugió Richard.

Finalmente Berdine alzó los ojos y parpadeó.

—El Templo de los Vientos se alza en la cima de la Montaña de los Cuatro Vientos.

Berdine reparó en Raina por primera vez. Ambas se saludaron con una sonrisa, y sus ojos intercambiaron un cálido mensaje privado.

Kahlan se encogió de hombros ante la mirada interrogadora de Richard.

—Berdine, eso no nos ayuda mucho si no nos dices dónde está.

Berdine frunció un momento el entrecejo y luego hizo un gesto de disculpa.

—Oh. Lo siento. Ésa es la traducción. —Puso de nuevo ceño—. Bueno, eso creo.

—¿Cómo la llama Kolo?

Berdine pasó una página hacia atrás, giró el libro y señaló un pasaje en particular dando golpecitos con un dedo.

—*Berglendursch ost Kymermosst* —leyó Richard entrecerrando los ojos—. Montaña de los Cuatro Vientos.

—De hecho —lo corrigió Berdine—, *Berglendursch* significa más que simplemente «montaña». *Berglen* es «montaña» y *dursch* a veces quiere decir «roca», aunque tiene otros significados como «tenaz», aunque en este caso yo me decantaría por «montaña de roca» o «gran montaña hecha de roca». Más o menos se traduciría como «montaña rocosa de los cuatro vientos»... o algo así.

Kahlan cambiaba el peso de una pierna a otra. Tenía los pies doloridos.

—¿Monte Kymermosst? —preguntó.

Berdine se rascó la nariz, pensando.

—Sí. Suena como si fuese el mismo lugar.

—Tiene que tratarse del mismo lugar —declaró Richard, mostrándose esperanzado por primera vez en horas—. ¿Sabes dónde está?

—Sí. He estado allí. Desde luego no hay duda de que es un lugar ventoso y con un montón de rocas. En lo alto de la montaña hay unas viejas ruinas, pero nada que se asemeje a un templo.

—Tal vez las ruinas sean el templo —apuntó Berdine—. No sabemos lo grande que es. Puede tratarse de un templo pequeño.

—No, no lo creo. En este caso no.

—¿Por qué razón? —preguntó Richard—. ¿Qué hay allí arriba? ¿Está muy lejos?

—Está en dirección nordeste, no muy lejos. Tal vez a un día a caballo, depende. Dos como mucho. Es un lugar inhóspito. Aunque la vieja senda que lo sube y permite salvar la montaña sea muy traicionera, cruzar el monte Kymermosst permite eludir un terreno muy dificultoso y ahorra varios días de viaje.

»En la cima se alzan unas viejas ruinas. Por su aspecto, parecen edificaciones anexas. Después de ver tantas construcciones espléndidas es evidente desde el punto de vista arquitectónico que esas ruinas no corresponden a la estructura principal. Se asemejan más a los anexos que tenemos aquí, en el Palacio

de las Confesoras. Hay una carretera que discurre entre los edificios, algo así como nuestro gran paseo que atraviesa la zona de los anexos.

—¿Y adónde conduce esa carretera? —preguntó Richard.

Kahlan clavó la vista en los ojos grises del joven.

—Directamente al borde del precipicio. Los edificios se hallan al límite de un precipicio. La pared de piedra cae más de cien metros a pico.

—¿Existe algún tipo de escalera tallada en la roca? ¿Algo que permita bajar hacia el templo en sí?

—Richard, no lo entiendes. Las edificaciones se hallan casi en el mismo borde del precipicio. Es evidente que los edificios, las paredes y la misma carretera seguían adelante, porque se interrumpen bruscamente en el borde. Una parte de la montaña desapareció, cayó al abismo. Seguramente se produjo un desprendimiento de rocas o algo así. Lo que había más allá de las ruinas, la estructura principal y la montaña, ha desaparecido.

—Eso es lo que dice Kolo. El equipo regresó y el Templo de los Vientos había desaparecido —dijo Richard, totalmente hundido—. Supongo que utilizaron magia para desprender la ladera de la montaña y enterrar el Templo de los Vientos para que nadie pudiera encontrarlo nunca más.

—Bueno —suspiró Berdine—, seguiré leyendo el diario por si menciona que el Templo de los Vientos se hundió debido a un desprendimiento de rocas o una avalancha.

—De acuerdo. Tal vez el diario lo explique.

—Lord Rahl, ¿tendréis tiempo para ayudarme antes de partir para casaros?

Un gélido silencio cayó sobre el grandioso vestíbulo.

—Berdine... —Richard movía los labios, pero las palabras no le salían.

—Me he enterado de que los soldados ya están bien —dijo Berdine, lanzando una breve mirada a Kahlan y luego a Richard—. Me dijisteis que vos y la Madre Confesora partiríais para casaros tan pronto como los soldados se recuperaran. —Sonrió pícaramente y añadió—: Ya sé que soy vuestra favorita, pero supongo que no habréis cambiado de opinión, ¿o sí? No me digáis que tenéis dudas...

La mord-sith esperó, expectante, sin darse cuenta de que nadie sonreía por su broma. Richard estaba aturdido. Era incapaz de responder. Kahlan sabía que temía pronunciar las palabras por si la hería. Finalmente fue Kahlan quien rompió el pesado silencio.

—Berdine, Richard y yo no nos iremos para casarnos. La boda se ha aplazado, de momento.

Aunque había hablado en un susurro, sus palabras resonaron contra las paredes de mármol como si las hubiera gritado.

Nadine mantenía un rostro totalmente inexpresivo, que, sin embargo, resultaba más elocuente que una sonrisa. De hecho, la ausencia de sonrisa era aún peor, pues demostraba bien a las claras que se reprimía. No obstante, nadie podía echarle nada en cara.

—¿Aplazada? ¿Por qué? —Berdine estaba perpleja.

Richard clavó la vista en la mord-sith, incapaz de mirar a Kahlan a los ojos.

—Berdine, Jagang ha desatado una plaga en Aydindril. Era lo que anunciaba la profecía escrita en el pozo. Nuestro deber está aquí, con nuestra gente. No podemos... ¿Qué creería la gente si...? —Se interrumpió. El diario que sostenía en las manos se inclinó hacia abajo—. Lo lamento.

32

Kahlan contemplaba a través de la ventana el atardecer y la nieve que caía. Detrás de ella, Richard permanecía sentado en su escritorio con la capa dorada plegada encima del brazo de la silla. Trabajaba en el diario junto con Berdine mientras aguardaba que los oficiales llegaran. Sobre todo hablaba Berdine. Richard se limitaba a lanzar un gruñido cuando Berdine le decía qué creía que significaba una palabra y por qué. Kahlan dudaba de que, cansado como estaba, pudiese ayudar a Berdine.

Lanzó una mirada por encima del hombro y vio a Drefan y a Nadine acurrucados juntos al lado de la chimenea. Richard les había pedido que estuvieran presentes para responder a cualquier duda que pudieran tener los generales. Nadine prestaba a Drefan una atención absoluta y se cuidaba muy mucho de mirar a Richard, y aún menos a Kahlan, probablemente porque temía que Kahlan detectara un brillo de triunfo en sus ojos.

No. No era triunfo para Nadine, ni tampoco para Shota. No era más que un aplazamiento hasta... ¿hasta qué? ¿Hasta que pudieran detener una epidemia? ¿Hasta que la mayoría de los habitantes de Aydindril hubiesen muerto? ¿Hasta que ellos mismos se contagiaran de la peste y murieran, tal como presagiaba la profecía?

Kahlan se acercó a Richard y le puso una mano sobre el hombro; necesitaba desesperadamente tocarlo. Agradecido, él le cubrió la mano con la suya.

—No es más que un aplazamiento —le susurró Kahlan al oído—. Esto no cambia nada, Richard. No será más que un breve retraso, eso es todo. Te lo prometo.

—Lo sé —repuso él, mirándola risueñamente y dándole cariñosas palmaditas en la mano.

Cara abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Lord Rahl, ya vienen.

—Gracias, Cara. Deja la puerta abierta y diles que pasen.

Raina encendió una larga astilla en el hogar. Al inclinarse para encender otra lámpara en el extremo más alejado de la mesa, se apoyó en el hombro de Berdine para mantener el equilibrio. Su trenza larga y oscura se deslizó hacia adelante, cosquilleando el rostro de Berdine. Ésta se rascó la mejilla y sonrió brevemente a Raina.

Ambas mord-sith nunca se tocaban en público; de hecho, delante de otras personas se comportaban como si la otra no existiera. Kahlan sabía que la excepción que acababa de presenciar se debía a todo lo que Raina había visto ese día. También Kahlan se sentía sola y necesitaba consuelo. Por cruel que hubiese sido el entrenamiento de las mord-sith y por muy insensibles que fuesen ante el dolor, sus sentimientos humanos empezaban a reavivarse. Kahlan percibió en los ojos oscuros de Raina que la visión de niños dolientes y moribundos la había afectado.

En el pasillo, Cara indicó a los generales que pasaran. El primero en entrar fue el general Kerson, musculoso y con el pelo encanecido, pero de aspecto tan impresionante como siempre con su uniforme de piel abrillantada. Al caminar, los músculos de los brazos se le marcaban bajo la cota de malla.

Lo seguía el comandante de las fuerzas keltas, el robusto general Baldwin. Era un hombre de edad avanzada, con un mostacho negro de puntas blancas que descendían hasta tocarle la parte inferior de la mandíbula. Presentaba su habitual aspecto distinguido, con una capa de sarga verde forrada de seda con dos botones en un hombro. En la parte delantera de la sobreveste parda llevaba estampado un emblema heráldico con un escudo amarillo y azul atravesado por una línea negra diagonal. La luz de las lámparas arrancaba reflejos a la recargada hebilla del cinturón y a la funda de plata. Tenía un aspecto tan fiero como deslumbrante.

Antes de que la falange de soldados que los acompañaban hubiese acabado de entrar en la habitación, ambos generales saludaron inclinando la cabeza. A la luz de las lámparas, la calva del general Baldwin brillaba a través de la rala capa de pelos canosos.

—Mi reina —saludó—. Lord Rahl.

Kahlan le devolvió el saludo, mientras Richard retiraba la silla y se levantaba. Berdine se apresuró a alejar su silla para dejarle vía libre, aunque no se molestó en levantar la vista. Era una mord-sith y además estaba ocupada.

—Lord Rahl —dijo el general Kerson después de saludar golpeándose el pecho con un puño—. Madre Confesora.

Detrás de ambos generales, los oficiales también se inclinaron. Richard esperó pacientemente hasta que el saludo acabó. Kahlan podía imaginarse que ardía en deseos de comenzar de una vez por todas.

Cuando lo hizo, fue directamente al grano.

—Caballeros, lamento informarles de que se ha desatado una plaga en Aydindril.

—¿Una plaga? ¿Una plaga de qué? —preguntó el general Kerson.

—Una enfermedad. La gente enferma y muere. Es ese tipo de plaga.

—La peste negra —anunció la voz de Drefan en tono sombrío.

Los soldados inspiraron al unísono y esperaron en silencio.

—Acaba de declararse —explicó Richard—, por lo que, afortunadamente, estamos a tiempo de tomar algunas precauciones. Hasta ahora sabemos de apenas una veintena de casos, más o menos. Naturalmente, es imposible saber cuántos la tienen ya y cuántos van a enfermar. De los que sabemos que se contagiaron casi la mitad han muerto ya. Mañana serán más.

El general Kerson se aclaró la garganta para preguntar:

—¿Precauciones, lord Rahl? ¿Qué precauciones debemos tomar? ¿Tenéis otra cura para los hombres y para los habitantes de la ciudad?

Richard se frotó la frente con los dedos mientras que sus ojos se posaban en el escritorio que tenía delante.

—No, general, no tengo ninguna cura —susurró. Pese a ello, todos lo oyeron pues el silencio en la habitación era absoluto.

—En ese caso, ¿qué...?

—Lo que debemos hacer es separar a los hombres, dispersarlos. Mi hermano tiene experiencia con la peste y ha leído sobre las grandes epidemias. Creemos que es posible que se transmita de una persona a otra, del mismo modo que cuando alguien tiene dolor de garganta, congestión nasal y el pecho cargado, los miembros de su familia enferman también por proximidad con el enfermo.

—Yo he oído que la peste es debida al mal aire de un lugar —dijo uno de los soldados situados atrás.

—Sí, por lo que me han dicho es otra posibilidad. Pero no es la única, también está el agua, carne en mal estado o calor en la sangre.

—¿Y magia? —preguntó alguien.

Richard rebulló, inquieto.

—Ésa es otra posibilidad. Algunos afirman que podría ser un juicio de los espíritus sobre nuestro mundo y un castigo por nuestras faltas. Pero yo, personalmente, lo dudo. Me he pasado la tarde fuera, viendo a niños inocentes que sufrían y morían. Me niego a creer que los espíritus pudieran hacer tal cosa, por disgustados que estuvieran.

—En ese caso, ¿qué creéis que la propaga, lord Rahl? —preguntó el general Baldwin, frotándose el mentón.

—No soy ningún experto, pero me inclino por la explicación de mi hermano, que cree que es una enfermedad más que se transmite de una persona a otra a través de los efluvios del aire o por proximidad. A mí me parece la explicación más lógica, aunque ciertamente es una enfermedad mucho más grave. Por lo que me han dicho, la peste es fatal en casi todos los casos.

»Si realmente se transmite de una persona a otra, no debemos perder tiempo. Debemos hacer lo imposible para impedir que la epidemia se extienda al ejército. Es preciso dividir las fuerzas en unidades más pequeñas.

El general Kerson extendió las manos en gesto de frustración.

—Lord Rahl, ¿por qué no usáis simplemente vuestra magia y libráis a la ciudad de esta plaga?

Kahlan tocó a Richard en la espalda para recordarle que no perdiera los nervios. No obstante, no parecía estar furioso.

—Lo siento, pero ahora mismo ignoro qué tipo de magia podría acabar con la plaga. No sé de ningún mago que haya curado la peste con ayuda de la magia.

»General, tenéis que comprender que el hecho de que alguien posea poderes mágicos no significa que esa persona pueda oponerse al mismo Custodio si éste decide llevárselo. Si los magos fuesen capaces de eso, os aseguro que los cementerios se cerrarían por falta de clientes. Los magos no poseen el poder del Creador.

»Nuestro mundo está en equilibrio. Del mismo modo que todos nosotros, especialmente los soldados, contribuimos a la labor del Custodio causando muerte, también todos podemos contribuir a la labor del Creador dando vida. Nosotros mejor que nadie sabemos que los soldados tienen el pesado deber de salvaguardar la paz y la vida misma. Para compensarlo, a veces debemos arrancar vidas para detener a un enemigo que, de otro modo, causaría más daño. Se nos recuerda por eso y no por las vidas que tratamos de preservar.

»También un mago debe estar en equilibrio y en armonía con el mundo en el que vive. Tanto el Creador como el Custodio desempeñan un papel en nuestro mundo. Un simple mago no tiene poder suficiente para dictarles lo que deben hacer. Un mago puede intentar que los acontecimientos se combinen de manera que se alcance un resultado, por ejemplo el enlace entre dos personas, pero no puede ordenar al Creador en persona que cree una nueva vida a partir de esa unión.

»Un mago debe recordar siempre que trabaja en nuestro mundo y debe esforzarse al máximo para ayudar a sus semejantes, del mismo modo que un campesino ayuda a un vecino a recoger la cosecha o bien a sofocar un incendio.

»Hay cosas que un mago puede hacer y que quienes poseen magia no, del mismo modo que vosotros sois fuertes y podéis blandir una pesada hacha de batalla, cosa que un anciano no podría hacer. Pero el hecho de que vuestros músculos os permitan hacer eso no significa que sean capaces de hacer aquello para lo que no sirven, por ejemplo actuar con la sabiduría que el anciano ha ganado con la experiencia. Él os derrotaría en la batalla mediante sus conocimientos, aunque no con la fuerza bruta.

»Por poderoso que sea un mago, no puede traer una nueva vida a este mundo. Una mujer joven, sin magia, ni experiencia, ni sabiduría, sí puede, pero el mago no. Así pues, quién sabe si, a fin de cuentas, ella posee más magia que él.

»Lo que trato de deciros es que el hecho de que haya nacido con el don no significa que sea capaz de detener la plaga. No podemos recurrir a la magia para resolver todos nuestros problemas. Para un mago, conocer las limitaciones de su poder es tan importante como lo es para un oficial conocer las limitaciones de sus hombres.

»Muchos de vosotros habéis visto de lo que es capaz mi espada contra el enemigo. Pero, por formidable que sea, contra este enemigo invisible no sirve de nada. Ninguna magia podría.

—«Tu sabiduría nos hace humildes» —dijo el general Kerson en voz baja, citando parte de la oración dirigida a lord Rahl.

Los soldados expresaron su conformidad y asintieron ante la lógica de la explicación de Richard. Kahlan se sintió orgullosa de que al menos a ellos los hubiera convencido, aunque dudaba de que él mismo lo estuviera igual.

—No es tanto sabiduría como simple sentido común —murmuró Richard—. Quiero que todos sepáis —continuó en un tono de voz normal— que, pese a mis palabras, voy a buscar el modo de acabar con la plaga. Estoy considerando todas las posibilidades. —Posó una mano encima del hombro de Berdine. La mord-sith alzó la vista—. Berdine me está ayudando con los antiguos libros escritos por los magos del pasado para comprobar si nos transmiten sabiduría que nos sea útil en esto.

»Si existe algún modo mágico de detener la peste, lo encontraré. Pero, por ahora, debemos utilizar otros medios a nuestra disposición para proteger a la gente. Es preciso dividir nuestras fuerzas.

—¿Y después qué? —inquirió el general Kerson.

—Deben salir de Aydindril.

El general Kerson se crispó. Los eslabones de la cota de malla reflejaban la luz de las lámparas, de modo que centelleaba como una aparición.

—¿Y dejar Aydindril sin defensa?

—No —lo corrigió Richard—. Sin defensa, no. Lo que sugiero es dividir nuestras fuerzas para reducir las probabilidades de que la peste se extienda entre los soldados. Se trata de desplazarlos a diferentes posiciones alrededor de la ciudad. Podemos apostar destacamentos en todos los pasos, todas las carreteras y todos los valles de acceso. De ese modo ningún ejército podrá llegar a Aydindril.

—¿Y si nos atacan? En ese caso, esas unidades separadas serían insuficientes para repeler el ataque.

—Apostaremos centinelas y enviaremos exploradores. Tendremos que incrementar su número para evitar sorpresas desagradables. No creo que haya fuerzas de la Orden tan al norte, pero si nos atacan, los centinelas darán la alarma y agruparemos rápidamente las fuerzas. Deben estar lo suficientemente alejadas entre sí para que la peste no se extienda a todo el ejército, pero no demasiado, para defender la ciudad en caso necesario.

»Estoy abierto a vuestras ideas, señores. Ésa es una de las razones por las que os he mandado llamar. Si tenéis algo que decir, hablad sin miedo.

Drefan dio un paso al frente.

—Debemos actuar rápidamente. Cuanto antes alejemos las tropas, menor será el riesgo de que ningún soldado entre en contacto con alguien que tenga la enfermedad.

Los oficiales asintieron en actitud reflexiva.

—Todos los oficiales que nos han acompañado hoy deberían quedarse —dijo Drefan—, pues es posible que hayan estado en contacto con alguien que tuviera la peste. Haced una lista de todas las personas con las que trabajan estrechamente y también ellas permanecerán aisladas aquí en Aydindril.

—Nos ocuparemos de eso en seguida —replicó el general Kerson—. Esta misma noche.

—Perfecto —interpuso Richard—. Las diversas unidades estarán en contacto entre ellas, pero los mensajes deben ser solamente orales. No se transmitirán mensajes escritos, pues el papel podría propagar la plaga. Los hombres que se transmitan órdenes y mensajes deberán hablar a distancia, más o menos como estamos ahora, yo aquí y vosotros en el otro extremo de la habitación.

—¿No es un poco exagerado? —preguntó uno de los oficiales.

Drefan fue el encargado de responder.

—Tengo entendido que el aliento de las personas contagiadas de peste, pero que aún no han enfermado y, por tanto, no saben que la tienen, despide un olor característico. —Los hombres escuchaban con interés—. Si lo oléis, os infectaréis, enfermaréis y moriréis.

Los hombres murmuraron entre sí.

—Por eso los mensajeros no deben acercarse demasiado —explicó Richard—. Si uno de ellos tiene ya la peste, no queremos que la contagie a otra unidad de nuestras fuerzas. No tiene sentido tomarnos tantas molestias si después no somos muy escrupulosos.

»Estamos hablando de un veneno mortal. Si actuamos de prisa y con sensatez, podremos salvar muchas vidas. Pero si no nos tomamos en serio todas estas precauciones, es posible que casi todos los habitantes de la ciudad y casi todos nuestros soldados hayan muerto dentro de unas pocas semanas.

Los oficiales hablaron entre sí con cara de preocupación.

—Ésa es la peor de las posibilidades —dijo Drefan, captando de nuevo la atención general—. No pretendemos subestimar el peligro, pero también tenemos cosas en nuestro favor. La más importante es el tiempo. Las plagas que he visto y sobre las que he leído se propagan mucho más rápidamente en verano. Dudo que ésta logre afianzarse con el tiempo tan frío que estamos teniendo. Eso ya es mucho.

Los hombres suspiraron, cobrando nuevas esperanzas que Kahlan no compartía.

—Una cosa más —añadió Richard, mirando a todos los presentes a los ojos—. Somos d'haranianos. Somos personas de honor. Nuestros hombres se comportarán en consecuencia. No quiero que nadie mienta al pueblo acerca del peligro, ni que asegure que no existe riesgo, aunque tampoco quiero que nadie extienda el pánico deliberadamente. No hay por qué asustar más a la gente.

»También sois soldados. Libramos una batalla, como si alguien hubiese atacado a los nuestros. Es parte de nuestro trabajo.

»Algunos de los hombres tendrán que quedarse en la ciudad para ayudar. Necesitaremos hombres de armas para sofocar cualquier posible alzamiento. Si se producen disturbios, como ocurrió con la luna roja, quiero que se repriman de inmediato. Usad la fuerza que sea necesaria, pero no más de la necesaria. Recordad que los habitantes de esta ciudad son nuestra gente, y que nosotros somos sus protectores, no sus carceleros.

»Necesitaremos hombres para ayudar a cavar tumbas. Si la peste causa estragos, no podremos quemar todos los cuerpos.

—¿Cuántos calculáis que pueden morir, lord Rahl? —preguntó uno de los oficiales.

—Miles —respondió Drefan—. Decenas de miles. —Su mirada recorrió a todos los presentes—. Y si las cosas se ponen feas, más. He leído sobre una plaga que duró tres meses y que mató casi a tres de cada cuatro habitantes de una ciudad que contaba con casi medio millón de habitantes.

Un oficial situado atrás dejó escapar un silbido en voz baja.

—Una cosa más —dijo Richard—. Se producirán ataques de pánico. Algunas personas querrán huir de Aydindril para ponerse a salvo. Pero la mayoría decidirán quedarse, no sólo porque éste es el único lugar que conocen, sino porque aquí es donde se ganan el pan.

»No podemos permitir que los que huyan de Aydindril extiendan la plaga a otros lugares de la Tierra Central o incluso de D'Hara. Deben permanecer confinados en esta zona. Si quieren huir de la ciudad para refugiarse en las colinas circundantes, para alejarse de sus vecinos que temen que tengan ya la peste, debemos comprender su miedo.

»Podrán refugiarse en el campo, si lo desean, aunque no podrán abandonar la zona. Quiero que los soldados de las diferentes unidades rodeen la ciudad y su periferia para proteger todas las rutas que parten de Aydindril o llevan a ella. Nadie podrá salir de esos límites.

»Cualquier persona que huya puede estar infectada con la peste sin saberlo, por lo cual representa un peligro para los habitantes de otras zonas. Como último recurso, utilizaréis la fuerza para impedirles que propaguen la peste. Recordad que no se trata de personas malvadas, sino de pobre gente asustada por sus vidas y por sus familias.

»Quienes abandonen la ciudad no tardarán en quedarse sin comida y morirse de hambre. Recordadles que se lleven provisiones, pues en el campo no encontrarán alimentos. Escapando de la peste, pueden acabar muriendo de hambre. Recordádselo y también que no se tolerará el saqueo de granjas. No permitiremos que cunda la anarquía.

»Bueno, creo que eso es todo. ¿Alguna pregunta?

—¿Partiréis esta noche, majestad y lord Rahl, o por la mañana? —preguntó el general Baldwin—. ¿Dónde os refugiaréis?

—Richard y yo nos quedamos en Aydindril —declaró Kahlan.

—¿Cómo? Pero debéis marcharos —insistió Baldwin—. Por favor, ambos debéis escapar. Os necesitamos para que nos guiéis.

—No sabíamos a lo que nos enfrentábamos hasta que ya fue demasiado tarde. Es posible que hayamos estado expuestos a la plaga.

—No es muy probable —añadió Richard para aplacar sus temores—. Yo debo quedarme para tratar de hallar algún medio mágico para poner fin a esta plaga. Tendré que buscar en el Alcázar. Si nos refugiamos en las colinas, donde no podemos ser útiles, podemos perder la oportunidad de dar con la solución. Nos quedaremos aquí y supervisaremos el gobierno de la ciudad.

»Drefan es el sumo sacerdote de los raug'moss, una comunidad de sanadores de D'Hara. La Madre Confesora y yo no podríamos estar en mejores manos. Nadine también se quedará. Entre ella y Drefan tratarán de ayudar en lo posible a los enfermos.

Mientras los oficiales hacían preguntas y discutían sobre alimentos y provisiones, Kahlan se acercó a la ventana para contemplar la nieve y el viento de esa tormenta de primavera. Richard hablaba con sus hombres tal como un comandante arenga a sus soldados en vísperas de una batalla, para infundirles determinación y prepararlos ante las dificultades de la lucha que se avecinaba. Y, como en cualquier batalla, la muerte sería la dueña y señora.

A pesar de que Drefan sostenía que la peste no se manifestaba con toda su fuerza en tiempo frío, Kahlan sabía que sería distinto en este caso. No se enfrentaban a una plaga corriente. Era una plaga desencadenada mediante magia, por un hombre que quería matarlos a todos.

Abajo, en el pozo, Jagang lo había llamado *ja'la dh jin*, el juego de la vida. Furioso porque Richard había cambiado el balón por otro menos pesado para que todos los niños pudieran jugar y no sólo los más fuertes y brutos, Jagang había decidido comenzar su mortífera labor justamente por esos niños. No había sido un accidente, sino un mensaje.

Era el juego de la vida.

Si ganaba, ése sería el mundo de Jagang; un mundo gobernado por la violencia y la brutalidad.

33

Durante la hora siguiente, los oficiales formularon preguntas, la mayoría de ellas dirigidas a Drefan. Ambos generales ofrecieron a Richard sugerencias en relación a cuestiones de mando y logística. Las opciones se debatían brevemente, se elaboraban planes y se asignaban diferentes misiones a los oficiales. Esa misma noche, el ejército se pondría en marcha. Muchos miembros de la Sangre de la Virtud se habían rendido y, pese a haber jurado fidelidad a Richard, se consideró más prudente dividirlos y repartirlos entre las diferentes unidades, antes que permitir que continuaran juntos. Richard se mostró de acuerdo.

Cuando por fin todos partieron para ponerse manos a la obra, Richard se dejó caer pesadamente en la silla. Había cambiado mucho desde los días en que era un simple guía de bosque.

Kahlan se sentía orgullosa de él. Abrió la boca para decirlo, pero Nadine se le adelantó.

—Gracias —murmuró Richard sin ninguna emoción.

Nadine le tocó tímidamente los hombros con las yemas de los dedos.

—Richard, siempre fuiste... No sé... para mí siempre fuiste Richard, un chico de mi pueblo, un guía de bosque. Pero hoy, y especialmente esta noche, rodeado de tantos hombres importantes, creo que por primera vez te he visto de otro modo. Eres realmente lord Rahl.

Richard apoyó los codos en la mesa y descansó la cara en las manos.

—Ojalá estuviera en el fondo del precipicio, enterrado junto con el Templo de los Vientos.

—No seas tonto —musitó la joven curandera.

Kahlan, enojada, se aproximó a Richard. Nadine se apartó discretamente.

—Richard, tienes que dormir un poco. Ve a la cama. Lo prometiste. Tienes que estar fuerte. Si no descansas...

—Lo sé. —Se levantó apoyándose sobre las manos—. ¿Tenéis algo que me ayude a conciliar el sueño? —preguntó a Drefan y a Nadine—. Lo he intentado, pero últimamente no lo consigo. La cabeza no deja de darme vueltas.

—Una desarmonía del Feng San —anunció Drefan ipso facto—. Producida por ti mismo, por empeñarte en sobrepasar las capacidades de tu cuerpo. Hay límites que debemos respetar si...

—Drefan —lo interrumpió Richard suavemente—, sé a qué te refieres, pero hago lo que debo. Debes comprenderlo. Jagang intenta matarnos a todos. ¿De qué va a servirme estar rebosante de vida, como una ardilla en primavera, si eso significa el fin para todos nosotros?

—Lo entiendo —repuso Drefan hoscamente—, pero debes esforzarte por conservar las fuerzas.

—Bueno, lo intentaré más adelante. ¿Qué me dices de ayudarme a dormir esta noche?

—Meditación —dijo Drefan—. Eso calmará los flujos de energía y comenzará a restaurar la armonía entre ellos.

Richard no parecía muy convencido.

—Drefan, centenares de miles de personas están en peligro de muerte porque Jagang quiere someter bajo su yugo a todo el mundo. Nos ha demostrado que su determinación no tiene límites.

»Ha empezado matando a los niños. —Richard apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. ¡Sólo para enviarme un mensaje! ¡Niños! No tiene conciencia. Me está demostrando de lo que es capaz para ganar. ¡Quiere obligarme a rendirme! ¡Cree que de ese modo quebrará mi voluntad!

En contraste con los nudillos, la cara de Richard se tiñó de escarlata.

—Pero se equivoca. Nunca entregaré a nuestra gente a ese maldito tirano. ¡Jamás! ¡Haré lo que sea necesario para poner fin a esta plaga! ¡Lo juro!

Richard daba rienda suelta a la ira por tener que enfrentarse a un enemigo invisible, a una amenaza intangible. No había manera de luchar directamente. Kahlan leyó en sus ojos que esa furia no era la magia de la espada. Era la propia ira de Richard, nada más y nada menos.

Finalmente se calmó, inspiró en profundidad y se secó el sudor del rostro con una mano. Cuando habló, su tono había recuperado la normalidad.

—Cuando trato de meditar, lo único que veo son a esos niños enfermos y muertos. Por favor, no puedo soportar verlo en sueños. Necesito dormir sin soñar.

—¿Dormir sin soñar? ¿Tienes sueños perturbadores?

—Pesadillas. También las tengo cuando estoy despierto, pero son reales. El Caminante de los Sueños no puede penetrar en mis sueños, pero ha hallado el modo de provocarme pesadillas. Por favor, queridos espíritus, sólo pido un poco de paz al menos mientras duermo.

—Es un signo claro de desarmonía en el meridiano Feng San —confirmó Drefan para sí mismo—. Ya veo que serás un paciente difícil, aunque por un motivo justificado.

Drefan retiró el alfiler de hueso de la lazada de piel y abrió la solapa de una de las bolsas que llevaba al cinto. De ella sacó bolsitas de cuero. Volvió a dejar una.

—No, esto calmaría el dolor, pero no te ayudaría a dormir. —Olió otra—. No, ésta te provocaría vómitos. —Hurgó entre el resto de sus cosas y, finalmente, cerró la solapa de la bolsa—. Me temo que no he traído nada sencillo. Sólo lo más insólito.

—Bueno —suspiró Richard—, gracias por intentarlo. Drefan se volvió hacia Nadine, que se reprimía, apretando los labios con fuerza, absolutamente encantada, mientras los otros hablaban.

—Las hierbas que le diste a la madre de Yonick no serían suficientemente fuertes para Richard. ¿Tienes lúpulo? —preguntó Drefan.

—Pues claro —respondió Nadine tranquilamente, aunque era evidente que se sentía complacida de que por fin alguien le hubiera preguntado—. En tintura, por supuesto.

—Perfecto —repuso Drefan, y dio una palmada a Richard en la espalda—. Ya meditarás otro día. Esta noche te dormirás en seguida. Nadine te preparará un remedio. Yo voy a hablar con el personal y a darles recomendaciones.

—No te olvides de meditar —rezongó Richard cuando su hermano ya se iba.

Berdine se quedó estudiando el diario, mientras que Nadine, Cara, Raina, Ulic, Egan y Kahlan seguían a Richard hasta su dormitorio, situado a poca distancia del despacho. Ulic y Egan tomaron posiciones fuera, en el pasillo. El resto entró con Richard.

Una vez dentro, el joven arrojó la capa dorada encima de una silla. Luego se quitó por la cabeza el tahalí y dejó la Espada de la Verdad encima. Con gestos fatigados se quitó la túnica con ribetes dorados y la camisa, y se quedó únicamente con una camiseta negra sin mangas.

Nadine lo observaba a hurtadillas mientras contaba en voz baja las gotas a medida que las iba vertiendo en un vaso de agua.

Richard se dejó caer sobre el borde de la cama.

—Cara, ¿me ayudas a quitarme las botas, por favor? —pidió.

Cara puso los ojos en blanco.

—¿Acaso tengo aspecto de ayuda de cámara?

No obstante, se agachó para ayudarlo cuando Richard sonrió.

—Por favor, dile a Berdine que quiero que busque cualquier referencia a esa Montaña de los Cuatro Vientos —dijo, apoyándose en los codos—. A ver qué más consigue averiguar.

—Qué idea tan brillante —comentó Cara con fingido entusiasmo—. Apuesto a que jamás se le habría ocurrido a ella sola, oh amo que todo lo sabe y todo lo conoce.

—De acuerdo, de acuerdo. Supongo que no soy imprescindible. ¿Qué tal va la preparación de la poción mágica?

—Ya está lista —respondió Nadine alegremente.

Cara gruñó mientras le quitaba la otra bota.

—Si os desabrocháis los pantalones, también os los quitaré.

Richard torció el gesto.

—Ya me apañaré solo. Gracias.

Cara sonrió para sí mientras Richard se levantaba de la cama y se aproximaba a Nadine. La muchacha le tendió el vaso de agua que contenía tintura de lúpulo. Pero le había puesto algo más.

—No te la bebas toda. He puesto cincuenta gotas. Es más de lo que necesitas, pero será mejor que tengas de sobra. Bebe más o menos un tercio y luego si te despiertas por la noche, siempre puedes tomar un sorbo o dos más. He añadido un poco de valeriana y escutelaria para asegurarme de que duermes profundamente y sin sueños.

Richard se tragó la mitad e hizo una mueca.

—Tiene tan mal sabor que si no me hace dormir, seguro que me mata.

—Dormirás como un bebé —le aseguró Nadine con una sonrisa.

—Por lo que tengo entendido, los bebés no son buenos durmientes.

Nadine se rió con voz suave y cantarina.

—Dormirás, Richard. Te lo prometo. Si te despiertas demasiado temprano, toma un poco más.

—Gracias. —Se sentó al borde del lecho, mirando a una mujer y luego a otra—. Puedo quitarme solo los pantalones. Lo juro.

Cara puso los ojos en blanco y desfiló hacia la puerta, empujando a Nadine delante de ella. Kahlan lo besó en la mejilla.

—Acuéstate. Enseguida que haya hablado con los guardias volveré para arroparte y darte un beso de buenas noches.

Raina siguió a Kahlan fuera del dormitorio y cerró la puerta. Nadine esperaba, balanceándose sobre los talones.

—¿Cómo tienes el brazo? ¿Necesitas una cataplasma?

—Está mucho mejor —contestó Kahlan—. Creo que ya está bien del todo. Pero gracias por preguntar.

Kahlan enlazó las manos y se quedó mirando a Nadine. Cara miraba a Nadine. Raina miraba a Nadine.

La mirada de Nadine iba de una mujer a otra. Echó un vistazo a Ulic y Egan, que también la miraban.

—Muy bien, entonces —dijo al fin—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron Kahlan, Cara y Raina a coro.

La observaron mientras se alejaba sin prisas.

—Sigo diciendo que deberíais haber permitido que la matara —comentó Cara en voz baja.

—Tal vez te lo permita —dijo Kahlan, y llamó a la puerta—. ¿Richard? ¿Te has acostado ya?

—Sí.

Cara quiso entrar con Kahlan.

—Sólo será un minuto, Cara. No creo que pueda quitarme la virtud en sólo un minuto.

—Con lord Rahl —contestó Cara— todo es posible.

Raina se rió y apartó el brazo de Cara de un manotazo para que Kahlan entrara.

—Yo no me preocuparía. Después de lo que hemos visto hoy, ni él ni yo estamos de humor para eso —dijo Kahlan, y cerró la puerta.

Solamente ardía una vela. Richard se había tapado hasta el pecho. Kahlan se sentó al borde de la cama, le cogió una mano y se la llevó a su corazón.

—¿Te sientes muy decepcionada? —le preguntó Richard.

—Richard, nos casaremos. Te he esperado toda la vida. Estamos juntos. Eso es lo que cuenta de verdad.

Richard sonrió. Sus cansados ojos refulgieron.

—Bueno, eso no es todo.

Kahlan no pudo evitar sonreír levemente y le besó los nudillos.

—Siempre y cuando tú y yo lo entendamos. No quería que te durmieras pensando que me habías roto el corazón por no poder casarnos enseguida. Cuando podamos nos casaremos.

Richard le colocó la otra mano en la nuca y la atrajo hacia sí para besarla dulcemente. Kahlan apoyó una mano en el pecho desnudo de Richard, notando la calidez de su carne, su respiración, los latidos de su corazón. Si no se hubiera sentido tan afligida por el sufrimiento de los niños que había visto ese día, tocarlo hubiese inflamado su deseo.

—Te amo —susurró.

—Te amo, ahora y siempre —susurró él también.

Kahlan sopló la vela para apagarla.

—Que duermas bien, amor mío.

Cuando cerró la puerta detrás de sí, Cara la miró con recelo.

—Habéis estado dos minutos —la acusó.

—Raina —pidió Kahlan, sin hacer caso de la pulla de Cara—, ¿puedes vigilar la habitación de Richard hasta que te acuestes? Luego deja a alguien.

—Sí, Madre Confesora.

—Ulic, Egan, con esa bebida para dormir Richard no se despertaría en caso de peligro. Quiero que uno de los dos se quede aquí cuando Raina se retire.

Ulic cruzó los musculosos brazos.

—Madre Confesora, no tenemos ninguna intención de movernos de aquí mientras lord Rahl duerma.

Egan señaló el suelo de la pared de enfrente.

—Si es preciso, uno puede echar un sueñecito. Ambos nos quedaremos. No os preocupéis, lord Rahl estará a salvo mientras duerme.

—Gracias a todos. Una cosa más, Nadine no debe entrar en la habitación bajo ninguna circunstancia.

Todos asintieron, satisfechos. A continuación Kahlan se volvió hacia la mord-sith rubia.

—Cara, ve a buscar a Berdine. Yo mientras iré a por mi capa. Os aconsejo que también vosotras llevéis las capas. Hace una noche de perros.

—¿Adónde vamos?

—Me reuniré con vosotras abajo en los establos.

—¿Los establos? ¿Por qué queréis salir? Es hora de cenar.

Cara jamás rehuiría el deber por algo tan nimio como una cena. Recelaba.

—En ese caso, coge algo de las cocinas para el camino.

—¿Adónde vamos? —preguntó de nuevo Cara, uniendo las manos a la espalda.

—A dar un paseo a caballo.

—¿Un paseo? Madre Confesora, ¿adónde vamos?

—Al Alcázar del Hechicero.

Cara y Raina pusieron cara de sorpresa. En el caso de Cara, la sorpresa se tornó desaprobación.

—¿Sabe lord Rahl que pretendéis subir al Alcázar del Hechicero?

—Claro que no. Si le hubiera dicho por qué quiero ir, habría insistido en acompañarme. Necesita dormir. Por eso no le he dicho nada.

—¿Por qué vamos?

—Porque el Templo de los Vientos ha desaparecido. Los magos que lo hicieron fueron sometidos a juicio. En el Alcázar se guardan las actas de todos los juicios celebrados allí. Quiero encontrar el registro de ese juicio. Mañana, cuando esté descansado, Richard podrá leerlo. Podría serle útil.

—Muy sensato eso de ir al Alcázar del Hechicero de noche. Voy a buscar a Berdine, cogeré un poco de comida y me reuniré con vos en los establos. Lo convertiremos en un picnic —comentó Cara con despreocupado sarcasmo.

34

Kahlan se limpió los copos de nieve, grandes y húmedos, que se le habían acumulado en las pestañas y se cubrió la cabeza con la capucha de la capa mientras se reconvenía a sí misma por no haber pensado en cambiarse el vestido blanco de Confesora. Se levantó, apoyándose en los estribos, metió una mano entre las piernas y atrajo hacia sí más trozo de la espalda del vestido bajo las piernas desnudas para protegerlas de la fría silla de montar. Afortunadamente llevaba botas altas, de modo que aunque se hubiera arremangado el vestido para sentarse en la silla, las pantorrillas no quedaban expuestas al viento. Pese a todo, se alegraba de volver a montar a *Nick*, el imponente caballo de guerra que sus soldados galeanos le habían regalado. *Nick* era un viejo amigo.

Cara y Berdine parecían tan incómodas como ella, aunque Kahlan sabía que eso se debía a que les daba miedo ir a un lugar mágico. Ya habían estado en el Alcázar del Hechicero y no deseaban regresar. En los establos habían tratado de persuadirla. Pero Kahlan les había recordado la peste.

Nick movió las orejas incluso antes de que las figuras oscuras de los soldados aparecieran de improviso entre los remolinos de nieve para darles el alto. Kahlan supo que acababan de llegar al puente de piedra; los soldados estaban apostados justo en el lado de la ciudad.

Cuando Cara les gruñó algo, feliz de tener a alguien sobre quien descargar su mal humor, los soldados envainaron las armas.

—Muy mala noche para estar fuera, Madre Confesora —dijo uno de los soldados, alegrándose de poder dirigirse a alguien que no fuese una mord-sith.

—Muy mala noche para estar de guardia aquí —replicó ella.

El soldado miró por encima del hombro.

—Cualquier noche es mala para vigilar el Alcázar.

Kahlan sonrió.

—Pese a su aspecto siniestro, soldado, el Alcázar no es tan terrible como parece.

—Si vos lo decís, Madre Confesora. Yo, personalmente, preferiría montar guardia junto al mismo inframundo.

—Nadie ha tratado de entrar, ¿verdad?

—Si lo hubieran intentado, ya lo sabríais o habríais encontrado nuestros cuerpos, Madre Confesora.

Kahlan espoleó al gran semental. *Nick* resopló y se lanzó hacia adelante sobre la nieve resbaladiza. Kahlan confiaba en él en esas condiciones, así que dejó que el caballo llevara la delantera. Cara y Berdine la seguían con facilidad, balanceándose en la silla. En los establos, Cara había agarrado a su caballo por el bocado, lo había mirado a los ojos y le había ordenado que se comportara. Kahlan tuvo la desagradable sensación de que la yegua zaina había entendido la advertencia.

Apenas distinguía los muros de piedra que se alzaban a ambos lados del puente. Menos mal que los animales no podían ver el abismo que cruzaban. Sabía que *Nick* no se asustaría, pero no estaba tan segura de los otros dos caballos. Las paredes de piedra del tremendo abismo caían a pico a centenares de metros. A no ser que uno tuviera alas, el puente era el único modo de entrar en el Alcázar del Hechicero.

En la nevada oscuridad, el enorme Alcázar con sus impresionantes muros de piedra oscura, sus murallas, bastiones, torres, pasajes de conexión y sus puentes se confundían con la negrura impenetrable de la ladera de la montaña sobre la que había sido construido. Para los que no entendían de magia, el Alcázar representaba la inequívoca imagen de una siniestra amenaza.

Kahlan se había criado en Aydindril y había subido incontables veces al Alcázar, casi siempre sola. Incluso de niña le permitían ir sola, igual que a las demás Confesoras jóvenes. Los magos del Alcázar le

hacían cosquillas, la perseguían por los pasillos y se reían con ella. Para Kahlan, el Alcázar era como su segundo hogar: tranquilizadoramente seguro, acogedor y protector.

No obstante, sabía que en el Alcázar se escondían peligros, como en cualquier otra casa. Un hogar era un lugar seguro y acogedor, siempre y cuando uno no fuese tan loco de acercarse demasiado a la chimenea. También sería de locos acercarse a algunos lugares del Alcázar.

Cuando creció dejó de ir sola al Alcázar. Cuando una Confesora llegaba a la edad adulta, era un peligro que fuese sola a ningún sitio. Una vez que una Confesora empezaba a oír confesiones debía contar siempre con la protección que le brindaba su mago.

Una Confesora adulta se ganaba enemigos. Las familias de los condenados se negaban a creer que sus seres queridos hubiesen cometido crímenes violentos o culpaban a las Confesoras de la sentencia de muerte, aunque las Confesoras eran el único medio posible de asegurarse de que verdaderamente se hacía justicia.

Invariablemente, se producían atentados contra la vida de una Confesora. No faltaban personas, desde plebeyos hasta monarcas, que deseaban ver muerta a alguna de ellas.

—¿Cómo vamos a atravesar los escudos sin lord Rahl? —preguntó Berdine—. Las otras veces su magia nos permitía pasar. Solas no podremos cruzarlos.

Kahlan sonrió con convicción a las dos mord-sith.

—Richard no sabía adónde iba. Daba tumbos por el Alcázar, guiándose por su instinto. Yo conozco rutas que se pueden seguir sin necesidad de magia. Hay unos pocos escudos muy débiles para impedir que la gente corriente entre, pero ésos también puedo atravesarlos yo. Primero pasaré yo y después os tocaré para que podáis atravesarlos vosotras, igual que hizo Richard para permitiros cruzar los escudos más poderosos.

Cara gruñó hoscamente. Había esperado que los escudos les impidieran entrar.

—Cara, he estado en el Alcázar miles de veces. Es perfectamente seguro. Simplemente iremos a las bibliotecas. Igual que tú me proteges en el mundo exterior, en el Alcázar yo te protegeré a ti. Somos hermanas del agiel. No permitiré siquiera que te acerques a la magia peligrosa. ¿Confías en mí?

—Bueno... ya que sois una hermana del agiel... Tengo confianza en una hermana del agiel.

Pasaron bajo el enorme rastrillo y penetraron en el patio del Alcázar. Una vez dentro de las murallas exteriores, la nieve se fundía apenas tocar el suelo. Kahlan se retiró la capucha. El tiempo allí era agradablemente cálido.

Se sacudió la nieve de la capa e inspiró profundamente, llenándose los pulmones con el fresco aire primaveral y un aroma relajante y familiar. *Nick* relinchó de contento.

Seguida por ambas mord-sith, cruzó la explanada de grava y esquirlas de piedra hacia la abertura en forma de arco que se abría en el muro que discurría por debajo de parte del Alcázar. Mientras avanzaban por el largo pasaje, las lámparas que pendían de las sillas de montar de Cara y Berdine iluminaban el arco de piedra que las rodeaba, bañándolo en un resplandor anaranjado.

—¿Por qué vamos por aquí? Lord Rahl nos hizo entrar por esa puerta grande de ahí atrás —dijo Cara.

—Lo sé. Ésa es una de las razones por las que te asusta el Alcázar. Es una entrada muy peligrosa. Yo os llevo por donde acostumbro a entrar. Es mucho mejor, ya lo verás. Es la entrada que utilizaban quienes vivían y trabajaban aquí. Los visitantes entraban por otra puerta, donde un guía les daba la bienvenida y se ocupaba de ellos.

Al salir del túnel, los tres caballos contemplaron un extenso prado de hierba fresca. El camino de grava avanzaba junto al muro en el que se abría la entrada principal del Alcázar y, al otro lado del camino, una valla mantenía el prado cercado. La parte izquierda limitaba con los muros del Alcázar, por lo que no se necesitaba cerca, y detrás se alzaban los establos.

Kahlan desmontó y abrió la puerta de la valla. Después de quitarles las sillas y los arreos, los caballos quedaron libres en el prado, para que pastaran y retozaran a su gusto en el aire templado.

Una docena de amplios escalones de granito, lisos y más desgastados por delante por incontables pies durante miles de años, conducían a una entrada empotrada en el muro y una sencilla pero pesada puerta doble que permitía acceder al edificio del Alcázar. Cara y Berdine seguían a Kahlan portando las lámparas. La antesala era tan enorme que absorbió toda la luz, de modo que las débiles llamas apenas permitían adivinar las columnas y las arcadas.

—¿Qué es eso? —susurró Berdine—. Suena como un desagüe.

—Supongo que aquí no hay... ratas, ¿verdad?

—Se trata de una fuente. —La voz de Kahlan resonó en la distancia—. Y sí, Cara, en el Alcázar hay ratas, pero no en la parte donde voy a llevarte. Te lo prometo. Vamos, dame la lámpara. Te mostraré los esqueletos de este siniestro calabozo.

Kahlan cogió el candil y se encaminó hacia la lámpara clave que colgaba de la pared de la derecha. Podía encontrarla sin ayuda de la luz, lo había hecho muy a menudo, pero necesitaba la llama. Tras localizarla, levantó el alto tubo y la encendió con la llama del candil de Cara.

La lámpara clave prendió. Inmediatamente, con un sonido semejante al rugido del agua, el resto de las lámparas de la sala —eran centenares; en parejas, una a cada lado— se encendieron. La antesala quedó iluminada; el efecto fue el mismo que cuando se sube la mecha de una lámpara.

En pocos segundos fue como si el sol saliera en la antesala, que quedó iluminada por el suave resplandor dorado de todas las lámparas. Cara y Berdine se quedaron boquiabiertas.

A unos treinta metros por encima de sus cabezas, el techo acristalado se veía oscuro, pero durante el día entraban por él la luz y el calor a raudales. Por la noche, si el cielo estaba despejado, uno podía apagar las lámparas y contemplar las estrellas o dejar que la luz de la luna iluminara la sala.

En el centro del suelo de baldosas se veía una fuente en forma de hoja de trébol. Un surtidor de agua se alzaba más de cuatro metros en el aire por encima de la pila principal para luego derramarse en cascada sobre sucesivas piletas festoneadas, cada una más baja y ancha que la anterior, hasta confluir en el estanque inferior desde puntos uniformemente dispuestos, trazando arcos perfectamente coordinados. Un muro externo y ancho, de abigarrado mármol blanco, hacía las veces de banco.

Berdine descendió un escalón de los cinco que rodeaban la sala.

—Qué hermosura —susurró, atónita.

Cara contempló las columnas de mármol rojo que sostenían los arcos de la balconada que discurría a lo largo de toda la sala de forma oval. Sonreía.

—Esto no se parece en nada al lugar al que nos llevó lord Rahl —comentó, ceñuda—. Las lámparas. Eso fue magia. Hay magia aquí dentro. Dijisteis que nos mantendríais alejadas de la magia.

—Dije que os mantendría alejadas de la magia peligrosa. Las lámparas son una especie de escudo, pero a la inversa. Su función no es mantener a las personas alejadas, sino que son un escudo habilitador, que da la bienvenida y ayuda a entrar. Es un tipo de magia amistosa, Cara.

—Amistosa. Ya, ya.

—Sigamos. Hemos venido con un propósito. Tenemos trabajo que hacer.

Kahlan las condujo a las bibliotecas a través de pasillos elegantes y cálidos, muy distintos de las aterradoras rutas que las mord-sith conocían. Solamente encontraron tres escudos, que la magia de Kahlan permitía atravesar. La Confesora cogió a Cara y Berdine de la mano para que también ellas los cruzaran, aunque ambas se quejaron de una sensación de cosquilleo.

Esos escudos no protegían zonas peligrosas, por lo que eran más débiles que otros del Alcázar. Kahlan no podía atravesar algunos escudos, por ejemplo los que Richard había cruzado para descender donde estaba la sliph, aunque sospechaba que debían de existir otros modos de llegar hasta allí. Richard había atravesado escudos que, por lo que Kahlan sabía, ningún mago había atravesado antes.

Llegaron a un cruce con sendos pasillos de piedra color rosa claro a un lado y a otro. En algunos lugares, el pasillo se convertía en habitaciones espaciosas equipadas con bancos acolchados pegados a las

paredes, donde poder conversar o leer. En cada una de estas salitas se abría una puerta doble que conducía a una biblioteca.

—Yo he estado aquí —dijo Berdine—. Lo recuerdo.

—Sí. Richard os trajo aquí pero por un camino distinto.

Kahlan continuó avanzando hasta llegar a la octava salita y allí atravesó la puerta doble para entrar en la biblioteca. Con ayuda de la lámpara que llevaba encendió la lámpara clave, que, como la vez anterior, prendió todas las demás, disipando el velo de oscuridad y volviendo la sala a la vida. Los suelos eran de madera pulida y las paredes estaban revestidas con madera de roble de la tonalidad de la miel. Durante el día, las ventanas acristaladas situadas en la pared del fondo permitían que entrara la luz y ofrecían una vista magnífica de Aydindril. Pero, debido a la nieve, lo único que podía divisarse era alguna que otra luz de la ciudad, que se extendía abajo.

Kahlan recorrió el pasillo que quedaba entre las mesas de lectura y las interminables filas de estanterías, buscando la que recordaba. Solamente en esa sala había ciento cuarenta y cinco hileras de libros. Se habían dispuesto sillas muy cómodas para leer, aunque esa noche necesitarían las mesas para esparcir los libros.

—Así que ésta es la biblioteca —dijo Cara—. En D'Hara, en el Palacio del Pueblo, tenemos bibliotecas mucho mayores que ésta.

—Existen otras veintiséis salas como ésta. Supongo que en el Alcázar hay miles y miles de libros —repuso Kahlan.

—En ese caso, ¿cómo vamos a localizar los que buscamos? —se inquietó Berdine.

—No es tan difícil como parece, aunque las bibliotecas pueden convertirse en un laberinto desconcertante cuando quieres encontrar algo. Conocí a un mago que buscó y buscó durante toda su vida una información que sabía que estaba en las bibliotecas. Nunca la encontró.

—¿Cómo esperáis entonces que nosotras lo consigamos?

—Porque algunos temas son tan especializados que se guardan juntos. Libros de idiomas, por ejemplo. Puedo mostraros dónde están todos los libros sobre un idioma en concreto, pues, al no tratar de magia, están agrupados. Ignoro cómo están organizados los libros sobre magia y profecías, si es que siguen algún orden.

»Sea como sea, en esta biblioteca es donde se guardan determinados documentos, por ejemplo los registros de los juicios celebrados en el Alcázar. No los he leído, pero me enseñaron sobre ellos.

Kahlan dio media vuelta y las guió entre dos hileras de estanterías. Cuando hubo recorrido aproximadamente la mitad de los quince metros de longitud que medía el pasillo, se detuvo.

—Son éstos. Los reconozco por los títulos en los lomos, que están escritos en diferentes idiomas. Puesto que conozco todos los idiomas excepto d'haraniano culto, Berdine se ocupará de los escritos en d'haraniano culto, Cara buscará en los que están en nuestro idioma y yo me encargaré de todos los escritos en otras lenguas.

Las tres mujeres comenzaron a retirar libros de las estanterías y a llevarlos a las mesas, donde los dividieron en tres montones. No había tantos como Kahlan se había temido. Berdine sólo tenía siete, Cara quince y Kahlan once, escritos en diferentes idiomas. Seguramente Berdine iría despacio, pues tendría que traducir el d'haraniano culto, pero Kahlan dominaba los demás idiomas y podría ayudar a Cara cuando acabara de examinar los libros de su montón.

Enseguida se dio cuenta de que la búsqueda sería más fácil de lo que había imaginado. Cada juicio comenzaba con la exposición del crimen cometido, por lo cual tan sólo tenía que ir eliminando los que no tuvieran nada que ver con el Templo de los Vientos.

Los cargos iban desde el robo de objetos de poco valor económico, pero mucho valor sentimental, hasta el asesinato. Una bruja fue acusada de echar un hechizo de amor pero fue absuelta. Un niño de doce años fue acusado de iniciar una pelea en la que le rompió el brazo a su contrincante; como el agresor había utilizado magia para causar el daño, la sentencia consistió en suspender al aprendiz de mago

durante un año. Otro mago fue acusado de borracho. Era su tercera acusación, y los castigos previos no habían puesto fin a su comportamiento pendenciero, por lo que fue declarado culpable y condenado a muerte. La sentencia se cumplió dos días después, cuando se le pasó la borrachera.

Por lo general, no había ninguna tolerancia hacia los magos borrachines, pues cuando bebían representaban un peligro muy real y podían causar daño a muchas personas, incluso la muerte. Kahlan solamente había visto a magos beber en exceso una sola vez.

Los informes de los juicios eran fascinantes, pero Kahlan tenía siempre presente su propósito y hojeaba rápidamente los libros, buscando alguna referencia al Templo de los Vientos o a un equipo de magos acusado de un crimen. Las mord-sith también hacían progresos. En el plazo de una hora, Kahlan acabó de examinar los once libros escritos en otros idiomas. A Berdine sólo le quedaban tres y a Cara, seis.

—¿Hay algo? —preguntó Kahlan.

—Acabo de leer el caso de un mago que solía levantarse la túnica delante de mujeres en el mercado de la calle Stentor y les decía que «besaran su serpiente». Nunca me imaginé que los magos pudieran meterse en tantos líos —comentó Cara.

—Son seres humanos normales y corrientes.

—No, no lo son. Poseen magia —objetó Cara.

—Yo también. ¿Has encontrado algo, Berdine?

—No, nada de lo que buscamos. Sólo crímenes comunes.

Kahlan alargó la mano hacia uno de los libros que le quedaban por examinar a Cara, pero se detuvo.

—Berdine, tú estuviste abajo, en la habitación de la sliph.

—No me lo recordéis —repuso ella, estremeciéndose exageradamente y emitiendo un sonido de repugnancia desde el fondo de la garganta.

Kahlan cerró los ojos, tratando de recordar la habitación. Se acordaba de los huesos de Kolo y también de la sliph, pero apenas recordaba nada más de lo que había allí.

—Berdine, ¿recuerdas si había algún libro más?

Berdine se mordió el extremo de una uña y entrecerró los ojos, concentrándose.

—Recuerdo que encontramos el diario de Kolo abierto encima de la mesa. Había un tintero y una pluma. Recuerdo los huesos de Kolo en el suelo, junto a la silla; la mayor parte de su ropa se había podrido mucho tiempo atrás. Aún llevaba alrededor de la cintura un cinturón de cuero.

Kahlan recordaba casi exactamente lo mismo.

—Pero ¿recuerdas si había libros en las estanterías?

Berdine alzó la vista, esforzándose por recordar.

—No.

—¿No los había o no lo recuerdas?

—No lo recuerdo; lord Rahl estaba muy excitado con el diario de Kolo. Dijo que era distinto de los libros de la biblioteca y tuvo el presentimiento de que era lo que había estado buscando, algo diferente. Nos fuimos inmediatamente.

—Vosotras dos seguid buscando —les ordenó mientras se levantaba—. Yo voy a bajar y echar un vistazo. Sólo para asegurarme.

La silla de Cara repicó contra el suelo al levantarse también.

—Os acompaño —anunció.

—Te advierto que encontraremos ratas.

—No será la primera vez que vea ratas —replicó la mord-sith con expresión ofendida—. He dicho que voy.

Kahlan recordaba perfectamente lo que le había explicado Cara sobre las ratas.

—Cara, no es necesario. Dentro del Alcázar no necesito que me protejas. Fuera sí, pero aquí conozco los peligros mejor que tú. Te prometí que no te llevaría a ningún lugar con magia peligrosa. Allí abajo la hay.

—En ese caso, también vos corréis peligro.

—No, porque yo lo conozco. Tú no. Sólo correrías peligro tú. Yo crecí aquí. Cuando no era más que una niña mi madre me permitía campar a mis anchas por el Alcázar, porque me habían enseñado qué peligros albergaba y cómo evitarlos. Sé lo que hago.

»Por favor, quédate aquí con Berdine, y acabad de examinar los libros. Así ganaremos tiempo, y eso es importante. Cuando antes encontremos lo que buscamos, antes podremos volver a casa para vigilar a Richard. Allí está el peligro.

El uniforme de cuero de Cara crujió cuando cambió el peso de pierna.

—Supongo que conocéis los peligros de la magia mejor que yo. Además, deberíamos volver a casa cuanto antes; Nadine está allí.

35

Kahlan trataba de encajar en el mapa del Alcázar que tenía en la memoria los corredores, escaleras y habitaciones que atravesaba a medida que bajaba cada vez más, dando vueltas y más vueltas. Las ratas chillaban y huían ante la luz de su lámpara.

Nunca había entrado en la cámara de Kolo hasta que Richard la llevó, aunque desde las murallas y las pasarelas situadas en lo alto de la fortaleza había visto a menudo la torre en la que se encontraba. Richard la había conducido por un camino muy peligroso, atravesando escudos que ella jamás podría atravesar sola.

No obstante, estaba segura de que debía de existir otro camino que llevase hasta allí. Muchas partes del Alcázar no estaban protegidas con ningún escudo. Sólo tenía que encontrar una ruta sin escudos o con escudos que pudiera atravesar con su magia. Aunque no conocía las zonas que había recorrido con Richard, que siempre le habían estado vedadas porque estaban protegidas por escudos muy peligrosos, conocía muchos modos de esquivarlas.

Frecuentemente los «escudos duros», tal como los magos los llamaban, no pretendían impedir el acceso a un área determinada, sino, más bien, proteger algo que contenía esa área. Muchas de las habitaciones por las que la había llevado Richard eran lugares de magia amenazante, y Kahlan nunca las había visto. Solían ser la ruta más directa, aunque se requería magia especial para seguirla.

Si no se equivocaba y Richard había atravesado un laberinto lleno de peligros en lugar de atravesar directamente los escudos duros que protegían específicamente la torre, tenía que existir el modo de llegar a la cámara de la torre eludiendo los lugares peligrosos. Kahlan conocía por experiencia la distribución del Alcázar. Si la cámara de la torre fuera de acceso prohibido, estaría protegida por escudos duros propios. Pero si no era zona prohibida, seguro que existía un modo de entrar. Sólo tenía que encontrarlo.

Aunque había pasado mucho tiempo en el Alcázar, casi siempre estaba en las bibliotecas, estudiando. Desde luego lo había explorado un poco, pero el Alcázar era increíblemente grande. Lo que se veía desde fuera era inmenso, aunque la mayor parte de la fortaleza había sido excavada en la montaña. Las murallas no eran más que la punta del Alcázar, la corona del diente, pero la raíz, mucho mayor, permanecía enterrada.

Kahlan atravesó una habitación vacía tallada en el lecho de roca y tomó uno de los pasillos del otro lado. Las habitaciones vacías abundaban en el Alcázar. Algunas de ellas, como la que acababa de dejar atrás, no parecían ser más que puntos de confluencia de diversos corredores conectados entre sí, que posiblemente se habían agrandado para proporcionar puntos de referencia.

El pasillo cuadrado perforado en la roca había sido cuidadosamente tallado y alisado. La lámpara iluminaba bandas de símbolos grabados en el granito, con tallas rodeadas por círculos a las que se había pulido hasta brillar. Cada franja rodeada por un círculo señalaba el emplazamiento de un escudo débil, que Kahlan atravesaba sintiendo simplemente un cosquilleo en la piel.

Delante de ella vio que el pasillo se bifurcaba en tres. Antes de llegar a la intersección, el aire que la rodeaba de pronto comenzó a zumbar. Apenas dio dos pasos más y ya no pudo seguir avanzando. Seguidamente se produjo un zumbido más agudo y desagradable. La larga melena se le levantó de los hombros y la espalda, extendiéndose en el aire en todas direcciones. Inmediatamente, la banda tallada en la piedra se iluminó con un resplandor rojo.

Kahlan retrocedió. El zumbido disminuyó en intensidad y el pelo volvió a posarse sobre la espalda.

Lanzó una maldición en voz baja. Un escudo zumbador representaba una seria advertencia de que se mantuviera alejada. El resplandor rojo señalaba la zona del escudo, mientras que el zumbido avisaba de que se acababa de entrar en el campo de un escudo peligroso.

Algunos de esos escudos duros daban al aire la densidad del barro y luego de la piedra para impedir que las personas que no poseían la magia adecuada se acercaran. Algunos de los escudos zumbadores no impedían entrar, pero si se atravesaban, arrancaban la carne y el músculo de la persona, dejando el puro hueso. Los escudos más débiles se habían colocado para impedir que las personas que no poseían magia, y por tanto tampoco poseían los conocimientos necesarios, se acercaran al peligro.

Kahlan dio media vuelta y rápidamente volvió sobre sus pasos, sosteniendo la lámpara en alto. Al llegar a la confluencia tomó otro corredor que iba más o menos en la dirección que deseaba seguir. Era un corredor de aspecto más acogedor, con las paredes blanqueadas y el techo encalado, con lo cual la lámpara iluminaba mejor el camino.

En el pasillo blanco no se topó con ningún escudo. Bajó una escalera que la condujo a un nivel inferior. A los pies de ésta nacía un corredor de piedra que le permitió avanzar rápidamente, sin atravesar escudos. Kahlan repasaba mentalmente los pasillos, habitaciones, escaleras y angostos túneles que había recorrido. Estaba bastante segura de que, eliminando las rutas falsas que había tomado, era posible entrar en la torre y salir de ella sin encontrar ningún escudo.

Al llegar al final del corredor de piedra abrió una puerta y se encontró en una pasarela con una barandilla de hierro. Alzó la lámpara al frente y comprobó que se encontraba en el nivel inferior de la torre.

La pasarela rodeaba el corredor. Una escalera de caracol ascendía en espiral por el interior de la inmensa torre de piedra, con descansillos en cada puerta del recorrido. En el fondo de la torre acechaba un pequeño estanque de aguas negras. Algunas rocas emergían a la superficie. Los bichos rozaban la tenebrosa superficie del estanque y sobre las rocas descansaban las salamandras, cuyos ojos rodaron hacia arriba para mirarla.

Ése había sido el escenario en que se desarrolló la lucha de Richard y Kahlan contra la reina mriswith. Aún podían verse los huevos rotos y hediondos de la reina desparramados sobre las rocas. Fragmentos de la puerta de la habitación de Kolo, que había estallado, aún flotaban en el estanque, transformados en islas ocupadas por bichos gordos que sisearon contra la intrusa.

Enfrente, al otro lado del agua, vio la abertura de la habitación de Kolo.

Rápidamente avanzó por la pasarela hasta el otro lado de la torre circular y llegó a la amplia plataforma delante de la cámara de Kolo. Aún se veían los bordes ennegrecidos y recortados de la puerta. En algunos puntos, la piedra se había fundido como la cera de una vela. Fuera de la cámara, líneas negras de hollín producidas por la fuerza desatada que había abierto la cámara de Kolo, después de miles de años de permanecer cerrada, recorrían el muro de la torre.

Cuando Richard destruyó las Torres de Perdición, también acabó con la magia de esa cámara. Las torres fueron erigidas tres mil años antes, en la gran guerra, para mantener el Viejo y el Nuevo Mundo aislados uno del otro. Asimismo, sellaron esa habitación con la sliph y también al hombre que tuvo la mala fortuna de estar de guardia cuando eso sucedió.

Los fragmentos de piedra crujieron bajo los pies de Kahlan cuando entró en la habitación en la que Kolo había muerto y donde moraba la sliph. El silencio le zumbaba en los oídos y resultaba tan opresivo que Kahlan se alegró de oír sus propios pasos.

Richard había despertado a la sliph de un sueño que había durado miles de años. La sliph lo había llevado al Viejo Mundo y luego los había transportado a ambos de vuelta a Aydindril sanos y salvos. Cuando regresaron, Richard había dormido de nuevo a la sliph. Durante tantos años que Kahlan había pasado en el Alcázar y jamás había tenido ni idea de la existencia de la sliph.

Ni siquiera podía ni imaginarse la magia que los magos del pasado eran capaces de conjurar para crear un ser como la sliph, o para lograr que permaneciera dormida durante miles de años y que despertara cuando fuese necesario. En su mente tan sólo podía concebir una pequeña parte del poder que debía de poseer Richard.

¿De qué habrían sido capaces esos magos guerreros de épocas remotas, poseedores de un poder inconmensurable y que conocían bien su don? ¿Qué terrores debieron de desatarse en la guerra entre seres dotados de tan increíble poder?

La sola idea le daba escalofríos.

Debieron de suceder cosas como la plaga que asolaba Aydindril. Ellos podían hacer ese tipo de cosas.

La luz de la lámpara iluminó los huesos de Kolo, caídos junto a la silla. La pluma y el tintero seguían encima de la mesa polvorienta. La cámara era redonda, de más de quince metros de diámetro, con una bóveda elevada que casi era tan alta como ancha era la habitación.

En el centro se alzaba una pared redonda de piedra, semejante a un pozo de ocho o nueve metros de diámetro. Allí moraba la sliph. Kahlan sostuvo la lámpara por encima de la pared del pozo y echó una rápida mirada hacia abajo. Los muros del oscuro agujero eran lisos y el pozo era de una profundidad insondable.

Las paredes de la cámara se veían chamuscadas con líneas irregulares causadas por los relámpagos que habían estallado dentro; otro resultado de la magia que Richard había invocado para destruir las torres y que había hecho estallar la puerta. Kahlan examinó rápidamente la habitación, buscando cualquier cosa útil. Pero, aparte de la mesa, la silla y Kolo, solamente vio unos polvorientos estantes.

Se sintió decepcionada al comprobar que no contenían libros. Encontró tres recipientes con tapa de vidrio azul desvaído, que probablemente habían contenido agua o sopa para el mago que montaba guardia junto a la sliph. Un cuenco también de cristal, pero blanco, contenía una cuchara de plata. También encontró una tela perfectamente doblada, tal vez una pieza bordada, en uno de los estantes. Pero cuando la tocó, se desintegró en polvo y pequeños copos.

Se agachó para examinar los estantes inferiores. Sólo contenían velas de repuesto y una lámpara.

De repente, una sensación de alarma la inundó: alguien la observaba.

Kahlan se quedó paralizada y contuvo la respiración, mientras se decía que no era más que su imaginación. El vello de la nuca se le erizó, y notó un escalofrío que le ascendía por los brazos y le ponía carne de gallina.

Aguzó los oídos, tratando de percibir cualquier sonido. Los talones se le encogieron dentro de las botas. No se atrevía a moverse. Cuando ya no pudo contener más la respiración, muy despacio y con cautela dejó que los pulmones se le llenaran de aire.

Lenta, muy lentamente, para no hacer ningún ruido, se enderezó un poco. No se atrevía a mover los pies para que las esquirlas de piedra no crujieran.

Con un coraje tan frágil como una cáscara de huevo, decidió esconderse detrás del pozo de la sliph. Desde allí podría determinar si aquella sensación no era más que un producto de su imaginación. Quizá sólo era una rata.

Giró el cuerpo para calcular la distancia que la separaba del pozo. Lo que vio la hizo retroceder y ahogar un grito.

36

Por el borde del pozo asomaba la cara de azogue de la sliph, que la observaba.

En los rasgos femeninos de la sliph, cubiertos por un lustre metálico que le conferían la cualidad de un espejo viviente, se reflejaban la luz de la lámpara y la misma habitación. Era obvio por qué Kolo se refería a la sliph en femenino. Si no hubiese sido por la gracia líquida con la que se movía, podría haber pasado por una estatua plateada.

Kahlan se llevó una mano al corazón desbocado. Aún jadeaba, tratando de recuperar el resuello. La sliph la miraba con curiosidad, como si se preguntara cuál sería el próximo movimiento de la mujer. En su diario, Kolo decía a menudo que «ella» lo estaba observando.

—Sliph... —balbució Kahlan—. ¿Qué estás haciendo despierta?

La cara de la sliph expresó extrañeza.

—¿Deseas viajar? —La inquietante voz resonó en la cámara. No había abierto los labios para hablar, pero esbozaba una afable sonrisa.

—¿Viajar? No. —Kahlan dio un paso hacia el pozo—. Sliph, Richard te durmió. Yo lo vi.

—Amo. Él me despertó.

—Sí, Richard te despertó y viajó en ti. Luego me rescató, y regresé con él... viajando en ti.

Kahlan recordaba esa extraña experiencia casi con cariño. Para viajar en la sliph era preciso respirarla a ella. Al principio tuvo miedo, pero Richard estaba allí, cogiéndola de la mano, así fue capaz de hacerlo y descubrió que viajar en la sliph era fascinante.

Respirar a la sliph la llevó al éxtasis.

—Recuerdo —dijo la sliph—. Una vez estuviste en mí, te recuerdo.

—¿Pero no recuerdas que Richard te durmió de nuevo?

—Me despertó de un sueño que duró una eternidad, pero no me sumió otra vez en un sueño profundo. Sólo me dijo que descansara hasta que volviera a necesitarme.

—Pero nosotros creímos que... creímos que te habías vuelto a dormir. ¿Por qué no... descansas, ahora?

—Te sentí cerca. Vine a ver.

Kahlan se aproximó al pozo.

—Sliph, ¿ha viajado alguien en ti desde que Richard y yo lo hicimos la última vez?

—Sí, me han utilizado.

De repente, la verdad se impuso a la sorpresa.

—Un hombre y una mujer. Viajaron en ti, ¿cierto?

La sonrisa de la sliph se volvió taimada, pero no respondió.

—¿Quién era, sliph, quién viajó en ti?

—Deberías saber que jamás traiciono a los que llevo.

—¿Debería saberlo? ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Tú has viajado en mí. Jamás te descubriría. Yo nunca revelo la identidad de mis pasajeros. Has viajado, de modo que debes entenderlo.

Kahlan se humedeció los labios, armándose de paciencia.

—Sliph, me temo que, en realidad, no sé absolutamente nada sobre ti. No perteneces a mi tiempo, sino a una época que se remonta en el pasado. Lo único que sé es que puedes viajar y que hace tiempo me ayudaste. Nos fuiste muy útil para derrotar a gente muy malvada.

—Me alegro de haberte complacido. ¿Quieres que vuelva a hacerlo? ¿Te gustaría viajar de nuevo?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Ésa era la razón por la que Marlin trataba de llegar al Alcázar. Sin duda, él y la hermana Amelia viajaron a Aydindril desde el Viejo Mundo en la sliph. Jagang había dicho que esperó a revelarse hasta que Amelia regresó. ¿De qué otro modo pudo regresar tan rápidamente si no en la sliph?

—Sliph —dijo Kahlan en tono implorante—, ciertas personas perversas...

Se interrumpió e inspiró profundamente por la boca. Los ojos se le pusieron como platos.

—Sliph, una vez me llevaste al Viejo Mundo —susurró.

—Sí, conozco el lugar. Ven, viajaremos.

—No, no es allí adonde quiero ir. Sliph, ¿puedes viajar a otros lugares?

—Naturalmente.

—¿Adónde?

—A muchos lugares. Debes saberlo. Ya has viajado. Di el lugar al que te gustaría ir, y viajaremos.

Kahlan se inclinó hacia la atractiva cara plateada.

—La bruja. ¿Puedes llevarme junto a la bruja?

—No conozco ese lugar.

—No es un lugar. Es una persona. La bruja vive en las montañas Rang'Shada, en un lugar llamado Fuentes del Agaden.

—Ah. He estado allí.

Kahlan se tocó los labios con dedos temblorosos.

—Ven y viajaremos —dijo la sliph, y una vez más su inquietante voz resonó contra los antiguos muros de piedra. El sonido se desvaneció muy lentamente, de modo que el silencio se posó de nuevo cubriéndolo todo, como la capa de polvo que había en la habitación.

Kahlan carraspeó.

—Antes tengo que hacer algo. ¿Estarás aquí cuando vuelva? ¿Me esperarás?

—Si estoy descansando, llámame y viajaremos. Te complaceré.

—¿Quieres decir que si no te veo tengo que gritar tu nombre en el pozo y vendrás para viajar?

—Sí. Viajaremos.

Kahlan se frotaba las manos mientras retrocedía.

—Volveré. Volveré muy pronto y entonces viajaremos.

—Sí —confirmó la sliph, contemplando la retirada de Kahlan—, viajaremos.

Kahlan agarró la lámpara del suelo, cerca de los estantes, donde la había dejado. Al llegar a la puerta se detuvo y miró la faz azogada que flotaba en la penumbra.

—Volveré pronto. Viajaremos.

—Sí. Viajaremos —repitió la sliph, mientras Kahlan echaba a correr.

Mientras corría, se esforzaba por recordar el camino que había seguido. En su mente se libraba una batalla. Mientras sopesaba las diferentes opciones, trataba también de fijarse en los corredores, las habitaciones y las escaleras que dejaba atrás.

Cuando llegó al pasillo de las bibliotecas aún no se sentía preparada. Jadeaba y se dio cuenta de que no podía presentarse ante Cara y Berdine en ese estado. Sabrían que había pasado algo.

Cerca de la biblioteca en la que esperaban las mord-sith, Kahlan se dejó caer sobre un banco acolchado y dejó que la lámpara se deslizara al suelo. Entonces se recostó contra la pared y estiró sus

doloridas piernas. Con una mano se abanicaba mientras respiraba profundamente, tratando de persuadir a su corazón de que se calmara. Sabía que debía de estar roja como un tomate.

No podía permitir que la vieran en ese estado. Aprovechó para hacer planes mientras esperaba que el ritmo del corazón disminuyera, que los pulmones se recuperaran y el rostro se enfriara.

Shota sabía algo sobre la peste, de eso estaba segura, pues había dicho: «Que los espíritus se apiaden del alma de Richard».

Shota había enviado a Nadine para que se casara con Richard. Kahlan recordó vívidamente el vestido ceñido de Nadine, sus coquetas sonrisas, cómo la había acusado delante de Richard de no tener corazón y, sobre todo, cómo lo miraba cuando hablaba con él.

Reflexionó sobre lo que debía hacer. Shota era una bruja. Todos la temían. Incluso los magos la temían. Aunque Kahlan nunca había hecho nada contra ella, Shota seguía intentando perjudicarla.

Shota podía matarla. Pero no podría hacerlo si Kahlan la mataba a ella primero.

Distraída haciendo planes, recuperó rápidamente la compostura. Se levantó, se alisó el vestido e inspiró en profundidad para tranquilizarse.

Después de adoptar su cara de Confesora cruzó la puerta de la biblioteca donde las otras la esperaban.

Cara y Berdine se asomaron por detrás de una fila de estanterías. Ya no quedaban libros encima de la mesa.

—Habéis tardado mucho —le espetó Cara con expresión de recelo.

—No ha sido fácil encontrar una ruta con escudos que pudiera atravesar.

—¿Y bien? —preguntó Berdine, saliendo de detrás de las estanterías—. ¿Habéis encontrado algo?

—¿Algo?, ¿algo como qué?

—Pues libros. —Berdine extendió las manos—. Fuisteis a buscar libros.

—No. Nada.

Cara torcía el gesto.

—¿Algún problema en el camino?

—No. Es sólo que estoy alterada por... todo esto. Me refiero a la peste y todo lo demás. Me disgusta no haber podido encontrar nada que nos ayude. ¿Qué hay de vosotras dos?

Berdine se apartó del rostro un mechón de pelo que se le había soltado.

—Nada. No hay nada sobre el Templo de los Vientos ni sobre el grupo que lo hizo desaparecer.

—No lo entiendo —comentó Kahlan para sí—. Si se celebró un juicio, tal como dice Kolo, deberían existir las actas.

—Bueno, estábamos echando un vistazo a los otros libros por si acaso habíamos pasado por alto alguno sobre juicios —repuso Berdine—. No hay ninguno más. ¿Dónde podríamos mirar más?

Kahlan se sintió flaquear por la decepción. Había estado segura de que encontrarían los documentos del juicio para entregárselos a Richard.

—En ningún otro sitio. Si no están aquí, es que no existe constancia del juicio o que los documentos fueron destruidos. Por lo que dice Kolo, el Alcázar estaba revolucionado; es posible que estuvieran demasiado ocupados para levantar un acta.

—Deberíamos seguir buscando un poco más —sugirió Berdine.

Kahlan miró a su alrededor.

—No. Sería una pérdida de tiempo. Emplearás mejor ese tiempo trabajando en el diario de Kolo. Ya que no tenemos el acta del juicio, el mejor modo de ayudar a Richard es traducir el diario. Quizá descubras algo importante.

La determinación de Kahlan flaqueó en la luminosidad de la biblioteca y comenzó a reconsiderar su plan.

—Bueno —intervino Cara—, en ese caso será mejor que regresemos. Quién sabe qué puede estar tramando Nadine. Si se le ocurre entrar en la alcoba de lord Rahl, podrá besarlo hasta que le salgan ampollas mientras él duerme, indefenso.

Berdine apretó los labios y propinó un manotazo a Cara en el hombro.

—Pero ¿qué pasa contigo? La Madre Confesora es una hermana del agiel.

Cara parpadeó, sorprendida.

—Perdonadme. Sólo bromeaba. Ya sabéis que mataré a Nadine si lo deseáis; sólo tenéis que pedírmelo —le aseguró tocándole un brazo—. No os preocupéis. Raina no la dejará entrar.

Kahlan se secó una lágrima que le caía por la mejilla.

—Lo sé. Es que con todo lo que está pasando... Lo sé.

La decisión era firme. Quizá eso ayudaría a Richard a hallar una respuesta. Quizá le ayudaría a descubrir algo para poner fin a la epidemia de peste. No obstante, Kahlan sabía que tan sólo eran excusas. Sabía cuál era la verdadera razón para ir.

—¿Habéis encontrado lo que fuisteis a buscar? —preguntó Raina a Kahlan cuando ésta se acercó junto a Cara y Berdine.

—No. No hay constancia escrita del juicio.

—Lo lamento.

Kahlan señaló la puerta.

—¿Ha tratado alguien de molestarlo?

—Pues sí. —Raina sonrió—. Ella se dejó caer por aquí. Quería ver a lord Rahl para asegurarse de que dormía, según me dijo.

Kahlan no tuvo que preguntar a quién se refería Raina. La sangre le hervía.

—¿La dejaste entrar?

Raina esbozó su típica sonrisa siniestra.

—Asomé la cabeza, vi que lord Rahl dormía y así se lo hice saber. Tan sólo lo vio de refilón.

—Perfecto. Probablemente volverá.

La sonrisa de Raina se hizo más amplia.

—No lo creo. Le dije que si volvía a pillarla otra vez en este pasillo, sentiría mi agiel en su trasero. Y supo que no bromeaba.

Cara se echó a reír. Kahlan no pudo.

—Raina, ya es tarde. ¿Por qué no vais a descansar Berdine y tú? —Kahlan captó la rápida mirada dirigida a Berdine—. Igual que lord Rahl, Berdine necesita dormir un poco para seguir trabajando en el diario mañana. Todos necesitamos descansar. Ulic y Egan cuidarán de Richard.

Raina golpeó el estómago de Ulic con el dorso de la mano.

—¿Os veis capaces, chicos? ¿Os las podréis apañar sin mí?

Ulic bajó la mirada hacia la mord-sith con gesto hosco.

—Somos los guardaespaldas de lord Rahl. Si alguien trata de entrar en esta habitación, no dejaremos nada para vosotras.

Raina se encogió de hombros.

—Supongo que podrán hacerlo. Vamos, Berdine. Ya es hora de que duermas toda una noche seguida, para variar.

Cara contempló al lado de Kahlan cómo Berdine y Raina se alejaban por el pasillo, examinando con ojo crítico a los soldados que patrullaban.

—Tenéis razón en lo demás. También vos necesitáis descansar, Madre Confesora. No tenéis buen aspecto —dijo Cara.

—Yo... primero quiero comprobar que Richard está bien. Dormiré mejor si sé que no le pasa nada. Vuelvo en un minuto. —Dirigió a Cara una mirada firme para disuadirla de entrar con ella—. ¿Por qué no vas a acostarte tú también?

—Esperaré —declaró la mord-sith, enlazando las manos a la espalda.

La habitación de Richard estaba a oscuras, pero gracias a la luz que entraba por la ventana pudo localizar la cama. Kahlan se quedó junto al lecho, escuchando la respiración regular de Richard.

Sabía hasta qué punto los últimos acontecimientos lo habían angustiado. Ella sentía el mismo dolor. ¿Cuántas familias más estarían sufriendo esa noche? ¿Cuántas sufrirían la noche siguiente y la otra?

Kahlan se sentó en el borde de la cama cuidando de no despertarlo, deslizó un brazo por debajo de los hombros masculinos y trató de levantarlo suavemente. Él murmuró su nombre en sueños, pero no se despertó. Kahlan lo incorporó sólo un poco, porque pesaba, y lo recostó contra su pecho.

Alargó un brazo y cogió el vaso con el preparado para dormir que había hecho Nadine. Aún quedaba la mitad. Entonces acercó el vaso a los labios de Richard y lo inclinó hacia arriba, de modo que la bebida resbalara hasta sus labios. Richard se movió un poco y tragó mientras ella levantaba más el vaso.

—Bebe, Richard —lo animó en susurros y le besó la frente—. Bebe, amor mío. Te ayudará a dormir.

Cada vez que Richard tragaba un poco, Kahlan levantaba el vaso un poco más para que siguiera bebiendo. Cuando se lo tomó casi todo, Kahlan dejó el vaso en la mesilla. Richard volvió a murmurar su nombre.

Ella le abrazó la cabeza, estrechando la mejilla de Richard contra su seno. Mientras una lágrima le rodaba por el puente de la nariz y caía en el pelo de él, Kahlan presionó la mejilla contra la parte superior de la cabeza de su amado.

—Te quiero mucho, Richard —musitó—. Pase lo que pase, no dudes nunca de lo mucho que te quiero.

Richard farfulló algo que ella no entendió, excepto la palabra «amor». Kahlan volvió a dejarlo suavemente sobre la almohada, retiró lentamente el brazo de debajo de él y lo cubrió con las mantas.

Antes de salir, se besó un dedo y depositó dulcemente ese beso en los labios de Richard.

Una vez fuera insistió en que Cara se fuese a dormir.

—No pienso dejaros sin protección —declaró la mord-sith.

—Cara, necesitas dormir.

Cara la miró por el rabillo del ojo.

—No pienso fallar de nuevo a lord Rahl. —Kahlan empezó a protestar, pero la atajó—: Apostaré algunos soldados frente a vuestra puerta. Puedo echar un sueñecito allí mismo y si pasa algo, estaré cerca. Me bastará con eso.

Kahlan tenía cosas que hacer. No podía tener a Cara pegada a ella como su sombra.

—Ya viste cómo estaba Richard por falta de sueño.

Cara se rió entre dientes.

—Las mord-sith son más fuertes que los hombres. Además, él llevaba días sin dormir. Yo dormí anoche.

Kahlan no quería discutir. Buscaba desesperadamente el modo de deshacerse del obstáculo que representaba la mujer del ceñido uniforme de cuero. No podía permitir que Cara supiera qué se llevaba entre manos. Por muy hermanas del agiel que fueran, correría a contárselo a Richard, de eso no había la menor duda.

Y eso era lo último que deseaba Kahlan. No quería bajo ninguna circunstancia que Richard supiera lo que se proponía. Tendría que pensar en un nuevo plan.

—No sé si estoy lista para irme a la cama. Creo que tengo hambre.

—Parecéis cansada, Madre Confesora. Necesitáis dormir, no comer. No dormiréis bien si coméis justo antes de acostaros. Quiero que descanséis bien, como lord Rahl. Podéis dormir tranquila sabiendo que Nadine no se le acercará. Puedo imaginarme lo que Raina le debe de haber dicho y os aseguro que, por descarada que pueda ser esa zorra, tiene suficiente sentido común para no desdeñar una advertencia de Raina. No tenéis nada que temer esta noche. Dormid tranquila.

—Cara, ¿a qué le tienes miedo? Aparte de la magia y las ratas.

—Las ratas no me gustan, pero no me dan miedo —protestó la mord-sith.

Kahlan no se lo tragó. Esperó hasta haberse alejado lo suficiente de la patrulla que se cruzó con ellas para volver a la carga.

—¿Qué te asusta? ¿De qué tienes miedo?

—De nada.

—Vamos, Cara, soy yo: Kahlan, una hermana del agiel. Todos le tenemos miedo a algo.

—Desearía morir en la lucha, no débil y enferma en una cama, a manos de un enemigo invisible. Me da miedo que lord Rahl coja la peste y nos deje sin amo de D'Hara.

—Yo también temo eso —susurró Kahlan—. Temo que Richard se contagie y también las demás personas a las que amo, tú, Berdine, Raina, Ulic, Egan y todo el mundo que conozco en palacio.

—Lord Rahl encontrará el modo de detener la plaga.

—¿No tienes miedo de no encontrar a un hombre que te quiera? —preguntó Kahlan.

Cara la miró incrédulamente.

—¿Por qué debería tener miedo de eso? No tengo más que dar permiso a cualquier hombre para que me quiera, y lo hará.

Kahlan apartó la mirada de Cara para posarla en las columnas situadas a ambos lados de la habitación que atravesaban. Las botas de ambas resonaban en el suelo de mármol.

—Yo amo a Richard. La magia de una Confesora destruye al hombre que ésta ama cuando... ya sabes, cuando están juntos. Richard puede corresponderme porque es especial, porque su magia es especial. Me aterroriza la idea de perderlo. Quiero a Richard y no deseo amar a nadie más, nunca, pero aunque quisiera no podría. Ningún otro hombre podría expresarme su amor, excepto él. Jamás podría estar con nadie más.

—Lord Rahl hallará el modo de detener la plaga —le aseguró Cara, suavizando la voz.

Pasaron del suelo de mármol al silencio de las alfombras que cubrían la escalera que conducía a los aposentos de Kahlan.

—Cara, me aterra la posibilidad de que Nadine me quite a Richard.

—Lord Rahl no quiere a Nadine. Cuando la mira, veo en sus ojos que ella no le interesa. Lord Rahl sólo tiene ojos para vos.

Kahlan subía los escalones acariciando con los dedos la lisa barandilla de mármol.

—Cara, fue una bruja quien envió a Nadine.

Cara no tenía respuestas cuando se trataba de asuntos relacionados con la magia. Cuando al fin llegaron a la puerta de sus aposentos, Kahlan se detuvo y buscó los azules ojos de Cara.

—Cara, quiero que me prometas algo. Como hermana del agiel.

—Si está en mi mano...

—Teniendo en cuenta todo lo que está pasando... y todo lo que ya ha salido mal, ¿me prometes que si... que si pasa algo, que si de algún modo cometo un error, el peor error de mi vida y por ello las cosas se tuercen... me prometes que no permitirás que sea ella quien me reemplace, que se quede con Richard?

—¿Qué podría ocurrir? Lord Rahl os ama a vos y no a esa mujer.

—Podrían pasar muchas cosas: la plaga, Shota... quién sabe. Por favor, Cara, no puedo soportar pensar que si algo sucediera, Nadine ocuparía mi lugar junto a Richard. Por favor —imploró, aferrándole un brazo—, te lo suplico. ¿Me lo prometes?

Cara la escrutó. Las mord-sith no prometían en vano. Kahlan sabía que le estaba pidiendo algo de gran importancia: le estaba pidiendo que jurase por su vida, pues eso era lo que significaba para una mord-sith dar su palabra.

Finalmente, Cara empuñó su agiel y lo besó.

—Nadine no ocupará vuestro lugar junto a lord Rahl. Lo juro.

Kahlan sólo pudo asentir, pues en un momento como ése no encontró palabras.

—Id a dormir, Madre Confesora. Yo me quedaré aquí, vigilando. Nadie os molestará. Podéis descansar tranquila sabiendo que Nadine jamás os reemplazará. Tenéis mi palabra.

—Gracias, Cara —susurró Kahlan—. Eres verdaderamente mi hermana del agiel. Si algún día puedo hacerte un favor a cambio, sólo tienes que decirlo.

37

Por fin Kahlan logró librarse de Nancy y de su ayudante con la excusa de que se sentía exhausta y solamente deseaba meterse en la cama. Antes declinó que le prepararan un baño, le cepillaran el pelo, le dieran masajes y le llevaran comida. No obstante, permitió que Nancy la ayudara a desvestirse para no levantar sospechas.

Cuando finalmente se quedó sola, se frotó los brazos desnudos, pues sentía frío. Se tocó la herida cubierta por el vendaje. Sanaba bien y casi no le dolía. Drefan la había ayudado, y seguramente también las cataplasmas de Nadine habían contribuido.

Kahlan se puso una bata y se dirigió al escritorio, situado junto a una de las chimeneas. El calor le sentaba bien, aunque únicamente le calentaba un lado del cuerpo. Sacó papel y pluma de un cajón. Mientras levantaba la tapa de plata del tintero, trataba de organizar sus pensamientos y decidir qué iba a escribir.

Por fin mojó la pluma.

Mi muy amado Richard:

Debo hacer algo importante y debo hacerlo sola. Lo digo muy en serio. A veces acepto que te comportes de un modo contrario a mis deseos, por mucho que me pese, no solamente porque te respeto, sino también porque eres el Buscador. Comprendo que a veces debo permitir que hagas lo que debes. Yo soy la Madre Confesora, por lo que debes comprender que también a veces hago lo que debo hacer. Ésta es una de esas ocasiones. Por favor, si me quieres, respeta mis deseos, no interfieras y déjame hacer lo que debo.

He engañado a Cara, lo que lamento profundamente. Ella no sabe nada de mi plan. No sabe que me marcho. Si la haces responsable a ella, me disgustaré mucho.

No sé cuándo volveré, pero supongo que estaré fuera unos pocos días. Estoy haciendo esto para hallar una salida a la situación en la que nos encontramos. Te suplico que lo entiendas y que no te enfades conmigo. Debo hacerlo.

Firmado: la Madre Confesora, tu reina, tu amada para siempre en este mundo y en los de más allá. Kahlan.

Dobló la carta y escribió en el dorso el nombre de Richard. La abrió y volvió a leerla sólo para asegurarse de que no revelaba nada que no quería que él supiera. Le gustó lo de «hallar una salida a la situación»; era lo bastante vago para significar cualquier cosa. Ojalá que no estuviera siendo demasiado dura al insistirle tan seriamente en que no interfiriera.

Acercó una vela y calentó el extremo de una barrita de cera coloreada para sellar cartas que sacó del cajón. Observó cómo la cera goteaba encima de la carta, creando una mancha roja, y a continuación estampó el sello de Madre Confesora —dos relámpagos idénticos— en la cera caliente. Besó la carta, apagó la vela con un soplido y dejó la carta apoyada contra la candela para que resultara evidente.

Durante un tiempo había ignorado por qué el sello de la Madre Confesora representaba dos relámpagos idénticos, pero luego lo averiguó: era el símbolo del Con Dar o Cólera de Sangre, un componente ancestral de la magia de una Confesora. No obstante, se invocaba en tan raras ocasiones que ella ni siquiera lo conocía; su madre había muerto antes de poder enseñarle cómo invocarlo en caso de necesidad.

Tras conocer a Richard y enamorarse de él, había invocado por instinto el Con Dar. Se había pintado, dominada por completo por esa magia, un relámpago en ambas mejillas como advertencia para

que nadie osara ponerse en su camino. Era imposible razonar con una Confesora cuando estaba en el Con Dar.

La Cólera de Sangre representaba el lado de Resta de la magia de las Confesoras y se invocaba en venganza. Kahlan la despertó dentro de sí cuando creyó que Rahl el Oscuro había matado a Richard. Siempre se invocaba en nombre de otro, y solamente podía utilizarse para defender a esa persona. No servía para defenderse a una misma.

Al igual que su poder de Confesora, que Kahlan sentía en todo momento en el centro de su ser, el Con Dar también estaba siempre ahí, acechando justo por debajo de la superficie como una amenazadora nube de tormenta en el horizonte. Cuando lo necesitaba para proteger a Richard, instantáneamente sentía cómo la desgarraba por dentro para manifestarse; era un relámpago azul que destruía todo lo que encontraba a su paso.

Para viajar en la sliph se necesitaba Magia de Resta además de la de Suma, que era más común. Las Hermanas de la Oscuridad y los magos que se habían convertido en esbirros del Custodio poseían Magia de Resta.

Kahlan se encaminó a la alcoba, se despojó de la bata y la arrojó sobre la cama. A continuación abrió el cajón inferior de la cómoda primorosamente tallada y rebuscó entre sus cosas hasta encontrar lo que necesitaba.

Allí guardaba las ropas que había utilizado en el pasado durante sus viajes y que eran más apropiadas para lo que iba a hacer que el vestido blanco de Madre Confesora. Se puso unos pantalones color verde oscuro, eligió una gruesa camisa y se la abrochó hasta arriba con dedos trémulos, después se la metió por dentro de los pantalones y se aseguró el ancho cinturón. La bolsa del cinto no la necesitaba.

Finalmente, sacó del fondo del cajón un objeto cuidadosamente envuelto en un paño blanco. Lo dejó en el suelo, se agachó junto a él y abrió el hatillo.

Aunque sabía qué contenía y cómo era, no pudo evitar estremecerse al verlo de nuevo.

Sobre la tela descansaba el cuchillo espíritu que Chandalen le había regalado; era un arma confeccionada con el húmero de su abuelo.

En una ocasión, el cuchillo le salvó la vida. Lo había usado para matar a Prindin, un hombre que había sido su amigo pero que luego se había pasado al lado del Custodio.

Al menos, creía que lo había matado, pues no recordaba con exactitud lo que había ocurrido ese día. Ella estaba bajo la influencia del veneno que Prindin le había estado administrando. No podía estar totalmente segura de que el espíritu del abuelo de Chandalen la hubiera salvado. Prindin se abalanzó sobre ella y, de repente, Kahlan empuñaba el cuchillo. Recordaba la sangre que se deslizaba desde la hoja del cuchillo hasta su puño.

Plumas de cuervo de un negro intenso se desplegaban en abanico desde la protuberancia ósea de forma redonda en la parte superior. Para la gente barro los cuervos poseían una poderosa magia procedente de los espíritus y los asociaban con la muerte.

El abuelo de Chandalen pidió la ayuda de los espíritus para impedir que su gente fuese masacrada a manos de otro pueblo de la Tierra Salvaje, que había caído en un frenesí de guerra y sangre. Nadie conocía la razón, pero el resultado fue un baño de sangre.

El abuelo de Chandalen convocó una reunión para pedir ayuda a los espíritus. La gente barro era un pueblo pacífico que no sabía cómo defenderse. Los espíritus enseñaron al abuelo de Chandalen cómo matar a los jocopos y así fue como se convirtieron en gente barro. Luego se defendieron y eliminaron la amenaza. Los jocopos fueron exterminados.

El abuelo de Chandalen había enseñado a su hijo cómo convertirse en protector de su pueblo y, a su vez, el padre de Chandalen le había enseñado a él. Kahlan había conocido a muy pocos hombres que protegieran tan bien a su gente. En el curso de la batalla contra la Orden Imperial, Chandalen había sido como la misma muerte. Y Kahlan también.

Chandalen llevaba ese cuchillo, fabricado con los huesos de su abuelo, y otro hecho con los huesos de su padre. El hombre barro entregó a Kahlan el cuchillo de hueso del abuelo para protegerse. Una vez lo usó y tal vez volvería a hacerlo.

Kahlan alzó el cuchillo de hueso en sus manos con gesto reverente.

—Abuelo de Chandalen, en el pasado me ayudaste. Por favor, protégeme ahora. —Con estas palabras, besó el hueso afilado.

Si iba a enfrentarse a Shota, no quería ir desarmada, y no se le ocurría un arma mejor para llevarse.

Se ató la banda de algodón tejido de la pradera alrededor del brazo y deslizó el cuchillo dentro de la banda. El arma le quedaba pegada a la parte superior del brazo y las plumas negras caían por encima de él, cubriéndolo. De ese modo podía desenvainarlo con sorprendente rapidez. A pesar de que iba a ver a una mujer a la que temía, decididamente se sentía mejor llevando el cuchillo del espíritu del abuelo.

De otro cajón sacó una capa de tono pardo claro. Con la ventisca de primavera que estaba cayendo, hubiese preferido llevarse otra de más abrigo, pero no estaría fuera mucho tiempo. Además, en las Fuentes del Agaden no haría tanto frío como en Aydindril.

Esperaba que el color claro de la capa la ayudara a pasar inadvertida entre los guardias apostados arriba, en el Alcázar. Además, tratándose de una prenda tan ligera podría desenvainar el cuchillo más rápidamente.

Se preguntó si estaba loca por pensar que podría desenvainarlo en menos tiempo del que Shota necesitaba para lanzar un encantamiento o por pensar que podría servir de algo contra una bruja. No obstante, se echó la capa por encima de los hombros. El cuchillo era todo lo que tenía.

Además de su poder de Confesora. Shota temía la magia de Confesora, pues nadie era inmune a ese poder. Si Kahlan lograba tocarla, eso sería el fin de la bruja. No obstante, en el pasado, Shota le había impedido acercarse a ella usando sus propios poderes mágicos.

Claro que no era preciso que la tocara para que el relámpago azul del Con Dar funcionara. Kahlan suspiró; no podía invocar la Cólera de Sangre para defenderse ella misma. Kahlan la usó para defender a Richard del monstruo aullador que lo atacaba y también cuando las Hermanas de la Luz quisieron llevárselo.

De pronto se hizo la luz en su mente: Richard la amaba, quería casarse con ella y pasar junto a ella el resto de su vida. Shota había desafiado esos deseos y había enviado a Nadine para que se casara con él. Richard no deseaba eso.

Incluso dejando de lado el hecho de que Richard quería a Kahlan, Nadine lo había herido y le había causado tristeza. Él no quería estar con ella y si toleraba su presencia era solamente porque Shota tramaba algo y él no quería perder de vista la amenaza. Pero le repelía la idea de verse obligado a casarse con Nadine.

Shota estaba haciendo daño a Richard.

Richard corría peligro por culpa de Shota. Kahlan podría invocar el Con Dar para defenderlo. Ya lo hizo en una ocasión, cuando las Hermanas quisieron llevarse a Richard por la fuerza. Podría recurrir al relámpago azul para detener a Shota. La bruja no tenía ninguna defensa ante ese tipo de magia.

Kahlan sabía cómo funcionaba la magia. El Con Dar era una magia que llevaba dentro de ella y, como la magia de la espada de Richard, funcionaba a través de la percepción. Si Kahlan se sentía justificada para usarla en bien de Richard, el Con Dar la obedecería. Era consciente de que Richard no quería que Shota lo utilizara, ni lo controlara, ni decidiera por él cómo quería vivir.

Tenía una justificación: estaba perjudicando a Richard. Así pues, el Con Dar funcionaría contra ella.

Kahlan se sentó sobre los talones y rezó a los buenos espíritus para que la guiaran. Se negaba a creer que actuara movida por la venganza, ni que lo que planeara fuese un asesinato. Se negaba a pensar que su propósito era simplemente matar a Shota. Se preguntó si no trataba de justificar algo injustificable.

No, ella no iba con la intención de matar a Shota. Simplemente pretendía llegar al fondo del asunto de Nadine y averiguar lo que la bruja sabía sobre el Templo de los Vientos.

Sin embargo, si tenía que defenderse, lo haría. Además, pensaba proteger a Richard de Shota, de los planes de la bruja para arruinar su futuro. Kahlan estaba harta de recibir las iras caprichosas de Shota. Si Shota intentaba matarla o bien hacer sufrir a Richard, Kahlan acabaría con esa amenaza.

Aún no había partido y ya echaba de menos a Richard. Habían luchado durante tanto tiempo para estar juntos... y ahora debía abandonarlo. Si la situación fuese a la inversa, ¿se mostraría ella tan comprensiva como esperaba que fuese Richard?

Al pensar en Richard abrió lentamente el cajón superior donde guardaba su posesión más preciada. Con actitud reverencial cogió lo único que contenía ese cajón: su vestido azul de boda. Con los pulgares acarició la delicada tela y, sin poder reprimir las lágrimas, apretó el vestido contra su pecho.

Volvió a dejarlo cuidadosamente en su lugar antes de que las lágrimas lo mancharan. Durante un largo momento se quedó allí, con una mano tocando el vestido.

Finalmente cerró el cajón. Tenía trabajo que hacer. Le gustara o no, ella era la Madre Confesora y Shota vivía en la Tierra Central, así que era una de sus súbditos.

Kahlan no deseaba morir y no volver a ver a Richard nunca más, pero tampoco podía seguir tolerando que Shota se inmiscuyera en sus vidas e interfiriera en su futuro. La bruja había enviado a otra mujer para que se casara con Richard; ése era el tipo de intromisión que Kahlan no podía tolerar.

Su resolución se afianzó. Buscó en el fondo de un armario y cogió una soga llena de nudos que colgaba de un gancho. Estaba allí para que la Madre Confesora pudiera escapar por el balcón en caso de incendio.

Al abrir las puertas de cristal, recibió en el rostro el frío mordisco del viento y la nieve. Entrecerró los ojos contra la ventisca y cerró las puertas tras ella. Luego se cubrió la cabeza con la capucha y ocultó dentro la melena. No podía permitir que nadie la reconociera como Madre Confesora, en el caso de que alguien se atreviera a salir en una noche como ésa. No obstante, no olvidaba a los guardias en el Alcázar del Hechicero.

Rápidamente ató la soga alrededor de una de las balaustradas de piedra en forma de jarrón y arrojó el pesado rollo de cuerda por encima de la barandilla. La oscuridad le impedía comprobar si era lo suficientemente larga.

Kahlan pasó una pierna por encima de la baranda de piedra, agarró la soga con ambas manos e inició el descenso.

Decidió que caminaría. No estaba lejos y, además, si cogía un caballo tendría que dejarlo en el Alcázar, donde seguramente lo descubrirían y entonces se sabría adónde había ido. O tendría que dejarlo suelto antes de llegar al Alcázar, con lo que daría pie a todo tipo de cábalas sobre un posible accidente. Además, con un caballo le costaría más pasar a hurtadillas entre los guardias. Los buenos espíritus le habían proporcionado esa ventisca de primavera; lo menos que podía hacer ella era aprovecharla.

Al poco de caminar dificultosamente sobre la nieve comenzó a dudar de haber tomado la decisión correcta. Pero apretó los dientes y siguió adelante. Si comenzaba a cuestionar sus propias decisiones, jamás llegaría hasta el final.

La mayor parte de los edificios tenían los postigos cerrados. Las pocas personas con las que se cruzó ya tenían suficientes dificultades para avanzar para preocuparse por esa figura encapuchada que luchaba contra el viento. Estaba tan oscuro que nadie sabría si era hombre o mujer. Kahlan no tardó en dejar atrás la ciudad y tomar la carretera desierta que ascendía hasta el Alcázar.

Mientras subía se iba preguntando cómo lograría burlar a los guardias. Eran soldados d'haranianos. Siempre era un error subestimar a los soldados de D'Hara. No podía permitir que la reconocieran o darían parte.

El mejor modo de pasar inadvertida sería matar a los centinelas, pero no podía hacer tal cosa; ahora ellos eran sus hombres y defendían su causa frente a la Orden Imperial. Así que nada de matarlos.

Tampoco le convencía la idea de arrearles un porrazo en la cabeza para dejarlos inconscientes. Ése nunca era un modo fiable de silenciar a otra persona. Sabía por experiencia que golpear a un hombre en la cabeza pocas veces daba los resultados deseados. A veces, la víctima no perdía el conocimiento y se echaba a gritar, con lo cual daba la alarma y atraía a otros guardias listos para matar al intruso.

Además, había visto a hombres sufrir y morir por un golpe en la cabeza. Ella no quería eso. La única razón para golpear a alguien en la cabeza era para matarlo, pues eso era lo más probable que sucediera.

Seguramente, la Hermana y Marlin habían usado magia para pasar entre los guardias sin que los vieran. Pero Kahlan no poseía la magia capaz de eso. Su magia destruiría la mente de los guardias.

La alternativa era un truco o el sigilo. Los soldados d'haranianos se entrenaban en todo tipo de trucos y seguramente sabían mucho más que ella.

Eso la dejaba con la única opción del sigilo.

No sabía exactamente dónde se encontraba, aunque sí sabía que se estaba acercando. El viento soplaba de la izquierda, por lo que ella avanzaba por la derecha del camino, a favor del viento, cada vez más agachada. Cuando estuviera lo suficientemente cerca tendría que arrastrarse por el suelo.

Si se tumbaba encima de la nieve, se cubría con la capa y esperaba sólo un poco, la nieve la cubriría y la ocultaría. A continuación simplemente tendría que avanzar lentamente y si veía un soldado, quedarse quieta hasta que pasara de largo. Ojalá se hubiese acordado de ponerse guantes.

Cuando ya no se atrevió a acercarse más, se apartó hacia el lado derecho del camino. El puente sería el trecho más difícil, pues quedaría encajonada en un espacio relativamente estrecho, sin opciones de apartarse de los soldados. No obstante, a los soldados les asustaba la magia del Alcázar, por lo que probablemente se mantendrían alejados del puente. La última vez que subió al Alcázar estaban a seis o nueve metros del puente y, debido a la nieve y la oscuridad, la visibilidad era muy mala.

Comenzaba a sentirse más segura de que podría pasar sin ser vista. La nieve sería suficiente protección.

Kahlan se quedó petrificada cuando ante su cara se materializó la hoja de una espada. Con una rápida mirada vio otras dos a ambos lados, y un cuarto hombre le colocó la punta de una lanza en la base de la cabeza.

Adiós al sigilo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la voz áspera del hombre situado al frente.

Kahlan tenía que pensar en otro plan, y de prisa. Decidió mezclar parte de verdad con el miedo de esos hombres a la magia.

—Capitán, me habéis dado un susto de muerte. Soy yo, la Madre Confesora.

—Mostraos.

Kahlan se retiró la capucha.

—Creí que podía pasar entre vosotros sin ser vista. Supongo que los centinelas d'haranianos son mejores incluso de lo que me imaginaba.

Los soldados bajaron las armas. Kahlan sintió un profundo alivio al verse liberada del peso de la lanza contra la nuca. En un reto, ésa era el arma que descargaba el golpe mortal.

—¡Madre Confesora! Nos habéis asustado, vaya que sí. ¿Por qué habéis vuelto a subir esta noche? Y andando, nada menos.

Kahlan suspiró, resignada.

—Reunid a todos los hombres y os lo explicaré.

—Vamos allí —indicó el capitán, ladeando la cabeza—. Hemos levantado un refugio que os protegerá del viento.

Kahlan se dejó conducir al otro lado del camino, donde se alzaba una simple estructura de tres lados que proporcionaba una cierta protección contra el viento y la lluvia o la nieve. No era suficientemente

grande para que cupieran ella y los seis soldados. Los hombres insistieron en que se situara en el lugar más seco, el más interior.

La Confesora no sabía si alegrarse de que ni siquiera en plena ventisca nadie consiguiera burlar a los guardias d'haranianos o lamentarlo. Hubiese sido mucho más sencillo para ella. Ahora tendría que convencerlos.

—Quiero que todos me escuchéis muy atentamente. No dispongo de mucho tiempo. Estoy en una misión importante y debéis guardar el secreto. Todos. Supongo que ya os habréis enterado de lo de la peste, ¿no?

Los hombres gruñeron en señal afirmativa y asintieron, rebullendo inquietos.

—Richard, lord Rahl, está buscando el modo de acabar con ella. Ignoramos si eso es posible, pero él no piensa dar su brazo a torcer, ya lo sabéis. Lord Rahl haría cualquier cosa para salvar a su gente.

Los soldados asintieron nuevamente.

—¿Qué tiene eso que ver con que vos...?

—Tengo mucha prisa. Ahora mismo lord Rahl duerme. Estaba exhausto por tratar de encontrar una cura para la peste, una cura mágica.

Los hombres se enderezaron ligeramente. El capitán se frotó el mentón.

—Sabemos que lord Rahl no nos fallará. Hace pocos días me curó.

Kahlan miró todos esos ojos que la contemplaban.

—Pero ¿y si lord Rahl contrae la peste antes de dar con la solución? ¿Entonces qué? Todos moriremos.

La angustia que reflejaron todos los rostros fue evidente. Para los d'haranianos perder a su lord Rahl era una verdadera calamidad que podía afectar al futuro de todos ellos de manera impredecible.

—¿Qué podemos hacer para protegerlo? —preguntó el capitán.

—Eso depende de vosotros, aquí y ahora.

—¿Qué podemos hacer?

—Lord Rahl me ama. Todos sabéis cómo me protege; ha ordenado a esas mord-sith que me sigan a sol y sombra. Me envía guardias allí adonde voy. No permite que corra el más mínimo riesgo, por pequeño que sea.

»Yo tampoco quiero que le pase nada a él. ¿Y si coge la peste? Entonces todos lo perderíamos. Tal vez yo pueda ayudarlo a detener la plaga antes de que nos afecte a todos y también a él, como inevitablemente ocurrirá tarde o temprano.

Todos lanzaron exclamaciones ahogadas.

—¿Cómo podemos ayudar? —quiso saber el capitán.

—Lo que me propongo tiene relación con la magia, con una magia muy peligrosa. Si tengo éxito, es posible que consiga proteger a lord Rahl de la peste. Pero, como ya he dicho, es peligroso.

»Debo partir por unos días, con la ayuda de la magia, para tratar de ayudarlo a detener la plaga. Todos sabéis cómo vela por mí. Él jamás me dejaría ir. Preferiría morir antes que exponerme a mí a un peligro. Cuando se trata de mi seguridad no se puede razonar con él.

»Por esa razón engañé a las mord-sith y a mis otros guardias. Nadie sabe adónde me dirijo. Si alguien lo averigua, lord Rahl me seguirá y correrá el mismo peligro que yo. ¿Y de qué serviría eso? Si me matan, también lo matarán a él. Pero si tengo éxito, no hay razón para exponerlo al peligro a él también.

»Mi intención era que nadie supiera adónde había ido esta noche, pero resulta que sois más eficaces de lo que pensaba. Ahora depende de vosotros. Estoy arriesgando la vida para proteger a lord Rahl. Si también vosotros queréis protegerlo, debéis jurar que guardaréis el secreto. Aunque lord Rahl os mire a los ojos, tendréis que asegurarle que no me habéis visto, que nadie ha subido aquí.

Los soldados rebulleron, carraspearon y se miraron unos a otros. El capitán jugueteaba con la empuñadura de la espada.

—Madre Confesora, si lord Rahl nos mira a los ojos y nos pregunta, no podemos mentirle.

—En ese caso —replicó Kahlan, inclinándose hacia el hombre—, será igual que si le clavaseis una espada allí mismo. Porque eso es lo que estaréis haciendo. ¿Deseáis poner en peligro la vida de lord Rahl? ¿Queréis ser los responsables de su muerte?

—¡Claro que no! ¡Todos daríamos la vida por él!

—Yo también estoy dispuesta a dar la vida por él. Si averigua lo que me propongo, si descubre adónde he ido esta noche, me seguirá. Pero él no puede ayudarme y podría morir en el intento.

Kahlan sacó un brazo de debajo de la capa y apuntó con un dedo a todos los hombres, uno a uno.

—Seréis los responsables de poner en peligro la vida de lord Rahl. Lo pondréis en riesgo para nada. Incluso podríais hacer que lo mataran.

El capitán miró a los ojos a todos sus hombres, luego se irguió y se frotó el rostro, pensativo. Por fin habló.

—¿Qué nos pedís que hagamos?, ¿que juremos por nuestra vida?

—No. Quiero que juréis por la vida de lord Rahl.

Siguiendo el ejemplo del capitán, todos los hombres hincaron una rodilla.

—Juramos por la vida de lord Rahl que no diremos a nadie que os hemos vuelto a ver esta noche y juraremos que nadie ha subido al Alcázar excepto vos y dos mord-sith antes. —Miró a sus hombres—. Jurad conmigo.

Cuando todos hubieron pronunciado el juramento, el capitán posó una mano sobre el hombro de Kahlan con gesto paternal.

—Madre Confesora, yo no sé nada de magia, eso es cosa de lord Rahl, y tampoco sé qué os traéis entre manos esta noche, pero no deseamos perderos. Sois la mejor para lord Rahl. Sea lo que sea lo que os proponéis, os ruego que tengáis cuidado.

—Gracias, capitán. Creo que vuestros hombres serán el mayor peligro con el que tendré que enfrentarme esta noche. Mañana, ya hablaremos.

—Si morís, nuestro juramento perderá su validez. Si morís, tendremos que confesar a lord Rahl lo que sabemos. Y si eso ocurre, mandará que nos ejecuten.

—No, capitán. Lord Rahl no haría tal cosa. Por eso debemos hacer lo que sea para protegerlo. Todos lo necesitamos o caeremos en las garras de la Orden Imperial, que no respeta la vida. Son ellos quienes han iniciado esta plaga y la han empezado con los niños.

Kahlan tragó saliva con la vista fija en la cara plateada de la sliph.

—Sí, estoy lista. ¿Qué quieres que haga?

Una lustrosa mano metálica se alzó desde el pozo y rozó el borde.

—Ven a mí —dijo la reverberante voz—. Tú no debes hacer nada. Todo lo hago yo.

Kahlan trepó al pozo.

—¿Estás segura de que puedes llevarme a las Fuentes del Agaden?

—Sí. He estado allí. Te sentirás complacida.

Kahlan no se mostraba muy convencida.

—¿Será muy largo?

La sliph pareció fruncir el entrecejo. Kahlan se veía a sí misma reflejada en la superficie brillante de la cara de la sliph.

—De aquí hasta allí. Así de largo. Puedo llegar. He estado allí.

Kahlan suspiró. La sliph no se daba cuenta de que había permanecido dormida durante tres mil años. ¿Qué significaba para ella un día más o menos?

—No le dirás a Richard adónde me has llevado, ¿verdad? No quiero que lo sepa.

—Nadie desea que los demás lo sepan —repuso la sliph con una astuta sonrisa—. Yo jamás traiciono a mis pasajeros. Puedes estar tranquila; nadie sabrá lo que hagamos juntas. Nadie sabrá el placer que te he dado.

Kahlan puso gesto perplejo. El brazo de plata líquida la rodeó con fuerza. Era una sensación cálida y ondulante.

—Recuerda, debes respirarme. No tengas miedo. Yo te mantendré con vida. Cuando lleguemos a nuestro destino debes expulsarme de tus pulmones e inspirar aire. Te dará tanto miedo como respirarme a mí en un principio. Pero si no lo haces, morirás.

Kahlan hizo un gesto de asentimiento, jadeante. Se apoyaba ahora en una pierna ahora en la otra.

—Lo recuerdo. —No podía evitar tener miedo a quedarse sin aire—. De acuerdo. Estoy lista.

Sin decir nada más el brazo de la sliph la alzó delicadamente del borde del pozo y la sumergió en la espuma de azogue.

Kahlan notaba que los pulmones le ardían. Mantenía los ojos firmemente cerrados. Lo había hecho antes y sabía qué debía hacer, pero de todos modos la idea de respirar la plata líquida la aterraba. La otra vez, Richard estaba con ella, pero esta vez, sola, el pánico se apoderó de ella.

Pensó en que Shota había enviado a Nadine para que se casara con Richard.

Kahlan exhaló el aire de los pulmones e inspiró profundamente la sedosa esencia de la sliph.

El calor y el frío desaparecieron. Abrió los ojos y percibió luz y oscuridad en una misma visión espectral. Notaba que se movía en el ingrávido vacío, al mismo tiempo rápida y lentamente, corriendo y flotando. Los pulmones se saturaron de la dulce presencia de la sliph. Era como si la sliph le llenara el alma. El tiempo perdió su significado. Era el éxtasis.